PLUTARCO

VIDAS PARALELAS

VOL. VIII

EDITORIAL GREDOS

PLUTARCO

VIDAS PARALELAS

VIII

FOCIÓN-CATÓN EL JOVEN
DEMÓSTENES-CICERÓN
AGIS-CLEÓMENES
TIBERIO-GAYO GRACO

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

CARLOS ALCALDE MARTÍN
Y MARTA GONZÁLEZ GONZÁLEZ



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por JUAN MANUEL GUZMÁN HERMIDA *(Foción-Catón el Joven* y *Demóstenes-Cicerón)* y PALOMA ORTIZ GARCÍA *(Agis-Cleómenes* y *Tiberio-Gayo Graco).*



López de Hoyos, 141, 28002-Madrid.
www.rbalibros.com

Primera edición: mayo de 2010

La introducción, traducción y notas de *Foción-Catón el Joven* y *Demóstenes-Cicerón* han sido realizadas por CARLOS ALCALDE MARTÍN, y las de *Agis-Cleómenes* y *Tiberio-Gayo Graco*, por MARTA GONZÁLEZ GONZÁLEZ.

Depósito legal: M-22167-2010

ISBN 978-84-249-1795-1 Obra completa
ISBN 978-84-249-0865-2 Tomo VIII

Impreso en España. *Printed in Spain.*

Impreso en Top Printer Plus

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 386

FOCIÓN-CATÓN EL JOVEN

INTRODUCCIÓN

Plutarco siente una gran admiración por los dos personajes que protagonizan este par de biografías y los considera excelentes ejemplos, tanto en el plano individual como en el político, por su virtud y su estilo de vida. Los critica abiertamente tan sólo una vez a cada uno, y por el mismo motivo: anteponer su integridad moral al bien común[1].

El par *Foción-Catón el Joven* es uno de los que carecen de comparación o *sýnkrisis* al final. La comparación formal que Plutarco consigna en la mayoría de los pares de *Vidas* tiene como objetivo resaltar más las diferencias que las semejanzas entre los personajes, y tal vez por eso la ha omitido en este caso. A cambio, ha realizado una comparación en el capítulo 3 de la *Vida de Foción* en la que destaca que la única diferencia entre los dos personajes es externa: ambos libraron un gran combate contra la fortuna pero, mientras que la patria de Foción había sucumbido irremediablemente, la de Catón tenía todavía alguna posibilidad de salvarse y, de hecho, faltó poco para que así fuera gracias a él. Aclara Plutarco que compara las vidas de ambos personajes no por semejanzas generales, sino porque

[1] *Cf.* PLUT., *Foción* 32, 7; *Catón el Joven* 30, 9-10.

las virtudes de estos hombres descubren, hasta en sus últimos e ínfimos matices, la misma índole, forma y color de carácter, con componentes comunes, como si estuvieran mezcladas en igual medida la austeridad y la humanidad, el valor y la precaución, la atención a los demás y la intrepidez por sí mismos, la prevención ante la vileza y el esfuerzo por la justicia, igualmente armonizados; de manera que hace falta un razonamiento muy sutil como utensilio para el discernimiento y hallazgo de las diferencias[2].

Los ejemplos de estos rasgos comunes de su virtud se destacan continuamente en ambas biografías.

FOCIÓN

Foción nació el año 402/401 a. C. en Atenas y murió en la misma ciudad el 318 a. C. De clase social acomodada, comenzó su formación cultural con Platón en la Academia. En su juventud perteneció al séquito del general Cabrias, de quien adquirió la experiencia en el arte de la guerra. A lo largo de su vida desempeñó en numerosas ocasiones el cargo de estratego y, como tal, dirigió algunas campañas militares. Además de la faceta militar del cargo, desarrolló también una intensa actividad política. Su orientación en este campo no obtuvo a menudo la aprobación de los ciudadanos, sobre todo por su actitud acomodaticia con el expansionismo de Macedonia bajo los reinados de Filipo y de Alejandro Magno. Durante la regencia de Antípatro, cuando contaba ya ochenta años, se convirtió en el dirigente supremo de una Atenas sometida al dominio de Macedonia, a la que, en contrapartida, prestó aún mayor apoyo. A la muerte de Antípatro, la alteración de la política macedonia acarreó el cambio en los

[2] PLUT., *Foción* 3, 8-9.

asuntos internos de Atenas y la caída del gobierno de Foción. Sus conciudadanos lo juzgaron por su actuación política y lo condenaron a beber la cicuta.

Para nosotros, la *Vida* de Plutarco es, con diferencia, la fuente más importante y más completa para el estudio del personaje. El resto de las fuentes hablan casi únicamente de su actividad en los últimos cuatro años de su vida; de éstas, las más importantes son la *Vida de Foción* de Nepote y algunos capítulos de los libros XV y XVIII de Diodoro de Sicilia.

Atendiendo a dichas fuentes, establecemos la siguiente síntesis cronológica de los acontecimientos históricos de la vida de Foción (todas las fechas son a. C.):

402/401:	Nace en Atenas.
376:	Foción posiblemente participa en la batalla de Naxos; según Plutarco, dirigiendo el ala izquierda. Después de la batalla, recauda contribuciones de los aliados.
361/360 (?):	Foción lleva a cabo operaciones militares en Atarneo[3]; posiblemente, tras cumplir una tarea de recaudación de impuestos junto a otros estrategos, Cares y Caridemo, en la isla de Lesbos[4]. Otras fechas apuntadas para ambos acontecimientos son 349/348 y 343/342.
351/350-350/349:	Servicio mercenario en Chipre.
349/348:	Dirige una primera campaña militar en Eubea[5].

[3] Este acontecimiento se menciona sólo en POLIENO, V 21.

[4] La única fuente es *Inscripciones Griegas* II[2] 297.

[5] Otras fuentes, además de Plutarco, son DEMÓSTENES, V 5; ESQUINES, III 86-88.

343:	Conduce una expedición de socorro a Mégara.
341/340:	Dirige una segunda campaña en Eubea para desalojar al tirano Clitarco de Eretria.
340/339:	Campaña de socorro a Bizancio, liberándola del asedio de Filipo.
339/338:	Ocupado en operaciones en las islas.
338:	Batalla de Queronea. Foción no es designado estratego.
	Inmediatamente después de la batalla, es elegido estratego y se le confía la dirección de la ciudad.
335/334:	Participa en la embajada a Alejandro después de la destrucción de Tebas.
334-323:	El poder de Foción y Démades en Atenas es grande.
324:	Foción no se deja corromper por Hárpalo.
323:	Intenta calmar los disturbios en Atenas a la muerte de Alejandro.
323-322:	Durante la guerra de Lamia, Foción se opone a la misma y consigue evitar una expedición contra los beocios. Pero también participa en las operaciones, como la batalla contra Mición.
322:	Participa en la embajada ateniense que gestiona los tratados de paz con Antípatro.
322-318:	Foción es el dirigente del Estado ateniense.
319:	Tras morir Antípatro, Poliperconte, el nuevo regente de Macedonia, publica un edicto por el que se restablece la democracia en las ciudades griegas. Esto hace que entre en crisis el régimen ateniense dirigido por Foción.
318: (febrero-marzo)	Destitución de Foción y los demás estrategos, a los que se sustituye por otros de tendencia democrática.

318: Proceso y muerte de Foción el día 19 del mes de muniquión (mayo).
317 (?): Rehabilitación de Foción durante el gobierno de Demetrio de Falero.
305/304: Aprobación de un decreto de Midias el Joven en honor de Foción[6].

No es mucho lo que se puede afirmar con certeza sobre las fuentes que emplea Plutarco en esta *Vida*. Para apoyar un detalle concreto de su narración, o para desmentir alguna información que ofrecen, cita puntualmente a los siguientes autores: Glaucipo, hijo de Hiperides, autor de un discurso contra Foción (4, 2) e Idomeneo de Lámpsaco (4, 2)[7] a propósito del origen familiar de Foción. Duris de Samos es citado dos veces: a propósito de la compostura que guardaba Foción en público (4, 3) y del saludo (el *chaírein)* que mantuvo Alejandro en las cartas que le dirigía (17, 10); en apoyo de esto último cita también a Cares de Mitilene. Con probabilidad usa también a Idomeneo y a Duris en 17, 2, cuando da el nombre de Hiperides entre los oradores que reclamaba Alejandro[8].

Aunque no los cite, también debió de servirse de las obras de historiadores como Teopompo de Quíos y Éforo de Cumas; y sobre todo, de la *Historia* de Jerónimo de Cardia, quien, por su estrecha relación con algunos gobernantes macedonios, debió de sentir simpatía hacia la política de Foción. También Demetrio de Falero, que primero fue colaborador de Foción y luego gobernó Atenas entre el 317 y el 307, pudo haber sido fuente, directa o indirecta, de Plutarco.

---

[6] La única fuente es Ps. Plut., *Vidas de los diez oradores* 850 B.

[7] Autor que a Plutarco no le merece mucha confianza, como puede deducirse de *Pericles* 10, 7, donde también lo rebate, igual que aquí.

[8] *Cf.* Plut., *Demóstenes* 23, 4.

La *Vida de Foción* de Plutarco presenta una organización básica en tres grandes partes: la primera, dedicada a la presentación del héroe; la segunda, a la exposición de sus hechos; y la tercera, al relato del final de Foción, acompañado de una síntesis de sus virtudes, que se han ido desglosando a lo largo de la obra.

La primera parte, que comprende los capítulos 1-11, está dedicada a la presentación del héroe: su carácter y los rasgos generales de su actividad política. Los pocos datos concretos de su origen y juventud sirven también para presentar al personaje antes de dar a conocer los hechos fundamentales de su vida. El desarrollo por capítulos es como sigue:

1. Desigual combate de la virtud de Foción con la fortuna.
2. El arte de gobernar.
3. Comparación de la virtud de Foción con la de Catón el Joven.

4-7. Origen, educación y costumbres. Cualidades para el mando ejemplificadas en los primeros hechos, y vocación política y militar.

8-10. Orientación política de Foción: su enfrentamiento con el pueblo, que, a pesar de eso, recurre siempre a él.

11. La política de Foción, orientada a la paz y la tranquilidad, encuentra la aceptación y el respaldo de los aliados.

Plutarco emplea diversos procedimientos para caracterizar al personaje, tales como indicación directa de virtudes, anécdotas que contienen dichos del protagonista, opiniones de otros y caracteres secundarios que, en su contraste con el héroe, iluminan el carácter de éste.

Formando parte del retrato de la personalidad de Foción, encontramos elementos que se consideran constantes de las *Vidas* de Plutarco, pues, al analizar el carácter de sus personajes, el autor suele tratar temas como la caracterización física y espiritual, la caracterización de su oratoria, la imitación de figuras gloriosas del pasado y la vocación pública o *proaíresis*. También son una constante de las biografías de Plutarco los datos de la vida de Foción que aparecen en este sector y que explican o reflejan rasgos de su carácter. Podemos citar entre ellos su origen familiar, la formación y los primeros hechos. La condición de tópico de estos elementos y su formalización son corroboradas por la reiterada presencia en las *Vidas* de determinadas palabras para cada uno de ellos.

El material historiográfico utilizado es muy escaso y las anécdotas son el elemento esencial en esta parte, orientadas principalmente a confirmar la virtud del héroe y su capacidad para la dirección política. Por este motivo, esta sección de la biografía ha sido considerada una pieza literaria de escaso valor histórico[9]. Pero, sin duda, el retrato ofrecido por Plutarco, en las líneas generales de su política de confrontación con la mayoría, de su interés por la justicia desde sus posiciones ideológicas, y del respeto que le profesaba el mismo pueblo que se le oponía, responde, más allá de la idealización de algunas fuentes y del engrandecimiento de su biógrafo, al personaje histórico que fue Foción.

La segunda parte (capítulos 12-33) constituye la médula histórica de la biografía. Da cuenta de los hechos y actitudes de

---

[9] L. A. TRITLE, «Plutarch's *Life of Phocion*: an analysis and critical report», *ANRW* II, 33, 6, Berlín-Nueva York, 1992, pág. 4.276: «The opening section of the *Phocion* may be described as a literary mosaic». C. BEARZOT, *Introduzione*, en Plutarco, *Focione. Catone Uticense*, Milán, 1993, pág. 96: «a un' atenzione per la costruzione di un "personaggio" letterariamente coerente[...] si accompagna l'incapacità di delineare un quadro storico attendibile».

Foción, enfocados exclusivamente por su relación con Macedonia. Los elementos narrativos de la vida del personaje en orden cronológico van adquiriendo mayor importancia a medida que avanza la biografía, sobre todo en el relato de los últimos cuatro años, a partir del capítulo 23. Pero los distintos elementos se organizan con vistas a la caracterización del personaje, ya que todas sus acciones, actitudes y palabras son manifestaciones de su carácter. Abundan las anécdotas y dichos también en esta parte y a menudo están concentrados para dibujar la actitud de Foción ante situaciones determinadas; por ejemplo, en el capítulo 16, ante Filipo de Macedonia; o en el 23, para representar su posición en la guerra de Lamia. El autor recurre también a la caracterización indirecta por medio de personajes secundarios que, con su personalidad o con sus opiniones y actitudes, contrastan con el héroe.

El contenido de los capítulos es el siguiente:

12-15. Período comprendido entre el 349/348 y el 340/339. Acciones militares de Foción contra Filipo de Macedonia: campañas de Eubea y Bizancio y expedición a Mégara, en las que exhibe sus excelentes cualidades y aumenta su prestigio. Las referencias históricas que encontramos, tanto aquí como en otros lugares, son tan sólo las imprescindibles para el propósito del autor y quedan subsumidas en una estructura formal típica del género biográfico: la *chreía*[10]. Esta estructura, que no sería apropiada para una obra historiográfica, se adapta perfectamente a la biografía, ya que permite un enfoque individualizador de los

[10] En un sentido básico, exposición concisa de un dicho o hecho memorable, o una combinación de ambos atribuida a un personaje concreto y de carácter útil para la vida.

hechos centrándolos en la actuación y el carácter del personaje, con exclusión de todo lo que no sea pertinente para ese enfoque. El propósito de Plutarco no es relatar acontecimientos históricos por sí mismos, sino hacer una selección y una presentación de los mismos para demostrar el mérito de su héroe.

16. La actitud de Foción ante Macedonia en las fechas inmediatamente precedentes a Queronea y después de la batalla se describe mediante un conjunto de anécdotas y dichos.

17-22. De la misma manera es descrita la actitud de Foción durante el reinado de Alejandro Magno. Aquí, además, la relación entre el estadista ateniense y el joven rey queda configurada mediante el tema de la amistad entre ambos y la incorruptibilidad de Foción, que se resiste a los repetidos ofrecimientos de regalos de Alejandro. Se organiza en una compleja y elaborada *chreía* que tiene una función estructural en la biografía: ofrecer, compendiado en un solo tema, un largo período de la vida del personaje como es el reinado de Alejandro. En conexión con la incorruptibilidad, se trata del desprecio de Foción al lujo y su preferencia por una vida modesta. Con este motivo, la biografía entra en una fase intemporal, al margen de la secuencia cronológica, para tratar de las relaciones familiares de Foción, que confirman su sencillez de vida.

23-33. Narración de los últimos años de la actividad pública: la guerra de Lamia y el gobierno de Foción en Atenas durante la regencia de Antípatro de Macedonia. Plutarco pudo documentarse mucho mejor en las fuentes para esta época, en la que Foción era el personaje dominante de la escena política ateniense,

que para las épocas anteriores. Algo similar sucede en Nepote, quien relata sólo esta parte de la vida del personaje en los tres últimos capítulos de su biografía de Foción, tras una caracterización general en el primero. Así mismo, Diodoro ofrece abundantes noticias de Foción para este período en el libro XVIII de su *Biblioteca*; de lo precedente, ofrece sólo escasos datos en los libros XVI y XVII. De ello podemos deducir que, a partir del capítulo 23, Plutarco es más deudor de las fuentes y que su aportación personal es mayor en la elaboración de los capítulos anteriores.

Sin embargo, el rico material historiográfico de que dispone ahora el autor se entremezcla con gran número de anécdotas y es elaborado para presentar un retrato de Foción uniforme, por la permanencia de su carácter, con todo lo anterior. Así, encontramos también en estos últimos cuatro años de la vida de Foción una política orientada a la paz y la tranquilidad. El bien de la patria es, como siempre lo ha sido, el motivo de su política antibelicista. Tras la paz de Antípatro, procura suavizar las condiciones impuestas por el macedonio y dirigir los asuntos del Estado con moderación y justicia. Mas a pesar de su esfuerzo por la justicia y por el bienestar del pueblo, el enfrentamiento con éste es cada vez mayor. Pero el héroe se resiste tanto a hacer concesiones demagógicas como a caer en un comportamiento tiránico, a ceder ante las pretensiones innobles de los dirigentes macedonios o a dejarse sobornar por ellos. Plutarco exalta y admira en el héroe su integridad incorruptible, su interés por la justicia y, por encima de todo, su dedicación al bien de la patria. Pero cuando considera que descuida esto último, también manifiesta su censura, como en la crítica que hace de su comportamiento con Nicanor.

La tercera parte (capítulos 34-38) presenta el juicio, la muerte y la rehabilitación póstuma de Foción.

34-35. Pormenores del juicio, relatados con sumo detalles, lo que hace suponer que el autor contaba entre sus fuentes con testimonios directos de los acontecimientos. El patetismo de la narración se prolonga en los capítulos siguientes.

36-37. Narración de la muerte, en la que se destacan otros dos rasgos fundamentales del carácter de Foción, la grandeza de ánimo y la impasibilidad. Mediante las anécdotas y dichos del personaje, Plutarco configura el episodio de forma paralela a la muerte de Sócrates.

38. Rehabilitación póstuma de Foción, y resumen de sus virtudes políticas: jefe y guardián de la prudencia y la justicia. Como cierre de la obra, tras numerosas alusiones indirectas a lo largo de la misma, se compara al héroe con Sócrates de forma explícita, por el error y la desgracia para la ciudad que supuso la muerte de ambos.

Esta parte tiene en común con la primera una peculiaridad que las diferencia de la segunda: los tópicos o constantes de las biografías de Plutarco. Aquí encontramos la descripción de la muerte, el eco de la misma, la suerte del cuerpo y las exequias, la venganza, el destino de la descendencia y una valoración de la vida del personaje. La formalización de estos temas se refleja en el empleo de términos que se repiten en otras *Vidas*.

La virtud de Foción y su estilo de vida, admirados por Plutarco, constituyen un ejemplo tanto en el plano individual como en el político. Se parte de su consideración de hombre bueno y dedicado a la política (3, 6), y la serie de cualidades y compor-

tamientos descritos a lo largo de la obra fundamentan la definición de su virtud, que encontramos en 3, 8: la austeridad y la humanidad, el valor y la precaución, la atención a los demás y la intrepidez, la prevención ante la vileza y el esfuerzo por la justicia.

Estos componentes de la virtud de Foción, previamente enunciados al comienzo de la biografía, confirmados con insistencia a lo largo de la obra en las descripciones de su carácter y ejemplificados en el relato de sus hechos, se sintetizan al final (38, 1) en la *prudencia* y la *justicia.* Estas dos virtudes, por tanto, engloban las otras cualidades morales, públicas y privadas, del personaje.

El retrato de la personalidad de Foción está determinado por la finalidad moralizante y ejemplificadora. Por ello se acentúan sus cualidades y se presentan sus acciones bajo una luz que resalta la puesta en práctica de aquéllas. El arte del biógrafo ha sido adaptar a este molde materiales tan heterogéneos como colecciones de anécdotas y dichos, testimonios diversos de oradores, filósofos y cronistas locales, y relatos históricos. La personalidad resultante de este proceso es un héroe de una sola pieza, que no presenta fisuras ni contradicciones en su ideología y comportamiento, y cuyo carácter se mantiene uniforme y constante en el curso de toda su vida sin que le afecten los cambios de las circunstancias. Por el predominio de la idealización en el retrato del héroe y la sublimación de sus cualidades, se podría considerar esta biografía una creación literaria que sirve de ejemplo de virtudes. Pero Plutarco tiene en cuenta que el personaje es, ante todo, real, y quiere ser fiel a su verdad histórica, por lo que también critica los aspectos de su comportamiento con los que no está de acuerdo. El modelado del retrato de Foción, destacando unos rasgos y difuminando otros, es su aportación personal como biógrafo para cumplir con la finalidad moralizante y ejemplificadora de la obra.

CATÓN EL JOVEN

Marco Porcio Catón nació el año 95 o 94 a. C[11]. Se le conoce como Catón de Útica por el lugar de su muerte, y como Catón el Joven para diferenciarlo de su bisabuelo, que se llamaba como él y es conocido como Catón el Viejo, el Mayor o el Censor, y del que Plutarco escribió también una biografía. Debido a su carácter y a la fama de su virtud, y sobre todo al impacto causado por su célebre suicidio, poco después de su muerte surgió y se desarrolló una larga tradición literaria sobre él[12]. Fue admirado y elogiado por autores como Valerio Máximo, en muchas obras de Séneca es considerado modelo ejemplar, es el héroe en la *Farsalia* de Lucano y es citado incesantemente por otros muchos autores. Sin embargo, toda la tradición literaria latina concerniente directamente a él se ha perdido (el *Catón* de Cicerón, el *Anticatón* de César, las *Memorias* de Munacio Rufo, la *Vida* de Trasea Peto, etc.). Todo ello sirvió de base, directa o indirectamente, para la única biografía suya conservada, *Catón el Joven* de Plutarco.

Entre las obras de la literatura latina que, con mucha probabilidad, consultó Plutarco para la elaboración de esta biografía, habría que citar el *Anticatón* de César, algunos discursos de Cicerón como *En defensa de Murena* y las *Catilinarias*, y la *Historia de las guerras civiles* de Asinio Polión. Pero la principal fuente de Plutarco es, sin duda, la biografía escrita por P. Clodio Trasea Peto, que se basa en la obra de Munacio Rufo, amigo íntimo y acompañante asiduo de Catón, por lo menos hasta el comienzo de la guerra civil[13]. Dos veces menciona Plutarco

---

[11] Hay cierta inseguridad al respecto, pues APIANO, *Guerras civiles II*, 99, dice que murió con cincuenta años, y PLUT., *Catón el Joven* 73, 1, con cuarenta y ocho.

[12] También, mientras Catón estaba todavía vivo, Metelo Escipión escribió un libelo difamatorio contra él.

[13] *Cf.* PLUT., *Catón el Joven* 52, 4.

juntos a Murena y Trasea: 25, 2 y 37, 1. Para el resto de la biografía, es posible que Plutarco se sirviera también de la obra de Trasea Peto como fuente principal; éste, que ya no podía basarse en la obra de Munacio Rufo, debió de contar también con otro informador testigo presencial de los hechos de Catón en Útica y de las circunstancias de su muerte.

Antes de pasar al comentario de la biografía de Plutarco, ofrecemos una breve síntesis cronológica de los hechos históricos de la vida de Catón (todas las fechas son a. C.):

95 o 94: Nacimiento de Catón. Huérfano de padre y madre muy pronto, se criará en casa de su tío materno Livio Druso.

91: Muerte de Livio Druso.

73-71: Catón participa como voluntario en la guerra de Espartaco, junto a su hermano Cepión, que era tribuno militar.

67: Catón es tribuno militar en Macedonia. Muere su hermano Cepión.

66: Viaje de Catón por Asia.

64: Ejerce el cargo de cuestor.

63: Presenta su candidatura al tribunado de la plebe para contrarrestar a Cecilio Metelo Nepote.

62: Ejerce el cargo de tribuno de la plebe.

61: Pompeyo intenta una alianza con Catón solicitando en matrimonio a la hija o a una sobrina de Catón.

60: Se opone a la candidatura *in absentia* de César al consulado.

59: Oposición de Catón a la *lex Iulia agraria*.

58-56: Catón se encarga de la anexión de Chipre.

56: Oposición de Catón a la elección de Pompeyo y Craso como cónsules para el año 55.

55: Catón fracasa en su intento de conseguir la pretura para ese año.
54: Ejerce el cargo de pretor.
52: Pompeyo es cónsul único con el apoyo de Catón, entre otros.
51: Catón no logra su propósito de conseguir el consulado para ese año.
49: Comienzo de la guerra civil. Catón sale de Roma y, designado propretor de Sicilia, se dirige primero allí, para abandonar la isla después y marcharse a Dirraquio junto a Pompeyo.
48: Tras la derrota de Farsalia, Catón se hace cargo de las fuerzas que había en Dirraquio y Corcira y parte hacia África, donde se une a Metelo Escipión, Varo y Juba.
47-46: Estancia en Útica.
46: Pocos días después de la batalla de Tapso (6 de abril), Catón se suicida.

El estudio de la *Vida de Catón* debe comenzar por el capítulo 3 de la *Vida de Foción*, donde Plutarco explica los motivos del escaso éxito político del romano. La magnitud de su virtud era desmedida para las circunstancias de su tiempo, a las que no supo adaptarse a causa de su personalidad, propia de una época más antigua *(archaiotropía)*. Al igual que Foción, no solía mostrar flexibilidad y condescendencia con el pueblo, sino que era intransigente en su propósito de lograr lo que creía más conveniente. Intervenía en la política como un filósofo, sin tener en cuenta la realidad de la Roma de su época, y por eso le ocurrió lo que a los frutos que no surgen en su estación: la gente los ve con placer y los admira, pero no los consume. Se explica así, por ejemplo, que perdiera los comicios consulares. Reconoce Plutarco que, aunque la nave del Estado sufría una gran tempestad,

> su tarea en el gobierno fue solamente sujetar las velas y los cabos al lado de los más poderosos, apartado del timón y la dirección; sin embargo, libró un gran combate con la fortuna. Pues ésta, por medio de otros, sometió y abatió la República, pero fue a duras penas, lentamente y con mucho tiempo, y faltó muy poco para que se salvara gracias a Catón y a la virtud de Catón[14].

Plutarco, por tanto, no oculta el papel secundario de Catón en los acontecimientos políticos de su tiempo, pero en la biografía del personaje desea demostrar que supera por su virtud a los más poderosos y enfoca la actividad política de Catón exclusivamente como una confrontación con Pompeyo y César (éstos son, evidentemente, los más poderosos a los que alude en la cita anterior), presentándolo desde una perspectiva ventajosa respecto a sus contrincantes. César es el personaje opuesto a Catón y, para resaltar las virtudes de este último, se omitirán las que concede a aquél en su biografía, principalmente las de tipo militar[15] e incluso su célebre clemencia; su retrato será siempre negativo. Pompeyo, en cambio, es el referente con el que se mide la valía de Catón. No se celebran sus virtudes, pero tampoco se omite su grandeza para resaltar así aún más la grandeza de Catón.

Los quince primeros capítulos de la *Vida de Catón* están dedicados a la infancia, juventud y primeros hechos del personaje, antes de su entrada en la vida pública. Encontramos una semblanza del niño y el joven, precozmente caracterizado con las cualidades principales que tendrá en la edad adulta.

En los tres primeros capítulos se puede decir que están ya esbozados los principales rasgos del retrato de Catón que irán tomando volumen a lo largo de la biografía. Un elemento fun-

---

[14] PLUT., *Foción* 3, 4-5.

[15] PLUT., *César* 15.

damental son las comparaciones con otras personas de su entorno que muestran también sus virtudes, su carencia de ellas o sus defectos. Contribuyen a dar forma al retrato infantil y juvenil de Catón, que exhibe ya en germen las principales virtudes que lo caracterizarán de adulto: la total firmeza y perseverancia en sus convicciones, el valor, el esfuerzo por la justicia y la intrépida defensa de la libertad de la patria. En su vida privada, una austeridad insuperable[16].

A diferencia de los otros niños, muestra un carácter inflexible, impasible y firme (1, 3) y una determinación superior a la que corresponde a su edad. Se manifiesta ese carácter en distintas situaciones.

La firmeza para mantener su criterio y el decidido esfuerzo por la justicia le dieron renombre ya de niño (3, 1-2).

A los catorce años, se dio cuenta de que en casa de Sila se asesinaba a personas ilustres y, asombrado de que nadie matara al tirano, pidió una espada para hacerlo él y librar así a la patria de la esclavitud (3, 3-7).

---

[16] En los siguientes capítulos vamos encontrando más rasgos del personaje durante su juventud en confrontación con otros de su entorno. La austeridad de la que hacía gala en su vida privada se complementa con los duros ejercicios a los que sometía su cuerpo; destacan sus viajes a pie, mientras sus amigos los hacían a caballo y él se iba acercando a hablar por turno con cada uno de ellos.

Tras los pasajes dedicados a su *díaita*, la vida privada se completa con una referencia a su frustrado compromiso matrimonial con Lépida y a su primer matrimonio, contraído con Atilia, hija de Serrano. Sorprende, en un principio la comparación escogida aquí por Plutarco cuando dice que Lelio, el amigo de Escipión, fue más afortunado, pues en sus muchos años de vida sólo conoció a la mujer con la que se casó al principio. Está claro que a Plutarco le disgusta la accidentada vida matrimonial de Catón, de la que tratará por extenso más adelante (24, 6-25, 13), y extrae un caso de la propia historia de Roma, aunque se trate de alguien que vivió un siglo antes que Catón, para ejemplificar la fidelidad y el afecto conyugal a los que él tenía tanto apego.

Su hermano Cepión, que era admirado por su prudencia y mesura, reconocía que hacía honor a esa fama si era confrontado con los demás, pero no cuando era comparado con Catón (3, 9-10). La virtud del hermano, pues, sirve para resaltar la superioridad y excelencia de la virtud de Catón.

En sus primeros hechos de juventud, con los que se va preparando para su futura dedicación a los asuntos públicos, encontramos a Catón dedicado a la actividad militar: la primera vez, como voluntario en la guerra de los esclavos, también llamada de Espartaco (cap. 8). Debido a la mala dirección de la guerra, no pudo emplear en la medida de sus deseos el ardor y entrenamiento de su valor. Pero en medio de la molicie y el lujo de los demás participantes, destacaron su disciplina, valentía, audacia e inteligencia, igualándose a su glorioso antepasado, Catón el Viejo (quizás Plutarco no le encuentre un igual entre sus contemporáneos).

Cuando obtuvo el cargo de tribuno militar —por cierto, fue el único que obedeció la ley que prohibía la asistencia de *nomenclatores*[17] (8, 4)—, fue destinado a Macedonia. Desde allí, durante un permiso, viajó a Pérgamo para entrevistarse con el filósofo estoico Atenodoro, apodado Cordilión, que había rechazado hasta entonces todo tipo de trato con los poderosos.

> Se entrevistó con él, se lo ganó y le hizo mudar de propósito y regresó con él al campamento, muy contento y ufano, como si hubiera hecho una conquista bellísima y más brillante que las de Pompeyo y Lúculo, que iban entonces, en sus expediciones, sometiendo pueblos y reinos con la fuerza de las armas.[18]

---

[17] Se encargaban de decir a los candidatos los nombres de las personas que se iban encontrando por la calle para que los saludaran.

[18] PLUT., *Catón el Joven* 10, 3.

Queda clara la intención de Plutarco de engrandecer a su héroe poniéndolo por encima de los dos conquistadores más grandes del momento, sobre todo de Pompeyo.

Finalizado el servicio militar, hizo un viaje por Asia. En Éfeso se entrevistó con Pompeyo, que le dispensó una excelente acogida. Pero no lo retuvo a su lado, como hacía con otros jóvenes: lo admiraba cuando estaba presente pero se alegraba de su partida, pues sentía «como si tuviera que dar cuentas de su mando ante él». El propio Pompeyo se siente intimidado y reconoce implícitamente la superioridad moral de Catón, en cuya honradez, por otra parte, confía, pues le encomienda su familia casi a él solo, entre todos los que viajaban a Roma. Esta doble actitud de Pompeyo hacia Catón quedará también patente en su relación posterior, cuando estén en el mismo bando en la lucha contra César.

Incluso en los enfrentamientos directos que mantiene con otros personajes, subyace siempre su oposición a Pompeyo y también a César. Lo vemos, por ejemplo, cuando aspira al tribunado de la plebe para oponerse a Metelo, que actuaba como representante de Pompeyo (cap. 20). Siendo ya los dos tribunos, Metelo propuso una ley para que Pompeyo protegiera con sus tropas la ciudad, en peligro por los partidarios de Catilina. Como esto habría supuesto la formación de un poder absoluto, Catón se opuso a ello encarnizadamente sin hacer caso de las amenazas y logró frustrar esos planes (26, 2-28, 6). En definitiva,

> Fue grande la gloria de Catón[...] por haber debilitado el poder de Pompeyo en la persona de Metelo.[19]

Catón consigue frustrar también otros proyectos de Pompeyo (29, 5-30, 2; 31, 1-2) que tenían el mismo objetivo de aumentar su prestigio e influencia sin tener en cuenta la legalidad; hasta

[19] PLUT., *Catón el Joven* 29, 2.

que, para atraerse a Catón, Pompeyo le pidió en matrimonio, para él y para su hijo, a dos sobrinas suyas (o hijas, según algunas fuentes). Catón lo rechazó y sus amigos y las mujeres de la casa se lo reprocharon. Pero los posteriores manejos electorales de Pompeyo para favorecer el acceso de un amigo al consulado dieron la razón a Catón que, de haber admitido el compromiso matrimonial, habría tenido que consentir también tales ilegalidades. Plutarco censura a su admirado héroe en esta ocasión pese a su integridad moral pues, por no consentir los pequeños delitos de Pompeyo, lo impelió a cometer el mayor de todos, buscando la alianza con César, lo que acabaría provocando el fin de la República (30, 6-10)[20]. Plutarco pone siempre, por encima de las razones éticas, la razón de Estado, el bien común. Ésta es la conclusión moral de un pasaje en el que se exagera bastante la importancia del protagonista al remontarse a su negativa a una alianza matrimonial con Pompeyo el origen de un hecho tan trascendente como el fin de la República romana.

Catón defendió sin desmayo la legalidad y la República frente a los ataques de los triunviros y, cuando se propuso otra ley sobre la asignación de provincias y tropas a César, ya no se dirigió al pueblo, sino a Pompeyo personalmente para advertirle del peligro que César representaba, no sólo para el bien y la justicia, sino también para Pompeyo personalmente (43, 9). Pero, aunque éste escuchó a menudo tales advertencias, no les hacía caso. Con frecuencia vemos a Catón actuando de consejero prudente de Pompeyo, quien no suele atender sus palabras, que siempre resultan proféticas. Este aspecto se destaca también en la *Vida de César* 13, 6, donde se llama a Catón consejero prudente aunque desafortunado[21].

---

[20] Esta censura es equivalente a la crítica a Foción en PLUT., *Foción* 32, 7.

[21] Igualmente en otros casos, en los que se dice esto expresamente, no es atendido: cuando no consiguió la pretura, habló a los ciudadanos como por inspiración divina, prediciendo todo lo que le iba a suceder a la ciudad (42, 6).

La figura de Catón es exaltada al máximo cuando llega al punto más alto de su carrera política y alcanza por fin la pretura. Por la confianza que la gente deposita en él, parece asumir los poderes del senado, de los tribunales y de los magistrados y eso le atrae la envidia de los poderosos. Plutarco loa su mayor virtud: la justicia (44, 11-14). Ésta le acarrea la hostilidad de los personajes importantes y Pompeyo considera que la gloria de Catón es nociva para su poder. Por ello azuza gente para que lo difame, en concreto el demagogo Clodio, que lanza contra Catón, entre otras acusaciones, la de haberse quedado con mucho dinero de Chipre. Catón da una respuesta que le hace quedar, una vez más, por encima de Pompeyo (45, 1-3):

> él había reunido en Chipre para la ciudad, sin haber dispuesto ni de un solo caballo ni de un hombre, una cantidad de dinero que Pompeyo no había logrado aportar ni siquiera trastornando el mundo entero con tantas guerras y triunfos.

¡La modesta anexión de Chipre, superior a las brillantes campañas de Pompeyo!

Tras apagar el nombramiento de Pompeyo como cónsul único —como mal menor, para que acabe con la anarquía reinante en Roma— éste le muestra su agradecimiento y le pide que sea su consejero, pero Catón le replica que ni antes le tenía animadversión, ni ahora quiere complacerlo, pues sólo actúa en interés del Estado, y que en privado le dará consejos si se los pide, pero que en público siempre le dirá su parecer (cap. 48).

Cuando César tomó Arimino y avanzaba ya sobre Roma, todos volvieron su mirada a Catón, pues él había sido el único

---

También Tolomeo de Egipto, que no atendió su consejo de no ir a Roma a suplicar ayuda, reconoció que no había despreciado las palabras de un hombre íntegro, sino el oráculo de un dios (35, 7).

que lo estaba previendo desde el principio, y Pompeyo dijo, para justificarse, que si Catón había hablado más proféticamente, él había actuado de forma más amistosa (52, 3).

Ya en la guerra civil, los consejos que dio a Pompeyo, llenos de equidad y mansedumbre, atrajeron a muchos a su bando (53, 6). Sin embargo, Pompeyo seguía recelando de Catón y no le confiaba puestos relevantes porque temía que, una vez alcanzada la victoria, le exigiera que cumpliera él también las leyes (54, 6).

Catón era superior a Pompeyo también en la oratoria, y ello gracias a la filosofía. Lo demostró antes de la batalla de Dirraquio, cuando las arengas de Pompeyo y los otros comandantes no consiguieron enardecer a los soldados (54, 8).

> Después de todos los demás, Catón expuso con auténtico sentimiento todas las enseñanzas que, para la ocasión, podía extraer de la filosofía a propósito de la libertad, la virtud, la muerte y la gloria. Acabó su discurso transformándolo en una invocación a los dioses como si estuvieran presentes y observando el combate por la patria, y fue tan estentóreo el clamor y tan grande la agitación del ejército por la conmoción que experimentaba, que todos los comandantes, llenos de esperanza, se dispusieron a arrostrar el peligro.

De esta forma podría parecer que la victoria de Dirraquio se debió a Catón. Pero mientras los demás se alegraban por el triunfo, él lloraba por la desgracia de la patria (54, 7-11).

A pesar de todo, Pompeyo siguió manteniendo una relación ambigua con Catón: recelaba a la vez que confiaba en él. Por eso, cuando persiguió a César hasta Tesalia, dejó a Catón en Dirraquio como jefe y guardián de muchas armas, dinero, parientes, allegados... al mando de quince cohortes. Pensaba que, si era vencido, Catón sería el más fiel de todos, pero que si vencía, no le permitiría aprovecharse de la situación a su antojo (55, 1-2).

Tras la muerte de Pompeyo, las tropas que estaban con Catón

no quisieron tener otro jefe que no fuera él (56, 3). Catón queda así (al menos en esta biografía) como el heredero político de aquél.

Respecto a César, lo vemos enfrentado por primera vez a Catón cuando intentó sustraer de la condena a muerte a los implicados en la conjuración de Catilina e incluso logró que el cónsul Silano, antes partidario de la condena, se pusiera de su parte. Pero Catón consiguió que el senado ratifique la pena de muerte con un vehemente discurso en el que reprochó a César que intentara aniquilar el Estado bajo una apariencia democrática y con palabras humanitarias (caps. 22-23). Este enfrentamiento en el senado no se limitó a la política. Al parecer, César le tendió a Catón una trampa para atacarlo por su flanco más débil: las mujeres de su familia. A César le trajeron de fuera una nota que Catón le exigió leer en público. Se trataba de una indecente cartita de amor de Servilia, su hermana, dirigida a César. Plutarco no omite este tipo de detalles, pues aclara que está pintando, por así decirlo, un retrato del alma. Después de la oposición en la esfera política, la anécdota sirve para contrastar también sus vidas privadas: frente a la ya conocida sobriedad de Catón, la incontinencia de César en el terreno sexual y su desvergüenza al exhibirla (cap. 24).

Plutarco no menciona a Craso como integrante de la alianza (en la *Vida de César* 14, sí) conocida como el primer triunvirato. Está claro que desea centrar la oposición del protagonista en César y Pompeyo. Se enfrentó a sus medidas políticas, concretamente a las leyes concernientes al reparto de tierras, pero sin éxito (31, 6-33, 1). Por ese motivo, César incluso ordenó apresar a Catón pero tuvo que soltarlo (33, 3-4):

> Lo seguía el senado abatido y lo mejor del pueblo manifestando en silencio su indignación y disgusto. A César no le pasó inadvertido ese sentimiento de pesar, pero siguió adelante obstinadamente y esperando que Catón hiciera alguna apelación o súplica. Pero como

> era evidente que éste no tenía ninguna intención de hacer nada, César en persona, vencido por la vergüenza y el descrédito, convenció a uno de los tribunos y lo envió en secreto para que soltara a Catón.

El pasaje constituye una prolepsis del final de Catón: éste se niega a suplicar la clemencia de César, que resulta moralmente vencido.

Cuando César atacó y venció a unos pueblos germanos con los que, al parecer, había acordado una tregua, mientras que los demás deseaban ofrecer sacrificios por las buenas noticias, Catón pidió que se entregara a César a las víctimas de su iniquidad para que no cayera sobre la ciudad la mancha del crimen (51, 1-2). César remitió al senado una carta llena de calumnias y acusaciones contra Catón, y éste replicó exponiendo razonamientos justos y acusaciones verdaderas, detallando los propósitos de César y revelando su plan por completo, no como si fuera su enemigo, sino su cómplice y conjurado.

A lo largo de toda su vida, y especialmente en sus últimos días en África, Catón muestra que no escatima su vida en defensa de la justicia y de los intereses de la patria. César, por el contrario, en palabras de Catón, no escatima su vida para cometer las mayores injusticias (59, 10).

Aunque César es más fuerte con las armas, él es el vencedor moral. Cuando la llegada de aquél a Útica ya era inminente, los senadores que estaban con Catón le dijeron que rogarían a César por él en primer lugar. Catón se lo agradeció, pero les dijo (64, 7-9)

> que por él no suplicaran pues la súplica es propia de vencidos y pedir perdón propio de culpables; y él no sólo había permanecido invicto durante toda su vida, sino que además era vencedor en la medida en que él lo quería y superaba a César en honorabilidad y

justicia. Éste, en cambio, era el derrotado y vencido, pues los delitos contra la patria que en otro tiempo negaba estar cometiendo eran en ese momento probados y flagrantes.

La única virtud de César que de alguna manera se deja entrever en la *Vida de Catón* es la clemencia, pero incluso ésta queda por debajo de la grandeza de Catón. Muy ilustrativo al respecto es lo que dijo César al enterarse de su muerte (72, 2-3):

¡Catón, te envidio por tu muerte, pues tú me has envidiado a mí por tu salvación!

Igualmente el comentario de Plutarco:

Y es que en realidad, si Catón hubiera consentido dejar su salvación en manos de César, parece que no habría rebajado su fama tanto como habría engrandecido la de aquél.

Catón, al suicidarse en lugar de implorar clemencia, muere también fiel a sus principios, como corresponde a un filósofo, y en eso su muerte es semejante a la de Foción y a la de Sócrates, como subraya el hecho de que leyera el *Fedón* en sus últimas horas (cap. 68). El paralelismo con Sócrates, a la vez que enaltece a los personajes, desacredita también a los culpables de su muerte.

En definitiva, la confrontación de Catón con los personajes que han contribuido a perfilar su retrato en la biografía, confirman lo que asegura Plutarco al comienzo de la *Vida de Foción* (3, 3):

La personalidad de Catón, propia de una época más antigua, cuando surgió, después de mucho tiempo, entre unas vidas corruptas y caracteres depravados, gozó de gran fama y gloria pero no se adap-

tó a las necesidades a causa de la intensidad y la magnitud de su virtud, desmedida para los tiempos que corrían.

NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN

Esta traducción de las *Vidas de Foción y Catón el Joven* sigue la edición del texto establecido por R. Flacelière y É. Chambry, publicada en la Collection des Universités de France, París, 1976. También se ha consultado la edición de K. Ziegler, *Plutarchus, Vitae Parallelae II*. 1, Leipzig, 1964.

En la *Vida de Catón*, no se ha seguido la edición de Flacelière-Chambry en los siguientes pasajes:

FLACELIÈRE-CHAMBRY	TEXTO ADOPTADO
6, 2 ἐπιπιὼν [ἐπὶ] τὸ δεῖπνον	ἐπιπιὼν [ἐπὶ τὸ δεῖπνον] Ziegler
45, 6 [δύναμιν]	δύναμιν mss.
55, 3 καὶ ⟨ἄλλοι⟩ τῶν πιφανῶν Ziegler	καὶ τῶν ἐπιφανῶν mss.
61, 3 μανὰ δέχεται Sint.	μὲν ἀναδέχεται mss.

BIBLIOGRAFÍA

I. Común para ambas vidas

ALCALDE MARTÍN, C., «Los personajes secundarios y su contribución al retrato del protagonista en las *Vidas de Foción y Catón el Joven* de Plutarco», en J. Ribeiro Ferreira, L. van der Stockt, M. do Céu Fialho, *Philosophy in Society. Virtues and Values in Plutarch*, Lovaina-Coimbra, 2008, págs. 19-37.

BARBU, N. I., *Les procédés de la peinture de caractères et la vérité historique dans les Biographies de Plutarque*, París, 1933.

BUCHER-ISLER, B., *Norm und Individualität in den Biographien Plutarchs*, Stuttgart, 1972.

DESIDERI, P., «La formazione delle coppie nelle *Vite* plutarchee», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt (ANRW)*, II, 33, 6, Berlín-Nueva York, 1992, 4.470-4.486.

DUFF, T., *Plutarch's Lives: exploring virtue and vice*, Oxford, 2002.

FRAZIER, F., «À propos de la composition des couples dans les *Vies Parallèles* de Plutarque», *Revue de Philologie* 61 (1987), 65-75.

MARTIN, H., «The concept of *praotes* in Plutarch's *Lives*», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 3 (1960), 65-73.

—, «The concept of *Philanthropia* in Plutarch's *Lives*», *American Journal of Philology* 82 (1961), 164-175.

POLMAN, G. H., «Chronological biography and *akme* in Plutarch», *Classical Philology* 69 (1974), 169-177.

PELLING, C. B. R., «Is Death the End?», *Classical Quarterly* 23 (1973), 225-228.

RONCONI, A., «Exitus illustrium virorum», *Reallexikon für Antike und Christentum (RAC)*, VI, 1966, cols. 1.261-1.262.

TRAPP, M. B., «Socrates, the *Phaedo* and the *Lives* of Phocion and Cato the Younger», en A. Pérez Jiménez, J. García López, R. M. Aguilar, eds., *Plutarco, Platón y Aristóteles*, Madrid, 1999, 487-499.

WARDMAN, A. E., *Plutarch's Lives*, Londres, 1974.

WEIZSÄCKER, A., *Untersuchungen über Plutarchs biographische Technik*, Berlin, 1931.

II. Vida de Foción

ALCALDE MARTÍN, C., «Hechos históricos y descripción del carácter en la *Vida de Foción* de Plutarco», en C. Schrader, V. Ramón, J. Vela, eds., *Plutarco y la Historia*, Zaragoza, 1997, págs. 85-97.

—, «Rasgos socráticos de la personalidad de Foción en la *Vida* de Plutarco», en A. Pérez Jiménez, J. García López, R. M. Aguilar, eds., *Plutarco, Platón y Aristóteles*, Madrid, 1999, págs. 159-171.

BEARZOT, C., *Focione tra storia e trasfigurazione ideale*, Milán, 1985.

BEARZOT, C., *Introduzione, traduzione e note di* C. B., en *Plutarco, Focione. Catone Uticense*. Milán, 1993.

BOLKESTEIN, H., «Plutarchus, Phocion 3», *Hermeneus* 22 (1950), 64-65.

CLOCHÉ, P., «Les dernières années de l'Athénien Phocion (322-318 avant J.-C.)», *Revue Historique* 144 (1923), 161-186.

—, «Les dernières années de l'Athénien Phocion (322-318 avant J.-C.)», (suite et fin), *Revue Historique* 145 (1924), 1-41.

FLACELIÈRE, R. CHAMBRY, E., *Notice. Notes complémentaires*, en *Plutarque, Vies*, X, París, 1976.

GEHRKE, H.-J., *Phokion: «Studien zur Erfassung seiner historischen Gestalt»*. Zetemata 64, Múnich, 1976.

LENSCHAU, Th., «Phokion», *Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft (RE)* XX, 1, 1941, 458-473.

MOSSÉ, C., «Temps de l'histoire et temps de la biographie : *Vies* de Démosthènes et de Phocion de Plutarque», *Metis* 12 (1997), 9-17.

—, «Le procès de Phocion», *Dike* 1 (1998), 79-85.

PARKE, H. W., «Athens and Euboea», *Journal of Hellenic Studies* 49 (1929), 246-252.

ROBERT, F., «La réhabilitation de Phocion et la méthode historique de Plutarque», *Comptes rendues de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 1945, 526-535.

ROMILLY, J. de, «Les modérés athéniens vers le milieu du IV siècle: Échos et concordances», *Revue des Études Grecques* 67 (1954), 327-354.

TRITLE, L. A., «Phokion Phokou Potamios?», *American Journal of ancient History* 6 (1981), 118-132.

—, *Phocion the good*, Londres, 1988.

—, «Plutarch's *Life of Phocion*: an analysis and critical report», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt (ANRW)* II, 33, 6, Berlín-Nueva York, 1992, 4.258-4.297.

VERSTEEGE, L. A., «Plutarchus, *Vita Phocionis* 3», *Hermeneus* 22 (1950), 30-33.

WILLIAMS, J. M., «A note on Athenian chronology, 319/8-318/7 B.C.», *Hermes* 112 (1984), 300-305.

III. Vida de Catón el Joven

BADIAN, E., «M. Porcius Cato and the annexation and early administration of Cyprus», *Journal of Roman Studies* 55 (1965), 110-121.

FEHRLE, R., *Cato Uticensis*, Darmstadt, 1983.

GEIGER, J., «Munatius Rufus and Thrasea Petus on *Cato the Younger*», *Athenaeum* 57 (1979), 48-72.

—, en Plutarco, *Focione* (intr., trad., y notas de C. Bearzot), *Catone Uticense* (intr. de J. Geiger, trad. E note di L. Ghili), Milán, 1993, págs. 273-319.

—, «Plato, Plutarch and the death of Socrates and of Cato», en A. Pérez Jiménez, J. García López, R. M. Aguilar, eds., *Plutarco, Platón y Aristóteles*, Madrid, 1999, 357-364.

GRIFFIN, M. T., «Seneca on Cato's politics. *Epistle* 14, 12-13», *Classical Quarterly* 62 (1968), 373-375.

—, «Philosophy, Cato and roman suicide», *Greece and Rome* 23 (1986), 64-67 y 192-202.

SWAIN SIMON, C. R., «Plutarch's Lives of Cicero, Cato and Brutus», *Hermes* 118 (1990), 192-203.

FOCIÓN

El orador Démades[1], que gozaba de poder en Atenas por su 1
política favorable a los macedonios y a Antípatro pero se veía forzado a presentar y exponer muchas propuestas contrarias a la dignidad y el carácter de la ciudad, decía que merecía el perdón porque administraba los restos del naufragio del Estado. Aun- 2
que tales palabras fueran muy descaradas en boca del orador, podrían parecer verdaderas referidas al gobierno de Foción[2]. El 3
propio Démades era, de hecho, un resto de tal naufragio, pues vivió y gobernó de forma tan impúdica que Antípatro dijo de él, ya en su vejez, que era como una víctima sacrificada de la que sólo quedaba la lengua y el vientre. En cambio, a la virtud de 4
Foción, que hubo de batirse, por así decirlo, con unas circuns-

[1] En esta biografía, el término «orador» tiene habitualmente connotaciones de demagogia. El comienzo de la *Vida* con la mención de este personaje refleja el interés de Plutarco en diferenciar al protagonista de su contemporáneo Démades, también de tendencia filomacedonia y muy denostado por todas las fuentes antiguas. Se ve ya una muestra de la tendencia compositiva de Plutarco: el retrato de la personalidad de Foción será trazado en gran medida por el contraste con otros personajes.

[2] Quizás de esta manera Plutarco justifica la política seguida por Foción respecto a Macedonia a partir de la batalla de Queronea y, sobre todo, durante la regencia de Antípatro, cuando éste exigió la rendición incondicional de Atenas.

tancias abrumadoras y violentas, la oscurecieron y empañaron
5 los infortunios de Grecia. No debe darse crédito a Sófocles cuando hace débil la virtud en los versos en que dice:

Es que, soberano, ni siquiera la sensatez que se tiene de nacimiento
perdura en las desgracias, sino que desaparece[3].

6 Lo más que debemos conceder a la fortuna, cuando se opone a los hombres buenos, es que puede ocasionar a algunos de ellos malvados reproches y calumnias, en lugar de la estima y el reconocimiento que merecen, y menguar la creencia en su virtud.
2 Existe la opinión de que los pueblos maltratan más a los hombres buenos cuando prosperan, pues están exaltados por
2 los asuntos importantes y el poder; pero ocurre lo contrario. Con las desgracias los caracteres se vuelven agrios, susceptibles e irascibles, y el oído desabrido y rudo, molesto con cualquier discurso y palabra vigorosa; el que amonesta a los que yerran da la impresión de que injuria sus desgracias, y el que se expresa
3 con franqueza, que los desprecia. Lo mismo que la miel produce escozor en las partes heridas y ulceradas del cuerpo, así a menudo las palabras verdaderas y sensatas muerden e irritan a los desgraciados si no son suaves y acomodaticias; por eso, sin duda, el poeta llama a lo dulce «grato al corazón[4]» porque es condescendiente con el placer del alma sin combatirlo ni resis-
4 tirlo. Un ojo irritado se recrea más en los colores sombríos y apagados pero se aparta de los radiantes y luminosos, y una ciudad que se encuentra en circunstancias indeseables es timorata y demasiado blanda, a causa de su debilidad, para soportar la franqueza cuando más necesita de ella, puesto que las circunstancias
5 no permiten subsanar la falta. Por eso es tan peligroso el gobier-

[3] Sófocles, *Antígona* 563-564.

[4] El poeta es Homero, que emplea con frecuencia el término *menoeikḗs*.

no de una ciudad en tal situación: arrastra en su ruina al orador
complaciente y destruye con anterioridad al que no lo es. En- 6
tonces, así como, según dicen los matemáticos[5], el sol, ni lleva
el mismo curso que el cielo ni otro directamente contrario y
opuesto, sino que sigue un camino oblicuo e inclinado descri-
biendo una espiral suave, flexible y de movimiento circular gra-
cias a la cual el universo se conserva y mantiene la temperatura
adecuada, de igual manera en política, un modo rígido y opues- 7
to en todo a los deseos del pueblo es duro y seco, como por otra
parte es sumamente peligroso dejarse arrastrar por los errores
que comete la mayoría y secundarlos. En cambio, el gobierno 8
que hace concesiones a quienes lo obedecen y les otorga lo que
les agrada, reclamando luego a su vez lo que es conveniente (los
hombres rinden muchos servicios de grado y con utilidad si no
se les conduce en todo de forma despótica y violenta), es un
gobierno salutífero, aunque laborioso y arduo, y encuentra difi-
cultad para unir la severidad a la condescendencia. Pero, si lo 9
logra, surge la combinación más melodiosa y musical de todos
los ritmos y todas las armonías, con la que también la divinidad,
según se dice, gobierna el universo, no por la violencia, sino
introduciendo lo necesario suavemente con la persuasión y la
razón[6].

Eso le sucedió también a Catón el Joven[7]. Éste, en efecto, 3
careció del carácter persuasivo y agradable para la muchedum-
bre y no fue por complacencia por lo que destacó en la política.
Cicerón dice de él que, por intervenir en la política como en la 2

[5] Así se designaba a los astrónomos.

[6] Este aleccionador capítulo no constituye una digresión en sentido estricto, ya que con él se pretende iluminar la biografía de Foción.

[7] La pareja formada por Foción y Catón el Joven carece de comparación formal o *sýnkrisis* al final de las dos *Vidas*, pues en este capítulo se encuentra ya la comparación y la justificación del emparejamiento.

República de Platón y no en el sedimento de Rómulo[8], perdió
los comicios consulares, y a mí me parece que lo mismo les
3 pasa a los frutos que no surgen en su estación: la gente los ve
con placer y los admira pero no los consume. Igualmente, la
personalidad de Catón, propia de una época más antigua, cuan-
do surgió, después de mucho tiempo, entre unas vidas corruptas
y caracteres depravados, gozó de gran fama y gloria pero no se
adaptó a las necesidades a causa de la intensidad y la magnitud
4 de su virtud, desmedida para los tiempos que corrían. Aunque
su patria no estaba todavía en declive, como la de Foción, pero
sufría una gran tempestad y agitación, su tarea en el gobierno
fue solamente sujetar las velas y los cabos al lado de los más
poderosos, apartado del timón y la dirección; sin embargo, libró
5 un gran combate con la fortuna. Pues ésta, por medio de otros,
sometió y abatió la República, pero fue a duras penas, lenta-
mente y con mucho tiempo, y faltó muy poco para que se salva-
6 ra gracias a Catón y a la virtud de Catón. Con dicha virtud com-
paramos la de Foción, no por semejanzas generales en tanto que
7 hombres probos y dedicados a la política. Efectivamente existe
diferencia entre valor y valor, como el de Alcibíades y el de Epa-
minondas, y entre inteligencia e inteligencia, como la de Temís-
tocles y la de Aristides, y entre justicia y justicia, como la de
8 Numa y la de Agesilao[9]. Pero las virtudes de estos hombres
descubren, hasta en sus últimos e ínfimos matices, la misma
índole, forma y color de carácter, con componentes comunes,
como si estuvieran mezcladas en igual medida la austeridad y la
humanidad, el valor y la precaución, la atención a los demás y

[8] *A Ático II* 1, 8. Es decir, de forma idealista y sin tener en cuenta la realidad de la Roma de su época.

[9] Sobre los distintos matices que una misma virtud puede presentar en diferentes personas, *cf.* el similar pasaje de PLUT., *Virtudes de mujeres* 243 C-D.

la intrepidez por sí mismos, la prevención ante la vileza y el
esfuerzo por la justicia, igualmente armonizados; de manera 9
que hace falta un razonamiento muy sutil como utensilio para el
discernimiento y hallazgo de las diferencias.

Se está de acuerdo en que el linaje de Catón era ilustre, 4
como se dirá[10]; en cuanto a Foción, tengo indicios de que no era
de linaje totalmente inestimable y bajo. Si su padre hubiera 2
sido, como dice Idomeneo[11], un fabricante de manos de almi-
rez, Glaucipo, el hijo de Hiperides, en el discurso en el que ha
reunido y dicho contra él innumerables insultos, no habría omi-
tido su origen humilde; tampoco habría tenido una vida tan pro-
pia de un hombre libre y una educación tan sabia hasta el punto
de haber asistido, siendo todavía un muchacho, a los cursos de
Platón, y después a los de Jenócrates[12], en la Academia, y haber
sido desde el principio emulador de la más noble conducta. A 3
Foción rara vez lo vio ningún ateniense reír ni llorar[13], ni lavar-
se en unos baños públicos, como ha relatado Duris[14], ni tener la
mano fuera del manto si alguna vez lo llevaba; porque al menos 4
en el campo y en las expediciones, iba siempre descalzo y lige-
ro de ropa si no hacía un frío excesivo e insoportable, hasta el
punto de que los que hacían campaña con él decían de chanza,
como señal de un frío intenso, que Foción llevaba ropa.

---

[10] En la *Vida de Catón*, paralela a la que nos ocupa.

[11] Idomeneo de Lámpsaco (*circa* 325-*circa* 370), autor de una obra titulada *Sobre los demagogos*.

[12] En este caso, debió de tratarse más bien de una relación amistosa de Foción con el círculo académico, dada su avanzada edad cuando la Academia era dirigida por Jenócrates. Este discípulo de Platón (396-314) era originario de Calcedonia y vivía como meteco en Atenas, donde dirigió la Academia entre 339 y 314 a.C.

[13] *Cf.* PLUT., *Máximas de reyes y generales* 187 F.

[14] El historiador Duris de Samos (*circa* 340-*circa* 260), representante de la llamada historiografía trágica, muy censurada sobre todo por Polibio y Plutarco.

5 Aunque era de carácter muy agradable y humano, por el
rostro parecía tan insociable y hosco que era difícil que fuera
2 a hablarle a solas alguien si no era familiar suyo. Por eso, una
vez que Cares[15] hizo reír a los atenienses refiriéndose a sus
cejas, dijo Foción: «Ningún daño os ha causado este ceño;
3 pero la risa de éstos ha hecho llorar mucho a la ciudad». De
modo semejante, la oratoria de Foción era beneficiosa por sus
hallazgos y pensamientos de provecho y tenía una concisión
4 imperiosa, severa y áspera. Lo mismo que Zenón decía que el
filósofo debe proclamar su palabra impregnándola de sentido,
así el discurso de Foción tenía muchísimo sentido en una bre-
5 vísima dicción. Por tener eso en cuenta, a lo que parece, Po-
lieucto de Esfeto[16] dijo que el mejor orador era Demóstenes,
6 pero Foción el más eficaz. Así como el mérito de la moneda
es tener el mayor valor en el menor volumen posible, igual-
mente la eficacia de la oratoria parece que consiste en ofrecer
7 mucho significado con pocas palabras. Cuentan que Foción
mismo en cierta ocasión, mientras se llenaba el teatro, pasea-
8 ba al pie de la escena ensimismado en sus pensamientos y que
uno de sus amigos le dijo: «Foción, parece que estás medi-
tabundo»; y él contestó: «Sí, por Zeus, medito si puedo quitar
9 algo del discurso que voy a pronunciar ante los atenienses».
Demóstenes sentía un gran desprecio por los demás oradores,
pero cuando Foción se levantaba, solía decir susurrando a sus
10 amigos: «Aquí está el hacha de mis discursos[17]». Pero quizás
haya que atribuir esto a su carácter, puesto que una sola pa-
labra y señal con la cabeza de un hombre bueno inspiran

[15] Es normal la contraposición del protagonista con el general Cares, del partido democrático. *Cf.* también 14, 5.

[16] Orador del partido democrático. *Cf.* PLUT., *Demóstenes* 10, 3; *Consejos políticos* 803 E.

[17] *Cf.* PLUT., *Demóstenes* 10, 3; *Consejos políticos* 803 E.

igual grado de confianza que innumerables razonamientos y
períodos[18].
En su juventud se unió, dándole escolta, al general Cabrias, 6
de quien aprendió mucho en la experiencia bélica; mas, en oca-
siones, corregía la naturaleza de aquél, que era inestable y des-
proporcionada. Cabrias solía ser indolente y perezoso pero, en 2
pleno combate, con el ánimo excitado e inflamado, se lanzaba
al ataque temerariamente junto con los más audaces; de esta
forma precisamente perdió la vida en Quíos, por atacar el pri-
mero con su trirreme e intentar el desembarco a la fuerza. En- 3
tonces Foción, que se mostraba prudente y enérgico a la vez, lo
mismo enardecía la morosidad de Cabrias que, por el contrario,
eliminaba la precipitación inoportuna de su ímpetu. Por lo cual 4
Cabrias, que era benévolo y bueno, lo estimaba y lo promovía a
operaciones y mandos, de forma que lo daba a conocer a los
griegos y le encomendaba los asuntos de mayor importancia.
Con la batalla naval de Naxos, en concreto, proporcionó a Fo- 5
ción renombre y gran gloria, pues le dio el mando del ala iz-
quierda, por donde el combate presentó especial encono y tuvo
un desenlace rápido[19]. Entonces la ciudad, como aquella batalla 6
naval fue la primera que, después de su toma, había librado por
sí sola contra los griegos y había triunfado, sintió una estima

---

[18] *Cf.* PLUT., *Demóstenes* 10, 5; *Consejos políticos* 801 C.

[19] La batalla se dio en el 376 a.C., cuando Foción tenía veinticinco años. No podemos aceptar sin grandes reservas el dato de Plutarco, ya que DIODORO, XV 34, 5 no menciona a Foción e informa de que el ala izquierda era conducida por Cedón, que murió en el combate, y que Cabrias envió un escuadrón de refuerzo para sostener el ala. Es posible que Foción mandase ese escuadrón o que, simplemente, participase en la batalla como trierarca. No se puede excluir que el dato fuese inventado por Plutarco para engrandecer la figura de Foción y exponer un primer hecho importante en su juventud, dado que la siguiente acción militar narrada por el autor se produjo cuando Foción tenía ya más de cincuenta años.

aún mayor por Cabrias y empezó a considerar a Foción como
7 un hombre capacitado para el mando. La victoria tuvo lugar
durante la celebración de los grandes misterios; por eso, Ca-
brias ofrecía una distribución de vino a los atenienses cada año
el dieciséis de boedromión[20].

7 Después, según se cuenta, cuando Cabrias lo envió a recau-
dar las contribuciones de las islas con veinte barcos, dijo que
necesitaba una fuerza mayor si lo enviaban a combatir, pero
que bastaba una sola nave si iba al encuentro de unos aliados.
2 Se hizo a la mar sólo con su trirreme, dialogó con las ciudades
y trató a sus gobernantes con tal amabilidad y llaneza, que vol-
vió con muchas naves proporcionadas por los aliados para lle-
var el dinero a los atenienses[21].

3 No sólo en vida de Cabrias fue siempre solícito con él y lo
honró, sino que incluso después de muerto cuidó conveniente-
mente de los suyos; en concreto, quería hacer de su hijo Ctesipo
un hombre de bien y, a pesar de que lo veía atolondrado y male-
4 ducado, no renunció a corregirlo y a ocultar sus defectos. Sólo
una sola vez que, según se cuenta, el muchacho, en una expedi-
ción, no paraba de molestarlo y fastidiarlo con preguntas y con-
sejos inoportunos como queriendo corregirlo y entrometerse en
el mando, exclamó: «¡Cabrias, Cabrias, qué precio tan grande
pago por tu amistad soportando a tu hijo!».

5 Veía que quienes gestionaban por entonces los asuntos pú-
blicos se habían repartido, como por sorteo, la jefatura del ejér-
cito y la tribuna de los oradores y que unos, entre los cuales
estaban Eubulo, Aristofonte, Demóstenes, Licurgo e Hiperides,
sólo hablaban al pueblo y proponían decretos; y otros, como
Diopites, Menesteo, Leóstenes y Cares, se engrandecían con el

---

[20] El 9 de octubre.

[21] El trato justo a los aliados, una constante en la política de Foción, estará siempre coronado por el éxito.

generalato y la guerra. Él quería recobrar y restaurar la política de Pericles, Aristides y Solón, como un conjunto equilibrado en ambas facetas. En efecto, cada uno de estos personajes parecía, 6
como dice Arquíloco,

a la par siervo del dios Enialio
y versado en el grato don de las Musas[22].

Y observaba también que la diosa es guerrera al mismo tiempo que política y así se la invoca[23].

Con dicha disposición, llevaba a cabo una política orientada 8
siempre a la paz y la tranquilidad. A pesar de ello, es el que más veces ejerció el cargo de estratego, no sólo de sus contemporáneos, sino también de sus predecesores, aunque sin pretenderlo ni solicitarlo; pero tampoco huía ni lo evitaba cuando la ciudad lo llamaba. Efectivamente, se está de acuerdo en que obtuvo el 2
cargo de estratego cuarenta y cinco veces, y eso que ni una sola vez asistió a la asamblea electoral, sino que siempre enviaban a buscarlo y lo elegían aunque estuviera ausente. Por eso quienes 3
no eran sensatos se extrañaban del pueblo. Pues éste, aunque Foción se le oponía en muchísimas ocasiones y jamás decía ni hacía nada para ganar su favor, se servía de los demagogos más ocurrentes y divertidos a modo de juego, como se acepta que los reyes se sirvan de sus aduladores después de lavarse las manos[24]; pero, siempre prudente y cuidadoso para la designación de los cargos públicos, llamaba al más austero y sensato de los ciudadanos y el único o el que más se oponía a sus deseos e im-

---

[22] Dístico elegíaco casi completo en el que ARQUÍLOCO, que es a la vez soldado y poeta, alude a sí mismo (Fr. 1 Adrados). Enialio es identificado con Ares, dios de la guerra.

[23] Alusión a Atenea, que tenía los apelativos de *Prómachos* («que combate en primera fila») y *Poliás* («protectora de la ciudad»).

[24] Es decir, durante las comidas junto con los demás entretenimientos.

4 pulsos. Una vez se dio lectura a un oráculo de Delfos según el
cual, mientras todos los demás atenienses estaban de acuerdo,
un solo hombre tenía opiniones opuestas a la ciudad. Foción se
presentó y les pidió que dejaran de preocuparse, porque él era a
quien buscaban; pues él era el único al que no le gustaba nada de
5 lo que se hacía[25]. En otra ocasión en que expresaba su parecer
ante el pueblo y tenía aceptación y veía que todo el mundo por
igual aprobaba su discurso, se volvió a sus amigos y les dijo:
«¿No habré dicho algún disparate sin darme cuenta[26]?».

9 En una recaudación de donativos para un sacrificio, los de-
más atenienses los iban entregando; él, como se lo pedían con
insistencia, dijo: «Pedídselo a esos ricos; yo me avergonzaría
de daros el donativo sin saldar la deuda con ése», y señaló al
2 prestamista Calicles[27]. Como no cesaban de vociferar y acosar-
lo a gritos, les contó esta historia: «Un cobarde iba a salir para
la guerra, pero graznaron unos cuervos y él depuso las armas y
se estuvo quieto; luego volvió a cogerlas e iba a salir otra vez
y, como graznaban de nuevo, desistió y finalmente dijo: "Voso-
tros graznaréis con toda la fuerza que podáis, pero a mí no me
cataréis[28]"».

3 En otra ocasión, le exhortaban los atenienses a que los con-
dujera contra los enemigos y, como no quería, lo tachaban de
cobarde y poco hombre. «Ni vosotros —les dijo— podéis ha-
cerme atrevido, ni yo a vosotros cobardes. Pero ya nos conoce-
4 mos.» En una situación de peligro, el pueblo se irritó mucho
con él y le reclamó que rindiese cuentas de su cargo de estrate-

---

[25] *Cf.* PLUT., *Máximas de reyes y generales* 187 F.

[26] *Cf.* PLUT., *Máximas de reyes y generales* 188 A.

[27] *Cf.* PLUT., *Máximas de reyes y generales* 188 A; *Sobre la falsa vergüenza* 533 A; *Consejos Políticos* 522 E.

[28] Foción adapta una fábula a su situación. *Cf.* ESOPO, *Fábulas* 47 Chambry, 245 Perry: «El cobarde y los cuervos».

go; él les dijo: «Primero poneos a salvo, benditos». En el curso 5
de una guerra, estaban abatidos y asustados; pero una vez hecha
la paz, se envalentonaban y lanzaban gritos contra Foción por-
que, según ellos, les había privado de la victoria. «Tenéis la
suerte —les dijo— de contar con un estratego que os conoce,
porque habríais podido perecer hace mucho tiempo.» Los ate- 6
nienses rehusaban aceptar un arbitraje con los beocios por una
cuestión territorial y preferían combatir; él les aconsejaba lu-
char con las palabras, en lo que eran superiores, no con las ar-
mas, en lo que eran inferiores[29]. Estaba una vez hablando y no 7
aprobaban sus palabras ni consentían escucharlas, por lo que les
dijo: «Vosotros podéis forzarme a hacer lo que no quiero, pero
no me obligaréis a decir contra mi parecer lo que no conviene».
Uno de los oradores opuestos a su política, Demóstenes, le dijo: 8
«Los atenienses te matarán, Foción, si tienen un ataque de locu-
ra». «Y a ti si están en su sano juicio», le contestó[30]. Viendo a 9
Polieucto de Esfeto[31] que, en plena canícula, aconsejaba a los
atenienses que hicieran la guerra a Filipo, y que luego, presa de
un gran ahogo y sudor, porque además era muy grueso, trasega-
ba agua sin cesar, dijo: «Es conveniente que confiéis en éste y
votéis la guerra. ¿Qué creéis que hará dentro de la coraza y con
el escudo cuando los enemigos estén cerca, si ahora, al pronun-
ciar ante vosotros un discurso que trae preparado, corre el ries-
go de ahogarse?». Una vez que Licurgo profería muchas inju- 10
rias contra él en la asamblea, sobre todo por su consejo de
entregar a los diez ciudadanos que Alejandro reclamaba, dijo:

[29] Se trata del conflicto entre atenienses y tebanos en el 366 a.C. por el dominio de Oropo. Aunque en otras ocasiones estuvo bajo dominio ateniense, en esta fecha los tebanos lograron hacerse con el control de esta ciudad de Beocia situada en la costa del Euripo, en la desembocadura del Asopo.

[30] *Cf.* PLUT., *Máximas de reyes y generales* 188 A. En *Consejos políticos* 811 A, el interlocutor de Foción es Démades.

[31] *Cf.* 5, 5.

«Yo he dado a éstos muchos consejos buenos y convenientes,
pero no me hacen caso»[32].
10 Había un tal Arquibíades, apodado Laconizante porque se
había dejado crecer una barba desmesurada, vestía siempre un
tabardo y ponía un hosco semblante. Foción, que estaba siendo
abucheado en el consejo, solicitó su testimonio y apoyo para lo
2 que estaba diciendo. Mas aquél se levantó y dio consejos que
halagaban a los atenienses; entonces él le asió la barba y le dijo:
3 «Arquibíades, ¿por qué no te has afeitado?». Aristogitón el si-
cofanta, que en las asambleas se mostraba partidario de las ac-
ciones bélicas e incitaba al pueblo a las mismas, se presentó al
reclutamiento militar apoyado en un bastón y con las dos pier-
nas vendadas; Foción, en cuanto lo divisó desde la tribuna, gri-
tó: «Inscribe también a Aristogitón cojo y lisiado[33]».
4 Así que causa asombro cómo y por qué un hombre tan rudo
5 y hosco adquirió el apelativo de bueno[34]. En mi opinión, es di-
fícil, aunque no imposible, que, como un vino, también la mis-
ma persona sea a la vez agradable y seca; como por el contrario
otros, que parecen dulces al tratarlos, son muy desagradables
6 y perniciosos. Cuentan que Hiperides dijo una vez al pueblo:
«Atenienses, no consideréis sólo si soy amargo, sino si lo soy
gratis»; como si el pueblo no temiera y rechazara sólo a los que
se hacen insoportables y enojosos por su codicia, sino, todavía

[32] La anécdota se refiere a lo relatado en 17, 2-3.

[33] Foción debía de estar presidiendo el reclutamiento en calidad de general. Sobre Aristogitón, *cf.* 10, 9. Se han conservado dos discursos de DEMÓSTENES contra él (25 y 26) y otro de DINARCO.

[34] En la antigüedad era conocido como «Foción el bueno» *(chrēstós)*. NEPOTE, *Foción* 1,1 dice que recibió el apelativo de *bonus* por su *integritas vitae*. *Suda* 769 informa de que la asamblea decidió por votación concederle este título. El honor debió de serle otorgado por servicios importantes a la comunidad, mas no conocemos las circunstancias en que se produjo. *Cf.* L. A. TRITLE, *Phocion the good*, Londres, 1988, págs. 143-145.

más, a cuantos abusan del poder por insolencia, envidia, cólera o alguna clase de ambición. Ahora bien, Foción no perjudicó 7
por enemistad ni consideró enemigo a ningún ciudadano. Sólo en la medida en que era necesario hacer frente a quienes se oponían a sus actuaciones en bien de la patria, era rudo, indómito e inexorable; pero en la vida privada era benévolo, afable y humano con todos, e incluso ayudaba a sus adversarios en los 8
infortunios y abogaba por ellos si corrían el riesgo de ser condenados. Una vez le echaron en cara sus amigos que había defendido a un malvado en un juicio y replicó que los buenos no tenían necesidad de ayuda. Aristogitón el sicofanta, después de 9
su condena, lo mandó llamar y le rogó que fuera a verlo; él condescendió y se encaminó hacia la prisión, pero como los amigos no lo dejaban, les dijo: «Dejadme, benditos; pues ¿dónde podría encontrarse uno más a gusto con Aristogitón[35]?».

Los aliados y los habitantes de las islas consideraban enemi- 11
gos a los enviados de Atenas cuando era otro el general que dirigía la expedición naval, y fortificaban murallas, cerraban puertos y trasladaban del campo a las ciudades ganados, esclavos, mujeres y niños; pero si la dirigía Foción, coronados y gozosos, salían lejos a recibirlo con sus propios navíos y lo llevaban a sus ciudades[36].

Filipo intentaba introducirse en Eubea y estaba traspasan- 12
do allí una fuerza desde Macedonia al tiempo que se apropiaba de las ciudades por medio de tiranos, pero Plutarco de Eretria llamó a los atenienses y les pidió que liberasen la isla

[35] *Cf.* PLUT., *Máximas de reyes y generales* 188 B.

[36] Tal vez haya que relacionar este pasaje con actividades recaudatorias de Foción entre los aliados miembros de la Segunda Confederación Ateniense, como las citadas en 7, 1-2. En general, habría que conectar la actitud de los aliados respecto a Foción con su política orientada a la paz y la tranquilidad (*cf.* 8, 1) y su bondad y justicia (*cf.* 14, 1).

ocupada por el macedonio. Enviaron a Foción como general al mando de una fuerza poco numerosa porque se pensaba que
2 los de allí se le unirían con presteza[37]. Pero encontró el entorno lleno de traidores, corrompido y minado por la venalidad y se vio expuesto a un gran peligro. Se apoderó de una colina, separada por un profundo barranco de los llanos que rodean Taminas[38], y en ella concentró y dispuso a los más aguerridos
3 de su fuerza. Respecto a los soldados indisciplinados, charlatanes y cobardes que desertaban del campamento y escapaban, exhortó a los jefes a que no se preocuparan de ellos; pues en la isla serían un estorbo a causa de su indisciplina y perjudiciales para los combatientes, y en Atenas, con tal comportamiento en su conciencia, gritarían menos contra él y no lo calumniarían mucho.

13 Cuando los enemigos atacaron, ordenó a los suyos que permanecieran inmóviles sobre las armas hasta que él hiciera los sacrificios, en lo que se entretuvo largo tiempo, ya porque tuviera auspicios desfavorables, ya porque quisiera atraer más cerca a
2 los enemigos. Por este motivo, primero Plutarco, pensando que aquél tenía miedo y vacilaba, se lanzó a la carga con sus mercenarios; después, apenas lo hubieron visto los caballeros, no se contuvieron, sino que se lanzaron al punto contra los enemigos
3 saliendo del campamento en desorden y diseminados. Al ser vencidos los primeros, todos se dispersaron y Plutarco se dio a la fuga; algunos enemigos se acercaron a la empalizada e intentaron romperla y arrancarla, creyéndose ya dueños de una victoria
4 absoluta. En esto, una vez cumplidos los sacrificios, los atenien-

[37] Esta intervención de los atenienses en Eubea, bajo la dirección de Foción, tuvo lugar en el 349/348 a. C., durante la guerra de Olinto. Plutarco fusiona esta expedición con otra del 341/340 a. C. (mencionada sólo por DIODORO, XVI 74, 1), también dirigida por Foción y contra los intereses de Filipo.

[38] En la costa meridional de Eubea, al este de Eretria.

ses, con un ataque fulminante desde el campamento, a unos los hacen retroceder y a la mayoría los matan mientras huyen entre las trincheras. Foción ordenó a su falange que se detuviera para esperar y recoger a los que se habían dispersado anteriormente en su huida y él mismo, con los escogidos, arremetió contra los
enemigos. La batalla fue encarnizada y todos combatieron con 5
ardor y entrega, pero Talo, el hijo de Cineas, y Glauco, el hijo de Polimedes, situados junto al propio general, fueron los más des-
tacados. Sin embargo, también Cleófanes se mostró merecedor 6
del máximo honor en aquella batalla, pues hizo retornar a los caballeros con gritos y ruegos de que socorrieran al general que estaba en peligro y logró, con la vuelta de aquéllos, consolidar la
victoria de los hoplitas. Seguidamente, Foción expulsó de Ere- 7
tria a Plutarco y capturó la fortaleza de Zaretra[39], situada estratégicamente donde es más reducida la extensión de la isla, en una estrecha franja abrazada en ambos lados por el mar. Soltó a todos los prisioneros griegos que había capturado, por miedo a que los oradores de Atenas empujaran al pueblo a comportarse cruelmente con ellos en un arrebato de ira.

Cuando, concluidas estas tareas, Foción zarpó, los aliados 14
echaron de menos muy pronto su bondad y su justicia, y muy
pronto reconocieron los atenienses su experiencia y su vigor. Su 2
sucesor al frente de las operaciones, Moloso, hizo la guerra de tal manera que incluso cayó vivo en manos de sus enemigos[40].

Filipo, que se había forjado grandes proyectos, penetró con 3
todas sus fuerzas en el Helesponto con la intención de apoderarse del Quersoneso, Perinto y Bizancio a la vez[41]. Al disponerse

[39] En la zona meridional de la isla.

[40] Moloso sustituyó a Foción en el 348 a. C. La isla cayó bajo el control de Filipo.

[41] Tras el fracasar en el asedio a Perinto en la primavera del 340 a. C., Filipo se dirigió contra Bizancio.

los atenienses a acudir en su socorro, los oradores pugnaron
4 para que se enviara a Cares[42] como general. Él, tras hacerse a la mar, no realizaba nada digno de su fuerza ni las ciudades acogían la expedición sino que, sospechoso para todo el mundo, andaba errante exigiendo dinero de los aliados y despreciado por los enemigos; el pueblo, aguijoneado por los oradores, se mostraba irritado y arrepentido de haber enviado el socorro a
5 los bizantinos. Entonces Foción se levantó y dijo: «No conviene irritarse con los aliados que tengan desconfianza, sino con los estrategos que la suscitan. Pues éstos os hacen temibles in-
6 cluso para los que no pueden salvarse sin vosotros[43]». Entonces el pueblo, conmovido por sus palabras, cambió de parecer y ordenó que él mismo marchase con otra fuerza al Helesponto en socorro de los aliados, lo que fue de suma importancia para la
7 salvación de Bizancio[44]. En efecto, la fama de Foción era ya grande; y como además León, que era el más preeminente de los bizantinos y había sido compañero de Foción en la Academia, asumió la garantía por él ante la ciudad, no permitieron que acampara fuera, como quería, sino que le abrieron las puertas y lo recibieron[45], y llevaron consigo a los atenienses, quienes, por esa confianza, no sólo fueron irreprochables y moderados en su comportamiento, sino que incluso fueron más animosos en los
8 combates. De esta forma fue expulsado Filipo entonces del Helesponto y fue objeto de desprecio, y eso que parecía que era invencible y sin rival; mientras que Foción capturó algunas naves suyas, recuperó ciudades en las que aquél había instalado

[42] *Cf.* 5, 2; 7, 5.

[43] Las desavenencias entre Foción y Cares recuerdan el contraste establecido por ISÓCRATES, XV 115 ss. entre Cares y el general Timoteo. En general, la política de Foción aparece encuadrada en las posiciones moderadas de corte isocrático.

[44] *Cf.* PLUT., *Máximas de reyes y generales* 188 B.

[45] *Cf.* 11, 1.

guarniciones y, haciendo desembarcos en muchos lugares de su territorio, los devastaba y realizaba incursiones, hasta que recibió una herida a manos de los que acudían a la defensa y se embarcó de regreso[46].

Los megareos le pidieron auxilio en secreto y Foción, teme- 15
roso de que los beocios se le adelantasen si se enteraban de la ayuda solicitada, convocó una asamblea al amanecer y comunicó a los atenienses las gestiones de los megareos. Una vez aprobada la moción, hizo dar la señal con la trompeta y, con las armas que habían cogido, se puso al frente de ellos directamente
desde la asamblea. Los megareos le dispensaron una excelente 2
acogida, y él mandó amurallar Nisea, y construir dos muros entre la ciudad y el puerto[47] y así unió la ciudad al mar de manera que dependiera de los atenienses sin tener que preocuparse ya apenas de un ataque enemigo por tierra[48].

Ya se había declarado la guerra con Filipo y, en ausencia 16
de Foción, habían sido designados otros generales para la lucha. A su regreso de las islas, primero intentó convencer al pue-

---

[46] La campaña de Bizancio tuvo lugar en el año 340/339 a.C.. También la refiere DIODORO, XVI 77, 1-3. Plutarco destaca, igual que en el relato de la campaña de Eubea (12, 1-14, 1), que, antes de Queronea, Foción se opone activamente a Filipo.

[47] Fue una reconstrucción de los que habían existido anteriormente y habían sido arrasados. Estas murallas que unían Mégara a su puerto de Nisea debían de ser semejantes a los «muros largos», también llamados *skélē* («piernas»), que unían Atenas al puerto del Pireo. Esta última denominación es la que Plutarco emplea también en este caso.

[48] Plutarco no ofrece la cronología ni identifica la amenaza que se cernía sobre Mégara. Se ha intentado precisar la fecha a partir de pasajes de Demóstenes y parece la más adecuada el año 343 a.C., con lo que los hechos quedarían enmarcados en los deseos de Filipo de apoderarse de esta ciudad y las intrigas de los oligarcas que lo favorecían en el interior de la misma. Plutarco sitúa el episodio después del de Bizancio porque sirve de clímax de los temas principales tratados anteriormente, en especial el prestigio de Foción entre los aliados.

blo de que aceptara pactar con Filipo, dado que éste se hallaba
2 inclinado a la paz y tenía gran miedo del peligro. Uno de los que estaban siempre merodeando por los tribunales de justicia y ejerciendo de delatores[49], se le enfrentó y le dijo: «¿Tú te atreves, Foción, a intentar disuadir a los atenienses cuando ya tienen las armas en las manos?». «Sí —respondió», y eso que sé que, si hay guerra, yo mandaré en ti, pero si se hace la paz, tú
3 mandarás en mí[50]». Como no lograba disuadirlos, sino que se imponía la recomendación de Demóstenes a los atenienses de presentar batalla lo más lejos posible del Ática, dijo: «Amigo, no pensemos en dónde combatir, sino en cómo vencer. Pues así estará lejos la guerra pero, si somos vencidos, tendremos todos los peligros siempre cerca».

4 Después de la derrota[51], los alborotadores y revolucionarios de la ciudad arrastraron a Caridemo[52] hasta la tribuna con la pretensión de hacerlo nombrar general. Se asustaron los ciudadanos de pro[53] y, con el consejo del Areópago de su parte, me-

---

[49] Con «tribunales de justicia» hemos recogido el término *Heliaía*, que designaba el conjunto de los tribunales populares de justicia de la democracia ateniense. Los delatores «profesionales» (se les denominaba *sykophántai*, y para su actividad se empleaba el verbo *sykophanteîn*, la forma que aparece en el texto) eran individuos que practicaban la delación como forma de ganarse la vida, pues podían obtener indemnizaciones si eran condenados los ciudadanos a los que acusaban, o sus posibles víctimas podían sobornarlos para evitar la denuncia.

[50] La excelente respuesta atribuida a Foción carece de verosimilitud histórica, ya que Foción no había sido elegido general en esa ocasión. Está cargada de ideología democrática, pues la alternancia entre «gobernar» y «ser gobernado» es una importante característica de la democracia griega. *Cf.* PLUT., *Consejos políticos* 816 E: «... cuando se vive en un régimen democrático, cada uno gobierna durante poco tiempo, pero es gobernado durante toda la vida».

[51] La batalla de Queronea tuvo lugar el 1 de septiembre del 338 a.C.

[52] Experto general simpatizante de la facción antimacedonia.

[53] De forma tendenciosa, denominándolos *hoi béltistoi*, distingue Plutarco a los ciudadanos conservadores, simpatizantes de Foción, de sus oponentes, los

diante súplicas y llantos, a duras penas consiguieron persuadir al pueblo de que confiara la ciudad a Foción[54]. Él pensaba que 5
había que aceptar las benévolas condiciones políticas de Filipo, con una excepción: ante el decreto propuesto por Démades[55] de que la ciudad tomara parte en la paz general y en el consejo de los griegos[56], Foción no consentía en ello antes de saber qué pretendía obtener Filipo de los griegos[57]. Pero fracasó en su pro- 6
pósito debido a las circunstancias y cuando, muy poco después, vio a los atenienses arrepentidos porque debían proporcionar a Filipo trirremes y jinetes, les dijo: «Por temor a eso me oponía; 7
pero, ya que hicisteis el tratado, es preciso que os sobrepongáis y os animéis con el recuerdo de nuestros antepasados que, unas veces dominando y otras siendo dominados, con su buen proceder en ambos casos, salvaron la ciudad y a los griegos».

A la muerte de Filipo[58], no consentía que el pueblo hiciera 8
sacrificios por las buenas nuevas, pues consideraba que, además de ser innoble regocijarse, el ejército que se había alineado frente a ellos en Queronea sólo había disminuido en una persona.

A Demóstenes, que injuriaba a Alejandro cuando éste avan- 17
zaba ya contra Tebas, le dijo: «Desgraciado, ¿por qué quieres irritar a un hombre salvaje[59] y que aspira a una gran gloria? ¿Es

---

partidarios de la democracia radical. Tal distinción se repite a lo largo de la biografía.

[54] Con la hegemonía de Macedonia después de Queronea comienza la etapa de mayor influencia política de Foción.

[55] *Cf.* 1, 1-3.

[56] También conocido como Liga de Corinto, bajo la jefatura de Filipo, designado como *hēgemṓn* de la misma.

[57] Antes de Queronea, Plutarco ha resaltado, con ocasión de las campañas de Eubea y Bizancio, la oposición activa de Foción a Filipo. Ahora, tras la derrota de Queronea, no deja de insistir en que Foción atiende ante todo los intereses de Atenas y no es partidario incondicional de Macedonia.

[58] En el 336.

[59] *Odisea* IX 494.

que quieres arrojar a la ciudad a tamaño incendio como el que
se acerca? Pero no permitiremos que éstos se pierdan ni aunque
lo quieran, nosotros, los que por ese motivo soportamos la car-
2 ga de ser generales». Después de la destrucción de Tebas[60], Ale-
jandro reclamaba la entrega, entre otros, de Demóstenes, Licur-
go, Hiperides y Caridemo[61]. La asamblea volvió sus ojos a él
3 que, llamado muchas veces por su nombre, se levantó; puso a
su lado a uno de sus amigos, con el que tenía más trato, confian-
za y afecto, y dijo: «A tal extravío han conducido éstos a la
ciudad, que yo, si alguien reclamara a Nicocles[62], que está aquí
a mi lado, mandaría entregarlo. Pues consideraría una dicha dar
4 mi propia vida por todos vosotros. Compadezco también, ate-
nienses, a los tebanos que se han refugiado aquí. Pero los grie-
gos tienen bastante con llorar a Tebas. Por tanto, más vale inten-
tar persuadir y suplicar a los vencedores en favor de ambos
pueblos que combatirlos».

5 Se dice que Alejandro, cuando cogió el primer decreto, lo
6 tiró y se alejó volviendo la espalda a los embajadores. En cam-
bio aceptó el segundo, llevado por Foción, al enterarse por los
de más edad de que incluso Filipo admiraba a este hombre; y no
sólo accedió a entrevistarse con él y atender sus peticiones, sino
7 que también escuchó sus consejos. Lo que le aconsejó Foción
fue que, si aspiraba a la tranquilidad, dejara la guerra; y si aspi-
raba a la gloria, que apartara la guerra de los griegos y la orien-
8 tara contra los bárbaros[63]. Mediante numerosas consideraciones

---

[60] En otoño del 335 a.C.

[61] Alejandro exigió la entrega de los dirigentes más destacados de la facción antimacedonia. En PLUT., *Demóstenes* 23, 4, se dice que, según Idomeneo y Duris, eran diez pero que, según la mayoría de los escritores, fueron ocho.

[62] *Cf.* 35, 5; 36, 5.

[63] Este consejo tiene poca verosimilitud histórica, pues entra dentro de los tradicionales consejos a Alejandro por parte de sabios y filósofos. Éste en concreto tiene origen aristotélico.

adecuadas a la naturaleza y el propósito de Alejandro, hasta tal punto lo transformó y apaciguó, que dijo que los atenienses debían permanecer atentos a los acontecimientos porque, si a él le ocurriera algo, a ellos les correspondería el mando. Hizo a Fo- 9
ción amigo personal y huésped suyo y lo elevó a honores tan altos como gozaban pocos de los que constantemente lo acompañaban. Por ejemplo, según Duris[64], cuando ya tenía el título 10
de Grande y había vencido a Darío, eliminó de sus cartas la fórmula de saludo[65] excepto en las que escribía a Foción, y se dirigía con ella sólo a éste y a Antípatro. Esto lo cuenta también Cares[66].

Lo que se admite por lo general en lo referente al dinero, es 18
que le envió cien talentos de regalo. Cuando el dinero llegó a Atenas, Foción preguntó a quienes lo llevaban por qué motivo, de entre tantos atenienses, Alejandro le ofrecía a él solo una suma tan elevada. Ellos respondieron: «Porque tú eres el único 2
a quien considera hombre de bien». «Pues que me deje —dijo Foción— parecerlo y serlo siempre.» Cuando lo acompañaron a 3
su casa y comprobaron su gran sencillez de vida —su mujer amasaba y Foción sacaba él mismo agua del pozo y se lavaba los pies—, insistieron todavía más y mostraron su indignación diciendo que era intolerable que viviera de manera tan humilde siendo amigo del rey. Entonces vio Foción que pasaba un ancia- 4
no pobre con un manto sucio y preguntó si lo consideraban inferior a aquel hombre. Al pedirle ellos que no hablara así, dijo: «Pues ése vive con menos que yo y se conforma. En pocas palabras, o no haré uso del dinero y tendré tal cantidad de oro en vano o, si lo uso, me desacreditaré a mí mismo y al rey ante la

---

64 *Cf.* 4, 3.

65 En concreto, la palabra *chaírein.*

66 Cares de Mitilene, historiador de Alejandro Magno, presenció muchos de los acontecimientos que relató, por su cargo de chambelán de la corte.

5 ciudad». Así es como el dinero volvió de Atenas después de mostrar a los griegos que quien no necesita una suma tan grande
6 es más rico que el que la ofrece. Alejandro se irritó y volvió a escribir a Foción que no consideraba amigos a quienes no le pedían nada[67]; mas ni aun así tomó Foción el dinero. Le pidió, sin embargo, que pusiese en libertad al sofista Equecrátides[68], a Atenodoro de Imbros[69] y a dos rodios, Demarato y Espartón, que habían sido arrestados y encerrados por algún motivo en Sardes.
7 Alejandro los liberó inmediatamente y, cuando envió a Crátero a Macedonia[70], le ordenó que entregase a Foción la ciudad de Asia que eligiera de estas cuatro: Cío, Gergito, Milasa y Elea[71], insistiendo todavía más en que se enfadaría si no la tomaba.
8 Pero Foción no la tomó y Alejandro murió poco después. La casa de Foción se enseña todavía ahora en Melite; está decorada con láminas de bronce, pero en lo demás es sencilla y simple.

19 En cuanto a las mujeres con las que se casó, de la primera se cuenta tan sólo que era hermana del escultor Cefisódoto[72]; en cambio, la fama de la segunda por su prudencia y sencillez era tan grande entre los atenienses como la de Foción por su bon-
2 dad. Una vez asistían los atenienses al estreno de una tragedia; el actor que hacía el papel de reina, cuando iba a entrar en escena, pidió al corego un cortejo de muchas damas ricamente engalanadas y, como no se las proporcionaba, se enfadó e inte-
3 rrumpió la representación, pues se negaba a salir. El corego Me-

---

[67] Sabemos por PLUT., *Alejandro* 39, 4, que el rey se enfadaba más con quienes no aceptaban sus regalos que con quienes se los pedían.

[68] Filósofo peripatético procedente de Metimna, en Lesbos.

[69] Militar mercenario, había combatido contra Foción en Atarneo.

[70] En el 324 a.C.

[71] Cío está situada en la costa de la Propóntide, Gergito en Tróade, Milasa en Caria y Elea en Misia.

[72] Probablemente se trata del padre de Praxíteles. Muy conocido es su grupo escultórico *Eirene y Pluto* («La Paz y la Riqueza»).

lantio lo sacó a empujones a la escena gritándole: «¿No ves que
la mujer de Foción sale siempre con una sola criada? Por el con-
trario, tú, con tu fatuidad, estás echando a perder a las mujeres».
El público oyó las voces y las acogió con un aplauso grande y
estruendoso. La misma mujer, a una invitada jonia que le mos- 4
traba adornos de oro y pedrería en sus trenzas y collares, le dijo:
«Mi adorno es Foción, que desde hace veinte años es general de
los atenienses.»[73]

A su hijo Foco, cuando quiso competir en las Panateneas, le 20
permitió que lo hiciera como *apobátes*[74], no porque deseara su
victoria, sino para que mejorase con el cuidado y el ejercicio del
cuerpo; y es que el joven era, en general, bebedor e indiscipli-
nado. Después del triunfo, fueron muchos los que solicitaron 2
ofrecerle banquetes por la victoria; pero Foción declinó los ofre-
cimientos y sólo a uno concedió este honor. Cuando fue al ban- 3
quete y vio, entre otros lujosos preparativos, que a los que iban
entrando les presentaban lebrillos de vino aromatizado para la-
varse los pies, llamó a su hijo y le dijo: «Foco, ¿no vas a impe-
dir que tu compañero te estropee la victoria?». Deseoso de 4
apartar por completo al muchacho de aquella vida, lo envió a
Lacedemonia y lo juntó con los jóvenes que recibían la educa-
ción espartana[75]. Esto dolió a los atenienses, pues pensaban que 5
Foción desdeñaba y despreciaba sus tradiciones. Démades le 6
dijo: «Foción, ¿por qué no convencemos a los atenienses de que

[73] En *Máximas de mujeres espartanas* 241 d, cuenta Plutarco una anécdota casi idéntica protagonizada por una mujer jonia y una espartana. Ello puede constituir una prueba de la elaboración literaria del retrato de los personajes: el autor les atribuye dichos de dudosa autenticidad pero que cuadran con su carácter. *Cf.* también *Cf.* PLUT., *Sobre la música* 1131 B. Respecto a la frecuencia con la que Foción ejerció el cargo de general, *cf.* 8, 12.

[74] Término que designaba al atleta que saltaba del carro en marcha y continuaba la competición corriendo. *Cf.* DIONISIO DE HALICARNASO, VII 73, 3.

[75] Literalmente, «la llamada *agōgḗ*».

adopten el régimen laconio? Si tú me lo pides, yo estoy dispuesto a redactar y proponer el decreto». «Desde luego, te quedaría muy bien a ti —le respondió—, tan perfumado de mirra y con una clámide como la que llevas, aconsejar a los atenienses las comidas en común y elogiar a Licurgo[76].»

21 Escribió Alejandro pidiendo el envío de trirremes[77] y los oradores se oponían; a instancia del consejo, Foción expresó su parecer: «Pues bien, lo que os digo es que seáis los más fuertes
2 con las armas, o que seáis amigos de los más fuertes[78]». A Piteas, que entonces estaba empezando a hablar ante los atenienses y ya era charlatán e imprudente, le dijo: «¿No callarás, y eso que acaban de comprarte para el pueblo[79]?».

3 Cuando Hárpalo se evadió de Asia huyendo de Alejandro y llegó al Ática con grandes riquezas[80], los que acostumbraban a sacar provecho de la tribuna y eran corruptos corrieron a porfía a su encuentro. A ésos les soltó y echó un cebo insignificante de sus muchas riquezas; en cambio, a Foción, le mandó recado

---

[76] Siempre que aparece Démades en esta biografía es para servir de contraste con las virtudes, públicas y privadas, de Foción.

[77] Alejandro podía hacer eso como jefe de la Liga de Corinto.

[78] *Cf.* PLUT., *Máximas de reyes y generales* 188 C.

[79] El contexto de esta anécdota debe de ser el mismo de la anterior, como parece indicar la palabra *tóte*. Foción utiliza el recurso de desacreditar a Piteas tratándolo de esclavo del pueblo o, lo que es lo mismo, de demagogo y corrupto. Foción se enfrenta a Piteas, aunque era del partido macedonio, por su carácter exaltado y su corrupción. El enfrentamiento con miembros de su propio partido, como Piteas y Démades, contribuye a la imagen de Foción como moderado. Piteas también se enfrenta a Demóstenes a menudo: *cf.* PLUT., *Demóstenes* 8, 4-5; 27, 2-5.

[80] Hárpalo, el tesorero de Alejandro, llegó a Atenas en la primavera del 324 a.C. Había huido llevándose cinco mil talentos y con seis mil mercenarios. Logró corromper a políticos de diferentes bandos (Demóstenes y Démades, por ejemplo) y también al yerno de Foción. Éste, sin embargo, se mantuvo incorruptible. Sobre el asunto de Hárpalo, *cf.* PLUT., *Demóstenes* 25-26.

de que le ofrecía setecientos talentos y de que todos sus demás
bienes, y con ellos él mismo, se los dejaba en depósito a él solo.
Respondió Foción con aspereza que Hárpalo se iba a arrepentir
si no cejaba en su intento de corromper a la ciudad; entonces, al 4
verse rechazado, desistió. Poco después, deliberaban los ate-
nienses sobre esto y vio que quienes habían recibido dinero de él
cambiaban de opinión y lo acusaban para no ser descubiertos; en
cambio Foción, que no había tomado nada, tenía en cuenta el
interés público y la seguridad de aquél al mismo tiempo. Enton- 5
ces se aprestó de nuevo a adularlo y, examinándolo en derredor
por todas partes como a una fortaleza, lo veía insobornable; pero
hizo a su yerno Caricles íntimo amigo suyo y lo inundó de mala
reputación al confiarle todo y servirse de él para todo.

En concreto, a la muerte de la hetera Pitonice, Hárpalo, que 22
era su amante y había tenido una hija con ella, quiso erigirle una
tumba muy costosa y encomendó el encargo a Caricles. A este 2
servicio, que ya de por sí era innoble, se le añadió aún más ver-
güenza por la ejecución del sepulcro. Pues se conserva todavía
hoy en Hermeo, en el camino que va desde la ciudad a Eleusis,
y no vale los treinta talentos que, según cuentan, presupuestó
Caricles a Hárpalo para la obra[81]. A pesar de todo, cuando murió 3
Hárpalo[82], la niña fue recogida por Caricles y Foción y recibió
toda clase de cuidados[83]. Sin embargo, cuando Caricles fue juz- 4
gado por el asunto de Hárpalo y solicitó a Foción que le ayuda-

[81] Se deduce del pasaje que Plutarco vio la tumba. PAUSANIAS, I 37, 5, dice que era el más digno de ver de cuantos monumentos funerarios antiguos había en Grecia, y sobre Pitonice, informa de que había sido hetera en Atenas y en Corinto.

[82] Alejandro reclamaba la extradición de Hárpalo. Fue hecho prisionero en Atenas, pero se le dejó escapar y murió en Creta asesinado por uno de sus subordinados.

[83] Esto puede ser considerado prueba de una relación amistosa entre Foción y Hárpalo, posiblemente anterior a su llegada a Atenas en el 324 a.C.

ra y entrara con él en el tribunal, rehusó con estas palabras:
«Yo, Caricles, te hice mi yerno sólo para lo que fuera justo»[84].
5 Asclepiades, hijo de Hiparco, fue el primero en anunciar a
los atenienses que Alejandro había muerto[85] y Démades aconse-
jaba no hacer caso: pues, de ser así, el mundo entero debería
estar oliendo a cadáver desde hacía tiempo; en cuanto a Foción,
al ver al pueblo empujado a la revuelta, trataba de calmarlo y
6 contenerlo. Mas, dado que muchos saltaban a la tribuna y grita-
ban que Asclepiades proclamaba la verdad y que Alejandro es-
taba muerto, dijo: «Bien, si hoy está muerto, también lo estará
mañana y pasado mañana, de modo que podemos deliberar con
tranquilidad y, sobre todo, con seguridad[86]».
23 Cuando Leóstenes precipitó con entusiasmo a la ciudad en la
guerra helénica[87], ante el descontento de Foción, le preguntó en
son de burla qué bien había hecho a la ciudad en sus muchos
años de general[88]; a lo que le replicó: «Uno no pequeño: que los
2 ciudadanos sean enterrados en sus sepulcros particulares[89]». Ha-
blaba Leóstenes ante el pueblo con gran osadía y petulancia y
Foción le dijo: «Tus palabras, jovenzuelo, se parecen a los cipre-
3 ses: aunque son grandes y altos, no dan frutos[90]». Hiperides[91] se
levantó y le preguntó: «¿Cuándo vas a aconsejar la guerra a los

[84] *Cf.* PLUT., *Consejos políticos,* 808 A.

[85] En Babilonia, el 13 de junio del 323 a.C.

[86] *Cf.* PLUT., *Máximas de reyes y generales* 188 D.

[87] Más conocida como guerra de Lamia (323-322 a.C.) por la ciudad tesalia donde Antípatro fue asediado. Se enfrentaron Macedonia y la coalición de ciudades griegas, dirigidas por Atenas, que se habían sublevado contra la dominación macedonia tras la muerte de Alejandro.

[88] Según se dice en 8, 2, ejerció el cargo cuarenta y cinco años.

[89] *Cf.* PLUT., *Sobre el elogio de uno mismo* 546 A.

[90] *Cf.* PLUT., *Máximas de reyes y generales* 188 D. Las palabras de Foción tienen carácter profético.

[91] Estaba a favor de la guerra contra Macedonia. Pronunció el discurso fúnebre por Leóstenes y los demás muertos en el primer año de la guerra.

atenienses, Foción?». «Cuando vea —respondió— que los jóve-
nes están dispuestos a guardar la formación, los ricos a tributar
y los oradores a abstenerse de robar el erario público.» Muchos 4
se admiraban de la fuerza reunida por Leóstenes y preguntaban
a Foción qué opinión le merecían los preparativos. «Bien para la
carrera del estadio —les dijo—, pero temo la carrera de fondo
de la guerra, puesto que la ciudad no posee más reservas, ni de
dinero, ni de naves, ni de hoplitas[92]». Los hechos le dieron la 5
razón. Al principio, en efecto, Leóstenes alcanzó una gran gloria
por sus acciones, pues venció a los beocios en una batalla[93] y
acorraló a Antípatro en Lamia. Por lo cual, según cuentan, la 6
ciudad concibió gran esperanza y no cesaba de festejar las bue-
nas noticias y hacer sacrificios a los dioses; en cambio Foción, a
los que pensaban demostrarle su error y le preguntaban si no
desearía haber realizado él estas acciones, dijo: «Desde luego
que sí, pero también haber dado aquellos consejos[94]»; y como
seguían llegando del frente buenas noticias una tras otra, por
escrito y de palabra, dijo: «¿Cuándo dejaremos de vencer?».

A la muerte de Leóstenes[95], los que temían que Foción pu- 24
siera fin a la guerra si era despachado como general, tramaron
que una persona sin relevancia se levantara en la asamblea y
dijera que, como amigo y condiscípulo de Foción, aconsejaba
reservar y proteger al prócer, pues estimaba que no tenían a otro
como él, y enviar a Antífilo a la campaña; y los atenienses se
mostraron conformes. Entonces Foción compareció y dijo que 2

[92] *Cf* PLUT., *Consejos políticos* 803 A. En *Vidas de los diez oradores* 846 E, la metáfora de las carreras se le atribuye a Demóstenes. La carrera corta, llamada *stádion*, era de 192 metros en Olimpia. La de fondo, *dólichos*, era de 12 estadios.

[93] Los beocios eran entonces aliados de Macedonia. *Cf.* también 24, 3.

[94] *Cf.* PLUT., *Máximas de reyes y generales* 188 E.

[95] Ante Lamia, en una salida de los asediados. *Cf.* DIODORO, XVIII 13, 5; HIPERIDES, *Epitafio* 13.

no había sido nunca condiscípulo de aquel individuo ni lo había conocido o tratado en ninguna otra circunstancia; «pero ahora —dijo—, desde el día de hoy te hago amigo íntimo, pues has aconsejado lo que me convenía».

3 Deseaban los atenienses emprender una expedición contra los beocios[96] y él se oponía en un principio; cuando los amigos le decían que moriría si contrariaba a los atenienses, dijo: «Injustamente si procuro su provecho; pero si lo vulnero, con justicia[97]».
4 Luego, al ver que no desistían sino que gritaban, dio orden al heraldo de proclamar que todos los atenienses desde la edad de la efebía hasta los sesenta años lo siguieran inmediatamente des-
5 pués de la asamblea con víveres para cinco días. Se produjo un gran tumulto y los mayores gritaban y daban saltos y él entonces les dijo: «No es nada extraordinario; pues yo, vuestro general, a pesar de tener ochenta años, estaré con vosotros[98]». De esta manera los contuvo entonces y les hizo cambiar de opinión.

25 Cuando el litoral era devastado por Mición, que había desembarcado en Ramnunte con una gran fuerza de macedonios y mercenarios y hacía incursiones en el territorio, Foción condujo
2 a los atenienses contra él. Se le acercaban corriendo unos por un lado y otros por otro y se entrometían en el mando aconsejándole tomar la colina aquí, enviar la caballería allí, formar el ejército en tal lugar. «¡Oh, Heracles —dijo—, cuántos genera-
3 les veo y qué pocos soldados[99]!» Había alineado a los hoplitas y uno se adelantó mucho a los otros y luego, asustado por el enfrentamiento de un enemigo, volvió a la formación. «Mucha-

[96] *Cf.* 23, 5 y nota.

[97] Estas palabras son una anticipación de su muerte y del juicio que sobre la misma expresa Plutarco comparándola con la muerte de Sócrates (*cf.* 38, 5).

[98] *Cf.* PLUT., *Sobre si el anciano debe intervenir en política* 791 F; *Consejos políticos* 819 A.

[99] *Cf.* PLUT., *Máximas de reyes y generales* 188 E.

cho —le dijo—, ¿no te avergüenzas de haber abandonado dos
puestos, el que te asignó tu general y el otro en el que te situas-
te tú mismo?» Atacó a los enemigos, los puso en fuga por la 4
fuerza y dio muerte al propio Mición y a otros muchos[100].

En cuanto al ejército griego de Tesalia, venció en combate a Antípatro, al que se había unido Leonato[101] y los macedonios llegados de Asia. Leonato cayó. El jefe de la falange era Antífilo[102] y el de la caballería el tesalio Menón[103].

Poco tiempo después, Crátero vino desde Asia con una 26
fuerza importante y tuvo lugar otra batalla en Cranón[104]. Los
griegos fueron vencidos, aunque la derrota no fue grande ni mu-
chos los muertos; mas por desobediencia a los jefes, que eran
indulgentes y jóvenes, y también por las intrigas de Antípatro en
las ciudades, se dispersaron y del modo más vergonzoso aban-
donaron la causa de la libertad. Mientras Antípatro conducía sin 2
dilación su ejército contra Atenas, Demóstenes e Hiperides es-
caparon de la ciudad junto con sus partidarios[105]; Démades, aun- 3
que no podía pagar a la ciudad nada del dinero que debía por las
multas (había sido condenado siete veces por propuestas ilega-
les y, privado de derechos políticos, tenía prohibido hablar al
pueblo[106]), fue amnistiado entonces y propuso un decreto para

---

[100] Nótese, una vez más, el enfoque individualizador con objeto de exaltar la figura del héroe en su última acción militar.

[101] General de Alejandro, fue sátrapa de Frigia.

[102] *Cf.* 24, 1.

[103] Fue abuelo materno de Pirro. *Cf.* PLUT., *Pirro* 1, 6.

[104] La batalla de Cranón, en Tesalia, supuso el fin de la guerra de Lamia. Tuvo lugar en el mes de metageitnion (agosto) del 322 a.C. *Cf.* PLUT., *Demóstenes* 28, 1.

[105] Tras la condena a muerte votada por el pueblo a propuesta de Démades. *Cf.* PLUT., *Demóstenes* 28, 2.

[106] El impago de las deudas con el Estado (en este caso las multas) se sancionaba con la *atimía*, la privación de los derechos cívicos.

enviar a Antípatro embajadores con plenos poderes para que
4 trataran la paz. El pueblo, asustado, llamó a Foción diciendo que confiaba únicamente en él. «Pues si hubiera tenido vuestra confianza cuando os daba consejos —les dijo—, no estaríamos
5 deliberando ahora sobre tales asuntos[107]». Una vez ratificado el decreto, Foción fue enviado ante Antípatro[108], que estaba acampado en la Cadmea[109] y se aprestaba a invadir el Ática inmediatamente. Lo primero que le pidió fue que pactase sin moverse
6 del lugar. Crátero replicó: «No es justa la propuesta que nos hace Foción, que perjudiquemos con nuestra ocupación el territorio de los aliados y amigos, cuando podemos aprovecharnos del de los enemigos»; pero Antípatro le cogió la diestra y le
7 dijo: «Hay que hacer este favor a Foción». En lo demás, sin embargo, exigió a los atenienses que se entregaran a su arbitrio, como Leóstenes le había hecho a él en Lamia[110].

27 Por consiguiente, una vez que Foción regresó a la ciudad y los atenienses aceptaron por necesidad estas resoluciones, de nuevo marchó a Tebas con los otros embajadores y el filósofo
2 Jenócrates, agregado por los atenienses[111]. Pues tan grande era la estima de la virtud de Jenócrates y su reputación y fama entre todos, que se pensaba que no había un alma humana dominada por tanta arrogancia, crueldad o ira en la que, con sólo ver a Jenócrates, no surgiera una reacción de respeto y aprecio hacia

[107] En distintas ocasiones, Foción aconseja a sus conciudadanos con previsión de los acontecimientos, pero no le hacen caso. Por ejemplo, ante Filipo (16, 2-3; 16, 5-6) y durante la guerra de Lamia (cap. 23).

[108] DIODORO, XVIII 18, 2 dice que fue enviado a la embajada Démades, con Foción y algunos más.

[109] La fortaleza de Tebas.

[110] De alguna manera se responsabiliza a Leóstenes, ya muerto, de la dureza de Antípatro, mientras que Foción la suaviza y modera ya desde el principio.

[111] *Cf.* 4, 2 y nota. Según DIÓGENES LAERCIO, IV 6, 15, ya había participado en anteriores embajadas atenienses ante Filipo y Antípatro.

él. Pero sucedió lo contrario a causa de cierta intransigencia y 3
menosprecio del bien por parte de Antípatro. En primer lugar,
no saludó a Jenócrates, aunque había acogido amistosamente a
los demás; por lo cual, según cuentan, dijo aquél que Antípatro
hacía bien al avergonzarse sólo ante él por el trato intransigente
que pensaba dar a la ciudad. Luego, cuando Jenócrates empezó 4
a hablar, no lo toleró y lo hizo callar con reprensiones y mues-
tras de mal humor. Pero tras hablar Foción, respondió que ha- 5
bría amistad y alianza para los atenienses con las siguientes
condiciones: que le entregaran a Demóstenes e Hiperides, adop-
taran la constitución censitaria de sus antepasados[112], aceptaran el
establecimiento de una guarnición en Muniquia[113] y, además,
el pago de los gastos de la guerra y de una multa. Todos los 6
embajadores quedaron contentos con los acuerdos por conside-
rarlos humanitarios, excepto Jenócrates; en efecto, dijo que An-
típatro los trataba con moderación si los consideraba esclavos
pero con dureza si los consideraba libres[114]. Foción le rogó con 7
insistencia que les eximiera de la guarnición, a lo que se dice
que respondió Antípatro: «Foción, nosotros queremos dispen-
sarte todos los favores, excepto los que te perderían tanto a ti
como a nosotros[115]». Pero otros no lo cuentan así, sino que An- 8

---

[112] La historia del pasado ateniense, que había conocido diferentes regímenes políticos, permitía que se aludiese a esta constitución censitaria, cuyo modelo más antiguo sería la constitución de Solón, como *pátrios politeía*, sin duda por motivos propagandísticos. La especificación de Plutarco, *censitaria (apò timêmatos)*, diferencia el uso del eslogan que también utilizaban los partidarios de la democracia radical: *cf.* 32, 1.

[113] Colina del Pireo estratégica para el control de los puertos y de su comunicación con la ciudad.

[114] Mediante esta actitud firme y patriótica de Jenócrates, Plutarco critica de forma implícita la tibia resistencia de Foción a las condiciones de Antípatro.

[115] La guarnición era fundamental tanto para el dominio de Macedonia como para el poder del partido filomacedonio en la ciudad.

típatro preguntó si, en el caso de que él eximiese de la guarnición a los atenienses, Foción le garantizaba que la ciudad
9 permanecería en paz y no organizaría ninguna intriga. Pero al
quedarse aquél callado y tardar en responder, Calimedonte el
Langosta[116], hombre audaz y enemigo de la democracia, dio un
salto y dijo: «Antípatro, si éste dice tonterías, ¿tú vas a creerlo
y no harás lo que tienes decidido?».

28 Así fue como los atenienses recibieron una guarnición macedonia, y como jefe de la misma a Ménilo, un hombre moderado
y amigo de Foción. Pero la imposición pareció una arrogancia y
la exhibición de un poder que recurre a la violencia más que una
2 ocupación motivada por las circunstancias. La fecha del acontecimiento aumentó aún más la congoja, pues la tropa entró el
veinte de boedromión[117], mientras se celebraban los misterios,
cuando llevan en procesión a Yaco desde la ciudad a Eleusis[118].
Con la perturbación de la ceremonia, la mayoría comparaba los
3 prodigios más antiguos y los nuevos. En efecto, antiguamente,
en los mayores éxitos, las visiones y voces misteriosas se habían
producido con espanto y terror de los enemigos; mas ahora, en
las mismas festividades, los dioses observaban las peores calamidades de Grecia y se mancillaba la parte del año más sagrada
y agradable para ellos, pues su nombre denotaba las mayores
4 desgracias. Unos pocos años antes, las sacerdotisas de Dodona
habían revelado un oráculo a la ciudad: que vigilasen los pro-
5 montorios de Ártemis para que otros no los ocuparan[119]; y en-

[116] Junto con Piteas, había sido expulsado de Atenas y se había unido a Antípatro. *Cf.* PLUT., *Demóstenes* 27, 2. ATENEO, 339 F-340 E explica su apodo diciendo que le gustaba el pescado ápodo y era bizco, y cita varios pasajes de los poetas cómicos. Fue condenado a muerte en rebeldía *(cf.* 35, 5).

[117] Correspondiente a septiembre/octubre.

[118] La estatua de Yaco (Dioniso) era llevada de Atenas a Eleusis como parte de la celebración de los misterios. *Cf.* PLUT., *Demóstenes* 28, 1; *Camilo* 19, 10.

[119] En Muniquia había un santuario consagrado a Ártemis.

tonces, en aquellos días, al lavarse las cintas con las que se adornan las cestas de los misterios, sacaron un color amarillo y cadavérico en vez de púrpura; y, lo más significativo, toda la ropa de los particulares que se lavó con ellas conservó su color.
6 A un iniciado que bañaba un cochinillo en el puerto de Cántaro[120], un cetáceo se lo arrebató y devoró las partes inferiores de su cuerpo hasta el vientre, con lo que la divinidad les indicaba manifiestamente que, privados de las zonas bajas cercanas al mar, conservarían la parte alta de la ciudad[121].

7 La guarnición, gracias a Ménilo, no causaba ninguna molestia a la gente; pero fueron más de doce mil los que quedaron privados de derechos políticos a causa de su pobreza[122]. Unos permanecían en la ciudad, sufriendo un visible infortunio y deshonor; y otros, que por este motivo habían abandonado la ciudad y emigrado a Tracia, habitaron el territorio y la ciudad que Antípatro les había proporcionado como si hubieran sido expulsados tras un asedio.

29 Las muertes de Demóstenes en Calauria[123] y de Hiperides cerca de Cleonas[124], de las que ya he tratado en otra obra[125],

---

[120] Una de las dársenas del puerto del Pireo. Los que se iniciaban en los misterios debían bañarse en el mar con un cochinillo lechal que luego era sacrificado.

[121] Este pasaje muestra la importancia que Plutarco concede a las manifestaciones sobrenaturales y a su interpretación. Sin embargo, no constituye un excurso ajeno al hilo narrativo: los fenómenos prodigiosos ponen tintes sombríos y sobrecogedores al relato de un acontecimiento aciago para Atenas, acentuándose de esta forma la impresión de desgracia para la ciudad.

[122] Según Diodoro, XVIII 18, 4, sólo quienes poseían dos mil dracmas podían ejercer los derechos cívicos. Los ciudadanos que cumplían este requisito eran sólo nueve mil.

[123] Actualmente, la isla de Poros.

[124] Ciudad del Peloponeso en los confines del territorio de Corinto y de la Argólida.

[125] Plut., *Demóstenes* 28-30. La muerte de Hiperides, en *id.* 28, 4.

casi inspiraron a los atenienses amor y deseo de Alejandro y
2 Filipo. Después, cuando Antígono fue asesinado y quienes le
habían matado comenzaron a atormentar y maltratar a la gente,
un campesino que estaba cavando su campo en Frigia, cuando
le preguntaron qué hacía, dijo suspirando: «Busco a Antígo-
3 no[126]». Esto es lo que se les ocurría decir a muchos al recordar
el ánimo de aquellos reyes, a cuya grandeza se unía una noble
clemencia; no como Antípatro, que disimulaba su poder bajo el
aspecto de un particular, la humildad de una pequeña clámide
y la frugalidad de su régimen de vida y era por ello más inso-
4 portable para quienes sufrían su despotismo y tiranía[127]. Con
todo, Foción libró a muchos del exilio intercediendo ante An-
típatro y consiguió para algunos exiliados que no se les expul-
sara, como a los demás desplazados, más allá de los montes
Ceraunios y del Ténaro, fuera de Grecia, sino que habitaran en
el Peloponeso; y entre éstos se encontraba el sicofanta Hagnó-
5 nides[128]. Ocupándose de los asuntos del Estado con modera-
ción y respeto a la legalidad, a las personas corteses y amables
las mantenía siempre en sus cargos, mientras que a los intri-
gantes y revolucionarios, que languidecían con el propio hecho
de no mandar ni alborotar, les enseñó a disfrutar de sus asuntos
6 y amar el cultivo del campo[129]. Al ver que Jenócrates pagaba el
impuesto de meteco, quería inscribirlo como ciudadano; pero
él rehusó diciendo que no participaría en un régimen político

---

[126] Se trata de Antígono el Tuerto. Los atenienses le dispensaron grandes honores a él y a su hijo Demetrio en el 307 a.C., pues se presentaron como libertadores de las ciudades griegas, a las que pretendían devolver la autonomía. Murió en la batalla de Ipso (Frigia) en el 301 a.C., derrotado por la coalición de Tolomeo, Casandro, Lisímaco y Seleuco.

[127] *Cf.* PLUT., *Máximas de reyes y generales* 180 E.

[128] Uno de los acusadores de Foción. *Cf.* 33, 9; 35, 2.

[129] La ausencia de libertades y de agitaciones políticas parece querer compensarse indicando cierta prosperidad económica.

al que se había opuesto durante su participación en la embajada[130].

Cuando Ménilo le ofrecía dinero de regalo, respondió que ni 30
aquél era superior a Alejandro ni tenía ahora un motivo más
importante para tomarlo quien no lo había aceptado entonces[131].
Pero como Ménilo seguía insistiendo en que lo tomara para su 2
hijo Foco, dijo: «A Foco, si se vuelve sensato, le bastará lo de
su padre; pero tal como es ahora, nada le basta[132]». Con más 3
aspereza le respondió a Antípatro, que quería lograr algo indig-
no gracias a él, pues dijo: «No puede Antípatro tratarme a la vez
como a un amigo y a un adulador[133]». Cuentan que el propio 4
Antípatro dijo que, de los dos amigos que tenía en Atenas, Fo-
ción y Démades, a uno no lo había convencido de que aceptara
sus regalos, y al otro no lo saciaba por más que le diera[134]. Fo- 5
ción, en verdad, exhibía como virtud la pobreza en la que había
envejecido después de haber sido tantas veces general de los
atenienses[135] y de haber tenido a reyes como amigos; en cambio
Démades se jactaba de su riqueza incluso con transgresión de la
ley[136]. Pues, aunque había entonces una ley en Atenas que san- 6
cionaba la participación de un extranjero en un coro con una

---

[130] El retrato del protagonista de la biografía adquiere aquí un matiz interesante, pues se le contrapone a Jenócrates, quien, a pesar de ser meteco, se muestra más patriota que Foción, como ocurre también en el episodio de la embajada ante Antípatro (27, 1-6). Para otras anécdotas sobre la condición de meteco de Jenócrates, *cf.* PLUT., *Flaminino* 12, 7; *Vida de los diez oradores* 842 b.

[131] *Cf.* cap. 18.

[132] *Cf.* 20 y 38, 3-4.

[133] *Cf.* PLUT., *Agis* 2, 4; *Cómo distinguir a un adulador de un amigo* 64 C; *Deberes del matrimonio* 142 B; *Máximas de reyes y generales* 188 F; *Sobre la falsa modestia* 532 F-533A.

[134] *Cf.* 1, 3; PLUT., *Máximas de reyes y generales* 188 F.

[135] Cuarenta y cinco veces según 8, 2.

[136] *Cf.* 26, 3.

multa de mil dracmas al corego, presentó un coro en el que todos eran extranjeros, cien en total, y al mismo tiempo llevó al
7 teatro la multa de mil dracmas por cada uno. Cuando casó a su hijo Demeas, le dijo: «Cuando yo me casé con tu madre, hijo, ni el vecino se enteró; mas para tus bodas aportan su contribución incluso príncipes y reyes[137]».

8 Los atenienses importunaban a Foción para que hablara con Antípatro y lograra la retirada de la guarnición convenciendo de ello a Antípatro; él, bien porque no esperase convencerlo, bien porque veía que el pueblo se conducía con más moderación y dentro del orden a causa del miedo, siempre aplazaba aquella embajada[138]; en cambio, convenció a Antípatro de que no exigiera el pago del dinero, sino que lo retrasase y difiriese[139]. En-
9 tonces los atenienses lo dejaron y recurrieron a Démades. Éste aceptó encantado y partió con su hijo hacia Macedonia, al parecer conducido por un *démon*[140], en el momento en que Antípatro

[137] En estas anécdotas, como están orientadas a la caracterización del personaje y no a la narración de los hechos históricos, la línea cronológica precisa que había tomado la biografía vuelve a quedar diluida, ya que el espacio de tiempo en el que suceden es, al menos, de tres años. Esta época, desde la guerra de Lamia hasta la muerte de Antípatro, recibe un tratamiento similar al del reinado de Alejandro: el período de tiempo queda subsumido en una caracterización del personaje en relación con su incorruptibilidad y su pobreza. Además, para reforzar el paralelismo entre las dos etapas, se vuelve a comparar a Foción con su hijo Foco y con Démades, como en el cap. 20.

[138] Es evidente que cundía el descontento incluso entre los que permanecieron en Atenas y no se exiliaron, y también ante la conformidad de Foción con la guarnición macedonia que aseguraba su gobierno.

[139] *Cf.* 27, 5.

[140] Nos limitamos a transcribir el término griego *daímōn* con el que Plutarco, siguiendo la tradición platónica, designa a genios o espíritus de carácter sobrenatural que ocupan una posición intermedia entre dioses y hombres. Pueden ser buenos o malos; aparecen con frecuencia como seres vengadores, como en PLUT., *César*, 66, 1 y 69, 2. En *Demóstenes* 31, 4, es la justicia vengadora de Demóstenes *(Dēmosthénous díkē)* quien conduce a Démades hasta Macedo-

se encontraba ya enfermo y Casandro se había adueñado del poder. Casandro había encontrado una carta que Démades había escrito a Antígono y enviado a Asia, en la que le invitaba a presentarse a los griegos y macedonios, que estaban pendientes de un hilo viejo y podrido; aludía así con escarnio a Antípatro[141]. Así que, cuando Casandro vio que había llegado, lo arrestó; en primer lugar empujó a su hijo junto a él y lo degolló, de forma que el padre recibiera la sangre en su ropa y se empapase con el homicidio; a continuación, después de dirigirle muchos reproches e insultos por su ingratitud y traición, lo mató[142].

Cuando Antípatro falleció después de designar general a Po- 31
liperconte y *quiliarco* a Casandro[143], éste se alzó inmediatamen-

nia. El propio Demóstenes es víctima de un *daímōn* adverso asociado a su *týchē*: *cf.* PLUT., *Demóstenes* 21, 3.

[141] En PLUT., *Demóstenes* 31, 5, se dice que la carta iba dirigida a Pérdicas.

[142] De todos los personajes que, a lo largo de la biografía, se van contrastando con Foción, el más destacado, sin duda, es Démades, como el personaje con las características más opuestas al protagonista tanto por su vida privada como por su política respecto a Macedonia. Plutarco tiene tanto interés en diferenciarlos, que la biografía empieza comparándolos, y dice de él expresamente lo que no se atreve a decir de Foción: que gozó de poder en Atenas por su política favorable a los macedonios y a Antípatro, y que estaba obligado a proponer leyes y a hablar en contra de la dignidad de la ciudad (1, 1-4). Su muerte concuerda con su vida y sirve de contrapunto a la muerte de Foción. Plutarco contaba con los numerosos ejemplos de las escuelas de retórica, que establecieron dos líneas diferentes en el tratamiento de la muerte de personajes ilustres: por un lado, la de los tiranos y demagogos; por otro, la de filósofos y personalidades que van a la muerte fieles a sus principios (*cf.* A. RONCONI, «Exitus illustrium virorum», *RAC* VI, 1966, cols. 1.261-1.262.

[143] DIODORO, XVIII 48, 4-5, especifica que al cargo de general *(stratēgós)* con plenos poderes iba unido el de regente del reino (en nombre de Filipo Arrideo, hijo bastardo de Filipo II y deficiente mental). A *quiliarco* le añade «y segundo en el poder». Sobre este término, cuyo significado es «jefe militar de mil hombres», aclara Diodoro que se trata de un rango procedente de la corte

te y, anticipándose a controlar la situación, envió a toda prisa a
Nicanor[144] como sucesor de Ménilo en el mando de la guarni-
ción, con la orden de que se hiciera cargo de Muniquia antes de
2 que la muerte de Antípatro fuera pública. Así sucedió y cuando,
pocos días después, se enteraron los atenienses de que Antípa-
tro había muerto, Foción fue vituperado y acusado de haberse
enterado antes de la noticia y haberla callado para favorecer a
3 Nicanor. Él no se preocupaba de tales habladurías pero, en en-
trevistas y conversaciones con Nicanor, lo hacía moderado y
benévolo con los atenienses y, en particular, lo convenció de
que asumiera ciertas liberalidades y gastos en calidad de orga-
nizador de los juegos públicos[145].

32 Entretanto Poliperconte, que tenía la tutela del rey e intenta-
ba contrarrestar la política de Casandro, envió una carta a los
habitantes de la ciudad comunicándoles que el rey les restituía
la democracia y ordenaba que todos los atenienses participaran
en la gestión política conforme a la constitución de sus antepa-
2 sados[146]. Esto era una maniobra contra Foción. Pues Poliper-
conte, que intentaba poner a la ciudad bajo su control, como
poco después demostró con sus acciones, no esperaba conse-
3 guir nada sin la caída de Foción[147]; y esperaba que cayera una
vez que hubieran recobrado los derechos políticos los que ha-

persa adoptado por Alejandro y continuado por Antípatro. En PLUT., *Artajerjes* 5, designa a un oficial de la corte persa.

[144] Hijo de Próxeno de Atarneo, fue adoptado por Aristóteles.

[145] Estas medidas, destinadas a calmar el descontento en Atenas, hacen recaer sobre Foción la sospecha de connivencia con Nicanor.

[146] *Cf.* 27, 5 y nota.

[147] El decreto de Poliperconte restablecía la democracia en todas las ciudades griegas, con lo que esperaba atraérselas a su bando (*cf.* DIODORO, XVIII 55, 4). Plutarco lo refiere sólo a Atenas y como una maniobra contra Foción, debido al enfoque individualizador que da la biografía a los acontecimientos históricos.

bían sido privados de ellos y de nuevo se hubieran apoderado de la tribuna demagogos y sicofantas. Los atenienses estaban 4
soliviantados con tales acontecimientos y Nicanor, deseoso de encontrarse con ellos, después de confiar su persona a Foción, se presentó en una sesión del consejo que tuvo lugar en el Pireo. Dercilo, estratego del territorio, intentó detenerlo, pero 5
aquél, puesto sobre aviso, escapó manifestando que se vengaría en seguida de la ciudad. Foción, acusado de dejar escapar a 6
Nicanor en lugar de retenerlo, dijo que confiaba en él y que no esperaba nada malo de su parte; y que, aunque así no fuere, prefería que se le viera padecer una injusticia a cometerla[148]. Esta respuesta, considerada en relación con él solo, podría pa- 7
recer una expresión de honradez y nobleza; pero el que arriesga la salvación de su patria, siendo general y gobernante, no sé si no transgrede con respecto a los ciudadanos una justicia de mayor importancia y prioridad[149]. Ni siquiera se puede decir que 8
Foción se abstuvo de tocar a Nicanor por temor de lanzar la ciudad a una guerra y que puso como pretexto la lealtad y la justicia para que aquél, por pudor, se contuviera y no causara ningún daño a los atenienses. Por el contrario, parece que real- 9
mente tuvo una firme confianza en Nicanor, y eso que muchos se anticipaban a reprochárselo y acusarlo de querer atacar el Pireo, de transportar mercenarios a Salamina y de corromper a algunos habitantes del Pireo. Pero no admitió sus razones ni los

[148] Palabras inspiradas en PLATÓN, *Gorgias* 469 C. ELIANO, *Historias curiosas* II 16, transmite un dicho de Foción a los atenienses del mismo tenor que éste: «Prefiero ser perjudicado por vosotros antes que perjudicaros yo a vosotros».

[149] El autor detiene el curso del relato para intervenir en primera persona y criticar a su héroe, pero lo hace de forma moderada y referida sólo a la actividad política, pues en un plano estrictamente personal, la socrática respuesta de Foción habría sido digna de elogio. Por encima de la integridad moral individual, Plutarco sitúa el bien común.

10 creyó y ni siquiera hizo caso cuando se decretó, a propuesta de Filomelo de Lamptras, que todos los atenienses tomaran las armas y se pusieran a las órdenes del general Foción, hasta que Nicanor, haciendo avanzar sus fuerzas desde Muniquia, comenzó a cavar trincheras alrededor del Pireo[150].

33 A causa de estos hechos, Foción, que quería hacer una salida con los atenienses, era objeto de abucheos y de desprecio; mientras tanto, llegó Alejandro, el hijo de Poliperconte, con un ejército, en teoría para ayudar a los ciudadanos contra Nicanor, pero de hecho para apoderarse, si podía, de la ciudad, que había caído
2 por sí misma. En efecto, los exiliados, que habían acudido junto con él, en seguida se instalaron en la ciudad, y a ellos se les unieron precipitadamente los extranjeros y los privados de derechos cívicos, y se reunió una asamblea abigarrada y desordenada en la que depusieron a Foción del gobierno y eligieron a otros
3 generales[151]. Si no se hubiera visto a Alejandro yendo solo a hablar con Nicanor junto a la muralla y no hubieran infundido sospechas a los atenienses al hacer esto con frecuencia, la ciu-
4 dad no habría escapado del peligro[152]. El orador Hagnónides[153] atacó en seguida a Foción y a sus partidarios y los acusó de traición; Calimedonte[154] y Caricles[155], asustados, se marcharon de la ciudad con los suyos, mientras Foción y los amigos que se habían quedado con él se dirigieron al encuentro de Poliperconte.
5 Salieron con ellos, por deferencia con Foción, Solón de Platea y

[150] Para estos acontecimientos, *cf.* también Diodoro, XVIII 64, 5-6; Nepote, *Foción* 2-3.

[151] Plutarco se esfuerza por resaltar la ilegalidad del procedimiento, tanto de esta asamblea que depone a Foción como de la asamblea que lo juzga. *Cf.* 34, 3.

[152] *Cf.* Diodoro, XVIII, 65, 4-66, 1.

[153] *Cf.* 29, 4.

[154] *Cf.* 27, 9.

[155] El yerno de Foción. *Cf.* 21, 5-22, 4.

Dinarco de Corinto, que tenían fama de mantener una estrecha amistad con Poliperconte. Pero Dinarco cayó enfermo y se de- 6
moraron muchos días en Elatea durante los cuales, en virtud de un decreto redactado por Arquéstrato y defendido por Hagnónides, el pueblo envió una embajada para acusar a Foción. Unos y 7
otros llegaron al mismo tiempo junto a Poliperconte, que iba con el rey[156], cerca de una aldea de Fócide, Farigas, situada al pie del monte Acrurio, que actualmente se llama Gálata. Allí instaló 8
Poliperconte el baldaquino de oro bajo el que sentó al rey y a sus amigos; a Dinarco, nada más acercarse, ordenó prenderlo y matarlo tras darle tormento y, en cuanto a los atenienses, les concedió permiso para hablar. Alborotaban y gritaban acusándose 9
unos a otros en el consejo y Hagnónides se adelantó y dijo: «Metednos a todos en una jaula y mandadnos de vuelta para que sometamos la cuestión a los atenienses[157]», por lo que el rey se echó a reír; pero los macedonios que rodeaban el consejo y los extranjeros que no tenían nada que hacer, deseosos de escuchar, exhortaban con señas a los embajadores a hacer allí su acusación. Mas no había ninguna equidad, sino que Poliperconte inte- 10
rrumpía constantemente a Foción mientras hablaba; hasta que dio un bastonazo en el suelo, desistió y se quedó callado. Hege- 11
món puso por testigo de su adhesión al pueblo a Poliperconte, a lo que éste replicó encolerizado: «Deja de calumniarme delante del rey». El rey dio un salto e hizo ademán de herir a Hegemón con una lanza, pero Poliperconte lo sujetó rápidamente; y de 12
esta forma se disolvió el consejo[158].

[156] Filipo Arrideo, hijo bastardo de Filipo II.

[157] Es decir, pide que sean los atenienses quienes lo juzguen. En NEPOTE, *Foción* 3, Hagnónides acusa a Foción de haber entregado el Pireo a Nicanor.

[158] Con este pintoresco relato, Plutarco resalta el tumultuoso encuentro de las dos embajadas, la arbitrariedad y el carácter tiránico de Poliperconte y el comportamiento indigno del rey: un ambiente totalmente desfavorable para Foción.

34 Una guardia rodeó a Foción y los que estaban con él; los compañeros que por suerte no se encontraban a su lado, al ver-
2 lo, se cubrieron la cabeza y se salvaron huyendo. A aquéllos los llevó Clito[159] a Atenas, en teoría para ser juzgados, pero de he-
3 cho ya condenados a muerte. La tristeza de su aspecto aumentaba con el transporte, al ser conducidos en carros[160] a través del Cerámico en dirección al teatro[161]; pues Clito los llevó y los guardó allí hasta que los arcontes reunieron la asamblea, de la que no excluyeron a esclavo ni a extranjero ni a nadie privado de los derechos cívicos, sino que abrieron la tribuna y el teatro
4 a todos, hombres y mujeres. Tras la lectura de la carta del rey, que decía que, a su entender, los hombres eran traidores, pero que otorgaba su juicio a los atenienses porque eran libres e
5 independientes, Clito presentó a los hombres. Los ciudadanos de bien, a la vista de Foción, se cubrieron la cabeza y lloraban mirando al suelo. Sólo uno se levantó y se atrevió a decir que, puesto que el rey ponía en manos del pueblo un juicio de tal importancia, era conveniente que los esclavos y los extranjeros
6 se marchasen de la asamblea. Pero la multitud no consentía y pedía a gritos apalear a los oligarcas y a los enemigos del pueblo, por lo que ningún otro intentó hablar en defensa de Foción.
7 Él mismo, escuchado a duras penas y de mala gana, dijo: «¿Queréis matarnos justa o injustamente?». Algunos respondieron que justamente. «¿Y cómo lo sabréis —dijo—, sin ha-
8 bernos oído?». Puesto que ya no le escuchaban nada más, se acercó más a la multitud y dijo: «Yo reconozco que soy culpa-

---

[159] Uno de los comandantes de Alejandro. Obtuvo la satrapía de Lidia en el 321 a.C., pero, expulsado de allí por Antígono en el 319/318, a.C. volvió a Macedonia.

[160] En NEPOTE, *Foción* 4, 1, se dice que llevaban a Foción en un carro porque, debido a su edad, no podía caminar, y que algunos sentían compasión al verlo en tal estado.

[161] En el teatro de Dioniso se celebraban las asambleas en esa época.

ble y merezco la pena de muerte por mis acciones políticas;
pero a éstos, ¿por qué los vais a matar, atenienses, si no son
culpables de nada[162]?». Muchos respondieron: «Porque son tus 9
amigos». Foción se apartó y guardó silencio; Hagnónides leyó
un decreto, que tenía ya escrito[163], según el cual el pueblo debía
votar si consideraba a los hombres culpables y éstos debían mo-
rir si eran condenados.

Tras la lectura del decreto, algunos pedían añadirle que Fo- 35
ción fuese torturado antes de morir y daban órdenes de que se
trajera la rueda y se llamara a los verdugos. Pero Hagnónides, 2
al ver que incluso Clito se indignaba y considerando que el acto
era bárbaro y repugnante, dijo: «Cuando cojamos al bribón de
Calimedonte, atenienses, lo torturaremos; mas para Foción, yo
no propongo nada semejante». Entonces uno sensato dijo en 3
voz baja: «Haces muy bien, pues si torturamos a Foción, ¿a ti
qué te haremos?». Una vez sancionado el decreto, se pasó a la 4
votación; nadie se quedó sentado, sino que todos se levantaron
y la mayoría, que incluso se había coronado, los condenó a
muerte[164]. Con Foción estaban Nicocles, Tudipo, Hegemón y 5
Pitocles; Demetrio de Falero, Calimedonte, Caricles y algunos
otros fueron condenados a muerte en rebeldía[165].

Cuando, disuelta la asamblea, condujeron a los hombres a 36
prisión, los otros marchaban gimiendo y lamentándose, abraza-
dos por sus amigos y parientes; en cambio, el rostro de Foción

[162] El tumulto del juicio, que impedía oír a Foción, y su petición de que no se condenara a sus amigos, también se encuentra en DIODORO, XVIII 67, 1-2.

[163] Se insiste en que Foción ya estaba condenado de antemano. *Cf.* 34, 2.

[164] El entusiasmo de los enemigos de Foción les llevó a pedir su tortura, pero fueron contenidos por Hagnónides y Clito. Ahora el entusiasmo se muestra con las coronas, como si estuvieran celebrando una fiesta.

[165] Nicocles: *cf.* 17, 3. Hegemón: *cf.* 33, 11. Demetrio de Falero: gobernó Atenas del 317 al 307 a.C. bajo la protección de Casandro de Macedonia. Calimedonte: *cf.* 27, 9. Caricles, el yerno de Foción: *cf.* 21, 5-22, 4.

lo veían igual que cuando era escoltado como estratego a la
salida de la asamblea, y admiraban su impasibilidad y grandeza
2 de ánimo. Sus enemigos, corriendo a su lado, lo insultaban; y
uno incluso se acercó a escupirle en la cara. Se cuenta que en-
tonces Foción miró a los magistrados y les dijo: «¿Es que nadie
3 va a atajar el infame comportamiento de éste?». Tudipo, ya en
prisión, al ver que estaban triturando la cicuta, se enfureció y
lamentaba su desgracia, porque no le parecía justo morir con
Foción. «¿Acaso —le dijo— no estás contento de morir con
4 Foción?» Cuando uno de sus amigos le preguntó si quería decir
algo para su hijo Foco, respondió: «Desde luego; le recomiendo
5 que no guarde rencor a los atenienses[166]». Nicocles, el más leal
de sus amigos, le pidió que le dejase a él beber primero el vene-
no, a lo que respondió: «La petición, Nicocles, es para mí dura
y penosa pero, ya que no te negué ningún favor a lo largo de mi
6 vida, también te concedo éste». Cuando ya habían bebido todos
los demás, se acabó el veneno y el verdugo dijo que no trituraría
más si no se le pagaban las doce dracmas que valía la dosis.
7 Como pasaba el tiempo y se hacía tarde, Foción llamó a uno de
sus amigos y le dijo: «Ni siquiera morir es gratis en Atenas» y
le pidió que entregara la suma al hombre[167].

37 Era el día diecinueve del mes de muniquión[168] y los caballe-
ros que desfilaban en la procesión de Zeus pasaron por allí al
lado; unos se quitaron las coronas[169] y otros, llorando, dirigie-

---

[166] Algunos de estos dichos de Foción se recogen también en PLUT., *Máximas de reyes y generales* 189 A.

[167] La escena está construida sobre el testimonio platónico de la muerte de Sócrates. Pasajes que reflejan una actitud similar de Sócrates ante su muerte pueden encontrarse en PLATÓN, *Apología* 41 D y *Fedón*, 115-117.

[168] Corresponde a abril/mayo. Era el año 318 a.C. Se celebraba la fiesta de las *Olimpieia*, en honor de Zeus Olímpico. *Cf.* H. W. PARKE, *Festivals of the Athenians*, Londres, 1977, pág. 144.

[169] Este espontáneo gesto de duelo de los caballeros compensa las coronas

ron la mirada a las puertas de la prisión. A quienes no eran ex- 2
tremadamente crueles ni tenían el alma minada por la cólera y la envidia, les pareció que era una gravísima impiedad no esperar a que pasara aquel día, manteniendo la ciudad, mientras se celebraba aquella festividad, libre de la impureza de una ejecución pública. Sin embargo, los enemigos de Foción, como si su 3
triunfo no fuera todavía suficiente, decidieron incluso exiliar su cadáver y que ningún ateniense encendiera fuego para su funeral. Por eso ningún amigo se atrevió a tocar su cadáver y un tal 4
Conopión, que solía realizar estos servicios por dinero, transportó al difunto más allá de Eleusis y lo quemó con fuego procedente de Mégara[170]. Su mujer, que asistía con sus sirvientas, 5
levantó allí mismo un cenotafio y vertió libaciones; guardó los huesos en su seno, los llevó de noche a su casa y los enterró junto al hogar diciendo: «A ti, querido hogar, te confío estos restos de un hombre bueno; tú devuélvelos a la tumba de sus antepasados cuando los atenienses sean sensatos».

Sin embargo, al cabo de poco tiempo, cuando los aconteci- 38
mientos mostraron a qué jefe y guardián de la prudencia y la justicia había matado el pueblo, le erigieron una estatua de

---

que, en gesto de gozo, se pusieron los enemigos de Foción cuando lo condenaron en la asamblea. Las coronas se usaban en las fiestas religiosas para el adorno tanto de los objetos como de las personas; representaban el carácter sagrado de la fiesta, y de ahí el temor a mancillarlas. El motivo de las coronas sagradas de la fiesta remite también a la muerte de Sócrates, que se aplazó precisamente porque el sacerdote de Apolo ya había consagrado, coronando la popa con una guirnalda, la nave que los atenienses enviaban cada año a Delos. Plutarco quiere señalar que la ejecución de Foción, además de injusta, fue una impiedad, pues no se respetó la festividad del día.

[170] Plutarco no menciona la existencia de un precepto legal por el que los condenados por traición debían ser arrojados sin enterrar fuera de las fronteras. Nepote, *Foción* 4, 4, informa de que quien se ocupó de su entierro fue un esclavo; el nombre Conopión, diminutivo de «mosquito», apunta también en este sentido.

2 bronce y sepultaron sus huesos con fondos públicos. De sus acusadores, a Hagnónides ellos mismos lo condenaron a muerte y lo ejecutaron; a Epicuro y Demófilo, que habían huido de la ciudad, el hijo de Foción los descubrió y los castigó[171].

3 De éste se dice que, por lo demás, no fue hombre de valía y que, enamorado de una joven prostituta, pupila de un lenón, estuvo presente por casualidad cuando Teodoro el ateo[172] exponía en el Liceo el siguiente argumento: «Si no es vergonzoso rescatar a un amigo, tampoco a una amiga; y si no lo es rescatar a un compañero querido, tampoco lo es rescatar a una querida».
4 Entonces, adoptando este argumento para sus deseos, como si fuera adecuado, rescató a su querida[173].

5 Volviendo a lo anterior, lo que hicieron con Foción recordó a los griegos lo que habían hecho con Sócrates, pues consideraron que este lamentable error había sido para la ciudad muy semejante a aquel otro[174].

---

171 La rehabilitación debió de producirse a partir del 317 a.C., durante el régimen censitario dirigido por Demetrio de Falero.

172 Filósofo originario de Cirene, estuvo en Atenas al menos en la época de Demetrio de Falero.

173 Un tópico de las biografías de Plutarco es hablar de la descendencia del personaje después de su muerte.

174 El hecho de que la comparación explícita con Sócrates se haga en la frase que cierra la biografía, indica la importancia que Plutarco le da a este paralelismo.

CATÓN EL JOVEN

La familia de Catón empezó a gozar de fama y gloria con su bisabuelo Catón, quien gracias a su virtud gozó de la mayor gloria y autoridad entre los romanos, como está escrito en su biografía[1]. 1

Quedó huérfano de padre y madre junto con su hermano Cepión[2] y su hermana Porcia, y tenía también una hermana uterina llamada Servilia[3]. Todos ellos se criaron y educaron en casa de 2
Livio Druso, tío suyo por parte de madre que se dedicaba por aquel entonces a la política; era, en efecto, orador muy enérgico y, en los demás aspectos, un hombre sensato como el que más y no inferior en inteligencia a ninguno de los romanos.

Se cuenta que Catón desde su más tierna infancia, en la voz, 3
en el semblante y en los juegos revelaba un carácter inflexible, impasible y firme en todo momento. En efecto, mostraba una 4
determinación para llevar a cabo sus propósitos superior a su

---

[1] Se trata de Catón el Viejo, conocido también como Catón el Censor, al que Plutarco dedica una de sus biografías. El abuelo de Catón el Joven, Saloniano, y su padre, Marco Porcio Catón, no fueron personajes destacados, por lo que Plutarco menciona sólo al bisabuelo y al tío, Livio Druso.

[2] Era hermano de Catón sólo por parte de madre.

[3] Fue amante de César y madre de Bruto, uno de sus asesinos.

edad y, rudo y brusco con quienes lo adulaban, era aún más
5 enérgico con quienes intentaban atemorizarlo. No era en absoluto presto a la risa —incluso la sonrisa muy pocas veces se dibujaba en su rostro[4]— y no era pronto ni propenso a la cólera pero, una vez irritado, era inexorable.

6 Llegado a la edad de estudiar, era tardo y lento para aprender,
7 pero una vez que aprendía algo, lo retenía en su memoria. Y esto es así también por naturaleza, que los mejor dotados aprenden con más facilidad, pero tienen mejor memoria los que aprenden con esfuerzo y aplicación, pues cada uno de sus conocimientos
8 es como una marca de fuego en su mente. Parece que a Catón le costaba más trabajo aprender también a causa de su carácter obstinado; y es que aprender es, sencillamente, admitir influencias, y dejarse persuadir con rapidez es propio de los menos ca-
9 paces para oponer resistencia. Por eso se dejan persuadir con más facilidad los jóvenes que los ancianos y los enfermos que los sanos, y en general es más fácil conseguir la aquiescencia de
10 las personas cuya desconfianza es menor. A su preceptor, sin embargo, cuentan que Catón lo obedecía y hacía todo lo que le ordenaba, pero preguntaba la razón de todo e indagaba el porqué[5]. Y es que su preceptor era amable y más partidario del razonamiento que de los coscorrones; su nombre era Sarpedón.

2 Cuando Catón era todavía niño, los aliados de los romanos
2 andaban reclamando el derecho de ciudadanía en Roma. Un tal Pompedio Silón, militar del mayor prestigio y amigo de Druso[6], fue a hospedarse a casa de éste durante bastantes días, y cuando

[4] Algo parecido le ocurría a Foción: *cf.* PLUT., *Foción* 5, 1-2.

[5] *Cf.* PLUT., *Cómo debe el joven escuchar la poesía* 28 A.

[6] Tras la muerte de Druso, tuvo lugar el levantamiento de los aliados de Roma y comenzó la llamada guerra social (91-87 a. C.) también conocida como Mársica. El comandante de los marsios, que tuvieron un papel preponderante, era Pompedio Silón. Roma alcanzó la victoria pero tuvo que concederles la ciudadanía a los aliados.

ya tenía ganada la confianza de los niños, les dijo: «Vamos,
pedid a vuestro tío que nos ayude a conseguir la ciudadanía».
Cepión asintió con una sonrisa y, como Catón no había respon- 3
dido nada y miraba a los huéspedes de hito en hito y con fiere-
za, lo interpeló Pompedio: «¿Y tú qué nos dices, chico? ¿No
estás dispuesto, como tu hermano, a interceder por los huéspe-
des ante tu tío?». Catón no pronunció palabra pero, por su silen- 4
cio y por su cara, se veía que rechazaba la petición. Pompedio
lo levantó en el aire y lo sacó por una ventana como si fuera a
dejarlo caer; le insistía en que diera su consentimiento o, de lo
contrario, le aseguraba que lo tiraría, empleando un tono ame-
nazante y sin cesar de zarandearlo con las manos, colgando
como lo tenía por fuera de la ventana. En vista de que Catón 5
aguantó así mucho rato, impasible e impávido, Pompedio lo
puso en el suelo y dijo a sus amigos en voz baja: «¡Qué buena
suerte para Italia que éste sea un niño! Si fuera un hombre, creo
que no habría en la asamblea del pueblo un solo voto para nues-
tra causa[7]».

Otra vez, un pariente que celebraba su cumpleaños invitó a 6
cenar a Catón y otros niños. En un rato de ocio jugaban entre
ellos en una parte de la casa, los más pequeños junto con los
mayores, y el juego consistía en juicios, acusaciones y deten-
ciones de los condenados. Entonces uno de los condenados, un 7
niño muy bien parecido que había sido llevado a una habitación
y encerrado allí por otro mayor que él, llamó a Catón en su
ayuda. Catón se dio cuenta de lo que sucedía inmediatamente y 8
acudió a la puerta, consiguió apartar a los que la guardaban e

[7] La anécdota —referida también por VALERIO MÁXIMO, III 1, 2— no indica que Catón fuera consciente de los asuntos públicos cuando sólo tenía cuatro años; sólo confirma lo que se dice más arriba, en 1, 3-4. Se trata de una temprana muestra del carácter que mostrará habitualmente en la edad adulta. *Cf.*, por ejemplo, 33, 2-4.

intentaban impedirle el paso y sacó fuera al niño; lleno de ira,
se marchó con él a su casa y otros niños los acompañaron.
3 El renombre que tenía quedó de manifiesto cuando Sila es-
taba preparando el espectáculo de la carrera sagrada infantil a
caballo llamada «Troya[8]» y, después de reunir a los hijos de los
nobles, designó dos jefes. Los niños aceptaron a uno de ellos a
causa de su madre, pues era hijo de Metela, la mujer de Sila;
2 pero al otro, a Sexto, sobrino de Pompeyo[9], lo rechazaron y re-
husaron seguirlo en los entrenamientos. Cuando Sila les pre-
guntó a quién querían, todos gritaron: «A Catón», y Sexto se
retiró voluntariamente y le cedió el honor por considerarlo más
capacitado.

3 El caso es que Sila había sido amigo de su padre, y algunas
veces mandaba llamar a los niños y hablaba con ellos, y eso que
dispensaba tal atención a muy pocos a causa de la importancia
4 y la grandeza del cargo y el poder que detentaba. Esto lo consi-
deraba Sarpedón muy importante para el honor y a la vez para
la seguridad, por lo que a menudo llevaba a Catón, para que lo
saludara, a casa de Sila, lugar que, a la vista, no se diferenciaba
entonces en nada de la morada de los impíos a causa de la mul-
5 titud de los detenidos y torturados. Tenía Catón catorce años y,
al ver que sacaban cabezas de hombres considerados ilustres y
que los presentes se lamentaban a escondidas, preguntó a su
6 preceptor por qué nadie mataba a ese hombre. Al contestarle
«Chico, porque lo temen más que lo odian», dijo: «Entonces
¿por qué no me diste una espada para eliminarlo y así librar a la
7 patria de la esclavitud?». Cuando Sarpedón le oyó decir eso y al
mismo tiempo vio también su mirada y su rostro encendido de

[8] VIRGILIO, *Eneida* V, 545 ss., hace una espléndida descripción de esta carrera, cuya institución atribuye a Eneas. *Cf.* DAREMBERG-SAGLIO, *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, s. u. «Troja, Trojae Ludus».

[9] Probablemente Gneo Pompeyo Estrabón, padre de Pompeyo el Grande.

ira y furor, sintió tal temor que, en lo sucesivo, se mantenía sumamente atento y lo vigilaba para evitar que cometiera alguna temeridad[10].

Era todavía un niño pequeño cuando, a unos que le pregun- 8
taron a quién quería más, les respondió que a su hermano; y a quién en segundo lugar, e igualmente respondió que a su hermano, y también en tercer lugar, y así muchas veces hasta que
el que le hacía la pregunta desistió. Cuando llegó a la juventud, 9
se consolidó aún más el afecto por su hermano; de hecho, a los veinte años no había cenado ni había viajado ni se había presentado en el foro sin Cepión. Pero aunque éste usaba perfumes, él los rechazaba, y en todo su régimen de vida era sobrio y conte-
nido. Así Cepión, que era admirado por su prudencia[11] y mesu- 10
ra, reconocía que hacía honor a su fama si era confrontado con los demás. «Pero cuando comparo el estilo de vida de Catón con el mío, me parece que en nada me diferencio de Sitio», decía nombrando a uno de los más conocidos por su lujo y molicie.

Cuando obtuvo la dignidad de sacerdote de Apolo[12], Catón 4
cambió de casa y, aunque tomó su parte de los bienes paternos, un total de ciento veinte talentos, hizo todavía más frugal su

---

[10] Catón tendría catorce años en el 81 a.C. Sobre el régimen de terror instaurado por Sila durante su dictadura, *cf.* PLUT., *Sila* 28-34.

[11] En Plutarco, la *sōphrosýnē* es muy importante en la educación y la moral. Suele examinar el carácter de sus personajes biografiados en busca de esta virtud. *Cf.* H. NORTH, *Sophrosyne. Self-Knowledge and Self-Restraint in Greek Literature*, Nueva York, 1966, pág. 248.

[12] Plutarco, sacerdote de Apolo, destaca este primer paso de Catón en la vida pública. Pero la realidad conocida por Plutarco no es la misma que en época de Catón. Éste ingresó en el colegio de los Quindecemviri, comisión encargada de interpretar los versos sibilinos y custodiar los libros en los que estaban escritos. Pero tales libros no se llevaron al templo de Apolo hasta el 12 a.C., y sólo a partir de entonces los miembros de la comisión fueron llamados sacerdotes de Apolo.

2 régimen de vida. Trabó amistad con Antípatro de Tiro, un filósofo del Pórtico; se adhirió sobre todo a sus doctrinas morales y políticas, practicaba toda clase de virtud como si estuviera poseído por una inspiración y se apasionó sobremanera por el tipo de bien que es rígido en lo referente a la justicia y no cede a la indulgencia o al favor.

3 Se ejercitaba también en la oratoria como instrumento para dirigirse a las masas, por considerar que, como en una gran ciudad, es conveniente que la filosofía política disponga también
4 de una fuerza de combate. Sin embargo, no se ejercitaba con otros ni se le oyó un discurso, y un compañero le dijo: «La gente critica tu silencio». A lo que replicó: «Al menos, que no critiquen mi vida. Empezaré a hablar cuando vaya a decir cosas que no deba callar».

5 La llamada basílica Porcia había sido una ofrenda de Catón el Viejo cuando era censor[13]. Allí acostumbraban a dar audiencia los tribunos de la plebe y como había una columna que, a su parecer, era un estorbo para sus sitiales, resolvieron quitarla o
2 cambiarla de sitio. Esto fue lo que, por primera vez, llevó a Catón al foro a su pesar. Se enfrentó a ellos y dio una muestra
3 admirable tanto de su elocuencia como de su sensatez. Y es que no era en absoluto el discurso de un novel, lleno de artificios, sino directo, vehemente y áspero. Sin embargo, una gracia, por la que daba gusto oírlo, recorría la aspereza de sus pensamientos, y su carácter, unido a ello, confería a la seriedad cierto agra-
4 do y una sonrisa amable. Su voz, de potencia suficiente y adecuada para hacerse oír por una concurrencia tan numerosa, tenía una fuerza e intensidad inquebrantable e infatigable: con fre-
5 cuencia habló durante un día entero sin llegar a cansarse. Mas a pesar de que entonces ganó el proceso, volvió a recluirse en el silencio y los ejercicios.

---

[13] *Cf.* PLUT., *Catón el Viejo* 19, 3.

Curtía también su cuerpo con duros entrenamientos, como 6
acostumbrarse a soportar con la cabeza descubierta tanto el sol abrasador como las nevadas y a andar por los caminos en todas
las estaciones sin medio de transporte. Los amigos que viajaban 7
con él iban a caballo, y a menudo Catón se acercaba a hablar por turno con cada uno, él a pie y ellos en sus cabalgaduras[14].

En las enfermedades, su aguante y continencia eran admira- 8
bles; de hecho, cuando tenía fiebre pasaba el día completamente solo sin dejar que nadie se le acercara hasta que sentía una mejoría y evolución segura de la enfermedad.

En los banquetes se sorteaban las partes, y si tenía mala 6
suerte y los amigos le invitaban a servirse primero, les decía
que no estaba bien sin la conformidad de Afrodita[15]. Al princi- 2
pio, bebía una sola vez en la sobremesa y se marchaba, pero con el tiempo se dio más a la bebida hasta el punto de que a menudo
se quedaba bebiendo hasta el alba. Decían sus amigos que las 3
causas de ello eran la política y los asuntos públicos y que, por dedicarles el día entero y verse así privado de conversaciones cultas, Catón se reunía con los filósofos por la noche en los
banquetes[16]. Por ese motivo, un tal Memio dijo en una reunión 4
que Catón se emborrachaba todas las noches, y Cicerón le replicó: «Pero lo que no dices es que también pasa los días enteros jugando a los dados».

En general, Catón pensaba que debía seguir el camino con- 5
trario a las formas de vida y costumbres de su tiempo, persuadi-

[14] También se alude a su costumbre de hacer viajes a pie en 9, 4; 13, 2; 56, 7. La resistencia de Catón a las inclemencias del tiempo es un rasgo que lo aproxima a la figura de Sócrates. *Cf.* PLATÓN, *Banquete* 220 a-b; JENOFONTE, *Memorables* I, 6, 2.

[15] En el juego de dados y en los sorteos efectuados con ellos, al tiro del ganador se le llamaba el de Venus.

[16] Plutarco disculpa de forma similar la afición de Alejandro Magno a la bebida. *Cf.* PLUT., *Alejandro* 23, 6.

do de que eran despreciables y necesitaban de un gran cambio; por eso, como veía que estaba de moda la púrpura de tono rojo
6 muy vivo, él la llevaba oscura. A menudo, después de comer salía a ocuparse de los asuntos públicos descalzo y sin túnica, no porque buscara destacar con esta singularidad, sino con el objeto de acostumbrarse a sentir vergüenza sólo por las cosas vergonzosas y a no hacer caso de las demás que no están bien vistas[17].

7 Una herencia de cien talentos que le legó su primo Catón, la convirtió en dinero y se lo prestaba sin intereses a los amigos que lo necesitaban. Algunos incluso hipotecaron en el erario público tierras y esclavos de Catón con su permiso y su garantía.

7 Cuando consideró que había llegado el momento de casarse, sin haber tenido antes relación con ninguna mujer, se prometió en matrimonio con Lépida, que anteriormente había contraído esponsales con Metelo Escipión pero entonces estaba libre porque Escipión, arrepentido, había disuelto el compromiso. Sin embargo, antes del matrimonio, Escipión volvió a mudar de parecer y, recurriendo a todos los medios a su alcance, se casó con
2 la muchacha. Catón, muy enojado y encendido de ira, intentó denunciarlo, pero los amigos se lo impidieron y él desahogó su cólera juvenil en unos yambos con los que cubrió de insultos a Escipión, con la mordacidad de Arquíloco pero evitando lo indecente y pueril[18].

---

[17] *Cf.* también 44, 1. La costumbre de ir descalzo y sin túnica es otro rasgo socrático que comparte con Foción. *Cf.* PLUT., *Foción* 4, 4; PLATÓN, *Banquete* 220 b, *Fedro* 229 a; JENOFONTE, *Memorables* I, 6, 2.

[18] El poeta Arquíloco de Paros (siglo VII a. C.) vivió una situación similar cuando Licambes le negó la mano de su hija Neobula. Son célebres los versos en los que injuria a ambos. Catón, en lugar de atacar al padre de Lépida, la emprende con Escipión. Plutarco destaca este primer motivo de choque entre ambos. Escipión publicó un libelo contra Catón: *cf.* 57, 3.

Se casó con Atilia, hija de Serrano; ésta fue la primera a la 3
que se unió, pero no la única; por el contrario Lelio, el amigo de
Escipión, fue más afortunado, pues en sus muchos años de vida
sólo conoció a la mujer con la que se casó al principio[19].

Cuando tuvo lugar la guerra de los esclavos, llamada de Espar- 8
taco, Gelio iba al mando en la campaña y Catón tomó parte en ella
voluntariamente a causa de su hermano Cepión, que era tribuno
militar[20]. Ciertamente, debido a la mala dirección de la guerra, no 2
le fue dado emplear en la medida de sus deseos el ardor y entrena-
miento de su valor; pero aun así, en medio de la molicie y el lujo
de los que participaban en aquella campaña, manifestó, con sus
muestras de disciplina, valentía, audacia en todas las situaciones
e inteligencia, que no era en absoluto inferior a Catón el Viejo.

Gelio decretó para él las mayores distinciones y honores ex- 3
traordinarios que él no tomó ni aceptó, alegando que no había
hecho nada merecedor de honores. Con comportamientos como
éste, adquirió fama de raro. Así, cuando se promulgó una ley 4
prohibiendo la asistencia de *nomenclatores*[21] a los candidatos
a un cargo, él fue el único que obedeció la ley al presentar su
candidatura al tribunado militar: se encargó él solo de la tarea 5
de saludar y llamar por su nombre a los que se encontraba, pero
no dejaba de ser fastidioso para los mismos que lo elogiaban,
pues cuanto más consideraban la nobleza de sus actos, más mo-
lestos se sentían por su dificultad para imitarlo.

---

19 Se trata de G. Lelio, nacido en el 190 a.C. Íntimo amigo de Escipión Emiliano, es conocido, sobre todo, por ser el personaje principal del tratado *Sobre la amistad* de CICERÓN.

20 La guerra duró del 73 al 71 a.C. Craso y Pompeyo lograron vencer a Espartaco. Lucio Gelio Publícola y Cornelio Léntulo Clodiano, cónsules en el 72 a.C. fueron derrotados por Espartaco. Sobre esta guerra, *cf.* PLUT., *Craso* 8-11.

21 Como ya se indica en la nota 17 de la «Introducción», éstos eran ayudantes de los candidatos que les decían los nombres de las personas que se iban encontrando por la calle para que los saludaran.

9 Nombrado tribuno militar[22], fue destinado a Macedonia a las
órdenes del pretor Rubrio. Se cuenta que entonces, ante la aflic-
ción y las lágrimas de su mujer, uno de los amigos de Catón,
2 Munacio[23], le dijo: «Ánimo, Atilia, yo te lo protegeré». «Por
supuesto que sí», afirmó Catón; y tras un día de camino, le dijo
inmediatamente después de la cena: «Vamos, Munacio, debes
mantenerle tu promesa a Atilia y no dejarme ni de día ni de no-
3 che». Ordenó que, en lo sucesivo, pusieran dos lechos en la mis-
ma habitación; y Munacio, con la broma, dormía siempre así,
4 vigilado por Catón. Lo acompañaban quince esclavos, dos liber-
tos y cuatro amigos, y mientras que ellos iban en sus cabalgadu-
ras, él, siempre a pie, se iba acercando por turno a hablar con
cada uno[24].

5 Cuando llegó al campamento, donde había varias legiones, y
el pretor lo nombró comandante de una de ellas, no consideró un
cometido importante y regio la exhibición de la propia virtud,
que no era más que la de uno solo, y con la ambición, sobre todo,
de hacer que sus subordinados se parecieran a él, no suprimió el
6 temor a su autoridad, pero le añadió la razón. Mediante ésta los
persuadía e instruía en cada ocasión, junto con el premio y el
castigo, por lo que era difícil decir si hizo a sus hombres más
7 pacíficos que guerreros o más arrojados que justos: tan temibles
se mostraban con los enemigos, amables con los aliados, sin
8 ganas de abusar y ambiciosos de alabanzas. Aquello de lo que
menos se preocupó Catón fue lo que más consiguió: gloria, gra-
9 titud, aprecio extraordinario y estima de sus soldados. Y es que
él hacía con gusto lo mismo que ordenaba a otros, y en su forma

[22] En el 67 a.C.

[23] Munacio Rufo, íntimo amigo de Catón, escribió una obra sobre él utilizada por P. Clodio Trasea Peto para su *Vida de Catón el Joven*. La obra que Plutarco conoció directamente fue esta última. *Cf.* 25, 1; 37, 1.

[24] *Cf.* 5, 6-7.

de vestir y de vivir y en las marchas se asemejaba más a ellos que a los jefes, mientras que en el modo de ser, de pensar y de hablar aventajaba a todos los que ostentaban el título de *imperator*[25] o general; y con tal comportamiento, sin darse cuenta despertó al mismo tiempo en sus hombres el afecto hacia su persona. Pues el auténtico celo por la virtud no nace más que del 10
extremado afecto y aprecio por el que la practica, y en cambio los que elogian a los buenos sin amarlos sienten respeto por su gloria pero no admiran ni imitan su virtud.

Enterado de que Atenodoro, apodado Cordilión[26], que era **10**
un gran conocedor de las doctrinas estoicas, se encontraba en Pérgamo —ya era anciano y había rechazado tajantemente todo tipo de trato y amistad con gobernadores y reyes—, pen- 2
só que no conseguiría nada enviándole mensajeros o escribiéndole, y, como le correspondía por ley un permiso de dos meses, viajó por mar hasta Asia para visitarlo confiando en que, gracias a sus buenas cualidades, no fracasaría en la cacería. Se entrevistó con él, se lo ganó y le hizo mudar de propó- 3
sito y regresó con él al campamento, muy contento y ufano, como si hubiera hecho una conquista bellísima y más brillante que las de Pompeyo y Lúculo, que iban entonces, en sus expediciones, sometiendo pueblos y reinos con la fuerza de las armas[27].

---

[25] Título honorífico con el que los soldados saludaban a su general después de una victoria. También lo adoptaron los procónsules en las provincias.

[26] *Cf.* PLUT., *Sobre la necesidad de que el filósofo converse especialmente con los gobernantes* 777 A. Se trata de Atenodoro de Tarso, apodado Cordilión («jorobado»), que fue director de la biblioteca de Pérgamo.

[27] La tercera guerra contra Mitrídates VI, rey del Ponto, duró desde el 74 hasta el 63 a.C. Primero la dirigió Lúculo y, a partir del 66 a.C., Pompeyo, hasta que Mitrídates, acorralado, se suicidó. En el 67 a.C. también tuvo lugar la victoriosa campaña de Pompeyo contra los piratas.

11 Cuando estaba todavía en el ejército, su hermano, que se dirigía a Asia, cayó enfermo en la localidad tracia de Eno[28].
2 A Catón le llegó en seguida una carta con el aviso y, aunque una gran tempestad se había adueñado del mar y no había disponible una nave de tamaño adecuado, se hizo a la mar desde Tesalónica en un pequeño barco mercante con sólo dos amigos
3 y tres esclavos. No le faltó nada para morir ahogado y, tras salvarse por un azar inesperado, justo cuando Cepión acababa de morir, dio la impresión de sobrellevar la desgracia con una actitud más sentimental[29] que propia de un filósofo; no sólo por los llantos, los abrazos al cadáver y el hondo pesar, sino también por el gasto y los quehaceres del funeral, pues se quemaron con el cadáver perfumes y lujosas vestiduras e hizo construir en la plaza de Eno un monumento funerario de már-
4 mol labrado de Tasos que costó ocho talentos. Algunos condenaron esta conducta de Catón por contraste con su sencillez en todo lo demás, sin percibir cuánta ternura y cuánto cariño se incluían en su inflexibilidad y firmeza frente a los placeres, los
5 temores y las peticiones desvergonzadas. Para el funeral, ciudades y príncipes le enviaron multitud de presentes en honor del muerto; no aceptó dinero de nadie, pero sí tomó perfumes
6 y adornos, aunque pagando su precio a quienes los enviaban. Cuando recibió la herencia, junto con la hija pequeña de Cepión, en el reparto no reclamó nada de lo que había gastado en
7 el funeral. Con todo, a pesar de haber actuado y de seguir actuando de esa manera, hubo quien escribió que cambió de sitio e hizo cerner las cenizas del cadáver en busca del oro fundido; tan seguro llegó a estar ese escritor de que además de su espa-

[28] Situada junto a la desembocadura del río Hebro, enfrente de la isla de Samotracia.

[29] Traducimos así el término *empathésteron*, que se opone a la *apátheia* («impasibilidad») propia del filósofo estoico.

da también su cálamo estaba exento de responsabilidad y de
castigo[30].

Cuando Catón finalizó su servicio en el ejército, no lo despi- 12
dieron con votos y elogios, que es lo corriente, sino con lágrimas
y sin dejar de abrazarlo y, por donde pasaba, echaban los mantos
bajo sus pies y le besaban las manos, gestos que los romanos de
entonces tenían apenas con unos pocos de sus generales.

Antes de emprender la carrera política, quiso hacer un reco- 2
rrido para explorar Asia y observar los usos y costumbres y la
fuerza de cada provincia, y de paso complacer al gálata Deyo-
taro[31], quien, por los lazos de hospitalidad y amistad que había
contraído con su padre, le rogaba que fuera a visitarlo. Así que
hizo el viaje de la siguiente manera: al amanecer, enviaba por 3
delante a su panadero y su cocinero a donde deseara alojarse.
Ellos entraban en la ciudad con mucha discreción y sosiego y,
en el caso de que Catón no tuviera allí un amigo de su padre o
un conocido, le preparaban la comida en una posada sin moles-
tar a nadie. Pero si no había posada, se dirigían a las autoridades 4
y aceptaban contentos el hospedaje que les ofrecían. Pero a me- 5
nudo desconfiaban de ellos y los miraban con desdén, porque
realizaban este encargo sin voces ni amenazas a las autoridades
y no tenían nada preparado cuando llegaba Catón. Él mismo era
despreciado todavía más cuando lo veían, pues, sentado en si-
lencio sobre su equipaje, daba la impresión de ser un hombre
pobre y asustado. Sin embargo, los llamaba y solía decirles: 6
«Desdichados, cambiad esa mala manera de acoger a los ex-
tranjeros. No todos los que os lleguen serán Catones. Amorti-

---

30 Probable referencia a Julio César y su libelo titulado *Anticatón*. *Cf.* PLUT., *César* 54, 3-6.

31 Primero fue tetrarca y luego rey de Galacia, en Asia Menor. Amplió sus dominios por la ayuda que prestó a Lúculo y Pompeyo en la guerra contra Mitrídates.

guad con amabilidades el poder de los que están deseando un
pretexto para tomar por la fuerza lo que consideren que no les
ofrecéis de grado».
13 En Siria, se cuenta que le ocurrió un incidente gracioso.
Cuando iba a entrar en Antioquía, vio cerca de las puertas, en la
parte de fuera, una multitud de gente en fila a ambos lados del
camino. En un lado formaban los jóvenes con clámide y en otro
niños bien arreglados, y también había algunos con ropa limpia
2 y coronas por ser sacerdotes de los dioses o magistrados. Catón
pensó ante todo que se trataba de un agasajo y una recepción
que le dispensaba la ciudad, por lo que se enfadó con los sir-
vientes que había mandado delante por no haberlo impedido,
mandó a sus amigos que desmontaran y continuó avanzando a
3 pie con ellos. Cuando estuvieron cerca, el que organizaba todo
aquello y colocaba en fila a la multitud, un hombre ya anciano
con bastón de mando en la mano y una corona, salió al encuen-
tro de Catón al frente de los otros y, sin saludarlo siquiera, le
preguntó dónde habían dejado a Demetrio y cuándo llegaría.
4 Demetrio había sido esclavo de Pompeyo, y como entonces
todo el mundo tenía, por así decirlo, la mirada puesta en Pom-
peyo, agasajaban a Demetrio más de lo que merecía por la gran
5 influencia que tenía sobre él. A los amigos de Catón les entró tal
risa que no podían contenerse al pasar entre la multitud, mien-
tras que Catón, muy turbado en aquel momento, exclamó: «¡Oh,
desgraciada ciudad!», y no dijo ni una palabra más; pero des-
pués, con el tiempo, solía reírse él también con este suceso al
referirlo o recordarlo[32].
14 El propio Pompeyo, sin embargo, reparó la falta de respeto
2 que, por inadvertencia, tuvo aquella gente con Catón. En efec-
to, a su llegada a Éfeso, Catón fue a saludar a Pompeyo, que era
mayor que él, gozaba de mucha más celebridad y estaba al fren-

[32] El episodio también se cuenta en PLUT., *Pompeyo* 40, 1-5.

te de las mayores fuerzas de entonces[33]. Pompeyo, al verlo, no se quedó sentado esperando a que se acercara, sino que, como si se tratara de un superior, se levantó de un salto para ir a su
encuentro y le tendió la diestra. En su presencia, al recibirlo y 3
saludarlo, le dedicó de inmediato grandes elogios por su virtud, y todavía más después de su partida, de manera que todos, atentos y pendientes ya de Catón, admiraban las cualidades por las que antes era despreciado y reconocían su mansedumbre y
magnanimidad. El hecho es que no pasó inadvertido que Pom- 4
peyo estuvo muy atento con él por deferencia más que por afecto y todo el mundo se percató de que lo admiraba cuando estaba
presente pero se alegraba de su partida. Y es que, a los demás 5
jóvenes que llegaban a visitarlo, los retenía con el empeño y el deseo de que se quedaran con él, pero a Catón no le pidió nada de eso y, por el contrario, como si tuviera que dar cuentas de su mando ante él, lo despidió contento, encomendándole casi a él solo, entre los que se dirigían por mar a Roma, a sus hijos y a su esposa, quienes, por otra parte, tenían relación de parentesco
con él. Desde entonces gozó de la estima, el empeño y la porfía 6
de las ciudades en ofrecerle banquetes e invitaciones, en las que ordenaba a sus amigos que le prestaran atención, no fuera a
confirmar sin darse cuenta lo que había dicho Curión[34]. Éste, en 7
efecto, molesto por la austeridad de Catón, íntimo amigo suyo, le preguntó si deseaba visitar Asia después del servicio militar. Al responder Catón afirmativamente, replicó Curión: «Estupendo, pues volverás de allí más amable y cortés». En estos términos más o menos se expresó[35].

[33] Pompeyo, que había nacido el 106 a.C., alcanzó un prestigio muy grande después de eliminar a los piratas del Mediterráneo en el 67 a.C.

[34] Puede tratarse de G. Escribonio Curión, cónsul en el 76 a.C. y procónsul de Macedonia en el 75, o de su hijo, que fue tribuno de la plebe en el 50 a.C.

[35] Curión daba a entender que consideraba rudos a los romanos y que el

15 Deyotaro de Galacia había llamado a Catón porque, siendo ya anciano, quería encomendarle a sus hijos y a su familia. Una vez que llegó, le ofreció toda clase de regalos y lo tentó y le suplicó de todas las maneras que los tomara, por lo que consiguió irritarlo tanto que, aunque llegó por la tarde y pasó allí sólo una noche, partió al día siguiente sobre la hora tercera.
2 Había avanzado sólo una jornada y se encontró con que en Pesinunte[36] le esperaban regalos aún mayores y una carta del gálata en la que le pedía que los tomara para sí mismo, pero si no estaba dispuesto, que se lo permitiera a sus amigos, pues eran totalmente merecedores de una gratificación por causa de Ca-
3 tón, cuya fortuna personal no daba para tanto. Mas ni siquiera a ellos se lo permitió Catón, aunque veía que algunos amigos flaqueaban y murmuraban; dijo que la venalidad siempre tiene un pretexto y que sus amigos compartirían con él lo que hubiera adquirido de forma honorable y justa, y envió de vuelta los regalos a Deyotaro.

4 Cuando iba a partir hacia Brentesio[37], sus amigos pensaron que era conveniente poner los restos de Cepión en otro barco, y él, tras responder que se desprendería de la vida antes que de ellos[38], zarpó. Y por cierto que, según se cuenta, dio la casualidad de que corrió los mayores peligros en la travesía, en tanto que los otros tuvieron un viaje pasable[39].

16 Tras su vuelta a Roma, pasaba su tiempo en casa en compa-
2 ñía de Atenodoro[40] o en el foro socorriendo a sus amigos. Aun-

---

contacto con los griegos de Asia los podía refinar. Catón, sin embargo, teme caer en la molicie debido a ese contacto.

[36] Ciudad de Frigia en el monte Díndimo, célebre por el culto a Cibeles.

[37] En la actualidad, Brindis.

[38] Una muestra más del intenso afecto por su hermano. *Cf.* 3, 8-9; 11, 1-6.

[39] Plutarco no da crédito explícitamente a la superstición de que llevar los restos de un muerto da mala suerte, pero constata —sin pronunciarse— lo sucedido.

[40] *Cf.* 10, 1-3.

que ya le correspondía la cuestura[41], no se presentó como can-
didato sin haber leído antes las leyes relativas al cargo, y tras
haber sido asesorado por los expertos sobre cada particular
y haber comprendido en qué consistía la magistratura formán-
dose una imagen de la misma. Por eso, en cuanto accedió al 3
cargo, realizó un gran cambio entre los subalternos y escribanos
del erario. Éstos, como tenían siempre a mano los documentos
públicos y las leyes y además iban recibiendo como magistra-
dos a jóvenes que, por inexperiencia e ignorancia, tenían abso-
luta necesidad de que otros los enseñaran y orientaran, no se
sometían a su autoridad y eran ellos los auténticos magistrados.
Hasta que Catón se hizo cargo enérgicamente de la administra- 4
ción no sólo con el nombre y el honor de un magistrado, sino
también con inteligencia, sensatez y razón, y consideró conve-
niente tratar como subalternos, lo que eran, a los escribanos,
unas veces poniéndolos en evidencia si actuaban mal, y otras
enseñándoles si se equivocaban por falta de experiencia. Pero 5
en vista de que eran unos descarados e intentaban congraciarse
con halagos con los otros cuestores mientras que a él le hacían
la guerra, al primero de ellos lo halló convicto de falsedad en
una herencia y lo expulsó de la tesorería, y a un segundo le in-
coó un proceso por fraude. En defensa de este último salió el 6
censor Lutacio Cátulo[42], un hombre cuyo prestigio era grande
por su cargo y muchísimo mayor por su virtud, ya que superaba
a todos los romanos en sentido de la justicia y en prudencia[43].
Además elogiaba a Catón por su modo de vida y era amigo
suyo. Como perdió el juicio, solicitaba abiertamente el perdón 7

[41] La cuestura era el primer grado del *cursus honorum*. Su competencia fundamental era la administración del erario público.

[42] Había sido cónsul en el 78 a.C. y era cónsul en el 65 a.C.

[43] *Dikaiosýnē* y *sōphrosýnē* son las dos virtudes más valoradas por Plutarco. *Cf. Foción* 38, 1.

para el individuo y Catón intentaba impedirle que lo hiciera,
pero como seguía insistiendo todavía más, le dijo: «Es una ver-
güenza que tú, Cátulo, que eres el censor y tienes el deber de
examinar nuestras vidas, seas expulsado de aquí por nuestros
8 subordinados». Cuando Catón le soltó ese exabrupto, Cátulo lo
miró como si fuera a responderle pero no dijo nada y, ya fuera
por ira o por vergüenza, se retiró en silencio completamente
9 desconcertado. A pesar de todo, el individuo no fue condenado
porque los votos condenatorios sólo superaban en uno a los ab-
solutorios y Cátulo mandó llamar, pidiéndole que ayudara al
acusado, a Marco Lolio, uno de los colegas de Catón, que no
había asistido al juicio por estar enfermo. Éste se hizo llevar en
10 una litera después del juicio y dio el voto absolutorio. Sin em-
bargo, Catón no volvió a emplear al escribano ni le pagó el sa-
lario ni tuvo en cuenta en absoluto el voto de Lolio.
17 Tras rebajar y poner así bajo su control a los escribanos, y con
una gestión de los asuntos como él deseaba, en poco tiempo hizo
al erario más respetable que el senado, de modo que todos decían
y pensaban que Catón había conferido a la cuestura el prestigio
2 del consulado. En primer lugar, tras descubrir que el erario públi-
co tenía pendientes viejas deudas con muchos ciudadanos, y mu-
chos de éstos con aquél, puso fin a la vez al perjuicio que el Es-
tado sufría y al que causaba: a los unos les exigía el pago con
rigor e intransigencia y a los otros les devolvía lo que se les debía
con prontitud y de buena gana. Así el pueblo se regocijaba de ver
que pagaban los que pensaban cometer un fraude y que otros
3 cobraban lo que no esperaban. En segundo lugar, mucha gente
presentaba documentos de forma irregular y sus antecesores en
el cargo solían aceptar decretos falsos para favorecer a quienes
4 se lo rogaban; él no dejó de advertir que ocurrían cosas así, y una
vez que dudaba de la validez de un decreto, no le dio crédito ni lo
registró, a pesar del testimonio de muchas personas, hasta que se
presentaron los cónsules y lo confirmaron con un juramento.

Había muchos a quienes el célebre Sila había pagado una 5
recompensa de doce mil dracmas por haber asesinado a ciuda-
danos proscritos[44]. Todo el mundo los odiaba y los consideraba
malditos e impuros, pero nadie se atrevía a castigarlos. Catón, 6
sin embargo, emplazó a cada uno de ellos por tenencia ilegal de
dinero público y los obligó a devolverlo al mismo tiempo que
les echaba en cara, con indignación y elocuencia, la impiedad e
ilegalidad de su conducta. A esta acusación siguió inmediata- 7
mente la de asesinato y, de alguna manera condenados ya de
antemano, fueron llevados ante los jueces y pagaron su culpa,
con el consiguiente regocijo de todos, pues tenían la impresión
de que se anulaba la tiranía de aquel tiempo y de que veían cas-
tigado a Sila en persona.

Lo que conquistó a la mayoría de la gente fue la continua e 18
incansable dedicación a su tarea, pues ninguno de sus colegas
en el cargo subió nunca a la tesorería antes que Catón ni se
marchó después. No faltó a ninguna sesión de la asamblea ni 2
del senado por temor y vigilancia de los que eran propensos a
votar remisiones de deudas e impuestos o donaciones para fa-
vorecer a quienquiera que fuese. Al mostrar el erario inaccesi- 3
ble y limpio de estafadores, pero lleno de dinero, enseñó que el
Estado podía ser rico sin cometer abusos. Aunque al principio 4
les parecía insufrible e insoportable a algunos compañeros de
magistratura, acabó agradándoles después porque él solo se ex-
ponía por todos a los odios producidos por su negativa a hacer
favores a costa del erario público y a adoptar resoluciones in-
justas, y porque les proporcionaba una excusa ante los que ro-
gaban y presionaban: «Es imposible, Catón no quiere».

Su último día en el cargo, tras regresar a casa escoltado por 5
casi todos los ciudadanos, oyó decir que muchos amigos y po-

[44] En PLUT., *Sila* 31, 7, se dice dos talentos, que son precisamente doce mil dracmas, es decir, doce mil denarios en Roma.

derosos habían irrumpido en la tesorería y tenían rodeado a
Marcelo, presionándole para que registrara un pago de una deu-
6 da. Marcelo era amigo de Catón desde la infancia y un excelen-
te magistrado cuando estaba acompañado por él, pero cuando
estaba solo era, por cortedad, condescendiente con quienes le
7 rogaban y se inclinaba a hacerles cualquier tipo de favor. Así
que Catón volvió rápidamente sobre sus pasos y, al encontrarse
con que Marcelo había sido obligado a registrar el pago, pidió
8 las tablillas y las borró delante de él, que nada dijo. Hecho esto,
lo sacó de la tesorería y lo llevó hasta su casa; Marcelo no le
hizo ningún reproche entonces ni después y siguió siendo ínti-
mo amigo suyo para siempre.

9 Cuando finalizó su cuestura, no dejó sin embargo la tesore-
ría sin su vigilancia. Esclavos suyos estaban allí cada día ano-
tando las disposiciones administrativas, y él personalmente
compró por cinco talentos los libros que contenían las cuentas
de la administración pública desde la época de Sila hasta su
propia cuestura y siempre los tenía a mano.

19 Al senado entraba el primero y salía el último; y a menudo,
mientras los demás se retrasaban, él leía tranquilamente senta-
do y con la toga puesta por delante del libro. Nunca se ausentó
2 de la ciudad cuando había una sesión del senado. Después, cuan-
do Pompeyo y sus partidarios vieron que era siempre inflexible
e irreductible con sus injustas pretensiones, intentaron distraer-
lo fuera con defensas judiciales de los amigos, arbitrajes y otras
ocupaciones. Pero en cuanto Catón se dio cuenta de la maqui-
nación, se negó a todo y se organizó para no hacer ninguna otra
3 cosa cuando se celebraba una sesión del senado. De hecho, no
fue por deseo de gloria ni por codicia ni casualmente y por azar,
como algunos otros, por lo que entró en la política, sino que tras
escogerla como ocupación propia de un buen ciudadano, pensa-
ba que debía atender a los asuntos públicos más que la abeja el
4 panal. Incluso de los asuntos y decretos de las provincias y los

juicios y hechos más importantes, procuraba que le llegara información a través de los huéspedes y amigos que tenía por todas partes.

En una ocasión se opuso al demagogo Clodio, que promovía 5
agitaciones y principios de grandes cambios y se dedicaba a
calumniar ante el pueblo a sacerdotes y sacerdotisas, entre las
cuales también corrió peligro Fabia, hermana de Terencia, la
mujer de Cicerón[45]. Catón cubrió de vergüenza a Clodio y lo 6
obligó a huir de la ciudad, y al darle Cicerón las gracias por
ello, le replicó que debía dárselas a la ciudad porque por ella
realizaba toda su actividad política.

Con este comportamiento, adquirió una excelente reputa- 7
ción; hasta el punto de que, en un proceso en el que sólo se
aportaba un testimonio, un orador dijo a los jueces que no era
conveniente fiarse de un único testigo ni aunque fuera Catón.
También muchos, al referirse a cosas increíbles y extraordina-
rias, decían a modo de refrán: «Eso es increíble aunque lo diga
Catón». Una vez que un hombre vil y derrochador pronunció en 8
el senado un discurso acerca de la frugalidad y la moderación,
se alzó Amneo y dijo: «Hombre, ¿quién va a soportar que cenes
como Craso, construyas como Lúculo y nos hables como Ca-
tón[46]?». También a los frívolos y libertinos que al hablar se las 9
daban de respetables y severos, los llamaban en son de burla
Catones.

Mucha gente lo invitaba a solicitar el tribunado de la plebe, **20**
pero él no creía conveniente desperdiciar el poder de una auto-
ridad y magistratura importante, como el de un potente medica-
mento, en asuntos que no lo requerían. Como además no tenía 2

[45] P. Clodio Pulcro era también enemigo de Cicerón. Estos hechos pudieron haber ocurrido en el 58 a.C., cuando Clodio fue tribuno de la plebe.

[46] Palabras semejantes, pero atribuidas al propio Catón, se encuentran en PLUT., *Lúculo* 40, 3.

que ocuparse de los asuntos públicos, se dispuso a marcharse, con libros y en compañía de filósofos, a Lucania, donde poseía una finca con unas condiciones de vida apropiadas para un
3 hombre libre. Pero luego se encontró en el camino con una multitud de acémilas, equipajes y sirvientes y, al enterarse de que Metelo Nepote[47] regresaba a Roma dispuesto a presentar su candidatura al tribunado de la plebe, se detuvo en silencio y, al
4 poco rato, ordenó a los suyos volver atrás. Ante el asombro de sus amigos, dijo: «¿No sabéis que Metelo ya es temible de por sí, por su atolondramiento, y que ahora, que llega por designio de Pompeyo, caerá sobre el Estado como un huracán revolvién-
5 dolo todo? Así que no es momento de vacaciones fuera de la ciudad, sino que es preciso contener a ese hombre o morir dignamente luchando por la libertad».

6 Sin embargo, por consejo de sus amigos fue primero a su finca, donde pasó no mucho tiempo, y luego regresó a la ciudad.
7 Llegó por la tarde y, en cuanto amaneció, bajó al foro para presentar su candidatura al tribunado de la plebe con la intención de
8 oponerse a Metelo. Y es que esta magistratura destina su potestad a impedir más que a actuar: si uno solo se opone, aunque todos los demás adopten un acuerdo por votación, prevalece el criterio del que no otorga su consentimiento ni su permiso[48].

21 Al principio eran pocos los amigos que estaban con Catón; pero cuando se hizo público su propósito, en poco tiempo todos los ciudadanos buenos y distinguidos corrieron a su encuentro alentándolo y animándolo, pues consideraban que Catón no recibía un favor, sino que él hacía el mayor de todos a la patria y

[47] Q. Cecilio Metelo Nepote fue tribuno de la plebe con Catón en el 62 a. C. y cónsul en el 57 a. C.

[48] Ésta era, en efecto, la característica fundamental del tribunado. Aunque carecían de competencias de gobierno, los tribunos, con su veto, podían detener cualquier decisión del senado o de los cónsules.

a los ciudadanos más virtuosos porque, aunque muchas veces había rechazado la posibilidad de desempeñar el cargo sin perturbaciones, ahora descendía a la liza con peligro para batirse por la libertad y por la República[49]. Se cuenta que, al agolparse 2
en torno a él una multitud de gente llevada por su entusiasmo y adhesión, llegó a correr peligro y a duras penas consiguió abrirse paso entre la muchedumbre hasta llegar al foro[50].

Nombrado tribuno de la plebe con Metelo y otros[51], al ver 3
que se compraban los votos en los comicios consulares, reprendió al pueblo y, al final de su discurso, juró que denunciaría al que diera dinero, quienquiera que fuese; y exceptuó sólo a Silano por parentesco, pues estaba casado con Servilia, hermana de Catón. Por eso lo excluyó, pero a Lucio Murena lo acusó de 4
haber conseguido con dinero ser elegido cónsul con Silano[52]. El 5
acusado tenía derecho por ley a ponerle un vigilante permanente a su acusador, de modo que podía estar al tanto de las pruebas que reunía y preparaba para la acusación. El designado por Murena para seguir y vigilar a Catón, cuando vio que no procedía con asechanzas ni injustamente, sino con nobleza y consideración, siguiendo un camino recto y justo en la acusación, sintió 6
tal admiración por su manera de pensar y de ser que bajaba al foro o iba a su puerta y le preguntaba si ese día pensaba realizar alguna actividad relacionada con la acusación; y si le decía que no, lo creía y se marchaba. Durante el proceso, Cicerón, que era 7
entonces cónsul y defendía a Murena, dijo muchas bromas y burlas, a causa de Catón, sobre los filósofos estoicos, y especialmente sobre sus teorías llamadas paradojas, con lo que hizo reír a los jueces. Entonces Catón, según cuentan, dijo a los pre- 8

[49] Es la época de la conjuración de Catilina.

[50] En las elecciones del 63 a.C.

[51] Los tribunos de la plebe eran diez en total.

[52] Ambos fueron elegidos cónsules para el año 62 a.C.

sentes con una sonrisa: «Señores, ¡qué gracioso es el cónsul que
9 tenemos[53]!». Tras ser absuelto, Murena no tuvo hacia Catón un
sentimiento de hombre malvado o insensato; en efecto, durante
su consulado incluso le pedía consejo en los asuntos de mayor
trascendencia, y en general siguió mostrándole estima y con-
10 fianza. El responsable de esto era el propio Catón, pues en la
tribuna y en el senado era intransigente y terrible en su defensa
de la justicia, pero después trataba a todo el mundo con amabi-
lidad y consideración.

22 Antes de acceder al tribunado, sostuvo la autoridad de Cice-
rón como cónsul en numerosas contiendas, y sobre todo le ayu-
dó a culminar la grandiosa y magnífica acción contra Catilina.
2 Dicho Catilina intentaba llevar a cabo una revolución completa
y letal para el Estado romano promoviendo sediciones y gue-
rras pero, puesto en evidencia por Cicerón, huyó de la ciudad[54].
3 En cambio Léntulo y Cetego, y con ellos otros muchos implica-
dos en la conjuración, a la vez que acusaban a Catilina de co-
bardía y pusilanimidad en las acciones audaces, proyectaban
arrasar la ciudad con fuego y derribar el imperio con rebeliones
de pueblos y guerras con países extranjeros[55].

4 Pero su plan fue descubierto y Cicerón, como he escrito en su
Vida, propuso una deliberación en el senado[56]. El primero en
tomar la palabra, Silano, declaró que, en su opinión, los hombres
debían sufrir la pena máxima. Y los que hablaron después se
5 adhirieron a él, uno tras otro, hasta llegar a César. César se le-
vantó; orador elocuente, y deseoso como estaba de ver acrecen-

---

[53] *Cf.* Plut., *Cicerón* 50, 5; Cicerón, *En defensa de Murena* 61.

[54] Catilina abandonó Roma en noviembre del 63 a.C. tras asistir a una sesión del senado en la que nadie quiso sentarse a su lado y Cicerón pronunció la *Primera Catilinaria*. *Cf.* Plut., *Cicerón* 16, 3-6.

[55] Los planes de la conjura se detallan en Plut., *Cicerón* 17-18.

[56] *Cf.* Plut., *Cicerón* 20, 4 ss. y *César*, 7, 6-8, 2.

tarse más que ver extinguirse —como material con el que forja-
ba sus propósitos— todo cambio y movimiento que se produjera
en la ciudad, pronunció un largo discurso cargado de razones
atractivas y humanitarias, se mostró contrario a que se diera
muerte a los hombres sin juicio previo y recomendó encerrarlos
en prisión. Así cambió las intenciones del senado, que temía al 6
pueblo, hasta el punto de que también Silano se desdijo y decla-
ró que él tampoco había hablado de muerte sino de prisión: pues
para un ciudadano romano ésta era la máxima pena[57].

Ante tal viraje, cuando absolutamente todos se inclinaban 23
por la fórmula más suave y humanitaria[58], inmediatamente se
levantó Catón y atacó la propuesta con un discurso lleno de có-
lera y apasionamiento. Reprochó a Silano el cambio de opinión
y atacó a César diciéndole que, con una apariencia democráti-
ca[59] y palabras humanitarias, estaba intentando aniquilar el Esta-
do y trataba de asustar al senado con sucesos por los que
él mismo debería sentir miedo; y debería estar contento si salía
de ellos indemne y libre de sospecha[60], ya que de manera tan 2
abierta y descarada intentaba sustraer del peligro a los enemigos
públicos, y por la patria, tan insigne y tan grande, que había es-
tado a punto de sucumbir, reconocía que no sentía ninguna pie-
dad. Sin embargo, lloraba por la suerte de unos —que no habrían
debido nacer ni existir— y se lamentaba porque, con su muerte,
iban a librar a la ciudad de una gran mortandad y peligro.

---

[57] En PLUT, *Cicerón* 21, 3, se dice que ésta era la máxima pena para un senador romano.

[58] Con estos dos términos, *prāiótēs* y *philanthrōpía*, se designan dos virtudes muy apreciadas por Plutarco, que de esta manera califica positivamente la propuesta de César.

[59] César era un dirigente popular desde sus comienzos en la vida pública. *Cf.* PLUT., *César* 5, 1-3.

[60] La sospecha de que César dio ánimos a los conjurados se menciona en PLUT., *César* 7, 7.

3 Dicen que, de los discursos pronunciados por Catón, éste es el único que se conserva. Ello se debe a que Cicerón, cuando era cónsul, hizo que los escribientes más rápidos aprendieran signos que, en trazos pequeños y cortos, contenían el significado de muchas letras, y luego los distribuyó por diferentes pun-
4 tos de la sala de sesiones[61]. Todavía no se formaba a los llamados taquígrafos, ni estaban disponibles, pero dicen que entonces se encuentra por primera vez un vestigio de ellos.

5 En todo caso, se impuso Catón y logró cambiar la opinión de los senadores, que decretaron la pena de muerte para los conjurados.

24 Dado que no debemos omitir ni los más pequeños rasgos del carácter cuando estamos pintando, por así decirlo, un retrato del alma[62], se cuenta que entonces, en medio de un intenso debate y confrontación entre Catón y César, y con el senado pendiente de ellos, le trajeron a César de fuera una pequeña nota.
2 A Catón le pareció un hecho sospechoso y, acusando a César de que se trataba de una comunicación que le hacían algunos, le conminó a leer el escrito. César le entregó la nota a Catón, que
3 estaba al lado, y lo que éste leyó fue una indecente cartita de su hermana Servilia dirigida a César, a quien amaba y por quien había sido seducida. Se la tiró a César diciéndole: «Ten, borracho», y reanudó el discurso del principio[63].

4 Al parecer, las mujeres de la familia de Catón fueron una completa calamidad. Pues la que se ha mencionado tuvo mala fama a causa de César, pero el comportamiento de la otra Servi-

[61] Este sistema taquigráfico, conocido como *notae tironianae*, fue inventado por Tirón, liberto de Cicerón.

[62] Esta declaración, junto con las de 37, 10 y PLUT., *César* 1, 2-3, constituye la formulación más clara de los objetivos y métodos de las biografías de Plutarco.

[63] *Cf.* PLUT., *Bruto* 5, 3.

lia, hermana de Catón[64], no fue más decoroso: casada con Lúcu- 5
lo, uno de los que gozaban de mayor estima entre los romanos, aunque ya había tenido un hijo fue expulsada de la casa por deshonestidad. Y lo más vergonzoso, ni siquiera Atilia[65], la mu- 6
jer de Catón, estuvo limpia de tales faltas y, aunque había tenido dos hijos con ella, se vio obligado a repudiarla por su indecencia.

Después se casó con Marcia, hija de Filipo[66], y, aunque pa- 25
recía una mujer discreta, ella es la que más ha dado que hablar. Pues como en un drama, en la vida de Catón esta parte es problemática y controvertida. El asunto ocurrió de la siguiente ma- 2
nera, según refiere Trasea atribuyendo la fidelidad del relato a Munacio, amigo y compañero de Catón[67]. Entre los numerosos 3
fervientes admiradores de Catón, había unos más notorios y manifiestos que otros, y uno de ellos era Quinto Hortensio[68], un hombre de brillante reputación y moderado talante. Así que, 4
deseoso no sólo de ser amigo íntimo de Catón, sino de unirse de alguna manera con un vínculo de parentesco a toda su familia y estirpe, intentó convencerlo de que, como noble tierra para engendrar hijos en ella, le entregara a su hija Porcia[69], que estaba casada con Bíbulo[70] y ya le había dado dos hijos a éste. Pues tal 5
cosa, decía, es absurda en opinión de los hombres, pero por naturaleza es bello y bueno para el Estado que una mujer joven

[64] Ésta es, en realidad, sobrina de Catón, hija de su hermano Q. Servilio Cepión.

[65] Anteriormente mencionada en 7, 3.

[66] Lucio Marcio Filipo, cónsul en el 56 a.C. Su primera esposa fue la madre de Marcia. La segunda fue Atia, madre de Octavio Augusto.

[67] *Cf.* 9, 1 y nota.

[68] Conocido orador, fue cónsul en el 69 a.C.

[69] Nacida de Atilia. En el 45 a.C., se casó en segundas nupcias con su primo Bruto.

[70] M. Calpurnio Bíbulo, colega de César en el consulado en el año 59 a.C.

y en la flor de la vida ni deje extinguirse su fecundidad y se
quede improductiva, ni cause problemas y empobrezca, tenien-
do más hijos de los que convenga, a una familia que no los ne-
6 cesita. Además, el hecho de que hombres de valía tengan las
sucesiones en común, aumenta su virtud y la difunde amplia-
mente entre sus descendientes, y mediante estas relaciones se
7 produce la cohesión interna del Estado[71]. Añadía que, si Bíbulo
sentía mucho apego por su mujer, se la devolvería en cuanto
diera a luz, después de estrechar aún más los lazos de parentes-
co con el propio Bíbulo y con Catón gracias a la comunidad de
hijos.

8 Catón respondió que apreciaba a Hortensio y le parecía bien
emparentar con él, pero que consideraba un despropósito hablar
9 de matrimonio con una hija que ya estaba casada con otro.
Hortensio cambió sus pretensiones y no vaciló en declarar que
pedía a la mujer de Catón, puesto que todavía era joven para
10 tener hijos y Catón tenía ya una descendencia suficiente[72]. Y no
se puede decir que hizo esto porque sabía que Catón no le pres-
11 taba atención a Marcia, pues dicen que ella estaba entonces em-
barazada. El caso es que Catón, en vista de la insistencia y el
empeño de Hortensio, no rehusó, pero dijo que era necesario
12 que Filipo, el padre de Marcia, estuviera también de acuerdo.
Filipo, una vez que se le hizo la petición, dio su consentimiento
y entregó a Marcia en matrimonio, pero no lo hizo sino en pre-
sencia de Catón y con la participación del mismo en la entrega.
13 Aunque esto sucedió años después, me ha parecido conveniente
anticiparlo al referirme a las mujeres de su casa[73].

26 Después de la ejecución de Léntulo y sus compañeros, Cé-
sar, con motivo de las denuncias y acusaciones que se le hicieron

---

[71] Parecidas consideraciones se encuentran en PLUT., *Licurgo* 15, 11-15.

[72] Había tenido dos hijos con Atilia y tres con Marcia.

[73] Pero Plutarco no hace el relato completo, que continúa en 52, 5-9.

en el senado, buscó apoyo en el pueblo soliviantando y atrayéndose a su bando a los numerosos miembros enfermos y corrompidos del Estado. Catón, atemorizado, convenció al senado de que se ganara a la masa pobre y sin recursos con una distribución de cereales por un importe anual de mil doscientos cincuenta talentos, y así quedó claramente eliminado aquel peligro con este acto humanitario y caritativo[74].

Seguidamente Metelo, una vez que accedió al cargo de tribu- 2
no de la plebe[75], convocó tumultuosas asambleas y llegó a pro-
poner una ley para que Pompeyo el Grande se dirigiera urgente-
mente a Italia con sus tropas y tomara bajo su protección y
salvara a la ciudad[76], que corría peligro a causa de Catilina. La 3
propuesta era conveniente en apariencia, pero el efecto y la fina-
lidad de la ley era dejar la situación en manos de Pompeyo y
entregarle el mando supremo. Reunido el senado, Catón no se 4
abalanzó sobre Metelo con el ímpetu que acostumbraba, sino
que le dio muchos consejos razonables y moderados, y acabó
incluso con ruegos y dedicando elogios a la casa de Metelo por
haber sido siempre aristocrática. Metelo, exaltado todavía más y
lleno de desprecio hacia él por considerar que cedía y estaba
asustado, profirió arrogantes amenazas e insolentes palabras,
diciendo que llevaría a cabo todos sus planes aunque se opusiera
el senado. Entonces Catón mudó la actitud, el tono y las pala- 5
bras, y culminó sus declaraciones enérgicamente diciendo que,
mientras él estuviera vivo, Pompeyo no entraría con tropas en la
ciudad. Todo aquello llevó al senado a considerar que ninguno
de los dos estaba centrado ni empleaba argumentos sólidos, pero
que la política de Metelo era una locura que, por su exceso de

[74] *Cf.* PLUT., *Consejos políticos* 818 D.

[75] En el 62 a.C., junto con Catón.

[76] Terminada la guerra contra Mitrídates, Pompeyo se disponía a regresar a Italia.

maldad, conducía a la ruina y la confusión total, mientras que la de Catón era el entusiasmo de una virtud que luchaba por el bien y la justicia.

27 El día que el pueblo iba a votar la ley, Metelo había situado a hombres armados, extranjeros, gladiadores y esclavos, por el foro; tenía de su parte una porción no pequeña del pueblo que deseaba a Pompeyo con la esperanza de un cambio, y grande era también la fuerza procedente de César, en aquel entonces
2 pretor. Con Catón, en cambio, los ciudadanos de primer rango compartían los sentimientos de indignación y de agravio más que la disposición a luchar. Un gran abatimiento y temor se había adueñado de su casa, hasta el punto de que algunos de sus amigos pasaron la noche juntos sin dormir ni comer haciendo infructuosas cábalas sobre él, mientras que la mujer y las her-
3 manas rezaban y lloraban. Él, sin temor y lleno de confianza, estuvo hablando con todos y confortándolos, cenó como de costumbre y se acostó, y estando sumido en un sueño profundo lo
4 despertó Minucio Termo, uno de sus colegas. Bajaron al foro acompañados por pocas personas, pero mucha gente les salía al
5 encuentro y les aconsejaba que tuvieran cuidado. Cuando llegó Catón y contempló el templo de los Dioscuros[77] rodeado de hombres armados y la escalinata custodiada por gladiadores y al propio Metelo sentado arriba con César, se volvió a sus amigos y les dijo: «¡Qué hombre tan osado y a la vez tan cobarde, que ha reclutado a tanta gente contra uno solo que va desarma-
6 do y a cuerpo descubierto!»; y al mismo tiempo siguió avanzando con Termo. Los que ocupaban la escalinata les abrieron paso a ellos solos y no dejaron pasar a ningún otro salvo a Munacio, al que Catón logró hacer subir a duras penas tirando de su mano.
7 Avanzando con la presteza que podía, se sentó entre Metelo y
8 César, cortándoles así la conversación. Ellos se quedaron des-

[77] Es decir, el templo de Cástor y Pólux.

concertados, en tanto que los hombres de bien[78], a la vista del semblante, el temple y la audacia de Catón, llenos de admiración se acercaron a él y en voz alta le daban ánimo y se exhortaban unos a otros a permanecer firmes y unidos y a no traicionar la libertad ni al que luchaba por ella.

Entonces el escribano cogió la ley, pero Catón le impidió 28
que la leyera; Metelo se apoderó de ella y, cuando iba a leerla,
Catón le arrebató el documento. Pero como Metelo conocía la
ley y la recitaba, Termo le tapó la boca con la mano y le cortó el
habla; así hasta que Metelo, en vista de que aquellos hombres 2
eran invencibles en la lucha y de que el pueblo se estaba dejan-
do convencer y tendía al interés común, ordenó que acudieran
corriendo desde su casa hombres armados dando gritos terrorí-
ficos. Tras esto, todos se dispersaron y el único que permaneció 3
en su sitio fue Catón, a pesar de las piedras y los palos que le
tiraban desde arriba; pero Murena, al que Catón había denun-
ciado y acusado[79], no se desentendió de él, sino que lo cubría
con su toga y gritaba a los que tiraban piedras que se detuvieran
y, por último, mediante la persuasión y cogiéndolo entre sus
brazos, logró llevarse al propio Catón dentro del templo de los
Dioscuros. Cuando Metelo observó el vacío alrededor de la tri- 4
buna[80] y la huida de sus adversarios a través del foro, sintiéndo-
se completamente seguro de la victoria, ordenó a los hombres
armados que se volvieran y, presentándose con compostura, él
mismo intentó tramitar la ley. Pero sus oponentes se recobraron 5
rápidamente de la derrota y volvieron al ataque con gran grite-

[78] Es decir, los contrarios al partido popular, miembros del orden senatorial y tal vez también del ecuestre.

[79] Era cónsul entonces *(cf.* 21, 4-9). La vida de Catón corrió serio peligro en este momento.

[80] La plataforma a la que llevaba la escalinata del templo. *Cf.* PLUT., *Sila* 8, 6.

río y coraje, de modo que la turbación y el miedo se apoderaron
de los partidarios de Metelo —porque pensaban que los otros se
habían provisto de armas en alguna parte y cargaban contra
ellos— y ninguno se quedó allí, sino que todos huyeron de la
6 tribuna. Una vez que se dispersaron de esta manera, compare-
ció Catón, que elogió y dio aliento al pueblo. La multitud se
mostró dispuesta a acabar con Metelo a toda costa, y el senado
reunido ordenó apoyar resueltamente a Catón y luchar contra la
ley, en el convencimiento de que introducía en Roma la sedi-
ción y la guerra civil[81].

29 Metelo personalmente seguía mostrándose obstinado e in-
trépido pero veía que sus partidarios se sentían completamente
intimidados por Catón y lo consideraban invencible e irreducti-
ble, por lo que de repente se precipitó en el foro, congregó al
pueblo y, entre otras muchas insidias a propósito de Catón, dijo
a gritos que él iba a huir de su tiranía y de la conjura contra
Pompeyo, de la que muy pronto se arrepentiría la ciudad por
menospreciar a un personaje tan insigne; e inmediatamente se
marchó a Asia con la intención de llevarle a Pompeyo estas
2 acusaciones[82]. Fue grande entonces la gloria de Catón por haber
eliminado un peso no pequeño del tribunado y por haber debili-
tado de alguna manera el poder de Pompeyo en la persona de
3 Metelo. Y aumentó su prestigio todavía más cuando el senado
se disponía a degradar y destituir a Metelo y Catón no lo permi-
4 tió, sino que se opuso e intercedió por él. La mayoría, efectiva-
mente, consideró una muestra de consideración y de modera-
ción[83] que no pisoteara a su enemigo ni lo escarneciera tras

[81] En esta ocasión, el senado llegó incluso a suspender de sus funciones al tribuno Metelo y al pretor César.

[82] Pompeyo se encontraba en Siria. *Cf.* PLUT., *Cicerón* 26, 10.

[83] *Philanthrōpía* y *metriótēs*, dos rasgos del carácter de Catón que aparecen mencionados en varias ocasiones.

vencerlo rotundamente, y a las personas sensatas les pareció correcto y conveniente no irritar a Pompeyo.

Después de esto volvió Lúculo de su expedición[84] —cuya 5
culminación y gloria dio la impresión de que se la había arrebatado Pompeyo— y corrió el riesgo de no poder celebrar el triunfo porque Gayo Memio[85] creó una oposición entre el pueblo y formuló acusaciones contra él, más por dar gusto a Pompeyo que por enemistad personal. Catón, como había emparentado 6
con Lúculo, que estaba casado con su hermana Servilia[86], y consideraba el asunto indignante, se enfrentó a Memio y tuvo que soportar muchas calumnias y acusaciones. Finalmente, aunque 7
parecía que iba a ser derrocado de su cargo como si se tratara de una tiranía, logró imponerse hasta tal punto que forzó al propio Memio a desistir de las acusaciones y a retirarse de la contienda. Por consiguiente, Lúculo celebró el triunfo y estrechó aún más 8
su amistad con Catón, pues tenía en él una defensa y un firme baluarte frente al poder de Pompeyo.

Mas Pompeyo el Grande, cuando regresaba de su expedi- 30
ción, convencido, por la brillantez y el fervor de la acogida, de que no dejaría de conseguir nada de lo que pidiera a los ciudadanos, envió por delante la petición de que el senado retrasara los comicios consulares, con objeto de apoyar personalmente con su presencia la candidatura de Pisón[87]. La mayoría daba su 2

[84] Lúculo volvió de la guerra contra Mitrídates en el 66 a.C. y tuvo que esperar tres años antes de poder entrar en Roma para celebrar el triunfo. Los sucesos que cuenta ahora Plutarco tuvieron lugar antes del 63 a.C. y, por tanto, antes del tribunado de Catón. *Cf.* PLUT., *Lúculo* 37.

[85] Yerno de Sila, era tribuno de la plebe en el 66 a.C. Lucrecio le dedicó su *De rerum natura*.

[86] No es la hermana, sino la sobrina de Catón. *Cf.* 11, 6; 24, 4; 54, 1.

[87] M. Pupio Pisón Frugi Calpurniano había sido lugarteniente de Pompeyo en la campaña contra los piratas y en la guerra contra Mitrídates. Fue cónsul en el 61 a.C., aunque tuvo como colega a V. Mesala Níger, que era del bando con-

consentimiento, pero Catón, aunque no daba al retraso dema-
siada importancia, quería poner coto a los intentos y esperanzas
de Pompeyo y se opuso, e hizo cambiar de parecer al senado, de
3 suerte que rechazaron la petición. Eso molestó no poco a Pom-
peyo; y considerando que el choque con Catón, si éste no se
hacía amigo suyo, no iba a ser pequeño, mandó llamar a Muna-
cio, amigo de Catón, y, como Catón tenía dos sobrinas casade-
ras, le encargó que le pidiera a la mayor como esposa para él
mismo y la más joven para su hijo[88]. Pero algunos dicen que no
4 pretendió a las sobrinas sino a las hijas. Cuando Munacio co-
municó la petición a Catón, a su mujer y a sus hermanas, las
mujeres se mostraron encantadas de emparentar con Pompeyo
por su grandeza y prestigio, pero a Catón le chocó la propuesta
5 y, sin pararse a considerarla, contestó de inmediato: «Anda,
Munacio, anda y dile a Pompeyo que a Catón no se le conquis-
ta por medio de las mujeres de su casa; que, con todo, aprecia
su muestra de afecto y que, si actúa conforme a la justicia, le
profesará una amistad más segura que cualquier parentesco,
pero que no entregará rehenes a la gloria de Pompeyo en perjui-
6 cio de la patria[89]». Ante esas palabras, las mujeres se indignaron
y los amigos de Catón tacharon la respuesta de zafia y altanera.
7 Tiempo después, sin embargo, Pompeyo, en apoyo a la candi-
datura de un amigo al consulado[90], envió dinero a las tribus, y el
soborno fue público y notorio porque las monedas se contaron
8 en los jardines de Pompeyo. Entonces les dijo Catón a las mu-

trario a Pompeyo. Antes de celebrar el triunfo, Pompeyo no podía entrar en Roma con sus soldados y debía permanecer fuera con ellos. *Cf.* Plut., *Pompeyo* 44, 1.

[88] Se trataría de las hijas de Silano y Servilia.

[89] En Plut., *Pompeyo* 44, 3, la respuesta de Catón es más clara y directa: rechaza el parentesco con Pompeyo por considerarlo un intento de corromperlo y sobornarlo.

[90] Se trata de L. Afranio, que consiguió el consulado en el 60 a.C. *Cf.* Plut., *Pompeyo* 44, 4-5.

jeres que él habría tenido que tomar parte y ensuciarse con tales manejos si se hubiera unido a Pompeyo en parentesco, y ellas reconocieron que él había tomado la mejor decisión al rehusar.

Pero si hay que juzgar por los acontecimientos, parece que 9
Catón se equivocó del todo al no haber querido emparentar con Pompeyo y haber dejado que se volviera a César y contrajera un matrimonio que, al juntar en uno solo el poder de Pompeyo y el de César, estuvo a punto de destruir el Estado romano y consiguió acabar con la república. Tal vez nada de esto habría suce- 10
dido si Catón, por temor a los pequeños delitos de Pompeyo, no hubiera permitido que cometiera el mayor de todos, unir su fuerza a la de otro[91].

Pero bueno, eso todavía estaba por llegar. Lúculo se había 31
enfrentado a Pompeyo por las disposiciones tomadas en el Ponto, pues cada uno de los dos pretendía imponer las suyas, y Catón apoyaba a Lúculo, que claramente estaba sufriendo una injusticia. Pompeyo, al ser derrotado en el senado, con la intención de ganarse al pueblo llamó a la soldadesca para un reparto de tierras. Como en este caso también Catón, con su oposición, 2
logró que se rechazara la ley, entonces Pompeyo se alió con Clodio[92], el demagogo más audaz del momento, y se atrajo a César, para lo que en cierto modo el propio Catón había dado motivo. En efecto, César, al regreso de su pretura en Iberia, 3
quería presentar la candidatura al consulado y, al mismo tiempo, solicitaba el triunfo. Dado que, por ley, los aspirantes a un 4
cargo debían estar presentes y los que iban a entrar en triunfo

---

[91] En esta crítica de Plutarco a Catón se alude a la doctrina estoica según la cual todas las faltas, grandes o pequeñas, tienen igual consideración. *Cf.* 21, 7-8 y PLUT., *Cicerón* 50, 5. *Cf.* también CICERÓN, *En defensa de Murena* 61.

[92] P. Clodio Pulcro. Su profanación de los ritos de la Bona Dea en el 62 a.C., y el consiguiente proceso, fue el inicio de su enemistad con Cicerón. *Cf.* PLUT., *Cicerón* 28-30.

permanecer fuera de las murallas, pidió al senado que le permi-
5 tiera solicitar el cargo por medio de otros. Muchos daban su consentimiento, pero Catón se oponía y, cuando se percató de que estaban dispuestos a complacer a César, pasó el día entero
6 hablando y de esa forma impidió la deliberación del senado. Entonces César dio por perdido el triunfo y, tras entrar en la ciudad, inmediatamente se dedicó a Pompeyo y al consulado. Una vez elegido cónsul, le entregó a Julia en matrimonio y, aliados ya contra el Estado, uno proponía leyes que concedían una división en lotes y un reparto de tierras a los pobres, y el
7 otro estaba allí para apoyarlas. Lúculo y Cicerón con sus partidarios se alinearon con Bíbulo, el otro cónsul, e intentaban hacerles frente; sobre todo Catón, quien ya sospechaba que la amistad y la alianza de César y Pompeyo no se había concertado con un objetivo justo[93]. Decía que no le atemorizaba el reparto de tierras sino el pago que exigirían a cambio los que se lo ponían como cebo a la multitud con la intención de congraciarse con ella.

32 Con estos razonamientos consiguió los votos del senado y el apoyo de no pocos hombres de fuera del mismo, indignados por
2 el insólito comportamiento de César. En efecto, las medidas que proponían los tribunos de la plebe más atrevidos e insolentes para complacer a la multitud, las sancionaba con su autoridad consular, ganándose así la voluntad del pueblo de forma vergon-
3 zosa y ruin. Así que los partidarios de César, atemorizados, recurrieron a la violencia. Primero al propio Bíbulo[94], cuando ba-

[93] Para todo lo referente al regreso de César de Hispania y su alianza con Pompeyo, *cf.* PLUT., *César* 13.

[94] M. Calpurnio Bíbulo, cónsul con César en el 59 a.C. Su oposición a la política promovida por César no sólo era estéril sino que además ponía su vida en peligro, por lo que se encerró en su casa el tiempo que le quedaba en el cargo y dejó de participar en la vida pública, limitándose sólo a publicar edictos con calumnias a César y Pompeyo. *Cf.* PLUT., *César* 14, 9; *Pompeyo* 48, 1-5.

jaba al foro, le tiraron encima una espuerta de excrementos;
luego, abalanzándose sobre sus líctores, les rompieron las fas- 4
ces[95]. Por último, al ser acribillada mucha gente por los dardos
que les arrojaban, todo el mundo huyó del foro corriendo, pero
Catón se marchó el último, despacio, volviéndose a mirarlos y
maldiciendo a los ciudadanos.

En consecuencia, no sólo se ratificó el reparto de tierras, 5
sino que además se decretó por votación que el senado entero
jurase que garantizaría el cumplimiento de la ley y la apoyaría
en caso de que hubiera alguna oposición y se prescribieron du-
ras sanciones para quienes no prestaran juramento[96]. Así que 6
todos se vieron obligados a jurar, pues se acordaban de lo que
le había pasado a Metelo el Viejo[97]: el pueblo dejó que saliera
desterrado de Italia por haberse negado a jurar una ley seme-
jante. Por eso también a Catón las mujeres de su casa, entre 7
lágrimas, le suplicaban con insistencia que cediera y jurase, y
lo mismo le pedían sus amigos y parientes. Pero el que logró 8
convencerlo y lo indujo a prestar el juramento, fue sobre todo
el orador Cicerón, quien le advirtió y explicó que quizás ni si-
quiera era justo considerar un deber oponerse uno solo a las
decisiones tomadas en común y que, en la imposibilidad de
cambiar nada de lo sucedido, la falta de precaución con uno
mismo era algo completamente absurdo e insensato. Además, 9
el peor de todos los males sería abandonar la ciudad, a la que
dedicaba todos sus esfuerzos, soltándola en las manos de los
conspiradores como si estuviera contento de dejar de luchar por

---

[95] El haz de varas del que sobresale la segur, portado por los líctores, era la insignia del magistrado *cum imperio*. El hecho, por tanto, es un ataque directo a la dignidad del magistrado.

[96] *Cf.* PLUT., *César* 14 ss., donde dice que esta ley es más propia de un audaz tribuno que de un cónsul.

[97] Q. Cecilio Metelo Numídico, que fue exiliado en el 100 a.C. por negarse a jurar la ley agraria presentada por el tribuno Saturnino.

10 ella. Pues si Catón no necesitaba a Roma, Roma sí necesitaba a
Catón y sus amigos también lo necesitaban; el primero de todos
Cicerón, según reconocía él mismo, porque era blanco de las
maquinaciones de Clodio, que arremetía directamente contra él
11 aprovechándose de su cargo de tribuno de la plebe[98]. Cuentan
que, ablandado por estas razones y otras por el estilo y por las
súplicas que le hacían en su casa y en el foro, Catón transigió
de mala gana y acudió a prestar el juramento, el último de todos
con la única excepción de su íntimo amigo Favonio[99].

33 Entonces César, envalentonado, propuso otra ley por la que
además se repartía la Campania casi entera entre los pobres y
2 necesitados. Nadie se opuso excepto Catón. César mandó que
lo sacaran a rastras de la tribuna y lo llevaran a la cárcel, pero
él ni por un momento dejaba de decir lo que pensaba y, mien-
tras caminaba, seguía hablando de la ley y reclamando que se
3 pusiera fin a semejante política. Lo seguían el senado abatido y
lo mejor del pueblo manifestando en silencio su indignación y
disgusto. A César no le pasó inadvertido ese sentimiento de
pesar, pero siguió adelante obstinadamente y esperando que
4 Catón hiciera alguna apelación o súplica. Pero como era evi-
dente que éste no tenía ninguna intención de hacer nada, César
en persona, vencido por la vergüenza y el descrédito, conven-
ció a uno de los tribunos y lo envió en secreto para que soltara
a Catón[100].

5 Sin embargo, con la muchedumbre domesticada por tales
leyes y beneficios, se le concedió a César por votación el go-
bierno de Iliria y de toda la Galia con un ejército de cuatro le-
giones por cinco años, aunque Catón les advirtió de que ellos

---

[98] Cicerón incluso se vio obligado a exiliarse. *Cf.* PLUT., *Cicerón* 31.

[99] M. Favonio, imitador y partidario acérrimo de Catón. *Cf.* 46, 1 ss.; PLUT., *César* 21, 8; *Pompeyo* 60, 7.

[100] *Cf.* PLUT., *César* 14, 11-12.

mismos, con sus propios votos, estaban instalando al tirano en
la fortaleza. A Publio Clodio lo pasaron ilegalmente del orden 6
de los patricios al de los plebeyos y lo hicieron designar tribu-
no[101] a condición de que, con el destierro de Cicerón por recom-
pensa, orientara toda su política a favor de ellos[102]; e hicieron 7
designar cónsules a Calpurnio Pisón, padre de la mujer de Cé-
sar, y a Aulo Gabinio[103], un hombre salido del seno de Pompeyo
según dicen los que conocen su carácter y su vida.

Pero, a pesar del control tan férreo de la situación y de que 34
tenían sometida a una parte de la ciudad por gratitud y a otra
parte por miedo, sin embargo seguían temiendo a Catón. Pues, 2
incluso cuando lo derrotaban, era enojoso y molesto que lo con-
siguieran con dificultad y no sin vergüenza sino con manifiesta
violencia y a duras penas.

En cuanto a Clodio, ni siquiera esperaba poder batir a Cice- 3
rón si Catón se encontraba presente pero, como era eso lo que
planeaba, lo primero que hizo al acceder al cargo fue llamar a
Catón y hacerle una propuesta: lo consideraba el más honesto de
los romanos, por lo que estaba dispuesto a darle una prueba con-
creta de confianza; y, aunque eran muchos los que aspiraban a 4
hacerse cargo de Chipre y de Tolomeo y solicitaban la misión[104],
sólo a él lo consideraba digno de ello y con gusto le ofrecía ese
favor. Al exclamar Catón que eso era una artimaña y un ultraje, 5
no un favor, Clodio le replicó con altanería y desprecio: «Pues
bueno, si no lo tomas como un favor, harás la travesía a pesar
tuyo». Acto seguido, se dirigió a la asamblea popular e hizo ra-

---

[101] Para poder ser candidato al tribunado, Clodio debía ser adoptado por una familia plebeya. El permiso para ello lo consiguió gracias a César.

[102] Es decir, los triunviros César, Pompeyo y Craso.

[103] Fueron cónsules en el 58 a.C.

[104] En Chipre reinaba el hermano menor de Tolomeo XII Auletes, rey de Egipto, y los triunviros decidieron incorporar la isla al Imperio romano.

6 tificar con una ley la misión de Catón. Cuando partió, no le dio
una nave, ni un soldado, ni un ordenanza; sólo dos escribanos,
de los que uno era ladrón y mala persona y el otro cliente de
7 Clodio. Y como si la misión de Chipre y Tolomeo fuera una ta-
rea sin importancia, además le ordenó repatriar a los exiliados
de Bizancio[105], con el propósito de que, mientras durara su car-
go, Catón estuviera lejos el mayor tiempo posible.

35 Al verse obligado por tal imposición, aconsejó a Cicerón, al
que intentaban desterrar, que no se sublevara ni lanzara a la
ciudad a luchas y derramamientos de sangre, sino que se plega-
ra a las circunstancias y volviera a ser salvador de la patria[106].
2 A Canidio, uno de sus amigos, lo envió a Chipre por adelantado
en un intento de persuadir a Tolomeo de que se retirara sin lu-
cha, dado que no iba a vivir privado de riquezas ni de honor,
pues el pueblo le concedería el sacerdocio de la diosa de Pa-
3 fos[107]. Él, por su parte, permanecía en Rodas haciendo sus pre-
parativos y aguardando las respuestas.

4 Entre tanto Tolomeo, el rey de Egipto[108], había dejado Ale-
jandría encolerizado por una disputa con los ciudadanos y na-
vegaba hacia Roma con la esperanza de que Pompeyo y César
lo restablecieran de nuevo en su reino con un ejército. Deseoso
de entrevistarse con Catón, le envió un recado esperando que
5 fuera a verlo, pero se daba la circunstancia de que Catón se es-
taba purgando entonces y mandó decir a Tolomeo que, si que-

---

[105] Bizancio era ciudad aliada de Roma, y los partidarios de ésta serían exiliados durante la guerra contra Mitrídates.

[106] Cicerón consideró la posibilidad de recurrir a las armas. *Cf.* PLUT., *Cicerón* 31, 2.

[107] Afrodita, diosa muy venerada en toda la isla de Chipre, tenía un célebre y rico santuario en Pafos.

[108] Tolomeo XII Auletes marchó a Roma tras ser depuesto en el 58 a.C. por los alejandrinos, que elevaron al trono a su hija Berenice IV. Gabinio, gobernador de Siria, lo repuso en el trono en el 55 a.C.

ría, fuera a donde él estaba. A su llegada, Catón no salió a su encuentro ni se levantó, sino que lo saludó como a uno cualquiera y lo invitó a que se sentara. Al principio el rey se sintió turbado y asombrado por la altivez y la seriedad del carácter frente a la modestia y la simplicidad del entorno; sin embargo, 6
una vez que comenzó a hablar de sus asuntos, lo que escuchó fueron palabras llenas de razón y franqueza, ya que Catón lo amonestó y le hizo ver cuánta felicidad dejaba atrás y a cuántas servidumbres y fatigas se iba a someter por la venalidad y la codicia de los poderosos de Roma, a quienes a duras penas podría saciar Egipto ni aunque todo el país se convirtiera en dinero. Le aconsejó que se volviera y se reconciliara con los ciudadanos, y le dijo que él mismo estaba dispuesto a embarcarse con él y ayudarle en la reconciliación. Como si recobrara la ra- 7
zón con sus palabras después de un ataque de locura y desvarío, y reconociendo la veracidad y la perspicacia de aquel hombre, se apresuró a seguir sus consejos; pero fue disuadido por sus amigos y, nada más llegar a Roma y presentarse a la puerta de un magistrado, lamentó su equivocación al comprender que había despreciado no las palabras de un hombre íntegro, sino el oráculo de un dios.

Tolomeo de Chipre, por suerte para Catón, se suicidó enve- 36
nenándose. Como se decía que había dejado grandes riquezas, 2
él decidió ir a Bizancio, y a Chipre envió a su sobrino Bruto porque no confiaba del todo en Canidio. Una vez que logró la 3
reconciliación de los exiliados y que la concordia reinara en Bizancio, emprendió la navegación hacia Chipre. El cuantioso 4
ajuar real, consistente en copas, mesas, pedrería y ropas de púrpura, debía ser vendido y reducido a dinero. Catón quería realizar toda la tarea con exactitud, procurar que todo alcanzara el precio más alto, estar presente en todas las transacciones y hacer el cálculo más minucioso; pero no confiaba en los que estaban habituados al mercado y, como sospechaba de todo el mun-

do por igual —asistentes, subastadores, compradores, amigos—, acabó por hacer él personalmente los tratos en privado con los compradores y convencer a cada uno de ellos, y así vendió la
5 mayor parte de las mercancías. Por eso hirió a sus amigos, quienes supusieron que desconfiaba de ellos, y al más íntimo de todos, a Munacio, le provocó un enfado casi irreversible, hasta el punto de que cuando César escribía su libelo contra Catón, le proporcionó con este asunto las invectivas más mordaces de su acusación[109].

37 Munacio, sin embargo, cuenta que no fue la desconfianza de Catón, sino su trato despectivo y cierta envidia que a él le daba Canidio, lo que le produjo el enfado. Munacio, en efecto, publicó una obra sobre Catón que fue la que principalmente siguió
2 Trasea. Dice que él llegó el último a Chipre y se encontró con que no le habían preparado alojamiento. Se dirigió a la puerta de Catón y no lo dejaron pasar porque Catón estaba dentro tra-
3 tando un asunto con Canidio; y cuando se quejó con cortesía, recibió de Catón una respuesta descortés: que amar demasiado corre a menudo el peligro de convertirse, como dice Teofras-
4 to[110], en causa de odio. Y añadió: «Por eso tú estás enojado, porque, debido a tu extremado amor, crees que eres menos estimado de lo que mereces. En cuanto a Canidio, tengo más trato con él que con otros por su experiencia y lealtad, porque está
5 aquí desde el principio y se muestra honesto». Aunque esta conversación la tuvieron a solas, Catón se la refirió a Canidio. Enterado de ello Munacio, dejó de ir a cenar y de asistir al consejo
6 cuando era convocado. Catón le amenazó con tomarle bienes en prenda, como se acostumbra a hacer con quienes no acatan las

[109] La obra de César llevaba el título de *Anticatón*. *Cf.* PLUT., *César* 54, 6.

[110] Teofrasto, que sucedió a Aristóteles en la dirección del Liceo en el 323 a.C., es, después de Platón, el autor más citado por Plutarco, quien, según el catálogo de Lamprias, escribió una obra sobre él.

órdenes, pero él, sin preocuparse, se embarcó de vuelta y siguió
enfadado mucho tiempo. Más adelante, después de que Marcia 7
hubiera hablado ya del asunto con Catón (pues estaba todavía
viviendo con él[111]), aconteció que fueron invitados a cenar por
Barca. Catón llegó el último, cuando los demás ya estaban re-
costados, y preguntó en qué lecho se ponía. Al decirle Barca 8
que en el que quisiera, miró en torno suyo y dijo que al lado de
Munacio; y pasando en derredor, fue a recostarse a su lado, pero
ya no le dio más muestras de amistad durante la cena. Sin em- 9
bargo, por una nueva petición de Marcia, Catón le escribió que
deseaba tener un encuentro con él. Munacio fue a su casa por la
mañana temprano y Marcia lo entretuvo hasta que todo el mun-
do se marchó; entonces entró Catón y lo abrazó y lo besó mos-
trándole su afecto.

Consideramos que estos episodios no aportan menos clari- 10
dad que las acciones públicas e importantes para la descripción
y la comprensión del carácter, y por eso los hemos relatado con
más detenimiento[112].

Catón recaudó poco menos de siete mil talentos de plata y, 38
por temor a la larga travesía, preparó muchas vasijas, cada una
de las cuales contenía dos talentos y quinientas dracmas, y ató
a cada una de ellas una larga cuerda en cuyo extremo fijó un
trozo grande de corcho para que, si había un naufragio, señalara
el sitio donde se encontraba sumergida la vasija atada a la cuer-
da. El dinero llegó a salvo, excepto una pequeña cantidad, pero 2
no pudo salvar ninguno de los dos libros en los que había ano-
tado cuidadosamente todas las cuentas de su administración:
uno lo llevaba un liberto suyo llamado Filárgiro que, tras zarpar 3
de Céncreas[113], naufragó y lo perdió todo junto con la carga. El

[111] Antes de casarse con Hortensio. *Cf.* 25, 9-13.

[112] *Cf.* 24, 1 y nota.

[113] Puerto de Corinto en el golfo Sarónico.

otro lo guardó él personalmente hasta Corcira, y allí acampó en
el ágora; pero los marineros encendieron muchas hogueras por
la noche a causa del frío, se incendiaron las tiendas y el libro
4 desapareció. Es cierto que los administradores del rey, que iban
con él, estaban dispuestos a taparles la boca a sus enemigos y
detractores, pero el asunto le dolió a Catón por otro motivo.
Pues con su afán por rendir cuentas no pretendía demostrar su
honradez sino dar a los demás ejemplo de precisión, pero la
divinidad no se lo consintió.

39 Su llegada con la flota no pasó inadvertida para los roma-
nos; por el contrario, todos los magistrados y sacerdotes, el se-
nado en pleno y una gran parte del pueblo salieron al río para
recibirlo, de manera que las dos orillas se ocultaron a la vista, y
su navegación río arriba, por el aspecto y el honor dispensado,
2 no fue en absoluto inferior a un triunfo. Sin embargo, a algunos
les pareció desconsiderado y arrogante que no desembarcara ni
detuviera la nave ante la presencia de los cónsules y los preto-
res, sino que pasó navegando a toda velocidad a lo largo de la
ribera en una embarcación real de seis filas de remos y no
la abandonó hasta que entró en el puerto y la escuadra atracó en
3 el muelle. A pesar de todo, cuando las riquezas fueron transpor-
tadas por en medio del foro, el pueblo se admiró de su inmensi-
dad y el senado, reunido, decretó que se concedieran a Catón,
junto con los elogios que merecía, una pretura extraordinaria y
el derecho a asistir a los espectáculos vistiendo una toga con
4 orla de púrpura[114]. Catón declinó tales honores pero convenció
al senado de que diera la libertad a Nicias, administrador de los
5 bienes reales, y dio testimonio de su diligencia y honradez. Era
cónsul Filipo, el padre de Marcia, y de alguna manera el presti-
gio y la autoridad del cargo alcanzaban a Catón, y además el

[114] La toga pretexta, que usaban los niños nobles y los magistrados *cum imperio*.

otro cónsul le profesaba a Catón una estima por su virtud no
menor que la de Filipo por el parentesco.

Tras la vuelta del destierro que había sufrido por culpa de 40
Clodio, Cicerón[115], que gozaba de un gran poder, arrebató a la
fuerza las tablas que Clodio había redactado durante su tribu-
nado y había depositado en el Capitolio y, aprovechando una
ausencia de éste, las destruyó. Cuando el senado se reunió por
este motivo y Clodio formuló su acusación, Cicerón dijo que,
al haber obtenido Clodio el tribunado de forma ilegal[116], todos
sus actos y documentos de ese período debían ser considerados
nulos e inválidos. Catón se irritó con Cicerón por lo que estaba 2
diciendo y, finalmente, se levantó y dijo que estaba completa-
mente convencido de que nada de la política de Clodio había
sido saludable ni útil, pero que si se anulaba todo lo que aquél
hizo como tribuno, se anulaba toda su propia gestión en Chi-
pre, y que su misión no habría sido legal si la había decretado
un magistrado ilegal. Además, Clodio no había sido elegido 3
tribuno ilegalmente, ya que había pasado, amparado por la ley,
del orden de los patricios a una familia plebeya, y, si había sido
mal magistrado, como otros, lo justo era llevarlo a juicio a él,
que había delinquido, no suprimir la magistratura, que había
sido también perjudicada por sus delitos. Cicerón se enfadó 4
con Catón a causa de este enfrentamiento y dejó de ser amigo
suyo durante mucho tiempo; sin embargo, después se reconci-
liaron[117].

Después de esto, Pompeyo y Craso se reunieron con César, 41
que había cruzado los Alpes[118]. Planearon presentar juntos la

[115] *Cf.* PLUT., *Cicerón* 31-33.

[116] Al ser patricio, no podía ser elegido tribuno de la plebe, pero sorteó el obstáculo haciéndose adoptar por un plebeyo. *Cf.* 33, 6.

[117] *Cf.* PLUT., *Cicerón* 34.

[118] La llamada conferencia de Luca, que tuvo lugar en el 56 a.C.

candidatura al consulado por segunda vez[119] y que, tras acceder
al cargo, harían votar para César la renovación de su mandato
por un tiempo similar, y para ellos mismos las provincias más
2 importantes, dinero y fuerzas armadas[120]. Eso era una conjura
que perseguía el reparto del imperio y la destrucción de la Re-
3 pública. Muchos hombres de bien preparaban su candidatura al
consulado, pero a todos los disuadieron cuando los vieron en la
lista de candidatos, y Catón sólo logró persuadir a Lucio Domi-
cio[121], casado con su hermana Porcia, de que no se retirara ni
cediera, ya que el combate no se libraba por una magistratura
4 sino por la libertad de los romanos. Y naturalmente corría la
voz, por la parte de la ciudad que aún conservaba la sensatez, de
que no se debía permitir que se unieran el poder de Craso y el
de Pompeyo y su magistratura se hiciera excesivamente opresi-
va; por el contrario, había que impedirle el acceso a uno de los
5 dos. Así que se agruparon en torno a Domicio, animándolo y
exhortándolo a que resistiera: pues muchos de los que callaban
6 por miedo también lo apoyarían en las votaciones. Precisamen-
te por temor a eso, los partidarios de Pompeyo le tendieron una
emboscada a Domicio cuando bajaba de madrugada con antor-
7 chas al Campo de Marte[122]. El que iba al lado de Domicio alum-

[119] Pompeyo y Craso ya habían sido cónsules en el 70 a.C. *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 22, 1-2.

[120] César vería prorrogado su mandato en la Galia otros cinco años, y por ese mismo período Pompeyo gobernaría Hispania y Craso Siria. *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 51, 5. Catón se encontraba todavía en Chipre, según PLUT., *César* 21, 8.

[121] L. Domicio Ahenobarbo, cónsul en el 54 a.C. junto con Apio Claudio Pulcro.

[122] En esta llanura situada a orillas del Tíber, originalmente fuera del *pomerium* o límite sagrado de la ciudad, solían celebrarse los *comitia centuriata*, asambleas de ciudadanos con una organización timocrática que tenían, entre otras funciones, la de elegir a los magistrados más importantes, como los cónsules y los pretores. Es de suponer que Lucio Domicio se dirigía allí por este motivo.

brándole fue herido el primero y cayó muerto. Después de éste fueron heridos también los demás y todos emprendieron la huida, excepto Catón y Domicio. Catón, en efecto, aunque estaba 8
herido en el brazo, retenía a Domicio y lo exhortaba a quedarse y a no abandonar, mientras tuvieran aliento, la lucha por la libertad contra los tiranos, que mostraban de qué manera ejercerían su cargo al intentar conseguirlo por medio de semejantes iniquidades[123].

En lugar de arrostrar el peligro, Domicio corrió a refugiarse 42
en su casa. Pompeyo y Craso fueron elegidos cónsules, pero Catón no se desanimó, sino que él mismo se presentó y solicitó la pretura, con el deseo de tener una base de operaciones para luchar contra aquéllos y de hacer frente a unos magistrados no como un simple particular. Pero precisamente por eso, recelan- 2
do que la pretura, gracias a Catón, pudiera rivalizar con el consulado, ellos, en primer lugar, de repente y sin que la mayoría se enterase, reunieron el senado y le hicieron decretar que los que fueran elegidos pretores ejercieran el cargo en seguida sin esperar el tiempo establecido por ley durante el que se podía procesar a los que hubieran sobornado al pueblo[124]. Después, una vez 3
conseguida por medio del decreto la impunidad para el soborno, presentaron como aspirantes a la pretura a subordinados y amigos suyos, y ellos personalmente ofrecían dinero y vigilaban las votaciones. Pero la virtud y el prestigio de Catón se 4
impusieron a esas maquinaciones —pues la mayoría de la gente sentía vergüenza y consideraba algo muy terrible vender en las votaciones a Catón, a quien la ciudad debería comprar como pretor— y la primera tribu convocada lo designó a él. Entonces Pompeyo dijo de repente, mintiendo con el mayor descaro, que había oído un trueno, y disolvió la asamblea; pues en tales ca-

---

[123] *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 52, 1-2.

[124] El tiempo prescrito era de sesenta días.

sos los romanos tienen la costumbre de purificarse y de no to-
5 mar ninguna decisión si se ha producido una señal del cielo. De
nuevo recurrieron a la corrupción de mucha gente y expulsaron
a los mejores ciudadanos del Campo de Marte, y así lograron
6 por la fuerza que se eligiera a Vatinio[125] en vez de a Catón. En
esa circunstancia, según se cuenta, los que habían votado de
forma tan ilegal e injusta se marcharon rápidamente como fugi-
tivos, y con los demás, que se estaban juntando y mostrando su
indignación, un tribuno formó una asamblea allí mismo. Catón
se presentó y, como por inspiración divina[126], predijo todo lo
que le iba suceder a la ciudad; incitó a los ciudadanos contra
Pompeyo y Craso porque, según él, eran cómplices en tales ma-
nejos y, por su conducta política, temían que Catón, si era pre-
7 tor, lograra vencerlos. Finalmente, en su vuelta a casa lo escoltó
una multitud mayor que la de todos los pretores electos juntos.

43 Gayo Trebonio propuso una ley para el reparto de provincias
entre los cónsules de suerte que, uno con Iberia[127] y Libia bajo su
mando y otro con Siria y Egipto, pudieran hacer la guerra y so-
metieran a quienes quisieran atacándolos con fuerzas navales o
2 terrestres[128]. Los demás, convencidos de la inutilidad de poner
obstáculos e impedimentos, renunciaron incluso a tomar la pala-

---

[125] P. Vatinio, amigo de César, que accedió a la pretura en el 55 a.C., había sido tribuno de la plebe en el 59 a.C. y fue cónsul en el 47 a.C. *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 52, 3.

[126] *Cf.* también 35, 7.

[127] Se mantiene en la traducción el nombre usado por Plutarco para designar la Hispania romana.

[128] Se trata de la *lex Trebonia de provinciis consularibus*, que supuso la realización del acuerdo de Luca (*cf.* 41, 1). G. Trebonio era tribuno de la plebe en el 55 a.C. y fue cónsul sustituto en el 45 a.C. Son un error tanto la adjudicación a Craso de Egipto, pues todavía no era provincia romana, como la de Libia a Pompeyo, que sólo recibió Hispania. En PLUT., *Pompeyo* 52, 4, también se menciona Libia, pero en PLUT., *Craso* 15, 7, sólo Hispania.

bra para oponerse; y a Catón, que subió a la tribuna antes de la
votación con el propósito de hablar, le dieron apenas dos horas
para hacerlo. Cuando hubo gastado su tiempo en hacer muchos 3
razonamientos, explicaciones y predicciones, no le dejaron que
hablara más y, como intentaba seguir, un ordenanza se acercó y
lo bajó de la tribuna. Pero como desde abajo, sin marcharse, se- 4
guía gritando y tenía a gente que lo escuchaba y compartía su
indignación, el ordenanza lo cogió de nuevo, se lo llevó y lo dejó
fuera del foro. Pero, en cuanto quedó libre, volvió y de nuevo se 5
precipitó hacia la tribuna invocando con grandes gritos a los ciu-
dadanos para que lo auxiliaran. Como esto se repitió muchas 6
veces, Trebonio, exasperado, mandó que lo llevaran a la cárcel.
Una multitud lo acompañaba escuchando lo que decía mientras
iba andando, de manera que Trebonio se asustó y mandó soltar-
lo. De esa forma logró Catón la obstrucción de la ley aquel día. 7
Pero los días siguientes, a unos ciudadanos los amedrentaron y a
otros se los congraciaron con favores y donaciones; a Aquilio,
uno de los tribunos, le impidieron con las armas que saliera de la
curia; al propio Catón, que gritaba que había habido un trueno[129],
lo expulsaron del foro; y tras herir a no pocos, e incluso matar a
algunos, por la fuerza lograron ratificar la ley[130]. Por eso se jun-
taron muchos que, llenos de rabia, querían derribar las estatuas
de Pompeyo, pero llegó Catón y se lo impidió. 8

Cuando se propuso otra ley sobre las provincias y las tropas
destinadas a César, Catón, dirigiéndose no ya al pueblo sino a
Pompeyo personalmente, lo puso como testigo de sus palabras
y le predijo que en ese momento no era consciente de que esta- 9
ba cargando a César sobre su cerviz pero que, cuando comenza-
ra a sentirse agobiado y dominado, no podría sacudírselo ni
seguir soportándolo, caería con él sobre la ciudad, y entonces se

---

[129] Imitando la argucia de Pompeyo. *Cf.* 42, 4.

[130] Sobre la violencia desatada, *cf.* PLUT., *Craso* 35 (2), 3.

acordaría de las recomendaciones de Catón y reconocería que el
interés de Pompeyo no estaba menos presente en ellas que el bien
y la justicia[131]. Aunque Pompeyo escuchó a menudo estas ad-
vertencias, no le importaban ni les hacía caso, pues, confiado en
su buena suerte y su poder, no esperaba una mudanza de César.

44 Catón fue elegido pretor para el año siguiente, y dio la impre-
sión de que, más que añadirle, le quitaba al cargo dignidad y gran-
deza y lo deshonraba, a pesar de que lo ejercía con probidad,
porque a menudo se presentaba en la tribuna descalzo y sin túnica
y de esta guisa presidía procesos capitales de eminentes persona-
2 jes[132]. Algunos dicen que daba audiencia incluso después de co-
mer y de haber bebido vino, pero esa información no es verídica.

3 El pueblo se dejaba corromper con las dádivas de los que
ambicionaban cargos y la mayoría empleaba el soborno como
una práctica habitual. Decidido a erradicar por completo esta
enfermedad del Estado, convenció al senado de que promulgara
un decreto para que los que habían sido elegidos magistrados,
en caso de que nadie los acusara, comparecieran ellos mismos
obligatoriamente ante un tribunal jurado y rindieran cuentas de
4 su elección. Esta medida disgustó a los aspirantes a las magis-
traturas y todavía más a la muchedumbre mercenaria. Por eso,
una mañana que Catón se dirigía al tribunal, lo asaltó una mul-
titud vociferante que profería insultos y le tiraba piedras. Todo
el mundo huyó del tribunal, y él mismo, empujado y arrastrado
por la multitud, a duras penas logró alcanzar la tribuna rostral[133].

---

[131] Nótese cómo, en una época en que Catón es sistemáticamente vencido por sus oponentes, Plutarco lo engrandece insistiendo una y otra vez en sus clarividentes predicciones.

[132] *Cf.* 6, 6.

[133] En Roma no existía un edificio empleado específicamente como sede de los tribunales. Uno de los lugares donde se solía administrar justicia era el foro. La tribuna recibía el nombre de *rostra* porque estaba decorada con proas de naves capturadas a los enemigos.

Desde allí, puesto en pie con actitud intrépida y resuelta, en 5
seguida contuvo el tumulto y acalló el griterío; y con las pala-
bras apropiadas, que fueron escuchadas en silencio, terminó por
completo la agitación. Al felicitarle el senado por ese motivo, 6
replicó: «Pues yo no os felicito por haber abandonado a un pre-
tor en peligro y no haberlo socorrido».

Los aspirantes a una magistratura eran presa del desconcier- 7
to, pues cada uno temía tanto practicar él personalmente el so-
borno como perder la magistratura si otro lo practicaba. Por con- 8
siguiente, decidieron en una reunión que cada uno depositara
ciento veinticinco mil dracmas de plata y luego presentara su
candidatura al cargo con procedimientos rectos y legales, y que
quien incumpliera el pacto y practicara el soborno perdiera el
dinero. Tras alcanzar dicho acuerdo, eligieron a Catón deposita- 9
rio, árbitro y testigo y llevaron el dinero con el propósito de con-
fiárselo. Incluso pusieron por escrito el pacto en presencia
de Catón, que no aceptó el dinero y, en su lugar, les tomó avalis-
tas. Cuando llegó el día de las elecciones, Catón, situado, como 10
interventor de la votación, junto al tribuno que las presidía, puso
al descubierto que uno de los depositarios estaba cometiendo
fraude y le ordenó que pagara el dinero acordado a los otros, pero 11
éstos, con elogios y admiración a su rectitud, anularon la multa
considerando que era suficiente la reparación que obtenían del
infractor. Al resto de la gente, en cambio, Catón le causó pesar
con este motivo y se atrajo una gran envidia, porque les daba la
impresión de que se había arrogado el poder del senado, de los
tribunales y de los magistrados. Y es que ninguna virtud, por la 12
fama y confianza que proporciona, produce más envidia que la
justicia, porque es ella especialmente la que goza del poder y de
la confianza del pueblo. El motivo es que a los justos no sólo los 13
honran como a los valientes y los admiran como a los listos, sino
que además los aman y se entregan y se confían a ellos. En cuan- 14
to a los valientes y a los listos, de los primeros tienen miedo y de

los otros desconfían; además, piensan que éstos destacan por un don natural más que por su voluntad, pues consideran que la valentía y la inteligencia consisten, respectivamente, en una especie de energía y en cierta robustez del alma. En cambio, como es posible ser justo con sólo quererlo, los hombres se avergüenzan sobre todo de la injusticia como un vicio inexcusable.

45 Por eso también los personajes importantes eran hostiles a Catón, pues les parecía que los dejaba en evidencia. Pompeyo incluso, por considerar que la gloria de Catón era nociva para su propio poder, estaba continuamente azuzándole gente para que
2 lo difamara. Uno de ellos, en concreto, era el demagogo Clodio, que, de nuevo en secreta connivencia con Pompeyo, acusaba a voces a Catón de haberse quedado con mucho dinero de Chipre y de ser hostil a Pompeyo porque éste había desdeñado el matri-
3 monio con su hija[134]. A lo uno contestó Catón que él había reunido en Chipre para la ciudad, sin haber dispuesto ni de un solo caballo ni de un hombre, una cantidad de dinero que Pompeyo no había logrado aportar ni siquiera trastornando el mundo ente-
4 ro con tantas guerras y triunfos; y a lo otro replicó que nunca había escogido a Pompeyo como yerno, no por considerarlo in-
5 digno, sino porque veía las diferencias que tenían en política. «Pues yo —dijo— aunque me ofrecían una provincia después de la pretura, la rechacé; él, en cambio, de las que ha recibido se
6 reserva unas para él, y otras se las da a otros, y ahora por último incluso ha prestado a César una fuerza de seis mil legionarios para las Galias[135]. Ni César os la pidió a vosotros ni Pompeyo se la dio con vuestro permiso; por el contrario, fuerzas tan importantes, armas y caballos, son favores y retribuciones entre parti-

[134] *Cf.* 30, 3-6.

[135] En PLUT., *César* 25, 2 y *Pompeyo* 52, 4, se cuenta que Pompeyo prestó a César dos legiones, pero seis mil hombres, como aquí se dice, son sólo una legión.

culares. Aunque tiene el título de general y de *imperator*[136], en- 7
trega a otros los ejércitos y las provincias, y él ha asentado sus
reales junto a la ciudad, organizando sediciones en los comicios
y maquinando tumultos; con esto queda clara su pretensión de
conseguir la monarquía por medio de la anarquía.»

Así fue como se defendió de Pompeyo. Había un tal Marco 46
Favonio[137], amigo y ferviente seguidor suyo, lo mismo que, se-
gún se cuenta, lo era Apolodoro de Falero respecto al Sócrates
de los tiempos antiguos[138]: se sentía apasionado y conmovido
por su palabra, no suave y dulcemente sino igual que si un vino
puro se le subiera a la cabeza y lo trastornara. Dicho Favonio 2
fue derrotado cuando se presentó a las elecciones para el cargo
de edil; pero Catón, que estaba presente, notó que las tablillas
estaban escritas por la misma mano; tras probar el fraude, Ca- 3
tón logró entonces, recurriendo a los tribunos, que se anulara la
elección. Después, cuando Favonio ya había sido nombrado
edil[139], Catón se interesó por las tareas del cargo y en particular
por la organización de los espectáculos en el teatro. A los acto- 4
res les daba coronas no de oro, sino de olivo silvestre como en
Olimpia; y en lugar de caros presentes, a los griegos les ofrecía
acelgas, lechugas, rábanos y peras, y a los romanos vasos de
vino, carne de cerdo, higos, pepinos y brazados de leña. A unos 5
les daban risa estas bagatelas y a otros les agradaba ver que la
rigidez y aspereza de Catón se iban mitigando paulatinamente.
Favonio acabó mezclándose con la multitud y sentado entre los 6
espectadores; aplaudía a Catón y le gritaba que otorgara pre-
mios y honores a los vencedores, y animaba al público a hacer

---

[136] *Cf.* nota 25.

[137] *Cf.* 32, 11.

[138] Respecto a este entusiasta discípulo de Sócrates, *cf.* PLATÓN, *Banquete* 172 a; *Fedón* 59 a-b; 117 d.

[139] Ejerció el cargo en el 52 a.C.

7 lo mismo, como si le hubiera cedido su potestad a Catón. En el otro teatro, Curión, el colega de Favonio, organizaba costosas funciones, pero la gente lo abandonaba y se trasladaba al de Favonio y participaba con gusto en su juego de actuar como particular mientras que Catón actuaba como organizador del
8 espectáculo. Obraba así para burlarse de lo que solía hacerse y para enseñar que los entretenimientos hay que tomárselos como entretenimientos y acompañarlos con una gracia sin ostentación, no con preparativos suntuosos y dedicando grandes preocupaciones y esfuerzos a asuntos sin importancia.

47 Escipión, Hipseo y Milón competían por el consulado[140] no sólo con los conocidos chanchullos ya habituales y acostumbrados en la política, como corrupciones y sobornos, sino que, recurriendo abiertamente a las armas y los asesinatos, se precipitaban a una guerra civil con insensata temeridad, por lo que algunos pedían que Pompeyo presidiera las elecciones. Al principio, Catón se opuso argumentando que las leyes no debían obtener su seguridad de Pompeyo, sino Pompeyo la suya de las
2 leyes. Pero como la anarquía duraba mucho tiempo y tres ejércitos rodeaban diariamente el foro[141], el mal estuvo a punto de hacerse irrefrenable, por lo que, antes de que fuera de extrema necesidad, decidió que se encomendara el gobierno a Pompeyo, como un favor espontáneo del senado; y, recurriendo a la ilegalidad más moderada como remedio para la conservación de los intereses más importantes, aceptó introducir la monarquía antes
3 que permitir que la sedición terminara en anarquía. Entonces Bíbulo, que era pariente de Catón[142], presentó en el senado la

[140] Se trata del consulado del 52 a.C. Para Metelo Escipión, *cf.* 7,1-2. P. Plaucio Hipseo y T. Anio Milón fueron pretores en el 55 a.C. Milón fue responsable de la muerte de Clodio en el 52 a.C. y fue defendido por Cicerón en el juicio.

[141] Los ejércitos de Pompeyo, que estaban acampados fuera del *pomerium*.

[142] Era su yerno. *Cf.* 25, 4.

propuesta de elegir a Pompeyo cónsul único porque, o la situa-
ción quedaría bien si él restablecía el orden, o la ciudad sería
esclava del mejor ciudadano. Catón se levantó y, sin que nadie 4
lo esperara, apoyó la propuesta y dijo que cualquier gobierno
era preferible a la anarquía y que esperaba que Pompeyo gestio-
nara la situación actual de la mejor manera posible y que salva-
ra la ciudad si se le confiaba[143].

Nombrado cónsul de este modo, Pompeyo pidió a Catón 48
que fuera a visitarlo a su casa del arrabal. A su llegada, lo reci- 2
bió amistosamente con abrazos y estrechándole la diestra, le
manifestó su agradecimiento y le pidió que fuera su consejero y
asesor en el gobierno. Catón le respondió que ni lo que había 3
dicho anteriormente había sido por animadversión hacia Pom-
peyo ni lo más reciente por complacerlo, sino todo en interés
del Estado; así que, en privado, sería su consejero si él se lo 4
pedía; pero en público, aunque no se lo pidiera, diría siempre su
parecer[144]. Y lo hizo como dijo. La primera vez, cuando Pompe- 5
yo determinó con una ley nuevas sanciones y grandes procesos
contra los que anteriormente habían corrompido al pueblo: lo
exhortó a que se despreocupara del pasado y atendiera al futuro;
pues no era fácil delimitar dónde se detendría la investigación 6
de las faltas del pasado y, si se dictaban penas con posterioridad
a los delitos, sufrirían un trato cruel los que fueran castigados
en virtud de una ley que no estaban infringiendo cuando co-
metían el delito. Otra vez, con ocasión de un juicio a numero- 7
sos personajes ilustres, algunos de ellos amigos y parientes de
Pompeyo, al ver que se ablandaba y cedía en muchas cuestio-

[143] *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 54, 5-7; *César* 28, 7. Catón aceptó que se nombrara a Pompeyo cónsul único como un mal menor y para evitar que se le nombrara dictador. Pompeyo fue elegido cónsul para el 52 a. C. y, a finales del año, tomó como colega en el cargo a su suegro Q. Cecilio Metelo Pío Escipión Nasica.

[144] *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 54, 8-9.

8 nes, se lo reprochó con dureza y le hizo despabilar. El mismo Pompeyo había prohibido con una ley los elogios que se hacían de los procesados y, sin embargo, escribió uno para Munacio Planco y lo entregó en el juicio. Catón —pues se dio la circunstancia de que era uno de los jueces— se tapó los oídos con las manos e impidió la lectura del testimonio. Planco, después de los alegatos, lo recusó como juez, mas no dejó de ser condena-
9 do[145]. En general, Catón constituía para los acusados un problema arduo y difícil de solventar, pues ni querían dejarlo como
10 juez ni se atrevían a recusarlo. En efecto, no pocos fueron condenados porque, al intentar evitarlo, daban la impresión de no confiar en la justicia de su causa; y a algunos les echaban en cara sus detractores, como un gran baldón, que no hubieran aceptado como juez a Catón cuando era propuesto.

49 César, aunque personalmente estaba ocupado con sus ejércitos en la Galia y entregado a las armas, empleaba sobre todo regalos, dinero y también a sus partidarios para conseguir el poder en la ciudad. Las advertencias de Catón comenzaban ya a sacar de su gran incredulidad anterior a Pompeyo[146], que barruntaba el peligro pero todavía estaba lleno de indecisión y
2 dejaba pasar el tiempo sin resolverse a atajarlo y actuar. Catón se decidió a presentar su candidatura al consulado con el propósito de quitarle los ejércitos a César en seguida, o demostrar que
3 estaba conspirando. Sus dos contrincantes eran personas honorables, y Sulpicio incluso había sacado mucho provecho de la
4 reputación y la influencia de Catón en la ciudad, por lo que parecía que su comportamiento no era apropiado ni agradecido[147].

[145] T. Munacio Planco Bursa, tribuno de la plebe en el 52 a.C., y su colega Q. Pompeyo Rufo fueron acusados de participar en el incendio del senado. *Cf.* Plut., *Pompeyo* 55, 8-9.

[146] *Cf.* 43, 8-10.

[147] Para el año 51 serían elegidos cónsules Servio Sulpicio Rufo —quien,

Sin embargo, Catón no se lo reprochaba. «Pues ¿qué tiene de extraño —decía— si alguien no le cede a otro lo que considera el mayor bien?» Pero convenció al senado para que decretara 5
que los candidatos al cargo fueran saludando personalmente al pueblo y que no pidieran y solicitaran el voto para ellos por medio de otro que fuera a todas partes. Con ello irritó todavía más a la gente porque, al privarla no sólo de recibir una remuneración, sino también de conceder un favor, dejaba al pueblo sin recursos y sin honor. Además él no era persuasivo para soli- 6
citar el voto para sí mismo, prefería conservar la dignidad en su modo de vida más que adquirir la del consulado e iba a saludar a la gente sin permitir que sus partidarios recurrieran a los manejos con los que se gana y se halaga a la multitud; y por todos esos motivos no consiguió el cargo[148].

Aunque un hecho de esta índole produce tristeza y pesar, 50
junto con cierta vergüenza durante muchos días, no sólo a quienes lo experimentan sino también a sus amigos y parientes, Catón sobrellevó lo sucedido con tanta tranquilidad que se ungió el cuerpo de aceite y se fue a jugar a la pelota al Campo de Marte, y después del almuerzo, como era su costumbre, volvió a bajar al foro descalzo y sin túnica a pasear con sus amigos[149].
Cicerón lo acusó de que, aun cuando la situación necesitaba a 2
un jefe como él, no había puesto empeño ni había tratado de congraciarse con el pueblo con un trato amable, y que incluso para lo sucesivo se había cansado y había desistido, mientras que para la pretura sí había sido candidato una segunda vez. 3

---

como *interrex*, había proclamado cónsul a Pompeyo en el 52 a.C. (*cf.* PLUT., *Pompeyo* 54, 8)— y M. Claudio Marcelo, también amigo de Catón.

[148] Catón nunca renuncia a sus principios morales aunque corra el riesgo de perder las elecciones. Así se comportó también cuando presentó su candidatura a tribuno militar. *Cf.* 8, 5.

[149] *Cf.* 6, 6. 44, 1.

Entonces contestó Catón que si no había conseguido la pretura, no había sido por decisión del pueblo, sino porque éste había sido forzado o corrompido. En cambio, puesto que en los comicios consulares no se había cometido ningún fraude, había comprendido que había chocado con el pueblo por su manera de ser; y añadió que no era propio de un hombre sensato cambiar la manera de ser para complacer a otros, ni, por mantenerla igual, volver a exponerse a una derrota igual.

51 César había invadido pueblos belicosos y los había vencido audazmente, y había atacado a los germanos, aunque al parecer había acordado una tregua con ellos, y había abatido a trescientos mil[150]. Mientras que los demás pedían que el pueblo ofreciera sacrificios por las buenas noticias, Catón recomendaba entregar a César a las víctimas de su iniquidad y no dirigir hacia ellos mismos ni dejar que cayera sobre la ciudad la mancha del crimen.
2 «Sin embargo —prosiguió—, ofrezcamos sacrificios a los dioses porque no dirigen contra los soldados el castigo por la locura e insensatez de su general, sino que preservan la ciudad[151]».

3 Después de esto, César escribió una carta que envió al senado; y cuando se leyó, llena como estaba de calumnias y acusaciones contra Catón, éste se levantó y, sin ira ni afán de revancha, como si lo hubiera reflexionado y preparado, mostró que las acusaciones contra él eran meros insultos y burlas y una
4 broma y payasada de César. Después abordó los propósitos que

[150] Estos acontecimientos tuvieron lugar en el año 55 a.C., cuando César atacó a los upsipetes y tenteritas; él mismo lo narra en su *Guerra de las Galias* IV 1-16, donde dice que el número de bajas entre los germanos fue de cuatrocientos treinta mil. En PLUT., *César* 22, 5, la cifra que se da es de cuatrocientos mil, pero en *Craso* 37 (4), 2, se dice también que los germanos muertos fueron trescientos mil.

[151] En *César* 24, 2 y *Craso* 37 (4), 2-3, PLUTARCO especifica que esta intervención de Catón en el senado la conoce por el historiador romano Tanusio Gémino.

César se había trazado desde un principio, reveló su plan por completo, no como si fuera un enemigo sino su conjurado y cómplice, y les indicó que, si eran sensatos, no debían temer a los hijos de los bretones y de los celtas, sino a César mismo.
Los conmovió y excitó hasta tal punto, que los partidarios de 5
César se arrepintieron de la lectura de la carta en el senado, porque con ello habían proporcionado a Catón la oportunidad
de exponer razonamientos justos y acusaciones verdaderas. Sin 6
embargo, no se tomó ninguna decisión; tan sólo se dijo que estaría bien darle un sucesor a César. Al reclamar los partidarios 7
de éste que Pompeyo depusiera igualmente las armas y devolviera las provincias[152], o de lo contrario tampoco lo haría César, Catón proclamó a gritos que en ese momento había llegado lo que él les había predicho y que César recurría ya abiertamente a la violencia valiéndose del poder que había obtenido engañando y burlando a la ciudad. Fuera del senado no consiguió nada, pues el pueblo seguía deseando que César fuera el más poderoso, y aunque tenía convencido al senado, éste también temía al pueblo.

Cuando Arimino fue tomada y se anunció que César avan- 52
zaba sobre Roma con un ejército[153], entonces todos, tanto el pueblo como Pompeyo, volvieron su mirada hacia Catón por considerar que él era el único que estaba previendo desde el principio, y el primero que lo había predicho, el plan de César.
Entonces dijo Catón: «Ay, si al menos uno de vosotros, ciuda- 2
danos, hubiera hecho caso de lo que a todas horas os estaba pronosticando y aconsejando, ahora no temeríais a un solo hombre ni tendríais puestas vuestras esperanzas en uno solo».

---

[152] *Cf.* PLUT., *César* 30, 1-5 a.C. *Pompeyo* 58, 4-9.

[153] En enero del 49 a.C. Arimino es la actual Rímini, en la Umbría, a orillas del Adriático y junto a la Galia Cisalpina, separada de ésta por el río Rubicón. *Cf.* PLUT., *César*, 32, 8-9 a.C. *Pompeyo* 60, 1-4.

3 Pompeyo dijo que, si las palabras de Catón habían sido más proféticas, él había actuado de forma más amistosa[154]. Catón aconsejó al senado que confiara el gobierno a Pompeyo solo, argumentando que las mismas personas que causan los grandes males también tienen la responsabilidad de ponerles fin[155].
4 Pompeyo, sin embargo, como no tenía una fuerza preparada y veía que los soldados que estaba reclutando entonces carecían de arrojo, abandonó Roma[156]. Catón, resuelto a huir con él, confió a su hijo menor a la protección de Munacio en el Brucio[157],
5 y al mayor lo llevó consigo[158]. Como su casa y sus hijas necesitaban de alguien que las cuidara, volvió a casarse con Marcia, a la sazón viuda y muy rica, pues Hortensio, al morir, la había
6 nombrado su heredera[159]. Por esto sobre todo vitupera César a Catón[160] y le acusa de avaricia y de hacer negocio con el matri-
7 monio: pues ¿por qué motivo cedía a su esposa si la necesitaba?; y si no la necesitaba, ¿por qué la volvía a tomar, si no era porque la mujer fue entregada a Hortensio como un cebo desde un principio y la prestó joven para recuperarla rica?

8 Una respuesta adecuada a esta acusación son aquellos versos de Eurípides:

---

[154] *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 60, 8; *Máximas de romanos* 204 D.

[155] *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 61, 1.

[156] En enero del 49 a. C., después de declarar el estado de excepción *(decretum tumultus)*, ordenó a los senadores que lo siguieran y dijo que consideraría partidarios de César a quienes permanecieran en Roma. *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 61, 6.

[157] La actual Calabria. Territorio habitado por los brucios, o brecios, un pueblo osco.

[158] Sobre Munacio, *cf.* 9, 1; 25, 2; 27, 6; 30, 4-5. Catón había tenido dos hijos de Atilia: Porcia y su hijo mayor Marco. Con Marcia tuvo tres: dos hijas y un hijo.

[159] *Cf.* 25, 1-12.

[160] En el *Anticatón*.

primero el sacrilegio; pues un sacrilegio
considero tacharte de cobarde, Heracles[161].

En efecto, es lo mismo imputarle a Heracles cobardía y acusar a Catón de codicia. Pero si por otras razones no hubo una actuación apropiada en lo concerniente al matrimonio, se puede examinar. En todo caso, tras casarse con Marcia y encomendarle su casa y sus hijas, Catón siguió a Pompeyo.

Se cuenta que desde aquel día no se cortó el cabello ni la 53
barba ni se puso corona y que guardó hasta el final, fueran venciendo o perdiendo, el mismo aspecto de duelo, tristeza y pesadumbre por las desgracias de la patria. Como en aquel entonces 2
se le asignó por sorteo la provincia de Sicilia[162], marchó a Siracusa. Enterado de que Asinio Polión[163], enviado por los enemigos, había llegado a Mesina con una fuerza, le mandó recado preguntándole el motivo de su travesía. Pero como la respuesta 3
de aquél fue preguntarle a su vez la razón del trastorno de la situación, y él se enteró de que Pompeyo había abandonado del todo Italia y acampaba en Dirraquio[164], dijo que había mucha incertidumbre y oscuridad en los designios divinos: Pompeyo había sido invencible cuando no hacía nada saludable ni justo, pero ahora que quería salvar a la patria y luchaba por la libertad lo abandonaba su buena fortuna. En cuanto a Asinio, dijo que 4
tenía fuerzas para echarlo de Sicilia pero que, como venía a

---

161 EURÍPIDES, *Heracles* 174-175.

162 Posiblemente en calidad de propretor. *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 61, 2.

163 Autor de unas *Historias* en las que trataba el período de tiempo comprendido desde el 60 a.C. hasta la batalla de Filipos en el 42 a.C. Fue pretor en el 45 a.C. y cónsul en el 40 a.C. Acompañó a César en el paso del Rubicón. *Cf.* PLUT., *César* 32, 7.

164 Ciudad de Iliria en la costa del Adriático, de gran importancia estratégica para el paso de los ejércitos romanos a Grecia y los Balcanes.

juntársele un ejército más numeroso[165], no quería provocar la destrucción de la isla lanzándola a una guerra. Así que aconsejó a los siracusanos que procuraran su salvación uniéndose al más fuerte y zarpó de allí.

5 Cuando hubo llegado junto a Pompeyo, mantuvo siempre la
misma propuesta: dar largas a la guerra; pues esperaba una re-
conciliación y no quería que la ciudad se enzarzara en un com-
bate cuerpo a cuerpo y ella misma se infligiera daños extremos
6 al dirimir la contienda con el hierro. En consonancia con esos
criterios, convenció a Pompeyo y a sus consejeros de que adop-
taran estas otras medidas: no saquear ninguna ciudad sometida
a los romanos ni dar muerte a ningún romano fuera del campo
de batalla. Esto aumentó la reputación del bando de Pompeyo y
le atrajo a mucha gente que apreciaba su equidad y su manse-
dumbre[166].

54 Enviado a Asia para que apoyara a los que estaban allí reu-
niendo naves y tropas, llevó consigo a su hermana Servilia[167] y
2 al hijo pequeño que Lúculo había tenido con ella. Siguió a Ca-
tón porque estaba viuda y logró disminuir las acusaciones sobre
sus costumbres licenciosas sometiéndose voluntariamente a la
custodia de Catón, a sus desplazamientos y a su régimen de
vida. Pero desde luego César no le ahorró a Catón ni siquiera
las injurias relacionadas con ella[168].

3 Por lo demás, parece que los generales de Pompeyo no ne-
cesitaron para nada de Catón, pero él logró atraerse a los rodios
por medio de la persuasión. Dejó con ellos a Servilia y al niño
y regresó junto a Pompeyo, que ya tenía en torno a él un mag-

---

[165] Bajo el mando de G. Escribonio Curión.

[166] La adopción de tales medidas y sus efectos se cuenta también en PLUT., *Pompeyo* 65, 1.

[167] No era hermana, sino sobrina de Catón. *Cf.* 11, 6; 24, 4; 29, 6.

[168] Como es lógico, en el *Anticatón*.

nífico ejército terrestre y naval. Fue entonces más que nunca 4
cuando Pompeyo manifestó claramente su intención. En efecto, 5
había pensado entregar a Catón el mando de las naves: no me-
nos de quinientas de combate, muchas liburnias[169], y otras de
vigilancia y sin puente[170]. Pero rápidamente comprendió, o se lo 6
indicaron sus amigos, que el único objetivo primordial de toda
la política de Catón era conseguir la libertad de la patria, y si se
convertía en jefe de una fuerza tan importante, el mismo día que
vencieran a César exigiría que Pompeyo también depusiera las
armas y acatara las leyes[171]; así que cambió de parecer, aunque
ya lo tenía hablado con Catón, y nombró almirante a Bíbulo[172].
Sin embargo, Pompeyo no notó que disminuyera el ardor de 7
Catón por eso. Al contrario, según se cuenta, Pompeyo en per-
sona arengó al ejército para una batalla ante Dirraquio y exhor-
tó a todos los demás comandantes a que hablaran y enardecie-
ran a los soldados, que escucharon sin interés y en silencio.
Después de todos los demás, Catón expuso con auténtico senti- 8
miento todas las enseñanzas que, para la ocasión, podía extraer
de la filosofía a propósito de la libertad, la virtud, la muerte y la
gloria. Acabó su discurso transformándolo en una invocación a
los dioses como si estuvieran presentes y observaran el comba-
te por la patria, y fue tan estentóreo el clamor y tan grande la 9
agitación del ejército por la conmoción que experimentaba, que
todos los comandantes, llenos de esperanza, se dispusieron a
arrostrar el peligro. Rechazaron y vencieron a los enemigos, 10
pero les privó de la victoria completa el genio protector[173] de

[169] Naves ligeras de los liburnios, un pueblo ilirio de la costa del Adriático entre Istria y Dalmacia.

[170] *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 64, 1.

[171] *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 67, 3.

[172] M. Calpurnio Bíbulo era yerno de Catón. *Cf.* 25, 4. 47, 3.

[173] Este genio protector *(daímōn)* de César aparece también en PLUT., *César* 69, 2. Sin embargo, parece que fue otro, en este caso maligno, el que guió

César, que sacó partido de la precaución y la desconfianza de Pompeyo en el éxito. Pero esto se ha contado en la *Vida de*
11 *Pompeyo*[174]. Mientras todos los demás se alegraban y celebraban el hecho, Catón lloraba por la patria y lamentaba la funesta y aciaga ambición de poder al ver que muchos y buenos ciudadanos yacían muertos unos a manos de otros.

55 Cuando Pompeyo levantó el campo para perseguir a César hasta Tesalia, dejó en Dirraquio gran cantidad de armas y de dinero, parientes y allegados, y designó jefe y guardián de todo a Catón con quince cohortes de soldados, porque confiaba en él
2 y lo temía al mismo tiempo. En efecto, pensaba que, si era vencido, Catón sería el más fiel de todos, pero si vencía, no le permitiría, con su presencia, aprovecharse de la situación a su an-
3 tojo. Muchos hombres insignes quedaron relegados también en Dirraquio con Catón[175].

4 Tras la derrota de Farsalia[176], Catón resolvió que, si Pompeyo estaba muerto, transportaría a Italia a los que tenía consigo y él se iría a vivir en el exilio lo más lejos posible de la tiranía; mas si Pompeyo se encontraba a salvo, le conservaría su ejérci-
5 to a toda costa. Así que pasó a Corcira, donde estaba la flota, y allí, como él había sido pretor, trató de cederle el mando a Ci-
6 cerón, que había sido cónsul. Pero Cicerón no aceptó y se dispuso a partir hacia Italia; Catón, al ver que el joven Pompeyo[177], con una arrogancia y altivez improcedentes, quería castigar a

---

sus pasos el día de su muerte: en *César* 66, 1, PLUTARCO afirma que la muerte de César en el teatro de Pompeyo, junto a la estatua de éste, es una prueba de que un *daímōn* lo condujo hasta allí. *Cf.* también PLUT., *Foción* 30, 9 y nota.

[174] *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 65, 8-9; *César* 39, 4-8.

[175] Pompeyo desoye habitualmente a Catón o lo relega. *Cf.* 14, 4-5 y también PLUT., *Pompeyo* 67, 3.

[176] El 9 de agosto del 48 a.C. *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 69-71; *César* 44-45.

[177] Gn. Pompeyo Magno, el hijo mayor del triunviro. En el 45 a.C., combatió con César en Munda y poco después fue hecho prisionero y murió.

los que trataban de hacerse a la mar, y el primero en el que iba a poner las manos era Cicerón, lo amonestó en privado y lo apaciguó. Fue así como salvó claramente de la muerte a Cicerón, y a los demás les proporcionó seguridad[178].

Conjeturando que Pompeyo el Grande se había refugiado en 56
Egipto o en Libia, y deseoso de reunirse con él, se hizo a la mar
con todos los que tenía a su cargo, pero antes autorizó a los que
no participaban con entusiasmo en la expedición para que la
dejaran y se fueran. Alcanzó Libia y, mientras navegaba a lo 2
largo de la costa, se encontró con Sexto, el más joven de los
hijos de Pompeyo, que le informó de la muerte su padre en
Egipto[179]. Todos se sintieron muy apenados y, después de Pom- 3
peyo, ya que Catón estaba presente, nadie quería ni oír hablar
de otro jefe que no fuera él. Por eso también Catón, compadeci- 4
do de unos hombres valientes y de probada lealtad, y por ver-
güenza de dejarlos solos y sin recursos en tierra extranjera, asu-
mió el mando y se presentó en Cirene, pues sus habitantes le
abrieron sus puertas aunque unos pocos días antes se las habían
cerrado a Labieno[180]. Allí se enteró de que Escipión[181], el suegro 5
de Pompeyo, había sido recibido por el rey Juba[182], y de que
Atio Varo, que había sido nombrado gobernador de Libia[183] por
Pompeyo, estaba con ellos y disponía de una fuerza. Entonces 6
partió por tierra durante el invierno[184] después de juntar un gran

178 *Cf.* PLUT., *Cicerón* 39, 1-2.

179 *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 79, 4-5.

180 T. Labieno, que había sido legado de César en las Galias, se había pasado al bando de Pompeyo. *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 64, 5.

181 Metelo Escipión (*cf.* 7,1; 47, 1). Su hija Cornelia fue la última esposa de Pompeyo. *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 55, 1.

182 Juba I, rey de Numidia.

183 Libia significa aquí, como en otros pasajes, la provincia romana de África. P. Atio Varo tenía el cargo de propretor.

184 Tras zarpar de Cirene, la flota de Catón sufrió una tempestad en la re-

número de asnos para transportar agua; llevaba mucho ganado y tomó además carros y a los llamados *psilos*, que curan las mordeduras de las serpientes succionando el veneno con la boca, y a las propias serpientes las adormecen y hechizan con
7 sus encantamientos[185]. Durante los siete días de camino, marchó a la cabeza de sus tropas sin usar caballo ni acémila[186]. Comía sentado desde el día en que supo la derrota de Farsalia y añadió a las demás muestras de duelo la de no acostarse más
8 que para dormir[187]. Tras invernar en Libia, sacó a campaña a su ejército; eran casi diez mil.

57 Las cosas iban mal para Escipión y Varo, quienes, a causa de sus discordias y enfrentamientos, lisonjeaban y adulaban a Juba, que era insoportable por su enojosa altanería y la fatuidad
2 provocada por su riqueza y su poder. La primera vez que se iba a entrevistar con Catón, Juba hizo colocar su asiento entre el de
3 Escipión y el de Catón; pero cuando lo vio Catón, cogió el suyo y lo pasó al lado opuesto, dejando en medio a Escipión, a pesar de que era enemigo suyo y había publicado un libelo
4 contra él[188]. Pero esto no se lo tienen en cuenta, y en cambio le reprochan que en Sicilia, durante un paseo, para honrar a la
5 filosofía dejó a Filóstrato en medio[189]. El caso es que entonces consiguió que Juba dejara de tratar a Escipión y a Varo como si

gión de las Sirtes que le obligó a desembarcar en Berenice (Bengasi), y desde allí marchó por tierra hasta Leptis Magna. *Cf.* LUCANO, *Farsalia* 319 ss.

185 Pueblo de la costa de Tripolitania, mencionado por HERÓDOTO, IV 173. *Cf.* también LUCANO, *Farsalia* 809-937.

186 Sobre la costumbre de Catón de viajar a pie, *Cf.* 5, 7; 9, 4; 13, 2.

187 *Cf.* 53, 1. Los romanos acostumbraban a comer recostados en lechos.

188 Para el inicio de la enemistad entre ambos, *cf.* 7, 1-2.

189 Para la estancia de Catón en Sicilia, *cf.* 53, 2-4. Debe tratarse del egipcio Filóstrato, del que se dice en PLUT., *Antonio* 80, 3, que era el sofista más hábil para improvisar un discurso. Quienes le hacen tales reproches a Catón deben ser Metelo y César en sus respectivos libelos.

fueran poco más o menos que sátrapas suyos, y a ellos dos los
reconcilió.
Aunque todos pensaban que él debía detentar el mando y 6
Escipión y Varo eran los primeros que renunciaban y le ofrecían
la jefatura, declaró que no quebrantaría las leyes por las que
estaba combatiendo contra el que las quebrantaba y que, siendo
como era propretor, no se pondría por delante de un procónsul
que estaba con ellos[190]. En efecto, Escipión había sido nombra- 7
do procónsul y la mayoría de los soldados confiaba en conse-
guir la victoria gracias a su nombre si un Escipión estaba al
mando en Libia[191].
En cuanto asumió el mando, Escipión, por complacer a 58
Juba, quiso dar muerte a los habitantes de Útica que estuvieran
en edad militar y asolar su ciudad con el pretexto de que estaba
de parte de César. Pero Catón no lo consentía y con sus protes-
tas, clamando a voces e invocando a los dioses en el consejo, a
duras penas consiguió sustraerlos de tal crueldad. En parte por- 2
que la propia gente lo pedía, y en parte a instancias de Escipión,
aceptó guarnecer la ciudad para que, ni por fuerza ni de grado,
se uniera al bando de César. Y es que el lugar reunía todas las 3
ventajas y satisfacía las necesidades de sus ocupantes[192]; y se
hizo todavía más fuerte gracias a Catón, pues introdujo en ella 4
una enorme cantidad de víveres, reforzó las murallas levantan-
do torres y situando delante de la ciudad sólidas trincheras y
empalizadas. Ordenó que los uticenses en edad militar le entre- 5
garan las armas y se alojaran en la zona atrincherada y mantuvo

---

[190] Catón se muestra siempre muy respetuoso con el orden jerárquico. *Cf.* 55, 5; 57, 3.

[191] Se conocía un oráculo según el cual los Escipiones siempre ejercerían su dominio en Libia. *Cf.* PLUT., *César* 52, 4.

[192] Situada al noroeste de Cartago, la ciudad tenía un puerto excelente en la desembocadura del río Bagradas.

a los demás en el interior de la ciudad con mucho cuidado de que no sufrieran vejaciones ni malos tratos por parte de los ro-
6 manos. Envió a los que estaban en el campamento muchas armas, dinero y víveres y, en suma, convirtió la ciudad en almacén de intendencia para la guerra.

7 El consejo que le había dado anteriormente a Pompeyo y le repetía entonces también a Escipión —que no presentara batalla a un hombre aguerrido y temible y que dejara pasar el tiempo porque éste agota el vigor del que se nutre la tiranía[193]—, lo
8 despreciaba Escipión con arrogancia. Una vez incluso escribió a Catón tachándolo de cobarde: pues no contento con quedarse sentado dentro de una ciudad amurallada, *además trataba de* impedir que otros llevaran a cabo sus planes con audacia en el
9 momento oportuno. A tal acusación replicó Catón en otra carta que estaba dispuesto a pasar a Italia con las tropas de infantería y caballería que había llevado a Libia y así hacer que César cambiara sus planes y, dejándolos a ellos, se dirigiera contra él.
10 Como Escipión se burló también de esta propuesta, Catón mostró claramente su pesar por haberle cedido el mando, pues pensaba que Escipión no conduciría bien la guerra y que, en caso de que obtuviera un triunfo inesperado, no sería mesurado con
11 sus conciudadanos. Por eso Catón reconocía, y así se lo decía a sus allegados, que no tenía buenas esperanzas sobre la guerra
12 por la inexperiencia y temeridad de los jefes; pero que si, por un golpe de suerte, César era abatido, él no se quedaría en Roma y huiría de la inclemencia y crueldad de Escipión, pues ya estaba
13 profiriendo terribles y soberbias amenazas contra muchos. Los sucesos superaron sus previsiones: una noche, a altas horas, llegó un mensajero desde el campamento, después de tres días de viaje, e informó de que, en una gran batalla librada en Tapso[194],

[193] *Cf.* 53, 5.

[194] En la costa de Túnez, la actual Ras Dimas. La batalla se libró el 6 de

se había perdido todo por completo, que César se había apoderado de los campamentos, que Escipión y Juba habían huido con unos pocos hombres y el resto del ejército había perecido.

Ante el anuncio de estos acontecimientos, la ciudad, como 59
es natural que ocurra durante la noche y en tiempo de guerra, casi enloqueció y a duras penas se contuvo dentro de las murallas. Catón salió entonces y, cuando se encontraba con los que 2
corrían y gritaban, los detenía y disipaba la turbación y la agitación de su miedo explicándoles que quizás lo ocurrido no había sido tanto y los informes lo habían exagerado, y así logró apaciguar el tumulto. Al amanecer mandó convocar a los trescien- 3
tos que formaban su consejo —romanos que hacían negocios en Libia[195] con el comercio y los préstamos— y a los senadores que se encontraran allí junto con sus hijos, a una reunión en el santuario de Júpiter. Cuando estaban todavía juntándose, él se 4
acercó con tanta tranquilidad y calma como si no se hubiera producido ninguna novedad e iba leyendo un libro que llevaba en las manos. Era un registro de los recursos para la guerra: armas, víveres, arcos y soldados. Cuando estuvieron congrega- 5
dos, se dirigió primero a los trescientos y elogió mucho su buena voluntad y la lealtad que habían mostrado con la aportación de dinero, personas y consejos, y les exhortó a no aniquilar sus esperanzas procurándose cada uno de ellos una forma individual de huir y escapar; pues si permanecían unidos, César los 6
despreciaría menos en caso de que lucharan contra él, y los trataría con mayor clemencia en el caso de que se la imploraran. 7
Les pidió que deliberaran ellos sobre su propia situación, pues él no les reprocharía ninguna de las dos opciones y, si se decidían por el bando de la fortuna, atribuiría el cambio a la necesi-

abril del 46 a.C. César se apoderó de los campamentos de Escipión, Afranio y Juba. *Cf.* PLUT., *César* 53, 1-4.

[195] *Cf.* nota 183.

8 dad. Pero si se mantenían firmes frente a la adversidad y ar-
rostraban el peligro en defensa de la libertad, él, además de
aplaudirlos, admirado de su valor se ofrecería como jefe y com-
pañero de armas hasta apurar la última suerte de la patria: no
Útica ni Adrumeto[196], sino Roma, que muchas veces se había
9 recuperado, por su grandeza, de peores adversidades. Añadió
que tenían muchos motivos para confiar en su salvación y segu-
ridad, y el mayor de todos era que luchaban con un hombre del
que las circunstancias tiraban en muchos sentidos diferentes:
Iberia se había pasado al bando de Pompeyo el Joven[197], y la
propia Roma, por falta de costumbre, todavía no aceptaba del
todo el freno, estaba indignada del maltrato que sufría y se re-
10 belaba contra cualquier cambio. Por todo ello no debían huir
del peligro sino aprender del enemigo, quien no escatimaba su
vida para cometer las mayores injusticias a pesar de que no se
encontraba en la situación de ellos, para quienes la incertidum-
bre de la guerra terminaba en la vida más feliz, en caso de vic-
11 toria, o, en caso de derrota, en la muerte más gloriosa. Sin em-
bargo, dijo, eran ellos quienes debían deliberar entre sí, y él
unía sus plegarias a las de ellos para que, en premio a su ante-
rior valor y buena voluntad, la resolución que tomaran redunda-
ra en su provecho.

60 Eso fue lo que dijo Catón, y algunos cobraron ánimo gracias
a sus palabras. Pero la mayoría, ante su intrepidez, su nobleza y
humanidad, casi se olvidaron de su situación y, considerándolo
como el único jefe invencible y superior a cualquier fortuna, le
instaron a que dispusiera de sus personas, sus bienes y sus ar-
2 mas como estimara oportuno; y es que preferían morir por con-
fiar en él antes que salvarse por haber traicionado una virtud tan

[196] También en la costa, al norte de Tapso.

[197] A finales del 47, Gn. Pompeyo había dejado Útica y se había marchado a Hispania, donde logró la adhesión de las tropas romanas.

grande. Cuando uno manifestó la necesidad de decretar la liber- 3
tad para los esclavos, aunque la mayoría se mostró de acuerdo,
Catón dijo que no lo permitiría pues no era una medida legal ni
justa; pero que, si los amos por su cuenta los manumitían, acep-
taría a los que estuvieran en edad militar. Muchos prometieron 4
hacerlo y él dio órdenes para que se hiciera una lista con los
que querían y a continuación se retiró. Poco después recibió 5
cartas de Juba y de Escipión. Juba, que estaba escondido en las
montañas con un puñado de hombres, le preguntaba a Catón
qué había decidido hacer, pues lo esperaría si abandonaba Útica
y, si era asediado, acudiría a socorrerlo con un ejército. Esci-
pión, que estaba asentado junto a un promontorio no lejos de
Útica, aguardaba asimismo sus instrucciones.

Catón, por tanto, decidió retener a los correos hasta estar 61
seguro de la posición de los trescientos. Los miembros del se- 2
nado, ciertamente, estaban muy resueltos y en seguida dieron la
libertad a sus esclavos y los armaron. En cambio, como los tres-
cientos eran gente dedicada a las actividades marítimas y finan-
cieras y la mayor parte de su riqueza se basaba en la posesión
de esclavos, las palabras de Catón no perduraron mucho tiempo
en su ánimo y cayeron en el olvido. Como algunos cuerpos 3
vuelven a soltar el calor con la misma facilidad que lo reciben,
enfriándose cuando se aleja el fuego, así poco más o menos les
pasaba a ellos con Catón: cuando lo tenían ante sus ojos los in-
flamaba y enardecía; pero cuando ellos se pusieron a deliberar
entre sí, el miedo a César los apartó del respeto a Catón y al
honor. «¿Pues quiénes somos —decían— y a quién rehusamos 4
obedecer? ¿No es César ese en el que se concentra todo el poder
de los romanos? Ninguno de nosotros es Escipión ni Pompeyo
ni Catón. ¿Y a pesar de eso, en unas circunstancias en las que 5
todo el mundo, por miedo, es más pusilánime de lo que debiera,
nosotros, por defender la libertad de los romanos, vamos a lu-
char desde Útica contra un hombre ante el que Catón huyó,

6 junto con Pompeyo el Grande, dejándole Italia? ¿Vamos a dar
la libertad a nuestros esclavos para oponerlos a César, nosotros,
que disponemos de la libertad que a él le plazca? Todavía esta-
mos a tiempo, desgraciados de nosotros, de reconocer quiénes
somos, pidamos perdón al vencedor y hagámosle llegar nues-
7 tras súplicas.» Estos consejos los daban los más moderados de
los trescientos, pero la mayor parte conspiraba contra los sena-
dores en la creencia de que, si los apresaban, aplacarían la cóle-
ra de César contra ellos.

62 Catón, aunque sospechaba esa mudanza, no se lo recriminó,
pero escribió a Escipión y a Juba aconsejándoles que se mantu-
vieran alejados de Útica porque los trescientos no eran de fiar,
2 y despachó a los correos. Los caballeros que habían logrado
escapar de la batalla[198], un número no despreciable, se aproxi-
maron a Útica y enviaron ante Catón a tres de ellos, que no
3 llevaban una propuesta unánime de parte de todos: unos desea-
ban irse con Juba y otros unirse a Catón, y había otros incluso
4 que tenían miedo de entrar en Útica. Cuando Catón oyó estos
informes, ordenó a Marco Rubrio que tuviera cuidado con los
trescientos mientras hacía con discreción, sin forzar a nadie, la
5 relación de los que liberaban a sus esclavos. Él, por su parte,
tomó consigo a los senadores y salió de Útica. Se entrevistó con
los jefes de la caballería y les pidió que no abandonaran a tantos
senadores romanos ni escogieran como general a Juba en lugar
de Catón, sino que se salvaran a sí mismos y a la vez salvaran a
otros entrando en una ciudad que no podía ser tomada por la
fuerza y contaba con las provisiones y los demás pertrechos
6 necesarios para muchos años. Esas mismas súplicas les hicie-
ron también, entre lágrimas, los senadores; y mientras los co-
mandantes trataban el asunto con los caballeros, Catón espera-
ba su respuesta sentado en una colina con los senadores.

[198] De Tapso.

En eso llegó Rubrio acusando airadamente a los trescientos 63
de haberse rebelado y agitar la ciudad provocando un gran desor-
den y alboroto. Ante estas noticias, los otros, completamente 2
desesperados, prorrumpieron en llantos y lamentos, y Catón,
mientras trataba de darles ánimo, envió a los trescientos la or-
den de que lo esperaran. Los representantes de los caballeros 3
llegaron con exigencias nada moderadas: dijeron, en efecto,
que no querían ser mercenarios de Juba ni temían a César si
tenían a Catón de jefe; pero que encerrarse con los uticenses, 4
unos fenicios veleidosos, era peligroso, pues, aunque por el mo-
mento estuvieran tranquilos, cuando César atacara se unirían a
él y harían traición. Por tanto, si alguien requería su alianza y su 5
ayuda, primero debía expulsar a todos los uticenses o acabar
con ellos, y, cuando la ciudad quedara así limpia de enemigos y
bárbaros, que los invitara a entrar a ellos. Tal demanda le pare- 6
ció a Catón terriblemente salvaje y bárbara, pero respondió con
tacto que lo consultaría con los trescientos. De vuelta a la ciu- 7
dad, se encontró con hombres que ya no inventaban excusas ni
rodeos por consideración con él, y abiertamente se indignaban
si alguien trataba de forzarlos, cuando no podían ni querían, a
luchar contra César. Algunos incluso dejaban caer acerca de los 8
senadores que, ante el avance de César, había que retenerlos
dentro de la ciudad[199]; pero Catón hizo como si no lo hubiera
oído —y de hecho era un poco sordo—. Mas cuando llegó el 9
aviso de que los caballeros se marchaban, temeroso de que los
trescientos, totalmente fuera de sí, atentaran contra los senado-
res, salió de la ciudad andando con sus amigos. Al ver que los 10
caballeros ya se habían adelantado, cogió un caballo y fue a
alcanzarlos. Contentos de verlo acercarse, le dieron la bienveni-
da y le pidieron que se salvara con ellos. Dicen que entonces 11
Catón llegó incluso a llorar mientras les suplicaba por los sena-

[199] *Cf.* 61, 7.

dores con las manos tendidas, e intentaba darles la vuelta a los caballos de algunos y les cogía las armas, hasta que consiguió que se quedaran al menos aquel día y aseguraran la huida de los senadores.

64 Cuando llegó con ellos a la ciudad, apostó a unos en las
puertas y a otros les encargó la custodia de la ciudadela. Los
trescientos, temerosos de ser castigados por su mudanza, envia-
ron mensajes a Catón pidiéndole con insistencia que fuera con
2 ellos. Pero los senadores lo rodearon y no se lo permitían y de-
claraban que no entregarían a su protector y salvador a unos
3 pérfidos traidores. Fue entonces, al parecer, cuando todos los
que estaban en Útica sin excepción manifestaron de forma más
clara que conocían, apreciaban y admiraban la virtud de Catón,
4 pues no había nada falso ni engañoso en sus actos. Aunque ha-
cía tiempo que el hombre estaba resuelto a suicidarse, sufría
tremendas fatigas y soportaba preocupaciones y padecimientos
por los demás, para garantizar la seguridad de todo el mundo
antes de abandonar la vida. Pues no había duda sobre su deci-
5 sión de morir aunque no lo dijera. Así que en esa ocasión, des-
pués de tranquilizar a los senadores, accedió a la petición de los
trescientos y fue solo a su encuentro; ellos le manifestaron su
agradecimiento y le pidieron que en todo lo demás dispusiera
de ellos con confianza, pero que si no eran Catones ni tenían la
altura de miras de Catón, que se compadeciera de su debilidad;
6 y añadieron que, resueltos como estaban a enviar sus súplicas a
César, le rogarían en primer lugar y sobre todo por Catón, pero
que, si no lo persuadían, no aceptarían la gracia que les ofrecie-
ra a ellos, sino que lucharían por Catón mientras les quedara
7 aliento. Ante tales manifestaciones, Catón elogió su buena vo-
luntad y les dijo que, por la salvación de ellos, debían enviar las
súplicas cuanto antes, pero que por él no suplicaran pues la sú-
plica es propia de vencidos y pedir perdón propio de culpables;
8 y él no sólo había permanecido invicto durante toda su vida,

sino que además era vencedor en la medida en que él lo quería
y superaba a César en honorabilidad y justicia. Éste, en cambio, 9
era el derrotado y vencido, pues los delitos contra la patria que
en otro tiempo negaba estar cometiendo eran en ese momento
probados y flagrantes.

Tras esa conversación con los trescientos, se retiró; e infor- 65
mado de que César ya estaba en camino con todo su ejército,
dijo: «¡Ajá!, nos tiene por hombres». Luego se dirigió a los se- 2
nadores y les pidió que no se demoraran y se pusieran a salvo
en tanto que los caballeros permanecían allí. Cerró todas las 3
puertas y, sirviéndose únicamente de la que conducía al mar,
distribuyó las naves entre los que tenía a su cargo, y velaba por
el orden impidiendo los abusos, disolviendo los tumultos y su-
ministrando provisiones para el viaje a quienes carecían de re-
cursos.

Cuando Marco Octavio[200] con dos legiones asentó sus reales 4
cerca de allí y mandó a Catón la petición de delimitar con él las
competencias del mando, no le dio ninguna respuesta, pero a 5
sus amigos les dijo: «¡Luego nos extrañamos de que la situa-
ción esté perdida, cuando vemos que la ambición de mando
permanece entre nosotros, aunque nos encontramos en pleno
desastre!». En esto, como se enteró de que los caballeros, que 6
ya se iban, cogían los bienes de los uticenses y se los llevaban
como botín, corrió rápidamente hacia ellos y a los primeros que
encontró les quitó lo que se llevaban, en tanto que los demás se
apresuraron a tirarlo y dejarlo allí, y llenos todos de vergüenza
se marcharon en silencio con la mirada baja. Catón reunió a los 7
uticenses dentro de la ciudad y les rogó que no incitaran a César
contra los trescientos, sino que colaboraran unos con otros por
la salvación común. Luego regresó al mar, pendiente de los que 8

[200] Un comandante pompeyano, probablemente legado propretor de Metelo Escipión.

se embarcaban, y a los amigos y huéspedes que había logrado
9 convencer, los abrazaba y despedía. Pero a su hijo no había podido convencerlo de que tomara un barco y no pensó que debiera disuadirlo de permanecer junto a su padre.

10 Había un tal Estatilio, un hombre joven y deseoso de tener
11 firmeza de ánimo y de imitar la impasibilidad de Catón[201]. Le pidió que se embarcara, pues era notoria su aversión a César, pero, como no consentía, Catón dirigió la mirada al estoico Apolónides y al peripatético Demetrio y les dijo: «Es tarea vuestra deshinchar la presuntuosidad de éste y adecuarlo a lo
12 que le conviene». Él, despidiendo a los demás y atendiendo a sus necesidades, pasó así la noche y la mayor parte del día siguiente.

66 Lucio César[202], que era pariente del famoso César y se disponía a partir como embajador en nombre de los trescientos, pidió a Catón que le ayudara a preparar un discurso persuasivo para pronunciarlo en favor de aquéllos, «pues para defenderte a ti personalmente, lo que considero apropiado es coger las manos de César y postrarme ante sus rodillas». Catón le prohibió
2 que hiciera tal cosa. «Pues si yo quisiera salvarme por gracia de César —dijo— debería ir yo en persona a verlo a solas. Pero no quiero estarle agradecido al tirano por actuar ilegalmente; y comete una ilegalidad salvando, como un amo, a quienes no le corresponde dominar. Sin embargo, veamos juntos, si quieres,
3 cómo puedes interceder por los trescientos.» Por tal razón estuvo con Lucio y, cuando éste se marchaba, le recomendó a su
4 hijo y a sus compañeros. Lo despidió estrechándole la mano y volvió a casa, reunió a su hijo y a sus amigos y, entre otras muchas cosas de las que habló, le prohibió al muchacho que se

[201] *Cf.* 66, 6-8; 73, 7.

[202] Era procuestor con Catón. Aunque fue perdonado por César, sin embargo no mucho después le dieron muerte.

dedicara a la política, pues la situación no permitía hacerlo de 5
una manera digna de Catón, y hacerlo de otra manera sería vergonzoso.

Hacia el atardecer, fue a bañarse, y estando en el baño se 6
acordó de Estatilio y empezó a dar voces: «Apolónides, ¿conseguiste apear a Estatilio de sus pretenciosas intenciones y enviarlo fuera? ¿Y se ha hecho a la mar sin despedirse siquiera de
nosotros?». «¿Y cómo? —dijo Apolónides—, hablamos mucho 7
pero es altanero e inconmovible y afirma que se queda y hace lo
que tú hagas.» A esto dicen que respondió Catón con una sonri- 8
sa: «Bueno, eso pronto se verá».

Tras el baño, cenó en compañía de muchos invitados, senta- 67
do como acostumbraba desde la batalla[203], pues no se recostaba más que para dormir; asistieron a la cena todos sus amigos y las
autoridades de Útica. Tras la cena, hubo, con la bebida, una 2
charla muy culta y amena en la que se sucedían las cuestiones filosóficas unas tras otras, hasta que la conversación recayó sobre las llamadas paradojas de los estoicos[204]: en concreto, que sólo el hombre bueno es libre y que son esclavos todos los ma-
los. Entonces, al hacer el peripatético[205], como era de esperar, la 3
refutación, Catón contraatacó con vehemencia y, dando a su voz un tono enérgico y áspero, disertó largamente sobre el tema con admirable tesón, de modo que a nadie se le escapó que había resuelto poner fin a su vida para salir de la situación en
la que estaba. Por eso, después de su discurso, el silencio y la 4
tristeza se adueñaron de todos, y Catón, tratando de reconfortarlos y de alejar las sospechas, volvió a hacerles preguntas y a

203 La batalla de Farsalia. *Cf.* 56, 7.

204 Una crítica de éstas se puede encontrar en los tratados antiestoicos de Plutarco y, en particular, en el mordaz opúsculo *Los estoicos dicen más disparates que los poetas*.

205 Debe de referirse a Demetrio, mencionado más arriba en 65, 11.

manifestar sus preocupaciones sobre la situación, pretextando que estaba intranquilo por los que se hacían a la mar y por los que viajaban a través de un desierto sin agua e inhóspito[206].

68 Terminado así el banquete, fue a dar un paseo con sus amigos, como solía hacer después de cenar, y dio a los jefes de la guarnición las órdenes oportunas. Cuando ya iba a retirarse a su habitación, abrazó a su hijo y a cada uno de sus amigos y estuvo con ellos más cariñoso de lo que acostumbraba, con lo que rea-
2 vivó las sospechas sobre lo que iba a suceder. Una vez dentro y acostado, tomó en sus manos el diálogo de Platón sobre el alma[207]. Cuando ya había leído la mayor parte del libro, levantó la mirada por encima de su cabeza y, al no ver colgada la espada (pues su hijo se la había llevado mientras él estaba todavía cenando), llamó a un esclavo y le preguntó quién había cogido la
3 daga. Siguió con el libro mientras el esclavo guardaba silencio; esperó un poco, como si no tuviera prisa ni impaciencia y simplemente echara en falta su espada, y le mandó que se la trajera.
4 Como el tiempo pasaba y nadie se la llevaba, él, finalizado el libro, fue llamando a los esclavos uno a uno, e iba subiendo el
5 tono de voz al pedirles la espada; a uno incluso le dio un puñetazo en la boca, con lo que se hizo sangre en la mano. Irritado ya, exclamaba a gritos que su hijo y sus esclavos iban a entregarlo desarmado al enemigo; hasta que su hijo, llorando, entró corriendo con sus amigos y se abrazó a él entre lamentos y sú-
6 plicas. Catón, puesto en pie, con una mirada furiosa le dijo: «¿Cuándo y dónde, sin que yo me haya enterado, ha quedado demostrada mi locura, y por eso nadie intenta aconsejarme ni

[206] Los romanos que se embarcaban rumbo a Italia y los caballeros que trataban de unirse a Juba, que estaba escondido en las montañas. *Cf.* 60, 5.

[207] El *Fedón*, que cuenta la conversación de Sócrates con sus amigos en las horas previas a su muerte. Es la última, y la más importante, asociación de la figura de Catón con la de Sócrates.

disuadirme de las decisiones equivocadas que al parecer he to-
mado, pero se me impide que aplique mis propios razonamien-
tos y se me desarma? ¿Por qué, hijo bondadoso, no le atas tam- 7
bién a tu padre las manos a la espalda hasta que llegue César y
me encuentre incapaz de defenderme? Para matarme no tengo 8
necesidad de espada si, conteniendo la respiración por poco
tiempo o golpeándome la cabeza una sola vez contra la pared,
puedo morir».

Cuando esto dijo, el joven salió llorando y también todos los 69
demás; los únicos que se quedaron fueron Demetrio y Apolóni-
des[208] y, ya con más afabilidad, les dijo: «¿Acaso también voso- 2
tros habéis decidido retener por la fuerza en la vida a un hombre
de mi edad[209], y vigilarme sentados aquí en silencio? ¿O habéis
venido a explicarme que no es terrible ni vergonzoso que Ca-
tón, al carecer de otro medio de salvación, se quede esperando
la que le otorgue su enemigo? ¿Entonces por qué no intentáis 3
convencerme de eso y enseñarme algo distinto para que dese-
chemos las célebres opiniones y principios con los que hemos
vivido hasta ahora y aumente nuestro reconocimiento a César
por habernos hecho más sabios gracias a él? Con todo, no he 4
tomado ninguna decisión sobre mí mismo; pero cuando la ha-
ya tomado, es preciso que sea dueño de realizar mi propósito. 5
En cierta manera, voy a decidir con vosotros, puesto que lo
hago conforme a los principios que vosotros también seguís
como filósofos. Así que marchaos con ánimo y recomendad a
mi hijo que no intente obligar a su padre a hacer aquello de lo
que no puede convencerlo».

Sin replicar nada a esto, Demetrio y Apolónides se marcha- 70
ron taciturnos y derramando lágrimas. Le enviaron la daga con
un niño pequeño y él la cogió, la desenvainó y la examinó.

---

[208] *Cf.* 65, 11.

[209] Tenía cuarenta y ocho años. *Cf.* 73, 1.

2 Cuando vio que tenía la punta derecha y estaba afilada, dijo:
«Ahora soy mío»; dejó la espada y volvió a la lectura del libro,
3 y dicen que lo leyó entero dos veces. Luego se sumió en un
sueño tan profundo que lo oían los que estaban fuera y, alrede-
dor de la medianoche, llamó a dos de sus libertos, el médico
Cleantes y Butas, al que recurría sobre todo para asuntos políti-
4 cos. A este último lo envió al mar para que comprobara si efec-
tivamente todos habían zarpado y le informara; y al médico le
tendió la mano, hinchada por el golpe que le había dado al es-
clavo, para que se la vendara. Esto los puso contentos a todos,
5 pues les parecía que tenía ganas de vivir. Poco después llegó
Butas refiriendo que habían zarpado todos menos Craso[210], que
se había quedado por cierto negocio, pero que también él iba a
embarcar en seguida, y que una gran tempestad y un fuerte
6 viento se habían adueñado del mar. Al oírlo, Catón suspiró por
compasión de los que iban navegando y volvió a enviar a Butas
al mar para que le avisara si alguien regresaba y pedía alguna
cosa necesaria.

Ya cantaban los pájaros y se volvió a quedar dormido un
7 rato. Cuando Butas regresó y le contó que en los puertos había
gran tranquilidad, Catón le ordenó que cerrara la puerta y se
tendió en el lecho como si fuera a seguir descansando lo que
8 todavía quedaba de la noche. Pero, una vez que salió Butas,
desenvainó la espada y se la clavó por debajo del pecho; pero el
impulso fue demasiado débil a causa de la hinchazón de la
mano, por lo que no murió de inmediato y, en la agonía, se cayó
del lecho e hizo ruido al tirar un ábaco de figuras geométricas
que tenía al lado. Los esclavos, al oírlo, empezaron a gritar e
9 inmediatamente acudieron el hijo y los amigos. Al verlo empa-
pado en sangre y con la mayor parte de los intestinos fuera, pero

[210] P. Licinio Craso Juniano, legado propretor con Metelo Escipión y Catón en África.

todavía vivo y con los ojos abiertos, todos se estremecieron; el médico se acercó y, como los intestinos habían quedado ilesos, intentó colocarlos de nuevo en su sitio y coser la herida. Pero 10
cuando Catón volvió en sí y recobró el conocimiento, apartó al médico, reabrió la herida y se destrozó las entrañas con las manos, y murió.

En menos tiempo del que se pensaría que todos los de la 71
casa se habían enterado de los sucedido, los trescientos se encontraban ya a las puertas y poco después estaban congregados los habitantes de Útica, que lo aclamaban con una sola voz como su bienhechor y salvador y el único hombre libre e invicto[211]. Actuaban así cuando se anunciaba que César estaba a pun- 2
to de llegar; pero ni el miedo al vencedor ni el deseo de adularlo ni las discordias y disensiones entre ellos debilitaron su respeto por Catón. Ataviaron su cuerpo con suntuosos ornamentos, le 3
hicieron un espléndido cortejo y lo sepultaron a la orilla del mar, donde actualmente se alza una estatua suya con una espada en la mano; hecho esto, se ocuparon ya de su propia salvación y la de la ciudad.

César, enterado por los que iban llegando hasta él de que 72
Catón permanecía en Útica y no intentaba huir, sino que preparaba la partida de los demás mientras él, sus amigos y su hijo se quedaban allí sin temor, pensaba que era muy difícil averiguar el propósito de Catón y, como lo tenía en la mayor consideración, avanzaba de prisa con su ejército. Cuando se enteró de su 2
muerte, se cuenta que tan sólo exclamó: «¡Catón, te envidio por tu muerte, pues tú me has envidiado a mí por tu salvación![212]».
Y es que en realidad, si Catón hubiera consentido dejar su sal- 3

---

[211] Es posible que tal aclamación fuera, en realidad, la inscripción fúnebre de Catón en Útica.

[212] La exclamación de César se cita también en PLUT., *César* 54, 2 y *Máximas de romanos* 206 E.

vación en manos de César, parece que no habría rebajado su fama tanto como habría enaltecido la de aquél. Lo que habría ocurrido no está claro, pero es verosímil que César se hubiera inclinado por la clemencia[213].

73 Catón murió cuando le faltaban dos años para cumplir los
2 cincuenta. Su hijo no sufrió ningún daño por parte de César; se dice que era negligente y, en lo concerniente a las mujeres, no
3 irreprensible. En Capadocia se hospedó en casa de cierto Marfadates, miembro de la familia real, que tenía una mujer bonita, y, como se estaba quedando en su casa más tiempo del conveniente, le escribieron algunas burlas como ésta:

4 *Mañana se va Catón... después de treinta días,*

y

Porcio y Marfadates: dos amigos, una sola alma

—pues la mujer de Marfadates se llamaba Psique[214]—, y también:

Catón es noble e ilustre: tiene alma real.

5 Sin embargo, consiguió borrar y que se desvaneciera toda esa mala fama con su muerte. Cuando luchaba en Filipos[215] contra César[216] y Antonio en defensa de la libertad y su forma-

[213] Esto se puede deducir de la citada exclamación de César. Pero en la biografía de éste (*cf.* PLUT., *César* 54, 3), Plutarco considera la bilis vertida por César en el *Anticatón* una prueba de que tal vez no se habría inclinado por la clemencia.

[214] El nombre significa «alma» en griego.

[215] La batalla de Filipos tuvo lugar en el 42 a.C.

[216] Octavio, el futuro Augusto.

ción estaba retrocediendo, en lugar de huir o esconderse desafiaba a los enemigos exponiéndose en la primera fila e infundía valor a los que permanecían a su lado, hasta que cayó dejando a los enemigos admirados de su valor[217].

Pero fue sobre todo la hija de Catón la que no se mostró in- 6
ferior a él en buen juicio y valor. Casada con Bruto, el que mató a César, ella misma tomó parte en la conjuración y se quitó la vida de una manera digna de su noble estirpe y su virtud, como he dejado escrito en la *Vida de Bruto*[218].

En cuanto a Estatilio[219], el que había expresado su propósito 7
de imitar a Catón, los filósofos le impidieron que se matara entonces, como quería; pero después, tras un comportamiento muy leal y servicial con Bruto, murió en Filipos[220].

217 *Cf.* PLUT., *Bruto* 49, 9.

218 *Cf.* PLUT., *Bruto* 13, 2-11; 53, 5-7.

219 *Cf.* 65, 10-11; 66, 6-7.

220 *Cf.* PLUT., *Bruto* 51, 5-6.



DEMÓSTENES-CICERÓN

INTRODUCCIÓN

El par *Demóstenes-Cicerón* es el que compuso Plutarco en quinto lugar en la serie de las *Vidas paralelas*[1]. La tradición ha hecho que hoy en día el paralelismo entre ambas figuras sea algo indiscutible, y en la Antigüedad se consideraba que con ellos había llegado la oratoria a su grado más alto de perfección, por lo que era habitual parangonarlos, como hace el autor del tratado *Sobre lo sublime* (12, 4), e incluso Cecilio de Caleacte escribió una *Comparación de Demóstenes y Cicerón*[2]. El propio Cicerón, que admira muchísimo a Demóstenes, acepta en seguida poner a sus discursos contra Antonio el mismo título de los discursos que aquél pronunció contra Filipo: *Filípicas*[3]. Distinto, a la vez que original, es el planteamiento de Plutarco, que rehúsa comparar la oratoria de Cicerón y Demóstenes y declara que pretende averiguar el carácter y las actitudes de ambos a partir de sus acciones y su actividad política[4]. Como en el resto de las biografías, es el estudio del carácter lo que interesa al autor de las *Vidas paralelas*, con una finalidad ejemplarizadora

[1] *Cf.* PLUT., *Demóstenes* 3, 1.

[2] PLUTARCO hace una mención crítica de este autor en *Demóstenes* 3, 2.

[3] *Cf.* PLUT., *Cicerón* 24, 6; 48, 6.

[4] *Cf.* PLUT., *Demóstenes* 3, 1.

y moralizante, y si trata de la oratoria es porque la considera un instrumento para la actividad política de los protagonistas[5].

Plutarco encabeza las *Vidas* de estos dos personajes con una comparación preliminar en la que distingue dos tipos de semejanzas entre uno y otro[6]: la ambición, el amor a la libertad y la falta de valor ante los peligros y las guerras son rasgos comunes del carácter de ambos. Las otras coincidencias, en cambio, se deben a la fortuna: de personas desconocidas que eran pasaron a hacerse poderosos, se enfrentaron a reyes y tiranos, perdieron cada uno una hija, fueron al exilio y regresaron con honor, y murieron poco después de que su patria perdiera la libertad.

Las dos biografías se enmarcan entre esta comparación inicial, que destaca las semejanzas, y la comparación formal o *sýnkrisis* que, situada al final[7], señala principalmente las diferencias. Ahora Plutarco, que había renunciado a hacer una comparación detallada del estilo de la oratoria de los personajes, cree necesario señalar un par de rasgos distintivos: Demóstenes dedicó toda su capacidad intelectual a la oratoria, mientras que Cicerón se interesó también por la literatura y la filosofía. La oratoria refleja una diferencia en el carácter (que es, en definitiva, lo que importa): la de Demóstenes es seria y carente de humor, mientras que Cicerón manifiesta en sus discursos una tendencia a la broma a veces excesiva. Demóstenes es muy comedido para elogiarse a sí mismo, mientras que Cicerón llega a hacerse insoportable por lo contrario. Como oradores políticos, los dos fueron igualmente poderosos, pero Cicerón superó a Demóstenes en dos aspectos: ejerció el poder político y militar

---

[5] Así la consideran también algunos protagonistas de las biografías. *Cf.*, por ejemplo, PLUT., *Demóstenes* 8, 6; *Cicerón* 13, 1; 51 (2), 3; *Catón el Joven* 4, 3.

[6] *Cf.* PLUT., *Demóstenes* 3, 3-5.

[7] *Cf.* PLUT., *Cicerón* 50 (1)-54 (5).

efectivo al desempeñar los cargos públicos más importantes, y además no se dejó corromper ni tuvo comportamientos indignos por codicia de riquezas. En lo referente al exilio, la comparación se equilibra: el de Cicerón tuvo un motivo más noble, la eliminación de los enemigos de la patria, mientras que Demóstenes fue condenado por corrupción. Sin embargo, durante el exilio y después del mismo, Demóstenes continuó luchando por sus ideales, y Cicerón abandonó la lucha por la libertad de su patria. Por último, frente al lastimoso final de Cicerón, la entereza de Demóstenes en su suicidio proporciona a Plutarco un colofón heroico para estas dos biografías.

DEMÓSTENES

Demóstenes nació probablemente en el 384 a. C. en Atenas, en el demo de Peania. Su padre se llamaba también Demóstenes y era un rico fabricante de armas, pero murió cuando su hijo contaba sólo siete años. Los tutores dilapidaron su hacienda y Demóstenes, que estudió retórica con Iseo, en cuanto llegó a la mayoría de edad empezó a querellarse contra ellos. Tras varios años de pleitos, consiguió que le devolvieran sólo una pequeña parte de su hacienda pero, con la formación y la práctica adquiridas, pudo dedicarse a la profesión de logógrafo, primero en casos privados y, a partir del 355/354 a. C., también empezó a componer (y a pronunciar personalmente) discursos de contenido político. La mitad de su vida, al menos desde el 351 a. C., cuando pronunció la *Primera Filípica*, hasta su muerte, la consagró a luchar incansablemente contra Macedonia en defensa de la libertad de su patria. Sus armas fueron la oratoria y la diplomacia. Primero se enfrentó a Filipo y luego a Alejandro. Al final del reinado de éste, condenado por corrupción, huyó de Atenas; pero desde el exilio continuó su lucha política esforzándose

por coaligar de nuevo a los griegos contra Macedonia. Volvió a su ciudad, aunque por poco tiempo, pues los griegos fueron derrotados una vez más y Demóstenes tuvo que huir de Atenas. Perseguido por los esbirros de Antípatro de Macedonia, se suicidó envenenándose en Calauria en el 322 a.C.

La síntesis cronológica de su vida es como sigue (todas las fechas son a.C.):

384/383 (o tal vez 381/380)[8]: Demóstenes nace en Atenas.

364: Fmpieza a pleitear contra sus tutores por su herencia.

355: Pronuncia personalmente un discurso por primera vez, el *Contra Leptines*.

351: Pronuncia la *Primera Filípica*.

349: Tras el ataque de Filipo a Olinto, pronuncia las tres *Olintíacas*.

346: Participa en la embajada a Macedonia que negocia con Filipo la llamada paz de Filócrates. Pronuncia su discurso *Sobre la paz*.

344-343: Pronuncia la *Segunda Filípica*.

341: Pronuncia la *Tercera* y *Cuarta Filípicas*. A propuesta de Demóstenes, los atenienses envían una expedición a Eubea que consigue expulsar al tirano filomacedonio de Eretria.

340: Impulsa una expedición ateniense en socorro de Perinto y Bizancio, que estaban siendo asediadas por Filipo.

339: Actúa de embajador ante las ciudades griegas para formar una alianza contra el macedonio. Tras conseguir también la alianza de Tebas, Filipo intentó llegar a un acuerdo.

---

[8] *Cf.* PLUT., *Demóstenes* 12, 3 y nota.

338: Batalla de Queronea. Según las fuentes, Demóstenes tuvo un comportamiento cobarde en la batalla; sin embargo, tras la derrota, los atenienses le encargan que pronuncie el *Epitafio*.
336: Ctesifonte propone la concesión de una corona de oro a Demóstenes.
335: Tras la destrucción de Tebas, Alejandro exige la entrega de Demóstenes junto con otros políticos atenienses.
330: Esquines pronuncia el discurso *Contra Ctesifonte* y Demóstenes replica con *Sobre la corona*.
324: Hárpalo huye de Asia y llega a Atenas. Demóstenes y otros políticos son sospechosos de haberse dejado corromper.
323: Demóstenes es condenado y huye de Atenas. Tras la muerte de Alejandro en el mes de junio, se une a los embajadores de Atenas y recorre las ciudades griegas para coaligarlas contra Macedonia. Comienza la guerra de Lamia.
322: Demóstenes regresa a Atenas con todos los honores: último momento de gloria suprema previo a la caída. Los griegos son derrotados en Cranón y en Amorgo. Demóstenes huye de Atenas y, a propuesta de Démades, es condenado a muerte. Alcanzado por los esbirros de Antípatro, se suicida en Calauria (la isla de Poros).

Para el conocimiento de la vida de Demóstenes, nuestras fuentes principales son, además de los discursos del propio orador y los de sus contemporáneos, la breve biografía incluida en Pseudo Plutarco, *Vidas de los diez oradores*, y, sobre todo, la *Vida* escrita por Plutarco.

Plutarco conocía muchos discursos de Demóstenes y es evi-

dente que se sirve de ellos en la composición de su biografía, especialmente las *Filípicas* y *Sobre la corona*. También emplea discursos de Esquines, sobre todo el *Contra Ctesifonte*. Se sirve también de otras fuentes y son numerosos los autores que cita, ya sea para apoyar una afirmación, ya para polemizar con ellos; pero es prácticamente imposible determinar con seguridad cuándo hace un uso directo de los mismos y cuándo los cita a través de otros. Entre los autores a los que Plutarco pudo haber recurrido directamente están Demetrio de Falero, Eratóstenes de Cirene, Hermipo de Esmirna, Filarco, Idomeneo de Lámpsaco, Teopompo de Quíos y Teofrasto de Éreso. Las numerosas fuentes, directas o indirectas, con las que contó, son bastante heterogéneas: aparte de Demóstenes y los oradores contemporáneos de Plutarco, hay historiadores y eruditos de distintos siglos, algunos de ellos contemporáneos de Demóstenes y otros muy cercanos ya a la época de Plutarco; hay quienes se han ocupado del Demóstenes orador y quienes se han ocupado del político, unos son favorables al personaje y otros (parece que la mayoría de las fuentes de Plutarco) desfavorables. Pero Plutarco no se limita a cumplir el papel de mero transmisor de lo que ha llegado a su conocimiento, sino que ha realizado una selección de los datos (y, sin duda, también él se ha visto influenciado por ellos) y los ha organizado para ofrecer un retrato del personaje conforme a sus criterios políticos y éticos y que responde al objetivo declarado al comienzo de la *Vida*: el examen del carácter y de las actitudes del personaje a la luz de sus hechos y de su actuación política.

Ofrecemos el siguiente esquema de la *Vida de Demóstenes*:

Primera parte: presentación del personaje y comienzo de su actividad política (1-15):

— Introducción: problemas que encuentra el autor por no vivir en una ciudad con abundancia de libros a su alcance y no dominar el latín a la perfección (1-2). Renuncia a comparar la oratoria de Demóstenes y Cicerón y comparación de su carácter y fortuna (3).
— Origen familiar del personaje, infancia y constitución física (4).
— Vocación por la oratoria. Aprendizaje con Iseo y otros estudios (5).
— Primeros pasos en la oratoria. Problemas de dicción y declamación y ejercicios para superarlos (6-8, 2).
— Caracterización de la oratoria de Demóstenes: entre la preparación y la improvisación (8, 3-9, 5). Comparación con la oratoria de Démades y Foción (10). Importancia de la dicción clara y la entonación adecuada (11, 1-3). Decoro y severidad en los discursos, chanza en las contestaciones (11, 4-7).
— Caracterización política: la noble base de su política es la defensa de los griegos, que mantiene valerosamente a lo largo de toda su vida. En su política (como muestran sus discursos) el fin último es siempre el bien y lo conveniente. Los rasgos negativos: carecía de valor en la guerra y no rehusaba el soborno, por lo que no es comparable a los grandes personajes políticos del siglo v a.C. (12-13). En cambio Foción sí se puede comparar a personajes del siglo anterior, pues no tuvo esos defectos y dio pruebas de su valor y justicia; pero, con excepción de este último, Demóstenes aventajó al resto de los políticos de su tiempo (14).
— Actividad como logógrafo (no siempre irreprochable), y primeros discursos políticos (15).

Segunda parte: hechos políticos (16-27):

— Oposición a la política hegemónica de Filipo de Macedonia: Demóstenes impulsa expediciones atenienses que frenan su expansión y va formando una alianza de ciudades griegas (16-17).
— El poder de Demóstenes alcanza su apogeo. Gracias al poder de su oratoria, consigue la adhesión de Tebas a la alianza. Le obedecen los generales atenienses y los beotarcas y dirige la asamblea de Atenas y la de Tebas. Filipo busca un acuerdo (18).
— Demóstenes no hace caso de los malos presagios. A pesar de la derrota de Queronea y del comportamiento poco valeroso de Demóstenes, el orador es respetado y apreciado por todos, tanto en Macedonia y Persia como en Atenas, donde proseguirá su política de oposición a Filipo hasta la muerte de éste (19-22).
— Demóstenes consigue coaligar a los griegos contra Alejandro. Tras la derrota, y durante el reinado de Alejandro, Demóstenes queda apartado de la dirección política; pero sigue gozando del apoyo de los atenienses, que le dieron la victoria frente a Esquines en el proceso por la corona (23-24).
— Otro aspecto negativo de la actuación pública de Demóstenes: Hárpalo llega a Atenas con el dinero robado a Alejandro, y Demóstenes, acusado de haberse dejado sobornar por él, es condenado y enviado a prisión por no poder pagar la multa que se le impone, pero logra evadirse y huye de Atenas (25-26).
— Tras la muerte de Alejandro, Demóstenes se une a los embajadores atenienses para volver a formar una coalición de los griegos contra el dominio macedonio. Regresa a Atenas, donde le dispensan un recibimiento triunfal (27).

Tercera parte: final de su influencia política, muerte y fama póstuma (28-31):

— Muy pronto, los griegos son derrotados de nuevo por los macedonios. Los dirigentes políticos antimacedonios, y entre ellos Demóstenes, huyen de Atenas (28).
— Cuando los esbirros de Antípatro encuentran a Demóstenes, que se había refugiado en el templo de Posidón en Calauria, se suicida envenenándose. Distintas versiones sobre cómo tomó el veneno (29, 1-30, 5).
— Tiempo después, los atenienses le erigieron una estatura de bronce y otorgaron honores a sus descendientes. Anécdota en relación con la estatua y epigramas en su honor. Castigo de Démades por su traición a Demóstenes (30, 5-31).

CICERÓN

Marco Tulio Cicerón nació en Arpino, una localidad del Lacio, el 3 de enero del 106 a.C. y murió cuando contaba casi sesenta y cuatro años, el 7 de diciembre del 43 a.C. Perteneciente a una familia acaudalada del orden ecuestre, recibió la mejor formación posible, junto a expertos en leyes, filósofos y maestros de retórica, primero en Roma y luego en Atenas, Asia y Rodas. Tras su regreso a Roma, tuvo un fulgurante éxito como abogado y, a la edad de treinta y un años comenzó el *cursus honorum* ejerciendo el cargo de cuestor. Más tarde fue pretor y, finalmente, llegó al consulado en el año 63 a.C. Brilló más que nadie como orador tanto en los discursos judiciales como en los políticos, y la fuerza de su oratoria contribuyó decisivamente a que alcanzara la magistratura suprema y el mayor poder dentro del Estado romano. Defendió con denuedo los ideales políticos de la República romana, pero los enemigos de ésta acabaron

venciendo en la pugna y Cicerón fue apartado de la dirección política hasta que finalmente fue asesinado.

Ofrecemos a continuación la síntesis cronológica de su vida (todas las fechas son a. C.):

106: Nacimiento de Cicerón.
89: Servicio militar en la guerra social.
80: Defensa de Roscio Amerino.
79-77: Estancia en Atenas, Asia y Rodas.
75: Ejerce el cargo de cuestor en *Sicilia*.
70: Proceso contra Verres.
69: Ejerce el cargo de edil.
66: Obtiene el cargo de pretor.
63: Alcanza el consulado. Descubre y deshace la conjuración de Catilina. Entre noviembre y los primeros días de diciembre, Cicerón pronuncia las cuatro *Catilinarias*.
58: Exilio de Cicerón durante el tribunado de Clodio.
57: Regresa a Roma en septiembre.
56: Cicerón trata de anular las medidas tomadas durante el tribunado de Clodio.
53: Tras la muerte del hijo de Craso en Carras, Cicerón es designado augur.
52: En enero, Clodio es asesinado por orden de Milón. Éste es condenado al exilio tras un juicio en el que Cicerón, asustado, no es capaz de realizar una defensa eficaz.
51- 50: Cicerón está en Cilicia como procónsul.
49: Cuando Cicerón vuelve a Roma en enero, estalla la guerra civil. En abril se une al bando de Pompeyo y se marcha a Grecia.
47: Tras la derrota de los pompeyanos, Cicerón vuelve a Italia y se encuentra con César en Brindis.

46: Cicerón se encarga de la defensa de Ligario. Se divorcia de Terencia y se casa con Publilia.
45: Apartado de la política, Cicerón se dedica a componer obras filosóficas.
44: Tras la muerte de César en marzo, Cicerón llega a un acuerdo con Octavio. Su oposición a Antonio le lleva a pronunciar contra él las cuatro primeras *Filípicas*.
43: Antes de la derrota de Antonio en abril, Cicerón compone las otras diez *Filípicas*. Apoya la designación de Octavio como cónsul en agosto. Poco después de la constitución del triunvirato de Antonio, Lépido y Octavio, Cicerón es asesinado el 7 de diciembre.

Cicerón es uno de los personajes de la Antigüedad cuya vida se conoce mejor gracias, sobre todo, a las numerosas obras suyas que se nos han conservado, en especial los discursos y las cartas. Fuentes contemporáneas y otras posteriores a él también han transmitido valiosas informaciones, pero ninguna de las biografías de Cicerón escritas en la Antigüedad ha sobrevivido, excepto la compuesta por Plutarco.

Se considera habitualmente que la biografía de Plutarco se basa en dos fuentes principales: una biografía anterior, la que escribió Tirón o la de Nepote, o tal vez ambas, a la que se añadiría la obra *De iocis*, también de Tirón. Ninguna de estas obras se ha conservado y, por tanto, nada se puede afirmar con seguridad. La otra fuente, aún más importante, es la propia obra de Cicerón, y con frecuencia se puede identificar con precisión el pasaje exacto de un discurso o una carta del escritor romano de donde procede lo que cuenta Plutarco. Pero también hay ocasiones en las que eso no es posible, porque la fuente del biógrafo es una que no se ha conservado. Es lo que ocurre, por ejemplo, con el

pasaje del capítulo 15, 1-3, donde se cuenta la visita nocturna que Craso y otros notables le hicieron a Cicerón llevándole unas cartas que constituían una prueba de la conjura de Catilina. Cuando Plutarco refiere el mismo episodio en *Craso* 13, 4, dice que Cicerón lo cuenta en su obra *Sobre el consulado*. Se considera esto un importante indicio de que Plutarco pudo haber hecho amplio uso de dicha obra en los capítulos 10-23 de la biografía, en los que se relata la actuación de Cicerón como cónsul durante la conjuración de Catilina. Pero, por lo general, no se puede determinar con absoluta certeza si todas las citas que se encuentran en la obra de Plutarco provienen de un conocimiento directo de los discursos y las cartas de Cicerón o si tal conocimiento le llega algunas veces indirectamente, a través de otro autor como puede ser, por ejemplo, el mencionado Tirón[9]. Tampoco se puede ir más allá de la mera suposición en lo referente a otras fuentes, aunque cabría señalar las *Memorias* de Augusto como una que Plutarco tal vez consultó directamente[10].

Parece evidente que Plutarco ha realizado una acertada selección de las fuentes en las que se informa; y de la gran abundancia de materiales que éstas le proporcionan, extrae los que más le interesan, ampliando y resaltando unos, reduciendo y dejando en segundo plano otros, y dándoles la organización apropiada para adaptarlos a los fines de su biografía. Aunque, por lo general, ésta sigue una clara línea cronológica, el autor a veces la interrumpe para insistir en un aspecto del carácter del personaje y entonces los materiales se organizan de forma sistemática. En esta *Vida*, se nos muestra al filósofo unas veces

---

[9] Para un análisis más detallado de las fuentes de la *Vida de Cicerón*, *cf.* FLACELIÈRE, R.- CHAMBRY, E., *Notice*, en *Plutarque*, *Vies*, XII, París, 1976, págs. 56-61. GEIGER, J., *Introduzione*, en *Plutarco*, *Demostene-Cicerone*, Milán, 1995, págs. 300-313.

[10] *Cf.* PLUT., *Cicerón* 45, 6; 52 (3), 1.

actuando en la política, haciendo uso adecuado de la oratoria al servicio de la justicia (13, 1), como un gobernante justo y moderado (6, 1; 36, 1-6), y otras apartándose de la política, cuando la falta de libertad le impide actuar, para dedicarse al estudio (3, 3-4, 3) o a escribir diálogos filosóficos (40, 1-2). Pero cuando el personaje carece de la entereza necesaria para afrontar una situación difícil como el exilio, Plutarco se muestra decepcionado porque su actitud no es digna de un filósofo (32, 5).

El retrato del protagonista impresiona por su complejidad y su riqueza de matices y se va perfilando con múltiples procedimientos, sobre todo la caracterización indirecta (cuando se le confronta con otros personajes, como Catilina y Clodio) y la directa (exposición de hechos y atribución de cualidades), pero tal vez haya un rasgo del carácter que, al aparecer constantemente desde el principio hasta el final de la biografía, contribuye de manera importante a darle cohesión al conjunto de elementos heterogéneos que conforman tal retrato. Ya en el primer capítulo señala Plutarco la ambición de gloria que mueve a Cicerón (1, 5). Ésta lo motiva desde el principio y primero lo impulsa a ejercer como orador (3, 5; 5, 3) y luego a entrar en la política: cuando iba a dedicarse a ella, le preguntó al dios de Delfos cómo podría adquirir la mayor gloria posible, y la respuesta de la Pitia fue que tomara su propia naturaleza, y no la opinión de la mayoría, como guía de su vida (5, 1). Tal vez habría que considerar la respuesta oracular como una recomendación para que no buscara la gloria por sí misma[11]. La pasión por la gloria le durará siempre, y con frecuencia, dice Plutarco, le impedirá razonar correctamente (6, 5). Cuando llegó a tener el

[11] Plut., *Consejos políticos* 798 C-799 A, cita el deseo de gloria entre los motivos que critica para entrar en política, y recomienda hacerlo de forma razonada y reflexiva, por considerarlo la tarea más apropiada y honrosa.

mayor poder dentro del Estado, su vanagloria lo hizo odioso para mucha gente (24, 1; 25, 1). Plutarco concede a este asunto una gran importancia y por eso lo desarrolla de forma sistemática, junto con el abusivo empleo de burlas mordaces, a lo largo de cuatro capítulos (24-27) que, colocados tras la narración de la etapa en la que el personaje llega a la cumbre de su poder (10-23), sirven de transición, y en parte también explican, la siguiente etapa en la que decae la influencia política de Cicerón y, perseguido por el tribuno Clodio, es condenado al exilio (28-33).

La ambición de gloria y de poder le impide a Cicerón, como ya se ha mencionado antes, razonar correctamente, y Octavio reconoce que se aprovechó de eso precisamente para atraerlo a su bando: un viejo, comenta Plutarco, que se deja engañar por un joven (45, 6-46, 1). Pero este gran defecto (que no es el único), empleado por Plutarco como tema recurrente y unificador del retrato del protagonista, no oculta sus grandes virtudes como gobernante: la moderación, el trato humanitario, el sentido de la justicia y el esfuerzo por la libertad de su patria. Por eso el balance final es positivo, y así lo vemos en la valoración póstuma de Cicerón que hace Octavio (49, 5) como «un hombre sabio y amante de su patria».

Para finalizar, ofrecemos el esquema de la *Vida de Cicerón*:

1) Origen, formación y primeros hechos (1-9):

— Familia, origen del sobrenombre, infancia y primeros estudios (1-2).
— Continuación de su formación en leyes y en la filosofía y las letras griegas. Primer indicio de su habilidad retórica. Constitución física (3).
— Estudios en Atenas, Asia y Rodas (4).
— Vocación política y preparación como orador (5).
— Comienzo del *cursus honorum*: accede primero al cargo de

cuestor y luego al de edil. Proceso contra Verres. Fortuna y bienes. Cicerón ejerce ejemplarmente la pretura (6-9).

2) *Hechos políticos* (10-36):

a) El consulado (10-23):

— Candidatura y éxito electoral frente al fracaso de Catilina (10-11).
— Oposición de Cicerón a las propuestas de Catilina y sus partidarios (12).
— El poder de la elocuencia de Cicerón (13).
— Prosigue el enfrentamiento con Catilina. Cicerón delata la conjura ante el senado, que otorga a los cónsules plenos poderes, y Catilina se marcha de Roma (14-16).
— Los partidarios de Catilina que quedan en Roma, encabezados por Léntulo, planean incendiar la ciudad. Cicerón los descubre y son apresados (17-18, 4). Dudas de Cicerón sobre su condena y debates en el senado (18, 5-21).
— Los condenados son ejecutados. Cicerón, apoyado y admirado por todos los ciudadanos, se encuentra en la cumbre de su gloria. Derrota militar y muerte de Catilina (22). A pesar de la oposición de César y sus partidarios, se honra a Cicerón con el título de padre de la patria (23).

b) Caracterización sistemática (24-27):

— Se atrae el odio de mucha gente por su continua vanagloria, pero también es generoso en el elogio a los demás (24).
— Otra causa de la enemistad de mucha gente es su afición a burlarse de los demás con palabras hirientes (25-27).

c) El enfrentamiento con Clodio y el exilio (28-32):

— Clodio profana los ritos de la *Bona dea* (28). Cicerón testifica contra él en el proceso, a pesar del apoyo que Clodio tiene entre el pueblo (29).
— Clodio es elegido tribuno de la plebe. Cicerón, que no cuenta con el apoyo de los triunviros, es acusado por la muerte sin juicio de Léntulo y sus partidarios y es condenado al exilio (30-31). Durante el exilio, Cicerón da muestras de flaqueza (32).

d) Regreso triunfal a Roma. Proconsulado en Cilicia (33-36):

— Los desmanes de Clodio hacen que Pompeyo se arrepienta de no haber ayudado a Cicerón y el pueblo y el senado reclaman su vuelta. Regreso triunfal aclamado por toda Italia y en Roma (33).
— Destruye las tablas tribunicias con las disposiciones tomadas por Clodio. Enojo de Catón (34).
— En el proceso de Milón, se siente intimidado por la presencia de Pompeyo (35).
— Como procónsul en Cilicia, muestra sus buenas cualidades para el gobierno y, con una victoriosa campaña militar, consigue el título de *imperator* (36).

3) Declive (a la sombra de los más poderosos), muerte y rehabilitación póstuma (37-49):

a) Pompeyo y César (37-42):

— Al comienzo de la guerra civil, Cicerón duda sobre qué partido tomar (37) y finalmente se pasa al bando de Pompeyo, donde se encuentra a disgusto (38).

— Tras la derrota de Farsalia, es acogido por César con benevolencia (39).
— Cicerón se aparta de la actividad pública y se centra en la intelectual (40).
— Problemas familiares: por intereses económicos, se divorcia de Terencia y se casa con Publilia. También se divorcia de ésta tras la muerte de su hija Tulia (41).
— Tras el asesinato de César, Cicerón se muestra partidario de la reconciliación entre los bandos enfrentados (42).

b) Antonio y Octavio (43-46):

— Cicerón se siente amenazado por Antonio, dueño de Roma, hasta la llegada de Octavio (43).
— Cicerón llega a un acuerdo de apoyo mutuo con Octavio. Narración de un antiguo sueño premonitorio de Cicerón (44).
— Con el apoyo de Octavio, Cicerón logra imponerse al bando de Antonio y vive su último momento de poder supremo (Plutarco emplea el término *akmḗ*). Seducido por Octavio, apoya su candidatura al consulado (45).
— Tras la constitución del triunvirato de Antonio, Lépido y Octavio, se decide la muerte de Cicerón (46).

c) La muerte (47-49):

— Dramática huida de Cicerón (47) hasta que, delatado por un liberto, los esbirros lo alcanzan y le dan muerte (48).
— Ensañamiento de Antonio (revelador de su carácter) con el cadáver de Cicerón. Castigo del delator. Rehabilitación póstuma de Cicerón y castigo de Antonio y su descendencia (49).

4) Comparación de Demóstenes y Cicerón (50-54):

— Diferencias en su oratoria y en su carácter (50-51).
— Demóstenes, a diferencia de Cicerón, no ejerció ningún cargo importante ni tuvo mando militar. Demóstenes fue acusado de recibir dinero ilícitamente, y Cicerón lo rechazaba (52).
— Diferentes causas y actitudes en el exilio de ambos (53).
— Diferencias en la muerte (54).

NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN

Esta traducción de las *Vidas de Demóstenes y Cicerón* sigue la edición del texto establecido por R. Flacelière y É. Chambry, publicada en la Collection des Universités de France, París, 1976. También se ha consultado la edición de K. Ziegler, *Plutarchus, Vitae Parallelae* III. 1, Leipzig, 1971.

No se ha seguido la edición de Flacelière-Chambry en los siguientes pasajes:

Vida de Demóstenes

Flacelière-Chambry	Texto adoptado
22, 6 κοινῶν ἀγαθῶν ἐπὶ τὰ οἰκεῖα ... ⟨πάθη⟩	κοινῶν παθῶν ἐπὶ τὰ οἰκεῖα codd.
31, 4 μισουμένης N	τῆς φυομένης codd.

Vida de Cicerón

Flacelière-Chambry	Texto adoptado
9, 2 καὶ κατὰ τάχος N	κατὰ τάχος καὶ codd.

BIBLIOGRAFÍA

I. Demóstenes

BILLAULT, A., «L'histoire de la rhétorique dans les *Vies Parallèles* de Plutarque: l'éxemple des *Vies* de Demosthène et de Cicéron», *Revue des Études Grecques* 114(1) (2001), págs. 256-268.

BURLANDO, A., «Plutarco, *Demostene* 1-2», *Sileno* 20 (1994), págs. 347-352.

CARLIER, P., *Démosthène*, París, 1990.

CLOCHÉ, P., *Démosthènes et la fin de la démocratie athénienne*, París, 1937.

FERNÁNDEZ-GALIANO, M., *Demóstenes*, Barcelona, 1947.

JAEGER, W., *Demóstenes*, trad. esp., México, 1945.

MATHIEU, G., *Démosthène, l'homme et l'oeuvre*, Boivin, 1948.

MOSSÉ, C., *Démosthène ou les ambigüités de la politique*, París 1994.

MOSSÉ, C., «Temps de l'histoire et temps de la biographie: les *Vies* de Démosthène et de Phocion de Plutarque», *Metis* 12 (1997), págs. 9-17.

PECORELLA LONGO, *Introduzione, traduzione e note*, en Plutarco, *Demostene Cicerone*, Milán, 1995, págs. 1998.

Roca Meliá, I., «Política panhelénica en Demóstenes», *Helmantica* 16 (1965), págs. 33-60.

—, «La *Segunda Filípica*, momento histórico y valoración de su contenido», *Helmantica* 17 (1966), págs. 77-106.

—, «La causa de Atenas y la helenidad en el *Pro Corona*», *Helmantica* 18 (1967), págs. 403-429.

Sealey, R., *Demosthenes and his Time. A Study in Defeat*, Nueva York, 1993.

Wooten, C. W., «Cicero and Quintilian on the style of Demosthenes» *Rhetorica* 15 (2) (1997), págs. 177-192.

Worthington, I., «Plutarch Demosthenes 25 and Demosthenes' cup», *Classical Philology* 80 (1985), págs. 229-233.

Worthington, I. ed., *Demosthenes. Statesman and orator*, Londres, 2000.

II. Cicerón

Boyancé, P., «Cicéron et la vie contemplative», *Latomus* 26 (1967), págs. 3-26.

Brenk, F. E., «The Dreams of Plutarch's Lives», *Latomus* 34 (1975), págs. 336-349.

Carcopino, J., *Les secrets de la correspondence de Cicéron*, 2 vols., París, 1947.

Geiger, J., «Plutarch's *Parallel Lives*: The Choice of Heroes», *Hermes* 109 (1981), págs. 85-104;

Geiger, J., *Introduzione*, en Plutarco, *Demostene Cicerone*, Milán, 1998, págs. 293-313.

Hillard, T. W., «Plutarch's Late-Republican Lives: Between the Lines», *Antichthon* 21 (1987), págs. 19-48.

Haury, A., *L'ironie et l'humour chez Cicéron*, Leiden, 1955.

Moles, J. L., «Plutarch, *Crassus* 13, 4-5 and Cicero's *De con-*

siliis suis», *Liverpool Classical Monthly* 7.9 (1982), págs. 136-137.

MOLES, J. L., *Plutarch, The life of Cicero with an Introduction, Translation and Commentary*, Warminster, 1988.

NEAL, W., *Cicero's social and political thought*, Berkeley-Los Ángeles-Londres, 1988.

PELLING, C. B. R., «Plutarch's Method of Work in the Roman Lives», *Journal of Hellenic Studies* 99 (1979), págs. 74-96.

PELLING, C. B. R., «Plutarch and Catiline», *Hermes* 113 (1985), págs. 312-318.

PELLING, C. B. R., «Plutarch and roman politics», en Scardigli, B., ed., Essays on Plutarch's *Lives*, Oxford, 1995, págs. 319-356.

PELLING, C. B. R., «Plutarch: Roman heroes and greek culture», en Barnes, J., Griffin, M. T., eds., *Philosophia togata*, Oxford, 1989, págs. 199-232.

RAWSON, B., *Cicero. A portrait*, Londres, 1975.

SCARDIGLI, B., *Die Römerbiographien Plutarchs. Ein Forschungsbericht*, Múnich, 1979.

STEEL, C. E. W., *Cicero, rhetoric and empire*, Oxford-Nueva York, 2001.

SWAIN SIMON, C. R., «Plutarch's Lives of Cicero, Cato and Brutus», *Hermes* 118 (1990), págs. 192-203.

VALGIGLIO, E. «Alcuni aspetti di Cicerone come fonte di Plutarco», en *Studi in onore di Aristide Colonna*, Perugia, 1982, págs. 283-299.

WOOTEN, C. W., *Cicero's Phillipics and their Demosthenic model. The rhetoric of crisis*, Chapel Hill-Londres, 1983.

DEMÓSTENES

El autor del elogio de Alcibíades por su victoria en la carrera 1 de carros en Olimpia —ya se trate de Eurípides, como es la opinión mayoritaria, o de algún otro[1]— dice, Sosio Seneción[2], que para ser feliz un hombre necesita, en primer lugar, «que su ciudad sea ilustre». Yo, en cambio, pienso que para alcanzar la verdadera felicidad, que se basa sobre todo en el carácter y el talante, da lo mismo proceder de una patria desconocida y humilde que de una madre fea y de baja estatura. Sería ridículo pensar que 2
Yúlide —una pequeña parte de Ceos, isla que no es grande— y Egina[3] —que un ateniense exhortaba a quitar como una legaña del Pireo[4]— crían buenos actores y poetas pero nunca podrían producir un hombre justo, capaz, juicioso y magnánimo. En

---

[1] Sobre la triple victoria de Alcibíades en la carrera de carros en Olimpia, *cf.* Tucídides, VI 16, 2; Isócrates, XVI 34. Plut., *Alcibíades* 11, 3, cita algunos versos del elogio y se los atribuye a Eurípides.

[2] Plutarco dedicó las *Vidas Paralelas*, y también algunos tratados de *Moralia*, a su amigo romano Q. Sosio Seneción, que tenía una gran amistad con el emperador Trajano y fue cónsul en 99, 102 y 107.

[3] De Yúlide eran originarios los poetas Simónides y Baquílides. De Egina era el célebre actor trágico Polo (*cf.* 28, 3). Además, los padres de Aristófanes se establecieron como clerucos en Egina.

[4] Se trata de Pericles. *Cf.* Plut., *Pericles* 8, 7; *Consejos políticos* 803 A.

3 efecto, es natural que las demás artes, que se ejercen para obtener ganancia y renombre, languidezcan en las ciudades sin fama ni grandeza; pero la virtud arraiga en todas partes como una planta vigorosa y fuerte si encuentra una naturaleza buena y un ánimo esforzado. Por eso nosotros, si no logramos pensar o vivir como debiéramos, no lo atribuiremos a la pequeñez de nuestra patria, sino, con razón, a nosotros mismos.

2 Sin embargo, el que tiene el propósito de componer una obra histórica[5] a partir de textos que no están a su alcance ni en su casa sino, en su mayor parte, en el extranjero y dispersos en diferentes lugares, necesitaría realmente, en primer lugar y sobre todo, «que su ciudad fuera ilustre», amante de la belleza y muy poblada[6]. Podría disponer de toda clase de libros en abundancia, oír y preguntar todos los detalles que se les han escapado a los escritores y que gozan de crédito más manifiesto por la conservación de su memoria, y de esa manera la obra que publique no
2 carecerá de nada importante. En lo que a mí respecta, habito una ciudad pequeña[7] y lo hago con gusto para que no se haga más pequeña todavía. En Roma y en mis estancias en Italia, no he tenido tiempo de ejercitarme en la lengua latina debido a mis ocupaciones políticas y a los que deseaban que yo los instruyera en la filosofía; por eso comencé a leer obras en latín tarde y a
3 edad avanzada. Y tuve una experiencia sorprendente pero cierta: pues me sucedió que no llegaba a comprender las cosas a partir de las palabras, sino que era a partir de las cosas en las que tenía ya cierta experiencia, como entendía, gracias a ellas, también las
4 palabras. En cuanto a percibir la belleza y agilidad de la dicción

[5] Plutarco, por tanto, considera que su obra biográfica tiene también carácter histórico a pesar de la conocida declaración de *Alejandro* 1, 2.

[6] Se refiere no sólo a Roma sino también a otras ciudades, como Atenas, donde también estuvo Plutarco.

[7] Queronea de Beocia.

latina, el sentido figurado de las palabras, la armonía y los demás rasgos estilísticos del discurso, lo considero algo placentero y agradable, pero su práctica y ejercicio sólo es fácil para quienes disponen de más tiempo libre y las condiciones de su edad les consienten todavía tales ambiciones.

Por este motivo, al escribir sobre Demóstenes y Cicerón en 3
este libro, que es el quinto de las *Vidas paralelas*, debemos examinar, confrontándolos entre sí, el carácter y las actitudes de ambos a partir de su conducta y de su actividad política; en cambio, de comparar sus discursos o declarar cuál de los dos es el orador más agradable o más eficaz, es mejor que no nos ocupemos[8]. En efecto, como dice Ión[9], «la fuerza del delfín es inútil 2
en tierra firme»; y por ignorar esas palabras Cecilio[10], siempre desmesurado, cometió la imprudencia de publicar una *Comparación de la oratoria de Demóstenes y Cicerón*. Pero es que, tal vez, si el «conócete a ti mismo[11]» estuviera al alcance de todo el mundo, el precepto no sería considerado divino.

Parece, efectivamente, que la divinidad, al formar a Cicerón 3
igual que Demóstenes desde un principio, introdujo muchas semejanzas en su naturaleza, como la ambición y el amor por la libertad en su práctica política y la falta de arrojo frente a los peligros y las guerras; y también los hizo coincidir en muchas eventualidades. En efecto, no creo que se pudiera encontrar a 4
otros dos oradores que hayan pasado, de desconocidos e insignificantes, a ser poderosos y grandes, que hayan chocado con reyes y tiranos, hayan perdido a su hija, hayan sido expulsados

[8] Sin embargo, existe una comparación de la oratoria de ambos en PLUT., *Cicerón* 50 (1).

[9] Ión de Quíos (siglo V a.C.), poeta lírico y trágico y también escritor en prosa.

[10] Cecilio de Caleacte, en Sicilia (siglo I a.C.- siglo I d.C.), rétor, historiador y filósofo.

[11] La célebre máxima délfica.

de su patria y regresado con honor y, tras huir de nuevo, hayan sido capturados por sus enemigos y hayan llegado al fin de su vida al mismo tiempo que se acababa la libertad de sus conciu-
5 dadanos. De manera que, si se produjera una competición entre la naturaleza y la fortuna, como si fueran artesanos, sería difícil decidir si ha sido la naturaleza, por los rasgos del carácter, o la fortuna, por las circunstancias, la que ha hecho más parecidos a estos hombres. Hablemos del más antiguo en primer lugar.

4 El padre de Demóstenes, que también se llamaba Demóstenes, era de clase acomodada, según cuenta Teopompo[12], y lo apodaban armero porque tenía un gran taller con esclavos que
2 realizaban este trabajo. Respecto a lo que el orador Esquines ha contado de su madre, que era hija de un tal Gilón, desterrado de la ciudad por traición, y de una mujer bárbara, no puedo decir si
3 es cierto o una difamación calumniosa[13]. A los siete años, Demóstenes quedó huérfano de su padre, que lo dejó en un gran bienestar (el valor total de su fortuna casi alcanzaba los quince talentos[14]); pero se vio tan perjudicado por los desfalcos y negligencias de sus tutores, que incluso le faltó para pagar el suel-
4 do de sus maestros[15]. Ése es el motivo por el que, al parecer, no tuvo la buena educación que corresponde a un joven libre[16]; y también a causa de su debilidad y fragilidad física, pues su ma-

---

[12] Teopompo de Quíos (siglo IV a.C.), autor de una *Historia de Grecia* y una *Historia de Filipo*.

[13] *Cf.* ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 171-172. El no tener origen ateniense puro era una acusación frecuente que se lanzaban los políticos entre sí. No es muy probable que la acusación de Esquines fuera cierta ya que en tal caso, por la ley de Pericles del 451/450 a.C., Demóstenes no habría sido ciudadano ateniense.

[14] *Cf.* DEMÓST., *Contra Áfobo* I 4.

[15] *Cf.* DEMÓST., *Contra Áfobo* I 46.

[16] Pero en DEMÓST., *Sobre la corona* 257, leemos que recibió la educación adecuada.

dre no lo estimulaba para que se esforzara ni sus educadores lo
obligaban. En efecto, fue desde el principio flaco y enfermizo, 5
y el injurioso apodo de Bátalo se cuenta que lo recibió de los
otros niños precisamente por eso, como burla de su figura. Bá- 6
talo era, según dicen algunos, un flautista afeminado, y Antífa-
nes[17] ha compuesto una pequeña comedia en la que se burla de
él por ese motivo. Otros, en cambio, hacen mención de Bátalo
como autor de canciones impúdicas y báquicas. Además parece 7
que una de las partes del cuerpo que no es decoroso mencionar
recibía en aquel tiempo entre los atenienses el nombre de *báta-*
lo[18]. En cuanto a Argas (pues éste fue también, según cuentan, 8
un mote de Demóstenes), se lo pusieron bien por su carácter,
considerado feroz y desabrido (de hecho, algunos poetas le dan
a la serpiente el nombre de *argas)*, bien por su manera de ha-
blar, que desagradaba a sus oyentes (pues Argas era el nombre
de un compositor de canciones malas y horrorosas[19]. Y de este
asunto baste ya con lo dicho.

En cuanto a su interés por la oratoria, dicen que comenzó de 5
la siguiente manera. El orador Calístrato debía hablar ante el tribunal en el proceso sobre Oropo y era grande la expectación por el juicio debido a la capacidad del orador, que se encontraba

---

[17] Antífanes (404-330 a.C.) es un autor de la llamada Comedia Media.

[18] *Cf.* P. Chantraine, *Dictionnaire Étymologique de la langue grecque*, París, 1968. Según Harpocración, con una sola lambda significa *prōktōs*. Hesiquio ofrece el significado de *katapýgōn kaì andrógynos*... Con dos lambdas habría que relacionarlo con el verbo *battalízein*, que significa «farfullar» confundiendo la ro y la lambda, lo cual podría aludir a un defecto de pronunciación de Demóstenes. En Ps. Plut., *Vidas de los diez oradores* 844 E, leemos que Demóstenes era incapaz de pronunciar la ro, pero que practicó hasta conseguirlo. Para otros supuestos motivos de que se le diera este apodo a Demóstenes, *cf.* Ps. Plut., *Vidas de los diez oradores* 847 E.

[19] Esquines, *Sobre la embajada* 99, dice que le pusieron el mote cuando se hizo mayor y denunció a sus tutores.

entonces en la cumbre de su fama, y a que el asunto estaba dan-
2 do mucho que hablar[20]. Demóstenes oyó que los maestros y preceptores se estaban poniendo de acuerdo para asistir al juicio y, a fuerza de ruegos y vivas muestras de interés, logró convencer
3 a su preceptor de que lo llevara a oírlo. Como él tenía relación con los ujieres de los tribunales, le consiguió al niño un sitio en el que pudiera estar sentado sin ser visto y oír a los oradores.
4 Calístrato ganó el juicio y suscitó una admiración extraordinaria, por lo que Demóstenes envidió su gloria al verlo escoltado y felicitado por una multitud, pero admiró aún más el poder de la palabra, y observó que podía someterlo y dominarlo todo.
5 Por eso abandonó los otros estudios y los entretenimientos infantiles y se dedicó a ejercitarse y practicar con ahínco, dispuesto a ser orador también él.

6 Tomó a Iseo como maestro de oratoria a pesar de que por entonces Isócrates tenía escuela. La razón, según dicen algunos, es que, por ser huérfano, no podía pagarle a Isócrates el salario de diez minas que tenía establecido; pero el motivo más plausible es que prefirió la oratoria de Iseo por considerarla eficaz y
7 apta para un uso práctico[21]. Hermipo dice que encontró unas *Memorias* anónimas en las que estaba escrito que Demóstenes había estudiado con Platón, de lo que sacó el mayor provecho para sus discursos; y refiere que, según Ctesibio, Demóstenes

[20] Calístrato fue un destacado político ateniense de la primera mitad del siglo IV a.C. Cuando los tebanos, en el 366 a.C., se apoderaron de Oropo, localidad que siempre había estado en disputa entre atenienses y beocios, Calístrato fue acusado de traición y de haber entregado Oropo a los beocios. Los atenienses cedieron en esta ocasión para evitar la guerra, leemos en DEMÓST., *Sobre la paz* 24.

[21] Mientras que la oratoria de Isócrates era de tipo epidíctico, Iseo se dedicó sobre todo a la judicial. Además, los doce discursos suyos conservados tratan todos de problemas de herencias. Es comprensible, por tanto, que Demóstenes lo escogiera a él.

recibió en secreto de Calias de Siracusa y de algunos otros los
tratados de Isócrates y de Alcidamante y los estudió con apli-
cación[22].

Así que, cuando tuvo la edad, comenzó a querellarse con sus 6
tutores y a componer discursos contra ellos[23], que recurrían a
subterfugios y revisiones de sentencias. «Entrenándose —como
dice Tucídides— con ejercicios no exentos de peligros y esfuer-
zos[24]», aunque ganó, no pudo recobrar ni la más pequeña parte
de su herencia; pero, como había adquirido suficiente atrevi-
miento y hábito de hablar, y había probado el sabor de la ambi-
ción y del poder que producen los debates, empezó a compare-
cer ante el pueblo y a ocuparse de los asuntos públicos. Cuentan 2
que Laomedonte de Orcómeno, para curarse un padecimiento
del bazo, corría largas carreras por prescripción médica y, así
fortalecida su constitución, se dedicó a participar en las compe-
ticiones premiadas con coronas y llegó a ser uno de los mejores
corredores de fondo. Lo mismo le ocurrió a Demóstenes: al
principio se dedicó a hablar con el propósito de arreglar sus
asuntos privados y, al adquirir de esta manera habilidad y fuer-
za, sobresalió ya en los asuntos políticos, como en las competi-
ciones premiadas con coronas, entre los ciudadanos que conten-
dían en la tribuna.

Sin embargo, la primera vez que se presentó ante el pueblo, 3

[22] Hermipo de Esmirna (siglo III a. C.) fue filósofo peripatético, historiador y autor de biografías. En PS. PLUT., *Vidas de los diez oradores* 844 C, se da una versión diferente también atribuida a Ctesibio de Calcis (autor del siglo III a. C.): en su obra *Acerca de la filosofía*, dice que Demóstenes obtuvo de Calias de Siracusa los discursos de Zeto de Anfípolis, y de Caricles de Caristo obtuvo los de Alcidamante. Este último, originario de Elea, fue discípulo de Gorgias y rival de Isócrates.

[23] Se conservan cinco: tres contra Áfobo y dos contra el cuñado de éste, Onétor.

[24] *Cf.* TUCÍDIDES, I 18, 3.

tropezó con sus burlas y abucheos por culpa de la extravagancia
de su lenguaje, que resultaba excesivamente áspero y tedioso
4 por sus períodos confusos y sus argumentos retorcidos. Al pare-
cer, también tenía la voz débil, la lengua trapajosa y la respira-
ción corta, y esto último, al despedazar las frases, enturbiaba aún
5 más el sentido de lo que decía. Acabó por apartarse de la asam-
blea, y Éunomo de Tría[25], que era ya muy viejo, lo vio deambu-
lando por el Pireo, desanimado, y le reprochó que, teniendo una
oratoria muy semejante a la de Pericles, se abandonara a la pusi-
lanimidad y la desidia y no se enfrentara valerosamente a las
multitudes ni entrenara su persona en las contiendas, dejando
que se marchitara por la molicie.

7 Cuentan que volvió a fracasar en otra ocasión y cuando re-
gresaba desconcertado y apenado, el actor Sátiro, amigo suyo,
2 lo acompañó y entró con él a su casa[26]. Demóstenes se le quejó
de que, a pesar de ser el más esforzado de los oradores y casi
haber agotado el vigor de su cuerpo en ello, no gozaba del favor
del pueblo y, mientras que marineros ignorantes y aturdidos por
el vino se hacían oír y ocupaban la tribuna, a él no le hacían
3 caso. «Dices la verdad, Demóstenes —respondió Sátiro—, pero
yo remediaré rápidamente la causa si accedes a recitarme de
4 memoria algún pasaje de Eurípides o de Sófocles.» Cuando De-
móstenes lo hubo recitado, Sátiro repitió el mismo pasaje con-
formándolo y desarrollándolo de tal manera, con el carácter y la
expresividad adecuada, que desde el primer momento le pareció
5 a Demóstenes otro completamente distinto. Consciente de todo
el realce y la gracia que se añade a la palabra con la representa-
ción del actor, se dio cuenta de que el ejercicio vale poco o nada
si se descuida la elocución y la manera de expresar lo que se

[25] Uno de los primeros discípulos de Isócrates y amigo de Lisias.

[26] Según Ps. PLUT., *Vidas de los diez oradores* 845 B, no fue este actor cómico, sino el actor trágico Andronico, quien le enseñó a declamar.

dice. Después de esto, se hizo construir un estudio subterráneo 6
(que, por cierto, se ha conservado hasta nuestra época) y allí
bajaba absolutamente todos los días a modelar su declamación
y a ejercitar la voz; muchas veces incluso se quedaba allí dos o
tres meses seguidos y se afeitaba sólo un lado de la cabeza para
no poder salir, a causa de la vergüenza, por muchas ganas que
tuviera[27].

Sin embargo, los encuentros con gente de fuera, las conver- 8
saciones que mantenía y los asuntos que trataba, los convertía en
temas y motivos para su trabajo. En efecto, en cuanto se despe-
día de ellos, bajaba al estudio y exponía los asuntos uno tras otro
con sus respectivas argumentaciones. Además, recordando a so- 2
las los discursos que había oído pronunciar, los recomponía en
sentencias y períodos y hacía una versión novedosa y con todo
tipo de correcciones de lo que otro le hubiera dicho o de lo que
él le hubiera dicho a otro. Por tal motivo, adquirió fama de no 3
estar bien capacitado por naturaleza, sino de tener una habilidad
y una energía conseguidas con esfuerzo. Se consideraba claro
indicio de esto que no era fácil oír a Demóstenes improvisar, y
que incluso cuando estaba sentado en la asamblea, aunque el
pueblo lo llamara reiteradamente por su nombre, no comparecía
si no se daba la circunstancia de que había reflexionado sobre el
particular y se encontraba preparado. Por eso muchos demago- 4
gos se burlaban de él; sobre todo Piteas, que dijo con sarcasmo
que sus razonamientos olían a mecha de lámpara. Demóstenes
entonces le dio esta mordaz respuesta: «No son testigos de las 5
mismas intimidades, Piteas, mi lámpara y la tuya.»[28] A los otros
no les respondía con una negativa rotunda y reconocía que sus

---

[27] En Ps. Plut., *Vidas de los diez oradores* 844 D, se dice que era en una cueva donde Demóstenes se escondía a practicar con la cabeza afeitada.

[28] Alusión a la vida depravada de Piteas. Sobre el mismo, *cf.* 20, 2; 27, 2-5; Plut., *Foción* 21, 2; *Consejos políticos* 804 B.

discursos, ni los había redactado por completo ni eran del todo
6 improvisados. Manifestaba además que el que se ejercitaba en el arte de hablar era un demócrata: pues la preparación es una muestra de consideración con el pueblo[29], mientras que no preocuparse de la opinión de la muchedumbre acerca de su discurso es característico de un partidario de la oligarquía que confía más
7 en la violencia que en la persuasión. También consideran una señal de su falta de atrevimiento para improvisar que Démades[30] se levantó muchas veces y habló con prontitud a favor de Demóstenes cuando lo abucheaban, pero él nunca hizo lo mismo por Démades.

9 Entonces, ¿podría decir alguien, cómo es que Esquines considera a Demóstenes el más admirable por la audacia de sus discursos[31]? ¿Cómo es que, cuando Pitón de Bizancio lanzó un chorro de invectivas contra los atenienses, él fue el único que se levantó y le respondió[32]? Y cuando Lámaco de Esmirna leyó en Olimpia el *Elogio de los reyes Filipo y Alejandro* que había escrito, en el que llenaba de improperios a los tebanos y olintios, ¿cómo es que Demóstenes se levantó después e hizo el relato, aportando pruebas históricas, de todos los beneficios proporcionados a Grecia por los tebanos y los calcidios, y por el contrario, de todos los males que le ocasionaron los adulado-

---

[29] *Cf.* Ps. Plut., *Vidas de los diez oradores* 848 C.

[30] Destacado orador y político promacedonio. Para una comparación de su oratoria con la de Demóstenes, *cf.* 10, 1-2. Participó en las embajadas que gestionaron la paz en distintas ocasiones con Macedonia: con Filipo después de Queronea, con Alejandro y con Antípatro después de Lamia. En esta última ocasión, propuso la condena a muerte de Demóstenes y otros oradores: *cf.* 28, 3. Sobre su propia muerte, *cf.* 31, 4-6 y Plut., *Foción* 30, 9-10.

[31] *Cf.* Esquines, *Contra Ctesifonte* 152.

[32] *Cf.* Demóst., *Sobre la corona* 136. En el 343 a.C., Filipo envió a Pitón de Bizancio para proponer a los atenienses una revisión de la paz de Filócrates, del 346 a.C.

res de Macedonia? ¿Cómo es que logró cambiar la actitud de los asistentes de tal modo que el sofista, asustado por el tumulto, salió a hurtadillas de la asamblea[33]?

Demóstenes, al parecer, no estimó apropiadas para sí mis- 2
mo muchas de las cualidades de Pericles, pero sí admiraba e intentaba imitar su elocución y sus modales y el no hablar de manera súbita e improvisada sobre cualquier asunto, como si la grandeza de Pericles hubiera dependido de ello, y no aceptaba en absoluto la gloria que fuera coyuntural ni consentía a menu-
do en dejar su influencia a expensas del azar. Con todo, sus 3
discursos, cuando él los pronunciaba, tenían más audacia y osadía que en su versión escrita, si se debe dar algún crédito a
Eratóstenes, Demetrio de Falero[34] y los poetas cómicos. Era- 4
tóstenes dice que con frecuencia en sus discursos le entraba un frenesí báquico; y el de Falero, que una vez pronunció ante el pueblo, como inspirado por la divinidad, el siguiente juramento en verso:

Por la tierra, por las fuentes, por los ríos y las corrientes[35].

En cuanto a los cómicos, uno lo tilda de charlatán; otro, bur- 5
lándose de su afición a la antítesis, dice lo siguiente:

---

[33] En Ps. Plut., *Vidas de los diez oradores* 845 C, se dice que Lámaco era de Terina. Demóstenes era jefe de la delegación ateniense en la Olimpiada del 324 a.C. Alejandro envió a la misma a Nicanor de Estagira, que leyó el decreto del rey por el que las ciudades debían acoger de nuevo a los exiliados políticos.

[34] Eratóstenes de Cirene, erudito del siglo III a.C., fue director de la biblioteca de Alejandría. Demetrio de Falero, discípulo de Aristóteles, gobernó Atenas bajo la tutela de Casandro de Macedonia, entre el 317 y el 307 a.C.; sus obras históricas y sobre retórica constituyen una fuente importante para Plutarco.

[35] En griego es un trímetro yámbico. *Cf.* Ps. Plut., *Vida de los diez oradores* 845 B.

A. *Retomó de la misma manera que tomó.*
B. *Le habría encantado a Demóstenes hacerse con esa frase.*

6 A menos que, por Zeus, Antífanes estuviera haciendo un chiste también con esto a propósito del discurso sobre Haloneso, que Demóstenes aconsejaba a los atenienses no tomarla, sino retomarla de Filipo, litigando por las sílabas[36].

10 En cuanto a Démades, todo el mundo reconocía que era
invencible por las cualidades naturales que poseía y que sus
improvisaciones superaban las meditadas elaboraciones de
2 Demóstenes. Aristón de Quíos[37] refiere también una opinión
de Teofrasto[38] sobre los oradores. Cuando le preguntaron, en
concreto, su parecer acerca de Demóstenes como orador, con-
testó: «digno de la ciudad»; y acerca de Démades, contestó:
3 «por encima de la ciudad». El mismo filósofo cuenta que Po-
lieucto de Esfeto, uno de los que se dedicaban a la política por
entonces en Atenas, manifestaba que el orador más importante
era Demóstenes, pero que el que tenía una elocuencia más
enérgica era Foción[39], pues concentraba el mayor sentido en la
4 dicción más breve. Es más, incluso el propio Demóstenes, se-
gún cuentan, siempre que Foción subía a la tribuna para repli-
carle, decía a sus seguidores: «Ya se levanta el hacha de mis

[36] Sobre Antífanes, *cf.* 4, 6 y nota. La atribución a Demóstenes del discurso *Sobre Haloneso* no es segura. Filipo, para complacer a los atenienses, les ofrecía la pequeña isla de Haloneso, que había arrebatado a los piratas. Demóstenes decía que no debía darla, sino devolverla porque había sido antes de los atenienses. *Cf.* ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 83, de donde toma Plutarco la expresión «litigando por las sílabas».

[37] Filósofo estoico (siglo III a.C.), autor de un tratado sobre los oradores.

[38] Sucesor de Aristóteles en la dirección del Liceo.

[39] *Cf.* PLUT., *Foción* 5, 5 y *Consejos políticos* 803 E, donde se emplea un término distinto para calificar la oratoria de Foción: *deinótatos*, no *dynatótatos* como aquí.

discursos[40]». Ahora bien, no está claro si Demóstenes experi- 5
mentaba este sentimiento por la oratoria del personaje o por su vida y su reputación, al considerar que una sola palabra o movimiento de cabeza de un hombre que inspira confianza tiene más influencia que innumerables y largos períodos[41].

Las deficiencias físicas, intentaba paliarlas con los ejerci- 11
cios que voy a mencionar, según cuenta Demetrio de Falero, que dice haberlo oído del propio Demóstenes cuando ya era viejo. Su pronunciación poco clara y balbuciente[42], la corrigió y acabó con ella metiéndose guijarros en la boca y pronunciando discursos de esa manera. La voz, la ejercitaba hablando mientras corría o subía cuestas, y recitando pasajes en prosa o en verso sin intervalos para respirar. Además, tenía en su casa un espejo grande frente al que se ponía para realizar sus ejercicios[43].

Se cuenta que un hombre fue a pedirle que lo defendiera y 2
le refirió que alguien le había dado una paliza. «Venga ya —le dijo Demóstenes—, no te ha pasado nada de lo que dices.» Cuando el hombre alzó la voz y gritó: «¿Que no me ha pasado nada, Demóstenes?», le contestó: «Sí, por Zeus, ahora estoy
oyendo la voz de un hombre ultrajado y golpeado». Tanta era la 3
importancia que daba al tono y al gesto de los que hablaban para que inspiraran credibilidad. A la mayoría de la gente, en efecto, le encantaba su actuación; pero las personas refinadas, y entre ellas Demetrio de Falero, encontraban su manera de declamar vulgar, chabacana y blandengue.

---

[40] *Cf.* PLUT., *Foción* 5, 9; *Consejos políticos* 803 E.

[41] *Cf.* PLUT., *Foción* 5, 10; *Consejos políticos* 801 C.

[42] El defecto consistía principalmente en pronunciar la ro como lambda. *Cf.* 4, 7 y nota.

[43] *Cf.* PS. PLUT., *Vida de los diez oradores* 844 E.

4 Cuenta Hermipo que Esión[44], una vez que le preguntaron su
parecer acerca de los oradores antiguos y los de su tiempo, con-
testó que, al oírlos, aquéllos habrían causado admiración por el
decoro y la solemnidad con la que le hablaban al pueblo; pero
que los discursos de Demóstenes, leídos, eran muy superiores
5 por su composición y su fuerza. En efecto, que sus discursos
escritos están llenos de severidad y mordacidad, no hay ni que
decirlo; y en lo que respecta a sus contestaciones improvisadas,
también empleaba la chanza. Por ejemplo, cuando Démades
dijo: «¡Conmigo va a competir Demóstenes! La cerda con Ate-
nea[45]», respondió: «Atenea fue sorprendida hace poco en Coli-
6 to[46] cometiendo adulterio». Cuando el ladrón conocido como
Broncíneo intentó meterse con él porque se quedaba despierto y
escribiendo por la noche, le dijo: «Sé que te fastidio con la lám-
para encendida[47]. Y en cuanto a vosotros, atenienses, no os ex-
trañéis de los robos que se cometen si tenemos ladrones de bronce
7 y paredes de barro[48]». Pero bueno, aunque sobre este particular
podría seguir contando más anécdotas graciosas, lo dejaré en
este punto. En cuanto a los demás rasgos de su manera de ser y
su carácter, lo más apropiado es inspeccionarlos a partir de sus
hechos y de su actividad política.

12 Pues bien, emprendió su actividad pública durante la guerra de Fócide, como él mismo dice y como se puede deducir de sus

[44] Sobre Hermipo, *cf.* 5, 7 y nota. Esión era orador y compañero de estudios de Demóstenes. *cf. Suda*, s. u. «Demosthénes».

[45] La expresión proverbial completa es: «La cerda rivalizó una vez con Atenea». *Cf.* Teócrito, V, 23.

[46] Un barrio de Atenas.

[47] La respuestas a Démades y al ladrón se encuentran también en Plut., *Consejos políticos* 803 C-D.

[48] Había ladrones que entraban en las casas perforando las paredes; se les daba el nombre de *toichórychoi*.

discursos contra Filipo[49]. En efecto, mientras que unos se com- 2
pusieron cuando la guerra ya había concluido, los más antiguos
aluden a los acontecimientos cercanos a su fin[50]. Está claro tam- 3
bién que, cuando se preparó para pronunciar el discurso contra
Midias, tenía treinta y dos años[51] y todavía no gozaba de in-
fluencia y prestigio político. El temor que sentía por este moti- 4
vo fue la razón principal, en mi opinión, por la que depuso su
odio hacia él a cambio de dinero.

Pues no era en absoluto un hombre bondadoso y amable[52],

sino vehemente y violento en sus venganzas. Pero al ver que no 5
era tarea fácil ni al alcance de sus fuerzas abatir a un hombre como
Midias, tan bien pertrechado de riquezas, elocuencia y amigos,
cedió a los que intercedían por él. Las tres mil dracmas[53], por sí 6
solas, me parece que no habrían calmado la cólera de Demóstenes
si hubiera tenido la esperanza y la posibilidad de salir ganando[54].

Tomó como noble base de su política la defensa de los grie- 7
gos contra Filipo y luchaba por esa causa valerosamente, y así
muy pronto adquirió notoriedad y se alzó a la vista de todos por

---

[49] *Cf.* DEMÓST., *Sobre la corona* 18.

[50] La guerra de Fócide, llamada también tercera guerra sagrada, duró diez años, del 356 al 346 a.C. Filipo empezó a intervenir en ella en el 352 a.C. La *Primera Filípica* se pronunció en el 351 a.C., las tres *Olintíacas* en el 349 a.C., *Sobre la paz* en el 346 a.C., la *Segunda Filípica* en el 343 a.C. y la *Tercera* y *Cuarta Filípicas* en el 341 a.C.

[51] Nació, por tanto, en el 381/380 a.C. Pero quizás naciera un poco antes, pues la mayoría de los testimonios sitúan su nacimiento en el 384/383 a.C.

[52] *Ilíada* XX 467, en referencia a Aquiles.

[53] *Cf.* ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 52.

[54] Midias había abofeteado a Demóstenes, que era corego, públicamente en el teatro, durante la celebración de las Grandes Dionisias del 349/348 a.C. El juicio no se llegó a celebrar porque las partes alcanzaron un acuerdo y, por tanto, el discurso tampoco se pronunció.

el atrevimiento de sus discursos: suscitó admiración en Grecia, recibió atenciones del gran rey[55], era él al que Filipo tenía más en cuenta entre los dirigentes populares[56], e incluso quienes lo detestaban reconocían que tenían que batirse con un personaje ilustre. Eso, en efecto, es lo que tanto Esquines como Hiperides dicen de él aunque lo colman de acusaciones[57].

13 Por eso no entiendo cómo se le ocurrió a Teopompo[58] decir que era inconstante en su manera de ser e incapaz de estar vinculado mucho tiempo a los mismos asuntos o a las mismas
2 personas. Pues es manifiesto que, el partido y la posición política en los que se situó desde un principio, los conservó hasta el final, y no sólo no cambió a lo largo de su vida, sino que,
3 por no cambiar, entregó incluso la vida. En efecto, no era como Démades, que, como justificación del cambio en su política, decía que muchas veces había hablado en contra de sus intereses particulares pero nunca en contra de los de la ciudad; ni como Melanopo[59], que, aunque era oponente político de Calístrato[60], a menudo, comprado por él, cambiaba de actitud y solía decirle al pueblo: «El hombre es mi enemigo, pero debe preva-
4 lecer el interés de la ciudad»; ni como Nicodemo de Mesenia, que aunque primero era partidario de Casandro y después siguió una política contraria a favor de Demetrio[61], afirmaba que

[55] Así llamaban los griegos habitualmente al rey de Persia. *Cf.* 20, 4-5.

[56] *Cf.* 16, 2.

[57] Si Esquines era del partido promacedonio, Hiperides coincidía con Demóstenes en su oposición al dominio de Macedonia. A pesar de eso, fue uno de los acusadores de Demóstenes por el asunto de Hárpalo y pronunció un discurso *Contra Demóstenes*.

[58] *Cf.* 4, 1 y nota.

[59] Un político poco relevante del siglo IV a.C.

[60] *Cf.* 5, 1 y nota.

[61] Casandro, regente y después rey de Macedonia, perdió el control de Atenas cuando fue vencido por Demetrio Poliorcetes en el 307 a.C.

no se contradecía, pues lo útil es siempre hacer caso de los que detentan el poder. De Demóstenes no podemos hablar también de esa manera, como si se hubiera apartado de su trayectoria y hubiera dado bandazos en sus palabras o en su comportamiento; al contrario, como si se atuviera a una única e inmutable escala musical, conservó siempre el mismo tono en su actividad política[62].

El filósofo Panecio[63] dice también que la mayor parte de sus 5
discursos están escritos con la convicción de que el bien es lo único que debe ser escogido por sí mismo; por ejemplo, el discurso *Sobre la corona*[64], el *Contra Aristócrates*[65], el *De las inmunidades*[66] y las *Filípicas*[67]. En todos ellos, evita conducir a 6
sus conciudadanos a lo más agradable, lo más fácil o lo más provechoso; por el contrario, con frecuencia su pensamiento es que deben poner su seguridad y salvación en segundo lugar, tras el bien y lo conveniente. Así que, si a la ambición de sus principios y a la nobleza de sus discursos se hubieran añadido el valor guerrero y un comportamiento siempre intachable, merecería figurar no en la relación de los oradores como Merocles, Po-

[62] Para esta imagen del campo musical, *cf.* PLUT., *Cómo distinguir a un adulador de un amigo* 55 D. Plutarco aplica con frecuencia a la política metáforas y comparaciones tomadas del campo de la música. *Cf.*, por ejemplo, PLUT., *Foción* 2, 9.

[63] Panecio de Rodas, filósofo estoico del siglo II a. C.

[64] Considerado la obra maestra de los discursos de Demóstenes, que realiza una defensa apasionada de su actuación política. Fue pronunciado en el 330 a. C. como respuesta al *Contra Ctesifonte* de ESQUINES.

[65] Pronunciado en el 352 a. C., posiblemente por un cierto Euticles que se lo había encargado, contiene el programa político de Demóstenes.

[66] También conocido como *Contra Leptines*, es el primer discurso que Demóstenes pronunció personalmente, en el 355/354 a. C.

[67] El objetivo de éstas es exhortar a los atenienses a oponerse al expansionismo de Filipo II de Macedonia. Véase nota a 12, 2.

lieucto e Hiperides[68], sino en otra superior, junto a Cimón, Tucídides y Pericles[69].

14 En todo caso, de sus contemporáneos, Foción, a pesar de que propugnaba una política que no cosechaba aplausos, pues se le consideraba partidario de los macedonios, sin embargo, debido a su valor y a su justicia no fue considerado en absoluto
2 inferior a Efialtes, Aristides y Cimón[70]. Demóstenes, por el contrario, no era digno de confianza en las armas, como dice Demetrio[71], ni era totalmente inexpugnable para el soborno, y si no se dejó conquistar por el oro de Filipo y Macedonia, en cambio fue accesible para el que bajaba a raudales de Susa y Ecbatana[72]: estaba muy capacitado para elogiar las virtudes de los an-
3 tepasados, pero para imitarlos no tanto. Con todo, a los orado-

---

[68] Todos ellos oradores contemporáneos de Demóstenes, del partido antimacedonio.

[69] Políticos atenienses del siglo v a.C. Tucídides no es el historiador, sino el político conservador rival de Pericles.

[70] Plutarco siente un enorme aprecio por Foción, como se puede comprobar también en la biografía que le dedica. Lo valora más que a ninguno de sus contemporáneos y por eso lo compara con políticos del siglo precedente. En PLUT., *Foción* 7, 5, es equiparado, por aunar la vocación política y la militar, a Pericles, Aristides y Solón. En la *Vida de Foción*, Plutarco hace siempre una presentación negativa de Demóstenes para contrastarlo con Foción, su «héroe» preferido. En cambio aquí, en la *Vida de Demóstenes*, elogia al protagonista de la misma por su valerosa lucha en defensa de la libertad de su ciudad (13, 6) y encontramos un aspecto de la política de Foción que no encontramos en su biografía: explica su falta de éxito no por una *týchē* adversa (como en *Foción* 1, 4-6), sino porque era considerado partidario de los macedonios. Emplea Plutarco el verbo *makedonízein*, equiparable al conocido *mēdízein* (ser partidario de los persas traicionando a los demás griegos durante las guerras médicas) de tiempos más antiguos. De esta manera, quizás, el biógrafo nos ofrece la valoración de la política de Foción que posiblemente hacía la mayoría de sus contemporáneos.

[71] Demetrio de Falero.

[72] *Cf.* 20, 5; ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 173.

res de su tiempo —sin contar a Foción— los aventajó incluso en su modo de vida. Está claro que él era el que le hablaba al pueblo con mayor franqueza, se oponía a las pasiones de la mayoría y reprendía sus yerros, como se puede colegir de sus discursos. Teofrasto cuenta incluso que una vez los atenienses le 4
insistían para que realizara una acusación y después, como no les hacía caso, lo abucheaban; por lo que se levantó y dijo: «Atenienses, vosotros me tendréis como consejero aunque no queráis; pero como sicofanta, ni aunque queráis». Muy aristo- 5
crática fue también su gestión respecto a Antifonte: aunque había sido absuelto por la asamblea, lo arrestó y le hizo subir al consejo del Areópago y, sin que le importara un choque con el pueblo, demostró que había prometido a Filipo que incendiaría los arsenales; en consecuencia, fue entregado por el consejo para que se le diera muerte[73]. También acusó a la sacerdotisa 6
Teóride de muchos delitos, y en particular de instruir a los esclavos en el engaño, por lo que solicitó para ella la pena de muerte y logró su ejecución[74].

Se dice también que el discurso contra el general Timoteo, 15
mediante el que Apolodoro logró su condena por una deuda, lo escribió Demóstenes para Apolodoro[75], e igualmente escribió los discursos contra Formión y Estéfano, por lo que con razón fue denigrado. Y es que también Formión litigó contra Apolo- 2
doro con un discurso de Demóstenes[76]; como si este mismo les

[73] Los hechos ocurrieron hacia el 344 a.C. *Cf.* DEMÓST., *Sobre la corona* 132-133.

[74] Teóride de Lemnos. En DEMÓST., *Contra Aristogitón* I 79-80, se la califica de envenenadora.

[75] El proceso fue en el 362 a.C. Si Demóstenes escribió el discurso, tenía como mucho veintidós años. Timoteo, hijo de Conón, era un prestigioso general ateniense, y Apolodoro, hijo del banquero Pasión, le reclamaba un préstamo que le había hecho su padre.

[76] Demóstenes escribió hacia 350 a.C. un discurso *En favor de Formión*

vendiera a los contendientes, para que lucharan entre sí, puñales procedentes de la misma armería[77].

3 De sus discursos políticos, *Contra Androción*, *Contra Timócrates* y *Contra Aristócrates*, los escribió para otros cuando él todavía no se ocupaba de la política, pues parece que compuso tales discursos cuando tenía treinta y dos o treinta y tres años[78]. El *Contra Aristogitón*[79], en cambio, lo pronunció él en persona, y también el *De las inmunidades*[80], según dice él mismo a petición de Ctesipo, el hijo de Cabrias[81], pero al decir de algunos
4 porque pretendía a la madre del joven. Sin embargo, no se casó con ella, sino que contrajo matrimonio con una samia[82], según cuenta Demetrio de Magnesia en su obra *Sobre los homóni-*
5 *mos*[83]. El discurso contra Esquines, *Sobre la embajada infiel*, no

(XXXVI del corpus demosténico), defendiéndolo de la acusación que le había hecho Apolodoro de haberse quedado con parte de su herencia (pues había sido empleado del banquero Pasión). Ganó Formión y Apolodoro denunció a Estéfano por falso testimonio a favor de Formión. Los dos discursos pronunciados por Apolodoro *Contra Estéfano* se hallan en el corpus demosténico (XLV y XLVI) pero es bastante insegura su atribución a Demóstenes, aunque existen indicios de que al menos prestó ayuda a Apolodoro.

[77] Precisamente el padre de Demóstenes tenía una armería.

[78] Sobre su edad, *cf.* 12, 3 y nota. Los tres discursos fueron escritos entre 354 y 352 a.C. Ya había escrito *Sobre las agrupaciones* en el 354 a.C., el primero que pronunció en la asamblea, y *En defensa de los Megapolitas* en el 353 a.C., pero Plutarco coloca el inicio de la carrera política de Demóstenes en el 351 a.C., con la *Primera Filípica*.

[79] La atribución a Demóstenes de dos discursos *Contra Aristogitón* (XXV y XXVI del corpus) es insegura.

[80] *Cf.* 13, 5 y nota.

[81] Sobre el hijo de Cabrias, *cf.* PLUT., *Foción* 7, 3-4.

[82] Debía de ser hija de un cleruco ateniense, porque de otro modo el matrimonio no habría sido legal.

[83] Demetrio de Magnesia (siglo I a.C.). Según Diógenes Laercio, que lo cita con mucha frecuencia, el título completo de la obra era *Sobre los poetas y escritores homónimos*.

se sabe si se pronunció[84]; sin embargo, Idomeneo dice que Es-
quines salió absuelto por sólo treinta votos[85]. Pero parece que
eso no es verdad, si debemos deducirlo de los discursos *Sobre la*
corona escritos por uno y otro[86], pues ninguno de ellos dice de 6
manera clara y explícita que tal enfrentamiento llegara a un jui-
cio. Pero en fin, ésta es una cuestión que dirimirán mejor otros.

La orientación política de Demóstenes era manifiesta inclu- 16
so cuando todavía existía la paz, pues no dejaba sin criticar
ninguna acción del macedonio, sino que con cada una de ellas
intentaba encender la ira de los atenienses contra él. Por ese 2
motivo también Filipo lo tenía muy en cuenta, y, cuando fue a
Macedonia en una embajada con otros nueve[87], Filipo los escu-
chó a todos pero respondió con mayor cuidado el discurso de
Demóstenes[88]. Sin embargo, en las demás muestras de aprecio 3
y amabilidad no se mostró igual con Demóstenes, sino que in-
tentaba más bien ganarse a Esquines y Filócrates[89]. Por eso, 4
cuando éstos elogiaban a Filipo diciendo que era muy elocuen-
te al hablar, muy apuesto a la vista y, por Zeus, muy buen bebe-
dor, Demóstenes se sintió obligado a decir en son de burla y de
forma injuriosa que el primer elogio era digno de un sofista, el
segundo de una mujer y el tercero de una esponja, pero ninguno
digno de un rey.

---

84 Al parecer sí tuvo lugar el proceso, en el 343 a.C.

85 El dato procede de Idomeneo de Lámpsaco (siglo III-II a.C.). Se trata de la embajada que gestionó la llamada paz de Filócrates entre Atenas y Macedonia en el 346 a.C. Participaron, entre otros, Demóstenes y Esquines.

86 El de Demóstenes lleva ese título, pero el de Esquines se titula *Contra Ctesifonte*, por el que propuso la corona para Demóstenes. *Cf.* 24, 3 y nota.

87 En el 346 a.C., para gestionar la paz de Filócrates.

88 Esquines, *Sobre la embajada* 38, da una versión muy diferente de lo que ocurrió.

89 Este político del partido promacedonio fue el que propuso la paz con Filipo, y de ahí que tomara su nombre.

17 Cuando la situación se precipitaba ya hacia la guerra porque Filipo era incapaz de mantener la calma y los atenienses se mantenían despabilados por Demóstenes, éste en primer lugar impulsó a los atenienses a hacer una expedición contra Eubea, cuyos tiranos la habían sometido a Filipo: en virtud de un decreto propuesto por él, cruzaron a la isla y expulsaron a los macedonios[90].
2 En segundo lugar, hizo que auxiliaran a los bizantinos y a los perintios, que estaban siendo atacados por el macedonio: persuadió al pueblo de que abandonara el rencor y dejara de tenerles en cuenta las faltas que ambos pueblos habían cometido durante la guerra de los aliados y les enviara una fuerza, gracias a la cual se
3 salvaron[91]. Luego, en calidad de embajador, hablaba con los griegos y los incitaba, y logró unirlos a todos, con pocas excepciones, en una coalición contra Filipo, de manera que se formó un ejército de quince mil soldados de infantería y dos mil de caballería, además de las fuerzas constituidas por los ciudadanos, y de buen grado suministraron dinero para el salario de los merce-
4 narios[92]. Fue entonces cuando, según cuenta Teofrasto, al pedir los aliados que se delimitaran las contribuciones, el demagogo Cróbilo[93] dijo que la guerra no se alimenta con raciones fijas.
5 Con Grecia expectante ante el futuro, y con una coalición de

---

[90] Hubo dos expediciones atenienses a Eubea, con Foción como general, en el 349 y en el 341 a.C. En esta última consiguieron sustraer Eubea de la influencia macedonia. *Cf.* Plut., *Foción* 12, 1-14, 2; Demóst., *Sobre la corona* 237.

[91] La guerra de los aliados había tenido lugar entre el 357 y el 355 a.C., cuando Bizancio, Quíos, Rodas y Cos hicieron defección de la Confederación Ateniense. Filipo asedió Perinto y Bizancio en el 340 a.C. Los atenienses enviaron una fuerza dirigida por los generales Cares y Foción que obligó a Filipo a levantar el sitio. *Cf.* Plut., *Foción* 14, 3-8.

[92] *Cf.* Demóst., *Sobre la corona* 237.

[93] Mote (que significa «copete») del orador y político ateniense Hegesipo. En otros lugares se atribuye su dicho al rey espartano Arquidamo: *cf.* Plut., *Máximas de reyes y generales* 190 A; *Máximas de espartanos* 219 A.

sus pueblos y ciudades formada por eubeos, aqueos, corintios, megareos, leucadios y corcireos[94], a Demóstenes le quedaba todavía el mayor de los desafíos: atraer a la alianza a los tebanos, que tenían un territorio limítrofe con el Ática, poseían una fuerza belicosa y en aquel tiempo eran, de entre los griegos, los guerreros de mayor prestigio[95]. Pero no era fácil hacerles cam- 6
biar de bando porque Filipo se los había granjeado con recientes beneficios en la guerra de Fócide[96] y, sobre todo, porque, con las desavenencias causadas por la vecindad, las hostilidades entre una ciudad y otra se reabrían continuamente[97].

Sin embargo, Filipo, exaltado por su éxito en Anfisa, cayó 18
de repente sobre Elatea y ocupó la Fócide[98]; los atenienses se quedaron consternados y, cuando nadie osaba subir a la tribuna ni sabía lo que había que decir, en medio del desconcierto y el silencio reinantes, Demóstenes fue el único que se presentó y aconsejó captarse a los tebanos. Por lo demás, alentó al pueblo y, como solía hacer, le levantó el ánimo dándole esperanzas, y tras eso, lo enviaron con otros como embajador a Tebas[99]. Fili- 2
po, por su parte, según cuenta Marsias[100], envió también a los macedonios Amintas, Cleandro y Casandro y al tesalio Dáoco y a Trasideo para que les replicaran. No escapaba a los cálculos

---

[94] *Cf.* . Demóst., *Sobre la corona* 237.

[95] Desde las victorias de Leuctra (371 a.C.) y Mantinea (362 a.C.) sobre los espartanos.

[96] *Cf.* 12, 1.

[97] Las hostilidades entre Atenas y Tebas eran continuas. Un ejemplo es el conflicto por la posesión de Oropo. *Cf.* 5, 1.

[98] Se trata de la cuarta guerra sagrada, que los anfictiones proclamaron contra los locros de Anfisa por haber cultivado terrenos del dios de Delfos. Filipo fue invitado por los anfictiones a dirigir la guerra, lo que le permitió entrar en Grecia con un ejército.

[99] Plutarco sigue aquí el relato de Demóst., *Sobre la corona* 169-179.

[100] Marsias de Pela fue compañero de Alejandro y escribió una historia de Macedonia.

de los tebanos, desde luego, qué era lo que les convenía; por el contrario, cada uno tenía ante sus ojos los horrores de la guerra pues las heridas de la contienda de Fócide estaban todavía recientes. Pero la fuerza del orador, como dice Teopompo, al inflamarles el ánimo y enardecer su amor propio, dejó en la sombra todas las otras consideraciones hasta el punto de que desecharon el miedo, el cálculo y la gratitud, y, entusiasmados
3 por sus palabras, optaron por el honor. El éxito del orador se mostró tan grande y brillante, que Filipo envió heraldos en seguida para pedir la paz[101]. Grecia, por su parte, se alzó y se coaligó para el futuro, y se pusieron a disposición de Demóstenes, haciendo lo que les ordenaba, no sólo los generales atenienses sino también los beotarcas[102]. Además todas las asambleas estaban dirigidas entonces por él, no menos las de los tebanos que las de los atenienses, pues era amado en ambas ciudades e imperaba no injustificada e inmerecidamente, como opina Teopompo, sino de manera muy apropiada.

19 Parece que un destino de naturaleza divina o el curso de los acontecimientos, dando fin en aquel momento a la libertad de Grecia, se oponía a lo que se estaba gestando, y aparecieron numerosas señales de lo que iba a suceder[103]; entre otras, las terribles profecías que pronunció la Pitia y un antiguo oráculo sibilino que rezaba:

Permanezca yo lejos de la batalla del Termodonte,
Como un águila en las nubes y el aire para contemplarla.
Llora el vencido y el vencedor muerto está[104].

---

[101] Sobre los deseos de paz de Filipo, *cf.* PLUT., *Foción* 16, 1.

[102] Los magistrados elegidos por las ciudades que formaban la Liga Beocia, en la que Tebas tenía un papel preponderante.

[103] ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 130, menciona funestos presagios relacionados con los misterios de Eleusis.

[104] Filipo, el vencedor de Queronea, murió asesinado dos años después, en el 336 a.C. *Cf.* 21, 4.

Dicen que el Termodonte es un pequeño riachuelo que tenemos en Queronea y que desemboca en el Cefiso. Pero nosotros no conocemos ningún río que se denomine así actualmente y suponemos que el que se llama Hemón se llamaba en aquel tiempo Termodonte, pues discurre junto al santuario de Heracles, donde los griegos asentaron sus reales. Conjeturamos que, tras la batalla, lleno de sangre y de cadáveres, el río cambió su nombre por el que lleva ahora[105]. Duris, sin embargo, dice que 3 el Termodonte no es un río, sino que unos que estaban plantando una tienda y cavando alrededor, encontraron una estatuilla de piedra con una inscripción que indicaba que era Termodonte llevando en sus brazos a una amazona herida[106]. Añade que había otro oráculo sobre esto que rezaba:

Aguarda, ave negrísima, la batalla del Termodonte;
allí tendrás carne humana en abundancia.

Pero bueno, sobre ese asunto es difícil decidir. En cuanto a 20 Demóstenes, se dice que, lleno de confianza en las armas de los griegos y exultante por la fuerza y el ardor de tantos hombres que desafiaban a los enemigos, no permitía que se prestara atención a los oráculos ni se escucharan las profecías; antes bien, incluso expresaba la sospecha de que la Pitia estaba de parte de Filipo[107], y a los tebanos les mencionaba el nombre de Epaminondas y a los atenienses el de Pericles, afirmando que aquellos personajes consideraban todas esas creencias pretextos para la cobardía y seguían los dictados de la razón. El caso 2

[105] El nombre del río, *Haímon*, deriva de *haîma*, «sangre».

[106] Termodonte era un río del país de las Amazonas y desembocaba en el Ponto. Pero PLUT., *Teseo* 27, 8, da sólo la primera versión sobre el nombre del río y no recoge la de Duris.

[107] *Cf.* ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 130.

es que hasta entonces se comportó como un hombre valeroso, pero en la batalla[108] no realizó ninguna acción honorable ni en consonancia con sus discursos: abandonó su puesto, huyó de la manera más ignominiosa y arrojó las armas sin avergonzarse siquiera, como dijo Piteas, por la inscripción que llevaba grabada sobre el escudo en letras de oro: «Con buena fortuna[109]».

3 Inmediatamente después de la victoria, Filipo, con una arrogancia desbordante a causa de la alegría, se puso a bailar entre los cadáveres y, embriagado, cantaba el comienzo del decreto de Demóstenes[110] marcando el metro del verso y llevando el ritmo con el paso:

Demóstenes, hijo de Demóstenes, del demo de Peania, hizo esta [propuesta[111].

Cuando se le pasó la embriaguez y se percató de la magnitud del peligro que se había cernido sobre él, se estremeció ante la eficacia y la fuerza del orador, pues se había visto obligado por él a jugarse, en una pequeña parte de un solo día, su imperio
4 y su vida. La fama del orador llegó hasta el rey de los persas: de hecho, envió cartas a los sátrapas de la costa ordenándoles que dieran dinero a Demóstenes y le hicieran más caso que a todos los demás griegos, pues pensaba que era capaz de distraer la atención del macedonio y mantenerlo ocupado con las agitacio-
5 nes de Grecia. En todo caso, eso lo descubrió Alejandro más

---

[108] La de Queronea, en septiembre del 338 a. C.

[109] Es una fórmula de buen augurio que se solía poner en el encabezamiento de muchos decretos.

[110] El decreto de los atenienses propuesto por Demóstenes que marcó el comienzo de la guerra entre Atenas y Macedonia. *Cf.* DEMÓST., *Sobre la corona* 179.

[111] Estas palabras con las que comienza el decreto forman en griego un tetrámetro yámbico cataléctico.

tarde cuando encontró en Sardes unas cartas de Demóstenes y documentos de los generales del rey que indicaban la cantidad de dinero que se le había entregado.

Entonces, tras el infortunio sufrido por los griegos, los ora- 21
dores del partido contrario atacaban a Demóstenes pidiendo
que rindiera cuentas y poniéndole pleitos. Pero el pueblo no 2
sólo lo absolvía, sino que incluso lo honraba continuamente y
de nuevo lo llamaba, como a una persona leal, para que se ocu-
para de los asuntos públicos; hasta el punto de que, cuando se
dio sepultura a los huesos traídos de Queronea, le encargó que
pronunciara el elogio de los caídos[112]. Y es que el pueblo no
sobrellevaba lo ocurrido con abatimiento e indignidad, como
escribe con su estilo trágico Teopompo[113], sino que, con los es-
peciales honores y el respeto que mostraba a su consejero, ma-
nifestaba que no se arrepentía de las decisiones que había to-
mado. Así que el discurso lo pronunció Demóstenes, pero los 3
decretos no los comenzaba con su propio nombre, sino que los iba
atribuyendo sucesivamente a cada uno de sus amigos, tratando
de conjurar así su hado[114] y su destino; hasta que recuperó el
ánimo con la muerte de Filipo, que no sobrevivió mucho tiem- 4
po a su éxito en Queronea[115]. Esto precisamente es lo que pare-
ce profetizar el oráculo en su último verso:

Llora el vencido y el vencedor muerto está.

---

[112] DEMÓST., *Sobre la corona* 285.

[113] Obsérvese el empleo crítico que suele hacer Plutarco de Teopompo: *cf.* 13, 1; 18, 2.

[114] Traducimos así el término griego *daímōn* con el que Plutarco, siguiendo la tradición platónica, designa a genios o espíritus de carácter sobrenatural que ocupan una posición intermedia entre dioses y hombres. Pueden ser buenos o malos; a veces aparecen como seres vengadores, como en PLUT., *César,* 66, 1 y 69, 2; *Foción* 30, 9. El propio Demóstenes es víctima de un *daímōn* adverso asociado a su *týchē.*

[115] Murió en el 336 a.C. asesinado por Pausanias, un noble macedonio.

22 Se enteró Demóstenes en secreto de la muerte de Filipo y,
tratando de adelantarse a infundir ánimo a los atenienses para
lo que se avecinaba, se presentó radiante en el consejo diciendo
que había tenido un sueño que le hacía esperar un gran benefi-
cio para los atenienses; y no mucho después, llegaron los que
2 anunciaron la muerte de Filipo. Entonces inmediatamente ofre-
cieron sacrificios por la buena noticia y votaron la concesión de
3 una corona a Pausanias[116]. Demóstenes salió con un manto es-
pléndido y una corona a pesar de que su hija había muerto seis
días antes, como dice Esquines, que lo injuria por ese motivo y
lo acusa de no querer a su hija[117]. Pero el propio Esquines care-
cía de dignidad y entereza si consideraba los duelos y los la-
mentos señales de un espíritu dulce y cariñoso, y desaprobaba
que se soportaran tales adversidades con serenidad y tranquili-
4 dad. Yo, por mi parte, no podría decir que estuvo bien ponerse
coronas y hacer sacrificios[118] por la muerte de un rey que los
había vencido y los había tratado con tanta mansedumbre y hu-
manidad en su derrota: pues puede suscitar la cólera divina, y
fue innoble otorgarle honores, como la concesión de la ciuda-
danía, mientras estaba vivo, y, una vez que murió a manos de
otro, no moderar el regocijo, sino dar saltos de alegría sobre el
cadáver y cantar el peán[119] como si ellos mismos hubieran rea-
5 lizado una hazaña. A pesar de todo, el hecho de que Demóste-
nes dejara a las mujeres las desgracias familiares, las lágrimas
y los llantos, y él hiciera lo que pensaba que era conveniente
para la ciudad, lo elogio, y considero propio del espíritu de un
político viril ocuparse con firmeza del bien común, subordinar

[116] *Cf.* nota anterior.

[117] *Cf.* ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 77.

[118] Foción intentó en vano impedirlo. *Cf.* PLUT., *Foción* 16, 8.

[119] Originalmente, un himno dedicado a Apolo como acción de gracias, pero a veces en celebraciones públicas podía cantarse en honor de otras divinidades.

a los asuntos públicos los problemas y los sufrimientos domés-
ticos y conservar la dignidad mucho mejor que los actores que
hacen papeles de reyes y tiranos, a los que vemos en los teatros
llorando y riendo no conforme a sus deseos sino como lo re-
quiere el argumento de la obra. Aparte de todo eso, si es un 6
deber impedir que un hombre infortunado yazca desconsolado
en su sufrimiento y hay que decirle palabras que lo conforten y
orientar su pensamiento a asuntos más agradables (como los
que aconsejan a quienes tienen los ojos enfermos que aparten la
vista de los colores brillantes e intensos y la dirijan a los verdes
y suaves[120]), ¿cómo podría procurarse uno mejor consuelo que
haciendo una mezcla de los sucesos públicos y los domésticos,
si la patria es dichosa, para atenuar los desdichados con los más
venturosos? En fin, me ha impulsado a decir estas cosas el ver 7
que Esquines con este discurso enternece a muchos y los mueve
a una compasión mujeril.

Las ciudades, enardecidas por Demóstenes, volvieron a coa- 23
ligarse. Los tebanos, a los que Demóstenes había procurado ar-
mas, atacaron la guarnición y mataron a muchos[121], mientras los
atenienses se preparaban para luchar junto a ellos. Demóstenes 2
controlaba la tribuna y escribía a los generales que el rey de
Persia tenía en Asia instigándolos a luchar desde allí contra Ale-
jandro, a quien motejaba de niño y de Margites[122]. Sin embargo,
una vez arreglada la situación en su país, Alejandro en persona
se presentó en Beocia con su ejército, con lo que la intrepidez de
los atenienses quedó cortada de raíz y Demóstenes apagado. Los
tebanos, traicionados por los atenienses, combatieron solos y

[120] Un ejemplo similar se encuentra en Plut., *Foción* 2, 4.

[121] Se refiere a la guarnición que Filipo había dejado en la fortaleza de Tebas, la Cadmea.

[122] Necio por antonomasia, personaje de un poema, al que da título, atribuido a Homero.

3 perdieron su ciudad[123]. Una gran inquietud se apoderó de los
atenienses y Demóstenes fue elegido y enviado, junto con otros,
como embajador ante Alejandro; pero, temeroso de su cólera, se
4 volvió atrás desde el Citerón y dejó la embajada. Alejandro in-
mediatamente exigió la entrega de diez dirigentes, según Ido-
meneo y Duris, pero según la mayoría de los escritores más
prestigiosos, fueron sólo los ocho siguientes: Demóstenes, Po-
lieucto, Efialtes, Licurgo, Merocles, Demón, Calístenes y Cari-
5 demo[124]. Fue entonces precisamente cuando Demóstenes contó
la fábula de las ovejas que entregaron los perros a los lobos y se
comparó a sí mismo y a sus compañeros con los perros que lu-
chaban en defensa del pueblo y llamó a Alejandro el lobo solita-
6 rio de Macedonia[125]. Y añadió: «Vemos que los mercaderes, con
unos pocos granos de trigo que llevan de muestra en una taza,
venden una gran cantidad; y de la misma manera vosotros os
entregáis todos junto con nosotros sin daros cuenta». En fin,
esto es lo que ha relatado Aristobulo de Casandrea[126].

Cuando los atenienses deliberaban sin saber qué hacer, Démades, por cinco talentos que recibió de los oradores, aceptó ir en embajada e interceder por ellos ante el rey, bien porque confiaba en su amistad, bien porque esperaba hallarlo saciado como un león

[123] Alejandro arrasó Tebas tras conquistarla en el 335 a.C. *Cf.* PLUT., *Alejandro* 11, 7-12.

[124] Todos ellos del partido antimacedonio. *Cf.* PLUT., *Foción* 17, 2, donde se menciona también a Hiperides.

[125] En ARISTÓT., *Historia de los animales* 594 A, se especifica que el lobo solitario es más feroz que el que vive en manadas y ataca con más frecuencia a los hombres. La brutal represión que Alejandro llevó a cabo en Grecia puede estar reflejada en este tipo de calificativos. Así también, al final de este capítulo se le compara con un león harto de matar. En PLUT., *Foción* 17, 1 se le llama salvaje con un verso de la *Odisea* que califica así al Cíclope.

[126] Participaba en la expedición de Alejandro como ingeniero y además se hizo historiador del rey.

harto de matar. Pero de hecho fue Foción quien persuadió al rey de que perdonara a los hombres y lo reconcilió con la ciudad[127].

Tras la partida de Alejandro[128], estos últimos detentaban el 24
poder mientras que la influencia de Demóstenes era insignificante. Cuando el espartano Agis se sublevó, él hizo también una modesta tentativa de secundarlo, pero luego se achantó porque los atenienses no se sumaron al alzamiento y Agis cayó y los lacedemonios fueron aplastados[129].

Precisamente entonces tuvo lugar la vista del proceso contra 2
Ctesifonte por el asunto de la corona; la denuncia se había presentado durante el arcontado de Querondas poco antes de la batalla de Queronea, pero el juicio se celebró diez años después, durante el arcontado de Aristofonte. Se convirtió en la más célebre de todas las causas públicas, debido a la fama de los oradores y a la nobleza de los jueces, quienes no concedieron a los enemigos de Demóstenes, y eso que se encontraban entonces en la cumbre de su poder por su adhesión a Macedonia, el voto desfavorable para él; por el contrario, lo absolvieron de una manera tan clara que Esquines no obtuvo ni la quinta parte de los votos.
En consecuencia, éste se marchó en seguida de la ciudad y pasó 3
el resto de su vida ejerciendo de sofista en Rodas y en Jonia[130].

---

[127] *Cf.* PLUT., *Foción* 17, 2-9.

[128] Alejandro pasó a Asia para lanzarse a la conquista del imperio persa en el 334 a.C.

[129] Agis III de Esparta se sublevó contra Macedonia el 333 a.C. Antípatro, que había quedado en Macedonia como regente de Alejandro, aplastó la sublevación en el 330 a.C.

[130] Plutarco comete algunos errores en la exposición de los hechos. Fue en el 336 a.C., por tanto después de la batalla de Queronea y poco antes de la muerte de Filipo, y durante el arcontado de Frínico (sucesor de Querondas en el cargo), cuando Ctesifonte presentó en el consejo de Atenas la propuesta de otorgar a Demóstenes una corona de oro como premio a sus servicios públicos. Contra dicha moción presentó Esquines un recurso por ilegalidad, pero hasta el 330 a.C. no se celebró el juicio, ocasión en la que Esquines pronunció su dis-

25 No mucho después, Hárpalo llegó a Atenas desde Asia huyendo de Alejandro[131], pues era consciente de su mala gestión y su despilfarro y temía al rey, que era ya riguroso con sus amigos.
2 Buscó el amparo del pueblo ateniense y se puso en sus manos junto con sus bienes y sus naves. Los demás oradores, puesta la mira en su riqueza, acudieron prestos en su ayuda y trataban de persuadir a los atenienses de que acogieran y salvaran al supli-
3 cante. Pero Demóstenes, al principio, les aconsejaba que expulsaran a Hárpalo y se guardaran de precipitar a la ciudad a una guerra innecesaria y por un motivo injusto; sin embargo, a los pocos días, cuando se hacía el inventario de las riquezas, lo vio Hárpalo admirando una copa de procedencia bárbara y examinando el cincelado y el estilo y lo invitó a que la tomara en sus
4 manos y calculara el peso del oro. Asombrado Demóstenes de lo que pesaba, preguntó cuánto valía, y Hárpalo, con una sonrisa, respondió: «Para ti valdrá veinte talentos[132]». En cuanto se hizo

curso *Contra Ctesifonte* y Demóstenes replicó con su *Sobre la corona*. Por tanto, transcurrieron sólo unos seis años. La causa de la demora bien pudo ser el temor de los atenienses por la brutal represión que Alejandro llevó a cabo cuando, tras la muerte de Filipo, se sublevaron las ciudades griegas. Plutarco reconoce el noble espíritu de los atenienses, quienes, quitando la razón a Esquines y dándosela a Ctesifonte, aplaudían la política antimacedonia de Demóstenes, a pesar de que corrían tiempos adversos.

Cuando el acusador no obtenía al menos un quinto de los votos, se le imponía una multa de mil dracmas y se le inhabilitaba para emprender otros procesos ante los tribunales atenienses. Por no pagar la multa, y sobre todo tal vez por la humillación sufrida, Esquines se exilió. *Cf.* Ps. Plut., *Vidas de los diez oradores* 840 D.

[131] En el 324 a.C., Hárpalo, gobernador de Babilonia y tesorero de Alejandro, se dedicó a prevaricar tras la partida de Alejandro a la India. Por temor al regreso del rey, huyó a Grecia, según Diod., XVII 108, con cinco mil talentos y seis mil mercenarios. *Cf.* Plut., *Foción* 21, 3-5.

[132] La frase es ambigua en griego y puede entenderse también como «A ti te llevará veinte talentos», pues el verbo *ágō* puede significar tanto «llevar» como «valer».

de noche, le envió la copa con los veinte talentos, pues Hárpalo 5
era hábil en detectar, por la forma de mirar y los destellos de alegría en los ojos, el sentimiento de un hombre apasionado por el oro. Demóstenes, en efecto, no se resistió, sino que vencido por el soborno, como si fuera una ciudad en la que se establece una guarnición, se pasó al bando de Hárpalo. Al día siguiente, llegó a la asamblea con el cuello muy bien envuelto en bandas de lana, y cuando le pidieron que se levantara para hablar, rehusó haciendo señas con la cabeza como si se le hubiera cortado la
voz. Los graciosos decían con sorna que al orador no le había 6
dado la noche anterior una faringitis, sino una *dineritis*. Después, enterado ya todo el pueblo del soborno, cuando quiso defenderse e intentó persuadirlos, no lo dejaron sino que lo abroncaron y lo abuchearon y uno se levantó y soltó esta pulla: «Atenienses, ¿no vais a escuchar al que tiene la copa[133]?».

El caso es que entonces expulsaron a Hárpalo de la ciudad[134] 7
y, por miedo de que se les pidiera cuentas de los desfalcos cometidos por los oradores, hicieron una minuciosa búsqueda y registraron las casas una a una excepto la de Calicles, el hijo de Arrenides. La de éste fue la única que no permitieron que se investigara, pues acababa de casarse y estaba la novia dentro, según cuenta Teofrasto[135].

Demóstenes, intentando salir al paso, propuso un decreto para 26
que el consejo del Areópago investigara el asunto y se castigara a
quienes considerara culpables. Él fue uno de los primeros a los que 2
condenó dicho consejo; compareció ante el tribunal[136] y, como se

[133] En algunos banquetes, la copa pasaba de un invitado a otro y el que tenía la copa en su mano tenía derecho a hablar o cantar.

[134] Realmente lo detuvieron y le confiscaron el dinero, pero lo dejaron escapar.

[135] *Cf.* PLUT., *Consejos políticos* 814 B.

[136] Un tribunal de la Heliea compuesto por mil quinientos ciudadanos. Fue en enero del 323 a.C.

le impuso una multa de cincuenta talentos, fue a prisión[137], y cuen-
ta[138] que, por vergüenza de la acusación y porque no podía sopor-
tar la cárcel a causa de su debilidad física, se evadió con el desco-
3 nocimiento de unos y la anuencia de otros. El caso es que, según
se cuenta, cuando iba huyendo, no lejos de la ciudad, advirtió que
le perseguían algunos ciudadanos del partido contrario y quiso
esconderse, pero ellos lo llamaron por su nombre, se le acercaron
y le rogaron que les aceptara provisiones para el viaje, pues para
eso mismo traían dinero de casa y por tal motivo lo habían segui-
do; y al mismo tiempo lo exhortaban a tener valor y no afligirse
por lo sucedido. Por todo ello, Demóstenes prorrumpió en lamen-
4 tos aún más fuertes y exclamó: «¿Cómo no voy a estar apenado de
dejar una ciudad en la que tengo unos enemigos tan benévolos que
es difícil que en otra parte encuentre amigos semejantes?».

5 Soportó el destierro con pusilanimidad, residiendo en Egina
y en Trecén la mayor parte del tiempo y mirando al Ática con
lágrimas en los ojos, y se refieren palabras suyas carentes de
nobleza y sin consonancia con la audacia mostrada en la políti-
6 ca. Se dice, por ejemplo, que, cuando se alejaba de la ciudad,
tendió las manos hacia la acrópolis y exclamó: «Soberana Po-
líada, dime, ¿por qué te deleitas con tres animales feroces la
7 lechuza, la serpiente y el pueblo[139]?». Y que, a los jóvenes que
iban a visitarlo y hablar con él, intentaba apartarlos de la políti-
ca diciendo que, si al principio le hubieran presentado dos ca-
minos, uno en dirección a la tribuna y a la asamblea, y otro en

[137] Ya que el importe de la multa era demasiado elevado y no podía pagarla.

[138] *Cf.* DEMÓST., *Epístola* II 17.

[139] Políada (protectora de la ciudad) es un epíteto de Palas Atenea en Atenas. La lechuza era el animal que le estaba consagrado. Además los atenienses tenían la creencia de que en la acrópolis habitaba una enorme serpiente, guardiana del santuario, según cuenta HERÓD., *Historia* VIII 1, en un episodio recogido por PLUT., *Temístocles* 10, 1.

línea recta a la defunción, y si él hubiera tenido la oportunidad de conocer por anticipado los males que entraña la política —temores, envidias, calumnias, disputas—, habría emprendido el que conduce directamente a la muerte.

Pero cuando Demóstenes se encontraba todavía en el men- 27
cionado exilio, Alejandro murió[140]. Los Estados griegos se coaligaron de nuevo y Leóstenes realizó valerosas acciones y cercó
a Antípatro, que se encontraba asediado en Lamia. El orador 2
Piteas y Calimedonte el Langosta[141] huyeron de Atenas y se pasaron a Antípatro y, en compañía de los partidarios y embajadores de éste, viajaban por todas partes y trataban de impedir que los griegos hicieran defección y se adhirieran a los atenienses.
Demóstenes, por su parte, se unió a los embajadores de Atenas y 3
se sumó a su lucha y sus acciones para conseguir que las ciudades atacaran juntas a los macedonios y los expulsaran de Grecia.
En Arcadia, en concreto, dice Filarco[142] que Piteas y Demóste- 4
nes se insultaron mutuamente, uno hablando en favor de los macedonios y otro en favor de los griegos. Según se cuenta, Piteas 5
dijo entonces que, cuando se lleva leche de burra a una casa, pensamos que sin duda hay allí alguna dolencia e igualmente, es forzoso que esté enferma una ciudad en la que se presenta una embajada ateniense. Pero Demóstenes le dio la vuelta a la comparación y dijo que la leche de burra se lleva para la salud y los atenienses se presentan para la salvación de los enfermos.

Encantado con su comportamiento, el pueblo ateniense de- 6
cretó la vuelta de Demóstenes. El decreto lo propuso Demón de

[140] En junio del 323 a.C.

[141] Sobre Piteas, *cf.* 8, 5 y nota. Calimedonte aparece también en PLUT., *Foción* 27, 9, desempeñando un activo papel (como partidario de Macedonia) en la embajada ateniense que negoció la paz con Antípatro tras la guerra de Lamia. ATENEO, 339 f, explica que le pusieron ese apodo porque le gustaba el pescado y era bizco.

[142] Historiador del siglo III a.C.

Peania[143], primo de Demóstenes, y se envió un trirreme a Egina
7 para buscarlo. Cuando subía desde el Pireo, no faltaba ni un arconte ni un sacerdote, y todos los demás ciudadanos salieron en masa a su encuentro y lo recibieron con entusiasmo. Fue entonces cuando, según cuenta Demetrio de Magnesia[144], alzó las manos y se felicitó a sí mismo por aquel día, considerando que su regreso superaba al de Alcibíades[145], pues los ciudadanos lo re-
8 cibían porque estaban convencidos y no por necesidad. En cuanto a la sanción pecuniaria, como debía pagarla (pues no estaba permitido conceder la remisión de una condena como acto de gracia), recurrieron a una artimaña para hacer frente a la ley. En efecto, tenían por costumbre, en el sacrificio a Zeus Soter, pagar dinero a los que preparaban y adornaban el altar[146], y entonces encargaron a Demóstenes la realización de tales preparativos por cincuenta talentos, que era el importe de la multa.

28 Sin embargo, no gozó de su patria por mucho tiempo tras el regreso, pues la empresa de los griegos fracasó en seguida: en el mes de metagitnión se libró la batalla de Cranón, en boedromión entró la guarnición en Muniquia y en pianepsión murió
2 Demóstenes de la siguiente manera[147]. Cuando se anunció que

143 Tal vez hijo de un primo de Demóstenes, era uno de los oradores que había reclamado Alejandro. *Cf.* 23, 4.

144 *Cf.* 15, 4 y nota.

145 Para el regreso de Alcibíades a Atenas en el 407 a.C., *cf.* PLUT., *Alcibíades* 32-34.

146 La fiesta a la que se alude es la Diisoteria, que se celebraba en el Pireo a finales del mes de esciroforión (en junio). *Cf.* H. W. PARKE, *Festivals of the Athenians*, Londres, 1977, págs. 167-168.

147 Los meses de metagitnión, boedromión y panepsión se corresponden con nuestros agosto, septiembre y octubre. El año fue el 322 a.C. La batalla de Cranón, en la que la conjunción de fuerzas de Antípatro y Crátero se impuso sobre los griegos, fue decisiva y, unida a la derrota de la flota ateniense en Amorgo, marcó el fin de la llamada guerra de Lamia, con la rendición de Atenas. En la *Vida de Foción* 28, 2, Plutarco da la fecha exacta de la entrada de la

Antípatro y Crátero avanzaban sobre Atenas, Demóstenes y los
de su partido se apresuraron a salir en secreto de la ciudad y el
pueblo los condenó a muerte a propuesta de Démades. Como se 3
habían dispersado unos por un lado y otros por otro, Antípatro
envió por todas partes tropas para prenderlos bajo el mando de
Arquias, llamado el Cazafugitivos. Éste, según se dice, era origi-
nario de Turios y había sido actor trágico en otro tiempo, y cuen-
tan que Polo de Egina, el que superó a todos en su arte, fue discí-
pulo suyo[148]. Hermipo[149] incluye a Arquias entre los discípulos
del orador Lácrito[150], pero Demetrio[151] dice que fue miembro de
la escuela de Anaxímenes[152]. Conque el tal Arquias, al orador 4
Hiperides, a Aristonico de Maratón y a Himereo, el hermano de
Demetrio de Falero, que se habían refugiado en Egina, en el san-
tuario de Éaco, los sacó de allí a la fuerza y se los envió a Antí-
patro a Cleonas[153]. Allí les dieron muerte y cuentan que además
a Hiperides, estando todavía vivo, le cortaron la lengua.

Enterado Arquias de que Demóstenes estaba en Calauria[154] 29
sentado como suplicante en el santuario de Posidón, pasó a la
isla en barcas con una guardia de lanceros tracios y, una vez allí,
trató de persuadirlo para que se levantara y fuera con él a presen-
cia de Antípatro, asegurándole que no sufriría ninguna clase de
maltrato. Pero se dio la casualidad de que Demóstenes había 2
tenido una extraña visión aquella noche mientras dormía. Soñó,

guarnición macedonia en Muniquia: el 20 de boedromión, durante la celebración de los misterios de Eleusis.

148 Célebre actor trágico del siglo IV a.C. que Plutarco menciona con frecuencia: e. g. *Moralia* 785 B; 816 F; 848 B.

149 *Cf.* 5, 7 y nota.

150 Discípulo de Isócrates.

151 Demetrio de Falero.

152 Anaxímenes de Lámpsaco, rétor, sofista e historiador del siglo IV a.C.

153 Ciudad del Peloponeso, en los confines de Corinto y la Argólida.

154 Actualmente, la isla de Poros.

en efecto, que competía con Arquias representando una tragedia y que, aunque tuvo éxito y se ganó al público, fue vencido por la inferioridad de su equipamiento y de medios para la representa-
3 ción. Por eso, cuando Arquias le habló con suma amabilidad, le replicó alzando la mirada hacia él, sentado como estaba: «Arquias, ni me convenciste nunca con tus actuaciones, ni me vas a convencer ahora con tus promesas». Y cuando Arquias empezó a amenazarlo encolerizado, le dijo: «Ahora estás hablando desde el trípode macedonio[155], pero hace un momento estabas representando un papel. Espera un poco, entonces, para que le
4 mande un mensaje a mi familia». Dicho esto, se retiró al interior del templo. Cogió un papiro como si fuera a escribir y se acercó el cálamo a la boca y lo mordió, como era su costumbre cuando meditaba al escribir, lo mantuvo así cierto tiempo y luego se
5 cubrió la cabeza y la inclinó; por eso, los guardias apostados en la puerta, creyendo que tenía miedo, se burlaban de él y lo llamaban blandengue y cobarde. Arquias se le acercó y lo exhortó a levantarse y, repitiendo las mismas palabras, le prometió re-
6 conciliarlo con Antípatro. Demóstenes, cuando sintió que el veneno ya le hacía efecto y lo estaba matando, se destapó la cabeza y, dirigiendo la mirada a Arquias, le dijo: «No actuarías con precipitación si representas ya el papel del Creonte de la tragedia y ordenas que arrojen este cuerpo sin darle sepultura[156]. Yo, querido Posidón, salgo de tu santuario todavía vivo. Pero, por lo que respecta a Antípatro y los macedonios, ni siquiera tu templo
7 queda puro[157]». Dicho esto, pidió que lo sostuvieran, pues ya

---

[155] Como la Pitia de Delfos proclamaba la verdad del oráculo inspirada por el dios desde lo alto del trípode, así Arquias dice la verdad «inspirado por Antípatro».

[156] Alusión a la *Antígona* de Sófocles. Creonte ordenó que se dejara a Polinices sin sepultura.

[157] Se consideraba que una muerte mancillaba los recintos dedicados a los dioses, por lo que se evitaba que se produjera en su interior. Además, las per-

temblaba y se tambaleaba, y, en cuanto salió y pasó junto al altar, cayó al suelo y con un suspiro exhaló el espíritu.

Aristón[158] afirma que Demóstenes tomó el veneno del cála- 30
mo, como se ha dicho. Pero un tal Papo, del que Hermipo ha tomado la historia, dice que, cuando cayó junto al altar, se encontró en la hoja de papiro el comienzo de una carta: «Demós-
tenes a Antípatro» y nada más; y que, como la rapidez de su 2
muerte fue asombrosa, los tracios apostados en la puerta refirieron que sacó el veneno de un pañuelo y con la mano se lo llevó a la boca y se lo tragó; y que ellos, entonces, creyeron que lo que se estaba tragando era oro; y que la joven esclava que lo servía, cuando Arquias la interrogó, dijo que desde hacía mucho tiempo Demóstenes llevaba ese pañuelo anudado como
un amuleto protector. El propio Eratóstenes[159] dice que guarda- 3
ba el veneno en una argolla hueca y que llevaba puesta esta
argolla como un brazalete. En cuanto a las diferentes versiones 4
de los demás que han escrito sobre él —que son muchos—, no es preciso exponerlas; salvo la de Demócares, el pariente de Demóstenes, quien supone que fue sustraído a la crueldad de los macedonios no por el veneno, sino por la providencia divi-
na que lo honró con una muerte súbita y sin dolor. Murió el 5
dieciséis del mes de pianepsión, el día más sombrío de las Tesmoforias[160], en el que las mujeres ayunan en el templo de la diosa.

Pues bien, a este hombre, poco tiempo después, el pueblo ateniense le otorgó un honor merecido, pues le erigió una esta-

sonas que se acogían a sagrado en los templos y santuarios eran inviolables y constituía un sacrilegio matarlos o sacarlos de allí a la fuerza.

158 *Cf.* 10, 2 y nota.

159 *Cf.* 9, 3 y nota.

160 Fiesta en honor de Deméter en la que participaban únicamente las mujeres. En Atenas duraba tres días, en el segundo de los cuales ayunaban. *Cf.* H. W. PARKE, *Festivals of the Athenians*, Londres, 1977, pág. 82 ss.

tua de bronce[161] y decretó que el mayor de sus descendientes comiera en el pritaneo y que se grabara en el pedestal de la estatua esta célebre inscripción:

Si hubieras tenido, Demóstenes, una fuerza igual a tu determinación,
jamás el Ares macedonio habría dominado Grecia.

6 Los que dicen que el propio Demóstenes la compuso en Calauria cuando iba a tomar el veneno, sin duda desvarían por completo[162].

31 Poco antes de que yo llegara a Atenas[163], se cuenta que ocurrió
el siguiente suceso. Un soldado, llamado a juicio por un jefe, puso
la pequeña cantidad de oro que poseía en las manos de la estatua.
2 Ésta tiene los dedos entrelazados y a su lado crece un plátano que
no es alto. Muchas hojas de éste, ya sea porque el viento las hiciera caer por casualidad, ya sea porque el mismo que había puesto
el oro lo escondiera de esa manera, se amontonaron encima e hi-
3 cieron que el oro quedara oculto no poco tiempo. Cuando, a su
regreso, el hombre lo encontró y se difundió el relato del asunto,
muchas personas con ingenio tomaron como tema la incorruptibilidad de Demóstenes y compitieron con sus epigramas.

4 En cuanto a Démades, no disfrutó mucho tiempo de su cre-

---

[161] La estatua fue obra de Polieucto y, según Ps. Plut., *Vidas de los diez oradores* 847 D, se erigió en el Pritaneo a propuesta de su sobrino Demócares, bajo el arcontado de Gorgias (280 a. C.). La réplica en mármol de época romana que se encuentra en el Museo Vaticano muestra a Demóstenes con un papiro entre sus manos, detalle que se considera un añadido del escultor que realizó la copia, pues el original tendría los dedos de las manos entrelazados. También menciona la existencia de la estatua Pausanias, *Descripción de Grecia* I 8, 2.

[162] Uno que así lo dice es Demetrio de Magnesia, según leemos en Ps. Plut., *Vidas de los diez oradores* 847 A. Dicho autor pudo haber citado también el dístico elegíaco grabado en el pedestal de la estatua.

[163] Tal vez aluda a su primera estancia en Atenas, alrededor del 67 d. C., cuando tenía veinte años.

ciente influencia: la justicia vengadora de Demóstenes lo lle-
vó a Macedonia para que muriera con toda justicia a manos de
aquellos a quienes había adulado de forma vergonzosa[164], pues
ya lo aborrecían con anterioridad, y entonces incurrió en una
acusación de la que no se pudo librar. En efecto, salió a la luz 5
una carta suya en la que apremiaba a Pérdicas[165] a apoderarse de
Macedonia y salvar a los griegos, quienes, según decía, pendían
de un hilo podrido y viejo (así designaba a Antípatro). Cuando 6
Dinarco de Corinto[166] lo acusó de esto, Casandro[167], exaspera-
do, degolló al hijo de Démades entre los brazos de su padre y
después ordenó que mataran también al propio Démades, quien
aprendió en su enorme desgracia que los traidores se venden a
sí mismos en primer lugar[168]; eso se lo había advertido Demós-
tenes muchas veces, pero él no lo había creído.

En fin, Sosio[169], aquí tienes la *Vida de Demóstenes*, redacta- 7
da con los testimonios que he leído o escuchado.

---

[164] En PLUT., *Foción* 30, 8-9, leemos que Démades fue a Macedonia a gestionar la retirada de la guarnición acuartelada en Muniquia, y que al parecer fue conducido hasta allí por un *daímōn*.

[165] En PLUT., *Foción* 30, 9, el destinatario de la carta es Antígono.

[166] Nacido en Corinto y establecido en Atenas, Dinarco era considerado uno de los diez mejores oradores áticos. Es el último del que se habla en *Vidas de los diez oradores* (850 B-E).

[167] Hijo de Antípatro, sucedió a su padre en el gobierno de Macedonia y se proclamó rey.

[168] Esta idea la expresó Demóstenes en diferentes ocasiones. *Cf.*, por ejemplo, *Sobre la corona* 46.

[169] *Cf.* 1, 1 y nota.

CICERÓN

La madre de Cicerón, Helvia, tuvo, según cuentan, un nacimiento y una vida honorables[1]; de su padre, en cambio, no he 1
podido obtener ninguna información mesurada[2]. En efecto, 2
unos dicen que nació y se crió en un batán, mientras que otros hacen remontar el origen de su linaje a Tulio Atio, un glorioso rey de los volscos que combatió enérgicamente con los romanos[3]. Sin embargo, el primero de su linaje que tuvo el sobre- 3
nombre de Cicerón parece haber sido una persona digna de consideración. Por eso sus descendientes no rechazaron el sobrenombre sino que estaban contentos de llevarlo, y eso que mucha gente se burlaba de él pues los latinos llaman *cicer* al 4
garbanzo. Aquel antepasado, al parecer, tenía en la punta de la nariz un leve hoyuelo semejante a la hendidura de un garbanzo,

[1] La familia de los Helvios, plebeya, es conocida desde la segunda guerra púnica.

[2] Se llamaba, igual que su hijo, Marco Tulio Cicerón y pertenecía al orden ecuestre. El origen humilde era un insulto habitual en los enfrentamientos políticos, también en Grecia: *cf.* PLUT., *Demóstenes* 4, 2.

[3] *Cf.* PLUT., *Coriolano* 22, 1, donde se dice simplemente que gozaba de prestigio entre los volscos. Arpino, la localidad donde nació Cicerón, estaba situada en territorio volsco.

5 por el que adquirió el sobrenombre[4]. Se cuenta que el propio Cicerón —al que se dedica esta biografía—, cuando aspiró por primera vez a un cargo y entró en la política, como sus amigos pensaban que debía quitarse el nombre y cambiarlo por otro, les respondió con arrogancia que él lucharía para hacer el nombre de Cicerón más ilustre que el de los Escauros y los Cátulos.
6 Cuando era cuestor en Sicilia, en una ofrenda de plata que consagró a los dioses hizo grabar sus dos primeros nombres, Marco y Tulio, y junto a las letras de éstos, como una broma, en lugar del tercero ordenó al artista que cincelara un garbanzo. En fin, esto es lo que se cuenta acerca de su nombre[5].

2 Dicen que Cicerón nació, sin que su madre padeciera dolores ni fatigas en el parto, el tercer día de las calendas nuevas[6], en el que actualmente los magistrados hacen plegarias y sacrificios por el emperador. Una aparición que, al parecer, tuvo su nodriza, le vaticinó que estaba criando un gran bien para todos
2 los romanos[7]. Estos presagios, que en otros casos se consideran sueños y tonterías, el propio Cicerón demostró muy pronto que eran una certera profecía: llegado a la edad de aprender, destacó por su brillante talento y adquirió tal renombre y fama entre los niños que sus padres iban con frecuencia a la escuela porque querían ver con sus propios ojos a Cicerón y comprobar su celebrada rapidez para aprender y su inteligencia. Sin embargo, los más zafios se enfadaban con sus hijos cuando veían que

---

[4] Los Tulios asumieron el sobrenombre de Cicerón a mediados del siglo II a.C. PLINIO, *Historia natural* XVIII, 10, lo liga a la serie de sobrenombres derivados del producto agrícola cultivado con preferencia por una familia, como los Léntulos o los Fabios.

[5] *Cf.* PLUT., *Máximas de romanos* 204 E. Escauros y Cátulos significan, respectivamente, «de pies torcidos» y «cachorros».

[6] El 3 de enero del 106 a.C.

[7] Plutarco siente gran interés por los sueños y prodigios relacionados con las personalidades o los eventos importantes. *Cf.*, por ejemplo, 44, 3-7.

en las calles dejaban a Cicerón en medio como señal de su esti-
ma. Aunque se reveló, como Platón dice[8] que debe ser una na- 3
turaleza deseosa de aprender y de saber, capaz de abarcar todos
los conocimientos sin despreciar ninguna materia ni enseñanza,
se entregó con algo más de entusiasmo a la poesía. Se conserva
incluso un pequeño poema en tetrámetros[9], «Poncio Glauco»[10],
que compuso siendo todavía un niño. Cuando se hizo mayor y 4
aumentó la destreza con la que cultivaba esta musa, llegó a ser
considerado no sólo el mejor orador, sino también el mejor poe-
ta de los romanos. Pues bien, su fama en la oratoria dura hasta 5
hoy día, a pesar de las grandes innovaciones que se han produ-
cido en la retórica, y en cambio su poesía, con los numerosos
ingenios que vinieron después, ha quedado completamente pri-
vada de gloria y aprecio.

Finalizados sus estudios de la niñez, asistió a las clases de 3
Filón, miembro de la Academia, que era el discípulo de Clitó-
maco al que los romanos admiraban más por su elocuencia y
preferían por su carácter[11]. Al mismo tiempo, frecuentaba la 2
compañía de Mucio y su entorno, todos ellos personajes rele-
vantes de la política y del senado, lo que le fue útil para adquirir
experiencia en las leyes[12]; y durante algún tiempo también par-
ticipó en una campaña militar bajo las órdenes de Sila en la
guerra contra los marsos[13]. Luego, al ver que la República se 3

[8] *República* V 475 b.

[9] La denominación alude simplemente a un tipo de verso que consta de cuatro unidades métricas pero sin especificar de qué tipo.

[10] Éste era un pescador de Antedón (Beocia) que se transformó en divinidad marina.

[11] Filón de Larisa, sucesor de Clitómaco de Cartago como escolarca de la Academia, se fue a Roma en el 88 a.C. *Cf.* Cic., *Bruto* 306.

[12] Q. Mucio Escévola el Augur. *Cf.* Cic., *Bruto* 306. Esto lo hizo Cicerón después de tomar la toga viril, en el 90 a.C., y antes del 88 a.C., cuando llegó Filón a Roma.

[13] También llamada guerra social (91-87 a.C.).

precipitaba a una sedición, y de la sedición a una monarquía absoluta, volvió a la vida de estudio y meditación, frecuentando a hombres de letras griegos y dedicándose a aprender, hasta que Sila se hizo con el poder y la ciudad pareció recuperar cierta estabilidad[14].

4 En este tiempo, Crisógono, liberto de Sila, anunció la confiscación de los bienes de un hombre so pretexto de que había sido ejecutado como proscrito, y él mismo los compró por dos
5 mil dracmas[15]. Cuando Roscio, el hijo y heredero del muerto, se indignó y demostró que el valor de los bienes era de doscientos cincuenta talentos[16], Sila, encolerizado al verse en entredicho, promovió un proceso contra Roscio con una acusación por parricidio que había amañado Crisógono. Nadie lo socorría y todos le daban de lado por temor a la crueldad de Sila. Cuando el joven, aislado de esa manera, recurrió a Cicerón, los amigos de éste lo animaron diciéndole que no se le volvería a presentar otro comienzo más brillante ni más noble para adquirir fama.
6 Así que aceptó la defensa y, como ganó, logró la admiración de todos. Pero, por temor a Sila, se marchó a Grecia y difundió el
7 rumor de que necesitaba cuidar su salud[17]. De hecho, era delgado y magro de complexión pues, por un padecimiento del estómago, sólo podía tomar una pequeña cantidad de comida ligera, y a una hora avanzada. Su voz era potente y buena pero áspera y sin modulación, y como se elevaba a los tonos más altos por

[14] En el 82 a.C.

[15] Plutarco, al parecer, traduce erróneamente «duobus millibus nummum», de Cic., *En defensa de Sexto Roscio Amerino* 21, y entiende denarios en lugar de sestercios. La equivalencia 1 dracma griega = 1 denario romano = 4 sestercios da la cantidad de quinientas dracmas.

[16] Equivalentes a un millón y medio de dracmas o denarios.

[17] Cicerón realizó la defensa de Roscio en el 80 a.C. Siguió en Roma un año más, recibiendo encargos de discursos judiciales, y se marchó a Grecia en el 79 a.C.

la vehemencia y pasión de su oratoria, hacía que se temiera por su salud[18].

Llegado a Atenas, se hizo discípulo de Antíoco de Ascalón, 4
encantado por la fluidez y la gracia de sus discursos, aunque no aprobaba las novedades que introducía en sus doctrinas. En 2
efecto, Antíoco se estaba apartando ya de la llamada Academia Nueva y estaba abandonando el grupo de Carnéades, ya fuera porque se plegaba a la evidencia de las percepciones de los sentidos, ya porque, al decir de algunos, cambió debido a cierta rivalidad y desacuerdo con los discípulos de Clitómaco y Filón y adoptaba en la mayoría de las cuestiones el razonamiento estoico[19]. Pero Cicerón amaba y prefería adherirse a aquellos 3
principios de antes y planeaba, si quedaba totalmente excluido de la actividad pública, trasladarse allí y vivir tranquilamente dedicado a la filosofía, lejos del foro y la política.

Cuando le llegó la noticia de que Sila había muerto[20], su 4
cuerpo, fortalecido con los ejercicios, estaba adquiriendo una constitución vigorosa, y su voz, modulándose, se había hecho agradable para el oído y potente, bien adaptada a su constitución física; y como eran muchas las cartas y los requerimientos de sus amigos de Roma y mucha la insistencia de Antíoco para que se dedicara a los asuntos públicos, de nuevo preparó, como si fuera un instrumento, su habilidad retórica y reanimó su capacidad política entrenándose con prácticas de declamación y frecuentando a los oradores más prestigiosos. Por tal motivo 5
viajó a Asia y a Rodas. De entre los oradores asiáticos, estuvo aprendiendo con Jenocles de Adramitio, Dionisio de Magnesia

---

[18] *Cf.* Cic., *Bruto* 313-314.

[19] La Academia Nueva había adoptado posiciones escépticas con Carnéades, al que sucedieron en la dirección de la institución primero Clitómaco y luego Filón.

[20] En marzo del 78 a.C.

y Menipo de Caria; y en Rodas, con el orador Apolonio, hijo
6 de Molón, y el filósofo Posidonio[21]. Se cuenta que Apolonio,
como no entendía el latín, le pidió a Cicerón que declamara en
griego, y él aceptó con gusto pensando que así le corregirían
7 mejor. Tras la declamación, todos estaban pasmados y compe-
tían unos con otros en los elogios; Apolonio, en cambio, no se
había alterado mientras lo escuchaba y, cuando Cicerón termi-
nó, permaneció sentado y pensativo largo rato pero, ante la pe-
sadumbre de Cicerón, dijo: «A ti, Cicerón, te elogio y te admi-
ro, pero a Grecia la compadezco por su suerte, pues veo que,
gracias a ti, pasan a ser también de los romanos los únicos bie-
nes que nos quedaban, la cultura y la elocuencia».

5 Pues bien, cuando Cicerón, lleno de esperanza, iba a dedi-
carse a la política, su ímpetu se vio frenado por un oráculo. En
efecto, le preguntó al dios de Delfos cómo podría adquirir la
mayor gloria posible[22] y la Pitia le ordenó que tomara su propia
naturaleza, y no la opinión de la mayoría, como guía de su vi-
2 da[23]. Y al menos al principio de su llegada a Roma[24], se compor-
taba con precaución y se presentaba a las magistraturas con ti-
midez; no hacían caso de él y lo tildaban de griego y estudiante,
motes que acostumbraban a usar las clases más bajas de Roma.
3 Pero cuando se dedicó a ejercer como abogado, pues era ambi-
cioso por naturaleza y su padre y sus amigos lo alentaban, no se
acercó al primer puesto con lentitud, sino que inmediatamente

[21] Cicerón establece la diferencia entre los oradores asiáticos, de estilo ampuloso, y los rodios, más sobrios, en *Bruto* 51. Menciona a unos y otros en *id.* 315-316. Posidonio es el célebre filósofo estoico Posidonio de Apamea.

[22] Esta motivación para entrar en la política es censurada por PLUT., *Consejos políticos* 798 C-799 A, y, por el contrario, recomienda dedicarse a la política de forma razonada, por considerarla la tarea más apropiada y honrosa.

[23] Plutarco siempre tiene en cuenta los presagios que preceden los acontecimientos importantes. *Cf.*, por ejemplo, 2, 1.

[24] En el 77 a.C.

adquirió una brillante reputación y sacó gran ventaja a los que
contendían con él en el foro.

Se cuenta que también él, no menos que Demóstenes, tenía 4
fallos en la declamación, por lo que observaba con cuidadosa
atención tanto al actor cómico Roscio como al trágico Esopo[25].
De este Esopo cuentan que, una vez que representaba en el 5
teatro el papel de Atreo cuando planeaba vengarse de Tiestes,
pasó corriendo de repente cerca de él uno de los sirvientes, y,
como se encontraba fuera de sí a causa de la pasión, lo golpeó
con el cetro y lo mató. No fue pequeña, desde luego, la in- 6
fluencia que tuvo la declamación de Cicerón en su capacidad
de persuadir. Además, de los oradores que daban grandes vo-
ces, decía en son de burla que a causa de su debilidad, igual
que los cojos montan en un caballo, ellos montaban en los gri-
tos[26]. Su ingeniosidad para el sarcasmo y la broma era consi-
derada una sutileza propia de la abogacía pero, como la em-
pleaba en exceso, disgustaba a muchos y se ganó la reputación
de malévolo.

Designado cuestor[27] en una época de escasez de trigo, le 6
asignaron Sicilia por sorteo, y al principio incomodó a la gente,
que se vio obligada a enviar trigo a Roma. Pero después, cuan-
do comprobaron su diligencia, justicia y mansedumbre[28], lo
honraron como a ninguno de los magistrados anteriores.

Cuando muchos jóvenes romanos ilustres y de noble estirpe 2
fueron acusados de indisciplina y cobardía en la guerra y envia-
dos ante el pretor de Sicilia, Cicerón los defendió con brillantez
y los salvó. Engreído por este éxito, cuenta que le ocurrió un 3

---

[25] También Demóstenes aprendió de los actores: *cf.* PLUT., *Demóstenes* 7, 1-5; PS. PLUT., *Vidas de los diez oradores* 845 B.

[26] *Cf.* PLUT., *Máximas de romanos* 204 E.

[27] En el año 75 a.C. Es el primer grado del *cursus honorum*.

[28] Para Plutarco, dos virtudes fundamentales en el hombre de Estado.

incidente gracioso cuando se dirigía a Roma[29]. Se encontró en
la Campania con un personaje distinguido al que tenía por ami-
go y le preguntó qué decían los romanos y qué opinaban de lo
que había hecho, pues pensaba que había llenado toda la ciudad
4 con la fama y la gloria de sus actos. Y el otro le respondió:
«¿Pero dónde has estado todo este tiempo, Cicerón?». Entonces
se sintió completamente desalentado al ver que las noticias so-
bre él se habían sumido en la ciudad como en la inmensidad del
mar sin haber causado un efecto visible en su reputación. Pero
después, reflexionando consigo mismo, rebajó mucho su ambi-
ción al considerar que la gloria por la que luchaba era algo infi-
5 nito, pues no tenía un límite preciso[30]. Sin embargo, la excesiva
complacencia en los elogios y la pasión por la gloria le duraron
siempre y con frecuencia le alteraron muchos razonamientos
correctos.

7 Al dedicarse a la política con mayor entusiasmo, le parecía
vergonzoso el hecho de que los artesanos, que emplean instru-
mentos y enseres inanimados, no desconocieran el nombre de
ninguno de ellos ni su emplazamiento y función, y que por el
contrario el político, que ejerce su actividad pública mediante
hombres, fuera perezoso y negligente para conocer a sus con-
2 ciudadanos[31]. Por eso se habituó no sólo a recordar los nom-
bres, sino también a conocer el sitio donde vivían todos los per-
sonajes distinguidos, sus predios y los amigos y vecinos que
tenían; y cuando viajaba por las vías de toda Italia, le resultaba

---

[29] *Cf.* CIC., *En defensa de Plancio* 65.

[30] El deseo de gloria está presente en Cicerón incluso ya antes de dedicarse a la vida pública. *Cf.* 5, 1.

[31] La comparación del político con los artesanos está claramente inspirada en JENOFONTE, *Ciropedia* V, 3, 47. *Cf.* CIC., *En defensa de Murena* 77, donde censura el empleo de *nomenclatores* (ayudantes de los candidatos durante las campañas electorales que les decían los nombres de las personas que encontraban por la calle para que los saludaran).

fácil a Cicerón nombrar y señalar las tierras y casas de campo
de sus amigos. Dueño de una fortuna pequeña, aunque suficien- 3
te para atender sus gastos[32], causaba admiración que no acep-
tara honorarios ni regalos por el ejercicio de la abogacía, sobre
todo cuando se encargó del proceso contra Verres[33]. Éste había 4
sido pretor de Sicilia y había cometido muchos delitos y, cuan-
do los sicilianos lo denunciaron, Cicerón consiguió su condena
no hablando sino, por así decirlo, por el mero hecho de no ha-
blar. Los pretores eran favorables a Verres y, a fuerza de mu- 5
chos aplazamientos y prórrogas, fueron posponiendo el juicio
hasta el último día, pues estaba claro que con un día no había
tiempo suficiente para los alegatos y el juicio no terminaría.
Entonces Cicerón se levantó y dijo que no hacía falta pronun-
ciar discursos: presentó a los testigos y les tomó declaración y,
seguidamente, pidió a los jueces que emitieran su voto. Con 6
todo, se conserva el recuerdo de numerosas chanzas suyas tam-
bién en este proceso. Por ejemplo, los romanos llaman *verres* al
cerdo castrado[34]. Entonces, cuando un liberto llamado Cecilio,
al que acusaban de judaizar, quiso apartar del caso a los sicilia-
nos y ser él el acusador de Verres, dijo Cicerón: «¿Qué tiene
que ver un judío con un cerdo?». Tenía Verres un hijo que toda- 7
vía era casi un niño y se decía que daba a su lozanía un uso
impropio de una persona libre. Entonces Cicerón, cuando Ve-
rres lo reprendió por su afeminamiento, le dijo: «A tus hijos de-
bes reprenderlos de puertas adentro[35]». El orador Horten- 8

---

32 Plutarco exagera la modestia de los recursos de Cicerón. *Cf.* 8, 3; 8, 6; 41, 5.

33 Legalmente no podían cobrar honorarios, pero sí podían aceptar presentes. Contrasta lo que aquí se dice de Cicerón con el comportamiento de Demóstenes. *Cf.* 52 (3), 5 y *Demóstenes* 15, 1-2.

34 Es al contrario: *verres* designa al cerdo no castrado o verraco.

35 *Cf.* PLUT., *Máximas de romanos* 204 F. Parecida acusación se le hizo también a Demóstenes: *cf.* PLUT., *Demóstenes* 4, 5-6.

sio[36] no quiso defender a Verres abiertamente, pero accedió a defenderlo en la tasación de la multa y recibió como remuneración una esfinge de marfil. Cicerón le soltó alguna indirecta y, al decir él que no era experto en resolver enigmas, Cicerón le replicó: «Y eso que tienes la esfinge en tu casa».

8 Condenado Verres de este modo, Cicerón, que había fijado la multa en setecientos cincuenta mil[37], fue acusado de haber
2 rebajado la tasación a cambio de dinero. Sin embargo, los sicilianos, agradecidos, cuando fue edil llevaron de la isla gran cantidad de productos y se los entregaron. Él no obtuvo ninguna ganancia de ellos, sino que usó la generosidad de aquella gente sólo para rebajar los precios del mercado.

3 Poseía un hermoso predio en Arpi[38] y tenía una finca cerca de Nápoles y otra cerca de Pompeya que no eran grandes. A ello se sumó la dote de su esposa Terencia, que ascendía a cien-
4 to veinte mil denarios, y una herencia de noventa mil. Gracias a estos recursos, vivía con dignidad y sobriedad al mismo tiempo, en permanente compañía de hombres de letras griegos y romanos. Era raro, si es que sucedía alguna vez, que se pusiera a la mesa antes de la caída del sol, no tanto por sus ocupa-
5 ciones como por su padecimiento del estómago[39]. Y en general, en el cuidado de su cuerpo era tan esmerado y meticuloso que incluso se daba un número fijo de masajes y de paseos. Esta atención a su organismo lo mantuvo libre de enfermedades y capaz de hacer frente a numerosas y grandes contiendas y fa-

[36] Q. Hortensio Hortalo; fue cónsul en el 69 a.C.

[37] Dracmas o denarios. La cantidad equivalente en sestercios sería de unos tres millones. Pero en Cic., *Verrinas* 1, 1, 56 y 2, 1, 27, estimaba los daños causados por Verres en Sicilia en cien y cuarenta millones de sestercios respectivamente.

[38] Cicerón tenía la propiedad en Arpino, en el Lacio, donde nació. Plutarco confunde esta localidad con Arpi, en Apulia.

[39] *Cf.* 3, 7.

tigas[40]. La casa paterna se la cedió a su hermano y él se instaló 6
en el Palatino, para que sus clientes no sufrieran la incomodidad de recorrer una larga distancia. Acudían a diario a su puerta para presentarse sus respetos no menos personas que las que iban a presentárselos a Craso por su riqueza y a Pompeyo por su poder en el ejército, que eran los personajes más admirados
y prestigiosos de los romanos. Incluso Pompeyo iba a presen- 7
tarle sus respetos a Cicerón, cuya política contribuyó mucho al poder y la gloria de aquél[41].

Muchos nobles solicitaron la pretura al mismo tiempo que 9
Cicerón, pero él fue elegido el primero de todos[42]; y alcanzó
fama de resolver los juicios con integridad y honestidad. Se 2
cuenta que Licinio Macro[43], hombre que por sí mismo gozaba de gran influencia en la ciudad y contaba con el respaldo de Craso, fue llevado a juicio por malversación ante Cicerón. Confiado en su poder y en los apoyos, se marchó a casa mientras los jueces estaban todavía votando; con rapidez se cortó el pelo y se puso una toga limpia[44] creyendo que había ganado, y se disponía a salir para volver al foro. Pero cuando Craso lo encontró en el atrio y le dijo que había sido condenado por unanimidad, se volvió dentro, se acostó y murió. Este caso le deparó a Cicerón fama de haber dirigido el tribunal con rectitud.

---

[40] *Cf.* 4, 4.

[41] Cicerón pronunció su discurso *Sobre el imperio de Gn. Pompeyo*, también llamado *En defensa de la ley Manilia*, en apoyo de la ley presentada por Manilio en el 66 a.C. que ampliaba considerablemente los poderes de Pompeyo para la guerra contra Mitrídates. *Cf.* también 9, 7.

[42] Para el año 66 a.C. El pretor que obtenía más votos era designado *praetor urbanus*, la máxima autoridad judicial.

[43] C. Licinio Macro, tribuno de la plebe en el 73 a.C., escribió unos *Anales* y fue padre del poeta y orador C. Licinio Macro Calvo.

[44] Como preparándose para una celebración.

3 Vatinio[45] era un hombre desagradable y desconsiderado con los magistrados del tribunal en sus discursos y tenía el cuello hinchado por un bocio. Se presentó ante Cicerón y le hizo una petición; y como éste no accedía y tardaba mucho en decidirse, le dijo que, si él fuera pretor, no tendría dudas al respecto. Entonces Cicerón se volvió hacia él y le replicó: «Pero es que yo no tengo el cuello tan grande[46]».

4 Cuando ya no le quedaban más que dos o tres días en el cargo, llevaron ante él a Manilio acusado de malversación[47]. El tal Manilio gozaba del aprecio y el apoyo del pueblo, ya que se pensaba que era perseguido a causa de Pompeyo, pues era ami-
5 go suyo. Manilio pidió unos días de plazo, pero Cicerón le dio sólo uno, el siguiente, y el pueblo se indignó porque los pretores
6 solían conceder al menos diez días a los procesados. Cuando los tribunos hicieron comparecer a Cicerón y lo acusaron, pidió ser escuchado y dijo que siempre había tratado a los procesados, en la medida en que las leyes lo permitían, con indulgencia y respeto, y que le parecía cruel no darle el mismo trato a Manilio; así que había fijado deliberadamente ese día porque era el único del que disponía como pretor, pues remitir el proceso a otro magistrado no era una acción propia de alguien que quería ayudar.
7 Estas palabras produjeron un admirable cambio en el pueblo, y con muchos elogios le pidieron que asumiera la defensa de Manilio. Él se encargó de ella con gusto, sobre todo a causa de Pompeyo, que estaba ausente; de nuevo compareció en la tribuna y volvió a hablarle al pueblo, atacando fogosamente a los que eran partidarios de la oligarquía y aborrecían a Pompeyo.

---

[45] P. Vatinio fue pretor en el 55 a. C. y cónsul en el 47 a. C. Vuelve a aludirse a su defecto físico en 26, 3.

[46] *Cf.* PLUT., *Mario* 29, 6. Tener un cuello grande o fuerte era para los romanos sinónimo de capacidad para realizar un gran esfuerzo.

[47] C. Manilio Crispo era tribuno de la plebe. *Cf.* 8, 7 y nota.

Fue promovido al consulado por los aristócratas no menos 10
que por el pueblo, pues unos y otros lo apoyaban en interés del
Estado por el motivo siguiente. Aunque el cambio introducido 2
por Sila en la constitución había parecido extraño al principio, entonces, con el tiempo y la costumbre, en opinión de la mayoría gozaba ya de una estabilidad no despreciable. Sin embargo, había quienes buscaban trastornar y alterar la situación presente para su propio provecho y no por el bien común, mientras Pompeyo seguía combatiendo con los reyes del Ponto y de Armenia[48], y en Roma no había ninguna fuerza capaz de hacer frente
a los revolucionarios[49]. Éstos tenían por corifeo a un hombre 3
de carácter audaz, emprendedor y astuto, Lucio Catilina, que había sido acusado, entre otros delitos, de haber cometido incesto con su hija y de matar a su propio hermano; y temiendo ser procesado por esto, había persuadido a Sila de que inscribiera al hombre, como si todavía estuviera vivo, en la lista de los
condenados a muerte. A éste, como se ha dicho, tomaron por 4
jefe los facinerosos; y entre otras garantías que se dieron mutuamente, sacrificaron a un hombre y probaron su carne[50]. Gran parte de la juventud de la ciudad fue corrompida por él, pues a todos les procuraba continuamente placeres, juergas y relaciones sexuales con mujeres, y cubría con generosidad los gastos que esto comportaba.

Etruria entera y la mayor parte de la Galia Cisalpina se suble- 5
varon y Roma se deslizaba peligrosamente a la revolución debido

---

[48] Mitrídates VI y Tigranes I respectivamente. *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 30-37. Pompeyo había relevado a Lúculo en la dirección de esta guerra en el año 66 a.C.

[49] *Cf.* PLUT., *Catón el Joven* 26, 2-28, 6, donde se enfoca negativamente el intento de Cecilio Metelo de hacer volver a Pompeyo. La diferencia de enfoque del mismo hecho en ambas *Vidas* responde al punto de vista de sus protagonistas.

[50] Sobre este acto de antropofagia ritual, que tenía como objetivo mantener la lealtad de los conjurados, *cf.* SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 22. *Cf.* también DIÓN CASIO, XXXVII 30, 3.

a la desigualdad de las propiedades: los más renombrados y distinguidos se habían arruinado con espectáculos, banquetes, campañas electorales y construcciones, mientras que las riquezas habían ido a parar a manos de gente sin nobleza y de clase baja. De esa forma, a la situación no le hacía falta más que un leve empujón y todo quedaría en manos del que se atreviera a derribar la República, que padecía una enfermedad provocada por ella misma.

11 Sin embargo, Catilina, como deseaba ocupar primero una firme base de operaciones, se presentó como candidato al consulado[51] y concibió grandes esperanzas de compartir el cargo con Gayo Antonio, un hombre que, por sí mismo, no era capaz de nada bueno ni de nada malo, pero que contribuiría al poder
2 de otro que tomara la dirección[52]. Previendo esto, la mayoría de los nobles presentó la candidatura de Cicerón al consulado. El pueblo la acogió con entusiasmo y Catilina fracasó y fueron elegidos Cicerón y Gayo Antonio. Sin embargo, Cicerón era el único de los candidatos cuyo padre no pertenecía al orden senatorial, sino al ecuestre[53].

12 Los manejos de Catilina pasaban todavía inadvertidos para la mayoría, pero fueron importantes las luchas previas con las que
2 comenzó el consulado de Cicerón. Por una parte, los que habían quedado privados de ejercer cargos por las leyes de Sila, que no carecían de poder ni eran pocos, como pretendían solicitar magistraturas, intentaban atraerse al pueblo a la vez que lanzaban contra la tiranía de Sila muchas acusaciones verdaderamente ciertas y justas, pero al mismo tiempo intentando alterar la cons-

[51] Para el año 63 a.C. Anteriormente ya había sido candidato para el año 65 a.C.

[52] La misma consideración a propósito de Gayo Antonio se encuentra en SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 26, 1.

[53] SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 23, 6, explica el apoyo de la nobleza a uno de clase social inferior por la situación de peligro que se vivía.

titución sin necesidad y de manera inoportuna[54]. Por otra parte,
los tribunos de la plebe proponían leyes con el mismo propósi-
to[55]: *instituir* un gobierno de diez hombres con plenos poderes y
otorgarles en toda Italia, toda Siria y los territorios recientemente
anexionados por Pompeyo, la facultad de poner en venta las pro-
piedades del Estado, juzgar a quienes les pareciera y enviarlos al
exilio, fundar ciudades, tomar dinero del tesoro público y mante-
ner y reclutar tantas tropas como necesitaran. También apoyaban 3
la ley personajes importantes, y el primero Antonio, colega de
Cicerón, pues esperaba ser uno de los diez. Se creía además que
estaba al tanto de los intentos revolucionarios de Catilina y que
no le disgustaban a causa de una multitud de deudas[56], y eso era
sobre todo lo que asustaba a los aristócratas. Con la intención de 4
ponerle remedio antes que nada, Cicerón hizo que a Antonio se
le asignara por votación la provincia de Macedonia, y la Galia,
que se la ofrecían a él, la rechazó[57]. Con este favor consiguió que
Antonio, como un actor asalariado, interpretara el papel secun-
dario del suyo en defensa de la patria[58]. Con éste capturado y 5
amansado, Cicerón se enfrentó ya a los revolucionarios con ma-

[54] La *lex Cornelia de proscriptione* impedía para siempre que los hijos de los proscritos pudieran acceder a las magistraturas. César impulsó una propuesta para derogar esa ley pero fracasó por la oposición de Cicerón. César por fin consiguió anular la ley en el 49 a.C. *Cf.* PLUT., *César* 37, 2.

[55] Esto es, alterar la constitución.

[56] *Cf.* 10, 5; SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 21, 2.

[57] Se les asignaron estas provincias en calidad de procónsules para cuando dejaran el cargo de cónsules. Al renunciar Cicerón a su provincia porque prefería quedarse en Roma, la Galia Cisalpina fue asignada a Q. Metelo.

[58] Los protagonistas (actores que representaban primeros papeles) llevaban a menudo como asalariados suyos a los actores de segundos y terceros papeles (respectivamente deuteragonista y tritagonista). La imagen de la política como representación de una obra de teatro es bastante habitual en Plutarco. *Cf.*, por ejemplo, PLUT., *Consejos políticos* 799 A; 800 B; 813 E; 816 F; 817 A. En las *Vidas*, valga como ejemplo *Demetrio* 18, 5; 28, 1; 34, 4, etc.

yor brío. Así que dispuso un ataque contra la ley en el senado y a
sus propios promotores les causó tal impacto que ninguno se atre-
6 vió a contradecirle. Cuando volvieron a intentarlo y, tras una bue-
na preparación, citaron a los cónsules ante el pueblo, sin ame-
drentarse en absoluto Cicerón ordenó al senado que lo siguiera y
compareció, y no sólo logró que se rechazara aquella ley, sino
que además hizo que los tribunos de la plebe renunciaran a otros
proyectos[59]: ¡de tal modo fueron sometidos por su elocuencia!
13 Fue este hombre más que nadie el que demostró a los roma-
nos cuánto agrado añade la elocuencia al bien, que la justicia es
invencible si se expresa con corrección, y que, quien gobierna
de forma equilibrada, en sus actos debe preferir siempre el bien
antes que la lisonja, pero en lo que dice debe quitar de lo con-
2 veniente lo que es desagradable. Una muestra del encanto de su
elocuencia es también lo que sucedió durante su consulado con
motivo de los espectáculos. Anteriormente, los caballeros esta-
ban mezclados con la muchedumbre en el teatro y asistían a los
espectáculos junto con el pueblo sentándose donde podían. El
pretor Marco Otón fue el primero que separó a los caballeros, a
modo de honor, de los demás ciudadanos y les asignó un sitio
3 propio en el teatro que tienen reservado todavía hoy[60]. El pue-
blo lo tomó como una afrenta y, cuando Otón apareció en el
teatro, lo recibieron con insultos y silbidos, mientras que los
caballeros le dedicaron un fuerte aplauso. Volvía el pueblo a
intensificar los silbidos, y entonces los caballeros aumentaban
4 sus aplausos. Después de eso, se volvieron unos contra otros y

[59] Se han conservado los tres discursos de Cic. *Sobre la ley agraria*, el primero ante el senado y los otros dos ante el pueblo.

[60] En el año 67 a.C. Fue Lucio (no Marco) Roscio Otón, tribuno de la plebe, quien presentó la ley por la que se asignaba a los caballeros localidades reservadas en el teatro; concretamente, las catorce primeras gradas. Pero la ley entró en vigor en el 63 a.C., y tal vez Otón fuera pretor entonces.

se insultaron y el desorden se apoderó del teatro. Pero enterado Cicerón de lo que pasaba, llegó e invitó al pueblo a salir del teatro y dirigirse al santuario de Enio[61], y allí los reprendió y les dio consejos, y ellos, tras regresar de nuevo al teatro, dedicaron un fuerte aplauso a Otón y rivalizaron con los caballeros en darle muestras de estima y honor.

Catilina y sus conjurados, al principio asustados y medrosos, 14
volvieron a reanimarse y se reunían y exhortaban unos a otros a
acometer con más audacia la realización de sus proyectos antes
del regreso de Pompeyo, quien, según se decía, estaba volvien-
do ya con su ejército. Los que más excitaban a Catilina eran los 2
antiguos soldados de Sila. Se habían instalado por toda Italia,
pero la mayoría y los más belicosos se hallaban diseminados por
las ciudades de Etruria y soñaban con nuevos saqueos y pillajes
de las riquezas que estaban a su alcance. Con Manlio como jefe, 3
que había sido un destacado militar bajo las órdenes de Sila, se
unieron a Catilina y se presentaron en Roma para apoyarlo en
las elecciones, pues era de nuevo candidato al consulado[62] y te-
nía decidido eliminar a Cicerón en el propio tumulto de las elec-
ciones. Parecía que incluso la divinidad avisaba con antelación 4
de los acontecimientos mediante terremotos, rayos y aparicio-
nes; y las denuncias de los hombres eran verídicas, pero todavía
no constituían una prueba suficiente contra un personaje tan co-
nocido y poderoso como Catilina. Por eso Cicerón pospuso el 5
día de los comicios, citó a Catilina ante el senado y lo interrogó
sobre lo que se decía. Catilina, pensando que los senadores par- 6

[61] El templo de Belona, diosa de la guerra, estaba cerca del circo Flaminio. Esta diosa se identificó con una divinidad similar griega, relacionada con Ares, llamada Enio, y éste es el nombre que emplea Plutarco en lugar del romano Belona.

[62] Lucio Sergio Catilina volvió a presentar su candidatura en el 63 a.C. para el consulado del 62 a.C.

tidarios de la revolución eran numerosos y tratando, a la vez, de darse importancia ante los conjurados, le dio a Cicerón una respuesta insensata: «¿Qué tiene de malo si, de dos cuerpos, uno débil y estropeado pero con cabeza, y otro fuerte y grande pero
7 sin cabeza, yo intente ponerle una cabeza a este último?». Como Catilina, con estas palabras, había hecho alusión al senado y al pueblo, Cicerón sintió un temor aún mayor; se puso una coraza y todos los personajes influyentes y muchos jóvenes bajaron
8 con él desde su casa hasta el Campo de Marte. Intencionadamente iba enseñando un poco la coraza, pues había dejado caer algo la túnica de los hombros, y así trataba de mostrar el peligro a quienes lo veían[63]. La gente, irritada, se apiñaba alrededor de él, y finalmente, en la votación, rechazaron de nuevo a Catilina y eligieron cónsules a Silano y a Murena[64].

15 No mucho tiempo después, cuando los soldados de Catilina estaban reuniéndose ya en Etruria y organizándose en cohortes, y el día fijado para el ataque se acercaba, llegaron a la casa de Cicerón, en torno a la medianoche, unos hombres muy destacados y poderosos entre los romanos: Marco Craso, Marco Marcelo y Escipión Metelo[65]. Tocaron a la puerta, llamaron al portero y le mandaron que despertara a Cicerón y le anunciara su
2 llegada. El motivo era el siguiente: a Craso le había dado su portero después de la cena unas cartas que había llevado un desconocido; estaban dirigidas a diferentes personas, y al propio Cra-
3 so sólo una, anónima. Ésta fue la única que leyó Craso y, como

[63] *Cf.* Cic., *En defensa de Murena* 51-52, donde el propio Cicerón refiere las palabras de Catilina y su reacción de ponerse una coraza.

[64] D. Junio Silano y L. Licinio Murena fueron cónsules en el 62 a.C.

[65] Los acompañantes de Marco Licinio Craso son M. Claudio Marcelo, cuestor en el 65 a.C. con Catón, y Q. Cecilio Metelo Pío Escipión Nasica, cónsul en el 52 a.C. *Cf.* Plut., *Craso* 13, 4, donde se cuenta esta vista visita nocturna de Craso a Cicerón y se especifica que el dato proviene de la obra perdida de Cic., *Sobre el consulado.*

el escrito decía que habría muchas muertes a causa de Catilina y le aconsejaba escapar de la ciudad, no abrió las otras e inmediatamente se fue a ver a Cicerón, pues estaba aterrado por el peligro y además deseaba librarse de las acusaciones que le hacían por su amistad con Catilina[66]. Cicerón entonces meditó 4
sobre el asunto y convocó al senado al amanecer, llevó las cartas y se las entregó a sus destinatarios con el ruego de que las leyeran en voz alta. Todas advertían del complot de la misma manera. Cuando, además, Quinto Arrio, que había sido pretor, 5
anunció la formación de cohortes en Etruria y se supo que Manlio se cernía sobre aquellas ciudades con una tropa numerosa esperando continuamente alguna novedad procedente de Roma, el senado decretó que se confiaran los asuntos públicos a los cónsules y que ellos, aceptado el encargo, administraran la ciudad y procuraran salvarla lo mejor que supieran. El senado no acostumbra a hacer esto a menudo, sino cuando teme un gran peligro[67].

Una vez conseguido este poder, Cicerón confió los asuntos 16
exteriores a Quinto Metelo[68] y se reservó para él el control de la ciudad, y cada día salía protegido por una guardia tan numerosa que, cuando entraba en el foro, sus escoltas ocupaban una gran parte del mismo. Catilina, incapaz de seguir soportando el retraso, decidió salir él en persona al encuentro de Manlio y su ejército, mientras que a Marcio y a Cetego les encargó que, armados con espadas, se dirigieran al amanecer a casa de Cicerón como si fueran a saludarlo y que se abalanzaran sobre él y lo

---

[66] Sobre las sospechas que recayeron sobre él, *cf.* PLUT., *Craso* 13, 3.

[67] Se trata de un *senatus consultum ultimum*, decreto que confería plenos poderes a un magistrado. SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 29, 2-3, especifica cuáles eran esos poderes.

[68] Q. Cecilio Metelo Céler, que entonces era pretor y sería cónsul en el 60 a.C.

2 mataran[69]. Fulvia, una dama de noble alcurnia[70], fue por la no-
che a avisar a Cicerón de este complot y le recomendó que tu-
3 viera cuidado con Cetego y su acompañante. Éstos llegaron al
romper el día y, como se les impidió la entrada, se indignaron y
dieron voces en la puerta, con lo que se hicieron todavía más
sospechosos. Cicerón salió y convocó al senado en el santuario
de Júpiter Estesio, que los romanos llaman Estátor, edificado al
4 comienzo de la vía Sacra conforme se sube al Palatino[71]. En-
tonces fue también Catilina acompañado por los otros con in-
tención de defenderse, pero ninguno de los senadores consintió
5 en sentarse con él y todos se apartaron de su asiento. En cuanto
empezó a hablar, lo abuchearon, y finalmente Cicerón se levan-
tó y le ordenó que saliera de la ciudad: pues si él se dedicaba a
la política con palabras y Catilina con armas, era preciso que la
6 muralla se encontrara en medio de ambos[72]. Pues bien, Catilina
salió inmediatamente con trescientos hombres armados, se ro-
deó de fasces y hachas como si fuera magistrado y, con estan-
dartes enarbolados, se dirigió al encuentro de Manlio. Cuando
ya estaban reunidos unos veinte mil hombres, se puso a recorrer
las ciudades tratando de sublevarlas y seducirlas de modo que,
al tratarse ya de una guerra abierta, se envió a Antonio[73] para
que luchara contra él.

---

[69] En SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 28, 1, no son Marcio y C. Cornelio Cetego los encargados de matar a Cicerón, sino el caballero C. Cornelio y el senador L. Vargunteyo.

[70] Convivía con Q. Curio, uno de los conjurados. *Cf.* SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 23, 3-4; 26, 3.

[71] *Stésios* es la traducción al griego que Plutarco ofrece aquí del latín *Stator*, mientras que en *Rómulo* 18, 9 traduce *Epistásios*. El significado de esta advocación de Júpiter es «el que detiene».

[72] Plutarco toma esta expresión de un pasaje de la *Primera Catilinaria* (10), que Cicerón pronunció entonces.

[73] El otro cónsul, colega de Cicerón. *Cf.* 11, 1-2.

A los corrompidos por Catilina que se habían quedado en la 17
ciudad, los reunió y les dio ánimos Cornelio Léntulo, apodado
Sura. Era de ilustre linaje pero había llevado una vida disoluta
y había sido expulsado del senado anteriormente por su depra-
vación; entonces era pretor por segunda vez, como es usual
para los que aspiran a recobrar de nuevo la dignidad senato-
rial[74]. Se cuenta también que le dieron el apodo de Sura por el 2
siguiente motivo. En tiempos de Sila, cuando era cuestor, de-
rrochó y malversó grandes sumas del dinero público. Irritado 3
Sila, le pidió cuentas en el senado, y él compareció y, con mu-
cho desdén y altivez, dijo que no rendía cuentas, y ofreció la
pierna como acostumbran los niños cuando hacen faltas en el
juego de pelota[75]. De esto le vino el sobrenombre de Sura, pues 4
los romanos llaman *sura* a la pierna. Otra vez, en un proceso
que tenía, había comprado a algunos de los jueces y, cuando
salió absuelto sólo por dos votos, dijo que lo que le había dado
a uno de los jueces había sido un gasto inútil, pues habría bas-
tado un solo voto para salir absuelto. Tal era la naturaleza de 5
este hombre, al que había soliviantado Catilina y al que además
corrompieron con vanas esperanzas adivinos falsos y embauca-
dores; éstos salmodiaban versos amañados y oráculos, supues-
tamente de los libros sibilinos[76], que predecían que tres Corne-
lios estaban predestinados a ser monarcas de Roma; de ellos,
dos habían cumplido ya su destino, Cinna y Sila[77]; y al tercer

[74] Había sido pretor el 74 a.C. y cónsul el 71 a.C., fue expulsado del senado en el 70 a.C. y volvió a ser pretor en el 63 a.C.

[75] Tendían la pierna para que les dieran un golpe.

[76] Estos libros contenían oráculos oficiales emitidos por las sibilas y que se consultaban a petición del senado en momentos críticos. Pero además existían profecías sibilinas no oficiales a menudo usadas como propaganda política.

[77] Lucio Cornelio Cinna fue cónsul del 87 al 84 a.C. Rival de Sila, fue muy denostado por los partidarios de éste, que fue dictador en el 82 y 81 a.C.

Cornelio que quedaba, su hado[78] venía a ofrecerle la monarquía, y él debía aceptarla por completo y no desperdiciar las oportunidades con dilaciones, como hacía Catilina.

18 No era, por tanto, una maldad remediable la que estaba tramando Léntulo, sino que había decidido aniquilar al senado entero y a tantos como pudiera de los demás ciudadanos, incendiar por completo la ciudad y no perdonarle la vida a nadie salvo a los hijos de Pompeyo: a éstos los cogería y mantendría en su poder y los guardaría como rehenes para un armisticio con Pompeyo, pues corría el rumor, insistente y fidedigno, de que Pompeyo es-
2 taba regresando de su gran expedición[79]. Se fijó para el ataque una noche de las Saturnales[80], y llevaron a casa de Cetego y es-
3 condieron allí espadas, estopa y azufre. Establecieron un número de cien hombres y otras tantas partes de Roma y le asignaron una a cada uno, de manera que, al ser muchos los incendiarios, en poco tiempo ardiera la ciudad por todas partes. Otros debían obstruir los acueductos y degollar a quienes intentaran sacar agua.

4 Con estos hechos coincidió que estaban en Roma dos embajadores de los alóbroges[81], un pueblo que vivía entonces en pésimas condiciones, agobiado bajo el peso de la dominación.
5 Léntulo y los suyos, pensando que podían serles útiles para soliviantar y sublevar la Galia, los hicieron cómplices de la conjuración. Les dieron unas cartas para su senado y otras para Catilina: a aquél le prometían la libertad, y a Catilina lo exhor-
6 taban a liberar a los esclavos y marchar sobre Roma. Enviaron con ellos ante Catilina a un tal Tito de Crotona para que llevara

[78] Así traducimos aquí *daímōn*, término con el que Plutarco designa al ser o poder sobrenatural que acompaña a algunos personajes en su vida, como vemos también, por ejemplo, en PLUT., *César* 66, 1; 69, 2.

[79] *Cf.* 10, 2; 14, 1.

[80] La fiesta de Saturno se celebraba el 17 de diciembre y se prolongaba varios días más, dependiendo de las épocas.

[81] Pueblo de la Galia Narbonense.

las cartas. Pero se trataba de hombres inconstantes y en sus reu- 7
niones no solían faltar vino y mujeres, mientras que Cicerón los
hostigaba en sus proyectos con esfuerzo, un razonamiento so-
brio y una sagacidad extraordinaria, tenía a muchos que vigila-
ban desde fuera lo que hacían los conspiradores y le ayudaban
a seguirles la pista, y hablaba en secreto y confiaba en otros
muchos que se hacían pasar por miembros de la conspiración;
así que se enteró de las conversaciones con los extranjeros, ten-
dió una emboscada de noche y se apoderó del crotoniata y de
las cartas con la cooperación secreta de los alóbroges[82].

Al amanecer, reunió al senado en el santuario de la Concor- 19
dia, leyó las cartas en voz alta y dio audiencia a los informa-
dores[83]. Junio Silano contó también que se había oído decir a
Cetego que iban a perecer tres cónsules y cuatro pretores[84]. Y
Pisón, que era consular, informó también de otras cosas por el
estilo. Gayo Sulpicio, uno de los pretores, fue enviado a la casa 2
de Cetego y encontró en ella muchas jabalinas y armas, sobre
todo espadas y machetes, todos recién afilados. Finalmente, 3
tras votar el senado la inmunidad para el crotoniata a cambio de
una delación, Léntulo, ya convicto, dimitió de su cargo (pues
entonces era pretor), se despojó de la toga pretexta[85] en el sena-
do y la cambió por una vestimenta adecuada a su situación. En-
tonces éste y sus cómplices fueron entregados a los pretores 4
para su arresto domiciliario[86]. Ya estaba atardeciendo y el pue-

[82] *Cf.* CIC., *Catilinarias* 3, 5-6; SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 45, 1.

[83] La mañana del 3 de diciembre del 63 a.C. El templo de la Concordia estaba situado al pie del Capitolio, dominando el foro.

[84] D. Junio Silano había sido elegido cónsul para el 62 a.C. (*cf.* 14, 2) junto con Murena. Ellos dos y Cicerón eran los tres cónsules amenazados. C. Calpurnio Pisón había sido cónsul en el 67 a.C.

[85] La toga pretexta, con orla de púrpura en el borde, la llevaban los niños de los nobles y los magistrados *cum imperio* (cónsules y pretores).

[86] *Cf.* SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 47, 3: «in liberis custodiis».

blo permanecía allí congregado. Cicerón salió e informó del
asunto a los ciudadanos[87] y, escoltado por ellos, se marchó a la
casa de un amigo y vecino, pues la suya la ocupaban mujeres
que honraban con ritos secretos a la diosa que los romanos lla-
5 man Buena y los griegos Ginecea. Le ofrecen un sacrificio cada
año en la casa del cónsul su esposa o su madre, en presencia
de las vírgenes vestales[88]. Así pues, Cicerón entró en la casa
acompañado por muy pocas personas y, ensimismado, comenzó
6 a meditar lo que iba a hacer con los arrestados. Trataba de evitar
aplicarles la pena capital, adecuada para tan graves delitos, de-
bido a su carácter benigno y para que no pareciera que abusaba
de su poder y pisoteaba con crueldad a hombres eminentes por
su linaje y que tenían amigos poderosos en la ciudad; pero si los
trataba con demasiada indulgencia, temía el peligro procedente
7 de ellos. Pues no se quedarían contentos si sufrían una pena
menor que la muerte, sino que darían rienda suelta a su audacia
al añadir un nuevo motivo de rabia a su antigua maldad; y él
mismo daría una imagen de cobardía y debilidad, puesto que ya
no tenía fama entre el pueblo de ser muy atrevido.

20 Cuando Cicerón se encontraba sumido en la perplejidad
acerca de este asunto, las mujeres que ofrecían el sacrificio re-
cibieron una señal. Lo que pasó fue que, cuando parecía que el
fuego estaba ya extinguido, el altar lanzó, de entre la ceniza y
unos trozos de corteza quemados, una llama grande y resplan-
2 deciente. Las demás mujeres se asustaron, pero las vírgenes

[87] En concreto, pronunció la *Tercera Catilinaria*.

[88] Se daba el sobrenombre (el nombre no se citaba) de *Bona dea* a una diosa itálica de la fecundidad adorada especialmente en Roma y el Lacio. Era hija o esposa, según las versiones, del dios Fauno. De la ceremonia nocturna anual en casa del cónsul estaban excluidos los hombres; se trataba de un ritual de Estado y secreto, por el bienestar del pueblo romano. PLUTARCO ofrece más detalles en *César* 9, 4-8 y *Cuestiones romanas* 20 (268 D-E). *Cf.* DAREMBERG-SAGLIO, *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, s. u. «Bona dea».

sagradas exhortaron a Terencia, la mujer de Cicerón, a que, lo
más rápido posible, fuera a buscar a su marido y lo animara a
emprender lo que había decidido por el bien de la patria, pues la
diosa le estaba dando una gran luz para su salvación y gloria.
Terencia (que no era en absoluto una mujer dulce ni tímida por 3
naturaleza, sino que era ambiciosa y, según dice el propio Cice-
rón, prefería participar en las preocupaciones políticas de él
más que compartir con él las domésticas) le contó lo sucedido
y lo incitó contra los conspiradores; e igualmente su hermano
Quinto y Publio Nigidio, uno de sus compañeros en el estudio
de la filosofía, del que solía recibir ayuda muy frecuente e im-
portante en su actividad política[89].

Al día siguiente, se debatió en el senado sobre el castigo de 4
los conspiradores, y el primero al que se le pidió su parecer,
Silano[90], dijo que había que llevarlos a prisión y aplicarles la
última pena. Y a este parecer se fueron adhiriendo todos, uno 5
tras otro, hasta llegar a Gayo César, el que se convirtió en dic-
tador después de estos sucesos. Entonces era joven todavía y 6
estaba en los comienzos de su ascensión[91], pero con su política
y sus esperanzas, había entrado ya en el camino por el que llegó
a transformar el Estado romano en monarquía. Pasaba inadver-
tido para los demás, pero a Cicerón le dio muchos motivos de
sospecha, aunque ninguna prueba para inculparlo; sin embargo,
se podía oír decir a algunos que había estado a punto de ser pilla-
do y que logró zafarse de Cicerón. Pero otros dicen que Cicerón 7
había dejado pasar y desatendido a propósito la denuncia hecha

[89] Quinto era cuatro años más joven que su hermano Marco. Publio Nigidio era un erudito pitagórico interesado en la astrología, la magia y la gramática. Fue pretor en el 58 a. C. PLUTARCO se refiere a su influencia en Cicerón también en *Sobre si el anciano debe intervenir en política*, 797 D.

[90] *Cf.* 14, 8; 19, 1.

[91] Había nacido en el 100 a. C. y, por tanto, tenía treinta y siete años.

contra César por temor a sus amigos y a su influencia, pues para todo el mundo estaba claro que los conspiradores se sumarían a la salvación de César antes que César a su castigo.

21 Cuando le tocó a César dar su opinión, se levantó y declaró que, en lugar de condenar a muerte a los conspiradores, había que confiscar sus bienes, y a ellos enviarlos a las ciudades de Italia que decidiera Cicerón y mantenerlos en prisión hasta que
2 Catilina fuera derrotado. La propuesta era indulgente y el que la hacía era muy elocuente, y Cicerón le dio además un impulso
3 considerable, pues él mismo se levantó y trató el asunto con ambigüedad, apoyando en parte la primera propuesta y en parte la de César[92]; y todos sus amigos, pensando que la propuesta de César era útil para Cicerón (pues estaría menos expuesto a las acusaciones si no hacía ejecutar a los conspiradores), escogieron mayoritariamente la segunda propuesta, hasta el punto de que incluso Silano, mudando de parecer, se excusó y dijo que él tampoco había propuesto al pena de muerte, pues, para un se-
4 nador romano, la prisión era la última pena. El primero que se opuso a la propuesta planteada fue Lutacio Cátulo, y Catón[93], que habló después, en su discurso reafirmó con vehemencia la sospecha contra César y llenó el senado de cólera y resolución de tal manera que condenaron a muerte a los conspiradores[94].
5 En cuanto a la confiscación de sus bienes, César se opuso, pues no le parecía justo que, después de rechazar lo clemente de su propuesta, aplicaran sólo lo más duro. Como muchos intenta-

---

[92] Se trata de la *Cuarta Catilinaria*.

[93] Q. Lutacio Cátulo Capitolino, cónsul en el 78 a.C. y censor en el 65 a.C., y Marco Porcio Catón, el Joven.

[94] *Cf.* PLUT., *César* 7, 5-8, 2; *Catón el Joven* 22, 4-23, 4; SALUSTIO, *Conjuración de Catilina* 52, 1-36, reproduce el discurso de Catón, y en 53, 1, reconoce el éxito que tuvo de inmediato entre los senadores. El enfrentamiento entre César y Catón lleva a Salustio a hacer una interesante comparación entre ambos en 54, 1-6.

ban coaccionarlo, apeló a los tribunos de la plebe. Ellos no hicieron caso, pero el propio Cicerón cedió y abandonó la propuesta de confiscación.

Fue con los senadores a buscar a los conjurados. No estaban 22
todos en el mismo sitio, sino que cada uno de ellos estaba custodiado por un pretor distinto. Primero sacó a Léntulo del Palatino 2
y lo condujo por la vía Sacra y por medio del foro mientras los ciudadanos principales lo rodeaban y le daban escolta y el pueblo se estremecía por lo que se estaba haciendo y pasaba en silencio, y sobre todo los jóvenes, como si sintieran que se estaban iniciando, temerosos y estupefactos, en algunos misterios ancestrales de un poder aristocrático. Después de atravesar el foro 3
y llegar a la prisión, entregó a Léntulo al verdugo y le ordenó ejecutarlo; y a continuación le entregó a Cetego, y así fue llevando a cada uno de los otros a la prisión y los hizo ejecutar. Al 4
ver que todavía permanecían reunidos y congregados en el foro muchos de los conjurados, que ignoraban lo ocurrido y esperaban la llegada de la noche pensando que los hombres seguían vivos y podían salvarse, Cicerón les dijo gritando con fuerza: «Vivieron». Los romanos que no quieren pronunciar palabras de mal agüero dicen de esa manera que alguien ha muerto.

Ya estaba atardeciendo y subía a su casa atravesando el foro; 5
los ciudadanos que lo escoltaban ya no guardaban orden ni silencio, sino que lo recibían con vítores y aplausos a donde quiera que llegaba y lo aclamaban como salvador y fundador de la patria. Muchas luces iluminaban las callejuelas, pues habían colocado lámparas y antorchas en las puertas y las mujeres tam- 6
bién acercaban luces desde los techos para honrar y ver al hombre que subía escoltado con gran solemnidad por los más nobles. Éstos, en su mayoría, habían llevado a término importantes guerras, habían entrado en la ciudad celebrando triunfos y habían incorporado al imperio no pequeñas extensiones de tierra y mar, y ahora marchaban reconociendo entre ellos que, si el

pueblo romano debía gratitud a muchos jefes y generales por la
riqueza, los botines y el poder adquiridos, en cambio, su segu-
ridad y salvación se las debían únicamente a Cicerón, que lo
7 había librado de un peligro tan grande y terrible. Lo que consi-
deraban admirable no era haber atajado la conjuración y haber
castigado a los culpables, sino el hecho de que había sofocado
la mayor de las revoluciones con el menor daño posible, sin
8 sediciones ni desórdenes. Y en efecto, la mayoría de los que
habían corrido a unirse a Catilina, en cuanto se enteraron de lo
que les había sucedido a Léntulo y a Cetego, lo abandonaron y
se marcharon. Con los que quedaron a su lado, luchó contra
Antonio y pereció junto con su ejército[95].

23 Había, sin embargo, quienes estaban dispuestos a hablar
mal de Cicerón por estos hechos y a hacerle daño, pues tenían
por jefes, de los magistrados entrantes, a César como pretor y a
2 Metelo y Bestia como tribunos de la plebe[96]. Éstos accedieron
a sus cargos cuando a Cicerón le quedaban todavía unos pocos
días en el suyo y no le permitieron hablar ante el pueblo: pusie-
ron bancos sobre la tribuna rostral y no lo dejaban pasar ni ha-
blar; en lugar de eso, lo único que le permitían, si lo deseaba,
era prestar el juramento en relación con el cargo antes de bajar
3 de la tribuna[97]. Él subió a prestar el juramento con esta condi-
ción y, cuando consiguió que se hiciera silencio, hizo, no el ju-
ramento tradicional, sino uno personal y novedoso: juró que
había salvado la patria y conservado el imperio. Y el pueblo
4 entero repitió su juramento. Irritados todavía más por este mo-
tivo, César y los tribunos de la plebe tramaron más perturbacio-

[95] *Cf.* 16, 6. La derrota y muerte de Catilina tuvieron lugar en enero del 62 a.C., en Pistoia.

[96] Q. Cecilio Metelo Nepote y L. Calpurnio Bestia.

[97] Al acceder al cargo, los cónsules debían jurar que cumplirían las leyes y, al finalizar, juraban que así lo habían hecho.

nes para Cicerón y, entre otras cosas, hicieron una propuesta de
ley para llamar a Pompeyo junto con su ejército con objeto
de que pusiera fin al poder de Cicerón. Pero Catón, que era en- 5
tonces tribuno de la plebe, fue de gran ayuda para Cicerón y
todo el Estado, pues se opuso a las maniobras políticas de aqué-
llos con igual autoridad y con mayor prestigio[98]. Las anuló to- 6
das con facilidad y, en cuanto al consulado de Cicerón, lo ensal-
zó de tal manera en un discurso que pronunció ante el pueblo,
que votaron para él los mayores honores que habían otorgado
nunca y en concreto, lo proclamaron padre de la patria. En efec-
to, él fue, al parecer, el primero que obtuvo tal título cuando
Catón lo designó así en la asamblea del pueblo[99].

Fue entonces cuando llegó a tener entonces el mayor poder 24
dentro del Estado[100], aunque se hizo odioso para mucha gente;
pero no fue por una mala acción, sino que muchos lo aborrecie-
ron por estar elogiándose y engrandeciéndose a sí mismo conti-
nuamente. Y es que no se podía asistir a una sesión del senado, 2
de la asamblea o de un tribunal en la que no hubiera que oír
hablar una y otra vez de Catilina y de Léntulo. Y por último 3
también llenó sus libros y sus escritos con sus elogios. Y su
oratoria, aunque fuera muy agradable y dotada del mayor en-
canto, la hizo pesada e insoportable para sus oyentes, pues esta
desagradable característica se unió a él como una perenne fata-
lidad. Sin embargo, a pesar de su desmesurado afán de gloria, 4
no sentía envidia de otros, pues era muy generoso en el elogio
a sus predecesores y a sus contemporáneos, como se puede de-

---

98 *Cf.* PLUT., *Catón el Joven* 26-28.

99 Q. Lutacio Cátulo fue quien le otorgó este mismo título en el senado, según cuenta CIC., *Contra Pisón* 6.

100 Tras esta afirmación, Plutarco interrumpe el hilo cronológico de la narración y la biografía entra en una fase intemporal (hasta el cap. 27 inclusive) para describir e ilustrar con anécdotas el afán de gloria de Cicerón, que, junto a su afición a burlarse de los demás, lo hizo odioso para mucha gente.

5 ducir de sus escritos. Se citan muchos ejemplos de esto; así,
de Aristóteles decía que era un caudaloso río de oro[101], y acerca de
los *Diálogos* de Platón, que Júpiter hablaría así si el lenguaje
6 formara parte de su naturaleza. A Teofrasto solía llamarlo su de-
leite particular[102]. Y acerca de los discursos de Demóstenes, cuan-
do le preguntaron cuál le parecía el más bello, dijo que el más
largo[103]. A pesar de eso, algunos que alardean de imitar a Demós-
tenes critican una expresión que puso Cicerón en una carta diri-
gida a uno de sus amigos: que Demóstenes dormita en algunos
pasajes de sus discursos. Pero se olvidan de los grandes y mara-
villosos elogios que le dedica a menudo[104] y de que a los discur-
sos propios a los que dedicó los mayores esfuerzos, los dirigidos
contra Antonio, los tituló *Filípicas*[105].

7 De todos sus contemporáneos que eran famosos por su elo-
cuencia y filosofía, no hubo ninguno a quien no hiciera aún más
famoso por hablar o escribir sobre él con benevolencia. Consi-
guió de César, cuando ya estaba en el poder, que se hiciera ciu-
dadano romano a Cratipo el peripatético, y consiguió también
que el consejo del Areópago emitiera un decreto con una peti-
ción al mismo para que se quedara en Atenas y mantuviera co-
8 loquios con los jóvenes y le diera así realce a la ciudad[106]. Hay
sobre este asunto cartas de Cicerón a Herodes[107], y otras a su

[101] *Cf.* PLUT., *Académicas* 2, 119.

[102] *Cf.* PLUT., *Bruto* 121.

[103] El discurso *De la corona.*

[104] *Cf.*, por ejemplo, PLUT., *Bruto* 35; 141.

[105] *Cf.* 48, 5. Al parecer, fue Bruto quien le puso ese título en broma, pero Cicerón lo aceptó. *Cf.* CIC., *A Bruto* 2, 3, 4; 2, 4, 2.

[106] Cratipo de Pérgamo mantuvo una gran amistad con Cicerón, y tuvo también contactos con Bruto y Pompeyo (*cf.* PLUT., *Bruto* 2, 1; *Pompeyo* 75, 4-5).

[107] Herodes era el preceptor de Marco, el hijo de Cicerón, en Atenas. En el 44 a.C., el hijo de Cicerón seguía las lecciones de Cratipo en Atenas.

hijo en las que le exhorta a estudiar filosofía con Cratipo. En
cambio, a Gorgias el rétor lo expulsa de la compañía del mu-
chacho acusándolo de inducirlo a placeres y francachelas. Ésta 9
es casi la única de sus cartas griegas, y una segunda dirigida a
Pélope de Bizancio, que fueron escritas en un arrebato de ira;
a Gorgias lo reprendió con razón si es que era inepto y disoluto,
como se decía; pero con Pélope fue quisquilloso y lo regañó
porque se había despreocupado de obtener de los bizantinos
ciertos decretos honoríficos para él.

Esto le ocurría por su afán de honores, y también se dejaba 25
llevar a menudo por su destreza retórica para abandonar la con-
veniencia. Por ejemplo, una vez defendió a Munacio y cuando
éste, una vez absuelto, llevó a juicio a Sabino, amigo de Cice-
rón, tuvo tal arrebato de ira, según se cuenta, que dijo: «¿Tú
saliste absuelto de aquel juicio por tus propios medios, Muna-
cio, y no porque yo esparcí por el tribunal una profunda oscuri-
dad en plena luz del día?». Tuvo gran éxito cuando hizo un 2
elogio de Marco Craso[108] desde la tribuna y cuando, pocos días
después, lo vituperó, aquél le dijo: «¿No fue aquí mismo donde
hace muy poco me elogiaste?», Cicerón le contestó: «Sí, ejer-
citaba mi oratoria practicando con un tema enojoso». En una 3
ocasión dijo Craso que ningún Craso había vivido en Roma más
de sesenta años, y cuando después se arrepintió y dijo: «¿Cómo
pude decir eso?», le respondió: «Sabías que a los romanos les
gustaría oírlo y así tratabas de congraciarte con ellos». Y cuan- 4
do dijo Craso que le agradaban los estoicos porque declaraban
que el hombre bueno es rico, le dijo: «Cuidado, a ver si es por-
que dicen que todo es del sabio». A Craso se le tachaba de codi-
cioso. Uno de los dos hijos de Craso era parecido a un tal Axio, 5
y por eso hacía recaer sobre su madre una infamante sospecha
en relación con Axio. En una ocasión cosechó un gran éxito en

[108] M. Licinio Craso, el triunviro.

el senado con un discurso que pronunció, y cuando le preguntaron a Cicerón qué le parecía, respondió: «Digno de Craso[109]».

26 Estaba Craso a punto de zarpar hacia Siria[110] y prefería tener a Cicerón como amigo suyo más que como enemigo; le dijo amistosamente que quería cenar con él y Cicerón lo recibió con
2 gusto. Pocos días después, unos amigos fueron a interceder por Vatinio, que, según le dijeron, deseaba reconciliarse con él y ser su amigo (pues era enemigo suyo), y Cicerón dijo: «Supongo que Vatinio también quiere cenar conmigo, ¿no?». Tal era, en
3 suma, su actitud hacia Craso. El tal Vatinio tenía bocio[111], y una vez que estaba realizando una defensa en un juicio, lo llamó orador hinchado. Cuando oyó decir que había muerto y poco después se enteró con certeza de que seguía vivo, dijo: «Ojalá muera de mala manera el malvado que nos ha engañado».
4 Cuando muchos senadores mostraron su disgusto porque César había conseguido que se decretara la distribución del territorio de Campania entre los soldados[112], y Lucio Gelio, que era el más anciano, dijo que eso no se haría mientras él estuviera vivo, Cicerón contestó: «Pues esperemos: Gelio no pide un aplaza-
5 miento largo[113]». Había un tal Octavio de quien se rumoreaba que era originario de Libia. Cuando dijo en un juicio que no podía oír a Cicerón, éste le replicó: «Y eso que no te falta agujero en las
6 orejas[114]». Metelo Nepote[115] le echó en cara que, como testigo

[109] Esta agudeza de Cicerón tiene sentido si la dijo en griego: «Áxios Krássou», que significa «Digno de Craso» y también «Axio, hijo de Craso».

[110] Como procónsul, tras su consulado del 55 a.C.

[111] *Cf. supra* 9, 3.

[112] Por la *lex Iulia agraria* del 59 a.C. *Cf.* PLUT., *Catón el Joven* 32-33.

[113] L. Gelio Publícola, había nacido en el 136 a.C., y fue pretor en el 94 a.C., cónsul en el 72 a.C. y censor en el 70 a.C.

[114] La conclusión obvia es que debería oír bien, pero hay una alusión indirecta a la costumbre de algunos pueblos africanos de perforarse las orejas.

[115] *Cf.* 23, 1.

de cargo, había causado la muerte a más hombres que los que
había salvado como abogado; y Cicerón le dijo: «Reconozco
que tengo más credibilidad que elocuencia[116]». Cierto joven 7
del que se sospechaba que había envenenado a su padre con un
pastel, fanfarroneaba y decía que iba a cubrir de insultos a Ci-
cerón, y éste le dijo: «De ti prefiero recibir eso antes que un
pastel». Publio Sestio lo había tomado como abogado en un pro- 8
ceso junto con otros, pero quería decirlo todo él mismo y no
dejaba hablar a nadie. Cuando estaba claro que lo absolvían los
jueces, que estaban ya entregando los votos, le dijo Cicerón:
«Aprovecha la oportunidad de hoy, Sestio, pues mañana serás
un simple particular[117]». A Publio Costa, que quería ser jurista 9
pero era torpe e ignorante, lo citó como testigo en un juicio.
Como declaró que no sabía nada, le dijo: «A lo mejor crees que
te están preguntando sobre cuestiones de derecho[118]». Metelo
Nepote le repetía constantemente en una disputa: «¿Quién es tu
padre, Cicerón?». A lo que replicó: «A ti esa pregunta te la ha
hecho tu madre más difícil». La madre de Nepote tenía repu-
tación de indecente, y él mismo la tenía por inconstante. Por 10
ejemplo, una vez abandonó de pronto el cargo de tribuno de la
plebe y se hizo a la mar para irse a Siria con Pompeyo[119] y luego
volvió de allí de manera todavía más absurda. Sepultó con mu- 11
cha consideración a su maestro Filagro y colocó en su tumba un
cuervo de piedra y Cicerón dijo: «Es muy sabio lo que has he-
cho, pues te enseñó a volar más que a hablar[120]». Marco Apio 12
dijo en el exordio de un discurso judicial que su amigo le había

[116] *Cf.* PLUT., *Máximas de romanos* 204 F.

[117] P. Sestio fue cuestor en el 63 a.C. y tribuno de la plebe en el 58 a.C. Se conserva del discurso de CIC., *En defensa de Sestio*.

[118] *Cf.* PLUT., *Máximas de romanos* 205 B.

[119] En el 62 a.C. *Cf.* PLUT., *Catón el Joven* 29, 1.

[120] *Cf.* PLUT., *Máximas de romanos* 205 A.

pedido que le prestara interés, elocuencia y fidelidad, y Cicerón le dijo: «¿Y eres tan duro que no proporcionas a tu amigo nada de lo que te pidió?».

27 El empleo de burlas mordaces contra los enemigos o los
adversarios en los juicios se considera un recurso de la retórica,
pero que embistiera al primero que encontrara para hacer reír
2 concitaba mucho odio contra él. Citaré unos pocos ejemplos de
esto. A Marco Aquilio, que tenía dos yernos exiliados, lo llama-
3 ba Adrasto[121]. Lucio Cota[122] tenía el cargo de censor y era muy
aficionado al vino; cuando Cicerón presentó su candidatura al
consulado, tuvo sed y, mientras bebía rodeado de sus partida-
rios, dijo: «Tenéis razón al temer que el censor se enfade con-
4 migo por beber agua». Se encontró con Voconio, que llevaba
con él tres hijas muy feas, y se puso a declamar en voz alta:

Pese a la prohibición de Febo, engendró hijos[123].

5 De Marco Gelio se pensaba que no había nacido de padres li-
bres, y cuando acabó de leer una carta en el senado con voz clara
y alta, dijo Cicerón: «No os sorprendáis, él también es uno de los
6 que han reclamado[124]». Fausto, el hijo del Sila que había sido dic-
tador de Roma y había publicado los nombres de muchos proscri-

[121] Este mítico rey de Argos casó a una hija suya con Polinices, hijo de Edipo y desterrado de Tebas, y a otro con Tideo, hijo de Eneo y desterrado de Calidón.

[122] Fue cónsul en el 65 a.C. y censor en el 64 a.C.

[123] También cita PLUTARCO esta anécdota en *Máximas de romanos* 205 C. El trímetro yámbico procede de una tragedia perdida, posiblemente el *Edipo* de EURÍPIDES, y debe de referirse a Layo, padre de Edipo, al que un oráculo de Apolo había recomendado que no tuviera hijos.

[124] Juego de palabras basado en el sentido que el verbo *anaphōneîn* («decir en voz alta») adquiere en la expresión *eleutherían anaphōneîn*, equivalente al latín *libertatem reclamare*, fórmula empleada para la liberación de un esclavo.

tos condenados a muerte, se endeudó y despilfarró gran parte de
sus propiedades, y cuando publicó la lista de sus bienes en venta,
Cicerón dijo que esa lista le gustaba más que la de su padre.
Por todo eso se hizo odioso para muchos. Además, los secua- 28
ces de Clodio se concertaron contra él por el siguiente motivo.
Clodio era un hombre de noble estirpe, joven de edad pero atre-
vido y arrogante[125]. Enamorado de Pompeya, la mujer de César, 2
se introdujo en su casa a escondidas con vestido y atavío de una
arpista. Las mujeres estaban celebrando el ancestral sacrificio
secreto y prohibido para los varones y ninguno estaba presen-
te[126]. Pero Clodio, como era todavía un muchacho y aún no tenía
barba, esperaba poder deslizarse hasta Pompeya entre las muje-
res sin ser descubierto. Pero como entró de noche en una casa 3
que era grande, no sabía por dónde pasar, y una criada de Aurelia,
la madre de César, al verlo deambular sin rumbo, le preguntó su
nombre. Obligado a hablar, dijo que buscaba a una sirvienta de
Pompeya llamada Habra[127], y ella, al darse cuenta de que su voz
no era de mujer, llamó a gritos a las mujeres. Ellas cerraron las 4
puertas, registraron toda la casa y encontraron a Clodio, que se
había escondido en la habitación de la joven esclava que le había
ayudado a entrar. Como el asunto se hizo público y notorio, Cé-
sar repudió a Pompeya, y a Clodio se le procesó por impiedad.
Cicerón era amigo suyo y, durante el asunto de Catilina, lo 29
tuvo como colaborador entusiasta y guardia personal. Pero cuan-
do Clodio mantenía, frente a la acusación, que ni siquiera había

---

[125] Continúa el hilo cronológico de la biografía. P. Clodio Pulcro era cuestor designado para el año 61 a.C.

[126] Los ritos de la *Bona dea*. *Cf.* 19, 4-5 y nota. En esta ocasión se celebraban en casa de César, que era sumo pontífice. El episodio de Clodio se narra también en PLUT., *César* 10.

[127] En griego, el nombre *habra* significa «sirvienta favorita». También puede tratarse de una transcripción del latín *Aura*, nombre que podía llevar una esclava.

estado en Roma en aquel tiempo, sino que se encontraba en sus tierras más apartadas, Cicerón testificó contra él diciendo que Clodio había ido a verlo a su casa y le había hablado de ciertos
2 asuntos, lo que era verdad. Sin embargo, no dio la impresión de que testificaba por mor de la verdad, sino como justificación
3 ante su esposa Terencia[128]. Ella odiaba a Clodio a causa de su hermana Clodia, porque pensaba que ésta quería casarse con Cicerón y trataba de conseguirlo por medio de un tal Tulo de Tarento, que era compañero y uno de los amigos más íntimos de Cicerón y, como visitaba continuamente a Clodia, que vivía cerca y la colmaba de atenciones, despertó las sospechas de Teren-
4 cia. Ésta, que tenía un carácter difícil y dominaba a Cicerón, lo incitó a adherirse a los ataques a Clodio y a testificar contra él. Muchos nobles declararon contra Clodio acusándolo de perjurio, de fraude, de sobornar a la plebe y de corromper a las mujeres. Lúculo incluso presentó sirvientas que declararon que Clodio había tenido relaciones sexuales con su hermana más joven
5 cuando era la mujer de Lúculo[129]; y la opinión general era que Clodio había tenido relaciones también con sus otras dos hermanas: Tercia, casada con Marcio Rex, y Clodia, casada con Metelo Celer[130]. A esta última la llamaban Cuadrantaria porque uno de sus amantes había metido monedas de bronce en una bolsa y se las había enviado como si fueran de plata (y los romanos llaman «cuadrante» a la moneda de bronce más pequeña[131]). Por culpa de esta hermana sobre todo era por lo que se hablaba
6 mal de Clodio. Sin embargo, esta vez el pueblo se oponía a los

[128] Sobre ella, *Cf.* 8, 3; 20, 3.

[129] *Cf.* PLUT., *César* 10, 6. *Lúculo* 34, 1. 38, 1.

[130] Q. Marcio Rex fue cónsul en el 68 a.C. Q. Cecilio Metelo Céler en el 60 a.C. Se sospechaba que a este último, que murió en el 59 a.C., lo asesinó su esposa Clodia.

[131] Su valor era un cuarto de as, que a su vez era la décima parte de un denario.

que testificaban de común acuerdo contra Clodio[132], y los jueces,
asustados, se rodearon de una guardia y la mayor parte de ellos
llevó las tablillas de votación con las letras borrosas. A pesar de
todo, pareció que los partidarios de la absolución eran mayoría;
y se dijo que hubo también soborno. Por eso Cátulo[133], cuando se 7
encontró con los jueces, les dijo: «Con razón pedisteis la guardia
por seguridad, porque temíais que alguien os quitara el dinero».
Y Cicerón, cuando Clodio le dijo que su testimonio no había 8
obtenido el crédito de los jueces, le respondió: «Ni mucho me-
nos: a mí me dieron crédito veinticinco jueces, tantos como vo-
taron contra ti; pero a ti los otros treinta no te dieron crédito,
pues no te absolvieron antes de coger el dinero[134]». César, sin 9
embargo, cuando fue citado, no declaró contra Clodio, y dijo
que no acusaba a su mujer de adulterio pero que la había repu-
diado porque el matrimonio de César debía estar libre no sólo de
acciones deshonrosas sino también de murmuraciones[135].

Tras escapar del peligro y ser elegido tribuno de la plebe[136], **30**
Clodio en seguida la emprendió con Cicerón, reuniendo y agi-
tando todos los conflictos y a todo el mundo contra él. Al pue- 2
blo se lo ganó con leyes humanitarias, y logró que a cada uno
de los cónsules se le asignara el gobierno de grandes provin-
cias: a Pisón[137] Macedonia y a Gabinio Siria. Además, a muchos
que carecían de recursos los introdujo en asociaciones políticas
y él mismo se rodeó de esclavos armados. De los tres hombres 3
que en aquel entonces eran más poderosos[138], Craso estaba en

[132] Un ejemplo del enfrentamiento entre *populares* y *optimates*. *Cf.* 29, 4.

[133] Q. Lutacio Cátulo Capitolino. *Cf.* 21, 4.

[134] *Cf.* Cic., *A Ático* I 16, 5 y 10.

[135] *Cf.* Plut., *César* 10, 9; *Máximas de romanos* 206 A.

[136] Fue tribuno de la plebe en el 58 a.C.

[137] Se trata de Calpurnio Pisón Cesonino, uno de los cónsules del año 58 a.C.

[138] Referencia al primer triunvirato, en el año 59 a.C.

guerra abierta con Cicerón, Pompeyo coqueteaba con ambos y
César estaba a punto de partir hacia la Galia con un ejército, por
lo que Cicerón se insinuó a este último, aunque no era su amigo
y le parecía sospechoso desde el asunto de Catilina, y le pidió ir
4 con él a la campaña como legado[139]. César aceptó, y Clodio, al
ver que Cicerón iba a escapar del poder de su tribunado, fingió
que deseaba la reconciliación: atribuía a Terencia casi toda la
culpa y a él lo mencionaba siempre de manera equilibrada dedi-
cándole palabras amables, como alguien que no lo odiaba ni
estaba contra él, sino que se quejaba de manera moderada y
amistosa, y así logró quitarle el miedo por completo hasta el
punto de que renunció a ser legado con César y volvió a dedi-
5 carse a la política. Irritado por ese motivo, César alentó a Clo-
dio y apartó a Pompeyo de Cicerón por completo, y él mismo
testificó contra Cicerón ante el pueblo declarando que no le pa-
recía justo ni legal haber condenado sin juicio a Léntulo y Ce-
6 tego y a sus partidarios. Ésta fue, en efecto, la acusación, y Ci-
cerón fue citado a juicio por este motivo[140]. Así que, al verse en
peligro por la acusación, cambió de vestimenta y deambulaba
7 suplicando al pueblo con el cabello revuelto[141]. Pero Clodio le
salía al encuentro por todas partes en las callejuelas rodeado de
gente insolente y descarada que, sin cohibirse, se mofaba sin

---

139 Según Cic., *A Ático* II 18, 3, fue César quien se lo pidió a él. A finales de la República, antes de Augusto, los legados eran sólo senadores que se ponían bajo las órdenes de un jefe militar o gobernador. Su poder era el de un propretor.

140 No se acusó directamente a Cicerón, aunque estaba en el punto de mira de Clodio y César, pero Clodio hizo que el pueblo votara una ley por la que se condenaba al exilio a quien hubiera dado muerte a un ciudadano sin que hubiera sido condenado. *Cf.* Veleyo Patérculo, II 45, 1.

141 Compárese con la actitud de Licinio Macro (9, 2) y la de Milón (35, 5). Catón se dejó crecer el cabello en señal de luto desde que comenzó la guerra civil (Plut., *Catón el Joven* 53, 1).

cesar del cambio de aspecto de Cicerón y a menudo le tiraba barro y piedras, con lo que obstaculizaba sus súplicas.

31 A pesar de eso, primero el orden ecuestre casi en su totalidad cambió de vestimenta junto con Cicerón y no menos de veinte mil jóvenes lo acompañaron con el cabello revuelto y suplicando con él. Luego, el senado se reunió con el propósito de decretar que el pueblo cambiara también su vestimenta como para un duelo; los cónsules se opusieron[142] y, cuando Clodio rodeó la sede del senado con hombres armados, no pocos senadores salieron corriendo rasgándose las túnicas y dando gritos. Pero 2
como no hubo piedad ni vergüenza ante tal visión, y Cicerón tenía que exiliarse o bien dirimir su enfrentamiento con Clodio por medio de la violencia y el hierro, solicitó la ayuda de Pompeyo, que deliberadamente se había quitado de en medio y estaba pasando una temporada en su finca de Albano[143]. Cicerón envió primero a su yerno Pisón[144] para que intercediera, y luego subió él en persona. Pero Pompeyo, al saberlo, no se atrevió a 3
presentarse frente a él, pues lo invadía una terrible vergüenza ante el hombre que había librado grandes combates por él y había tomado muchas decisiones políticas en favor suyo; pero por petición de César, del que era yerno[145], en lugar de agradecer los favores del pasado se escabulló por otra puerta y eludió el encuentro. Traicionado de esa manera por él y totalmente 4
solo, Cicerón buscó refugio en los cónsules. Gabinio fue siempre hostil. Pisón, en cambio, le habló con más amabilidad aconsejándole que se apartara y cediera ante la violencia de Clodio,

---

142 Eran partidarios de Clodio por las ricas provincias que habían recibido. *Cf.* 30, 2.

143 Pompeyo poseía una lujosa villa a orillas del lago Albano. *Cf.* PLUT., *Pompeyo*, 53, 6.

144 No el cónsul citado en 30, 2 y 30, 4, sino Calpurnio Pisón Frugi, casado con Tulia, hija de Cicerón.

145 Pompeyo estaba casado con Julia, la hija de César.

que sobrellevara el cambio de las circunstancias y fuera de nuevo salvador de la patria, que por culpa de aquél se encontraba
5 sumida en sediciones y desgracias. Tras recibir semejante respuesta, Cicerón deliberó con sus amigos. Lúculo le aconsejó que se quedara, convencido de que Cicerón ganaría, pero otros le aconsejaban que se exiliara argumentando que el pueblo lo echaría de menos muy pronto, cuando se hartara de la locura y
6 la insensatez de Clodio. Esto último fue lo que decidió Cicerón. La estatua de Minerva que tenía desde hacía mucho tiempo en su casa y por la que sentía especial veneración, la llevó al Capitolio y la consagró con la siguiente inscripción: «A Minerva, guardiana de Roma»; y, tras aceptar que lo acompañaran algunos de sus amigos, en torno a la medianoche salió a escondidas de la ciudad y marchó por tierra a través de Lucania con el propósito de llegar a Sicilia.

32 Cuando estuvo ya claro que había huido, Clodio hizo que se votara su destierro y que se promulgara un decreto para que no se le diera fuego ni agua ni se le proporcionara un techo a me-
2 nos de quinientas millas de Italia. La mayoría hizo poquísimo caso de este decreto por respeto a Cicerón y, con todo tipo de demostraciones de afecto, le daban escolta por donde pasaba. Pero en Hiponio, ciudad de Lucania que hoy llaman Vibón, Vivio Sica, que, entre otros beneficios obtenidos de la amistad con Cicerón, durante su consulado había llegado a ser prefecto de artesanos, no lo recibió en su casa y le notificó que le asignaba su finca en el campo. Gayo Virgilio, el pretor de Sicilia, que era de los que más provecho habían obtenido de Cicerón, le escri-
3 bió que se mantuviera apartado de Sicilia. Abatido por estas frustraciones, partió para Brentesio[146] y, cuando intentaba cruzar con viento favorable desde allí a Dirraquio, sopló un viento contrario desde el mar y regresó al día siguiente, y después vol-

[146] La actual Brindis.

vió a zarpar. También se cuenta que, cuando llegó a Dirraquio y 4
estaba a punto de desembarcar, se produjo un terremoto acom-
pañado de un maremoto. De ello conjeturaron los adivinos que
su exilio no duraría mucho, pues éstos eran signos de cambio.
Mucha gente lo visitaba por afecto y las ciudades griegas com- 5
petían enviándole embajadores continuamente, pero, sin em-
bargo, él pasaba la mayor parte del tiempo abatido y triste, diri-
giendo la mirada, como los que sufren mal de amores, hacia
Italia, muy apocado y deprimido por la desgracia y tan desalen-
tado como no se esperaría de un hombre que había pasado su
vida tan dedicado a la cultura[147]. Sin embargo, él pedía a menu- 6
do a sus amigos que no lo llamaran orador sino filósofo, pues
decía que había escogido la filosofía como ocupación, mientras
que de la oratoria se servía como un instrumento para las nece-
sidades de su actividad política. Pero la opinión pública tiene 7
una terrible facilidad para borrar del alma la razón, como si
fuera un tinte, y para inculcar las pasiones de la mayoría, a cau-
sa del trato habitual, en los que se dedican a la política; a no ser
que uno se ocupe de las cuestiones externas con extraordinaria
cautela para tomar parte sólo en los asuntos públicos y no en las
pasiones que conllevan[148].

Clodio, tras conseguir el exilio de Cicerón, incendió sus vi- 33
llas e incendió su casa y en su lugar hizo construir un templo de
la Libertad[149]; sus demás propiedades las puso en venta y todos
los días las sacaba a pública subasta, pues nadie compraba nada.
Por este motivo, se hizo temible para los aristócratas y, arras- 2

---

[147] Cicerón muestra su estado de ánimo durante el exilio en algunas cartas. *Cf. A Ático* III, 8-21.

[148] Parece que Plutarco se siente decepcionado con Cicerón porque no tiene una actitud digna de un filósofo; éste debe encontrarse libre de pasiones y no caer en excesos a causa del éxito ni de la desgracia.

[149] No llegó a construirse el templo; sólo se colocó una estatua de la Libertad.

trando consigo al pueblo, que se entregó a su gran violencia y atrevimiento, atacó a Pompeyo anulando algunas de las medi-
3 das que había tomado durante su expedición[150]. Al sentirse menospreciado por esto, Pompeyo se reprochó a sí mismo haber abandonado a Cicerón y, cambiando de actitud, hizo todo lo posible con sus amigos para conseguir su retorno. Al oponerse Clodio, el senado decidió no ratificar ninguna decisión en el intervalo ni ocuparse de ningún asunto público mientras no re-
4 gresara Cicerón. Durante el consulado de Léntulo[151], al aumentar los desórdenes hasta el punto de que unos tribunos de la plebe fueron heridos en el foro y Quinto, el hermano de Cicerón, logró pasar inadvertido tumbado en medio de los cadáveres como si estuviera muerto, el pueblo comenzó a cambiar de parecer[152]. Anio Milón, uno de los tribunos, fue el primero que se atrevió a llevar a Clodio a juicio por actos de violencia, y mucha gente procedente del pueblo de Roma y de las ciudades de los
5 alrededores se unió a Pompeyo. Avanzó con ellos, expulsó a Clodio del foro y llamó a los ciudadanos a votar; y se cuenta que el
6 pueblo no votó nunca nada con tanta unanimidad. El senado, rivalizando con el pueblo, decretó que se manifestara agradecimiento a todas las ciudades que habían atendido a Cicerón durante su exilio y que su casa y sus villas, demolidas por Clodio, se reedificaran a expensas del erario público.

7 Cicerón volvió tras dieciséis meses de destierro[153], y fue tan grande la alegría que se apoderó de las ciudades y tal el afán de la gente por encontrarse con él, que lo que dijo después Cicerón
8 se quedó por debajo de la verdad. En efecto, afirmó que Italia,

---

150 *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 48, 10.

151 En el año 57 a. C. fueron cónsules P. Cornelio Léntulo Spinter y Q. Cecilio Metelo Nepote.

152 *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 49, 1-5 a. C. CIC., *En defensa de Sestio* 76.

153 Desde finales de marzo del 58 a. C. hasta principios de agosto del 57 a. C.

llevándolo sobre sus hombros, lo había conducido a Roma[154]. Allí, hasta Craso, que era su enemigo antes del exilio, se apresuró a salir a su encuentro y reconciliarse con él, según decía, por complacer a su hijo Publio, que era ferviente admirador de Cicerón[155].

Sin dejar que pasara mucho tiempo[156], y aprovechando que 34
Clodio estaba fuera de la ciudad, se presentó en el Capitolio con
mucha gente, y las tablas de los tribunos en las que estaban re-
gistradas sus disposiciones, las arrancó y las destruyó. Cuando 2
Clodio lo acusó por esto[157], Cicerón le respondió que había pasa-
do ilegalmente de la clase de los patricios al tribunado de la ple-
be y que no tenía validez ninguno de sus actos[158]. Catón se indig-
nó y rebatió sus palabras, aunque sin aprobar a Clodio e incluso
rechazando su actuación política, pues consideraba un tremendo
atropello que el senado votara la derogación de tantos decretos y
actuaciones, entre las que se encontraba su propia administra-
ción en Chipre y en Bizancio[159]. Por este motivo Cicerón se eno- 3
jó con él y, aunque no llegó a hacerse manifiesto, sin embargo se
enfrió la relación amistosa entre ambos.

Después de esto, Milón mató a Clodio[160] y, al ser procesado 35
por asesinato, tomó como abogado a Cicerón. Pero el senado, temiendo que, al correr peligro un hombre de prestigio y animoso como era Milón, se produjeran disturbios durante la vista,

---

[154] *Cf.* CIC., *Al senado* 39.

[155] El hijo de Craso incluso se vistió de luto cuando Cicerón fue llevado a juicio en el 58 a.C. e incitó a otros jóvenes a hacer lo mismo. *Cf.* PLUT., *Craso* 13, 5.

[156] Un año después, en septiembre del 56 a.C.

[157] En el senado. *Cf.* PLUT., *Catón el Joven* 40, 1.

[158] Al ser patricio, no podía ser elegido tribuno de la plebe, pero sorteó el obstáculo haciéndose adoptar por un plebeyo. *Cf.* PLUT., *Catón el Joven* 33, 6.

[159] La misión de Catón en Chipre y en Bizancio se cuenta en PLUT., *Catón el Joven* 34-36, y su enfrentamiento con Cicerón en *id.*, 40.

[160] En enero del 52 a.C.

encomendó a Pompeyo la presidencia de este juicio y de los demás procurando seguridad a la ciudad y a los tribunales.
2 Pompeyo rodeó el foro de soldados desde las colinas cuando era todavía de noche, y Milón, temeroso de que Cicerón se turbara a la vista de algo tan insólito y litigara peor, lo convenció de que se dejara llevar en litera al foro y no se moviera hasta que se reunieran los jueces y el tribunal estuviera completo.
3 Cicerón, al parecer, no sólo era poco valiente en las armas, sino que incluso cuando avanzaba para hablar sentía miedo, y en muchos litigios conseguía a duras penas dejar de agitarse y temblar cuando llegaba al punto culminante y más consistente del
4 discurso. Cuando defendía a Licinio Murena, que había sido llevado a juicio por Catón, y se afanaba en superar a Hortensio, que había tenido éxito, no descansó nada la noche anterior y, agotado por la obsesión y el desvelo, se mostró inferior a como
5 era habitualmente[161]. Pues bien, entonces, en el juicio de Milón, cuando salió de la litera y vio que Pompeyo estaba sentado en lo alto, como en un campamento, y que las armas, formando un círculo, iluminaban el foro con su resplandor, se turbó y a duras penas logró comenzar su discurso, pues le temblaba el cuerpo y se le cortaba la voz. Milón, por el contrario, asistía al pleito confiado y sin temor, y había considerado indecoroso dejarse crecer el cabello y ponerse ropa oscura[162]: esto parece que fue la causa principal de su condena. Sin embargo, Cicerón, a causa de estos hechos, adquirió reputación de preocuparse de sus amigos más que de cobarde.

---

[161] L. Licinio Murena había sido acusado por Catón de recurrir al soborno en los comicios consulares para el año 62 a.C. Fue defendido por Craso, Hortensio y Cicerón y fue absuelto. *Cf.* PLUT., *Catón el Joven* 21, 3-8. El discurso *En defensa de Murena* es uno de los más brillantes de Cicerón pero, dado el sorprendente juicio de Plutarco, es posible que lo que conocemos sea una redacción posterior que mejoraba el discurso que realmente se pronunció.

[162] Sobre el aspecto que debían presentar los acusados, *cf.* 30, 6.

Llegó a ser también uno de los sacerdotes a los que los ro- 36
manos llaman augures[163] en el puesto de Craso el joven tras su
muerte en lucha con los partos[164]. Luego le tocó en suerte el
gobierno de la provincia de Cilicia[165] con un ejército de doce
mil infantes y mil seiscientos jinetes y se embarcó con el encar-
go de procurarle al rey Ariobarzanes la buena disposición y
obediencia de Capadocia. Esto concretamente lo consiguió y lo 2
solventó de forma irreprochable, sin ninguna guerra; y en cuan-
to a los cilicios, al verlos excitados por el fracaso de los roma-
nos ante los partos y por la revuelta de Siria[166], los calmó go-
bernando con suavidad. No aceptó regalos aunque fueran reyes 3
quienes se los ofrecían, y a los habitantes de la provincia los
eximió de organizar banquetes; en cambio, él invitaba cada día
a comer a gente distinguida no con lujos, pero sí con generosidad.
Su casa no tenía portero y nadie lo vio nunca acostado, sino 4
que desde el amanecer recibía a quienes iban a saludarlo, de
pie o paseando delante de su dormitorio. Se dice que no hizo 5
azotar a nadie con varas ni desgarrarle los vestidos y que no
profirió insultos arrastrado por la cólera ni impuso un castigo
con violencia. Cuando descubrió que una gran suma de dinero
público había sido sustraída, procuró la prosperidad de las ciu-
dades con la devolución del dinero, pero a los que lo devolvían,
les mantuvo sus derechos civiles sin que sufrieran ningún otro
castigo[167]. Emprendió también una guerra y derrotó a los bandi- 6
dos que habitaban en los alrededores del Amano[168], y por esta

[163] En el 53 a. C.

[164] En la batalla de Carras, cuando combatía contra los partos junto a su padre. *Cf.* PLUT., *Craso* 25-26.

[165] En el 51 a. C., en calidad de procónsul.

[166] Probablemente se trate de una sublevación de los judíos tras el desastre romano en Carras.

[167] Sobre todo esto, *cf.* CIC., *A Ático* VI, 2, 4-6.

[168] El monte Amano estaba en el macizo del Tauro y separaba Cilicia de Siria.

acción fue aclamado como *imperator*[169] por los soldados. Cuan-
do el orador Celio[170] le pidió que le enviara panteras a Roma
desde Cilicia para un espectáculo, jactándose de sus logros le
escribió que no había panteras en Cilicia, pues habían huido a
Caria, indignadas de ser las únicas a las que se combatía mien-
7 tras todos los demás disfrutaban de la paz[171]. Cuando regresaba
de su provincia, primero arribó a Rodas, y luego le agradó pasar
un tiempo en Atenas por la añoranza de sus antiguos estudios
allí. Estuvo con los hombres más destacados por su cultura, sa-
ludó a sus amigos y compañeros y, tras recibir de Grecia las
muestras de admiración que merecía, volvió a su ciudad[172], don-
de la situación, como si padeciera una inflamación, se precipi-
taba a una guerra civil.

37 Por eso, cuando en el senado estaban votando concederle un
triunfo, dijo que le gustaría más estar en el cortejo de un triunfo
de César una vez que se hubiera alcanzado un acuerdo. Ofrecía
consejos en privado escribiéndole muchas cartas a César y tam-
bién haciéndole muchos ruegos a Pompeyo, y así trataba de
2 apaciguar y calmar a uno y a otro[173]. Pero cuando ya no había
remedio y Pompeyo, ante el avance de César, no esperó sino
que dejó la ciudad junto con muchos hombres de valía, Cicerón
no participó en la huida y dio la impresión de que se adhería a
César[174]. Es evidente que en su ánimo se sentía arrastrado en las

---

[169] Con este título honorífico saludaban los soldados a su general después de una victoria. Tal título era adoptado especialmente por los procónsules en las provincias.

[170] M. Celio Rufo era edil en el 50 a. C.

[171] *Cf.* Cic., *A los familiares* II, 11, 2.

[172] El 4 de enero del 49 a. C.

[173] Plutarco expone con detalle la situación de Roma en estos momentos en *César* 28-31, 2.

[174] Cicerón no se encontraba dentro de la ciudad, sino que esperaba fuera del *pomerium* con objeto de celebrar el triunfo, que, por cierto, no llegó a cele-

dos direcciones y estaba indeciso. En efecto, escribe en sus car- 3
tas que no sabe hacia cuál de los dos dirigirse, porque Pompeyo
tiene un motivo glorioso y honorable para hacer la guerra, pero
César maneja mejor sus asuntos y es más capaz de salvarse a sí
mismo y a sus amigos; de manera que sabe de quién huir pero
no sabe hacia quién huir[175]. Un tal Trebacio, amigo de César, le 4
escribió en una carta que César pensaba que, ante todo, debía
estar de su lado y compartir sus esperanzas, pero que, si rehusa-
ba a causa de su edad[176], debía marcharse a Grecia y vivir allí
tranquilo manteniéndose al margen de ambos bandos. Cicerón,
asombrado de que no le hubiera escrito el propio César, respon-
dió airado que no haría nada indigno de su trayectoria política.
Eso es, desde luego, lo que está escrito en sus cartas[177].

En cuanto César partió hacia Iberia[178], Cicerón embarcó 38
para irse con Pompeyo; y mientras que todos los demás se ale-
graron de verlo, Catón lo amonestó en privado con severidad
por haberse adherido a Pompeyo, diciéndole que, en lo tocante
a sí mismo, no era honorable abandonar la posición política que
había escogido desde un principio; pero en cambio él, Cicerón,
que habría sido más útil para la patria y para los amigos si se
hubiese quedado en Roma sin tomar partido, adaptándose a los
acontecimientos, sin motivo ni necesidad se había convertido
en enemigo de César y había venido a tomar parte en un peligro
muy grande. Estos razonamientos hicieron que Cicerón cambia- 2

---

brarse. Pompeyo, después de declarar el estado de excepción *(decretum tumultus)*, se marchó de Roma ordenando a los senadores que lo siguieran y dijo que consideraría partidarios de César a quienes se quedaran. *Cf.* PLUT., *Pompeyo* 61, 6.

[175] *Cf.* PLUT., *Máximas de romanos* 205 C; CIC., *A Ático* VIII, 7, 2.

[176] En el 49 a. C., Cicerón tenía cincuenta y siete años.

[177] CIC., *A Ático* VII, 17, 3-4.

[178] *Cf.*, PLUT., *César* 36. Se mantiene en la traducción el nombre con el que Plutarco designa la Hispania romana.

ra su modo de pensar, y también el hecho de que Pompeyo no lo empleara en nada importante. Pero la culpa de esto la tenía él mismo, pues no negaba que estaba arrepentido, menospreciaba los preparativos de Pompeyo, le disgustaban profundamente sus decisiones, y no se abstenía de lanzar continuamente burlas y chistes contra sus compañeros; deambulaba sin cesar por el campamento sin reírse, con semblante hosco e intentando hacer
3 reír a otros, aunque no tuvieran ninguna gana. Mejor será ofrecer algunos ejemplos. Domicio[179] trataba de promover a un puesto de mando a una persona sin experiencia en la guerra y decía que era de carácter benigno y moderado, y Cicerón le preguntó: «¿Y por qué no lo guardas como tutor de tus hijos?».
4 Algunos estaban elogiando a Teófanes de Lesbos, que era prefecto de ingenieros, porque había sabido consolar a los rodios por la pérdida de su flota, y él exclamó: «¡Qué bien, tener un
5 griego de prefecto[180]!». César iba ganando en la mayoría de los enfrentamientos y, de alguna manera, los tenía asediados[181]; Léntulo dijo que se había enterado de que los amigos de César estaban tristes, a lo que contestó Cicerón: «¿Quieres decir que
6 son hostiles a César[182]?». Un tal Marcio acababa de llegar de Italia y decía que en Roma cundía el rumor de que Pompeyo estaba asediado, a lo que repuso: «Entonces ¿te hiciste a la mar
7 para asegurarte de eso viéndolo con tus propios ojos?». Después de la derrota, Nonio dijo que debían tener buenas esperanzas, pues habían quedado siete águilas en el campamento de Pompeyo, y Cicerón le replicó: «Nos darías buen ánimo si estu-

[179] L. Domicio Ahenobarbo había sido cónsul en el 54 a.C.

[180] Con esta exclamación, se da a entender que sólo es bueno para hablar. Teófanes de Mitilene era amigo y consejero de Pompeyo e historiador de sus campañas en Oriente.

[181] En Dirraquio. *Cf.* PLUT., *César* 39 1-11.

[182] *Cf.* PLUT., *Máximas de romanos* 205 D. L. Cornelio Léntulo Crus era cónsul en el 49 a.C.

viéramos luchando con grajos[183]». A Labieno, que, apoyándose 8
en ciertos oráculos, decía que Pompeyo debía ser vencedor, le
replicó: «Entonces ¿hemos perdido ahora el campamento por
una estratagema nuestra[184]?».

Pues bien, después de la batalla de Farsalia[185], en la que Ci- 39
cerón no participó debido a una enfermedad, y tras la huida de
Pompeyo, Catón, que disponía de un ejército numeroso y una
gran flota en Dirraquio[186], le pidió que asumiera el mando
conforme a la ley, dado que tenía preferencia por su dignidad
consular. Mas Cicerón lo rehusaba y se negaba por completo a 2
seguir en la campaña, por lo que le faltó poco para perder la vida,
pues Pompeyo el Joven y sus amigos lo tildaron de traidor y
desenvainaron las espadas; pero Catón se interpuso y a duras
penas logró llevárselo de allí y sacarlo del campamento[187]. De- 3
sembarcó en Brentesio y se quedó allí esperando a César, que se
retrasaba por sus ocupaciones en Asia y Egipto[188]. Cuando llegó 4
la noticia de que César había arribado a Tarento y desde allí se
dirigía por tierra a Brentesio, Cicerón corrió a su encuentro sin
carecer por completo de esperanza, pero con vergüenza de tener
que comprobar en presencia de mucha gente el talante de un
hombre que era su enemigo y vencedor. Sin embargo, no nece- 5
sitó hacer o decir nada contrario a su dignidad, pues César,
cuando vio que iba a su encuentro muy por delante de los de-
más, descabalgó, lo abrazó y prosiguió caminando muchos es-

[183] *Cf.* PLUT., *Máximas de romanos* 205 D. Las águilas a las que se refería Nonio eran las enseñas de las legiones.

[184] Tito Labieno, lugarteniente de César en la guerra de las Galias, se había pasado al bando de Pompeyo en enero del 49 a.C. *Cf.* PLUT., *César* 34, 5. *Pompeyo* 64, 5.

[185] Tuvo lugar el 9 de agosto del 47 a.C.

[186] *Cf.* PLUT., *Catón el Joven* 55, 1-2; *Pompeyo* 67, 3.

[187] *Cf.* PLUT., *Catón el Joven* 55, 4-6.

[188] *Cf.* PLUT., *César* 48, 1-2.

tadios conversando a solas con él. Desde entonces, no dejó de honrarlo y mostrarle su amistad, hasta el punto de que, cuando escribió la réplica al encomio de Catón que había escrito Cicerón, elogió la oratoria y la vida de Cicerón considerándolas
6 muy semejantes a las de Pericles y Terámenes[189]. El tratado de Cicerón se titula *Catón*, y el de César *Anticatón*[190].

Se cuenta también que, cuando Quinto Ligario fue procesado porque había sido uno de los enemigos de César y Cicerón se hizo cargo de su defensa, César dijo a sus amigos: «¿Qué nos impide oír hablar a Cicerón después de tanto tiempo, puesto que Ligario está juzgado ya desde hace mucho como malvado
7 y enemigo?». Pero como, desde que empezó a hablar, Cicerón producía una grandísima emoción y su discurso proseguía matizado por el patetismo y admirable por su elegancia, el rostro de César cambió muchas veces de color y manifestaba todas las conmociones que iba experimentando en su alma; y finalmente, cuando el orador mencionó la batalla de Farsalia, César fue presa de una gran turbación, su cuerpo comenzó a temblar y dejó caer de sus manos algunos documentos. Así que se sintió forzado a absolver al acusado[191].

40 Después de esto, Cicerón, en vista de que el Estado se había transformado en monarquía, dejó los asuntos públicos y dedicó su tiempo a los jóvenes que querían estudiar filosofía, y en gran

[189] La comparación con Pericles como gran orador y político es un cumplido. Además, es paralela a la comparación de Demóstenes con Pericles: *cf.* PLUT., *Demóstenes* 6, 5; 9, 2. En cambio, la comparación con Terámenes tiene doble intención: este político ejerció su actividad pública más destacada en Atenas entre el 411 y el 404/403 a. C. y se le puede considerar un moderado interesado en hallar soluciones a los graves problemas de su patria; pero sus contemporáneos lo llamaban «coturno» debido a su facilidad para cambiar de bando.

[190] *Cf.* PLUT., *César* 54, 3-6.

[191] A pesar de eso, Ligario no mostró ningún agradecimiento a César y siguió siendo su enemigo. *Cf.* PLUT., *Bruto* 11, 1.

medida por su trato con ellos, que eran del linaje más noble y
del primer rango, volvió a tener una influencia muy grande en
la ciudad. Su trabajo en este tiempo era escribir y traducir diá- 2
logos filosóficos y trasladar al latín cada uno de los términos de
la dialéctica y la física. Se dice que fue el primero que para los
romanos dio nombre a la imaginación, la suspensión del jui-
cio, el asentimiento, la comprensión, y también al átomo, lo
indivisible, el vacío[192], y a otras muchas nociones de ese tenor,
o el que se las ingenió más que ningún otro para hacérselas com-
prensibles y familiares, unas veces mediante metáforas y otras
mediante términos propios. Empleaba su facilidad para la poe- 3
sía como un entretenimiento[193]: se dice, por ejemplo, que cuan-
do se entregaba a tal ocupación, componía quinientos versos en
una noche[194].

La mayor parte de este tiempo la pasaba en su finca de Túscu-
lo[195] y escribía a sus amigos que llevaba la vida de Laertes, ya
fuera porque bromeaba, como tenía por costumbre, ya porque
seguía lleno de ambición por la política y se sentía desanimado
por la situación[196]. Bajaba a la ciudad raramente y con objeto 4
de cumplimentar a César, y era el primero entre los que propo-
nían otorgarle honores y rivalizaban en decir siempre algo nuevo

---

[192] En latín, respectivamente, *uisum, assensionis retentio, assensio atque approbatio, comprehensio, corpora individua* (átomo e indivisible), *inane / vacuum* (vacío).

[193] En cambio, en 40, 2, su dedicación a los diálogos filosóficos se considera un trabajo.

[194] *Cf.* 2, 3-5.

[195] En el Lacio, al sudeste de Roma. De este lugar toman el título las *Disputaciones tusculanas*, una de las obras de contenido filosófico a las que anteriormente se hace alusión.

[196] El anciano padre de Odiseo vivía lejos de la ciudad, retirado en el campo, mientras dominaban la ciudad hombres insolentes e insensatos *(hybristaí, atásthaloi): Odisea* XXIV 282.

para elogiar al personaje o sus acciones. Un ejemplo es lo que
dijo acerca de las estatuas de Pompeyo, que habían derribado y
quitado y César ordenó que las volvieran a erigir; y así se hizo.
5 Cicerón dijo, en efecto, que, con este gesto de benevolencia,
César erigía las estatuas de Pompeyo y consolidaba las suyas
propias[197].

41 Tenía el propósito, según se cuenta, de escribir la historia de
su patria jalonándola con muchos acontecimientos de la historia
de Grecia e incluyendo en la obra los relatos y mitos que había
reunido. Pero se lo impidieron numerosos asuntos, tanto priva-
dos como públicos, que él no había deseado, y también desgra-
cias de las que en gran medida, al parecer, él mismo fue respon-
2 sable. En primer lugar, repudió a su esposa Terencia[198] porque
no había recibido atención suya durante la guerra, hasta el pun-
to de que incluso le faltaron recursos necesarios para su viaje, y
ni siquiera cuando arribó de nuevo a Italia la encontró solícita.
3 Ella no fue a Brentesio, aunque él pasó allí mucho tiempo, y
cuando fue su hija, una muchacha joven[199], haciendo un viaje
tan largo, no le proporcionó la escolta apropiada ni recursos;
por el contrario, había dejado la casa de Cicerón desprovista y
vacía de todo, además de incurrir en numerosas e importantes
deudas. Éstas son las razones más apropiadas aducidas para el
4 divorcio. Pero Terencia las negaba, y el propio Cicerón le sumi-
nistró una brillante defensa cuando, no mucho tiempo después,
se casó con una doncella; según aseveraba Terencia, enamorado
de su lozanía, pero según ha escrito Tirón, liberto de Cicerón[200],
5 fue a causa de su fortuna para poder saldar sus deudas. La mucha-
cha, en efecto, era muy rica, y Cicerón, que había sido desig-

197 *Cf.* PLUT., *César* 57, 6; *Máximas de romanos* 205 E.

198 Sobre ella, *cf.* 8, 3; 20, 2-3; 29, 2-4; 30, 4.

199 Tulia había cumplido ya los treinta años y se había casado tres veces.

200 Autor de una biografía de Cicerón.

nado heredero fiduciario, tenía la custodia de sus bienes. Pero como debía muchas decenas de miles de dracmas, se dejó persuadir por sus amigos y parientes para casarse con la chica a pesar de su edad y librarse de los acreedores empleando los bienes de ella[201]. Antonio, cuando menciona el matrimonio en las 6
réplicas a las *Filípicas*, dice que echó de casa a una mujer a cuyo lado había envejecido, y al mismo tiempo se burla con gracia de la afición de Cicerón a estar en casa como propia de alguien no apto para la actividad pública y militar. No mucho 7
tiempo después de su boda, murió su hija de parto en casa de Léntulo, pues se había casado con éste después de la muerte de Pisón, su anterior marido[202]. Los amigos acudieron de todas partes a consolar a Cicerón, pues su sufrimiento por lo ocurrido era tan excesivo que incluso repudió a la mujer con la que se había casado, porque le dio la impresión de que se había alegrado de la muerte de Tulia.

Así que ésta era la situación familiar de Cicerón. En cuanto 42
a la conspiración que se estaba concertando contra César, no tomó parte en ella, a pesar de que era de los mejores amigos de Bruto y daba la impresión de que a él más que a nadie le disgustaba el estado en que se encontraban los asuntos públicos y echaba de menos la antigua situación. Pero los conspiradores 2
recelaban de su naturaleza, que consideraban carente de audacia, y de su edad, en la cual incluso a las naturalezas más fuertes les falta el valor[203]. En todo caso, cuando la acción de Bruto, 3

---

201 Cuando se casó con ella en el 46 a. C., Cicerón tenía sesenta años.

202 Tras la muerte de Calpurnio Pisón Frugi, Tulia se casó con Furio Crasipes y, después de divorciarse de éste, se casó con P. Cornelio Léntulo Dolabela, del que también se divorció estando ya embarazada.

203 Es un tema recurrente la consideración como un problema de la edad avanzada de Cicerón, autor de un tratado *Sobre la vejez* en el que diserta sobre las ventajas de dicha edad. *Cf.* también el capítulo precedente y 37, 4.

Casio y los suyos ya se había llevado a cabo[204] y los partidarios de César estaban concertados contra ellos, se temió que la ciudad cayera de nuevo en una guerra civil. Antonio, que era cónsul, reunió el senado y habló brevemente de concordia[205], pero Cicerón, de forma apropiada para la ocasión, hizo un largo discurso y convenció al senado de que, imitando a los atenienses[206], decretara una amnistía para los que habían atentado contra César y asignara el gobierno de unas provincias a Casio,
4 Bruto y los suyos. Pero ninguna de estas medidas se cumplió, pues el pueblo, que ya por sí mismo se sentía arrastrado a la compasión, cuando vio el cadáver transportado a través del foro y cuando Antonio les mostró la ropa empapada en sangre y llena de agujeros por las puñaladas, enloqueció de cólera, organizó una búsqueda de los conspiradores por el foro y, con antorchas encendidas, corrió a sus casas con el propósito de
5 incendiarlas[207]. Ellos habían tomado precauciones y consiguieron escapar de este peligro pero, como esperaban otros muchos y grandes peligros, abandonaron la ciudad[208].

43 Antonio, entonces, se creció y, como pensaban que iba a asumir la monarquía, era temido por todos y sobre todo por Cicerón. Pues como veía que la influencia de Cicerón en la política resurgía y sabía que era amigo de Bruto y sus partida-
2 rios, le disgustaba su presencia. Además, seguramente recela-

[204] El asesinato de César tuvo lugar en los Idus de marzo del 44 a. C. durante una reunión del senado en la curia. *Cf.* PLUT., *César* 66. Casio Longino y M. Junio Bruto eran pretores ese año.

[205] *Cf.* PLUT., *Antonio* 14, 3-4. M. Antonio era cónsul con César en el 44 a. C. y, tras la muerte de éste, con Dolabela.

[206] Alusión a la amnistía decretada en Atenas el 403 a. C. para restaurar la democracia sobre la base de la reconciliación tras el derrocamiento del régimen de los treinta tiranos.

[207] *Cf.* PLUT., *Antonio* 15, 6-8.

[208] *Cf.* PLUT., *Antonio* 15, 1; *César* 68, 7; *Bruto*, 21, 1.

ban ya el uno del otro con anterioridad por la desigualdad[209] y la diferencia de sus formas de vida[210]. Precisamente por temor 3
de eso, Cicerón se dispuso a zarpar hacia Siria como legado de Dolabela[211]. Pero cuando los que iban a suceder a Antonio en el consulado, Hircio y Pansa[212], hombres probos y fieles seguidores de Cicerón, le rogaron que no los abandonara con la promesa de derribar a Antonio si él se quedaba, Cicerón, sin desconfiar ni confiar del todo en ellos, se despidió de Dolabela. Acordó con Hircio y su colega que pasaría el verano en Atenas y regresaría una vez que ellos accedieran al cargo, y después se
hizo a la mar él solo. Pero se retrasó la travesía[213] y nuevos 4
informes, como suele suceder, llegaron de Roma: que Antonio había experimentado un cambio sorprendente y actuaba siguiendo una política de apoyo total al senado, y que a los asuntos públicos sólo les faltaba la presencia de Cicerón para encontrarse en su mejor disposición. Él se reprochó su excesi-
va precaución y de nuevo tomó el camino de vuelta a Roma. 5
En sus expectativas iniciales no quedó decepcionado: tan grande era la multitud de gente que, por la alegría que sentían y porque lo echaban de menos, salió a su encuentro, y los saludos

[209] La edición de FLACELIÈRE-CHAMBRY, de la colección Les Belles Lettres, seguida para esta traducción, presenta aquí la lectura *anamoiótēta*, evidentemente una errata por *anomoiótēta*.

[210] Sobre el género de vida de Antonio, que, además de ser un destacado militar, era gastoso, aficionado a la comida y la bebida y mujeriego, *cf.* la biografía que Plutarco le dedica, y en especial el capítulo 24 de la misma. Plutarco le contrapone la sobriedad de Cicerón, como se puede ver en algunos pasajes de la biografía de éste, en concreto 8, 4 y 36, 3-4.

[211] P. Cornelio Dolabela había sido yerno de Cicerón. Sucedió a César en el consulado y obtuvo Siria como provincia. Tiempo atrás, Cicerón también había proyectado hacerse legado de César para huir de otro enemigo político, Clodio: *cf.* 30, 3.

[212] En el 43 a.C. fueron cónsules A. Hircio y L. Vibio Pansa Cetroniano.

[213] Por causa de vientos contrarios.

y parabienes a la puerta y en la entrada de su casa duraron casi
6 un día. Al día siguiente, Antonio reunió el senado y convocó a Cicerón, quien, en lugar de acudir, se quedó acostado con la excusa de que se encontraba mal por el cansancio. Pero la verdad, al parecer, era el miedo a una celada causado por una sos-
7 pecha y delación que había recibido en el camino. Antonio se irritó por la calumnia y envió unos soldados con la orden de llevarlo o de incendiar su casa, pero muchos se opusieron e intercedieron, y Antonio accedió a sus ruegos sólo tras tomarle
8 bienes en prenda[214]. En lo sucesivo, continuaron manteniendo un enfrentamiento sordo y vigilándose, hasta que el joven César llegó de Apolonia[215], tomó la herencia del célebre César y entró en disputa con Antonio por los veinticinco millones de dracmas que éste retenía de la misma[216].

44 Por este motivo, Filipo, que era el marido de la madre del joven César, y Marcelo, que era el marido de la hermana[217], fueron con el joven a ver a Cicerón y acordaron que éste le prestaría ante el senado y ante el pueblo el poder de su elocuencia y su influencia política, y él le proporcionaría a Cicerón la seguridad procedente de sus riquezas y de las armas: en efecto, el muchacho tenía ya en torno a él a no pocos de los que habían

[214] Para obligar a un senador a acudir al senado, los cónsules podían coger en prenda objetos de su casa para obligarlo a ir o imponerle una multa.

[215] Gayo Octavio, el futuro Augusto, tenía entonces diecinueve años. Hijo de una sobrina de Julio César, había sido adoptado por éste y por ese motivo tomó el nombre de C. Julio César Octaviano. En los Idus de marzo se encontraba estudiando en Apolonia, en Iliria y, al enterarse de la muerte de César, cruzó a Italia para hacerse cargo de su herencia y la sucesión.

[216] Calpurnia, la viuda de César, confió a Antonio los cuatro mil talentos que tenía en la casa, que equivalen a veinticuatro millones de dracmas o denarios; Plutarco redondea la cifra. *Cf.* PLUT., *Antonio* 15, 1.

[217] L. Marcio Filipo era el segundo marido de Atia, que en un matrimonio anterior había tenido a Octavio. C. Claudio Marcelo era el marido de Octavia, hermana de Octavio.

militado con César[218]. Se pensaba que había una causa todavía 2
mayor para que Cicerón aceptara gustosamente la amistad con
el joven César. Según parece, cuando todavía vivían Pompeyo y 3
César, Cicerón soñó que alguien llamaba a los hijos de los sena-
dores al Capitolio, diciéndoles que Júpiter iba a designar a uno
de ellos como jefe de Roma. Los ciudadanos, corriendo apresu-
radamente, se situaron alrededor del templo, y los niños, vesti-
dos con la toga pretexta, se sentaron en silencio. Cuando las 4
puertas se abrieron de repente, los niños fueron levantándose
uno a uno y pasando alrededor del dios, que los examinaba a
todos y los despedía entristecidos. Pero cuando éste se estaba
acercando, el dios extendió el brazo derecho y dijo: «Romanos,
el fin de vuestras guerras civiles llegará cuando éste sea vuestro
jefe». Dicen que, tras ver la imagen del niño en sueños, Cicerón 5
la retuvo grabada con claridad, pero no lo conocía personalmen-
te. Al día siguiente, cuando él bajaba al Campo de Marte, volvían
los niños después de haber realizado ya sus ejercicios y entonces
lo vio Cicerón por primera vez, tal como lo había visto en el
sueño. Atónito, preguntó quiénes eran sus padres. Su padre 6
era Octavio, un hombre no demasiado relevante, y su madre era
Atia, sobrina de César[219]. Por eso César, como no tenía hijos
propios, le legó a él en su testamento sus bienes y el nombre
familiar[220]. Dicen que desde entonces Cicerón se dirigía a él con 7
deferencia cuando se encontraban y que el niño acogía con gus-
to sus atenciones, pues además se daba la casualidad de que ha-
bía nacido cuando era cónsul Cicerón[221].

[218] *Cf.* PLUT., *Antonio* 16, 6.

[219] C. Octavio pertenecía a una familia rica del orden ecuestre, y había sido cuestor, pretor y también gobernador de Macedonia. En cuanto a Atia, era hija de Atio Balbo y de Julia, la hermana de César.

[220] César le dejó en herencia las tres cuartas partes de su fortuna y además lo hizo su hijo adoptivo.

[221] El 23 de septiembre del 63 a.C.

45 Éstas eran, tal vez, las razones que se aducían; pero fue el odio a Antonio en primer lugar, y luego su naturaleza anhelante de honores, lo que atrajo a Cicerón al bando de César[222], pues
2 pensaba que añadía el poder de aquél a su prestigio político. De hecho, el joven ponía tanto empeño en ganárselo que incluso lo llamaba padre. Sumamente irritado por eso, Bruto la emprendió con Cicerón en sus cartas a Ático, y decía que era evidente que, al cortejar a César por miedo a Antonio, no trataba de conseguir la libertad de la patria, sino que se estaba procurando un amo
3 benévolo para sí mismo. Sin embargo, Bruto se hizo cargo del hijo de Cicerón, que estaba estudiando con los filósofos en Atenas[223], y lo promovió a puestos de mando, y obtuvo muchos
4 éxitos sirviéndose de él[224]. El poder de Cicerón en la ciudad alcanzó entonces su apogeo y, como tenía tanto dominio como quería, consiguió imponerse a la facción de Antonio y expulsarlo de la ciudad, envió a los dos cónsules, Hircio y Pansa, para que lucharan con él, y convenció al senado de que otorgara por decreto a César líctores y la insignia de la pretura, alegando que
5 combatía por la patria[225]. Tras la derrota de Antonio, muertos los dos cónsules a consecuencia de la batalla[226], las fuerzas se agruparon bajo el mando de César, y el senado, temeroso de un hombre joven que tenía una suerte deslumbrante, intentó apartar de él las tropas mediante honores y donaciones y quitarle el poder aduciendo que no necesitaba defensores, ya que Anto-

---

[222] A partir de aquí, Plutarco se refiere siempre a Octavio con el nombre de César.

[223] *Cf.* 24, 8.

[224] *Cf.* PLUT., *Bruto* 26, 4.

[225] Cicerón realizó estas propuestas en su *Quinta Filípica* en enero del 43 a.C. Octavio fue con los cónsules a la campaña contra Antonio. *Cf.* PLUT., *Antonio* 17, 1.

[226] Se trata de la batalla de Módena, en abril del 43 a.C. Hircio murió en la misma, y Pansa poco después a consecuencia de las heridas.

nio había huido. Entonces César sintió miedo y, en secreto, en-
vió a Cicerón agentes que le rogaran y persuadieran de que in-
tentara conseguir el consulado para los dos juntos, pues, una
vez que hubiera accedido al cargo, manejaría los asuntos públi-
cos de la forma que él por su cuenta decidiera y dirigiría al
joven, ya que éste sólo anhelaba renombre y gloria. El propio 6
César reconoce[227] que fue por miedo al licenciamiento de las
tropas y por el peligro de quedarse indefenso por lo que, en
ese momento de necesidad, se aprovechó del amor al poder que
tenía Cicerón y lo persuadió para que solicitara el consulado, y
así él le prestaría su colaboración y apoyaría su candidatura[228].

Fue entonces, sobre todo, cuando Cicerón, un viejo, se dejó 46
arrastrar y engañar por un joven: apoyó su candidatura y le en-
tregó el senado, por lo que inmediatamente fue denostado por
sus amigos, y poco después él se dio cuenta de que había causa-
do su propia perdición y había traicionado la libertad del pue-
blo. En efecto, el joven, una vez que se hizo poderoso y obtuvo 2
el consulado[229], se deshizo de Cicerón y, tras asociarse con An-
tonio y Lépido[230] y unir sus fuerzas a las de ellos, se repartieron
el imperio como si fuera una propiedad cualquiera[231]. Hicieron
una lista de más de doscientos hombres que tenían que morir[232].
El mayor conflicto de sus discusiones lo produjo la proscrip- 3
ción de Cicerón, pues Antonio se negaba a un acuerdo a menos
que Cicerón fuera el primero en morir, Lépido apoyaba a Anto-

[227] Seguramente en sus *Memorias*, dedicadas a Agripa y Mecenas, que Plutarco cita más adelante, en 52, 1.

[228] Acerca de la propuesta de Octavio a Cicerón sobre el consulado, y la conformidad de éste, *cf.* APIANO, *Guerras civiles* III 82. DIÓN CASIO, XLVI 42, 2.

[229] En agosto del 43 a. C. Su colega no fue Cicerón, sino Q. Pedio.

[230] M. Emilio Lépido, cónsul con César en el 46 a. C.

[231] Se trata del segundo triunvirato, constituido a finales de noviembre del 43 a. C.

[232] En PLUT., *Antonio* 20, 2, se dice que fueron trescientos.

4 nio y César les hacía frente a ambos. Tuvieron los encuentros a *solas y en secreto durante* tres días cerca de la ciudad de Bononia[233], en un lugar rodeado por un río y alejado de los campa-
5 mentos. Se dice que César luchó por Cicerón los primeros días pero que, al tercero, cedió y lo abandonó. Se hicieron los siguientes intercambios: César tenía que entregar a Cicerón, Lépido a su hermano Paulo y Antonio a Lucio César, que era tío
6 suyo por parte de madre[234]. Hasta tal punto quedaron privados de la razón humana a causa de la ira y la rabia; o más bien, mostraron que no existe animal más salvaje que el hombre cuando une el poder a la pasión[235].

47 Mientras sucedía todo esto, Cicerón se encontraba en unos campos de su propiedad en Túsculo[236] en compañía de su hermano. Cuando se enteraron de las proscripciones, decidieron trasladarse a Astura, a una finca que poseía Cicerón en la costa[237], y desde allí hacerse a la mar para encontrarse con Bruto en Macedonia, pues corría el rumor de que se había hecho fuerte
2 allí[238]. Se hicieron transportar en literas, agotados por la congoja, y en el camino se iban parando y, acercando las literas, se
3 lamentaban el uno con el otro. Quinto era el que estaba más angustiado y meditaba sobre su falta de recursos: no había tenido tiempo de coger nada de su casa, y además las provisiones que llevaba Cicerón eran muy exiguas; así que lo mejor era que Cicerón tomara la delantera en la huida y él lo siguiera después
4 a toda prisa tras coger lo necesario de su casa. Eso fue lo que decidieron, se abrazaron entre lamentos y se separaron. Quinto,

---

[233] La actual Bolonia.

[234] Paulo y Lucio César lograron huir. Este último era hermano de la madre de Antonio, Julia, y gracias a ésta salvó la vida: *cf.* PLUT., *Antonio* 20, 5.

[235] Para todo esto, *cf.* también PLUT., *Antonio* 19.

[236] Véase 40, 3 y nota.

[237] En la costa del mar Tirreno, al sureste de Antium.

[238] *Cf.* PLUT., *Bruto* 25 ss.

no muchos días después, fue entregado por sus esclavos a quie-
nes lo estaban buscando y le dieron muerte junto con su hijo. En
cuanto a Cicerón, tras llegar a Astura, encontró una nave y
embarcó en seguida y fue navegando a lo largo de la costa con
viento favorable hasta Circeo[239]. Aunque los pilotos querían 5
zarpar de allí en seguida, Cicerón, ya fuera por miedo del mar,
ya porque todavía no había perdido por completo la confianza
en César, desembarcó y recorrió por tierra cien estadios como si
se dirigiera a Roma. Pero lleno de inquietud y cambiando de 6
parecer, de nuevo bajó al mar en dirección a Astura. Pasó allí la
noche sumido en una terrible confusión, y hasta se le ocurrió
deslizarse furtivamente en casa de César y matarse sobre su
hogar y así lanzar contra él un espíritu vengador. Pero el miedo 7
a las torturas lo disuadió también de este proceder y, con la
mente llena de intenciones confusas y contradictorias, confió su
persona a sus esclavos para que lo condujeran por mar hasta
Gaeta, pues allí tenía tierras y un apacible refugio de verano
cuando el soplo de los etesios es más agradable[240]. El lugar tiene 8
también un templo de Apolo muy próximo al mar. Desde allí
levantó el vuelo una bandada de cuervos y, entre graznidos, se
lanzó sobre el barco de Cicerón cuando lo acercaban a tierra
con los remos; agolpados en ambos lados de la antena, unos
graznaban y otros picoteaban las puntas de las cuerdas, y a to-
dos les parecía que era un mal presagio. En todo caso, Cicerón 9
desembarcó, entró en la villa y se acostó para descansar. La
mayoría de los cuervos se posó en la ventana graznando con
estrépito y uno de ellos descendió hasta el lecho donde Cicerón
yacía con la cabeza tapada y, con el pico, le fue apartando poco
a poco el manto de la cara. Los esclavos, al verlo, se hicieron 10

[239] Un promontorio en la costa del mar Tirreno, entre Astura y Gaeta.

[240] Los etesios (literalmente, «anuales») eran vientos del noroeste que soplaban durante el verano.

reproches entre ellos por quedarse esperando a ser espectadores del asesinato de su amo mientras los animales acudían a ayudarle y se preocupaban por la situación en la que se encontraba sin merecerlo, y ellos, en cambio, no lo protegían. Así que, en parte con ruegos y en parte cogiéndolo a la fuerza, lo transportaron en litera en dirección al mar.

48 Entretanto llegaron sus verdugos: un centurión, Herenio, y
Popilio, un tribuno militar al que en otro tiempo había defendido
Cicerón de una acusación de parricidio, junto con unos ayudan-
2 tes. Al encontrar cerradas las puertas, las echaron abajo. Cicerón
no aparecía y los que estaban en la casa decían que no sabían
dónde estaba, pero, según se cuenta, un muchacho al que Cicerón
había instruido en la literatura y las ciencias, un liberto de su her-
mano Quinto que se llamaba Filólogo, le dijo al tribuno que lle-
vaban su litera por los caminos sombreados con árboles en direc-
3 ción al mar. Entonces el tribuno tomó consigo unos pocos hombres
y corrió hacia la salida dando un rodeo mientras Herenio se lan-
zaba a la carrera por los caminos, y cuando Cicerón lo oyó acer-
4 carse, ordenó a sus esclavos que dejaran allí mismo la litera. Él,
cogiéndose la barbilla con la mano izquierda, como acostumbra-
ba, se quedó mirando fijamente a sus verdugos, con el cabello
revuelto y el rostro cubierto de polvo y desencajado por la inquie-
tud, de manera que la mayoría se tapó los ojos cuando Herenio lo
5 degolló. Fue degollado cuando alargó el cuello fuera de la litera.
6 Tenía sesenta y cuatro años[241]. Por orden de Antonio, le cortaron
la cabeza y las manos con las que había escrito las *Filípicas*[242].
Así es, en efecto, como Cicerón había titulado sus discursos con-
tra Antonio y de esa manera se siguen llamando hasta hoy.

---

[241] Murió el 7 de diciembre del 43 a. C. y había nacido el 3 de enero del 106 a. C.

[242] La cabeza y la mano derecha según Plut., *Antonio* 20, 3. Respecto a las *Filípicas*, *cf.* 24, 6 y nota.

Cuando los miembros de Cicerón fueron llevados a Roma, se 49
dio la coincidencia de que Antonio estaba celebrando elecciones
y, cuando oyó la noticia y los vio, proclamó a voces que en ese
momento se terminaban las proscripciones. Ordenó que la cabeza 2
y las manos se pusieran en la tribuna encima de los rostros[243]: es-
pectáculo estremecedor para los romanos porque pensaban que
estaban viendo no el rostro de Cicerón, sino la imagen del alma de
Antonio[244]. La única decisión apropiada que tomó en este asunto
fue que puso a Filólogo en manos de Pomponia, la mujer de
Quinto. Ésta, convertida en dueña de su persona, le infligió terri- 3
bles castigos, y en concreto le obligó a cortarse sus propias carnes
en trozos pequeños, asarlos y luego comérselos. Así lo han relata- 4
do algunos historiadores; pero Tirón, el liberto del propio Cice-
rón, ni siquiera menciona en absoluto la traición de Filólogo[245].

Me he enterado[246] de que, mucho tiempo después, César entró 5
en casa de uno de sus nietos; éste, como tenía un libro de Cice-
rón en sus manos, se asustó e intentó taparlo con el manto, pero
César, que lo había visto, cogió el libro y, de pie como estaba,
leyó un largo pasaje y, cuando se lo devolvió al muchacho, le dijo:
«Un hombre sabio, hijo, sabio y amante de su patria». Cierta- 6
mente, en cuanto César consiguió vencer a Antonio, eligió al hijo
de Cicerón como colega suyo[247] y, durante su consulado, el sena-

---

[243] La tribuna recibía también el nombre de *rostra* porque estaba decorada con proas de naves capturadas a los enemigos.

[244] *Cf.* PLUT., *Antonio* 20, 1-4.

[245] Está claro que Plutarco obtuvo mucha información de la biografía escrita por Tirón pero, como es evidente, para estos hechos se sirvió también de otras fuentes.

[246] El verbo *pynthánomai* puede indicar que Plutarco ha conocido una tradición oral.

[247] Octavio entró en Alejandría en agosto del 30 a. C. Ese mismo año, poco después, el hijo de Cicerón accedió al consulado como *consul suffectus*, es decir, en sustitución de otro que había muerto.

do mandó quitar las estatuas de Antonio, anuló todos sus otros honores y además decretó que ninguno de los Antonios tuviera el nombre de Marco. De esta manera concedió la divinidad a la familia de Cicerón el cumplimiento del castigo de Antonio.

COMPARACIÓN DE DEMÓSTENES Y CICERÓN

50 (1) Pues bien, éstos son los episodios dignos de memoria que han llegado a nuestro conocimiento, de lo transmitido por los
2 historiadores sobre Demóstenes y Cicerón. Aunque me he abstenido de comparar el estilo de su oratoria[248], hay algo que, creo, no puedo dejar de decir, y es que Demóstenes aplicó a la oratoria toda la habilidad retórica que poseía por naturaleza o por entrenamiento, y superaba en viveza y eficacia[249] a quienes se medían con él en los debates y en los procesos, en majestuosidad y elevación a los oradores de aparato y en precisión y destreza a los
3 sofistas. Cicerón, por su parte, llegó a poseer gran cantidad y variedad de conocimientos por su afición al estudio y ha dejado no pocos tratados de carácter propiamente filosófico al estilo de la Academia, y además, incluso en sus discursos escritos para los procesos y para los debates políticos, es evidente que quiere ha-
4 cer cierta exhibición de su conocimiento de la literatura. Es posible, también, distinguir el carácter de cada uno en su oratoria. En efecto, la de Demóstenes, desprovista de todo tipo de gracia y de humor, concentrada en la eficacia y la seriedad, no huele a mecha de lámpara, como decía Piteas en son de burla[250], sino a

[248] *Cf.* PLUT., *Demóstenes* 3, 1.

[249] Esta cualidad *(deinótēs)*, sin embargo, se la atribuye Plutarco a Foción (siguiendo un testimonio de Polieucto de Esfeto) cuando compara su oratoria con la de Demóstenes: *cf.* PLUT., *Foción* 5, 5.

[250] *Cf.* PLUT., *Demóstenes* 8, 4.

beber agua, a meditaciones y a su referido temperamento amargo y sombrío[251]. Cicerón, en cambio, por su afición a la burla, a menudo se dejaba arrastrar hasta la bufonada, y en los procesos descuidaba el decoro cuando, buscando lo que le convenía, trataba irónicamente, entre risas y bromas, asuntos que requerían seriedad. Como cuando dijo en su defensa de Celio: «No hace nada extraño si, entre tanto lujo y fastuosidad, se entrega a los placeres, pues no gozar de lo que se puede es una locura, sobre todo cuando los filósofos más ilustres sitúan la felicidad en el
placer[252]». Se cuenta también que, cuando Catón llevó a juicio a 5
Murena, Cicerón, que era cónsul, lo defendió y, a causa de Catón, dirigió muchas burlas a la escuela estoica por sus opiniones absurdas llamadas paradojas; y, al extenderse las carcajadas de los asistentes a los jueces, Catón les dijo con una leve sonrisa a los que estaban sentados a su lado: «Señores, ¡qué gracioso es el
cónsul que tenemos[253]!». Parece que Cicerón era por naturaleza 6
propenso a la risa y burlón, y el semblante que ofrecía era sonriente y sereno. En el de Demóstenes, en cambio, predominaba siempre cierta seriedad y no abandonaba con facilidad la expresión pensativa y de preocupación. Por eso sus enemigos, como él mismo cuenta[254], lo llamaban explícitamente arisco e intratable.

Además todavía se puede observar en sus obras que uno se 51 (2)
dedicaba elogios a sí mismo, con mesura y sin hacerse insoportable, cuando lo necesitaba para un fin más importante y en los demás casos era circunspecto y modesto. Por el contrario, la desmesurada jactancia de Cicerón en sus discursos revelaba un incontenible deseo de gloria, y llegaba a proclamar que las ar-

[251] *Cf.* más abajo, 50, 6.

[252] Cita inexacta de Cic., *En defensa de Celio* 17, 41.

[253] *Cf.* Plut., *Catón el Joven* 21, 7-8.

[254] *Segunda Filípica* 30. El motivo por el que lo llaman así, dice Demóstenes, es que bebe agua.

mas deben ceder a la toga y el laurel del triunfo a la palabra[255].
2 Por último, no sólo elogiaba sus obras y sus acciones sino también los discursos que había pronunciado o escrito, como si estuviera intentando competir, con entusiasmo juvenil, con los maestros de retórica Isócrates y Anaxímenes[256] y no pretendiendo dirigir y llevar por el camino recto al pueblo romano,

guerrero irresistible de fuerte armamento, destructor de sus enemigos[257].

3 Ciertamente, es necesario que el gobernante ejerza su autoridad mediante la palabra, pero es innoble que desee y anhele la gloria procedente de la palabra. Por tanto, en esto Demóstenes es más respetable y más noble porque declara que su fuerza no consiste más que en cierta experiencia y necesita de mucha benevolencia por parte de sus oyentes[258], y considera viles y vulgares (que es lo que son) a quienes se envanecen con eso.

52 (3) Es cierto que los dos tuvieron igual talento para hablarle al pueblo y para la política, hasta el punto de que incluso quienes tenían el control de las armas y de los campamentos los necesitaban: Cares, Diopites y Leóstenes[259] a Demóstenes, y Pompeyo y el joven César a Cicerón, como el propio César ha dejado di-
2 cho en las *Memorias* que dedica a Agripa y Mecenas. Pero lo que, según se cree y se dice, muestra mejor y pone a prueba el

---

[255] Conocido verso de Cicerón: «cedant arma togae: concedat laurea linguae». *Cf.* Cic., *Contra Pisón* 72, 75.

[256] Isócrates y Anaxímenes de Lámpsaco.

[257] Plutarco atribuye a Esquilo este verso en *Sobre la fortuna o la virtud de Alejandro* 334 E, y también lo cita en *Sobre la fortuna de los romanos* 317 E y *Charlas de sobremesa* 640 A.

[258] Plutarco piensa en Demóst., *Sobre la corona* 277.

[259] Sobre estos tres generales atenienses contemporáneos de Demóstenes, *cf.*, por ejemplo, Plut., *Foción* 7, 5.

carácter de un hombre es el poder y el mando, que agita todas
las pasiones y pone al descubierto todos los defectos[260], y eso
Demóstenes no lo tuvo y no pudo ofrecer de sí mismo una prue-
ba de tal clase, pues no ejerció ningún cargo importante y ni
siquiera estuvo al mando de la fuerza que él mismo reunió con-
tra Filipo. Cicerón, en cambio, fue enviado como cuestor a Si- 3
cilia y como procónsul a Cilicia y Capadocia[261]. En un tiempo
en el que el amor a la riqueza estaba en su apogeo y quienes
eran enviados como pretores y gobernadores, al considerar el
robo algo innoble, se dedicaban al pillaje, no se consideraba
indigno apropiarse de bienes y se estimaba al que lo hacía con
moderación, Cicerón dio muchas muestras de su desprecio por
el dinero y muchas otras de su humanidad y bondad. Y en la 4
propia Roma, cuando fue designado cónsul oficialmente, pero,
de hecho, adquirió un poder de gobernante totalitario y dictato-
rial contra Catilina y sus secuaces, probó que era cierta la pro-
fecía de Platón[262]: que los males de los Estados cesarán cuando,
por una feliz casualidad, un gran poder y sabiduría se reúnan en
un mismo punto con la justicia. Demóstenes, por el contrario, 5
es censurado por lucrarse con su elocuencia ya que escribió dis-
cursos en secreto para Formión y Apolodoro[263], que eran adver-
sarios en un proceso, y fue acusado de recibir dinero del rey de
Persia y sufrió condena por recibirlo de Hárpalo[264]. Y aunque 6
pudiéramos decir que los que han escrito eso (y no son pocos)
mienten, sin embargo, al menos es imposible negar que Demós-
tenes no tuvo valor para oponerse a los regalos que le ofrecía el
rey para agasajarlo y honrarlo (ni esto era de esperar en alguien

[260] Idea que posiblemente proviene de Sófocles, *Antígona* 175-177.

[261] *Cf.* 6, 36.

[262] Alusión a Platón, *República* V 473 D.

[263] *Cf.* Plut., *Demóstenes* 15, 1-2.

[264] *Cf.* Plut., *Demóstenes* 20, 4; 25.

7 que hacía préstamos a la gruesa). En cambio, en lo que respecta a Cicerón, ya se ha dicho que los sicilianos cuando era edil, el rey de Capadocia cuando era procónsul y sus amigos de Roma cuando fue desterrado de la ciudad, le ofrecieron muchos dones con el ruego de que los aceptara, pero él los rechazó[265].

53 (4) Y en lo concerniente al exilio, el de uno en verdad fue afrentoso porque había sido condenado por robo, mientras que para el otro fue algo muy honorable porque había extirpado a hombres
2 infames de la patria. Por eso, a uno no se le prestó ninguna atención cuando estaba desterrado, mientras que por el otro el senado cambió de vestido, se puso de duelo y se negó a emitir su parecer sobre ningún asunto antes de que se decretara el retorno de Cicerón. Sin embargo, Cicerón estuvo inactivo durante su exilio viviendo tranquilamente en Macedonia y para Demóstenes el exi-
3 lio constituyó una parte importante de su actividad política: en efecto, como se ha dicho, recorría las ciudades expulsando de allí a los embajadores macedonios y luchando al lado de los griegos, y así se mostraba como un ciudadano mucho mejor que Temístocles y Alcibíades[266] en las mismas circunstancias. Y además, cuando regresó, siguió manteniendo esta misma política y no
4 dejó de luchar contra Antípatro y los macedonios[267]. En cuanto a Cicerón, Lelio le echó en cara en el senado que se quedara sentado en silencio cuando César pidió ser candidato al consulado infringiendo la ley porque todavía era imberbe[268]. Y Bruto también le escribió reprochándole que había contribuido a la formación de una tiranía más fuerte y rigurosa que la que él había derribado.

54 (5) Por último, a uno habría que compadecerlo por su muerte: un hombre anciano, transportado de manera indigna por sus es-

[265] *Cf.* 8, 2. 36, 3.

[266] *Cf.* Plut., *Temístocles* 23 ss.; *Alcibíades* 23 ss.

[267] *Cf.* Plut., *Demóstenes* 28.

[268] *Cf.* 46, 1.

clavos de acá para allá mientras intentaba escapar de la muerte y ocultarse de quienes, anticipándose no mucho a la naturaleza, iban a matarlo, y que acabó siendo degollado. En cuanto a De- 2
móstenes, aunque se abandonó un poco a la súplica[269], fue admirable su manera de preparar y guardar el veneno y admirable también su uso porque, al no proporcionarle asilo el dios, como si se refugiara en un altar más importante, se marchó sustrayéndose de las armas y los guardias y burlando la crueldad de Antípatro.

---

[269] Demóstenes se acogió a sagrado como suplicante de Posidón en el santuario de Calauria.

ÍNDICE FOCIÓN-CATÓN EL JOVEN-DEMÓSTENES-CICERÓN

AGIS-CLEÓMENES

•

TIBERIO-GAYO GRACO

INTRODUCCIÓN

Las biografías que presentamos constituyen el único caso en el que Plutarco emprende el estudio conjunto de cuatro personajes, emparejando dos espartanos, los reyes Agis IV y Cleómenes III, con dos romanos, Tiberio y Gayo. Las razones de esta peculiar *syzygía* están muy claras, tanto porque un aspecto fundamental de los proyectos políticos que emprendieron unos y otros fue la reforma agraria, como por el destino trágico que acabó con los cuatro en plena juventud. La actitud de Plutarco hacia todos ellos —con la salvedad, quizás, de alguna actuación extrema de Cleómenes, como la eliminación de los éforos— es entusiasta, en claro contraste con Cicerón, que también los había asociado, pero para juzgarlos duramente. ¿Qué tenía de equitativo, se preguntaba el famoso orador, el hecho de desposeer de sus tierras a quienes las disfrutaban desde hacía siglos y dárselas a aquellos a quienes no pertenecían? Semejante injuria trajo consigo lo que nunca antes había ocurrido: el asesinato de un rey, Agis. Y una secuela de discordias no sólo en Lacedemonia, sino en toda Grecia. Lo mismo, continúa Cicerón, ocurrió con «nuestros Gracos», que encontraron la muerte a causa de esas mismas reformas agrarias[1].

---

[1] CICERÓN, *Sobre los deberes* II 79-80.

Pero Plutarco es de otra opinión y lleva a cabo un retrato muy favorable tanto de los espartanos como de los romanos. Escribiendo la vida de los primeros insiste en su adhesión al recuerdo de Licurgo y vuelve una y otra vez a la idea de que el principio que guió las reformas de Agis y de Cleómenes fue el de restablecer la igualdad *(isótēs)* y el antiguo modo de vida, con constantes referencias a la famosa educación espartana *(agōgḗ)*. La decadencia de Esparta en este siglo III a. C. se debía al abandono de la austeridad y al olvido de las leyes de Licurgo, de manera que sólo la vuelta a las antiguas costumbres podía poner de nuevo a Esparta al frente de la Hélade: el joven Agis dio ejemplo de esa sencillez incluso en el detalle de recubrirse con un simple capote, el *tríbōn*, que en la *Vida de Licurgo* Plutarco había comparado a la piel del león con la que Heracles, mítico antecesor de los reyes espartanos, se vestía. Y si es habitual, en general, que Plutarco preste gran atención al valor de las mujeres, en el caso espartano lo es todavía más: nunca puede vencer la fortuna a la virtud, y esta máxima plutarquea encuentra también ejemplos en las mujeres espartanas, que rivalizaron en coraje con los hombres. Baste recordar a la madre de Cleómenes, Cratesiclea, cuya dignidad describió con tal entusiasmo Plutarco que, sin apenas cambios, reaparece siglos después en los versos del poeta griego Cavafis. Dos pasajes de la *Vida de Cleómenes* inspiraron sendos poemas suyos: «En Esparta» *(Cleom.* 22, 4-5*)* y «Adelante, rey de los lacedemonios» *(Cleom.* 22, 7). Las dos composiciones siguen muy de cerca a Plutarco y las dos tienen como objeto alabar la nobleza de Cratesiclea, madre del rey, que no duda en aceptar ser enviada a Egipto como rehén de Tolomeo III Evérgetes a cambio de ayuda en la guerra que su hijo mantenía contra Antígono de Macedonia y la Liga Aquea:

[...] *Y sonrió; y dijo que desde luego iría.*
Y especialmente estaba feliz de poder ser,
a su vejez, útil aún a Esparta.
[...] *un Lágida de ayer sería incapaz*
de comprender el orgullo de Esparta.
Por eso su exigencia no podía,
en realidad, humillar a una Dama
Insigne como ella, madre de un rey espartano.

El segundo de los poemas cita directamente a Plutarco y recrea el momento de la despedida:

[...] *y, cuando estuvieron solos, lo abrazó*
a la vez que lo besaba «presa —él— del dolor», dice
Plutarco, «y agitación».
Pero su carácter vigoroso se sobrepuso;
y volviendo a ser la admirable mujer
dijo a Cleómenes: «Adelante, rey
de los lacedemonios [...][2].

Estas biografías de Agis y Cleómenes son fuente imprescindible para conocer la agitada segunda mitad del siglo III a. C. en Esparta, aunque antes de emplearlas se hagan las habituales reservas y advertencias sobre el valor histórico de la obra de Plutarco, en general, y sobre el «espejismo» espartano, en particular. Contamos con dos buenos manuales de historia de Esparta[3]

[2] Traducciones tomadas de C. P. CAVAFIS, *Poesía completa*, traducción, introducción y notas de Pedro Bádenas de la Peña, Madrid, Alianza Editorial, 1982. Un comentario de estos dos poemas y otros de inspiración plutarquea puede verse en M. GONZÁLEZ, «Ecos de Plutarco en los versos de Cavafis», en *Actas del III Simposio Español sobre Plutarco*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1994, págs. 651-658.

[3] Uno en castellano, de César FORNIS, y otro en francés, de Edmond LÉVY. Los dos están citados más abajo en la bibliografía que cierra esta «Introducción».

publicados en fecha reciente que ilustran sobre el valor de este testimonio. En uno de ellos, Edmond Lévy señala que, en general para la historia de Grecia, pero muy especialmente para la de Esparta, nos encontramos con dos posturas muy enfrentadas, la de quienes dan fe, a veces ciega, a las fuentes, por tardías que sean (caso de Plutarco), y la de quienes ponen en cuestión toda la documentación antigua. Se trata, es cierto, de posturas extremas, pero que no es infrecuente encontrar, como señala el autor, al abordar el caso espartano, objeto ya de una mitificación desde la misma Antigüedad. Lévy, concediendo a los textos al menos una «presunción de veracidad», se basa amplia y básicamente en Plutarco para el relato de las reformas de Agis IV y Cleómenes III. El manual de César Fornis también alude, desde el propio título, a la dificultad de hacer una historia de Esparta, convertida en un «mito historiográfico». Modelo de justicia o de represión, pero modelo al fin, visto como paradigma estático, ha despertado desde siempre una admiración o un rechazo extremos[4]. Se trata del famoso *mirage spartiate*, la invención de un pasado que es, como señala Fornis, especialmente «creativa» en la época de Agis IV y Cleómenes III, con las constantes referencias de la propaganda de la época al mítico legislador Licurgo. Fornis previene, pues, contra esta invención y contra el filolaconismo de Plutarco y advierte de la cautela que hay que tener al manejar la información que proporciona, pero lo cierto es que para hablar de estos reyes reformistas no queda más remedio que citarlo una y otra vez, teniendo en cuenta que Polibio, la otra fuente esencial para la época, a Agis ni lo menciona.

[4] *Cf.* la introducción de D. Plácido al manual de C. Fornis. Sobre este tema, también P. Vidal-Naquet, *La democracia griega, una nueva visión*, Madrid, Akal, 1992, especialmente el capítulo titulado «El lugar de Grecia en el imaginario de los hombres de la revolución».

Por otra parte, las biografías de Agis y Cleómenes, más allá de su valor documental sobre este momento concreto de la historia de Esparta, enriquecen también nuestro conocimiento de muchos aspectos de la sociedad espartana. Baste mencionar que Plutarco es, por ejemplo, la única fuente acerca de un curioso proceso por el que los reyes espartanos podían ser depuestos *(Agis* 11, 4) y es también quien proporciona una de las pocas noticias con las que contamos acerca de la institución de la criptía *(Cleom.* 28, 4). También el amor dorio, presente en otras biografías espartanas, como la de Licurgo o Agesilao, es mencionado en más de una ocasión y resulta relevante, sobre todo, el papel en la muerte del rey Cleómenes del que fue su *erōmenos*, Panteo, el más hermoso de todos los jóvenes, como no podía ser de otra manera, pero también el más dotado para la disciplina espartana.

En cuanto a las vidas de Gayo y Tiberio, también se trata de personajes que han suscitado valoraciones opuestas, mártires y héroes para unos, alborotadores causantes de discordias civiles para otros. Plutarco se coloca del lado de sus defensores, pero con matices. Alaba su excelente linaje —hijos de Tiberio Graco, nietos de Escipión— y su esmerada educación —gracias a la madre, Cornelia—, su nobleza y su condena de la avidez, su condición, en el mejor de los sentidos, de *demagogos*; pero se deja ver también una crítica a los excesos de su política, aunque tuvieran origen en las más nobles razones. Plutarco atribuye el fracaso de sus reformas a la codicia de los ricos, pero no puede dejar de señalar que ésta fue la primera disensión en Roma que terminó en un derramamiento de sangre.

Más arriba decíamos que el juicio de Plutarco sobre los Gracos era muy diferente al de Cicerón, pero de este autor está tomado, sin embargo, el relato del sueño en el que Tiberio se le apareció a su hermano Gayo y lo animó a no demorar más su intervención en la política: «No hay escapatoria, sino que el

destino nos ha impuesto a los dos una única vida y una única muerte trabajando en favor del pueblo» *(CG* 1, 7).

También estas biografías de Tiberio y Gayo tienen un gran interés, tanto desde el punto de vista histórico, por constituir, junto con el relato de Apiano, la única narración seguida y completa de las políticas reformistas de los Gracos, como desde una perspectiva más general. Así, Plutarco ofrece interesantes ejemplos de la habilidad oratoria de Tiberio *(TG* 9, 5-6; 15, 2-8) y de Gayo *(CG* 2, 9-10; 4, 5-6) y también da testimonio del carácter de Cornelia, famosa *matrona*, que reclamaba de sus hijos dejar de ser conocida como suegra de Escipión para ser llamada madre de los Gracos. En Plutarco es a ella a quien se atribuye el mérito de la esmerada formación de Tiberio y Gayo y es también ejemplo de entereza, al punto de que el autor tiene que reconocer que, a veces, la fortuna sí vence a la virtud, pero al menos esta última ayuda a sobrellevar las desgracias con sensatez.

Unos versos de la tragedia *Octauia* —su controvertida atribución a Séneca no puede ser discutida aquí— reflejan muy bien la imagen más *popular* de los hermanos Gracos en la que claramente coincide Plutarco:

Fleuit Gracchos miseranda parens
perdidit ingens quos plebis amor
nimiusque fauor,
genere illustres, pietate fide
lingua claros, pectore fortes
legibus acres[5].

Parece que en ninguna de estas cuatro biografías dejamos de oscilar entre la historia y el mito. El historiador actual no puede prescindir de ellas al tratar del siglo III a. C. en Esparta o de los

[5] *Octauia*, 882-887.

problemas sociales del siglo II a. C. en Roma; pero, al tiempo, tampoco puede dejar de señalar que Agis y Cleómenes son también una creación de la propaganda reformista —un capítulo más del mencionado *mirage spartiate*—, basada en gran medida en otro mito, el del legislador Licurgo; o que el trágico destino de los hermanos Gracos, en gran medida una construcción de dos corrientes enfrentadas, la popular y la aristocrática, desbordó pronto el ámbito histórico para ser también un motivo literario[6].

FUENTES

I. *Agis-Cleómenes*

Para las vidas de Agis y Cleómenes Plutarco ha contado, sobre todo, según opinión general, con Filarco[7]. Es éste un autor de fines del siglo III a. C. representante de lo que se conoce como «historiografía trágica» y muy criticado por Polibio, que también es una fuente evidente para los hechos narrados por el de Queronea. Tratándose, como es el caso, de una época de la que las noticias eran fuertemente sesgadas y contradictorias, la labor de Plutarco incluye una selección cuidadosa y una adaptación a las exigencias de su propia obra. El estilo de Filarco es criticado por el propio Plutarco en más de un lugar, como cuando en la *Vida de Temístocles* 32, 4, lo acusa de inventarse, «como en una tragedia», una conversación entre los hijos de Temístocles para darle patetismo al relato. Para explicar que,

---

[6] Sobre este punto, *cf.* I. J. GARCÍA PINILLA, «Los Gracos considerados a través de los textos latinos de géneros no históricos», *Habis* 21 (1990), 93-100.

[7] Para este autor, consúltese P. PÉDECH, *Trois historiens méconnus: Théopompe, Duris, Phylarque*, París, Les Belles Lettres, 1989. No conservamos sino fragmentos, *FGrHist* 81.

pese a todo, aparezca como una fuente fundamental en la vida de los dos reyes espartanos, se ha dicho que quizás a Plutarco le atraía en este caso el carácter novelesco que Filarco dio a la narración; pero lo cierto es, hay que insistir en ello, que este historiador era el único que trataba de manera extensa y seguida este período histórico, hasta el punto de que el propio Polibio también lo sigue en ocasiones. Hay determinados momentos, eso sí, en los que Plutarco, consciente de la parcialidad de Filarco hacia Cleómenes —como en el relato de la muerte de Arquidamo, de la que otros historiadores culparon al rey mientras Filarco lo eximía de toda responsabilidad— introduce, expresamente, la reserva «según dice Filarco». Este historiador es cita-
3 do de manera directa en *Agis* 9, 3 y *Cleom.* 5, 3; 28, 2; 30, 3.

Plutarco también se sirve de las *Memorias* de Arato *(Agis* 15, 4; *Cleom.* 16, 4; 17, 4; 19, 4-5). De esta obra, perdida para nosotros, se han salvado muy escasos fragmentos[8]. A Plutarco estas memorias le resultaron muy útiles también para la composición de la vida del general aqueo, que muestra en numerosos pasajes una estrecha correspondencia con la de Cleómenes. Así, pueden seguirse en detalle las coincidencias y divergencias entre la *Vida de Arato* y la *Vida de Cleómenes* en lo que al relato de la guerra cleoménica se refiere: basadas ambas biografías, en gran medida, en Filarco y en las *Memorias* de Arato, sus diferencias se deben a la intención de Plutarco de favorecer en cada caso al protagonista del *bíos.*

Polibio, citado expresamente sólo en dos ocasiones (*Cleom.* 25, 4; 27, 11), es también una fuente fundamental para Plutarco, aunque no siempre es fácil saber si las coincidencias se deben al uso por parte de ambos de fuentes comunes, como Arato.

Finalmente son citados también Aristóteles (*Cleom.* 9, 3) y Batón de Sínope *(Agis* 15, 4). En cuanto al primero, la cita di-

---

[8] *FGrHist* 231.

recta corresponde a una anécdota relativa a los éforos, pero su influencia es clara en numerosos pasajes relacionados con la constitución de los atenienses: la obra aristotélica del mismo título, bien conocida por Plutarco, aparece también con mucha frecuencia en la *Vida de Licurgo*. Por lo que se refiere a Batón de Sínope, autor de gran número de obras cuyos títulos han conservado Estrabón y Ateneo, es citado en una única ocasión y no parece que Plutarco tuviera un conocimiento directo de sus escritos[9].

II. *Tiberio-Gayo*

A falta de fuentes contemporáneas para la época de los Gracos, Plutarco y Apiano *(Guerras Civiles* I 9-27)[10], muy alejados ya en el tiempo, son los autores que ofrecen un relato seguido de los hechos[11]. En cuanto a las fuentes que ellos mismos utilizaron, es evidente que para el caso de Plutarco se trataba sobre todo de autores *populares*, favorables a la famosa pareja de hermanos. Polibio aparece citado expresamente una única vez *(TG* 4, 4), como también el analista Gayo Fannio *(TG* 4, 6). Cicerón es su fuente para el relato de ese sueño en el que Tiberio se le apareció a su hermano Gayo incitándolo a la actividad política *(CG* 1, 7). Es posible que a Nepote se remonten los datos sobre las capacidades oratorias de los dos hermanos, así

[9] Se han salvado ocho fragmentos suyos, *FGrHist* 268.

[10] Al relato de Apiano, comprendido en el pasaje citado, sólo hemos hecho referencia en las notas a la traducción de Plutarco en ocasiones puntuales, cuando, por la razón que fuera, podía aportar luz al texto. El lector interesado puede consultar la traducción de A. Sánchez Royo para la Biblioteca Clásica Gredos: APIANO, *Historia Romana II. Guerras Civiles (Libros I-II)*, Madrid, 1985.

[11] De la obra de Tito Livio, Diodoro y Dión Casio, no se conservan las partes relativas a la época de los hermanos Tiberio y Gayo Graco.

como las referencias a las cartas que se decía había escrito Cornelia a sus hijos, aunque la única ocasión en la que se le cite *(TG* 21, 3) sea para dar una versión distinta sobre la identidad de la mujer de Gayo. Finalmente, Plutarco menciona escritos del propio Gayo *(TG* 8, 9; *CG* 4, 6).

De todas estas fuentes, la más interesante sería la constituida por los *Anales* de Fannio, contemporáneo de los Gracos, compañero de Tiberio en África y representante de la corriente *popular*. Obviamente, fuente también próxima a los Gracos, aunque no haya dejado un relato seguido de los hechos, es Cicerón, pero su huella en Plutarco no es grande, ya que la proximidad a Tiberio y Gayo es puramente temporal: ideológicamente su postura fue muy crítica con los reformadores[12].

Sumario

I. Agis-Cleómenes:

1. Prefacio, 1-2.
2. Orígenes de Agis y Cleómenes, 3-4.
3. Decadencia de Esparta, 5.
4. Reformas de Agis, 6-9.
5. Oposición de Leónidas, 10-12.
6. Agesilao desbarata las reformas, 13.

[12] *Cf.* R. J. Murray, «Cicero and the Gracchi», *Transactions and Proceeding of American Philological Association* 97 (1966), 291-298; J. Gaillard, «Que représentent les Gracques pour Cicéron», *Bulletin de l'Association Guillaume Budé* (1975), 499-529; G. Hinojo Andrés, «Los juicios de Cicerón sobre los Graco», *Studia Historica. Historia Antigua* 4-5 (1986-1987), 101-109. El trabajo más extenso, el de J. Béranger, que recogemos más adelante en la bibliografía general, insiste en el juicio negativo de Cicerón sobre los hermanos Tiberio y Gayo, pero intentando salvar la ecuanimidad del orador.

7. Agis en campaña, 14-15.
8. Leónidas recupera el reino, 16-18.
9. Muerte de Agis, 19-21.
10. Vida de Cleómenes, 22-23.
11. Campaña contra Arato, 24-28.
12. Eliminación de los éforos, 29-31.
13. Reformas de Cleómenes, 32-33.
14. Moderación de las costumbres, 34.
15. Nuevas campañas contra Arato, 35-36.
16. Acercamiento de Arato a Antígono de Macedonia, 37-44.
17. Conquista de Megalópolis, 45-47.
18. Batalla de Selasia, 48-51.
19. Cleómenes se retira a Alejandría, 52-57.
20. Muerte de Cleómenes, 58-60.

II. Tiberio-Gayo:

1. Prefacio, 1-3.
2. Vida de Tiberio, 4.
3. Campaña de Numancia, 5-7.
4. La ley agraria, 8-9.
5. Oposición y destitución de Octavio, 10-13.
6. Nuevas reformas, 14-15.
7. Segundo tribunado de Tiberio, 16-17.
8. La muerte, 18-21.
9. Vida de Gayo, 22-23.
10. Tribunado, 24-25.
11. Reformas, 26-29, 3
12. Estrategia del senado contra Gayo, 29, 4-33.
13. La muerte, 34-40.

Cronología (todas las fechas son a. C.)

I. Agis-Cleómenes:

circa 244/243: Subida al trono de Agis.
243: Presentación de la *retra*.
242: Leónidas se refugia en el Calcieco. Exilio.
241: Expedición en ayuda de la Liga Aquea liderada por Arato.
241/240: Muerte de Agis.
235: Subida al trono de Cleómenes.
229/228: Comienzo de la guerra cleoménica contra la Liga Aquea.
227: Golpe de estado de Cleómenes.
225: Toma de Argos.
224: Llegada de Antígono al Peloponeso, rebelión de Argos, retirada de Cleómenes a Corinto.
223: Conquista de Megalópolis.
222: Batalla de Selasia.
219: Muerte de Cleómenes.

II. Tiberio-Gayo:

163/162: Nace Tiberio Sempronio Graco, hijo de Tiberio y de Cornelia, hija de Escipión el Africano.
154/153: Nace su hermano, Gayo Sempronio Graco.
149: Comienza la tercera guerra púnica.
147: Tiberio participa en el asedio a Cartago.
137: Tiberio es enviado como cuestor a Numancia.
133: Tiberio es elegido tribuno de la plebe y Gayo está en Numancia en el ejército de Escipión Emiliano. Presentación de la ley agraria.

Muerte de Átalo III de Pérgamo. Muerte de Tiberio.

126: Gayo es enviado como cuestor a Cerdeña.
123: Gayo, tribuno de la plebe. Reformas.
124: Segundo tribunado de Gayo.
121: Muerte de Gayo.

NUESTRA TRADUCCIÓN

Para la preparación de esta traducción hemos seguido el texto de K. Ziegler, de la Biblioteca Teubneriana, Leipzig, 1964. En castellano hemos consultado la versión de Ranz Romanillos y, para el par *Agis-Cleómenes*, la de Ricardo Martínez Lacy publicada en 1987 por la Universidad Autónoma de México. Como siempre, han resultado también de utilidad las ediciones publicadas en las colecciones Les Belles Lettres (R. Flacelière y É. Chambry, *Plutarque. Vies. Tome XI, Agis-Cléomène, Les Gracques*, París, 1976), Bernat Metge (C. Riba, *Plutarc. Vides Paralleles, vol. III, part 3a, Artaxerxes, Agis i Cleòmenes, Tiberi i Gaius Grac*, Barcelona, 1932) y Biblioteca Universale Rizzoli (D. Magnino, *Plutarco, Vite parallele: Agide e Cleomene, Tiberio e Caio Gracco*, Milán, 1991). Además, Gabriele Marasco ha editado un útil comentario en dos volúmenes de las vidas de Agis y Cleómenes, recogido en la bibliografía.

BIBLIOGRAFÍA

Para una bibliografía general sobre Plutarco y sobre las *Vidas Paralelas* remitimos al volumen primero de las mismas, a cargo de A. Pérez Jiménez, publicado en 1985. En las notas hemos introducido referencias bibliográficas en relación con los personajes históricos, instituciones, pasajes problemáticos o, en fin, cualquier cuestión tanto textual como de *realia* que nos pareciera que lo merecía. La bibliografía que ofrecemos a continuación se limita a las épocas históricas en las que discurren las vidas de los protagonistas y a las propias biografías plutarqueas.

I. Agis-Cleómenes

AFRICA, T. W., *Phylarchus and the Spartan Revolution*, Berkeley-Los Ángeles, University of California Press, 1961.

BALTRUSCH, E., *Sparta: Geschichte, Gesellschaft, Kultur*, Múnich, Beck, 1998.

BERNINI, U., «Studi su Sparta ellenistica. Da Leonida II a Cleomene III», *Quaderni Urbinati di Cultura Classica* 27 (1978), 29-59.

—, «Archidamo e Cleomene III. Politica interna ed estera a

Sparta (241-227 a.C.)», *Athenaeum* 59, 60 (1981-1982), 439-458; 205-223.

BERVE, H., *Sparta*, Leipzig, Bibliographisches Institut, 1937.

CARTLEDGE, P. A., *Sparta and Lakonia: A Regional History, 1300-362 B.C.*, Londres, Routledge, 1979.

—, *Spartan Reflections*, Londres, Duckworth, 2001.

CARTLEDGE P. A., y SPAWFORTH, A. *Hellenistic and Roman Sparta*, Londres, Routledge, 1989.

CLOCHÉ, P., «Rémarques sur les règnes d'Agis IV et de Cléomène III», *Revue des Études Grecques* 56 (1943), 53-71.

—, «Sur le rôle des rois de Sparte», *Les Études Classiques* 17 (1949), 113-138; 343-381.

FORNIS, C., *Esparta. Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*, Barcelona, Crítica, 2003.

FUKS, A., «Non-Phylarchean tradition of Agis IV», *Classical Quarterly* 12.1 (1962), 118-121.

GABBA, E., «Studi su Filarco. Le biografie plutarchee di Agide e di Cleomene», *Athenaeum* 35 (1957), 3-55; 193-239.

GOLTZ, C. F. G., *Quibus fontibus Plutarchus in uitis Arati, Agidis, Cleomenis enarrandis usus fuit*, Diss., Insterburgi, 1888.

HODKINSON, S., y POWELL, A., eds., *Sparta: New Perspectives*, Londres, Duckworth, 1999.

HUXLEY, G. L., *Early Sparta*, Londres, Faber and Faber, 1962.

JONES, A. H. M., *Sparta*, Oxford, Basil Blackwell, 1967.

HOOKER, J. T., *The Ancient Spartans*, Londres-Toronto-Melbourne, Dent and Sons, 1980.

KENNELL, N. M., *The gymnasium of virtue: education and culture in ancient Sparta*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1995.

LÉVY, E., *Sparte. Histoire politique et sociale jusqu'à la conquête romaine*, París, Seuil, 2003.

LINK, S., *Der Kosmos Sparta*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1994.

LUTHER, A., MEIER, M., THOMMEN, L., eds., *Das frühe Sparta*, Stuttgart, Steiner, 2006.

MARASCO, G., «Aristotele come fonte di Plutarco nelle biografie di Agide e Cleomene», *Athenaeum* 56 (1978), 170-181.

—, *Commento alle biografie plutarchee di Agide e Cleomene*, Roma, Ateneo, 1981.

OLIVA, P., *Sparta and her Social Problems*, Praga, Academia, 1971. [Hay trad. cast., *Esparta y sus problemas sociales*, Madrid, Akal, 1983].

OLLIER, F., *Le mirage spartiate. Étude sur l'idéalisation de Sparta dans l'antiquité grecque*, 2 vols., París, Les Belles Lettres, 1933-43.

ORSI, D. P., «Citazioni dalle Memorie di Arato in Plutarco», *Gerión* 5 (1987), 57-68.

POWELL A., y HODKINSON, S., eds., *The Shadow of Sparta*, Londres-Nueva York, Routledge, 1994.

—, *Sparta: beyond the mirage*, Londres, Duckworth, 2002.

POWELL, C. A., *Classical Sparta. Techniques behind her Success*, Londres, Routledge, 1989.

POZZI, F., «Le riforme economico-sociali e le mire tiranniche di Agide IV Cleomene III re di Sparta», *Aevum* 42 (1968), 383-402.

RAWSON, E., *The Spartan Tradition in European Thought*, Oxford, Clarendon, 1969.

SCHULZ, F., *Quibus ex fontibus fluxerint Agidis Cleomenis Arati Vitae Plutarcheae*, Berlín, A. Haack, 1886.

SHIMRON, B., *Late Sparta. The Spartan Revolution 243-146 B.C.*, Búfalo, Arethusa Monographs 3, 1972.

THOMMEN, L., *Sparta: Verfassungs- und Sozialgeschichte einer griechischen Polis*, Stuttgart, Metzler, 2003.

TIGERSTEDT, E. N., *The Legend of Sparta in Classical Antiquity*, Estocolmo-Uppsala-Gotemburgo, Almqvist y Wiksell, 3 vols., 1965, 1974, 1978.

WALBANK, F. W., *Aratos of Sicyon*, Cambridge, Cambridge University Press, 1933.

WELWEI, K.-W., *Sparta: Aufstieg und Niedergang einer antiken Grossmacht*, Stuttgart, Klett-Cotta, 2004.

WHITBY, M., ed., *Sparta*, Edimburgo, Edimburgo University Press, 2002.

II. Tiberio-Gayo

BADIAN, E., «From the Gracchi to Sulla», *Historia* 11 (1962), 197-245.

—, «Tiberius Gracchus and the beginning of the Roman revolution», en *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* I, 1, Berlín, 1972, págs. 668-731.

BÉRANGER, J., «Les jugements de Cicéron sur les Gracques», en *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* I, 1, Berlín, 1972, págs. 732-763.

BERNSTEIN, A. H., *Tiberius Sempronius Gracchus. Tradition and apostasy*, Ithaca, Cornell University Press, 1978.

BOREN, H. C., *The Gracchi*, Nueva York, Twayne, 1968.

BRUNT, P. H., *Social conflicts in the Roman republic*, Londres, Chatto & Windus, 1971.

CARCOPINO, J., *Autour des Gracques, études critiques*, París, Les Belles Lettres, 1967[2].

CARDINALI, G., *Studi graccani*, Roma, L'Erma, 1912.

EARL, D. C., *Tiberius Gracchus. A study in politics*, Bruselas, Berchem, (Coll. Latomus 66) 1963.

FRACCARO, P., *Studi sull'età dei Gracchi. La tradizione storica della rivoluzione Graccana*, Roma, L'Erma, 1967 (1914[1]).

INGENKAMP, H. G., «Plutarchs 'Leben der Gracchen'. Eine Analyse», en *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* II.33.6, Berlín, 1991, págs. 4.298-4.346.

NAGLE, D. B., *A historiographic study of Plutarch's Tiberius Gracchus*, Pasadena, University of Southern California, 1968.

NICOLET, C., *Les Gracques. Crise agraire et révolution à Rome*, París, Julliard, 1967.

RICHARDSON, K., *Daggers in the forum. The revolutionary lives and violent deaths of the Gracchus brothers*, Londres, Cassell, 1976.

RIDDLE, J. M., *Tiberius Gracchus. Destroyer or reformer of the republic?*, Lexington, Heath, 1970.

SACCHI, O., *Regime della terra e imposizione fondiaria nell'età dei Gracchi: testo e commento storico-giuridico della legge agraria del 111 a.* C., Nápoles, Jovene, 2006.

SORDI, M., «La tradizione storiografica su Tiberio Sempronio Gracco e la propaganda contemporanea», *Miscellanea Greca e Romana* 6 (1978), 299-330.

STOCKTON, D., *The Gracchi*, Oxford, Oxford University Press, 1979.

TIBILETTI, G., «Il possesso dell'ager publicus e le norme de modo agrorum sino ai Gracchi», *Athenaeum* 26-27 (1948-1949), 173-236; 3-42.

—, «Ricerche di storia agraria romana: I: La politica agraria dalla guerra annibalica ai Gracchi», *Athenaeum* 28 (1950), 183-266.

TIPPS, G. K., *The practical politics of Tiberius Gracchus*, Boulder, University of Colorado, 1971.

AGIS-CLEÓMENES

Prefacio

No es absurda ni falta de sensatez la opi- 1
nión de algunos según la cual les cuadra a
los amantes de la gloria el mito de Ixión,
aquel que abrazó a una nube en vez de a
Hera dando nacimiento a los Centauros[1]. En 2
efecto, también éstos, abrazando la gloria como a una imagen de
la virtud, nada llevan a cabo puro y sin contradicción, sino ac-
ciones bastardas y confusas, unas veces en una dirección, otras
en otra, dejándose llevar por los deseos y pasiones. Lo mismo 3
que los pastores de Sófocles dicen de sus rebaños:

Pues aunque somos sus amos, vivimos como sus esclavos
y hay que escucharlos aunque guardan silencio[2],

---

[1] Ixión era rey de los lapitas y descendiente de Ares. Zeus lo puso a prueba tentándolo con una nube parecida a Hera a la que Ixión se unió engendrando a los Centauros. En las representaciones de castigos infernales, junto a Tántalo y Sísifo, suele aparecer Ixión encadenado a una rueda alada que gira sin cesar. Un uso moral de este mito, pero en contextos diferentes, lo encontramos en otras dos obras de PLUT., *Erótico* 766a, acerca de los amantes que sólo persiguen la belleza del cuerpo, y *Sobre la necesidad de que el filósofo converse especialmente con los gobernantes* 777e, sobre los que se dejan engañar por falsas amistades.

[2] Estos dos versos pertenecerían a la tragedia perdida de SÓFOCLES *Poiménes (Los Pastores)*. Fr. 464 Nauck.

Esto mismo, ciertamente, lo sufren los políticos, esclaviza-
dos y dejándose arrastrar por los apetitos y empeños de la mu-
chedumbre con tal de que los llamen caudillos del pueblo y ma-
4 gistrados. Pues de la misma manera que los jefes de proa, aunque
ven lo que está delante antes que los pilotos, vuelven la vista a
éstos y hacen lo que les ordenan, así también los políticos que
miran a la gloria son servidores de la mayoría aunque lleven el
nombre de magistrados[3].

2 El hombre de bien, enteramente bueno, no necesitaría en
absoluto de la fama, salvo en la medida en que ésta abre camino
a la acción por la confianza que inspira. Al que es joven y am-
bicioso hay que concederle que se vanaglorie y jacte un poco
2 con la fama de sus acciones nobles. Pues las virtudes que nacen
y florecen en los de tal edad, se consolidan, como dice Teofras-
to[4], con las alabanzas por lo que se ha llevado a cabo con éxito
3 y, en adelante, crecerán alimentadas junto con el orgullo. Pero
el exceso, que es siempre peligroso, en las ambiciones políticas
es funesto. Arrastra a la locura y a la insensatez manifiesta a los
que poseen un gran poder cuando ya no buscan que lo hermoso
alcance celebridad, sino que consideran que la celebridad mis-
4 ma es un bien[5]. Como le dijo Foción[6] a Antípatro[7] cuando soli-

[3] Un ejemplo más de la utilizadísima metáfora de la nave del Estado.

[4] Fr. 143 Wimmer.

[5] *Cf.* Aristóteles, *Política* II 1271b, 7-10, que se expresa en términos parecidos sobre este error de los lacedemonios: piensan, dice, que los bienes se alcanzan mejor a través de la virtud que de la maldad, y ahí aciertan, pero creen también que esos bienes valen más que la propia virtud, y en eso se equivocan. Sobre la influencia de Aristóteles en las ideas de Plutarco acerca de la constitución de los espartanos, *cf.* G. Marasco, «Aristotele come fonte di Plutarco nelle biografie di Agide e Cleomene», *Athenaeum* 56 (1978), 170-181.

[6] Estratego ateniense del siglo IV a. C.

[7] General macedonio, regente en el 321 a. C.

citó de él algo deshonesto, «No puedes tener a Foción al tiempo como amigo y como adulador[8]»; esto mismo, o algo parecido, hay que decirle al pueblo: «No puedes tener como magistrado y como servidor a la misma persona». O sucederá como con la serpiente del mito, que dicen que rebelándose la cola contra 5
la cabeza pretendía ser ella, por turnos, la guía, en vez de obedecer a aquélla en todo y que, tomando la dirección, acabó de mala manera marchando por caminos que no eran tales y destrozó la cabeza, obligada, contra natura, a seguir a la parte ciega y sorda[9]. Esto es lo que vemos que les ha sucedido a los que en 6
su gobierno todo lo hicieron por agradar: atándose a sí mismos al populacho llevado al azar, no fueron capaces después ni de retomar el mando ni de atajar el desorden.

Se nos ha ocurrido decir estas cosas acerca de la fama que 7
proviene del pueblo considerando que tal es su poder, a juzgar por lo que les sucedió a Tiberio y Gayo Graco. A éstos, nacidos con la mejor condición, de la mejor manera educados y habiendo asumido los mejores principios en su política, los perdió no tanto el desmedido deseo de fama como el miedo al deshonor, miedo nacido de un pretexto no vil. Pues como se 8
habían ganado una enorme simpatía de parte de los ciudadanos, sintieron vergüenza de no corresponderlo, como si estuvieran en deuda. Esforzándose siempre en superar con medidas políticas útiles los honores que se les concedían y recibiendo tantos más honores de aquellos que eran gobernados a su agrado, de esta manera, excitados por la misma ambición ellos hacia el pueblo y el pueblo hacia ellos, no se dieron cuenta de que eran arrastrados por empresas en las que ya no era posible desistir, toda vez que lo que no era noble era ya vergonzoso.

---

[8] PLUT., *Vida de Foción* 30, 3.

[9] Fábula recogida en ESOPO con el título de *Ourà kaì mélē ópheōs*.

9 Tú mismo juzgarás todo esto a partir de mi relato[10]. Pongámoslos al lado de una pareja de jefes populares laconios, los
10 reyes Agis y Cleómenes[11]. También éstos, favoreciendo al pueblo como aquéllos, recuperando una constitución hermosa y justa, largo tiempo relegada, del mismo modo se hicieron odiar por los poderosos, que no querían renunciar a su acostumbrada
11 avidez. Estos espartanos no eran hermanos entre ellos, pero emprendieron una política semejante y hermana, comenzando así las cosas.

Orígenes de Agis y Cleómenes

3 Tan pronto como se introdujo en la ciudad el deseo de plata y oro, la codicia y la cicatería se vieron acompañadas de la adquisición de riquezas; con su uso y disfrute llegó el libertinaje, la molicie y el despilfarro y Esparta se vio privada de la mayor parte de sus virtudes y así siguió en una situación envilecida hasta aquellos tiempos en
2 los que reinaron Agis y Leónidas. Agis era un Euripóntida[12], hijo de Eudámidas, el sexto desde Agesilao, el que pasó a Asia[13]
3 y se convirtió en el más poderoso de los griegos. De Agesilao nació Arquidamo[14], que murió en Mandorio[15], Italia, a manos de

[10] Sin duda Plutarco se dirige a Sosio Seneción, destinatario explícito de algunas de estas vidas (*Teseo* 1, 1; *Demóstenes* 1, 1; *Dión* 1, 1).

[11] Ya Cicerón había comparado (y condenado) la política de unos y otros en *Sobre los deberes* II 80.

[12] Sobre el origen de los Euripóntidas, *cf.* el propio Plut., *Licurgo* 2, 4 ss.

[13] Para las campañas de Agesilao en Asia, *cf.*, además de Plut., *Agesilao* 9-15, Jenofonte, *Helénicas* III 4, 11 ss.; *Agesilao* I 6 ss.; Nepote, *Agesilao* II-III; Diodoro XIV, 79 ss.

[14] Arquidamo III, nombrado rey *circa* 361/360 a. C.

[15] Actual Manduria. Mandorio es una corrección de Ziegler a la lectura *Mandónion* de los manuscritos.

los mesapios[16]. El hijo mayor de Arquidamo era Agis[17], el más
joven se llamaba Eudámidas y, al morir Agis a manos de Antí-
patro cerca de Megalópolis[18] y no dejar hijos, el joven heredó el
reino[19]. De éste nació Arquidamo[20] y de Arquidamo otro Eudá-
midas[21] y de Eudámidas Agis, de cuya vida se trata aquí. Leóni-
das, por su parte, hijo de Cleónimo, era de la otra casa real, la 4
de los Agíadas, octavo desde Pausanias, el vencedor de Mardo-
nio en la batalla de Platea. Pausanias tuvo como hijo a Plistoa- 5
nacte[22], Plistoanacte a Pausanias y, exiliándose éste de Lace-
demonia a Tegea[23], reinó Agesípolis[24], su hijo mayor al que,
muerto sin hijos[25], sucedió Cleómbroto, el menor. De Cleóm- 6
broto[26] nacieron otro Agesípolis[27] y Cleómenes[28]; de ellos,
Agesípolis ni reinó mucho tiempo ni tuvo hijos, y Cleómenes,
al frente del reino tras Agesípolis[29], perdió en vida a Acrótato,
el mayor de sus hijos y dejó a un hijo más joven, Cleónimo, que

---

[16] Arquidamo murió en el 338 a. C., en un combate contra lucanos y mesapios.

[17] Agis III.

[18] En el 331 a. C.

[19] Eudámidas I, cuyo reinado es de datación incierta. Se refieren a él algunas sentencias de las *Máximas de espartanos*.

[20] Arquidamo IV, que reinó *circa* 300-260 a. C.

[21] Eudámidas II.

[22] Plistoanacte fue rey del 458 al 408 a. C. De su exilio, acusado de haberse dejado corromper por Pericles, y de su regreso a Esparta hablan PLUT., *Pericles* 22, 2-3, y TUCÍDIDES, I 114, 2.

[23] En el 395 a. C.

[24] Fue rey desde el exilio de su padre hasta el 380 a. C.

[25] Murió por enfermedad durante una expedición a Olinto.

[26] Muerto en la batalla de Leuctra en el 371 a. C.

[27] Agesípolis II.

[28] Cleómenes II.

[29] Agesípolis II reinó entre el 371 y el 370 a. C.; Cleómenes II del 370 al 309 a. C.

no llegó a reinar, sino que lo hizo Areo[30], nieto de Cleómenes,
7 hijo de Acrótato. Al morir Areo cerca de Corinto[31], su hijo Acró-
tato heredó el reino. Murió también éste vencido por el tirano
Aristodemo en la batalla de Megalópolis[32], dejando a su mujer
8 encinta. Nació un niño del que fue tutor Leónidas, hijo de Cleó-
nimo. Toda vez que el niño murió antes de alcanzar la juven-
tud[33], el reino pasó a este Leónidas, que no estaba muy de
9 acuerdo con sus conciudadanos. Pues aunque toda la vida pú-
blica estaba enteramente ahogada en la corrupción, se dejaba
ver en Leónidas un muy claro distanciamiento de las costum-
10 bres antiguas. Se había arrastrado durante mucho tiempo por
los palacios de los sátrapas y había estado al servicio de Seleu-
co[34]; después trasladó, de forma inconveniente, la pompa de allí
a los asuntos griegos y a un sistema de gobierno regido median-
te leyes.

4 Agis, en cambio, de tal manera difería por su bondad natural
y la sensatez de su espíritu, no sólo de éste, sino de casi todos

---

[30] Areo I.

[31] Areo I, que reinaba desde el 309 a.C., murió en el 265 a.C.

[32] La muerte de Acrótato se sitúa en el 262 a.C.

[33] El niño, Areo II, murió con unos ocho años en el 254 a.C. *Cf.* Pausanias, III 6, 6-7.

[34] La mayoría de los traductores —así R. Flacelière y É. Chambry, *Plutarque. Vies. Tome XI, Agis-Cléomène, Les Gracques*, París, Les Belles Lettres, 1976; o C. Riba, *Plutarc. Vides Paralleles, vol. III, part 3a, Artaxerxes, Agis i Cleòmenes, Tiberi i Gaius Grac*, Barcelona, Bernat Metge, 1932— creen que se trata de Seleuco I Nicátor. En cambio, G. Marasco, *Commento alle biografie plutarchee de Agide e di Cleomene*, vol. I, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1981, págs. 194-195, defiende que las fechas del reinado de Seleuco I no coinciden con las de la permanencia de Leónidas en Siria y que, por tanto, hay un error en Plutarco quizás debido ya a Filarco, su probable fuente. D. Magnino, *Plutarco, Vite parallele: Agide e Cleomene, Tiberio e Caio Gracco*, Milán, Biblioteca Universale Rizzoli, 1991, pág. 143, lo identifica con Seleuco II Calinico.

cuantos habían reinado después del gran Agesilao, que, no habiendo alcanzado todavía los veinte años y pese a haber sido educado entre lujos y atenciones de mujeres, su madre Agesístrata y su abuela Arquidamia, que poseían las mayores riquezas entre los lacedemonios, se resistió al punto a los placeres. Apartando de su 2
cuerpo lo que parece aportar más adorno al aspecto, despojándose y huyendo de toda magnificencia, se adornó con un capote[35], buscó las comidas[36], los baños y las costumbres laconias y afirmó que no tenía ninguna necesidad de reinar si no era para, mediante su mandato, recobrar las leyes y la conducta patrias.

---

[35] Se trata del *tríbōn*, un manto de tela gruesa que llevaban los espartiatas (*Licurgo* 18, 1). Véase la curiosa comparación que PLUTARCO establece en *Licurgo* 30, 2, entre esta capa y la piel de león con la que se cubría Heracles, de quien se supone descendían los reyes de Esparta.

[36] Aunque Plutarco utiliza aquí el más común *deîpna*, y no el término específico *syssítia*, está claro que se refiere a la institución de la que se trata largamente en *Licurgo* 10-12, esas comidas en común con las que el legislador quiso combatir los excesos en la mesa («a la misma comida que el pobre asistía el rico») y que Plutarco describe con detalle en el pasaje citado. Véase la traducción y anotaciones de A. PÉREZ JIMÉNEZ en *Licurgo*, *Vidas Paralelas*, vol. I, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1985. También M. LOMBARDO, «Pratiche di commensalità e forme di organizzazione sociale nel mondo greco: symposia e syssitia», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 18 (1988), 263-286; C. FORNIS y J.-M. CASILLAS, «An appreciation of the social function of the Spartan syssitia», *The Ancient History Bulletin* 11 (2-3) (1997), 37-46; M. NAFISSI, «Los 'syssítia' espartanos», en *Dieta mediterránea: comidas y hábitos alimenticios en las culturas mediterráneas*, A. PÉREZ JIMÉNEZ y G. CRUZ ANDREOTTI, eds., Madrid, Ediciones Clásicas, 2000, págs. 21-42; F. RUZÉ, «Le 'syssition' à Sparte: militarisme ou convivialité?», en *Dieu(x) et hommes: histoire et iconographie des sociétés païennes et chrétiennes de l'Antiquité à nos jours. Mélanges en l'honneur de Françoise Thelamon*, textos reunidos por S. CROGIEZ-PÉTREQUIN, Publications des Universités de Rouen et du Havre, 2005, págs. 279-293. *Cf.* además las páginas dedicadas a Esparta en P. SCHMITT-PANTEL, *La Cité au banquet: histoire des repas publics dans les cités grecques*, Roma-París, École Française de Rome, 1992, págs. 62-76.

Decadencia de Esparta

5 La corrupción y enfermedad de la vida
pública de los lacedemonios comenzó casi
desde que, tras poner fin a la hegemonía ate-
niense[37], ellos mismos se atiborraron de oro y
2 plata[38]. Sin embargo, como conservaban en
las herencias el número de propiedades establecido por Licur-
go[39], dejando su lote el padre al hijo, de alguna manera, al menos,
al mantenerse este orden e igualdad, la ciudad se veía libre de
3 otras faltas. Pero sucedió que, siendo éforo un hombre poderoso,
arrogante y de carácter duro, llamado Epitadeo[40], que tenía un
desacuerdo con su hijo, publicó una *rhêtra*[41] por la cual se permi-
tía dejar casa y terreno a quien se quisiera, bien en vida, bien
4 mediante testamento[42]. Éste había introducido dicha ley por satis-
facer un impulso personal, pero otros, aceptándola y ratificándo-

[37] Fueron muchos los autores antiguos que reflexionaron sobre la decadencia de Esparta: ISÓCRATES, *De pace* 95 ss.; DIODORO, VII 12, 8; ARISTÓTELES, *Política* II, 1270a.

[38] *Cf.* PLUT., *Licurgo* 9, 2 ss. En tiempos de Licurgo estaban prohibidas las monedas de oro y plata y sólo se permitían las de hierro.

[39] PLUT., *Licurgo* 8, 5-9.

[40] Plutarco es la única fuente para este personaje. *Cf.* D. ASHERI, «Sulla legge di Epitadeo», *Athenaeum* 39 (1961), 45-68; J. CHRISTIEN, «La loi d'Épitadeus. Un aspect de l'histoire économique et sociale à Sparte», *Revue historique de droit français et étranger* 52 (1974), 197-221; G. MARASCO, «La Retra di Epitadeo e la situazione sociale di Sparta nel IV secolo», *L'Antiquité classique* 49 (1980), 131-145; E. SCHUETRUMPF, «The rhetra of Epitadeus. A Platonist's fiction», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 28 (1987), 441-457.

[41] Este término, que preferimos transcribir y no traducir, tiene el significado, en Esparta y otras ciudades dorias, de ley. Era famosa, sobre todo, la «gran *rhêtra*» atribuida a Licurgo, documento que se tenía por fundacional del régimen político espartano, PLUT., *Licurgo* 6.

[42] La principal novedad que introducía esta ley era, pues, conceder a los propietarios la libertad de disponer de sus tierras aunque tuvieran herederos legítimos, terminando, al tiempo, con la indivisibilidad del *klêros*.

la por avaricia, arruinaron la mejor de las constituciones. Pues ya, 5
sin reservas, los poderosos se enriquecían a costa de aquellos a quienes correspondía por herencia y, rápidamente, al concentrarse los recursos en manos de unos pocos[43], la pobreza se adueñó de la ciudad trayendo consigo servilismo y despreocupación por las cosas nobles, además de envidia y malquerencia hacia los que
poseían riquezas. No quedaron más de setecientos espartiatas y, 6
de éstos, quizás cien eran los que tenían tierra y patrimonio[44]. En 7
cuanto al resto, quedó en la ciudad una muchedumbre sin recursos y privada de derechos[45], que combatía con indolencia y sin ánimo en las guerras exteriores, pero siempre acechando la ocasión de una revuelta y un cambio de las circunstancias actuales.

Las reformas de Agis

Por esto Agis, considerando algo noble, **6**
como en realidad lo era, restablecer la igualdad e incrementar el cuerpo cívico, sondeaba a la gente[46]. Los jóvenes, rápidamente y contra toda esperanza, le prestaron oídos

[43] *Cf.* Aristóteles, *Política* II 1270a, 15 ss.

[44] Sobre esta «oligantropía» y las medidas adoptadas por Agis IV para ampliar el cuerpo cívico, se ha escrito mucho. Remitimos a G. Marasco, *Commento alle biografie...*, vol. I, págs. 218-220, para la bibliografía y una discusión de este pasaje, y a un estudio más reciente, E. Lévy, *Sparte. Histoire politique et sociale jusqu'à la conquête romaine*, París, Seuil, 2003, págs. 269-271, para un análisis de los diversos motivos (guerras, catástrofes naturales, debilidad demográfica...) que condujeron a esta situación. *Cf.* también A. Fuks, «The Spartan citizen-body in mid-third century B. C. and its enlargement proposed by Agis IV», *Athenaeum* 40 (1962), 244-263.

[45] Esta muchedumbre *áporos kaì átimos*, sin recursos ni derechos, en amenazante superioridad numérica frente a los espartiatas, era un elemento desestabilizador del Estado. La descripción de Plutarco coincide con pasajes de Aristóteles en los que el filósofo analiza las bases de las *stáseis* y con la contraposición que suele establecer entre la masa de *áporoi* y los *eúporoi*.

[46] Aparecen aquí mencionadas las dos primeras medidas reformistas que

y se pusieron de su parte en favor de la virtud, cambiando su modo de vida, como si fuera un vestido, en vistas a la libertad.
2 De entre los de más edad, como estaban ya muy metidos en la corrupción, a la mayoría les sucedió que, como si se les llevara a rastras hacia un amo, temían el nombre de Licurgo y temblaban ante él, y la tomaron con Agis, que deploraba la actual
3 situación y añoraba la antigua dignidad de Esparta. Pero Lisandro, hijo de Libis, Mandroclidas, hijo de Écfanes, e incluso Age-
4 silao, aprobaron y alentaron su ambición. Lisandro era el más afamado de los ciudadanos y Mandroclidas el más hábil de los griegos para manejar las intrigas, dotado de inteligencia y astu-
5 cia unidas al valor. En cuanto a Agesilao, tío del rey y buen orador, pero que, por lo demás, era blando y avaricioso, era evidente que lo empujaba y exhortaba su hijo Hipomedonte, un hombre que se había ganado fama en muchas batallas y muy poderoso por la buena disposición que le mostraban los jóvenes.
6 Pero el verdadero motivo que había movido a Agesilao a participar en las reformas era la cantidad de deudas que tenía, de las
7 que esperaba verse libre con un cambio de gobierno. Así que, tan pronto como Agis se lo ganó, empezó con él a convencer a su propia madre, que era hermana de Agesilao[47] y muy poderosa en la

---

emprenderá Agis: el restablecimiento de la *isótēs*, «igualdad», y la ampliación del número de ciudadanos. Como se señala en G. Marasco, *Commento alle biografie...*, vol. I, pág. 226, estas reformas iban dirigidas a dos estratos diferentes de la población, ya que la vuelta a una igualdad licurguea interesaba sobre todo a los seiscientos espartiatas desposeídos, mientras que la ampliación del cuerpo cívico afectaba a los no ciudadanos. Las otras medidas revolucionarias, de las que se hablará en el capítulo siguiente, fueron la abolición de las deudas y el reparto de tierras. *Cf.* E. Lévy, *Sparte. Histoire politique...*, págs. 278-283.

[47] Agesístrata, nombrada más arriba, era hermana de Agesilao y tía de Eudámidas II, con el que después ella misma se casó y con el que tuvo a Agis.

ciudad por la cantidad de clientes[48], amigos y deudores que tenía
y que muchas veces había intervenido en los asuntos públicos.
Ella, al escucharlo, al principio se asustó y contenía al mu- 7
chacho como si éste deseara algo imposible e inútil. Pero una 2
vez que Agesilao le iba mostrando cómo la empresa iba a ser
noble y se iba a hacer algo conveniente, el propio rey pedía a
su madre que entregase su riqueza a la gloria y ambición del
hijo, que no le era posible igualarse en riqueza a los otros reyes
—pues los servidores de los sátrapas y los esclavos de los inten-
dentes de Tolomeo y Seleuco[49] eran más ricos que todos los
reyes de Esparta juntos—, pero sí, en cambio, superando con 3
sensatez, sencillez y grandeza de ánimo los lujos de aquéllos y
devolviendo a los ciudadanos la igualdad[50] y la unión, ganarse
un nombre y una fama ciertamente de gran rey. Así cambiaron 4
de opinión las mujeres[51], decididas por la ambición del mucha-
cho, y fueron poseídas por tal entusiasmo hacia el bien que im-
pulsaron y apresuraron a Agis, mandaron llamar a amigos que
se le unieran y hablaron con las otras mujeres, conocedoras
como eran del hecho de que los lacedemonios siempre obede-
cen a las mujeres y les permiten participar en los asuntos públi-
cos más de lo que ellos lo hacen en los privados[52]. En efecto, 5

[48] Plutarco suele emplear el término *pelátēs* para traducir el latín *cliens*. Se refiere con él a los trabajadores asalariados.

[49] Tolomeo III Evérgetes (246-221 a. C.) y Seleuco II Calinico (246-225 a. C.).

[50] Sobre esta vuelta a la «igualdad» espartana, que aparece de nuevo en *Cleómenes* 28, 1, como proyecto común a ambos reformistas. *Cf.* A. Fuks, «Agis, Cleomenes, and equality», *Classical Philology* 57 (1962), 161-166.

[51] Por oposición a esas otras mujeres de las que se habla líneas más abajo, aquí Plutarco debe referirse a las mujeres de la familia de Agis.

[52] *Cf.* Plut., *Comparación Licurgo-Numa* 3, 9. La bibliografía sobre la situación de la mujer en Esparta, entre la ficción y la historia, es abundante: J. Redfield, «The women of Sparta», *Classical Journal* 73 (1978), 146-152; P. Cartledge, «Spartan wives: liberation or licence?», *Classical Quarterly* 31

en aquella época la mayor parte de la riqueza de los lacedemo-
nios estaba en manos de las mujeres[53], lo que convirtió la em-
6 presa de Agis en algo penoso y difícil. Pues las mujeres se le
opusieron, sintiéndose privadas de una vida de lujo a la que, por
ignorancia de lo bello, tenían en gran estima y también porque
veían que se les arrebataba el honor y el poder que obtenían del
7 hecho de ser ricas. Volviéndose hacia Leónidas, le rogaban que,
ya que era el de más edad, se cuidase de Agis e impidiera sus
8 propósitos. Entonces Leónidas, que quería favorecer a los ricos
pero temía a un pueblo deseoso de cambios, abiertamente no
hacía nada, pero a escondidas buscaba desbaratar y echar a per-
der la empresa, reuniéndose con los magistrados y calumniando
a Agis, diciendo que daba a los pobres lo de los ricos como
pago a cambio de la tiranía y que con el reparto de tierras y la
abolición de las deudas conseguía guardias de corps para sí
mismo y no ciudadanos para Esparta.

8 No obstante, habiendo logrado Agis que Lisandro fuera nom-
brado éforo[54], rápidamente presentó a través de él una *rhḗtra* al
consejo de ancianos. Sus puntos capitales eran la abolición de las

---

(1981), 17-36; A. S. BRADFORD, «Gynaikokratoumenoi: Did Spartan Women Rule Spartan Men?», *The Ancient World* 14 (1986), 13-18; C. MOSSÉ, «Women in the Spartan Revolutions of the Third Century B.C.», en *Women's History and Ancient History*, S. POMEROY, ed., Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1991, 138-153; J. DUCAT, «La femme de Sparte et la cité», *Ktèma* 23 (1998), 385-406 y «La femme de Sparta et la guerre», *Pallas* 51 (1999), 159-171; A. POWELL, «Spartan Women Assertive in Politics? Plutarch's Lives of Agis and Kleomens», en *Sparta. New Perspectives*, S. Hodkinson y A. Powell, eds., Londres, Duckworth, 1999, págs. 393-419. Un estudio reciente es el de S. POMEROY, *Spartan Women*, Oxford, Oxford University Press, 2002, con un epígrafe titulado «Women and the Reforms of Agis and Cleomenes». Finalmente, para las mujeres en las vidas plutarqueas, *cf.* el clásico F. LE CORNU, *Plutarque et les femmes dans les «Vies parallèles»*, París, Belles Lettres, 1981.

[53] *Cf.* ARISTÓTELES, *Política* II 9, 15 (1270a).

[54] En otoño del 243 a. C. Cada año la asamblea elegía a cinco éforos.

deudas y la división de las tierras: que se hicieran cuatro mil qui-
nientos lotes con la tierra que va del torrente junto a Pelene[55] has-
ta el Taigeto[56], Malea[57] y Selasia[58]; con el resto, fuera de esos lími-
tes, quince mil lotes. Ésta se repartiría entre los periecos capaces 2
de llevar armas; la del interior entre los propios espartiatas[59]. El 3
número de éstos se completaría con los periecos y extranjeros,
cuantos disfrutaran de una educación liberal, tuvieran buena cons-
titución física y estuvieran en la flor de la edad. La suma de todos 4
sería repartida en quince *phidítias*[60] de cuatrocientos y doscien-
tos[61] y su régimen de vida sería el de los antepasados.

---

[55] Ciudad del norte, en el límite con Arcadia.

[56] Macizo montañoso entre Laconia y Mesenia.

[57] Cabo de Laconia.

[58] Localidad de Laconia septentrional, cerca de Pelene.

[59] Los lotes del interior, de los que se habla en primer lugar, corresponderían al valle del Eurotas y formaban parte de la *politikê chôra*, de manera que los territorios de Pelene, Malea y Selasia no eran parte de la tierra que se iba a redistribuir entre los espartiatas sino su límite. Los terrenos de la periferia son los que recibirían los periecos. *Cf.* PLUT., *Licurgo* 8, 5-6, para el reparto de tierras atribuido a este legislador. Las cifras de lotes que se mencionan en *Licurgo* son justo el doble de las que aquí se atribuyen a Agis, lo que hace sospechar de la veracidad de los datos y suponer que la propaganda reformista del siglo III a. C. había influido en la leyenda de Licurgo.

[60] Se trata de las comidas en común de las que hemos hablado más arriba. *Cf.* PLUT., *Licurgo* 12, 1: «A los *syssítia* los cretenses los llaman *andreîa* y los lacedemonios *phidítia*, ya sea porque son principio de amistad *(philía)* y afecto —sustituyendo la *l* por la *d*— o porque acostumbran a la frugalidad y al ahorro», traducción de A. PÉREZ JIMÉNEZ en *Licurgo*, *Vidas Paralelas*, vol. I, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1985.

[61] Aunque el texto de Plutarco es claro en este punto y dice, exactamente, que las *phidítias* serían quince y las formarían «cuatrocientos y doscientos», este dato ha suscitado polémica. R. FLACELIÈRE y É. CHAMBRY, *op. cit.*, entienden que el sentido del texto es que las mesas las formarían no menos de doscientos y no más de cuatrocientos: la media, trescientos, multiplicada por quince, serían, en efecto, los cuatro mil quinientos espartiatas previstos en la *rhêtra*. E. LÉVY, *Sparte. Histoire politique...*, págs.70 ss., volviendo a la literalidad del texto,

9 Como una vez propuesta la *rētra* no hubo acuerdo entre los *gérontes*[62], Lisandro, convocando a la asamblea, arengó él mismo a los ciudadanos, y Mandroclidas y Agesilao les pedían que no fueran a echar a perder el prestigio de Esparta por culpa de unos pocos que hacen escarnio de ellos, sino que recordaran los antiguos oráculos, que prescribían cuidarse del amor a las riquezas como si de algo fatal para Esparta se tratase[63], y los más
2 recientes que habían recibido de Pasífae. Y es que había en Talamas[64] un santuario y un oráculo venerados de esta Pasífae, de la que algunos historiadores dicen que era una de las hijas de Atlas, que fue madre de Amón tras unirse a Zeus; otros cuentan que se trataba de Casandra la hija de Príamo[65], que había muerto allí y a la que llamaban Pasífae por revelar los oráculos a
3 todos. Filarco[66] dice que era una hija de Amiclas[67], de nombre Dafne, que, huyendo de Apolo que deseaba unirse a ella y trans-

sugiere la siguiente distribución: siete *phidítias* de doscientos miembros y siete de cuatrocientos, más una *phidítia* de trescientos que sería la del famoso cuerpo de élite. Este cálculo confirmaría la validez de las indicaciones de Plutarco.

[62] Los ancianos miembros del consejo, *gerousía*. Este consejo de ancianos lo componían veintiocho miembros de al menos sesenta años. Eran elegidos de manera vitalicia mediante un procedimiento que explica el propio PLUTARCO, *Licurgo* 26, 3-8. A su cargo estaba el juicio de los crímenes más graves y, desde el punto de vista político, disfrutaban de un poder *probouléutico* y de veto.

[63] *Cf.* DIODORO, VII 12, 5. El oráculo decía: «El deseo de dinero destruirá Esparta, ninguna otra cosa» *(ha philochrēmatía Spártan oleî, állo dè oudén).*

[64] En este lugar el método adivinatorio era la *incubatio*, el contacto con el dios por medio del sueño, *cf.* CICERÓN, *Sobre la adivinación* I 43, 96. Sobre este oráculo, *cf.* A. BOUCHÉ-LECLERCQ, *Histoire de la divination dans l'Antiquité*, II, París, 1880, págs. 270 ss. (esta obra, publicada en cuatro volúmenes entre 1879 y 1882, ha sido reeditada en un solo volumen en 2003 con prólogo de S. Georgoudi).

[65] PÍNDARO *(Pítica* XI 17-32), situaba la residencia de Agamenón y, por tanto, la muerte de Casandra, en Amiclas, ciudad un poco al sur de Esparta.

[66] *FGrHist* 81 F 32 b.

[67] Mítico rey de Esparta, epónimo de la localidad mencionada más arriba.

formada en planta, fue honrada por el dios y obtuvo el poder
profético[68]. Decían, pues, que los oráculos de ésta ordenaban a 4
los espartiatas que mantuvieran todos la igualdad que Licurgo
había establecido por ley desde el principio. Después de todos 5
ellos, el rey Agis, colocándose en el medio, habló brevemente y dijo que entregaba la mayor contribución al régimen político que establecía: para empezar, ponía a disposición de todos sus propias posesiones, que eran muchas en campos cultivados y en pastos, además de seiscientos talentos en moneda; lo mismo harían su madre y abuela, sus amigos y parientes, que eran los más ricos de los espartiatas.

Oposición de Leónidas

El pueblo se quedó impresionado por la 10
magnanimidad del joven y estaba muy contento, como si hubiese aparecido, casi al cabo de trescientos años, un rey digno de Esparta[69]. Pero fue entonces, muy especial-
mente, cuando Leónidas se le enfrentó. Calculando que se iba a 2
ver obligado a hacer lo mismo, pero que no iba a alcanzar igual favor de los ciudadanos ya que, aun ofreciendo todos igualmente lo que tenían, el honor iba a ser para el que había tomado la iniciativa, planteó esta pregunta a Agis: si consideraba que Li-
curgo había sido un hombre justo y esforzado. Como éste estu- 3
vo de acuerdo, añadió: «¿Cuándo, entonces, Licurgo concedió la abolición de las deudas o la admisión de los extranjeros en el

[68] La historia de Dafne la conocemos sobre todo en la versión de OVIDIO, *Metamorfosis* I 452-567.

[69] No está claro a qué rey se refiere Plutarco cuando habla de esos trescientos años que lo separan de Agis. Se ha propuesto una corrección del texto (*diakosíōn* por *triakosíōn*) para aproximar las fechas a Agesilao. R. FLACELIÈRE y É. CHAMBRY, *op. cit.*, en cambio, opinan que se trata del heroico Leónidas, héroe de las Termópilas. En cualquier caso, ni uno ni otro se ajustan a la cronología que presenta Plutarco.

cuerpo cívico, él, que en absoluto consideraba que la ciudad
pudiera disfrutar de salud si no practicaba las expulsiones de
4 extranjeros?». A lo que Agis respondió que no le extrañaba que
Leónidas, criado en tierra extraña y que había tenido hijos de
matrimonios sátrapas, ignorara que Licurgo había desterrado
de la ciudad, a la vez que el uso de la moneda, el tener deudas y
el hacer préstamos, y que más que a los extranjeros en las ciu-
dades, a quienes no podía soportar era a los que no se adaptaban
5 a nuestras instituciones y régimen de vida. Y que a aquéllos los
expulsaba, no por hostilidad hacia sus personas, sino temeroso
de sus modos de vida y costumbres, no fuera que mezclados
con los ciudadanos hiciesen nacer en ellos el amor por el lujo,
6 la vida muelle y la ambición. Así, Terpandro[70], Taletas[71] y Fe-
récides[72], aunque eran extranjeros, como perseveraban en los
mismos principios que Licurgo, ya fuera en sus cantos o en sus
7 filosofías, recibían honores muy especialmente en Esparta. «Tú
mismo alabas a Écprepes —dijo—, que siendo éforo cortó con
la azuela dos de las nueve cuerdas del músico Frinis[73], y a los
8 que después le hicieron lo mismo a Timoteo, y a nosotros, en
cambio, nos censuras cuando expulsamos de Esparta el lujo, el
despilfarro y la jactancia, como si aquéllos no se hubieran cui-
dado de que, en la música, el exceso y la desmesura no llegasen
a este punto, en el que la falta de proporción y el error en las

[70] Poeta de Lesbos, unas dos generaciones anterior a Alceo, se le sitúa en Esparta a inicios del siglo VII a. C. Sus fragmentos están editados por A. Gostoli, *Terpandro*, Roma, In aedibus Athenaei, 1990.

[71] Taletas de Gortina. Este poeta fue invitado a Esparta por Licurgo, *cf.* Plut. *Licurgo* 4, 2-3.

[72] Ferécides de Siros. Poeta del siglo VI a. C., escribió una cosmogonía de unos 550 versos.

[73] Frinis de Mitilene. La anécdocta sobre este poeta del siglo V a. C. está también contada en Plut., *Máximas de espartanos* 220 C, y la referida a Timoteo de Mileto en *Máximas de espartanos* 238 C.

vidas y las costumbres ha dejado a la ciudad en desacuerdo y falta de armonía consigo misma.»

A partir de aquí, la muchedumbre se dejó arrastrar por Agis, 11
pero los ricos le rogaban a Leónidas que no los traicionase y a los *gérontes*, que tenían el poder legal de admitir los proyectos de ley, a fuerza de peticiones y súplicas los forzaron a rechazar por mayoría de un voto la *rhētra*.

Lisandro, que todavía se mantenía en el cargo, resolvió in- 2
tentar un proceso contra Leónidas en virtud de una antigua ley que no permitía que un Heraclida tuviera hijos de una mujer extranjera y decretaba la muerte para el que se fuera de Esparta
a establecerse en otro lugar. Tras instigar a otros para que di- 3
fundiesen las mismas acusaciones contra Leónidas, él mismo con sus colegas vigilaba la señal. Consistía ésta en lo siguiente:
cada nueve años, los éforos escogen una noche despejada y sin 4
luna y en silencio se sientan mirando al cielo. Entonces, si una 5
estrella lo atraviesa de una parte a otra, juzgan a sus reyes culpables frente a la divinidad y los cesan en su cargo hasta que llegue un oráculo de Delfos[74] u Olimpia[75] favorable a los reyes

[74] Sobre este famoso oráculo la bibliografía es muy extensa. Remitimos a G. Roux, *Delphes, son oracle et ses dieux*, París, Les Belles Lettres, 1976, y al volumen de actas editado por A. Jacquemin, *Delphes cent ans après la grande fouille. Essai de bilan*, Atenas, École Française d'Athènes, 2000. Para una exposición clara de las prácticas délficas, *cf.* L. Bruit Zaidman, *Les Grecs et leurs dieux*, París, Armand Colin, 2005, págs. 58-76.

[75] La existencia de un oráculo en Olimpia está atestiguada en otros autores: Heródoto, I, 59 VIII 134; Jenofonte, *Helénicas* III 2, 22; Estrabón, VIII, 3, 542. El método adivinatorio allí practicado era la *pyromanteía* o *empyromanteía*, «piromancia» o «empiromancia», términos a veces empleados como sinónimos pero que hacían referencia, respectivamente, a la técnica de adivinación mediante el aspecto de las llamas y a aquella otra en la que los adivinos revelaban el pensamiento de Zeus mediante la inspección de las entrañas de las víctimas sacrificiales. Acerca de este oráculo, *cf.* A. Bouché-Leclercq, *Histoire de la divination dans l'Antiquité*, II, París, 1880, págs. 332-337; para la

6 que han sido acusados[76]. Diciendo que había visto esta señal, Lisandro abrió un proceso contra Leónidas y presentó testigos de que había tenido dos hijos de una mujer de Asia que había recibido de un lugarteniente de Seleuco y que, después, despreciado y odiado por su mujer, había vuelto contra su voluntad a casa y se había hecho con el reino que estaba falto de suce-
7 sor. Al tiempo que llevaba adelante este proceso, convenció a Cleómbroto para que reclamase el reino, como yerno que era de
8 Leónidas y de linaje real. Entonces, Leónidas, temeroso, se acogió como suplicante del Calcieco[77] y su hija suplicaba con
9 el padre después de abandonar a Cleómbroto. Como fue llamado a juicio y no se presentó, se decidió quitarle el reino y entregárselo a Cleómbroto.

12 Entre tanto, Lisandro dejó su cargo, que había llegado al final[78]. Los nuevos éforos hicieron ponerse en pie a Leónidas[79], que seguía como suplicante, y a Lisandro[80] y a Mandroclidas

pyromanteía, ibid., vol. I, págs. 178-180, y, en fechas más recientes, M. A. FLOWER, *The Seer in Ancient Greece*, Berkeley, University of California Press, 2008.

[76] Parece que Plutarco es la única fuente acerca de este procedimiento por el que los reyes de Esparta podían ser depuestos.

[77] El templo de Atenea «de morada de bronce», en la acrópolis de Esparta.

[78] En Septiembre del 242 a. C.

[79] El gesto implica que acogieron sus súplicas.

[80] CICERÓN, *Sobre los deberes* II 23, 80, dice: «Lacedaemonii Lysandrum ephorum expulerunt», lo que ha dado pie a que, como Plutarco no habla de esa expulsión del éforo, se haya propuesto una fuente no filarquea para Cicerón (A. FUKS, «Non-Phylarchean tradition of Agis IV», *Classical Quarterly* 12.1 [1962], 118-121). Lo que está claro es la diferente estima en que Plutarco y Cicerón tienen al rey espartano —Cicerón era abiertamente contrario a las reformas agrarias propuestas por Agis, aunque sus críticas se dirigían sobre todo a los Gracos— y cada uno, como es lógico, utiliza las fuentes acomodándolas a su perspectiva e intención. Por ello, resulta convincente la tesis de U. BERNINI, «Due note sull'eforo Lisandro in Plutarco e in Cicerone, e sullo Spartiata Mandroclida nel Pirro e nell'Agide plutarchei», *Atti dell'Istituto Veneto di*

les abrieron un proceso por haber votado la abolición de las deudas y el reparto de las tierras al margen de la ley. Al verse 2 en peligro, éstos persuaden a los reyes para que se pongan de acuerdo y no hagan caso de las decisiones de los éforos, argumentando que esa magistratura toma su fuerza del desacuerdo entre los reyes, dando su voto al que propone lo mejor cuando el otro actúa contra lo conveniente, pero cuando los dos quieren 3 lo mismo, su poder es absoluto y va contra la ley enfrentarse a ellos; si los reyes están enfrentados, a los éforos corresponde arbitrar y decidir, pero cuando están de acuerdo, en absoluto pueden inmiscuirse. Convencidos de esta manera los dos y des- 4 cendiendo al ágora con sus amigos, hicieron que los éforos se levantaran de sus asientos y nombraron a otros en su lugar, de los cuales uno era Agesilao. Armaron a muchos jóvenes y libe- 5 raron prisioneros, volviéndose temibles a sus opositores, que se temían una matanza. Pero no hicieron morir a nadie; es más, 6 como Agesilao quería matar a Leónidas, que huía hacia Tegea, y había apostado a unos hombres para que le salieran al paso, Agis, que se enteró, envió a otros, de los que se fiaba, que lo acompañaron a Tegea sano y salvo escoltándolo.

Agesilao desbarata las reformas

Marchando así adelante su plan, sin na- 13 die que se opusiera ni lo impidiera, un solo hombre, Agesilao, lo echó todo a perder y lo llevó al traste, corrompiendo el proyecto mejor y más digno de Esparta con el vicio más vergonzoso: el amor al dinero. Pues como era uno de los 2 propietarios que tenía más y mejores tierras, pero debía mucho, siendo incapaz de saldar sus deudas y no queriendo entregar sus

Scienze, Lettere ed Arti 137 (1978-1979), 451-465, según el cual esa noticia sobre Lisandro sí podría estar en Filarco, fuente de Plutarco, aunque éste podría no haberla considerado funcional en su relato.

tierras, persuadió a Agis de que si se hacían las dos reformas a la vez, una gran revuelta se extendería por la ciudad; pero que si, primero, los que poseían bienes eran tranquilizados con la abolición de las deudas, fácilmente después ellos mismos acep-
3 tarían el reparto de tierras. Esto mismo también le pareció bien a Lisandro, engañado por Agesilao. Tras llevar al ágora los recibos de los deudores, que llaman *claría*[81], los colocaron todos
4 en un único montón y los quemaron. Levantada la llama, los ricos y los prestamistas se fueron sumamente afectados, pero Agesilao, como insultándolos, dijo no haber visto nunca una
5 luz tan brillante y un fuego tan purificador como aquél. La mayoría consideró que lo justo era hacer el reparto de tierras rápidamente y los reyes así ordenaron que se hiciera, mientras que Agesilao, siempre anteponiendo otros quehaceres y dando excusas, ganaba tiempo hasta que Agis tuvo que salir en campaña militar al reclamar los aqueos, que eran sus aliados, ayuda de
6 los lacedemonios. Pues se temía que los etolios iban a lanzarse sobre el Peloponeso atravesando Mégara[82]. Para impedirlo, Arato, el general de los aqueos[83], había reunido un ejército y escrito a los éforos.

Agis en campaña

14 Éstos enviaron rápidamente a Agis, animado por el deseo de honores y por el ardor
2 de sus compañeros de armas, que, jóvenes y pobres en su mayoría, habiendo visto canceladas sus deudas y estando ya liberados, con

[81] Forma doria de *klēría*, libros de cuentas.

[82] Mégara se había unido a la Liga Aquea después de la toma de Corinto por Arato.

[83] En este momento, Arato era general por tercera vez. Era el cargo militar más importante dentro de la Liga y se renovaba anualmente, en verano. Se conserva la biografía que Plutarco dedicó a este personaje.

la esperanza de que las tierras se repartirían una vez volvieran
de la campaña, se ofrecieron a Agis de una manera asombrosa.
Eran un espectáculo para las ciudades, atravesando el Pelopone- 3
so sin causar daño, pacíficamente y casi sin ruido, de modo que
los griegos se quedaban pasmados y se preguntaban qué orden
no mostraría el ejército laconio cuando lo conducía Agesilao[84],
o el Lisandro aquel[85], o Leónidas el Viejo[86], si ante un jovencito
que casi era el más joven de todos tal era el respeto y temor del
ejército. Y realmente el propio joven, mostrándose orgulloso de 4
su frugalidad y amor al trabajo y de ir armado y vestido sin más
brillo que un particular, era admirado y querido por muchos.
Pero su reforma no había sido del agrado de los ricos, temerosos 5
de que se convirtiera en una revolución y un ejemplo para todos
los pueblos.

Tras reunirse Agis con Arato en Corinto[87], cuando éste deli- 15
beraba sobre el combate y la estrategia frente al enemigo, mos-
tró un celo y un valor que no tenían nada de juvenil ni irreflexi-
vo. Dijo que le parecía mejor presentar ya combate y no que la 2
guerra se trasladase al interior y se descuidasen las puertas del
Peloponeso, pero que haría lo que le pareciera bien a Arato[88].
Pues éste, continuó, era el de más edad y conducía el ejército de 3
los aqueos, junto a los que él había venido, no a darles órdenes
ni a guiarlos, sino a combatir a su lado y prestarles ayuda. Batón 4
de Sínope[89] dice que Agis no quería combatir, pese a las órdenes de
Arato, pero es que no ha leído lo que el propio Arato dejó escri-

---

[84] *Cf. supra*, 4, 1, donde Plutarco compara de nuevo a estos dos reyes.

[85] El vencedor de Egospótamos.

[86] Leónidas I, muerto en las Termópilas.

[87] A finales del verano de 241 a. C.

[88] *Cf.* la versión de los hechos en PLUT., *Arato* 31, 2.

[89] *FGrHist* 268 F 7. Para el rétor Batón de Sínope, *cf. R.E.* s. u., coll.143-144. Hemos hablado de él en la «Introducción» al tratar de las fuentes de Plutarco para estas biografías.

to sobre estos hechos[90], defendiendo lo que le pareció mejor, que, como ya los campesinos habían recogido casi toda la cosecha, se dejase pasar a los enemigos en lugar de arriesgarse en un comba-
5 te definitivo. Entonces, una vez que Arato renunció a combatir y despidió, tras mostrarles su agradecimiento, a los aliados, Agis, que había provocado la admiración, regresó, estando ya las cosas dentro de Esparta muy alborotadas y revueltas.

Leónidas recupera el reino

16 En efecto, Agesilao, que seguía siendo éforo, liberado de las razones por las que antes se había mostrado sumiso, no se privaba de ninguna injusticia que le reportara dinero: llegó a añadir un decimotercer mes, aunque el período no lo requería[91], al margen del cómputo de tiempo estable-
2 cido, y exigía por él impuestos ilegales. Temiendo a las víctimas de su injusticia y odiado por todos, mantenía una guardia armada y, escoltado por ella, acudía al lugar de reunión de los magistra-
3 dos. De los reyes, quería hacer ver que a uno lo despreciaba completamente, pero que a Agis lo tenía en alguna consideración, más por su parentesco que por su condición de rey. Además, hizo correr el rumor de que iba a ser éforo de nuevo.

4 Por eso, con más rapidez, sus adversarios asumieron el riesgo y se pusieron de acuerdo para traer de Tegea a Leónidas y reponerlo abiertamente en el cargo, algo que la mayoría contempló con placer, pues estaban irritados por el engaño sufrido
5 acerca del reparto de tierras. Entonces, a Agesilao, su hijo Hi-

---

[90] *FGrHist* 231 F 1.

[91] En el cómputo griego se intercalaban tres meses en cada ciclo de ocho años (respectivamente, en el tercero, el quinto y el octavo año) para corregir los desajustes entre calendario solar y calendario lunar. Según parece, el ciclo se había cerrado el año anterior, siendo éforo Lisandro, de forma que la medida adoptada por Agesilao era ilegal.

pomedonte, suplicando a los ciudadanos y siendo muy querido
por todos debido a su valor, pudo llevárselo y le salvó la vida.
En cuanto a los reyes, Agis se refugió en el Calcieco y Cleóm- 6
broto llegó como suplicante al santuario de Posidón[92]. Contra 7
éste especialmente parecía ir Leónidas y, dejando de lado a
Agis, subió hacia él con soldados y le reprochó con irritación
que, siendo su yerno, hubiera conspirado contra él, le hubiese
arrebatado el reino y se hubiese sumado a quienes lo expulsaron
de la patria.

Cleómbroto, entonces, nada pudo decir y, apurado, perma- 17
necía sentado en silencio. Pero Quilonis, la hija de Leónidas, 2
que antes había compartido con su padre la injusticia que a éste
se le hizo y que, tras separarse de Cleómbroto, que le había arre-
batado el reino, había velado por la suerte de su progenitor y
suplicado con él mientras estuvo allí y, una vez exiliado, lo ha-
bía llorado y se había mostrado inflexible con Cleómbroto, aho- 3
ra, de nuevo, cambió de parecer al tiempo que lo hizo la fortuna.
Se dejó ver sentada como suplicante junto a su marido, al que
abrazaba, mientras a sus pies tenía a sus hijos, uno a cada lado[93].
Admirados y llorosos todos ante la bondad y afecto de la mujer, 4
ella, señalando sus ropajes y su pelo descuidados, dijo: «No ha 5
sido la compasión hacia Cleómbroto, padre, la que me ha dejado
esta apariencia y aspecto, sino que el duelo por tus males y tu
exilio ha permanecido creciendo y viviendo conmigo. Ahora, 6
siendo tú el rey en Esparta y habiendo vencido, ¿tengo que vivir
en medio de tales desdichas o tomar vestiduras brillantes y re-

[92] No podemos saber si se trata del santuario de Posidón en el cabo Ténaro, muy conocido, o de otros más próximos a Esparta: el de Posidón *Aspháleios*, en el ágora de la ciudad (PAUSANIAS, III 11, 9), donde el dios, en una región sobresaltada a menudo por los movimientos de tierra, era invocado como Asfalio, «seguro», «estable»; o el de Posidón *Gaiáochos* (PAUSANIAS, III 20, 2), Geáoco, tanto con el sentido de «protector» como de «sacudidor» de la tierra.

[93] Quilonis y Cleómbroto tenían dos hijos, Agesípolis y Cleómenes.

gias tras abandonar, para que tú lo mates, al esposo al que me uní
7 siendo doncella? Él, si no te suplica ni te persuade con las lágri-
mas de su esposa e hijos, se hará acreedor de una pena más dura
que la que tú le impongas por su maldad, al verme a mí, a quien
8 tanto ama, morir antes que él. Pues, ¿con qué confianza frente a
las otras mujeres iba a vivir yo, que no alcanzo piedad ni de mi
marido ni de mi padre con mis súplicas? He sido esposa e hija
9 sólo para compartir el infortunio y la deshonra con los míos. En
efecto, si algo especioso hubo en los argumentos de mi marido,
yo se lo quité prestándome a ser encausada contigo y dando tes-
10 timonio contra su conducta; pero tú haces defendible su injusti-
cia mostrando que ser rey es tan importante y digno de que se
luche por su causa como para que sea justo en su nombre matar
a un yerno o despreocuparse de los hijos».

18 Lamentándose así Quilonis, apoyó su rostro sobre la cabeza
de Cleómbroto y lanzó a los presentes una mirada perdida y
2 agotada por la pena. Leónidas, tras hablar con los suyos, ordenó
a Cleómbroto que se levantara y fuera al destierro[94], pero a su
hija le rogaba que se quedara y no lo abandonara a él, que tanto
la quería y a la que había concedido la gracia de perdonar la vida
3 del marido. Pero no la convenció, sino que, entregándole a su
marido, que ya se había puesto en pie, a uno de sus hijos y to-
mando al otro en brazos, tras prosternarse ante el altar del dios[95],
salió con él, de modo que, si no hubiera estado enteramente co-
rrompido por la vanagloria, Cleómbroto hubiera considerado su
destierro, gracias a su esposa, una suerte mejor que el reino.

4 Leónidas, tras expulsar a Cleómbroto, deponer a los anterio-

---

[94] Acerca del destierro de Cleómbroto, *cf.* Polibio, IV 35, 11.

[95] En realidad, el texto dice «de la diosa». Algunos editores han enmendado a Plutarco y otros, como Ziegler, prefieren conservar el texto como está pero señalar el evidente error, ya que Cleómbroto estaba refugiado en el templo de Posidón.

res éforos de su cargo y nombrar a otros, rápidamente maquinó asechanzas contra Agis. Al principio trataba de persuadirlo para 5
que saliera y reinara con él, como que los ciudadanos lo habían perdonado: joven y ambicioso había sido engañado por Agesilao. Como aquél lo miraba con desconfianza y no se movía de 6
donde estaba, él mismo dejó de intentar engañarlo y burlarse de él. Pero Anfares, Damócares y Arcesilao solían subir a hablar 7
con él[96]. Entonces, acompañándolo a los baños públicos, lo sacaban del templo y, una vez que se había lavado, lo llevaban de nuevo allí[97]. Eran todos ellos íntimos suyos, pero Anfares, que 8
hacía poco había pedido prestados de Agesístrata ropas y vasos de mucho valor, conspiró por ello contra el rey y las mujeres de su familia para no tener que devolverlos. Se dice que él, muy 9
especialmente, se puso a las órdenes de Leónidas y sublevó a los éforos, entre los que se contaba él mismo.

Muerte de Agis

Como Agis pasaba todo el tiempo en el 19
santuario salvo cuando acostumbraba a ir a los baños, decidieron apresarlo allí, cuando estuviera fuera del santuario. Vigilándolo 2
cuando volvía de los baños, salieron a su encuentro, lo saludaron y lo acompañaron, hablando y haciendo bromas al tiempo, como con un joven amigo. Había una desviación 3
a un lado del camino en dirección a la cárcel. Una vez que llegaron junto a ella, Anfares, en virtud de su cargo[98], cogiendo a Agis

---

[96] Recordemos que Agis se había refugiado en el Calcieco, el templo de Atenea en la acrópolis de la ciudad.

[97] Ya que el derecho de asilo desaparecía una vez se abandonaba el templo, es significativa esta libertad de movimiento de la que gozaba Agis, tanto por la confianza que muestra hacia sus conciudadanos, de los que no parece temer nada, como por la de sus guardianes hacia él.

[98] Los éforos podían pedir cuentas de sus actos al resto de magistrados, también a los reyes.

le dijo: «Te llevo ante los éforos, Agis, para que des cuenta de
4 tus actuaciones políticas». Damócares, como era robusto y alto,
echándole el manto en torno al cuello lo arrastró. Los otros, pre-
parados, empujaban por detrás. Como nadie lo socorrió, ya que
5 el lugar estaba desierto, lo llevaron a la prisión. Se presentó rápi-
damente Leónidas con muchos mercenarios y rodeó el exterior
de la cárcel; los éforos se presentaron ante Agis y los *gérontes*, de
los que sólo habían sido enviados a la cárcel para juzgarlo los
que compartían sus planes, le ordenaron que defendiese su actua-
6 ción. Como el joven se rió de su hipocresía, Anfares dijo que lo
lamentaría y que pagaría el castigo por su insolencia. Pero otro
de los éforos, como haciendo una concesión a Agis y mostrándo-
le una escapatoria de la condena, le preguntó si había actuado
7 obligado por Lisandro y Agesilao. Respondió Agis que, sin que
nadie lo obligara, emulando e imitando a Licurgo, había ido en
pos de su misma constitución política. De nuevo el mismo le
8 preguntó si se arrepentía de lo hecho. Como el joven dijo que no
se arrepentía de tan bellas decisiones, aunque se viese sometido
al suplicio máximo, decidieron condenarlo a muerte y ordenaron
a los verdugos que lo condujeran al lugar llamado Decada. Es
el recinto de la cárcel en el que estrangulan a los condenados
9 a muerte. Viendo Damócares que los verdugos no se atrevían a
ponerle la mano encima a Agis, y lo mismo los que allí esta-
ban de entre los mercenarios, que rehusaban y evitaban ese acto,
como que no era conforme a la ley ni estaba permitido poner las
manos en la persona de un rey, él mismo, amenazándolos e inju-
10 riándolos, arrastró a la celda a Agis. Pues ya muchos se habían
enterado de su arresto y había alboroto en las puertas y muchas
luces, y se habían presentado la madre y la abuela de Agis, pi-
diendo a gritos que el rey de los espartanos fuera escuchado
11 y juzgado delante de los ciudadanos. Por eso apuraron tanto
su muerte, para que no fuese salvado en la noche si la multitud
aumentaba.

Entonces Agis, yendo al suplicio, como vio a uno de los 20
verdugos llorando y abatido, le dijo: «Deja de llorarme, hom-
bre, pues ajusticiado de esta manera, al margen de la ley e injus-
tamente, soy más fuerte que los que me asesinan[99]». Y diciendo
así entregó su cuello al lazo voluntariamente.

Anfares, yendo hacia las puertas, levantó a Agesístrata, que 2
se arrodilló a sus pies debido a su familiaridad y amistad, dicién-
dole que a Agis no iba a pasarle nada violento ni irremediable.
Y la animaba a que, si quería, ella misma fuera a reunirse con su
hijo. Solicitando ella que también su madre la acompañara, An- 3
fares dijo que nada lo impedía. Acogiéndolas a las dos y tras
ordenar que de nuevo se cerraran las puertas de la prisión, entre-
gó en primer lugar a Arquidamia, que ya era muy anciana y ha-
bía envejecido rodeada de la mayor consideración de sus con-
ciudadanas. Muerta ésta, ordenó pasar a Agesístrata. Como al 4
entrar vio a su hijo yaciendo en tierra y el cadáver de su madre
colgando del lazo, ella misma la hizo bajar con la ayuda de los
verdugos y, extendiendo su cuerpo junto al de Agis, lo cubrió y
ocultó. Y arrojándose sobre su hijo y besando su rostro dijo: «Tu 5
mucha piedad, hijo, tu dulzura y tu humanidad te han acarreado
la muerte y también la nuestra». Anfares, observando desde la 6
puerta lo que sucedía y escuchando sus palabras, fue hacia Age-
sístrata con ira y le dijo: «Si tanto apruebas lo que hizo tu hijo,
sufre lo mismo que él». Y Agesístrata, poniéndose en pie para 7
ser colgada, dijo: «Que al menos esto sea útil a Esparta».

Anunciada esta desgracia en la ciudad y conducidos los tres 21
cadáveres, no fue tan grande el miedo como para impedir ver

---

[99] Los últimos momentos de Agis, escena del gusto de Plutarco y reprodu-cida en *Moralia (Máximas de espartanos* 216 d), tienen un claro color «socrá-tico». *Cf.* F. OLLIER, *Le mirage spartiate*, II. *Étude sur l'idealisation de Sparte dans l'antiquité grecque du début de l'école cynique jusqu'à la fin de la cité*, París, 1943, pág. 90, n. 1.

con claridad que los ciudadanos lamentaban lo sucedido y sentían
odio hacia Leónidas y Anfares y pensaban que nada había sucedi-
do en Esparta tan tremendo e impío desde que los dorios habita-
2 ban el Peloponeso. Pues, según parece, a un rey de los lacedemo-
nios ni siquiera los enemigos con los que se encuentra en la batalla
le ponen la mano encima fácilmente, sino que se apartan con mie-
3 do y respeto a su dignidad. Por esto, aunque tuvieron lugar mu-
chas guerras de los lacedemonios contra los griegos, un solo rey
cayó, antes de lo de Filipo, abatido por una jabalina en Leuctra[100]:
4 Cleómbroto[101]. Y aunque los mesenios dicen que Teopompo fue
abatido por Aristómenes, los lacedemonios dicen que no, que sólo
5 fue herido[102]. Pero todo esto es discutido. El hecho es que en La-
cedemonia Agis fue el primero de los reyes muerto por los éfo-
ros por haberse propuesto grandes empresas en favor de Esparta
a una edad en la que se disculpa a los hombres que se equivoquen,
y los reproches que sus amigos le hicieron fueron más justos que
los de sus enemigos, porque salvó la vida de Leónidas y se fió de
los demás, él, el más pacífico y dulce de los hombres.

Vida de Cleómenes

22 (1) Muerto éste, Leónidas no llegó a tiempo de apresar a su hermano Arquidamo, que había huido rápidamente[103], pero a su mujer, que tenía un hijo recién nacido[104], la sacó de su casa por la fuerza y la unió a su hijo

[100] Famosa batalla entre Esparta y Tebas, en el 371 a.C.

[101] *Cf.* Jenofonte, *Helénicas* VI 4, 13; Diodoro, XV 55, 5; Plut., *Agesilao* 28, 8; Pausanias, IX 13, 10.

[102] El rey Teopompo era tenido por el conquistador de Mesenia. Sobre su muerte, *cf.* Pausanias, IV 6, 4 ss.

[103] Del exilio de Arquidamo habla Polibio, V 37, 1 ss. Aunque Polibio se refiere a este Arquidamo como «rey de los espartanos», en el relato de Plutarco (*cf. infra*, 5, 3) muere antes de convertirse en rey.

[104] Pausanias, II 9, 1 habla de este hijo de Agis y Agiatis y le da el nombre

Cleómenes, que apenas si tenía edad para casarse, pero no quería que esta mujer fuera entregada a otro. Y es que Agiatis era la 2
heredera[105] de la gran fortuna de su padre Gilipo, además de destacar mucho en juventud y belleza entre las mujeres griegas y ser discreta en su conducta. Por ello hizo cuanto pudo, según 3
dicen, suplicando para no verse obligada. Unida a pesar de todo a Cleómenes, conservó su odio hacia Leónidas, pero era una mujer buena y cariñosa con el muchacho, que se había mostrado amoroso con ella tan pronto como se unieron en matrimonio, incluso compartiendo de algún modo el afecto y el recuerdo de la mujer hacia Agis, al punto de que muchas veces preguntaba por lo sucedido y escuchaba atentamente mientras ella hablaba sobre las ideas y planes de Agis.

Cleómenes era ambicioso y noble y no estaba menos dotado 4
que Agis para la templanza y la sencillez, pero no tenía su exceso de escrúpulo y dulzura. En cambio, había en su naturaleza un punto de cólera y un celo vehemente hacia lo que le parecía en cada ocasión hermoso. Y lo más hermoso le parecía gobernar 5
sobre los que no oponían resistencia, aunque hermoso también era imponerse a los que no obedecían y arrastrarlos por la fuerza a lo mejor.

No estaba satisfecho con la situación de la ciudad, con los **23 (2)**
ciudadanos fascinados por la indolencia y el placer y el rey mandando a paseo los asuntos públicos con tal de que nadie le im-

---

de Euridámidas, que algunos corrigen y reemplazan por Eudámidas. Muerto cuando todavía era un niño, los derechos de la casa real de los Euripóntidas pasaron a Arquidamo, el hermano de Agis que acabamos de mencionar.

[105] La situación legal de Agiatis era la de *epíklēros*. El epiclerato fue ya estudiado por L. Gernet, «Sur l'épiclerat», *Revue des études Grecques* 34 (1921), 337-379. Véanse también, más recientes, los trabajos de E. Karabélias, *L'épiclérat attique*, Atenas, Académie d'Athènes, 2002 y C. Vial, «L'épiclérat, facteur de régulation sociale?», en *Les régulations sociales dans l'Antiquité*, M. Molin, ed., Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2006, págs. 189-194.

pidiera seguir ocioso en medio de la abundancia y disfrutar del lujo, tal como quería. El interés público estaba abandonado, yendo cada uno tras lo que le resultaba más ventajoso para sí mismo. Era peligroso hacer mención del entrenamiento y moderación de los jóvenes, de su perseverancia y aspiración a la
2 igualdad, ya que por ese motivo había muerto Agis. Se dice que Cleómenes, siendo todavía un muchacho, había estudiado filosofía, cuando Esfero de Borístenes[106] se había presentado en Lacedemonia y había instruido concienzudamente a los jóvenes
3 y los efebos. Esfero era uno de los primeros discípulos de Zenón de Citio y parece que quedó prendado de Cleómenes, de su
4 naturaleza y virilidad, y que inflamó su ambición. Se dice que a Leónidas el Viejo, cuando le preguntaron su opinión sobre el poeta Tirteo[107], dijo: «Era bueno para encender las almas de los
5 jóvenes[108]». Y es que, llenos del entusiasmo de sus poemas, en
6 las batallas se despreocupaban de sí mismos. Y así también la doctrina estoica tiene para las naturalezas fuertes y temerarias algo de peligroso y arriesgado; mezclada, en cambio, con un

---

[106] Filósofo estoico, discípulo de Zenón y de Cleantes. Se le atribuye una *Constitución laconia* y un libro *Sobre Licurgo y Sócrates* (Diógenes Laercio, VII 177). En relación con este pasaje, *cf.* A. Banfi, «La storia antica e i tentativi di riforma costituzionale a Sparta nel terzo secolo», *Sungraphe* 2 (2000), 93-105 y R. Martínez Lacy, «Esfero en Esparta», *Nova Tellus* 21 (2003), 17-22. También, sobre la influencia de esta corriente filosófica en la política de Cleómenes, F. Ollier, «Le philosophe stoïcien Sphairos et l'ouvre réformatrice des rois de Sparte Agis IV et Cléomène III», *Revue des Études Grecques* 49 (1936), 536-570; M. Daubies, «Les influences stoïciennes dans les réformes de Cléomène III, roi de Sparte», *Revue belge de philologie et d'histoire* 48 (1970), 1.354-1.355.

[107] Famoso poeta del siglo VII a.C., tenido por espartano a pesar de Platón, *Leyes* I, 629a, que lo consideraba ateniense. Para los fragmentos conservados, C. Prato, *Tirteo. Introduzione, testo critico, testimonianze e commento*, Roma, Edizioni dell'Ateneo, 1968.

[108] *Cf.* Plut., *Máximas de espartanos*, 61, 235 F.

carácter grave y dulce, producen en esas naturalezas el bien que les es propio.

Campaña contra Arato

Una vez muerto Leónidas, (Cleómenes) recibió el reino[109] y veía a los ciudadanos completamente abandonados: los ricos, descuidando los asuntos públicos en favor de sus placeres y beneficios privados; en cuanto al pueblo, en razón de estar en muy mala situación sus asuntos domésticos, se mostraban sin ánimo para la guerra ni pundonor para la educación. Como él mismo sólo era rey de nombre, pero el poder todo era de los éforos, rápidamente se propuso cambiar y reformar la situación. Tenía un amigo llamado Jenares, que había sido su amante —algo a lo que los lacedemonios llaman «inspirador[110]»— y lo sondeó para enterarse de qué clase de rey había sido Agis y de qué manera y con quiénes había hecho ese camino. Jenares, al principio, no sin agrado recordaba aquellos asuntos, contándole detalladamente cómo había sucedido cada cosa; pero cuando se dio cuenta de que Cleómenes se mostraba muy afectado y extraordinariamente movido hacia las reformas de Agis y deseaba escuchar lo mismo una y otra vez, Jenares lo reprendió con ira, como si no estuviera en sus cabales, y acabó por dejar de hablar con él y tratarlo. A nadie, no obstante, le contó el motivo de sus diferencias, pero dijo que el rey lo sabía. Así, con la oposición de Jenares, Cleómenes, creyendo que los demás pensarían igual, se puso a

24 (3) · 2 · 3 · 4 · 5

[109] En el 235 a. C.

[110] La posición de Plutarco ante este tipo de amor está expresada claramente en *Erótico* 768e ss., donde se reprueba su aspecto sexual y se acepta el lado «platónico», espiritual, de la relación. Sobre la pederastia en el marco de la educación espartana, *cf.* H.-I. Marrou, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité. 1 Le monde grec*, París, Seuil, 1964[6], pág. 62.

6 la obra él solo. Considerando que las cosas cambiarían más fá-
cilmente en una situación de guerra que con la paz actual, en-
frentó a la ciudad con los aqueos[111], que estaban dando motivos
7 para la querella. Arato, efectivamente, que era el más poderoso
entre los aqueos, quería, desde el principio, reunir todo el Pelo-
poneso en una única confederación, y ésta era la finalidad de
sus muchas campañas y de su larga dedicación a la política,
pues pensaba que era el único modo de hacerse inatacables para
8 los enemigos exteriores. Una vez que casi todos los demás se le
habían unido, faltaban los lacedemonios, los eleos y cuantos de
los arcadios se mantenían fieles a los lacedemonios. Desde que
murió Leónidas, importunaba a los arcadios y saqueaba sobre
todo a aquellos que eran limítrofes de los aqueos, poniendo a
prueba a los lacedemonios y menospreciando a Cleómenes por
joven e inexperto.

25 (4) Por tanto, en primer lugar, los éforos envían a Cleómenes a
apoderarse del Ateneo de Belbina[112]: este territorio era un paso
de Laconia, y se lo disputaban entonces con los de Megalópolis.
2 Tras tomarlo y fortificarlo Cleómenes, nada reclamó Arato,
pero, poniéndose en marcha por la nóche, atacó Tegea y Orcó-
3 meno. Como los traidores se acobardaron[113], Arato se retiró
creyendo pasar inadvertido; Cleómenes, sin embargo, le escri-
bió, sirviéndose de la ironía, como si quisiera saber de un amigo
4 adónde había ido, que salía de noche. El otro le respondió que,
habiendo oído que él tenía intención de fortificar Belbina, había

[111] *Cf.* Polibio, II 46, 1-7 sobre los orígenes de esta guerra.

[112] En el límite de Arcadia y Laconia. La grafía es insegura: Belbina o Belmina. *Cf.* Polibio, II 54, 3. Es evidente su condición de territorio disputado si comparamos el relato de Plutarco con el pasaje de Polibio, II 46, 5, donde el historiador menciona la construcción de esta fortificación, el Ateneo, «en territorio de Megalópolis».

[113] Los ciudadanos de Tegea y Orcómeno, se entiende, que le habrían prometido a Arato entregarle las ciudades.

ido para impedírselo. Escribiéndole de nuevo Cleómenes dijo
que estaba convencido de que eso era así, «pero —añadió— las
luces y las escalas, si no te importa, dime por qué te acompa-
ñan». Se rió de la broma Arato y preguntó qué clase de jovenci- 5
to era ése, a lo que Damócrates, un desterrado lacedemonio,
respondió: «Si planeas algo en contra de los lacedemonios, es el
momento de que te des prisa, antes de que este polluelo tenga
espolones». En esto, estando Cleómenes con unos pocos de ca- 6
ballería y trescientos de a pie acampado en Arcadia, los éforos
le ordenaron retirarse, temiendo la guerra. Pero una vez que, 7
retirado, Arato tomó Cafias, de nuevo enviaron a Cleómenes.
Éste se apoderó de Metidrio[114] y devastó la Argólida, y los 8
aqueos salieron en campaña con veinte mil infantes y mil solda-
dos a caballo capitaneados por Aristómaco. Cleómenes les salió 9
al paso en Palantio[115] y quería luchar, pero Arato, temiendo su
valor, no permitió al estratego arriesgarse y se retiró, vituperado
por los aqueos y ridiculizado y despreciado por los lacedemo-
nios, que no llegaban a cinco mil. Entonces Cleómenes, crecido 10
en su ánimo, se mostró confiado ante los ciudadanos y les re-
cordó a uno de los reyes de otros tiempos que ⟨no⟩ en vano dijo
que los lacedemonios, acerca de sus enemigos, no preguntaban
cuántos eran sino dónde estaban.

Tras prestar ayuda a los eleos, atacados por los aqueos, y lan- **26** (5)
zarse sobre éstos, que ya huían, cerca del Liceo, puso en fuga e
infundió el pánico en todo su ejército; aniquiló a muchos e hizo
prisioneros, hasta el punto de que se extendió entre los griegos el
rumor de que Arato había muerto. Pero Arato, aprovechando
al máximo las circunstancias, inmediatamente después de la
derrota, se dirigió contra Mantinea y, sin que nadie lo previera,

---

114 Localidad de la Arcadia cercana a Megalópolis y de gran importancia estratégica.

115 Entre Megalópolis y Tegea.

2 tomó la ciudad y se hizo fuerte en ella. Enteramente defraudados los lacedemonios en sus expectativas y oponiéndose a las campañas de Cleómenes, éste se propuso hacer venir desde Mesenia al hermano de Agis, Arquidamo, al que le correspondía reinar con él por parte de la otra casa real, creyendo que el poder de los éforos iba a ser más débil que un mandato real equilibrado y
3 completo[116]. Pero, enterados de esto los asesinos de Agis y temerosos de tener que rendir cuentas si Arquidamo volvía, lo recibieron una vez que hubo llegado a la ciudad, en secreto, y lo acompañaron, pero lo mataron rápidamente, ya contra la voluntad de Cleómenes, como piensa Filarco[117], ya convencido por sus ami-
4 gos y entregándoselo. Pues la mayor parte de la responsabilidad se les atribuyó a éstos, como que habían obligado a Cleómenes.

27 (6) No obstante, decidido a reformar rápidamente la situación de la ciudad, convenció a los éforos con dinero para que votaran
2 a favor de la campaña militar. Se atrajo también a muchos otros gracias a su madre, Cratesiclea, que le proporcionaba dinero sin tasa y compartía su ambición. Aunque se decía que no deseaba volver a casarse, por su hijo tomó como marido a un hombre que ocupaba el primer puesto por fama y poder entre los ciuda-
3 danos. Dirigiendo la expedición, se apodera de Leuctra, en territorio de Megalópolis. Como un rápido auxilio de los aqueos, con Arato al mando, se presentó contra él, librando la batalla al pie de la ciudad misma fue derrotado con una parte de su ejérci-
4 to. Pero como Arato no permitió que los aqueos atravesaran una profunda torrentera y detuvo la persecución, irritado Lidíadas de Megalópolis[118], lanzó a sus jinetes detrás del enemigo hacia

---

[116] Recuérdese que Cleómenes está reinando en solitario. En PLUT., *Agis* 12, 2-3, ya se había expuesto esta idea de que la autoridad de los reyes era incontestable cuando los dos estaban de acuerdo.

[117] *FGrHist* 81 F 51.

[118] Sobre este personaje, *Cf.* PLUT., *Arato* 30 y POLIBIO, II 44, 5.

un terreno lleno de vides, de fosos y de muros. Metido ahí, disperso en medio de todo eso, apenas podía salir. Viéndolo Cleómenes, lanzó contra él a los tarentinos y cretenses: cayó muerto tras defenderse de ellos valientemente. Enardecidos con esto, 5
los lacedemonios se lanzaron entre gritos de guerra contra los aqueos y pusieron en fuga a todo el ejército. Murieron muchos, 6
y a los otros Cleómenes los devolvió mediante pactos, pero el cadáver de Lidíadas, ordenando que lo llevasen hasta él, tras revestirlo con ropa púrpura y colocarle una corona, lo envió así a las puertas de Megalópolis. Era el Lidíadas aquel que había 7
derrocado la tiranía, devuelto la libertad a los ciudadanos y unido la ciudad a la confederación aquea.

A partir de ahí, Cleómenes, muy animado ya y convencido 28 (7)
de que, si pudiera contar con los medios que quería, metido en guerra con los aqueos los vencería fácilmente, le iba explicando al marido de su madre, Megístono[119], que era necesario liberarse de los éforos, poner los bienes a disposición de los ciudadanos y, a una Esparta vuelta a la igualdad, despertarla y conducirla a la hegemonía de Grecia. Convencido éste, unió a la causa a otros 2
dos o tres amigos. Sucedió, por aquellos días, que uno de los 3
éforos, durmiendo en el santuario de Pasífae tuvo un sueño asombroso: le pareció que, en el lugar en el que habitualmente los éforos se reunían a deliberar sobre los asuntos públicos, había un único asiento y que los otros cuatro habían sido retirados y, extrañándose él, oyó una voz del santuario que decía que esto era mejor para Esparta[120]. Como el éforo le contó esta visión a 4
Cleómenes, al principio se alteró, pensando que querían ponerlo a prueba por sospechar de él, pero, una vez se convenció de que

[119] El influyente personaje con el que, más arriba se ha dicho, Cratesiclea, la madre de Cleómenes, se casó para serle de utilidad a su hijo.

[120] Sobre estos episodios en Plutarco, con sueños premonitorios, *cf.* F. E. Brenk, «The Dreams of Plutarch's Lives», *Latomus* 34 (1975), 336-349.

5 el que se lo contaba no quería engañarlo, cobró ánimo. Y reclutando a cuantos de los ciudadanos sospechaba que se oponían a sus planes, tomó Herea y Asea[121], ciudades que estaban sometidas a los aqueos, llevó víveres a Orcómeno y acampó junto a Mantinea. Agotando completamente en grandes marchas arriba y abajo a los lacedemonios, dejó a muchos de ellos, que se lo pidieron, en Arcadia y él regresó a Esparta con los mercenarios.
6 De camino, comunicó su plan a aquellos que suponía más favorables y siguió su viaje lentamente, porque quería sorprender a los éforos a la hora de la cena.

Eliminación de los éforos

29 (8) Llegado cerca de la ciudad envió a Euriclidas[122] hasta la *syssítia*[123] de los éforos, como si llevaran algún recado suyo del ejército, y Tericio y Febis, dos de los compañeros de Cleómenes, de los que llaman *mó-*
2 *thakes*[124], los acompañaban con unos pocos soldados. Estaba todavía Euriclidas hablando con los éforos cuando, abalanzán-
3 dose, los atacaron con las espadas desnudas. Agileo fue el pri-

---

[121] Herea está situada al oeste de Arcadia. En cuanto a Asea, el nombre es incierto. La lectura *Alsaían* ha sido corregida por *Aséan* (Asea, al este de Megalópolis), pero también se ha propuesto *Aléan* (Alea, en la frontera con la Argólida).

[122] Hermano de Cleómenes.

[123] De estas comidas en común ya se ha hablado más arriba. El término podía también referirse, como ocurre en este caso, al lugar en el que esas comidas se celebraban.

[124] Los *móthakes* eran hijos de hilotas, o de espartiatas y mujeres hilotas, educados como espartiatas y que solían alcanzar la libertad aunque no el derecho de ciudadanía. *Cf.* al respecto, V. Ehrenberg, «Mothakes», *RE* XVI, 1, 1933, coll. 382-384; D. Lotze, «*Móthakes*», *Historia* 11 (1962), 427-435; G. B. Bruni, «Mothakes, neodamodeis, Brasideioi», en *Schiavitù, manomissione e classi dipendenti nel mondo antico*, M. Capozza, ed., Roma, L'Erma, 1979, págs. 21-31; E. Lévy, *Sparte. Histoire politique...*, págs.157-159.

mero que, recibiendo un golpe, cayó y pareció muerto, pero, poco a poco, volviendo en sí y saliendo del comedor, se introdujo sin ser visto en un pequeño recinto, que era el santuario de *Phóbos*, normalmente cerrado pero que entonces, por casualidad, estaba abierto. Metido dentro, cerró la puerta. Los otros 4
cuatro fueron muertos y, de los que acudieron en su ayuda, no más de diez. Pues no mataron a los que estuvieron tranquilos ni impidieron irse de la ciudad a quien quiso. Perdonaron también la vida de Agileo cuando al día siguiente salió del santuario.

Los lacedemonios no sólo tienen un templo de *Phóbos*[125], **30** (9)
sino también de *Thánatos*[126] y de *Gélōs*[127] y de otras cosas[128] del estilo. Rinden honores a *Phóbos* no como a los *daímones* a los 2
que quieren tener alejados, como si lo consideraran dañino, sino porque creen que con el miedo el Estado se mantendrá más unido. Por eso también, los éforos, cuando accedían al cargo, 3
anunciaban a los ciudadanos, como dice Aristóteles[129], que tenían que afeitarse el bigote y cumplir las leyes para no tener que mostrarse duros con ellos. Lo del bigote pienso que lo pedían para que los jóvenes se acostumbrasen a obedecer también en

---

[125] El Miedo. Su culto, como inmediatamente indicará Plutarco, tenía entre los espartanos unas connotaciones claramente positivas, ya que estaba vinculado al *aidṓs*, sentimiento de respeto o pudor. PAUSANIAS, III 20, 10, da cuenta de la existencia de una estatua de *Aidṓs* cerca de Esparta. Sobre este culto, y sobre este pasaje en concreto, *cf.* M. M. MACTOUX, «*Phobos* à Sparte», *Revue de l'Histoire des Religions* 210 (1993), 259-304.

[126] La Muerte, de la que, según PAUSANIAS, III 18, 1, había una estatua en Esparta junto a la de *Hýpnos*, el Sueño.

[127] *Gélōs*, la Risa, tenía también, al parecer, una estatua en Esparta, *cf.* PLUT., *Licurgo* 25, 4.

[128] El texto griego dice *pathḗmata* y somos conscientes de que la traducción por «cosas» no es satisfactoria. Sin embargo, no parece fácil encontrar un término castellano que recoja ese valor de «afección» o «sentimiento» y que resuelte adecuado para referentes tan dispares como «miedo», «muerte» o «risa».

[129] Fr. 539 R.

4 las cosas pequeñas. Y me parece que los antiguos consideraban que la virilidad no consistía en la falta de miedo[130], sino en
5 el miedo a recibir reproche y en el temor a la deshonra. Pues los más miedosos ante las leyes son los más audaces frente a los enemigos y en absoluto temen los sufrimientos aquellos que
6 temen, y mucho, que se hable mal de ellos. Por tanto, bien habló el que dijo: «Donde está el temor, allí está el respeto[131]». Y Homero: «Respetable eres para mí, suegro querido, y temido[132]», y también: «En silencio, temerosos de los jefes[133]».
7 Pues a la mayoría les sucede que sienten vergüenza ante aquellos a los que temen. Por eso también los lacedemonios colocaron el santuario de *Phóbos* junto al lugar en el que comían los éforos, habiendo casi equiparado este cargo al de la monarquía.

31 (10) Entonces, al día siguiente, Cleómenes proscribió a ochenta de los ciudadanos, que tuvieron que irse, y quitó los asientos de los éforos, salvo uno en el que tenía pensado sentarse él mismo
2 para ocuparse de los asuntos públicos. Después convocó a la asamblea para defender las actuaciones que había llevado a cabo. Dijo que en época de Licurgo los *gérontes* se habían unido a los reyes y, durante mucho tiempo, habían administrado así
3 la ciudad, sin necesidad de ninguna otra magistratura[134]. Después, sin embargo, al sobrevenir la larga guerra contra los mesenios, los reyes se vieron ocupados ellos mismos en las campañas militares y escogieron para administrar justicia a algunos de su confianza a los que dejaron, en su nombre, al frente de los

[130] *Cf.* la misma idea en PLATÓN, *Laques* 197b: *all' oîmai, tò áphobon kaì tò ándreion ou tautòn estin*, («pero pienso que no es lo mismo no tener miedo que ser valiente»).

[131] Verso de los *Cantos Ciprios*, atribuidos a Estasino.

[132] *Ilíada* III, 172, palabras de Helena a Príamo.

[133] *Ilíada* IV, 431, en referencia al ejército aqueo.

[134] *Cf.* PLUT., *Licurgo* 5, 10, donde se habla de la institución por parte de Licurgo de la *Gerusía*, el consejo de ancianos.

ciudadanos: éstos recibieron el nombre de éforos. Al principio, 4
al menos, se mantuvieron como ayudantes de los reyes; después, poco a poco, fueron arrogándose el poder para sí mismos y, así, de manera imperceptible, se constituyeron en una magistratura independiente. Prueba de ello es que, hasta ahora, si los 5
éforos mandaban llamar al rey, éste podía negarse una vez, y una segunda, pero a la tercera vez que lo llamaran, tenía que levantarse y acudir ante ellos. Por otra parte, el primero que dio vigor y alargó esta magistratura, Asteropo, fue éforo mucho tiempo después[135]. Si fueran comedidos, sería preferible sopor- 6
tarlos, dijo, pero con el poder que habían adquirido habían destruido la magistratura original, hasta el punto de que habían expulsado a algunos reyes, habían matado a otros sin juicio y se habían enfrentado a los que deseaban ver de nuevo en Esparta el Estado más bello y admirable: esto no era tolerable. De modo 7
que, si hubiera sido posible, sin derramamiento de sangre, apartar todas las desgracias traídas de fuera de Lacedemonia, los lujos y despilfarros y deudas y usuras y los más viejos de todos los males, la pobreza y la riqueza, él se consideraría el más afortunado de todos los reyes, como un médico que, sin dolor, fuera a sanar a la patria. Ahora bien, de esta necesidad en la que 8
me he visto, dijo, tengo en Licurgo a quien me perdone, él, que no siendo rey ni arconte, sino un particular, queriendo ejercer como rey marchó contra el ágora con hombres armados, hasta el punto de que el rey Carilao, temiéndolo, se refugió en un altar[136]. Pero como era honrado y amaba a su patria, rápidamen- 9
te se unió a la empresa de Licurgo y admitió el cambio de régimen político. De hecho, Licurgo da testimonio de que es difícil cambiar de constitución política sin violencia y sin miedo. Dijo 10

---

[135] De este éforo no hay más noticia que la de Plutarco.

[136] *Cf.* PLUT., *Licurgo* 5, 8, donde se dice que Carilao se refugió en el templo de Atenea, el Calcieco ya mencionado.

también que él se había servido de esos medios con enorme
moderación a fin de apartar de Lacedemonia a los que se opo-
11 nían a su salvación. Con todos los otros, dijo, repartiría la tie-
rra, liberaría de las deudas a los que las tenían y, en cuanto a
los extranjeros, haría una selección y un examen de manera
que los mejores, convertidos en espartiatas, salvaran la ciudad
con las armas y dejemos, dijo, de ver a Laconia, necesitada de
quien la defienda, ser botín de etolios e ilirios.

Reformas de Cleómenes

32 (11) Después de esto, él el primero puso en
común sus posesiones, y Megístono, su pa-
drastro, y cada uno de sus otros amigos, y
después también todos los restantes ciuda-
2 danos, y se repartió la tierra. Asignó tam-
bién una parcela a cada uno de los que él había desterrado y
prometió traerlos de vuelta a todos una vez se serenase la situa-
3 ción. Aumentó el cuerpo cívico con los mejores de los periecos,
formó un cuerpo de cuatro mil hoplitas y, después de enseñarles
a manejar la *sarisa*[137] en vez de la lanza, con las dos manos, y a
llevar el escudo con una correa y no empuñándolo, se dedicó
4 a la educación de los jóvenes y a la llamada *agogḗ*[138]. En este
punto muy especialmente colaboraba con él Esfero, que estaba
allí, devolviendo rápidamente el orden conveniente a los gim-
nasios y a las comidas en común, sometiéndose, algunos pocos
por obligación pero la mayoría de buena gana, a aquella senci-
5 lla costumbre laconia. Del mismo modo, para suavizar el nom-

[137] La lanza, larga y pesada, de la falange macedonia. Se sujetaba con las dos manos, de manera que el escudo no podía empuñarse y tenía que ir sujeto con una correa.

[138] Sobre la *agogḗ*, la famosa educación espartana, *cf.* N. M. KERNELL, *The Gymnasium of Virtue. Education and Culture in Ancient Sparta*, Londres, University of North Carolina Press, 1995 y E. LÉVY, *Sparte. Histoire politique...*, págs. 50-66.

bre a la monarquía, designó como rey a su hermano Euclidas. Ésa fue la única vez que tuvieron los espartiatas dos reyes de una misma casa real.

Dándose cuenta de que los aqueos y Arato, estando él en una 33 (12)
situación difícil a causa de las reformas, no iban a pensar que saldría de Lacedemonia y abandonaría la ciudad insegura en medio de tal agitación, consideró que no sería innoble ni inútil mostrar a los enemigos el valor de su ejército. Entonces, lanzán- 2
dose contra el territorio de Megalópolis, consiguió un gran botín y causó una enorme devastación en la zona. Finalmente, encon- 3
trándose con unos artistas de Dioniso, de camino desde Mesenia, hizo levantar un teatro en tierra enemiga y, proponiendo que se hiciera un concurso a cambio de cuarenta minas, estuvo un día entero sentado asistiendo a la representación, no porque tuviese ganas de espectáculo, sino por burlarse así de los enemigos y mostrar con tal desprecio la superioridad de su fuerza. Por otra 4
parte, de los ejércitos griegos y reales[139] aquél era el único al que no acompañaban mimos, prestidigitadores, bailarinas y tañedores de lira, sino que estaba limpio de todo desenfreno, bufonería y celebración. La mayor parte del tiempo los jóvenes se ejercitaban y los de más edad los instruían y, cuando tenían tiempo libre, los juegos consistían en las bromas acostumbradas y en los dichos agradables y lacónicos que se intercambiaban. La utilidad 5
de este tipo de juego ya quedó escrita en la vida de Licurgo[140].

Moderación de las costumbres

Él mismo se convirtió en maestro de to- 34 (13)
das estas cosas, proponiendo como ejemplo de moderación su vida sencilla, frugal, sin nada pretencioso ni que destacara por encima de los demás. Esto le dio una cierta in-

[139] Los de los soberanos helenísticos.

[140] PLUT., *Licurgo* 19-20.

2 fluencia en los asuntos helenos. Pues los hombres, al tratar con otros reyes, no quedaban tan atónitos con las riquezas y los lujos como horrorizados de su desdén y pompa, del trato duro y cruel
3 que dispensaban a los que se dirigían a ellos. Sin embargo, al acercarse a Cleómenes, que era rey y como tal invocado, no lo veían envuelto en púrpuras ni mantos, ni lechos ni literas dispuestas, ni una turba de heraldos y porteros, ni que despachase los asuntos de mala gana, a duras penas y sirviéndose de secretarios. Al contrario, lo veían a él, con un manto cualquiera, saliendo a estrechar las manos, conversando y pasando el rato con los que le hacían peticiones, con ánimo alegre y amable, y se quedaban encantados y conquistados por sus maneras democrá-
4 ticas y decían que sólo él era descendiente de Heracles. En cuanto a las comidas, lo cotidiano era una sala de tres literas, muy moderadas y al estilo laconio. Si recibía a embajadores o a extranjeros, se disponían otros dos triclinios y los servidores daban un poco más de lustre a la mesa, no con ricas salsas ni con pasteles, pero de manera que el servicio fuera más abundante y el
5 vino más generoso. Y censuró a unos de sus amigos al oír que, invitando a comer a unos extranjeros, les había servido el caldo negro[141] y el pan de cebada que era costumbre en las *phidítias*. Decía que en esos casos y con los extranjeros no había que ser
6 tan excesivamente «laconio». Cuando se levantaba la mesa, se traía un trípode con una crátera de bronce llena de vino, dos *phialēs*[142] de plata con una capacidad de medio litro[143] y muy pocas copas de plata, de las que bebía el que quería; a ninguno

[141] *Cf.* PLUT., *Licurgo* 12, 12, donde se habla de este plato tan apreciado por los espartiatas. Se preparaba con carne de cerdo y una salsa de sangre, aceite y sal. *Cf.* también *Consejos para conservar la salud*, 128 C.

[142] Especie de vaso o copa sin pie ni asa.

[143] Dice el texto que cada uno de esos recipientes tenía una capacidad de dos *kotýlē*, unidad de medida que equivalía, para los líquidos, a un cuarto de litro.

se le ofrecía bebida si no quería. Ni había cantos ni se echaban 7
de menos: él mismo animaba el vino con su conversación, ya preguntando él, ya haciendo algún relato, y sus palabras no tenían una jactancia fastidiosa, sino que se trataba de bromas agradables y refinadas. Pues las cacerías a las que los otros reyes
sometían a los hombres, poniendo como cebo dinero y regalos 8
y corrompiéndolos, consideraba que eran un comportamiento
basto e injusto. En cambio, ganarse y atraerse a los que tenían 9
relación con él mediante un trato y una conversación agradables y que inspiraran confianza, eso le parecía lo más hermoso y propio de un rey; que en nada más se diferenciaba un amigo de un mercenario que en el hecho de que a uno se le ganaba con el trato y la palabra y al otro con dinero.

Nuevas campañas contra Arato

Los de Mantinea fueron los primeros que 35 (14)
lo reclamaron[144] y con su ayuda —se había introducido en la ciudad en la noche— expulsaron la guarnición de los aqueos y se pusieron ellos mismos en sus manos. Él restableció sus leyes y su constitución y ese mismo día partió hacia Tegea. Poco después, atravesando la Arcadia, descendió hasta la
ciudad aquea de Faras, decidido a presentar batalla a los aqueos 2
o a desacreditar a Arato, como que se retiraba y le entregaba a él
a traición el territorio. Pues entonces era estratego Hipérbatas[145], 3
pero de Arato era el poder absoluto entre los aqueos. Los aqueos 4
habían salido en masa y acampado en Dime[146], junto al Hecatombeo, y cuando llegó Cleómenes dio la impresión de no poder vivaquear en medio de la ciudad de Dime, que era enemiga, y el

[144] *Cf.* PLUT., *Arato* 39, 1, y POLIBIO, II 58, 4.

[145] Fue estratego de los aqueos de mayo del 226 a mayo del 225 a. C.

[146] Dime había sido una de las ciudades fundadoras de la Liga Aquea, *cf.* POLIBIO, II 41, 8.

5 ejército de los aqueos. Pero, provocando valerosamente a los aqueos, los obligó a combatir y, tras vencer por la fuerza y poner en fuga su falange, dio muerte a muchos de ellos en el combate e hizo prisioneros a muchos otros. Tras atacar Langó[147] y expulsar las guarniciones aqueas, devolvió la ciudad a los eleos.

36 (15) Machacados así los aqueos, Arato[148], que estaba acostumbrado a ser estratego siempre en años alternativos, renunció al cargo y se retiró, aunque le requerían y suplicaban. Hizo mal en entregar a otro el timón, en medio de tamaña tempestad en los asuntos públi-
2 cos, y abandonar el mando. En cuanto a Cleómenes, al principio, daba la impresión de que imponía a los embajadores de los aqueos condiciones no muy moderadas, pero, enviando después a otros, exigía que se le entregase la hegemonía, que en lo demás no iba a disputar con ellos, sino que incluso les devolvería rápidamente los
3 prisioneros y el territorio. Estando los aqueos dispuestos a aceptar el cese de las hostilidades en esas condiciones y convocando a Cleómenes en Lerna, donde iba a tener lugar la asamblea, sucedió que Cleómenes, después de haber caminado duramente y bebido agua a destiempo, vomitó una gran cantidad de sangre y se
4 quedó sin voz. Por eso, devolvió los prisioneros más importantes a los aqueos y, aplazando la asamblea, volvió a Lacedemonia.

Acercamiento de Arato a Antígono de Macedonia

37 (16) Esto perjudicó mucho la situación de la Hélade que, de alguna manera, quizás, estaba todavía a tiempo de reponerse de sus circunstancias presentes y escapar de la inso-
2 lencia y ambición[149] de Macedonia. Pues

[147] El nombre de esta ciudad es inseguro. La lectura de los manuscritos, *Lággōni*, ha sido enmendada en algunas ediciones por *Lasiṓni*, con lo que se trataría de Lasió, una localidad en litigio entre Arcadia y Élide.

[148] *Cf.* PLUT., *Vida de Arato* 38, 2 ss.

[149] Estas dos características, insolencia y ambición, *hýbris kaì pleonexía*,

Arato, ya fuera por desconfianza y miedo a Cleómenes, ya por envidia hacia quien se veía favorecido por una fortuna inesperada, considerando que, tras haber ocupado el primer puesto durante treinta y tres años[150], era terrible que la fama, al tiempo que el poder, lo alcanzara un hombre tan joven y se hiciese con el mando de una situación que él había manejado y llevado adelante durante tanto tiempo, al principio intentó presionar y hacer cambiar de opinión a los aqueos. Como no le hicieron caso, 3
admirados de la audacia de Cleómenes, sino que consideraron justa la idea de los lacedemonios de reorganizar el Peloponeso según el modelo ancestral, recurrió a una acción indigna para cualquier griego y especialmente vergonzosa para él, completamente impropia de lo que había hecho y llevado a cabo hasta entonces en política: llamar a Antígono[151] a Grecia y llenar el Peloponeso de macedonios. Él, que del Peloponeso, siendo un 4
muchacho, los había expulsado cuando liberó Acrocorinto[152]; él, que se había vuelto sospechoso y enemigo de todos esos reyes y que había dicho mil males de este mismo Antígono en las *Memorias* que dejó. Y en verdad dijo que había sufrido mucho 5
y se había expuesto por los atenienses para que la ciudad se viera liberada de las guarniciones macedonias[153]. Y ahora los

se atribuyen de manera recurrente a las monarquías helenísticas en la obra de Plutarco.

[150] La liberación de Sición, punto de partida de la carrera política de Arato, tuvo lugar en el 251 a. C. Desde entonces, pues, habían pasado veintisiete años, no treinta y tres, de lo que se deduce que los cálculos de Plutarco se remontan a la primera juventud de Arato, cuando empezó a dar muestras de valor. *Cf.* G. MARASCO, *Commento alle biografie...*, vol. II, pág. 478. *Cf.* también PLUT., *Arato* 41, 2, donde se repiten las mismas fechas.

[151] Antígono III Dosón, rey de Macedonia entre 229 y 220 a. C.

[152] Para estos hechos, *cf.* PLUT., *Arato* 33-34 y PAUSANIAS, II 8, 6.

[153] En el 229 a. C. Arato ayudó a los atenienses a expulsar la guarnición macedonia instalada por Antígono Gonatas en el Pireo en el 263 a. C. *Cf.* PLUT., *Arato* 34, 1-7.

introdujo armados en su propia patria y hogar y hasta en el gi-
6 neceo[154]. En cambio, al descendiente de Heracles y rey de Esparta, a aquel que, como si se tratara de una armonía perdida, de nuevo reconducía la constitución de los ancestros hacia aquella sensata y doria ley[155] y disciplina de Licurgo, a ése no lo consi-
7 deraba digno de estar al frente de los de Sición y Tritea[156]. Rechazando el pan de cebada y las capas raídas y, lo que era su más terrible acusación contra Cleómenes, la eliminación de la riqueza y la rehabilitación de la pobreza, se arrojó, con la Acaya, a los pies de la diadema, la púrpura y las órdenes macedonias y sátrapas para que no pareciera que lo hacía ante Cleómenes, ofreciendo sacrificios en honor de Antígono, cantándole peanes, coronándose de flores él mismo ante un hombre consu-
8 mido por la tisis[157]. Pero estas cosas no las escribo con intención de inculpar a Arato —pues, en muchas circunstancias, este hombre fue grande y digno de Grecia—, sino para lamentar la debilidad de la naturaleza humana, que ni siquiera en caracteres tan memorables y dispuestos a la virtud puede sacar algo bueno sin despertar la envidia de los dioses.

38 (17) Llegados de nuevo los aqueos a Argos[158] para la asamblea y

[154] Antígono Dosón era tío y tutor de Filipo, que lo sucedió como Filipo V. Siendo huésped de Arato el Joven, hijo del estratego, sedujo a su mujer. *Cf.* PLUT., *Arato* 49, 2.

[155] En este punto, en el contexto de la comparación musical que Plutarco acaba de establecer, es pertinente señalar el doble valor del término *nómos*, que hemos traducido como «ley», pero que también significa «modo musical» y recordar la opinión de Platón sobre la superioridad de la música doria (PLATÓN, *Laques* 188e y *República* III 399a ss.). *Cf.* G. MARASCO, *Commento alle biografie...*, vol. II, pág. 480.

[156] Sición era una importante ciudad doria, no así Tritea, que aparece citada en PLUT., *Arato* 11, 1, junto a otras pequeñas localidades de Acaya.

[157] De estas fiestas en honor de Antígono también se habla en PLUT., *Arato* 45, 3.

[158] El lugar natural de las asambleas aqueas era Egio, de la que se hablará

vuelto Cleómenes de Tegea, todos tenían una gran esperanza de
que fuera a alcanzarse la paz. Pero Arato, que ya se había puesto 2
de acuerdo con Antígono en lo principal, temiendo que Cleóme-
nes actuase en su contra, después de ganarse la voluntad del pue-
blo —o bien de obligarlo por la fuerza— decidió que o viniera
solo, tomando trescientos rehenes, o se encontrasen fuera de la
ciudad, junto al gimnasio de Cilárabis[159], con las tropas. Tras oír 3
esto, Cleómenes afirmó sentirse víctima de un trato injusto: tenía
que haberlo dicho antes y no desconfiar de él ahora, cuando esta-
ba a las puertas, y dejarlo fuera. Tras escribirles una carta a los 4
aqueos en relación con este asunto, en la que sobre todo acusaba
a Arato, y después de que también Arato lo injuriase mucho a él
ante el pueblo, levantó el campamento rápidamente y envió a un
heraldo anunciando la guerra contra los aqueos, no contra Argos,
sino contra Egio[160], como dice Arato, para adelantarse a sus prepa-
rativos. Una gran agitación se produjo entre los aqueos y las ciu- 5
dades se prepararon para hacer defección, ya que la gente del pue-
blo esperaba el reparto de las tierras y la abolición de las deudas y
los principales, en muchos sitios, soportaban mal a Arato; algunos
incluso sentían cólera porque había introducido en el Peloponeso
a los macedonios. Por eso, muy animado con estas noticias, Cleó- 6
menes se lanzó contra Acaya. En primer lugar, se apoderó de Pe-
lene, tras caer sobre ella de repente, y expulsó las guarniciones de
los aqueos. Después de esto, avanzó contra Feneo[161] y Penteleo[162].

---

inmediatamente. La reunión en Argos era algo excepcional debido, con seguridad, a razones militares, ya que los aqueos no podían arriesgarse a recibir a Cleómenes con su ejército en el corazón de Acaya.

[159] Hijo de Esténelo, uno de los epígonos que conquistaron Tebas, el rey de Argos Cilárabis había dado su nombre a un gimnasio extramuros. *Cf.* PAUSANIAS, II 22, 8.

[160] En la costa del golfo de Corinto, centro de la Liga Aquea.

[161] Localidad de la Arcadia.

[162] G. MARASCO, *Commento alle biografie...*, vol. II, pág. 489, sugiere que

7 Los aqueos, temiendo una traición en Corinto y Sición, enviaron caballería y mercenarios desde Argos para que se encargaran de la vigilancia allí y ellos mismos bajaron a Argos para celebrar los Juegos Nemeos[163]. Entonces Cleómenes, previendo lo que en realidad sucedió, que si caía inesperadamente sobre una ciudad llena de una muchedumbre en fiesta y de espectadores, mayor sería la
8 confusión, llevó de noche el ejército hasta las murallas y, tomado el lugar vecino a Aspis[164], al pie del teatro, un lugar difícil y poco accesible, hasta tal punto espantó a los hombres que ninguno presentó combate, sino que recibieron la guarnición, le entregaron veinte rehenes de los ciudadanos y se convirtieron en aliados de los lacedemonios, siendo para él la hegemonía.

39 (18) En no pequeña medida contribuyeron estos hechos a su fama y su poder. Pues ni los antiguos reyes de los lacedemonios, que mucho lo habían intentado, fueron capaces de atraerse a Argos de manera definitiva. El más admirable de todos los generales, Pirro[165], que entró por la fuerza, no pudo conservar la ciudad,
2 murió y se perdió con él gran parte de su ejército[166]. De ahí la admiración por la rapidez y previsión de Cleómenes. Y los que antes se reían de él cuando decía que había que imitar a Solón y a Licurgo en la abolición de las deudas y el reparto de los bienes, ahora se mostraban completamente convencidos de que él era la
3 causa de la transformación de los espartiatas. Pues antes, en tan mísera situación estaban y eran tan incapaces de defenderse, que los etolios, en una incursión en Laconia, les habían arrebatado

---

se trata no de una localidad sino de alguna fortaleza situada en los montes de Arcadia (los léxicos de Focio y Hesiquio hablan de los montes *Pentéleia)*.

[163] Las Nemeas estaban entre las cuatro grandes fiestas de Grecia, junto a los Juegos Píticos, Olímpicos e Ístmicos.

[164] Ciudad fortificada que desempeñaba un papel fundamental en la defensa de Argos.

[165] Rey del Epiro a partir del 297 a.C.

[166] PLUT., *Pirro* 31-34.

cincuenta mil esclavos[167], situación sobre la que, dicen, uno de
los más viejos de los espartiatas afirmó que los enemigos les
habían hecho un favor aligerando Laconia. Pero, poco tiempo 4
después, con sólo aplicarse a las costumbres de los antepasados
y situarse en la huella de aquella disciplina, como si estuviera
presente y gobernara con ellos Licurgo, daban muchas muestras
de valor y obediencia, haciéndose con la hegemonía de Grecia
para Lacedemonia y recuperando el Peloponeso.

Tomada Argos y, a continuación, sumadas rápidamente a la 40 (19)
causa de Cleómenes Cleonas y Fliunte, Arato estaba en Corinto
haciendo un recuento de los que se decía que eran filolaconios.
Propagada la noticia de estos acontecimientos, muy alterado y 2
dándose cuenta de que la ciudad se inclinaba hacia Cleómenes
y quería separarse de los aqueos, convocó a los ciudadanos al
consejo y pasó, sin que nadie se diera cuenta, al otro lado de las
puertas[168]. Allí, haciéndose traer el caballo, montó y escapó ha- 3
cia Sición. Corriendo los corintios hacia Argos, para reunirse 4
con Cleómenes, dice Arato que reventaron todos los caballos
y que Cleómenes les reprochó no haberlo apresado y haberlo
dejado huir. Con todo, Megístono llegó hasta él de parte de 5
Cleómenes pidiéndole que entregara Acrocorinto —pues tenía
una guarnición aquea— a cambio de una gran suma de dinero.
Él le respondió que la situación no estaba en sus manos, que
más bien él era presa de la situación. Esto es lo que ha dejado
escrito Arato[169]. Cleómenes, saliendo de Argos y después de 6
atacar y ganarse Trecén, Epidauro y Hermíone, llegó a Corinto.

---

[167] Esta cifra tan elevada puede explicarse con la ayuda de un pasaje de POLIBIO, IV 34, 9, donde se dice que los etolios esclavizaron a los periecos. De manera que, aunque en Plutarco leemos *pénte myríadas andrapodōn*, («cincuenta mil esclavos»), el término «esclavo» se referiría más bien a la condición de esos prisioneros después de su captura.

[168] *Cf.* el mismo episodio en PLUT., *Arato* 40, 3 ss.

[169] *FGrHist* 231 52, 2.

7 Rodeó con una empalizada la ciudadela, ya que los aqueos no querían abandonarla, y, tras hacer venir a los amigos e intendentes de Arato, les ordenó que se hicieran cargo de su casa y
8 bienes y que la cuidasen y administrasen. Le envió un nuevo mensajero, a Tritímalo[170] el mesenio, que le propusiera que Acrocorinto fuera vigilada por una guarnición de aqueos y lacedemonios y le ofreciera a Arato, a título privado, una paga doble
9 de la que recibía del rey Tolomeo. Una vez que Arato no atendió a las demandas, sino que incluso envió a su hijo a Antígono con los otros rehenes y convenció a los aqueos para que votasen entregar Acrocorinto a Antígono, entonces Cleómenes, lanzándose contra Sición, la devastó y recibió los bienes de Arato, que los corintios votaron que se le entregasen como regalo.

41 (20) Atravesando Antígono con un gran contingente Gerania[171], consideró (Cleómenes) que era necesario proteger, no el Istmo, sino las montañas Oneas[172] con empalizadas y muros y agotar a los macedonios con una guerra de posiciones más que en-
2 frentarse a una falange bien ejercitada. Con estos planes llevó a Antígono a una situación sin salida: ni se había provisto de avituallamiento suficiente, ni era fácil abrirse paso por la fuer-
3 za estando Cleómenes en medio. Tras intentar atravesar el Lequeo[173] en la noche, fue rechazado y perdió a algunos de sus soldados, de manera que Cleómenes se llenó completamente de confianza y sus tropas se fueron a cenar tras la victoria, mientras que Antígono estaba descorazonado, obligado por la
4 necesidad a tomar decisiones difíciles. Quería retirarse hacia

---

[170] En PLUT., *Arato* 41, 5, en la narración de estos mismos hechos, se habla de un tal Trípilo como mensajero de Cleómenes. Parece que debe tratarse del mismo personaje, aunque R. FLACELIÈRE y É. CHAMBRY, *op. cit.*, pág. 60, no están demasiado de acuerdo.

[171] Montaña entre Mégara y Corinto.

[172] Sierra que limita el Istmo por el norte.

[173] Puerto occidental de Corinto.

la cima del Hereo[174] y desde allí hacer pasar en naves su ejérci-
to hasta Sición. Esto requería mucho tiempo y unos preparati-
vos que no debían dejarse al azar. Pero ya al atardecer llegaron 5
desde Argos por mar compañeros de Arato llamándolo, dicien-
do que los argivos se habían revuelto contra Cleómenes. Aris- 6
tóteles era el que había planeado la defección. La muchedum-
bre le obedeció sin mucho esfuerzo, irritada porque Cleómenes
no hizo lo que ellos esperaban: eliminar las deudas. Tomando 7
entonces Arato mil quinientos soldados de Antígono, navegó
hasta Epidauro. Pero Aristóteles no lo esperó, sino que, condu-
ciendo a los ciudadanos, se lanzó al asalto de la acrópolis 8
enfrentándose a las guarniciones. Con él estaba Timóxeno,
ayudándole con aqueos de Sición.

Tras oír esto Cleómenes, en la segunda guardia de la no- 42 (21)
che[175], mandó llamar a Megístono y, encolerizado, le ordenó ir
rápidamente a prestar ayuda a Argos. Pues éste era el que res-
pondía ante él de la fidelidad de los argivos y el que le impidió
expulsar a los sospechosos. Entonces, tras enviar a Megístono 2
con dos mil soldados, él mismo volvió su atención a Antígono
y animaba a los corintios, diciendo que en Argos no pasaba
nada de importancia sino que había algo de movimiento pro-
vocado por unos pocos hombres. Una vez que Megístono, lan- 3
zándose sobre Argos, murió en el combate y a duras penas re-
sistían los miembros de la guarnición y enviaban continuas
noticias a Cleómenes, éste, temiendo que los enemigos, adue-
ñándose de Argos y cortando los accesos, ellos mismos saquea-
ran a su gusto Laconia y sitiaran una abandonada Esparta, sacó
de Corinto su ejército. Rápidamente se vio despojado de esta 4
ciudad, al caer Antígono sobre ella y establecer una guarnición.

[174] Promontorio cercano a Corinto, frente a Sición, con un importante santuario de Hera.

[175] La noche se dividía en turnos de guardia, normalmente tres.

5 Llegado a Argos, junto a los muros, intentó asaltarlos y reagrupó su ejército después de la marcha. Tras cortar las bóvedas bajo el Aspis, subió y se unió a los que dentro todavía resistían a los aqueos y, colocando escalas, se apoderó de algunos barrios del interior y dejó desiertas de enemigos las calles, habiendo dado órdenes a los cretenses de que utilizaran sus fle-
6 chas. Cuando vio a Antígono bajando desde la ciudadela hasta el llano con la falange y a su numerosa caballería lanzándose
7 contra la ciudad, desesperó de la victoria. Reuniéndolos a todos junto a él, bajó de manera segura y se apartó junto a la muralla. Después de conseguir grandes éxitos en poquísimo tiempo y habiendo estado a punto de hacerse dueño de todo el Peloponeso en una sola maniobra, con la misma rapidez había
8 vuelto a perderlo todo. Pues, de entre los aliados, unos lo abandonaron al momento y otros entregaron poco después sus ciudades a Antígono.

43 (22) Así le habían ido las cosas en la campaña y conducía a su ejército de vuelta cuando, atardeciendo ya, en Tegea salieron a su encuentro mensajeros de Lacedemonia trayéndole noticia de una desgracia no menor que la que acababa de sufrir: la muerte de su mujer. Ni siquiera en las campañas más favorables soportaba mucho su ausencia, sino que volvía a Esparta una y otra
2 vez porque amaba a Agiatis y la tenía en la mayor estima. Se quedó abatido y sintió un gran dolor, como era normal en un hombre joven que se veía privado de una mujer tan hermosa y sensata, pero ni hizo nada reprochable ni dejó que cediesen al sufrimiento su nobleza y su grandeza de ánimo, sino que conservando la voz, la actitud y la apariencia que solía mostrar antes, daba órdenes a los generales y se preocupaba por la segu-
3 ridad de los de Tegea. El mismo día volvió a Lacedemonia y, tras dar rienda suelta a su dolor en casa con su madre y sus hijos, rápidamente estaba de nuevo dándole vueltas a la situación general.

El rey Tolomeo de Egipto[176] le ofrecía ayuda[177], pero recla- 4
maba como rehenes a su madre e hijos y, durante mucho tiem-
po, él sintió vergüenza de decírselo a su madre. Muchas veces,
después de acercarse y estar a punto de hablar, se quedaba
callado, de manera que aquélla empezaba a sospechar y pregun-
taba a sus amigos si es que él quería algo de ella que no se
atrevía a pedir. Finalmente, Cleómenes se decidió a hablar y 5
entonces ella se rió mucho y dijo: «¿Era esto lo que muchas
veces empezabas a decir y luego no te atrevías? ¿No nos vas a
meter lo antes posible en un barco y enviarnos a donde creas
que este cuerpo va a serle más útil a Esparta antes de que, sin
hacer nada, se muera de la propia vejez?». Una vez todo prepa- 6
rado, llegaron hasta Ténaro por tierra y el ejército en armas los
escoltaba. A punto de subir a la nave, Cratesiclea condujo a
Cleómenes solo al templo de Posidón[178] y abrazándolo y besán-
dolo a él, que estaba entristecido y lleno de temor, le dijo: «Va- 7
mos, rey de los lacedemonios, que cuando estemos fuera nadie
nos vea llorar ni hacer nada indigno de Esparta. Esto es lo único
que está en nuestra mano; la suerte será como la divinidad dis-
ponga». Dicho esto y recomponiendo su rostro, avanzó hacia la 8
nave con el niño y dio orden al piloto de partir rápidamente.
Una vez que llegó a Egipto y se enteró de que Tolomeo recibía 9
mensajes y embajadas de Antígono y oyó, acerca de Cleóme-
nes, que, proponiéndole la paz los aqueos, él temía detener la
guerra sin el permiso de Tolomeo por causa de ella, le escribió
que hiciese lo conveniente y favorable para Esparta y que no
estuviese siempre con miedo a Tolomeo por culpa de una sola

---

[176] Tolomeo III Evérgetes.

[177] Parece que se trataba de una ayuda exclusivamente económica. *Cf.* POLIBIO, II 51, 1.

[178] En nota a *Agis* 16, 6, ya hemos hablado del famoso santuario dedicado a Posidón en el cabo Ténaro.

10 anciana y un niño. Tal se dice que se mostró ella en los cambios de la fortuna.

44 (23)

Asalto de Cleómenes a Megalópolis

Tras apoderarse Antígono de Tegea y devastar Orcómeno y Mantinea[179], Cleómenes, reducido a la propia Laconia, liberaba a los hilotas que podían pagar cinco minas áticas y reunió así quinientos talentos[180]; después de equipar a dos mil hombres al modo macedonio como fuerza de oposición a los *leucáspides*[181] de Antígono, concibió un gran
2 proyecto que nadie se esperaba. Megalópolis no era entonces por sí misma ni más pequeña ni más débil que Lacedemonia y tenía el apoyo de los aqueos y de Antígono, que estaba acampado en los flancos y parecía haber sido llamado por los aqueos
3 sobre todo por deseo de los de Megalópolis. Habiendo proyectado Cleómenes arrebatar[182] esta ciudad —pues no existe expre-

[179] De la toma de Mantinea, uno de los episodios más terribles de esta guerra, habla Polibio, II 54, 11 ss. El historiador aprovecha para criticar a Filarco y su «historiografía trágica».

[180] En casos de necesidad militar era frecuente la liberación de hilotas. Sobre las diferentes interpretaciones de este pasaje, T. Africa, «Cleomenes III and the Helots», *California Studies in Classical Antiquity* 1 (1968), 1-11; M. Daubies, «Cléomène III, les hilotes et Sellasie», *Historia* 20 (1971), 665-695; I. Didu, «Cleomene III e la liberazione degli iloti», *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia dell'Università di Cagliari* 1 n.s. (1976-1977), 5-39; G. Marasco, «Cleomene III, i mercenari e gli iloti», *Prometheus* 5 (1979), 45-62 y J. Ducat, «Cléomène III et les Hilotes», *Ktèma* 12 (1987), 43-52.

[181] Los *leucáspides* («escudos blancos») eran la fuerza de elite del ejército macedonio. Más arriba, en 32, 3, ya se había dicho que Cleómenes introdujo el uso de la *sarisa*, la lanza macedonia, y ahora se insiste en el equipamiento al modo macedonio. Sobre este ejército, *cf.* M. B. Hatzopoulos, *L'organisation de l'armée macédonienne sous les Antigonides: problèmes anciens et documents nouveaux*, París, De Boccard, 2001.

[182] El verbo que emplea Plutarco es *harpádso*, habitual en las escenas de

sión más conveniente a la rapidez y lo inesperado de esta acción—, tras ordenar que tomaran víveres para cinco días, condujo a su ejército hacia Selasia, como si fuera a asolar la Argólida. Desde allí, bajando hacia el territorio de Megalópolis 4
y tras cenar cerca de Reteo, rápidamente se puso en camino a través de Helisonte[183] hacia la ciudad. Estando ya cerca, envió 5
a Panteo con dos compañías de lacedemonios, tras darle órdenes de que se apoderara de la parte de la muralla entre las dos torres, que sabía que era la parte de la fortificación más descuidada por los megalopolitanos; con el resto de la tropa les seguía lentamente. Encontrándose Panteo no sólo con aquel lugar, sino con 6
gran parte de la muralla desprotegida, una sección la abatió inmediatamente y en el resto hizo brechas matando a todos los de la guarnición con los que se encontraba. Cleómenes se apresuró a unirse a él y, antes de que los de Megalópolis se dieran cuenta, ya estaba dentro con su ejército.

Apenas este desastre se hizo evidente a los de la ciudad, 45 (24)
unos huyeron cogiendo cuanto pudieron de sus pertenencias, otros se agruparon con sus armas haciendo frente a los enemigos y combatiéndolos y, aunque no tuvieron fuerza para repelerlos, facilitaron a los ciudadanos que huían una retirada segura, de manera que no quedaron dentro más de mil y todos los demás, con los niños y las mujeres, llegaron a refugiarse en Mesenia. Lograron salvarse también la mayor parte de los que 2
llegaron en su ayuda a combatir con ellos. Muy pocos fueron hechos prisioneros, entre ellos Lisándridas y Teáridas[184], hom-

---

rapto y violencia, de ahí la explicación del propio autor sobre lo adecuado de su empleo aquí.

[183] Los dos nombres ofrecen dificultad. En el primer caso, se ha propuesto corregir *Rhoíteion* en *Zoítion* (Zeteo, *cf.* PAUSANIAS, VIII 27, 3), en el segundo, *Helissoûntos (cf.* Helisunte en PAUSANIAS, VIII 30, 1) es una corrección a *Helikoûntos.*

[184] Sobre este personaje, G. MARASCO, *Commento alle biografie...*, vol. II, pág. 539, sugiere que se trata del abuelo de Polibio.

bres de los más notables y poderosos de Megalópolis. Por eso,
apresándolos, los soldados los condujeron rápidamente ante
3 Cleómenes. Lisándridas, cuando vio de lejos a Cleómenes, gri-
tó diciendo: «Tienes en tus manos, oh, rey de los lacedemonios,
llevar a cabo una empresa más hermosa y propia de un rey que
4 la que acabas de hacer y alcanzar una fama mayor». Cleóme-
nes, sospechando lo que iba a pedir, contestó: «¿Qué dices, Li-
5 sándridas?, ¿no irás a pedirme que te devuelva la ciudad?». Y
Lisándridas dijo: «Esto es lo te que digo y aconsejo, que no
destruyas una ciudad tal, sino que la llenes de amigos y aliados
fieles y seguros, devolviendo a los de Megalópolis su patria y
6 convirtiéndote en el salvador de un pueblo tal». Cleómenes,
tras guardar silencio por un momento, dijo: «Es difícil fiarse de
eso, pero venza siempre entre nosotros lo que conduce a la fama
7 sobre lo ventajoso». Dicho lo cual, envió a los dos hombres a
Mesenia con un heraldo de su parte para que devolviese la ciu-
dad a los megalopolitanos bajo la condición de convertirse
8 en aliados y amigos, abandonando a los aqueos. Aunque las
propuestas de Cleómenes eran nobles y generosas, Filopemén
no permitió a los de Megalópolis abandonar su pacto con los
aqueos, sino que, acusando a Cleómenes de que no buscaba
devolver la ciudad sino apresar a los ciudadanos, expulsó de
9 Mesenia a Teáridas y Lisándridas. Se trataba de aquel Filope-
mén que después fue el primero de los aqueos y ganó una gran
fama entre los griegos, como está dicho en el libro especial-
mente dedicado a él[185].

46 (25) Enterado de esto Cleómenes, que había guardado la ciudad intacta e íntegra hasta el punto de que nadie fue sorprendido apoderándose de la más mínima cosa, entonces, muy irritado e indignado, saqueó sus bienes y envió a Esparta las estatuas y

[185] PLUT., *Filopemén*. Se trata del famoso estratego de la Liga Aquea, nacido en el 253 a. C.

pinturas y, tras arrasar y destruir la mayor parte de la ciudad y sus principales barrios, emprendió la vuelta a casa temeroso de Antígono y de los aqueos, que no habían reaccionado. Y es que 2
estaban celebrando un consejo en Egio. Arato subió al estrado y se lamentó largamente cubriéndose el rostro con la clámide. Como todos mostraban extrañeza y le pedían que se explicara, dijo que Megalópolis había sido destruida por Cleómenes. La 3
asamblea de los aqueos se disolvió rápidamente, consternados por la rapidez y magnitud de la desgracia; en cuanto a Antígono, aunque intentó prestar socorro, después, como su ejército salía lentamente de los cuarteles de invierno, dio la orden contraria, que se quedaran donde estaban, y se dirigió él mismo hacia Argos llevando con él ⟨no⟩[186] muchos soldados. Por eso, 4
la segunda empresa de Cleómenes pareció un atrevimiento llevado a cabo con temeridad y locura, pero fue, en cambio, obra de mucha previsión, como dice Polibio[187]. Pues, sabiendo 5
que los macedonios estaban desperdigados por diferentes ciudades en los cuarteles de invierno [según dice] y que Antígono, con unos pocos mercenarios, pasaba el invierno en Argos, atacó la tierra argiva calculando que, o se impondría a Antígono si éste era provocado por el pundonor, o, si no se atrevía a combatir, lo desacreditaría ante los argivos. Y eso fue lo que sucedió, 6
pues, devastado el territorio y todo saqueado y arrasado por él, los argivos, no pudiendo sufrirlo, se reunieron junto a las puertas del rey y le lanzaban gritos, ordenándole que luchase o entregase la hegemonía a los que eran más fuertes. Antígono, 7
como convenía a un general sensato, pensando que lo vergonzoso era arriesgarse imprudentemente y abandonar la seguridad, no el escuchar las maldiciones de los que estaban fuera, no

[186] Se ha añadido la negación, ⟨*ou*⟩, al comparar este texto con el de POLIBIO, II 64, 1-3.

[187] POLIBIO, II 64, 1-2.

8 salió y permaneció absorto en sus propios cálculos. Cleómenes, avanzando hasta las murallas con su ejército, tras proferir insultos y causar daños, se retiró tranquilamente.

47 (26) Poco después, tras oír que Antígono se lanzaba de nuevo contra Tegea como para atacar desde allí Laconia, se puso de nuevo rápidamente al frente de sus soldados y, tomando un atajo por otros caminos, se presentó al alba a las puertas de la ciudad de los argivos. Devastó los cultivos y lo hizo, no como los demás, segando el trigo con hoces y cuchillos, sino tronchándolo con grandes palos construidos a la manera de sables con los cuales, como un juego, mientras avanzaba y sin ningún
2 esfuerzo lo trituraba todo y destruía la cosecha. Sin embargo, una vez llegados junto a Cilárabis, como intentaron quemar el gimnasio, lo impidió, que lo que había hecho él en la ciudad de Megalópolis fue más bien producto de la ira y no una bella ac-
3 ción. Antígono, en un primer momento, volvió de nuevo hacia Argos y después tomó las montañas y desfiladeros con centinelas[188]; (Cleómenes), fingiendo despreocuparse y despreciarlo, envió heraldos pidiendo las llaves del Hereo para hacerle un
4 sacrificio a la diosa antes de irse. Así, con burlas e ironías, tras hacer un sacrificio a la diosa al pie del templo cerrado, condujo
5 el ejército a Fliunte. Desde allí, después de expulsar la guarnición de Oligirto[189], bajó hacia Orcómeno, inspirando confianza y valor a los ciudadanos y dando la impresión, a los ojos de los enemigos, de ser un hombre capaz de ejercer el mando y digno
6 de grandes empresas. Pues luchar al mismo tiempo contra el ejército de los macedonios, contra todos los peloponesios y

[188] Con estos movimientos de Antígono Dosón, en el 222 a.C., comienza la campaña que llevaría a la batalla de Selasia.

[189] Plaza fuerte de Arcadia. La grafía es insegura y en los manuscritos se lee *onógyrton* y *ológynton*. La lectura comúnmente aceptada se basa en dos pasajes de POLIBIO, IV 11, 5; IV 70, 1.

contra el apoyo financiero del rey con las fuerzas de una única ciudad, conservando Laconia intacta, causando grandes estragos en los territorios enemigos y apoderándose de tales ciudades, eso parecía propio de una habilidad y grandeza de ánimo poco comunes.

Batalla de Selasia

Pero el primero que llamó al dinero el 48 (27)
nervio de los negocios[190] parece que dijo esto mirando sobre todo a los negocios de la guerra. Démades[191], una vez que los atenienses 2
ordenaban que las trirremes se botaran y se equiparan aunque carecían de recursos, dijo: «Antes es amasar el pan que navegar». Se dice también que Arquidamo el Viejo[192], 3
al principio de la guerra del Peloponeso, pidiéndole los aliados que impusiese tributos, dijo que la guerra no se alimentaba con un precio fijo. Pues de la misma manera que los atletas ejercita- 4
dos acaban por aplastar con su peso y vencer a los que son armoniosos y hábiles, así también Antígono, al frente de una gran fuerza para la guerra, fatigaba y agotaba a Cleómenes, que apenas y con esfuerzo podía pagar el salario a los aliados y el alimento a los ciudadanos. Por lo demás, el tiempo estaba a favor 5
de Cleómenes, habiendo sido reclamado Antígono por asuntos internos. Pues, estando él ausente, los bárbaros saqueaban y de- 6
vastaban Macedonia y, en ese momento, un gran ejército de ilirios había descendido y los macedonios, que sufrían el pillaje, reclamaban a Antígono. Y poco faltó para que le fueran entrega- 7
das estas cartas justo antes de la batalla: de haber sido así, se habría ido al punto enviando a paseo a los aqueos. Pero la fortuna, 8

---

190 Proverbio que aparece también en DIÓGENES LAERCIO, IV 48.

191 Orador del siglo IV a. C., filomacedonio.

192 Rey de Esparta entre el 469 y el 427 a. C. Sobre esta anécdota, *cf.* PLUT., *Máximas de espartanos* 219 A.

que decide los más importantes asuntos en un instante, mostró la importancia decisiva del poder de la ocasión: tras la batalla en Selasia y después de perder Cleómenes la ciudad y su ejército, al
9 punto se presentaron los que reclamaban a Antígono. Esto hizo todavía mayor y más lamentable la desgracia de Cleómenes,
10 pues con sólo dos días que hubiera aguantado y evitado la batalla, no hubiera tenido necesidad de luchar, y hubiera hecho las paces con los aqueos en los términos que hubiera querido una
11 vez retirados los macedonios. Pero, como hemos dicho, puesto en la situación, por la falta de recursos, de dirimirlo todo con las armas, se vio obligado, como dice Polibio, a luchar con veinte mil hombres frente a treinta mil.

49 (28) Se mostró en el combate como un general admirable y contó con unos conciudadanos fogosos, incluso los mercenarios combatieron también de un modo nada despreciable, pero fue aplastado por la calidad del armamento y por el peso de la falange
2 hoplítica. Filarco, por otra parte, dice que fue la traición lo que
3 sobre todo terminó con los planes de Cleómenes[193]. Pues Antígono había dado orden a los ilirios y acarnienses de que, en maniobra secreta, se deslizaran y rodearan el ala opuesta, al frente de la cual estaba Euclidas, el hermano de Cleómenes; después, colocó en orden de batalla el resto de su ejército. Cleómenes, mirando desde una atalaya, como por ningún lado vio las armas de los ilirios y acarnienses, temió que Antígono los estuviera
4 empleando para alguna maniobra de este tipo. Llamó entonces a Damóteles, el que estaba encargado de la criptía[194], y le ordenó

[193] *FGrHist* 81 F 59.

[194] Sobre la *krypteía*, *cf.* PLUT., *Licurgo* 28. Los testimonios principales sobre la criptía son el citado pasaje de Plutarco y PLATÓN, *Leyes* I, 633b-c. En el texto de Plutarco, al hablar de la violencia que algunos atribuyen a ciertas reformas de Licurgo, se recuerda la institución de la criptía, en virtud de la cual algunos jóvenes elegidos eran abandonados en los límites de la ciudad con lo indispensable para subsistir y armados con un cuchillo. Duran-

que fuera a ver e investigar en qué estado se encontraban la reta-
guardia y los flancos del ejército. Como Damóteles le dijo 5
—pues Antígono, según se cuenta, lo había corrompido antes
con dinero— que se despreocupara, que esto estaba bien, que
atendiese a los que le atacaban de frente desde el bando enemigo
y a esos combatiese, él se fió y avanzó contra Antígono. Recha-
zó, con el ímpetu de los espartiatas que lo rodeaban, la falange
de los macedonios, que se retiró unos cinco estadios, y la persi-
guió, presionándola y venciéndola. Después, al verse rodeado 6
Euclidas del otro flanco, se detuvo y, comprendiendo el peligro,
dijo: «Estás perdido, hermano mío queridísimo, estás perdido
tú, valeroso y digno de ser imitado por los hijos de Esparta y
cantado por sus mujeres[195]». Muerto así Euclidas y los suyos, 7
como los enemigos vencedores se volvieron contra ellos, al ver

te la noche, continúa Plutarco, se acercaban a los caminos y mataban a los hilotas que sorprendían. El testimonio de Platón, en cambio, insiste más en el valor que tenía como entrenamiento para la guerra el hecho de abandonar a su suerte en las montañas a los jóvenes, que debían procurarse comida mediante el robo y medios similares. En cuanto a este pasaje en concreto de *Cleómenes*, para algunos autores avala la idea de que se trataba de un cuerpo de elite que podía ser empleado para aterrorizar a los hilotas y, en tiempos de guerra, para operaciones especiales de reconocimiento en las líneas enemigas (E. LÉVY, *Sparte. Histoire politique...*, pág. 66). En contra de esta tesis, J. DUCAT, «La cryptie en question», en *Esclavage, Guerre, Économie en Grèce ancienne*, P. BRULÉ y J. OULHEN, eds., Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 1997, págs. 43-77. Más allá de este pasaje de Plutarco, una obra de referencia acerca de la criptía es P. VIDAL-NAQUET, *Le chasseur noir. Formes de pensée et formes de societé dans le monde grec*, París, La Découverte, 1991[3]. Otros trabajos sobre el tema: E. LÉVY, «La kryptie et ses contradictions», *Ktèma* 13 (1988), 245-252; K.-W. WELWEI, «War die Krypteia ein grausames Terrorinstrument?: zur Entstehung einer Fiktion», *Laverna* 15 (2004), 33-46.

[195] PLUT., *Licurgo* 14, 4, habla de los coros de muchachas en Esparta. El estudio fundamental es el de C. CALAME, *Les choeurs de jeunes filles en Grèce archaïque*, Roma, Ateneo, 1977.

que los soldados estaban desbaratados y no se atrevían ya a re-
8 sistir, miró por su salvación. Se dice que murieron muchos mercenarios y todos los lacedemonios salvo doscientos: seis mil[196].

50 (29) Una vez que llegó a la ciudad, a los ciudadanos que le salían al encuentro les aconsejó aceptar a Antígono; él dijo que, ya con vida, ya muriendo, haría lo que fuera conveniente para Esparta.
2 Viendo que las mujeres corrían hacia los que habían huido con él y les cogían las armas y les daban de beber, él mismo fue
3 hacia su casa. Como la muchacha, una mujer libre de la que se había apoderado en Megalópolis y a la que mantenía en su casa desde la muerte de su mujer, se le acercaba como de costumbre y quería ocuparse de él, vuelto del campo de batalla, ni aceptó beber, aunque estaba muerto de sed, ni reposar, aunque estaba agotado. Tal como se encontraba, con la coraza puesta, apoyándose de lado en una de las columnas, reclinó el rostro en el brazo y reposó así un poco su cuerpo; tras dar vueltas con su mente a todas las posibilidades, partió con sus amigos hacia
4 Gitio[197]. Embarcaron desde allí en naves dispuestas para este fin y se fueron.

51 (30) Antígono, habiéndose apoderado de la ciudad nada más entrar, se portó humanamente con los lacedemonios, sin ultrajar ni escarnecer la dignidad de Esparta. Tras devolverles sus leyes y constitución y honrar a sus dioses, se retiró al tercer día, enterado de que en Macedonia tenía lugar una gran guerra y la tierra
2 era devastada por los bárbaros[198]. Ya la enfermedad se apoderaba de él, que había derivado a una fuerte tisis y un continuo

---

[196] Sobre la batalla de Selasia, A. Ferrabino, «La bataglia di Sellasia», *Atti della Academia delle Scienze di Torino* 54 (1918-1919), 751-760, 811-819; R. Urban, «Das Heer des Kleomenes bei Sellasia», *Chiron* 3 (1973), 95-102; J. D. Morgan, «Sellasia Revisited», *American Journal of Archaeology* 85 (1981), 328-330.

[197] Puerto de Esparta.

[198] Los ilirios.

flujo. Sin embargo, no cedió, sino que aguantó en los combates 3
que tenían lugar en su patria cuanto fue necesario para que con una gran victoria y una mayor matanza de los bárbaros su muerte fuera más gloriosa. Según parece verosímil y cuenta Filarco[199], a consecuencia de sus propios gritos durante el combate, su cuerpo reventó. En las escuelas se oía contar que gritando de 4
alegría tras la victoria, «¡Oh, hermoso día!», vomitó una gran cantidad de sangre y, muy afiebrado, murió[200]. Esto por lo que a Antígono se refiere.

Cleómenes se retira a Alejandría

Cleómenes, navegando desde Citera[201] a 52 (31)
otra isla, Egialia[202], atracó. Cuando estaba a 2
punto de cruzar desde allí a Cirene[203], uno de sus amigos llamado Tericio[204], un hombre con gran sensatez para la acción y en sus palabras siempre elevado y orgulloso, encontrándose a solas con él le dijo: «¡Oh, rey, la más bella muerte, en el campo de batalla, la 3
hemos dejado escapar! Sin embargo, todos nos habían oído decir que Antígono no vencería al rey de los espartiatas mientras estuviera vivo. La segunda opción, en fama y valor, está ahora 4
en nuestras manos. ¿Adónde navegamos insensatamente, escapando del mal que tenemos cerca y persiguiendo uno lejano? Pues si no es vergonzoso que los descendientes de Heracles estén sometidos a los de Filipo y Alejandro, ahorrémonos esta gran navegación entregándonos a Antígono, que verosímilmen-

199 *FGrHist* 81 F 60.

200 Antígono Dosón murió en la primavera del 221 a. C. El relato de su muerte puede leerse de modo muy parecido en Polibio, II 70.

201 Isla de gran importancia estratégica, a poca distancia de la costa laconia.

202 Al oriente de Citera. La grafía es insegura, *Aigialían* o *Aigilían*.

203 En estos momentos bajo soberanía egipcia.

204 Ya había sido mencionado, en 29, 1, como cómplice de Cleómenes en el asesinato de los éforos.

te aventaja tanto a Tolomeo como los macedonios a los egipcios.
5 Pero si no consideramos justo que sean jefes nuestros aquellos
que nos han vencido con las armas, ¿por qué hacemos dueño
nuestro a quien no nos ha vencido, de modo que nos mostramos
inferiores a dos en vez de a uno, huyendo de Antígono y adulan-
6 do a Tolomeo? ¿O diremos que vamos a Egipto a causa de tu
madre? Desde luego, ¡serías un hermoso espectáculo y digno de
admiración para ella, que te mostraría ante las mujeres de Tolo-
meo como prisionero de guerra, antes rey, y como su hijo huido!
7 Mientras seamos dueños de nuestras espadas y tengamos Laco-
nia a la vista, liberémonos aquí de la fortuna y justifiquémonos
ante los caídos en Selasia por Esparta, en vez de instalarnos en
Egipto para enterarnos de a qué sátrapa ha entregado Antígono
8 Lacedemonia». A estas palabras de Tericio, Cleómenes respon-
dió: «Desdichado, piensas que te muestras valiente persiguien-
do el más fácil de los actos humanos y al alcance de todos, el
9 morir, eligiendo una huida más vergonzosa que la otra. Ante los
enemigos han cedido ya incluso los que eran más fuertes que
nosotros, engañados por la fortuna o reducidos por la superiori-
dad numérica. Pero el que renuncia ante los esfuerzos y fatigas
o ante los reproches y críticas, ése es vencido por su propia co-
10 bardía. La muerte voluntaria no debe ser una huida de la acción,
sino una acción en sí misma. Pues es vergonzoso vivir y morir
sólo para nosotros mismos. Eso es a lo que ahora me animas,
buscando liberarnos de la situación presente, pero sin hacer nada
11 hermoso ni útil de otra manera. Yo creo que es necesario que ni
tú ni yo abandonemos las esperanzas sobre nuestra patria. Cuan-
do ellas nos abandonen a nosotros, entonces nos será más fácil
12 morir voluntariamente». Nada respondió a esto Tericio, pero a la
primera ocasión que tuvo de apartarse de Cleómenes, alejándo-
se a lo largo de la playa, se dio muerte[205].

[205] Suele señalarse este capítulo, con el diálogo entre Cleómenes y Tericio

Cleómenes, haciéndose a la mar desde Egialia, alcanzó Li- 53 (32)
bia y, escoltado por oficiales del rey, llegó a Alejandría. Presen- 2
tado a Tolomeo[206], al principio tuvo un trato cortés, pero ordina-
rio y moderado. Ahora bien, una vez que dio pruebas de su 3
inteligencia y se mostró como un hombre sensato, y cuando
su carácter laconio y sencillo dejó ver en la conversación coti-
diana una gracia de hombre libre, que en modo alguno deshon-
raba su noble origen ni se doblegaba por la fortuna, alcanzó más
influencia que los que hablaban para complacer o lisonjear. Un 4
gran respeto y arrepentimiento se apoderó de Tolomeo por ha-
berse despreocupado de un hombre tal y haberlo abandonado a
Antígono, que ganó así fama y un enorme poder. Conciliándose
con él con honores y muestras de amistad, animaba a Cleóme-
nes: lo enviaría con naves y recursos a Grecia y ocuparía de
nuevo el reino. Le dio también una paga anual de veinticuatro 5
talentos. Los administraba para sí mismo y para los suyos con
sencillez y moderación, gastando la mayor parte en muestras de
generosidad y donaciones a los que huían de Grecia a Egipto.

---

acerca del suicidio, como un claro ejemplo de la influencia estoica en Filarco, fuente principal de Plutarco en estas vidas. Sin embargo, G. MARASCO, *Commento alle biografie...*, vol. II, págs. 599-600 ve aquí, más bien, el reflejo de un conflicto muy ligado a la tradición espartana entre el ideal heroico y la necesaria subordinación absoluta al Estado. Aunque quizás este discurso de Cleómenes no necesite mayor explicación: es inevitable remontarse al siglo V a. C., al espartano Aristodemo que, según relato de Heródoto, ni en Termópilas ni en Platea alcanzó la gloria, en un caso por haber sobrevivido a la batalla, en el segundo por haber buscado la muerte con exceso, en solitario y sin acatar las órdenes. La *belle mort spartiate* debía ser aceptada, no buscada y, más allá de los límites de Esparta y en general, un guerrero no se suicida, no afronta esa muerte privada de *andreía*, salvo que la deshonra lo obligue. En relación con estas cuestiones, *cf.* N. LORAUX, «La belle mort spartiate», *Ktèma* 2 (1977), 105-120 y *Façons tragiques de tuer une femme*, París, Hachette, 1985, págs. 33-36.

[206] Tolomeo III Evérgetes.

54 (33) Entonces, antes de haber cumplido lo de enviar a Cleómenes, el viejo Tolomeo murió[207]. Cayendo rápidamente el reino en el libertinaje y la embriaguez y bajo el gobierno de las mu-
2 jeres, el asunto de Cleómenes fue dejado en el olvido. Pues el propio rey[208], hasta tal punto corrompió su espíritu por culpa de las mujeres y la bebida que, incluso cuando más sobrio estaba y más dueño de sí, llevaba a cabo celebraciones y reunía a la gente por el palacio al son del timbal[209], mientras que los asuntos principales del gobierno los administraba Agatoclea, la amante
3 real, y su madre Enante, la dueña del burdel[210]. No obstante, al principio pareció que tenía una cierta necesidad de Cleómenes. Pues Tolomeo, temeroso de Magas, su hermano, que era influyente entre los militares gracias a su madre[211], se atrajo a Cleómenes y lo hizo partícipe de sus reuniones secretas, deliberando
4 sobre la muerte de su hermano[212]. Éste, sin embargo, aunque todos aconsejaban que se hiciera eso, fue el único que puso objeciones, diciendo que valía más, si fuera posible, que el rey tuviera más hermanos, por la seguridad y continuidad de sus
5 negocios. Cuando Sosibio, el más poderoso de sus amigos, dijo que no podían los mercenarios estar seguros mientras Magas viviera, Cleómenes aconsejó que se despreocuparan de eso.

[207] La fecha es discutida, entre finales del 222 y principios del 221 a. C.

[208] Tolomeo IV Filópator.

[209] La mención de este instrumento sugiere que se trataba de fiestas dionisíacas.

[210] El término *pornoboskón* que hemos traducido como «dueña del burdel» hace referencia tanto a la complacencia de Enante por las relaciones de su hija y el rey, como al hecho de que otro hijo suyo, Agatocles, ministro de Filópator, era tenido también por amante suyo. Al decir de algunos (JUSTINO 30, 2, 3), Enante se servía de los dos para sus propios fines. *Cf.* también PLUT., *Erótico* 753d.

[211] Berenice. POLIBIO, V 6, dice que Magas era su favorito.

[212] La muerte de Magas se narra en POLIBIO, V 34, 1.

Pues más de tres mil de esos mercenarios eran del Peloponeso, 6
fieles a él y, con sólo un gesto que hiciera, estarían dispuestos a
ponerse a su lado en armas con el mejor ánimo. Estas palabras 7
aumentaron no poco la confianza en la buena disposición de
Cleómenes y la opinión sobre su poder. Pero, después, esas
mismas palabras, cuando la debilidad de Tolomeo hizo crecer
su temor y, como suele suceder en los que no tienen sentido
común, consideró que lo más seguro era temerlo todo y desconfiar de todos, hicieron a Cleómenes más temido entre los cortesanos, por su crédito entre los mercenarios. Y era posible escu- 8
char a muchos decir: «Éste es un león revolviéndose entre
ovejas[213]». Y, de hecho, tal era el carácter que mostraba entre los
cortesanos, mirando por encima tranquilamente y observando
sus movimientos.

Renunció a pedir naves y un ejército. Pero, enterado de que 55 (34)
Antígono había muerto y de que los aqueos estaban inmersos en
la guerra con Etolia[214], que los mismos asuntos lo requerían y lo
llamaban y que la situación en el Peloponeso era de desorden y
desgarro, pidió que lo dejaran partir a él sólo con sus amigos.
Sin embargo, no convenció a nadie. El rey no le prestó aten- 2
ción, dedicado a las mujeres, a los tíasos y cortejos. Y Sosibio,
que era quien estaba al frente de todo y tomaba las decisiones,
consideraba que si Cleómenes se quedaba contra su voluntad
sería intratable y peligroso; pero ⟨más peligroso⟩ si se iba, siendo como era un hombre valiente y con grandes planes y que
había visto la enfermedad del reino. Y no lo calmaban los rega- 3

[213] *Cf.* Polibio, V 35, 13.

[214] La guerra se extendió entre el 220 y el 217 a. C. Los etolios temían el poder creciente de Macedonia y la Liga Aquea. La situación en el Peloponeso era, como señala Plutarco, de desgarro, ya que en gran parte de los Estados se enfrentaban los partidarios de aqueos y macedonios con los partidarios de los etolios, división de la que no se libraba la propia Esparta.

los, sino que, como Apis, aun viviendo en la abundancia y colmado de voluptuosidades, conserva el deseo de una vida conforme a su naturaleza, corriendo y brincando en libertad, y muestra claramente que tolera mal permanecer en manos de los sacerdotes, así aquél no disfrutaba nada de estas blanduras,

sino que su querido corazón languidecía,

como Aquiles,

y allí mismo esperaba, añorando el grito de guerra y el combate[215].

56 (35) Estando así las cosas para Cleómenes, llega a Alejandría Nicágoras el mesenio, un hombre que odiaba a Cleómenes pero que fingía ser su amigo. Y es que le había vendido, hacía tiempo, un hermoso terreno, pero a causa de su situación apurada, pienso, y, como es natural, también por la falta de ocasión a causa de
2 las guerras, no lo había cobrado. Cleómenes, viéndolo desembarcar de una nave de transporte —pues casualmente paseaba por el malecón del puerto—, lo saludó lleno de afecto y le pre-
3 guntó qué motivo lo traía a Egipto. Nicágoras le devolvió amablemente el saludo y le respondió que le traía al rey unos hermosos caballos de guerra; Cleómenes, riéndose, dijo: «Preferiría que hubieras venido trayendo tocadoras de sambuca[216] y jovencitos disolutos, pues esto es lo que más le urge al rey[217]». Nicá-
4 goras, entonces, sonrió. Pero pocos días después le recordó el asunto del terreno a Cleómenes, pidiéndole que al menos ahora le pagara, que no lo incomodaría si no fuera porque con el car-
5 gamento del barco había tenido grandes pérdidas. Como Cleómenes le dijo que no le quedaba nada de lo que le habían dado,
6 Nicágoras, enojado, le contó a Sosibio la broma de Cleómenes.

[215] *Ilíada* I 491-492.

[216] Pequeño instrumento de cuerda, especie de arpa triangular.

[217] La misma anécdota en POLIBIO, V 37, 10.

Él la recibió con mucho gusto y, buscando irritar al rey con una causa mayor, convenció a Nicágoras para que dejase una carta escrita contra Cleómenes, como que éste había planeado, si él le hubiera dado trirremes y soldados, apoderarse de Cirene. Tras 7
dejar esto escrito, Nicágoras se embarcó. Cuatro días después, Sosibio, llevándole la carta a Tolomeo como si acabara de recibirla y espoleando al muchacho, lo empujó a dar instrucciones de llevar a Cleómenes a una gran casa en la que se le diera todo lo necesario para vivir, pero se le prohibiera la salida.

Tenía entonces estos pesares Cleómenes y concibió peores 57 (36)
esperanzas para el futuro con el siguiente suceso. Tolomeo, hijo de Crisermo y amigo del rey, siempre había tratado a Cleóme- 2
nes con benevolencia y se dio entre ellos una familiaridad y franqueza mutuas. En aquel momento, como Cleómenes le pi- 3
dió que fuera a verlo, fue y conversó de una manera afable, disipando las sospechas y disculpando al rey. Pero cuando salía 4
de casa, sin darse cuenta de que Cleómenes iba detrás acompañándolo hasta la puerta, recriminó agriamente a los guardianes, como que vigilaban con descuido y negligencia a una fiera terrible y difícil de custodiar. Siendo testigo Cleómenes de estas 5
palabras y retirándose antes de que Tolomeo se diera cuenta, se las repitió a sus amigos. Rápidamente todos entonces abando- 6
naron las esperanzas que antes tenían y, movidos por el odio, decidieron, vengando la injusticia y soberbia de Tolomeo, morir de una forma digna de Esparta y no esperar a ser sacrificados como víctimas engordadas. Pues sería terrible que Cleómenes, 7
después de haber rechazado la paz con Antígono, un hombre de guerra y de acción, se sentara a esperar que tuviera un descanso un rey que estaba al servicio de la diosa Cibeles[218], momento en el que dejando el tímpano y suspendiendo el tíaso, lo matara.

---

[218] *Cf.* PLUT., *Sobre el oráculo de la Pitia* 407c, donde critica el culto a esta diosa frigia y también el culto egipcio a Serapis.

La muerte

58 (37) Una vez que tomó esta determinación y,
por un azar, se fue Tolomeo a Canopo, di-
fundieron, en primer lugar, el rumor de que
2 el rey iba a liberarlo de la guardia. Después,
siguiendo la costumbre real de ofrecer una
comida y regalos a los que iban a ser liberados del encierro, sus
amigos, disponiendo desde fuera tales cosas para Cleómenes, se
las enviaron, engañando a los guardianes que creían que todo
3 venía de parte del rey. Ofreció un sacrificio y lo compartió gene-
rosamente con ellos y, ciñéndose coronas y reclinándose, ban-
4 queteó con sus amigos. Se dice que pasó a la acción antes
de lo que había resuelto, enterado de que uno de los sirvientes, de
los que estaban al tanto del asunto, había dormido fuera con una
5 mujer de la que estaba enamorado. Temiendo una delación,
cuando llegó el mediodía y se dio cuenta de que los guardianes
dormían por la embriaguez, poniéndose la túnica y soltando la
costura del hombro derecho[219], salió fuera con la espada desnu-
da en compañía de sus amigos equipados de la misma manera y
6 en número de trece. Hipitas, aunque era cojo, los acompañó al
principio valerosamente, pero cuando vio que avanzaban más
despacio por su culpa, dijo que lo mataran y no echaran a perder
7 el plan por esperar a un hombre inútil. Por casualidad pasó junto
a las puertas un alejandrino llevando un caballo: arrebatándose-
lo y subiendo encima a Hipitas, se lanzaron a la carrera por las
8 calles y llamaron al pueblo a la libertad. Según parece, tuvieron
la fuerza suficiente para alabar y admirar el valor de Cleómenes,
9 pero ninguno se atrevió a seguirlo o prestarle ayuda. Tres de
ellos se echaron rápidamente encima de Tolomeo, el hijo de Cri-
sermo, cuando salía del palacio y lo mataron. En cuanto a otro
Tolomeo, jefe de la guarnición de la ciudad, que conducía un

[219] Para tener mayor movilidad, convirtiendo su *chitōn* en *exōmís*, prenda que llevaban los esclavos y artesanos.

carro contra ellos, se lanzaron contra él dispersando a sus servidores y guardias de corps: a él lo mataron tras bajarlo del carro.
Después se dirigieron a la ciudadela, con la idea de abrir la cár- 10
cel y reclutar a la multitud de prisioneros. Pero los guardianes se 11
les adelantaron y se fortificaron bien, de manera que, fracasando en este intento, anduvo de un lado a otro y vagó por la ciudad sin
que nadie lo siguiera, huyendo todos asustados. Entonces, dete- 12
niéndose, dijo a sus amigos: «No es extraño que las mujeres estén al frente de hombres que rechazan la libertad» y los exhortó a todos a morir de una manera digna de él y de sus empresas.
Hipitas, el primero, cayó abatido por uno de los jóvenes a quien 13
se lo pidió; después, cada uno de los demás se dio muerte, con buen ánimo y sin miedo, excepto Panteo, que había sido el pri-
mero en tomar Megalópolis. A éste, muy hermoso y en la flor de 14
la edad, el mejor dotado de los jóvenes para la disciplina espartana, el rey, que había sido su amante, le ordenó que se diera
muerte cuando los viera caídos a él y a los demás. Con todos ya 15
en tierra, Panteo se acercaba y tocaba con la espada a cada uno,
comprobando que ninguno quedara con vida. Una vez que, tras 16
golpear a Cleómenes en el tobillo, vio que contraía el rostro, lo abrazó y se sentó a su lado: cuando murió, rodeando el cadáver con sus brazos, se cortó el cuello sobre él.

Así murió Cleómenes[220], que reinó en Esparta dieciséis años **59** (**38**)
y fue un hombre tal como hemos narrado.

Difundida la noticia por toda la ciudad, Cratesiclea, aunque 2
era una mujer noble, perdió la cordura ante la magnitud de la desgracia y se lamentaba con los hijos de Cleómenes en brazos.
El mayor de los niños, cuando nadie lo esperaba, se escapó y se 3
arrojó de cabeza desde un tejado. Se hizo mucho daño, aunque no murió, sino que se levantó gritando y protestando de que le
habían impedido morir. Tolomeo, cuando supo todo esto, orde- 4

[220] A comienzos del 219 a.C.

nó que el cuerpo de Cleómenes fuera colgado envuelto en un
saco de cuero, y que mataran a los hijos, a la madre y a las mu-
5 jeres que la acompañaban. Entre ellas estaba la mujer de Pan-
teo, muy hermosa y de carácter muy noble. Estaban recién ca-
sados y en el punto más alto de su amor cuando les sucedieron
6 estas cosas. Como desde el principio quiso embarcar con Pan-
teo y sus padres no se lo permitieron, la vigilaban tras encerrar-
la por la fuerza. Pero poco después, consiguiendo un caballo y
un poco de oro, se escapó de noche y llegó, sin detenerse, a
Ténaro. Allí embarcó en una nave que se dirigía a Egipto. Llegó
7 junto a su marido y vivió con él en tierra extranjera, sin lamen-
8 tos y feliz. Ella misma, entonces, conducía de la mano a Crate-
siclea, arrastrada por los soldados, sosteniendo su peplo y ex-
hortándola a tener ánimo, aunque ésta en absoluto temía la
9 muerte y sólo una cosa pedía, morir antes que los niños. Pero
cuando llegaron al lugar en el que solían llevarse a cabo estas
cosas, los verdugos ejecutaron primero a los niños, ante la mi-
rada de Cratesiclea. Después a ella que, en medio de tales sufri-
10 mientos, sólo gritó: «¡Hijos, adónde habéis venido!». La mujer
de Panteo, ciñéndose el manto, robusta y alta como era, en si-
lencio y con calma, se ocupaba de cada una de las que iban
11 siendo ejecutadas y las cubría con lo que podía. Finalmente,
después de todas, se ocupó de sí misma y, dejando caer su man-
to, sin permitir que nadie se le acercara ni la tocara ningún otro
que el que iba a sacrificarla, murió de forma heroica, sin nece-
12 sitar de nadie que arreglara ni cubriera su cadáver. Así conservó
el *decorum*[221] de su alma en el momento de la muerte y mantuvo
el cuidado con el que en vida había rodeado su cuerpo.

60 (39) De esta manera, Lacedemonia, rivalizando las mujeres con
los hombres en coraje en esta situación extrema, demostró que

[221] El texto griego dice *tò kósmion*. Lo hemos traducido como *decorum*, que nos parece lo más adecuado, siguiendo a Carles Riba.

la virtud no puede ser humillada por la fortuna. Pocos días des- 2
pués, los que vigilaban el cadáver colgado de Cleómenes, vieron una serpiente de gran tamaño enroscada en su cabeza y ocultándole el rostro, de modo que ninguna ave carroñera podía
posarse. A raíz de esto, se apoderó del rey la superstición y el 3
miedo, que dio lugar a que las mujeres hicieran sacrificios expiatorios, en la idea de que habían dado muerte a un hombre
amado por los dioses y de una naturaleza superior[222]. Los ale- 4
jandrinos no dejaban de ir al lugar, invocando a Cleómenes como héroe e hijo de los dioses, hasta que los más sabios les
hicieron abandonar esa actitud explicándoles que de los bueyes 5
en descomposición nacen abejas y de los caballos avispas y que del mismo modo se engendran escarabajos de los asnos; así también, en los cadáveres humanos, cuando fluye y se coagula
el líquido de la médula se generan serpientes[223]. En esta creencia, 6
los antiguos asociaban a los héroes las serpientes más que cualquier otro animal[224].

[222] Sobre este pasaje, *cf.* E. Voutiras, «Le cadavre et le serpent ou l'héroïsation manquée de Cléomène de Sparte», en *Héros et héroïnes dans les mythes et les cultes grecs*, V. Pirenne-Delforge y E. Suárez de la Torre, eds., Lieja, 2000 *(Kernos*, Supplément 10), págs. 377-394.

[223] Estaba muy difundida en la Antigüedad la idea de la generación de animales a partir de cadáveres. En cuanto a los cadáveres humanos, también se creía que la médula podía convertirse en serpiente una vez corrupta la espina dorsal; *cf.* Ovidio, *Metamorfosis* 15, 389 ss.: *sunt qui, cum clauso putrefacta est spina sepulcro, mutari credant humanas angue medullas.*

[224] El ejemplo más conocido de esta asociación es, por supuesto, Asclepio, pero también el mítico rey Cécrope; *cf.* L. Gourmelen, *Kékrops, le roi-serpent: imaginaire athénien, représentations de l'humain et de l'animalité en Grèce ancienne,* París, Les Belles Lettres, 2004.

TIBERIO-GAYO GRACO

Prefacio

Tras haber ofrecido la primera de las historias, tenemos que contemplar los padecimientos no menores de su pareja romana, comparando estas vidas con las de Tiberio y Gayo. 1

Éstos eran hijos de Tiberio Graco[1] 2 que, después de ser censor de los romanos, dos veces cónsul y haber logrado dos triunfos, todavía gozaba de una fama más brillante gracias a su virtud. Por eso, se le consideró digno de 3 tomar como esposa a Cornelia[2], hija del vencedor de Aníbal, Escipión[3], tras la muerte de éste, aunque no era amigo suyo sino adversario. Se dice que una vez encontró una pareja de 4 serpientes sobre la cama y que los adivinos, que habían visto el prodigio, no permitieron que se matara o dejara ir a las dos: en cuanto a cuál de ellas elegir, si era elegida la serpiente macho

[1] Tiberio Sempronio Graco, nacido *circa* 217 a. C., cónsul en el 177 a. C. y en el 163 a. C., censor en el 169 a. C.; triunfador sobre los celtíberos en el 178 a. C. y sobre Sardes en el 175 a. C.

[2] Sobre la madre de los Gracos, S. Barnard, «Cornelia and the women of her family», *Latomus* 49 (1990), 383-392; C. Petrocelli, «Cornelia, la matrona», en *Roma al femminile*, dirigido por A. Fraschetti, Roma-Bari, Laterza, 1994, págs. 21-70.

[3] Publio Cornelio Escipión Africano (236-184 a. C.).

5 acarrearía la muerte a Tiberio y si la hembra, a Cornelia[4]. Ti-
berio, que amaba a su mujer, considerando que era más apro-
piado que muriera él, de más edad que su esposa, todavía joven,
mató a la serpiente macho y dejó ir a la hembra. Murió no mu-
6 cho después, dejando doce hijos habidos con Cornelia. Cornelia
se hizo cargo de los niños y de la casa con tanta sensatez, amor
por sus hijos y grandeza de espíritu que no pareció una mala
elección el que Tiberio hubiera optado por morir en vez de una
7 mujer tal. Ella, por su parte, rechazó al rey Tolomeo[5], que
quería compartir la diadema y casarse con ella, y, en su viude-
dad, perdió a todos sus otros hijos salvo a una de las hijas[6], que
se casó con Escipión el Joven, y a los dos hijos sobre los que
aquí se escribe, Tiberio y Gayo, a los que educó con tanto em-
peño que, aun habiendo acuerdo en que eran los mejor nacidos
de los romanos, parece que su virtud se debió más a la educa-
ción que a la naturaleza.

2 Del mismo modo que la semejanza de los Dioscuros en las
esculturas y pinturas muestra alguna diferencia entre el púgil y
el corredor[7], así también, en aquellos jóvenes tan semejantes
en el valor, la sensatez, incluso en la liberalidad, elocuencia y
grandeza de ánimo, se desarrollaron y mostraron grandes dife-
rencias en sus acciones y empresas políticas y no me parece mal
2 empezar mostrándolas. En primer lugar, en la expresión del ros-

---

[4] *Cf.* CICERÓN, *Sobre la adivinación* I 18, 36 y II 29, 62.

[5] Plutarco es el único autor que cuenta este hecho. J. CARCOPINO, *Autour des Gracques*, 1967², cree que se trata de Tolomeo VIII Evérgetes II. *Cf.* L.-M. GUENTHER, «Cornelia und Ptolemaios VIII: zur Historizität des Heiratsantrages (Plut. *TG* 1, 3)», *Historia* 39 (1990), 124-128.

[6] Sempronia, que se casó con Publio Cornelio Escipión Emiliano.

[7] Gemelos nacidos de Leda, Cástor era mortal, como hijo de Tíndaro, y Pólux inmortal, como su padre Zeus. Entre las muchas diferencias que se señalaban entre ellos está la que menciona Plutarco, que Cástor era rápido en la carrera y Pólux se distinguía en el boxeo.

tro, en la mirada y en la forma de moverse, Tiberio era dulce y
reposado; Gayo vehemente e impetuoso, de manera que el uno
arengaba al pueblo de forma contenida, desde el mismo sitio, y
el otro fue el primer romano en hablar paseándose por el estra-
do y retirando la toga del hombro, como se cuenta del ateniense
Cleón, el primer orador que se quitó la túnica y se daba golpes
en el muslo. Además, el discurso de Gayo era intimidante y 3
apasionado hasta la exageración; el de Tiberio era más dulce
y movía al lamento. En cuanto a la dicción, la de éste era pura y
minuciosamente trabajada; la de Gayo, en cambio, persuasiva
y brillante. Así mismo, en el régimen de vida y en la mesa, Ti- 4
berio era frugal y sencillo; por su parte, Gayo, comparado con
otros era moderado y austero, pero a diferencia de su hermano
tenía un cierto exceso juvenil, al punto que Druso[8] le reprochó
haber comprado delfines de plata al precio de mil doscientas
cincuenta dracmas la libra[9]. En el carácter existían diferencias, 5
como en el lenguaje: uno era moderado y dulce, el otro áspero
y apasionado, de manera que, incluso contra su voluntad, mu-
chas veces, al hablar, dejándose llevar por la cólera, alzaba el
tono, lanzaba maldiciones y embrollaba su discurso. De ahí que 6
como remedio de estos exabruptos se sirviera de Licinio, un
esclavo suyo que no estaba desprovisto de inteligencia. Éste,
con un instrumento musical para modular la voz, colocado de-
trás de Gayo cuando éste hablaba, nada más que se daba cuenta
por la voz de que se irritaba y estallaba de ira, emitía un tono
suave con el que aquél, inmediatamente, dejando ir la violencia
de su pasión al tiempo que la de su voz, se calmaba y se dejaba
llamar al orden[10].

---

[8] Gayo Livio Druso, cónsul en el 112 a. C.

[9] *Cf.* PLINIO, *Historia natural* XXXIII 147.

[10] La misma anécdota en PLUT., *Sobre el refrenamiento de la ira* 456 A. Sobre la oratoria de Gayo Graco, *cf.* J. M. DAVID, «L'action oratoire de C. Grac-

3 Tales eran las diferencias entre ellos. Pero la valentía en las guerras, la justicia frente a los súbditos, la solicitud en el desempeño de las magistraturas, la contención frente a los place-
2 res[11]... era exactamente igual. Tiberio era nueve años mayor. Esto hizo que sus carreras políticas fueran discontinuas, causa principal de que fracasaran sus empresas, ya que no llegaron a la madurez a la vez ni unieron en una misma dirección su fuerza, que hubiera sido grande e invencible si la hubieran ejercido
3 los dos a un tiempo. Hay, pues, que hablar de cada uno de ellos por separado, empezando por el de más edad.

Vida de Tiberio

4 Aquél, ciertamente, nada más salir de la infancia era ya tan famoso que, más por su valor que por su noble linaje, fue considerado digno del colegio llamado de los augu-
2 res. Lo dejó claro Apio Claudio[12], antiguo cónsul y censor, proclamado por su dignidad príncipe del senado romano y muy por encima de sus contemporáneos por su gran sensatez: estando comiendo juntos los augures, se dirigió a Tiberio con afecto y él mismo le pidió que se casara con su
3 hija. Aceptó aquél de buena gana y, así cerrado el acuerdo, yendo Apio hacia su casa, llamó a su mujer desde la puerta para que saliera rápidamente a su encuentro y, a grandes voces, dijo: «Antistia, he concertado el matrimonio de nuestra Claudia». Aquélla, extrañada, preguntó: «¿A qué esta precipitación, esta prisa? A no ser que le hayas encontrado como marido a Tiberio
4 Graco». No desconozco que esta anécdota algunos la refieren a

chus. L'image d'un modèle», en *Demokratia et aristokratia. A propos de Caius Gracchus, mots grecs et réalités romaines*, C. NICOLET, ed., París, Publications de la Sorbonne, 1983, págs. 103-116.

[11] Ziegler entiende que aquí hay una laguna.

[12] Apio Claudio Pulcro, cónsul en el 143 a. C., censor en el 136 a. C.

Tiberio el padre de los Gracos y a Escipión el Africano[13], pero la mayoría lo cuentan como yo lo escribo y Polibio[14] dice que fue tras la muerte de Escipión el Africano cuando sus allegados escogieron a Tiberio, de entre todos, para entregarle a Cornelia, a la que su padre había dejado sin dote y sin casar.

En cuanto a Tiberio el Joven, cuando luchaba en Libia junto 5
al segundo Escipión[15], que estaba casado con su hermana, vivía bajo la misma tienda que su general. Comprendió rápidamente que la naturaleza de aquél arrastraba, con muchos y grandes ejemplos, a la emulación del valor y a la imitación de las hazañas, y rápidamente también superó a todos los jóvenes en disciplina y valor. Fue el primero en escalar la muralla de los enemi- 6
gos, como cuenta Fannio[16], que afirma que él mismo subió con Tiberio y fue partícipe de esta hazaña. Mientras estuvo en campaña, disfrutó del afecto de todos y, una vez que se fue, se le echó de menos.

Campaña de Numancia

Después de esta campaña, fue elegido 5
cuestor y designado por sorteo para ir a combatir contra los numantinos con el cónsul Gayo Mancino, un hombre que no era un cobarde, pero que resultó el más infortu-
nado de los generales romanos[17]. Por eso sobre todo, en cir- 2
cunstancias imprevistas y con la situación en contra, no sólo

[13] Así Tito Livio, XXXVIII 57, 4.

[14] Polibio, XXXI 27.

[15] En la tercera guerra púnica.

[16] *HRR* I² 139. Gayo Fannio era yerno de Gayo Lelio. Fue autor de unos anales (*HRR* I 138-140).

[17] Gayo Hostilio Mancino, cónsul en el 137 a. C. Sobre este personaje, *cf.* O. Wikander, «Caius Hostilius Mancinus and the foedus Numantinum», *Opuscula Romana* 11 (1976), 85-104; N. Rosenstein, «*Imperatores victi*. The case of C. Hostilius Mancinus», *Classical Antiquity* 5 (1986), 230-252.

brilló más la inteligencia y valentía de Tiberio, sino, lo que era más admirable, el gran respeto y honor que dispensaba a quien estaba al mando, incluso cuando en medio del desastre ni si-
3 quiera aquel mismo sabía si era él el general. Pues, vencido en las grandes batallas, intentó retirarse abandonando el campamento en la noche. Pero los numantinos se dieron cuenta y tomaron rápidamente el campamento; se lanzaron sobre los que huían y mataron a los que iban los últimos, rodeando en círculo a todo el ejército y empujándolo a lugares difíciles y sin escapatoria. Renunciando a alcanzar la salvación por la fuerza, Mancino les propuso una tregua por medio de heraldos y el fin de las
4 hostilidades. Ellos dijeron que no confiaban en nadie salvo en
5 Tiberio y pidieron que les fuera enviado. Hicieron eso tanto por el propio joven —pues en el ejército se hablaba mucho de él—, como porque se acordaban de su padre [Tiberio] que había luchado contra los iberos y, tras haber sometido a muchos, selló la paz con los numantinos y propició que el pueblo (de Roma) la
6 mantuviese siempre con rectitud y justicia. Así, enviado Tiberio y reunido con los hombres, convenciendo en algunos puntos y cediendo en otros, concluyó una tregua y salvó claramente a veinte mil ciudadanos romanos, sin contar a los que se ocupaban de los servicios y a los que no pertenecían al ejército.

6 Los numantinos saquearon el campamento y se apoderaron de todo lo que había sido abandonado allí. Entre esas cosas estaban los registros[18] de Tiberio, con los apuntes y cuentas de su cargo de cuestor. Como tenía un gran interés en recobrarlos, aunque el ejército ya estaba en marcha, regresó a la ciudad con
2 la compañía de tres o cuatro amigos. Haciendo llamar a los jefes de los numantinos, les pidió que le trajeran los escritos, para no dar a sus enemigos la posibilidad de que lo acusaran injusta-

[18] Son las *tabulae quaestoriae*, que debían depositarse en el erario público una vez terminada la gestión.

mente al no poder justificarse respecto a la administración. Se 3
alegraron los numantinos de la ocasión de serle de utilidad y lo
invitaron a entrar en la ciudad. Como él estaba quieto, delibe-
rando, se le acercaron y le cogían las manos suplicándole; le
pedían que ya no los tuviera por enemigos, sino que se sirviera
de ellos como amigos y se fiara. Decidió entonces Tiberio hacer 4
eso, porque estaba muy interesado en sus cuentas y porque te-
mía irritar a los numantinos, como si desconfiara de ellos. Una
vez que entró en la ciudad, en primer lugar le sirvieron un al-
muerzo y le rogaron mucho para que se sentara y comiera algo
con ellos; después, le devolvieron sus registros y le pidieron
que cogiera lo que quisiera del resto del botín. Él, sin coger
nada más que incienso con el que hacer los sacrificios públicos,
se fue, tras abrazarlos y recibir su amistad.

Una vez que regresó a Roma, todo este asunto, como si fuera 7
algo terrible y deshonroso para la ciudad, le acarreó acusaciones
y reproches; pero los parientes y amigos de los soldados, que
conformaban una gran parte del pueblo, corrieron en masa hacia
Tiberio, imputando la vergüenza de lo sucedido al general y afir-
mando que gracias a Tiberio se había salvado tal cantidad de
ciudadanos. Sin embargo, los que estaban irritados con lo ocu- 2
rrido pedían que se siguiera el ejemplo de los antepasados:
aquéllos arrojaron desnudos a los enemigos a los generales que
se habían complacido en ser liberados por los samnitas[19] y así
mismo les lanzaron a los que habían colaborado con ellos y ha-
bían tenido parte en las negociaciones, como los cuestores y
tribunos militares, volviendo contra ellos el perjurio y la ruptura
de los acuerdos. En aquel momento, muy especialmente, mostró 3
con claridad el pueblo su buena disposición y su favor hacia
Tiberio, pues votaron entregar al cónsul desnudo y encadenado 4

[19] Se trata del famoso episodio de las horcas caudinas, en el año 321 a. C., durante la segunda guerra samnita. *Cf.* Tito Livio, IX 1-11.

a los numantinos y perdonaron la vida de todos los otros en con-
5 sideración a Tiberio. Parece que también le echó una mano Escipión, que era entonces el más importante y poderoso de los romanos, pero que no por ello se libró de las acusaciones: que no salvó a Mancino, ni se esforzó en asegurar la tregua con los numantinos llevada a cabo por un hombre que era pariente y amigo
6 suyo, Tiberio. Parece que fue sobre todo de la ambición y de los amigos y sofistas que animaban a Tiberio de donde surgieron las diferencias entre ellos que, en cualquier caso, no llevaron a nada
7 irremediable ni vil. A mí me parece que en absoluto le hubieran sucedido a Tiberio las desgracias que sufrió si hubiera estado presente Escipión el Africano durante sus actividades políticas. Pero éste ya estaba en Numancia y combatiendo cuando aquél emprendió las reformas legales por el motivo que sigue.

La ley agraria

8 Los romanos, de cuantas tierras limítrofes se apropiaban en las guerras, una parte la vendían y otra, convirtiéndola en propiedad del Estado, la entregaban para que se repartiera entre los ciudadanos que no tenían bienes ni recursos, los cuales pagaban una pequeña parte como tributo a las
2 arcas públicas[20]. Pero como los ricos empezaron a elevar los tributos y expulsar a los pobres, se redactó una ley[21] que impedía

---

[20] Este impuesto era el llamado *uectigal*.

[21] Probablemente la *lex Licinia de modo agrorum*. *Cf.* TITO LIVIO, VI 34-42 y APIANO, *Guerras Civiles* I 8. No todos los autores están de acuerdo en las fechas ni el alcance de esta ley. *Cf.* G. TIBILETTI, «Il possesso dell'ager publicus e le norme de modo agrorum sino ai Gracchi», *Athenaeum* 26-27 (1948-1949), 173-236 y 3-42; C. STERCKX, «Appien, Plutarque et les premiers règlements de modo agrorum», *Revue internationale des droits de l'Antiquité* 16 (1969), 309-335; J. NEUMANN, «Quelques opinions sur la loi Licinia *de modo agrorum* dans la littérature historique moderne», *Graecolatina Pragensia* 11 (1988), 63-76.

poseer más de quinientos pletros[22] de tierra. Durante un poco de 3
tiempo esta ley contuvo la codicia y ayudó a los pobres a quedarse en las tierras en las condiciones en las que las habían arrendado
y cultivando el lote que cada uno había recibido al principio. Pero, 4
después, los vecinos ricos, empleando nombres falsos, desviaban hacia sí mismos los arriendos y acabaron apropiándose abiertamente de la mayor parte con su propio nombre. Los pobres, privados de sus tierras, ya no se prestaron de buena gana para las campañas militares y descuidaban la crianza de sus hijos, al punto de que rápidamente toda Italia se dio cuenta de que contaba con pocos hombres libres y estaba, en cambio, repleta de prisioneros bárbaros de los cuales los ricos se servían para cultivar sus tierras
tras haber desterrado a los ciudadanos. Intentó entonces enmen- 5
dar esta situación Gayo Lelio, el amigo de Escipión, pero, ante la oposición de los poderosos, él, temiendo un alboroto, abandonó y recibió el sobrenombre de sabio o prudente: cualquiera de las dos
cosas parece que significa *sapiens*[23]. Pero Tiberio, nada más ser 6
nombrado tribuno de la plebe[24], se aplicó a la misma tarea a instancias, según cuenta la mayoría, del rétor Diófanes y del filósofo Blosio. De éstos, Diófanes era un exiliado de Mitilene, el otro era de la misma Italia, de Cumas, amigo íntimo en la ciudad (en Roma) de Antípatro de Tarso, y que había tenido el honor de que
éste le dedicase sus escritos filosóficos[25]. Algunos también hacen 7

[22] El pletro era una medida agraria de longitud equivalente a 100 pies (29,6 metros). R. FLACELIÈRE y É. CHAMBRY, *op. cit.*, señalan que aunque Plutarco utilice este término tiene necesariamente que referirse a *jugera*, «yugadas», que en número de 500 equivaldrían a 125 hectáreas.

[23] A este Gayo Lelio, destinatario del *Acerca de la amistad*, se dirigía así CICERÓN, afirmando que era sabio tanto por su naturaleza y costumbres como por sus aficiones y conocimientos: *te non solum natura et moribus, uerum etiam studio et doctrina esse sapientem* (2, 7).

[24] En el 133 a. C.

[25] Acerca de Diófanes, *cf.* CICERÓN, *Bruto* 27, 104. Para la figura de Blo-

copartícipe a Cornelia, su madre, que muchas veces reprochaba a sus hijos el que los romanos la saludaran como suegra de Esci-
8 pión y no como madre de los Gracos. Otros afirman que el responsable fue un tal Espurio Postumio[26], de la edad de Tiberio y rival suyo por su fama en la elocuencia judicial. Cuando volvió de la campaña militar, como encontró que éste se había distanciado mucho en fama y poder y era admirado, quiso, parece, superarlo aplicándose a una política audaz y que levantara gran expecta-
9 ción. Pero su hermano Gayo dejó escrito en un libro que, atravesando Etruria de camino a Numancia[27], vio Tiberio la tierra desierta y que los agricultores y los pastores eran esclavos venidos de fuera y bárbaros, y que por primera vez le vino a la mente la
10 empresa política que les iba a ocasionar tantos males. Y fue sobre todo el propio pueblo el que más inflamó su impulso y su ambición, provocándolo con inscripciones en los pórticos, en las paredes y en las tumbas, para que devolviese a los pobres las tierras del Estado.

9 No compuso, sin embargo, él solo el texto de la ley, sino que se sirvió como consejeros de aquellos ciudadanos que eran los primeros en virtud y renombre, entre los que estaba Craso[28],

sio, F. LA GRECA, «Blossio di Cuma», en *Studi di storia e di geostoria antica*, Nápoles, 2000 (Quaderni del Dipartimento di Scienze dell'Antichità-Università degli Studi di Salerno, 24), págs. 59-123. El estoico Antípatro de Tarso fue maestro de Panecio. *Cf.* F. SMUTS, «Stoic influences on Tiberius Gracchus», *Acta Classica* 1 (1958), 106-116 y J. B. BECKER, «The influence of Roman stoicism upon the Gracchi economic land reforms», *La Parola del Passato* 19 (1964), 125-134.

[26] Espurio Postumio Albino, cónsul en el 110 a. C. *Cf.* CICERÓN, *Bruto*, 34, 128. Sobre su enfrentamiento con Tiberio Graco, *cf.* L. HAYNE, «The condemnation of Sp. Postumius Albinus (cos. 110)», *Acta Classica* 24 (1981), 61-70.

[27] *HRR* I^2 119. *Cf.* D. B. NAGLE, «The Etruscan journey of Tiberius Gracchus», *Historia* 25 (1976), 487-489.

[28] Publio Licinio Craso.

pontífice máximo, Mucio Escévola[29], jurisconsulto y que entonces era cónsul, y Claudio Apio, el suegro de Tiberio[30]. Y 2
parece que nunca se redactó una ley más suave y blanda contra una injusticia y avidez tales. Pues a los que tenían que haber sido castigados por su desobediencia y obligados a devolver, con una multa, la tierra de la que disfrutaban al margen de la ley, a éstos les ordenaba salir, cobrando su precio, de las tierras de las que se habían apropiado injustamente y admitir a los ciudadanos que necesitaban ayuda. Pero incluso siendo tan gene- 3
rosa la reforma, el pueblo se contentó, olvidando lo sucedido, con tal de dejar de sufrir injusticia en adelante. En cambio, los ricos y propietarios, odiando por codicia la ley y por ira y envidia al legislador, intentaron poner en contra al pueblo, como que Tiberio introducía el reparto de tierras para destruir el Estado y provocar una completa revolución. No consiguieron nada. 4
Tiberio, luchando por una causa hermosa y justa con un discurso capaz de embellecer incluso acciones menos nobles, era impresionante e invencible cuando hablaba en defensa de los pobres con el pueblo puesto en pie y rodeando la tribuna: que 5
incluso las fieras que habitan Italia tienen su guarida y cada una de ellas tiene un refugio, una cueva; en cambio, para los que luchan y mueren por Italia, sólo hay aire y luz, nada más, y sin casa ni un lugar seguro, vagan con sus hijos y mujeres; y los generales engañan a los soldados en las batallas, animándolos a expulsar a los enemigos para defender tumbas y santuarios, 6
pues ninguno de entre tantos romanos tiene ni altar familiar ni lugar de culto de sus antepasados, sino que combaten y mueren por el lujo y la opulencia ajenas hombres que reciben el nombre de dueños del mundo, pero no tienen ni un terrón suyo.

---

[29] Publio Mucio Escévola, cónsul en el 133 a. C.

[30] *Cf.* J. Briscoe, «Supporters and opponents of Tiberius Gracchus», *Journal of Roman Studies* 64 (1974), 125-135.

Oposición y destitución de Octavio

10 Ninguno de los opositores plantó cara a unas palabras que, nacidas de un ánimo elevado y un sentimiento sincero, caían sobre un pueblo que se entusiasmaba y sublevaba con ellas. Entonces, tras renunciar a responder, se vuelven a Marco Octavio[31], uno de los tribunos de la plebe, un joven de carácter serio y honrado, amigo e íntimo de
2 Tiberio. Por eso, al principio, rehusaba por respeto a aquél, pero como eran muchos los poderosos que se lo pedían e insistían con vehemencia, se opuso a Tiberio, como obligado por la fuerza, y
3 rechazó la ley. Y es que los tribunos tienen capacidad legal de veto, pues aunque la mayoría lo ordene, nada se puede llevar a
4 cabo si uno está en contra[32]. Irritado con esto, Tiberio retiró su filantrópica ley y propuso otra más agradable para el pueblo y más severa con los que habían cometido delito y les ordenaba salir ya de las tierras de las que se habían apropiado violando las
5 antiguas leyes. Había entonces, casi cada día, disputas entre él y Octavio en la tribuna, en las que, aunque se enfrentaban con empeño y rivalidad extremas, cuentan que nada mezquino se dijeron ni se lanzaron el uno al otro palabras impropias a causa
6 de la ira. Pues no sólo en los cortejos báquicos[33], según parece, sino también en las rivalidades y pasiones el ser de noble nacimiento y haber sido educado con sensatez moderan y ponen or-
7 den en la mente. Tiberio, una vez que vio que también Octavio estaba afectado por la ley y que poseía mucha tierra pública, le rogaba que dejara la disputa prometiendo pagarle el precio a

---

[31] También lo cita Apiano, *Guerras Civiles* I 12. Sobre este personaje, D. C. Earl, «M. Octavius trib. pleb. 133 b. C. and his succesor», *Latomus* 19 (1960), 657-669.

[32] Este veto era la *intercessio* tribunicia.

[33] *Cf.* Eurípides, *Bacantes* 317-318: «la que es sensata, no se corromperá en los cortejos báquicos».

costa de sus propios bienes, aunque no eran cuantiosos. Como 8
Octavio no aceptó, prohibió mediante un decreto que se ejercieran todas las demás magistraturas hasta que se hubiera votado esta ley[34]. Colocó su propio sello en el templo de Crono, de modo que los cuestores ni se llevaran nada de él ni introdujeran nada[35], y anunció una multa para los pretores que desobedecieran, de manera que todos, temerosos, dejaron de desempeñar
cada uno su cargo. Desde ese momento, los propietarios se vis- 9
tieron de duelo y se lanzaron al foro con lamentos y abatidos, pero, en secreto, conspiraban contra Tiberio y reunían asesinos contra él. De modo que, a nadie se le ocultaba, el propio Tiberio llevaba ceñido un cuchillo de salteador que llaman *dólōn*[36].

Llegó el día y él mismo llamó al pueblo a votar, pero las 11
urnas fueron arrancadas por los ricos y lo sucedido provocó
mucha confusión. Los partidarios de Tiberio eran capaces de 2
imponer su fuerza dada su superioridad numérica y a ello se disponían, pero Manlio y Fulvio[37], que habían sido cónsules, se arrojaron a los pies de Tiberio y le cogían las manos y llorando le pedían que se detuviese. Él, comprendiendo que se aveci- 3
naba algo terrible y por respeto a estos hombres, les preguntó

---

[34] Parece que se trata del *iustitium*, el cese, en situaciones excepcionales, de toda actividad judicial y, en general, pública. *Cf.* P. P. BONENFANT, «Le *iustitium* de Tiberius Sempronius Gracchus», en *Hommages à Marcel Renard*, J. BIBAUW, ed., Bruselas, 1969, (Coll. Latomus CI, CII, CIII), vol. II, págs. 113-120.

[35] El erario público estaba en el templo de Saturno. Plutarco dice Crono y así lo hemos dejado, sin hacer uso de la *interpretatio romana*.

[36] Especie de puñal disimulado en un bastón. Etimológicamente, el nombre de esta «arma escondida» deriva de *dólos*, «engaño». *Cf.* P. CHANTRAINE, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque. Histoire des mots*, París, Klincksieck, 1968-1980.

[37] El primero es M. Manilio —en el texto se lee *Mállios*, pero debe de tratarse de un error por *Manílios*—, cónsul en el 149 a. C.; en cuanto al segundo, puede ser Servio Fulvio Flaco, cónsul en el 135 a. C., o Gayo Fulvio Flaco, cónsul en el 134 a. C.

qué le pedían que hiciera. Dijeron ellos que no eran competen-
tes para tal consulta y rogándole con insistencia que se dirigiera
4 al senado, lo convencieron. Pero como el senado, reunido, no
llegó a nada, porque los ricos eran allí los fuertes, recurrió a una
acción que no era ni legal ni razonable: destituir de su cargo a
Octavio, ya que era incapaz de conseguir de otro modo que se
5 votase la ley. Al principio le rogaba públicamente, dirigiéndole
palabras amables y cogiéndolo de la mano, que cediera y con-
descendiera con un pueblo que pedía algo justo y que iba a re-
6 cibir muy poco a cambio de grandes esfuerzos y peligros. Como
Octavio rechazó el ruego, Tiberio, respondiendo que no era po-
sible que dos magistrados del mismo rango, en desacuerdo en
asuntos de tal importancia, culminaran su mandato sin guerra,
dijo que sólo veía un remedio a esto, que uno de los dos aban-
7 donara el cargo. Y ordenó a Octavio que permitiera al pueblo
votar, en primer lugar, sobre sí mismo, que él bajaría de la tri-
buna inmediatamente, como un particular, si esto les parecía
8 bien a los ciudadanos. Como Octavio se negó, dijo que enton-
ces haría al pueblo votar sobre él, si, tras reflexionar, no cam-
biaba de opinión.

12 Y entonces, en ese momento, disolvió la asamblea. Reunido
el pueblo al día siguiente, de nuevo subido a la tribuna, trataba
de convencer a Octavio. Al ver que se mostraba inflexible, pro-
puso una ley para apartarlo del tribunado y llamó de nuevo a los
2 ciudadanos para que emitieran su voto. Como las tribus eran
treinta y cinco, y diecisiete ya habían votado a favor, sólo se
necesitaba una más para que Octavio se convirtiera en un sim-
ple particular. Entonces, ordenando que se interrumpiera el pro-
ceso, de nuevo le rogaba a Octavio y lo abrazaba a la vista del
pueblo y lo besaba, suplicándole, pidiéndole que no consintiese
sufrir esa deshonra ni lo cargase a él con la responsabilidad de
3 una decisión política tan dura y triste. Dicen que Octavio escu-
chó estas súplicas sin poder mantenerse del todo firme ni entero

y que se le llenaron los ojos de lágrimas y guardó silencio mu-
cho rato. Sin embargo, como su mirada estaba vuelta a los ricos 4
y terratenientes allí reunidos, parece que, avergonzado y te-
miendo su reproche, se enfrentó a lo peor no sin nobleza
y mandó a Tiberio hacer lo que quisiera. Así sancionada la ley, 5
Tiberio ordenó a uno de sus libertos arrastrar a Octavio de la
tribuna. Y es que utilizaba como ayudantes a sus propios liber-
tos y esto hizo el espectáculo de la expulsión de Octavio por la
fuerza más lamentable. El pueblo se lanzó sobre él, mientras los 6
ricos corrían en tromba y abrían sus brazos. Octavio se salvó
por muy poco y escapó a la multitud, pero a un esclavo que le
era fiel y se le había colocado delante para protegerlo, lo deja-
ron ciego, a pesar de Tiberio que, tan pronto se dio cuenta de lo
que sucedía, se lanzó aprisa hacia la multidud[38].

A continuación se aprobó la ley agraria y se eligieron tres 13
hombres para la división y el reparto: el propio Tiberio, Apio
Claudio, su suegro, y Gayo Graco, el hermano, que no estaba
presente, sino luchando en Numancia a las órdenes de Escipión.
Como Tiberio llevó a término este proceso tranquilamente, sin 2
que nadie se opusiera, y además eligió como tribuno, no a uno
de los notables, sino a un tal Mucio[39], cliente suyo, los ricos,
disgustados con todo esto y temiendo el ascenso de Tiberio, lo
insultaron en el senado. Al pedir, como era costumbre, una tien- 3
da a expensas del Estado para poder repartir la tierra, no se la
concedieron, aunque muchas veces otros las obtenían para co-
sas menores, sino que le pusieron una tasa de nueve óbolos al
día, a propuesta de Publio Nasica[40], que se abandonaba sin con-

---

[38] *Cf.* M. G. Morgan y J. A. Walsh, «Ti. Gracchus (tr. pl. 133 B.C.), the Numantine affair, and the deposition of M. Octavius», *Classical Philology* 73 (1978), 200-210.

[39] Apiano, *Guerras Civiles* I 13, lo llama Quinto Mummio.

[40] Publio Cornelio Escipión Nasica, cónsul en el 138 a. C.

templaciones a su odio hacia él: tenía mucha tierra pública y
4 llevaba mal verse obligado a salir de ella. Pero el pueblo se encendía todavía más. Tras la muerte inesperada de un amigo de Tiberio, como aparecieron sobre su cadáver señales sospechosas, gritando que el hombre había muerto envenenado, se reunieron para el cortejo fúnebre, alzaron el lecho y asistieron a sus funerales; y no parece que les faltara razón al suponer un
5 envenenamiento. Pues el cadáver se agrietó y expulsó tal cantidad de humores putrefactos, que se apagó la llama. Se llevó otra, que no encendió hasta que lo removieron a otro sitio, y tras
6 muchos esfuerzos y a duras penas se le prendió fuego. Ante esto, Tiberio, excitando todavía más al pueblo, tomó vestiduras de duelo y, llevando a sus hijos con él, le pedía al pueblo que cuidase de ellos y de su madre, como si temiera por sí mismo.

Nuevas reformas

14 Cuando, muerto Átalo Filómetor[41], Eudemo de Pérgamo presentó un testamento en el que se nombraba heredero del rey al pueblo de Roma, inmediatamente Tiberio, reuniendo al pueblo, propuso una ley para que los bienes reales, una vez llegaran, fueran para los ciudadanos a los que les habían tocado tierras, para los útiles y gas-
2 tos del cultivo. Pero, en cuanto a las ciudades, cuantas pertenecían al reino de Átalo, dijo que no le correspondía decidir nada al senado, sino que él mismo daría a conocer su decisión al
3 pueblo. Con esto irritó sobremanera al senado y Pompeyo[42], poniéndose en pie, dijo que era vecino de Tiberio y por eso sabía que Eudemo de Pérgamo le había entregado la diadema
4 y la púrpura reales, como si fuese a reinar en Roma. Quinto

[41] Átalo III, muerto en el 133 a. C.

[42] Quinto Pompeyo, cónsul en el 141 a. C.

Metelo[43] le reprochó a Tiberio que, siendo su padre censor, siempre que volvía a casa después de la cena los ciudadanos apagaban las luces, temiendo dar la impresión de llevar más allá de la medida las diversiones y la bebida; en cambio a él iban alumbrándole en la noche los ciudadanos más temerarios
y menesterosos. Tito Annio[44], que no era un hombre discreto ni 5
sensato, pero que parecía invencible en debates de preguntas y respuestas, planteó a Tiberio el desafío de que había destituido
en contra de las leyes a un colega sagrado e inviolable. Ante el 6
alboroto de la mayoría, Tiberio de un salto convocó al pueblo y, tras ordenar que trajeran a Annio, quiso hacer contra él una
acusación. Éste, muy por detrás en elocuencia y fama, se refu- 7
giaba en sus armas más temibles y le pedía a Tiberio que antes
de la disputa le respondiera a unas pequeñas cuestiones. Con- 8
cedido esto, se hizo un silencio y Annio dijo: «Si tú quieres dejarme sin derechos y ultrajarme y yo invoco a uno de tus colegas y éste viene a ayudarme y tú te irritas, ¿lo destituirás
de su cargo?». Se dice que ante esta pregunta Tiberio se quedó 9
vacilante, hasta el punto de guardar silencio él, que era de todos el de verbo más fácil y el de ánimo más resuelto.

Entonces disolvió la asamblea. Dándose cuenta de que, de 15
sus acciones políticas, el asunto de Octavio había sido muy molesto, no sólo para los poderosos sino también para el pueblo —pues parecía haber destruido y ultrajado la dignidad tribunicia, que había mantenido hasta ese día su carácter grande y noble—, dirigió un discurso al pueblo del cual no está fuera del

[43] Quinto Cecilio Metelo, pretor en el 148 a. C., cónsul en el 143 a.C. y censor en el 131 a.C.

[44] T. Annio Lusco, cónsul en el 153 a.C. Sobre su controversia con Tiberio Graco, *cf.* J. VON UNGERN-STERNBERG, «Die beiden Fragen des Titus Annius Luscus», en *Sodalitas. Scritti in onore di Antonio Guarino*, Nápoles, Jovene, (1984-1985), vol. I, págs. 339-348.

caso presentar una pequeña parte de sus argumentos, para poder hacerse una idea de lo convincente y sólido que era este hom-
2 bre[45]. Dijo que el tribuno es sagrado e inviolable porque está colocado a la cabeza del pueblo y lo defiende. Pero si, cambiando de conducta, comete injusticia contra el pueblo y disminuye su fuerza y le impide votar, él mismo se despoja de su dignidad
3 al no hacer aquello para lo que la recibió. Porque, en caso contrario, habría que permitir que un tribuno destruyera el Capitolio y quemara el arsenal. Si lo hace, es un mal tribuno. Y si
4 anula al pueblo, no es un tribuno. ¿Cómo, entonces, no va a ser extraño que si un tribuno puede detener a un cónsul, al tribuno no pueda quitarle su poder el pueblo cuando se sirve de él contra quien se lo ha dado? Pues tanto al cónsul como al tribuno los
5 elige el pueblo. Y en verdad, la realeza, además de ejercer todo el poder concentrado en ella misma, estaba consagrada a los dioses por las mayores ceremonias religiosas, pero a Tarquinio lo expulsó la ciudad por cometer injusticia y, por la insolencia de un solo hombre, fue abolida aquella magistratura ancestral a
6 la que Roma debía su fundación. Todavía más, ¿qué hay en Roma tan sagrado y venerable como las vírgenes que cuidan y

---

[45] Plutarco introduce aquí un ejemplo de la oratoria de Tiberio y, más adelante, también adornará su relato con discursos de su hermano Gayo. En este punto se ha señalado como fuente probable a Nepote. Así, P. FRACCARO, *Studi sull'età dei Gracchi. La tradizione storica della rivoluzione Graccana*, Roma, L'Erma, 1967 (1914[1]) argumenta no que Nepote sea una fuente básica para las vidas plutarqueas de los hermanos Graco, pero sí para estos pasajes con los que ilustra sus dotes oratorias. Recuérdese que Cornelio NEPOTE, en su obra *De uiris illustribus*, dedicaba una serie, perdida, a los oradores y allí figuraban Tiberio y Gayo Graco. Por otra parte, también es este autor el que recogía en su obra —y de esta parte sí tenemos fragmentos— las supuestas cartas que Cornelia dirigió a su hijos y que también Plutarco mencionará más adelante. Sin embargo, tampoco puede descartarse que esos discursos estuvieran recogidos por el analista Gayo Fannio, según señalan R. FLACELIÈRE y É. CHAMBRY, *op. cit.*, pág. 92.

custodian el fuego inmortal? Pero si alguna de ellas comete una falta, es enterrada viva[46]. Pues no conservan su inviolabilidad, que poseen precisamente a causa de los dioses, una vez que ofenden a esos dioses. Entonces, tampoco es justo que el tribu- 7
no que agravia al pueblo conserve la inviolabilidad que tiene gracias al pueblo, pues destruye esa misma fuerza con la que él es poderoso. Y si obtuvo el tribunado en justicia votándolo la mayoría de las tribus, ¿cómo no va a ser todavía más justo que se le desposea por el voto en contra de todas? Nada hay tan sa- 8
grado e inviolable como los exvotos de los dioses, pero nadie ha impedido que el pueblo se sirva de ellos y los mueva y cambie de sitio como quiera. También le está permitido entonces concederle a otro el tribunado, como si fuera un exvoto. Que no es inviolable ni inamovible esta magistratura está claro por el hecho de que muchas veces los propios tribunos pidieron ellos mismos ser depuestos.

Tales fueron los puntos capitales de la 16
defensa de Tiberio.

Segundo tribunado de Tiberio

Una vez que sus amigos, viendo las amenazas y la coalición contra él, consideraron que necesitaba asegurarse otro tribunado para el año siguiente, de nuevo se ganó al pueblo con otras leyes, acortando el tiempo de las campañas militares, permitiendo al pueblo que apelase las decisiones de los jueces, añadiendo a los que entonces juzgaban, que eran senadores, un número igual del orden ecuestre y disminuyendo ya de todas las maneras el poder del senado, por cólera y por rivalidad, más que por atender a lo que era justo y conveniente. Cuando se 2

[46] Sobre las vestales, PLUT., *Numa* 9, 9-15, 10. *Cf.*, recientemente, R. L. WILDFANG, *Rome's Vestal virgins: a study of Rome's Vestal priestesses in the late Republic and early Empire*, Londres, Routledge, 2006.

estaba llevando a cabo la votación, se dieron cuenta de que los adversarios eran más —pues no estaba presente todo el pueblo—. Al principio ganaron tiempo insultando a los otros tribunos, pero después disolvieron la asamblea, tras dar órdenes de
3 que se presentaran al día siguiente. Tiberio bajó primero al foro, abatido y lloroso, y suplicaba al pueblo; después, como dijo que temía que durante la noche sus enemigos destrozaran su casa y lo mataran, conmovió tanto a la gente que un gran número de hombres acampó junto a su casa y pasó la noche de guardia.

17 Con el día se presentó el que traía las aves que se utilizaban para la adivinación y les echó su comida[47]. Aunque el hombre agitaba mucho la jaula, las aves, salvo una, no salieron. Y ésta ni siquiera tocó el alimento, sino que, levantando el ala izquier-
2 da y extendiendo una pata, se refugió de nuevo en la jaula. Este presagio le recordó a Tiberio uno anterior, pues tenía un casco que usaba en los combates, notablemente adornado y brillante, en el que unas serpientes, después de meterse dentro sin que nadie se diera cuenta y haber puesto huevos, los habían incubado. Por eso sobre todo se alteró Tiberio con el episodio de las
3 aves. Se disponía a salir, sin embargo, al enterarse de que el pueblo se había reunido arriba, en torno al Capitolio, pero, antes de estar fuera, tropezó junto al umbral, siendo tan violento el golpe que se rompió la uña del dedo gordo y la sangre salía
4 por fuera del calzado. Había avanzado un poco y se vieron a la izquierda unos cuervos luchando sobre el tejado. Y, aunque muchos hombres, como es natural, pasaban a la vez que él, una piedra soltada por uno de los cuervos justo encima de Tiberio
5 cayó junto a su pie. Esto detuvo incluso a los más arrojados de

[47] Este procedimiento de adivinación era denominado *auspicia pullaria*: si las aves comían con apetito se consideraba un buen augurio, en caso contrario el presagio era desfavorable. *Cf.* A. Bouché-Leclercq, *Histoire de la divination dans l'Antiquité*, IV, París, 1880, págs. 203-205.

quienes lo acompañaban. Pero Blosio, el de Cumas, que estaba
presente, dijo que sería una vergüenza y una gran tristeza si
Tiberio, hijo de Graco, nieto por parte de madre de Escipión el
Africano, jefe del pueblo romano, por miedo a unos cuervos no
comparecía ante los ciudadanos que lo llamaban: esta vergüen- 6
za, sin embargo, los enemigos no la atribuirían a algo risible,
sino que se lo contarían a voces al pueblo como algo propio de
un tirano y de un arrogante. Al tiempo, muchos corrían hacia
Tiberio de parte de sus amigos que estaban en el Capitolio pi-
diéndole que se apresurase, que allí estaban tranquilos. Y al 7
principio se recibió a Tiberio de una forma brillante, levantando
hacia él, nada más aparecer, una aclamación de amistad, aco-
giéndolo cuando subía con ánimo favorable y colocándose alre-
dedor de él para que ningún desconocido se le acercase.

La muerte

De nuevo comenzó Mucio a llamar a las 18
tribus, pero no pudo llevar a cabo el proceso
habitual debido al tumulto de los últimos
que, empujados y empujando, querían me-
terse por la fuerza entre los que estaban de-
lante de ellos. En esto, Fulvio Flaco[48], miembro del senado, 2
colocándose en un lugar visible, como no se oía su voz, hizo
señas con la mano de que quería decirle algo en privado a Tibe-
rio. Éste ordenó que la muchedumbre se apartase y él, subiendo 3
con dificultad y acercándosele, le anunció que en la sesión del
senado los ricos, como no pudieron convencer al cónsul[49], ha-

[48] Fulvio Flaco, que formaría parte de las comisiones encargadas del reparto de las tierras, es el mismo que morirá junto a Gayo, como se verá más adelante.

[49] P. Mucio Escévola. Sobre su posición política en este episodio, *cf.* las opiniones encontradas de E. S. Gruen, «The political allegiance of P. Mucius Scaevola», *Athenaeum* 43 (1965), 321-332 y T. P. Wiseman, «A note on P. Mucius Scaevola», *Athenaeum* 48 (1970), 152-153.

bían decidido matar ellos mismos a Tiberio y que contaban para ello con muchos esclavos y amigos armados.

19 Cuando Tiberio comunicó esto a los que lo acompañaban, inmediatamente ellos se ciñeron las togas y, rompiendo las picas con las que contienen a la masa los *uiatores*, las partieron para
2 defenderse con los trozos contra los atacantes. Extrañándose los que estaban más lejos y queriendo saber lo que sucedía, Tiberio se llevó la mano a la cabeza, señalando con el gesto el peligro,
3 toda vez que no oían su voz. Sus adversarios, al verlo, corrieron al senado a anunciar que Tiberio pedía la diadema y que éste era el sentido de que se tocara la cabeza. Todos, entonces, armaron alboroto. Nasica pedía que el cónsul socorriese a la ciudad y
4 acabara con el tirano, a lo que aquél respondió, con mucha calma, que no se tomaría ninguna iniciativa por la fuerza ni se ejecutaría a ningún ciudadano sin juicio; ahora bien, si el pueblo votaba algo al margen de la ley convencido u obligado por Tibe-
5 rio, no lo tendría por válido. Levantándose Nasica, dijo: «Una vez que el cónsul traiciona a la ciudad, vosotros, que queréis salvar las leyes, seguidme». Y al tiempo que decía esto, colocando en torno a su cabeza un borde de la toga[50], marcha hacia el
6 Capitolio. Todos los que lo seguían, con la toga enrollada en el

[50] Para este gesto, *cf.* APIANO, *Guerras Civiles* I 16: «El primero que abría la marcha era el pontífice máximo Cornelio Escipión Nasica, el cual gritaba con fuerte voz que le siguieran todos aquellos que quisieran salvar la patria. Y se plegó en torno a su cabeza la extremidad de la toga, sea para inducir a mucha gente a seguirle por medio de este signo externo de la dignidad de su cargo, sea haciendo de ello, para los que le viesen, un símbolo de la guerra, cual si de un yelmo se tratase, o sea para ocultarse a sí mismo de los dioses por lo que se disponía a hacer». Respecto a este episodio, *cf.* J. LINDERSKI, «The pontiff and the tribune: the death of Tiberius Gracchus», *Athenaeum* 90.2 (2002), 339-366. Un intento de rehabilitación de la figura de Nasica en C. BINOT, «Le rôle de Scipion Nasica Sérapion dans la crise gracquienne, une relecture», *Pallas* 57 (2001), 185-203.

brazo, empujaban a los que los estorbaban y nadie se oponía a hombres de esa dignidad, sino que se apartaban y se pisaban
unos a otros. Los que los acompañaban llevaban mazas y palos 7
de sus casas; ellos mismos, cogiendo los trozos y las patas de los 8
asientos destrozados por la muchedumbre que huía, marchaban contra Tiberio golpeando al tiempo a los que estaban delante de
él, causando su derrota y provocando una matanza. Al propio 9
Tiberio, cuando huía, lo agarró uno de la toga; soltándola y huyendo sólo con la túnica, se cayó y fue a dar junto a algunos que
habían sido abatidos antes que él. Cuando se levantaba, Publio 10
Satureyo, uno de sus colegas, a la vista de todos y el primero, lo golpeó en la cabeza con la pata de un asiento. De la segunda herida se reclamaba autor Lucio Rufo, como queriendo señalarse con una gran hazaña. De sus compañeros murieron más de trescientos, golpeados con palos y piedras, ninguno por el hierro.

Dicen los historiadores que ésta fue la primera disensión en **20**
Roma, desde la abolición de la realeza, que se decidió con sangre y con la muerte de ciudadanos. Pues a las otras, que no fueron pequeñas ni sobre asuntos de poca monta, les habían puesto fin cediendo unos y otros, los ricos por miedo al pueblo,
el pueblo por respeto al senado. Parecía que también entonces 2
Tiberio habría cedido sin dificultad si se lo hubiesen pedido, incluso habría abandonado más fácilmente, si los atacantes no hubieran provocado muertos ni heridos, pues no le acompaña-
ban más de tres mil. Pero parece que fue la ira de los ricos y su 3
odio, más que las excusas que se alegaron, lo que provocó esta sublevación contra él. De esto es un gran testimonio su cadáver
salvaje e injustamente ultrajado. Pues no permitieron a su her- 4
mano, que lo pedía, llevarse el cuerpo y enterrarlo de noche, sino que lo arrojaron al río con los otros cadáveres. Y no acabó ahí la cosa: de sus amigos, a unos los desterraron sin juicio, a otros los apresaron y mataron. Entre éstos, Diófanes el rétor,
que fue ejecutado. A un tal Gayo Vilio lo encerraron en un saco, 5

arrojando dentro víboras y serpientes, y acabaron así con él[51]. Blosio de Cumas fue llevado ante los cónsules y, al preguntársele por lo sucedido, reconoció que en todo había actuado a las
6 órdenes de Tiberio. Al decirle Nasica, «¿Y, qué, si te hubiera ordenado quemar el Capitolio?», al principio respondió que Tiberio no le habría dado esa orden, pero, como muchos le repitieron la pregunta, dijo: «Pues incluso eso me hubiera parecido bien, pues no lo hubiera ordenado Tiberio si no hubiera sido
7 conveniente para el pueblo». Saliendo así del paso se fue a Asia con Aristónico y, cuando a aquél le fue mal, se suicidó[52].

21 Intentando el senado conciliarse con el pueblo ante las circunstancias presentes, no se opuso al reparto de las tierras y propuso al pueblo que eligiera a un nuevo encargado de esta tarea en
2 vez de Tiberio. Hecha la votación, eligieron a Publio Craso, pariente de Graco, pues su hija Licinia estaba casada con Gayo
3 Graco. Cornelio Nepote, sin embargo, dice que Gayo se casó con la hija no de Craso sino de Bruto[53], el que había vencido a los
4 lusitanos. Pero la mayoría lo cuentan como nosotros. Toda vez que el pueblo llevaba mal la muerte de Tiberio y estaba claro que esperaba el momento oportuno para la venganza y ya se promovía un proceso contra Nasica, el senado, temiendo por él, decidió
5 enviarlo a Asia sin ninguna necesidad. En efecto, los que se lo encontraban no ocultaban su hostilidad, sino que se exasperaban y gritaban cuando se lo tropezaban, llamándolo maldito, tirano,

---

[51] Sobre este curioso episodio en el que se aplica un castigo que recuerda la famosa *poena cullei*, reservada a los parricidas, *cf.* J. L. Beness, «When the punishment rivals the crime: the sack treatment and the execution of C. Villius», *Ancient History* 28.2 (1998), 95-112 y, del mismo, «The punishment of the Gracchani and the execution of C. Villius in 133/132», *Antichthon* 34 (2000), 1-17.

[52] Aristónico era hijo natural de Eumenes II. No aceptó el testamento de su hermanastro, Átalo III, del que se ha hablado más arriba. Se enfrentó a Roma y fue vencido en el 129 a. C.

[53] Décimo Junio Bruto, cónsul en el 138 a. C.

que había manchado con el asesinato de un hombre sagrado e inviolable el más santo y venerable santuario de la ciudad[54]. Así 6
huyó de Italia Nasica, aunque estaba atado por las ceremonias religiosas más importantes por ser el más grande y primero de los pontífices. Exiliado, errando de acá para allá miserablemente, no mucho después murió en Pérgamo. Y no hay que extrañarse si el 7
pueblo odió así a Nasica, porque también Escipión el Africano, a quien los romanos parecen haber estimado con más razón y más que a nadie, poco faltó para que se viera privado y desposeído del favor del pueblo porque nada más enterarse en Numancia de la muerte de Tiberio dijo en voz alta este verso de Homero:

que muera también cualquier otro que obre tales cosas[55]. 8

Después, al preguntarle Gayo y Fulvio en una asamblea qué pensaba de la muerte de Tiberio, contestó que no estaba de acuerdo con su política. A partir de ahí, el pueblo protestaba cuando él hablaba, cuando nunca antes había hecho tal cosa, y él mismo se dejó llevar hasta hablarle mal al pueblo. Sobre todo esto hemos escrito en detalle en la vida de Escipión[56].

Vida de Gayo

Gayo Graco, al principio, bien por miedo 22 (1)
a sus enemigos o alimentando el odio contra ellos, se mantuvo alejado del foro y vivía tranquilo como un particular, como alguien que por el momento tiene ocupaciones modestas y que, en el futuro, va a vivir tan ajeno a la vida pública

[54] Sobre el lugar en el que cayó muerto Tiberio, próximo al templo de Júpiter, *cf.* B. Bilinski, «De Capitolii loco, quo Tiberius Gracchus occisus est, observationes topographicae», *Meander* 15 (1960), 417-430.

[55] *Odisea* I 47.

[56] No se conserva esta *Vida de Escipión.*

que incluso dio ocasión a algunos de que lo acusaran de rechazar
2 y censurar la política de Tiberio. Era, por otra parte, un muchacho en todos los aspectos, pues tenía nueve años menos que su hermano, que murió cuando no había cumplido los treinta. Pero,
3 una vez que pasó el tiempo, incluso en su vida retirada, mostró unos hábitos contrarios a la pereza, la cobardía, la bebida o la codicia, y era evidente que preparaba su oratoria como si fueran alas hacia la vida política, no para llevar una vida retirada. Defendiendo a uno de sus amigos, Vetio, que había sido llevado a juicio, entusiasmó de placer al pueblo, que se agitaba con furor báquico en torno a él, y mostró que todos los otros rétores eran como niños a su lado. De nuevo entonces los ricos se abandonaron al miedo y hablaban mucho de no permitir que Gayo alcan-
4 zara el tribunado. Sucedió que fue designado por sorteo cuestor en Cerdeña con Orestes como cónsul[57]: esto produjo placer a sus
5 enemigos y a Gayo no le disgustó. Era belicoso y no estaba peor preparado para las campañas militares que para los juicios; en esas circunstancias, como todavía temblaba ante la política y el estrado, pero no era capaz de decir que no a unos amigos y a un pueblo que lo reclamaban, se entusiasmó todavía más con aquel
6 alejamiento de la ciudad. Sin embargo, es opinión muy establecida que fue un jefe popular puro, mucho más ávido que Tiberio de la fama que otorga el pueblo. Pero no es cierto, sino que parece que más bien por una cierta necesidad y no por una elección
7 suya se lanzó a la política. Incluso el orador Cicerón dice que, en efecto, a Gayo, que había rehusado todos los cargos y había elegido vivir retirado, su hermano se le apareció en un sueño y se dirigió así a él: «¿Por qué te demoras, Gayo? No hay escapatoria, sino que el destino nos ha impuesto a los dos una única vida y una única muerte trabajando en favor del pueblo[58]».

---

[57] Lucio Aurelio Orestes, cónsul en el 126 a. C.

[58] Cicerón, *Sobre la adivinación* I 26, 56. Este pasaje sirve de punto de

Estando, entonces, en Cerdeña, Gayo hizo toda una demostración de valor: fue muy superior a todos los demás jóvenes en los combates contra los enemigos, en justicia hacia los sometidos ⟨y⟩ en buena disposición hacia su general; en cuanto a moderación, sencillez y amor al trabajo, superaba incluso a los de 23 (2)
más edad. Como en Cerdeña el invierno es duro e insano, el 2
general solicitó a las ciudades ropa para los soldados, pero éstas enviaron delegaciones a Roma pidiendo que se las dispensase de esta carga. El senado aceptó la petición y dio instruc- 3
ciones al general de que consiguiese de otro sitio la ropa para los soldados: aquél se vio en gran apuro y los soldados continuaron pasando penalidades hasta que el propio Gayo, recorriendo las ciudades, las convenció para que enviasen ellas mismas las ropas y ayudasen a los romanos. Anunciada esta 4
noticia en Roma, inquietó al senado, que la vio como un preludio de la demagogia. En primer lugar, expulsaron enojados a 5
unos embajadores que habían llegado de Libia, de parte de Micipsa[59], anunciando que el rey, en atención a Gayo Graco, enviaba a Cerdeña trigo para el general. A continuación, hicieron 6
un decreto para que se efectuara el relevo de los soldados, pero que Orestes se quedara, en la idea de que también Gayo, por su cargo, se quedaría. Pero él, nada más llegar estas noticias, se 7
embarcó llevado por la ira. Presentándose en Roma de forma inesperada, no sólo fue acusado por sus enemigos, sino que también al pueblo le parecía inaudito que siendo cuestor hubie-

partida para un detallado análisis literario de esta pareja, Tiberio y Graco, que deja de lado las cuestiones agrarias y los aspectos políticos de sus biografías para centrarse en ese lazo fraternal que implica una vida y una muerte iguales: T. Späth, «Deux figures, une vie: les Gracques de Plutarque», en A. Pérez Jiménez y F. Casadesús, eds., *Estudios sobre Plutarco: Misticismo y religiones mistéricas en la obra de Plutarco*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2001, págs. 411-440.

[59] Hijo de Masinisa, rey de los númidas.

8 ra abandonado a su jefe. No obstante, una vez que fue acusado
ante los censores, pidió la palabra y cambió la opinión de los
que lo escucharon al punto de que se fue dejando la idea de que
9 había sido víctima de la mayor injusticia. Dijo, efectivamente,
que había pasado doce años en campaña, mientras que los otros
pasaban diez años obligatorios y que, en el cargo de cuestor, se
había quedado tres años junto a su general cuando la ley le
10 permitía volver después de uno. Que era el único de los soldados que se había llevado la bolsa llena para traerla vacía, mientras que los otros, después de beber el vino que habían llevado, volvían aquí trayendo las ánforas llenas de plata y oro[60].

Tribunado

24 (3) Después, abrieron contra él otras causas
y procesos: que había movido a defección a
los aliados y que había tenido parte en la
2 conjuración descubierta en Fregelas[61]. Él,
tras liberarse de toda sospecha y mostrarse
inocente, inmediatamente optó al tribunado, con la oposición
frontal de todos los notables y con tal muchedumbre acudiendo
a la ciudad desde Italia para apoyar su candidatura que a muchos
les faltó donde alojarse y, no pudiendo el Campo de Marte acoger a la multitud, dejaban oír sus voces desde los tejados y azo-
3 teas. Cuanto consiguieron los poderosos en su intento de violentar al pueblo y destruir las esperanzas de Gayo, fue que no
resultara elegido el primero sino que se le proclamase el cuarto.
4 Y nada más asumir el cargo ya era el primero de todos y mostraba una fuerza en la oratoria como ningún otro, habiéndole dado
su sufrimiento una gran libertad de palabra cuando lloraba a su
5 hermano. Pues era a ese punto al que llevaba al pueblo con cual-

[60] Este discurso también lo recoge Aulo Gelio, XV 12.

[61] La colonia de Fregelas se había levantado contra la ley *de ciuitate sociis danda*, del cónsul M. Fulvio Flaco, en el 125 a.C.

quier excusa, recordándole lo sucedido y comparándolo con la conducta de los antepasados, cómo aquéllos lucharon contra los faliscos porque habían insultado a uno de sus tribunos, Genucio, y condenaron a muerte a Gayo Veturio porque fue el único que no cedió el paso a un tribuno que atravesaba el foro. «Ante vues- 6
tros ojos —dijo— éstos golpearon con palos a Tiberio y su cadáver fue arrastrado desde el Capitolio por toda la ciudad para ser arrojado al río. Los que fueron apresados de entre sus amigos murieron sin juicio. Y eso que tenemos una costumbre ancestral según la cual, si el que es acusado de un crimen capital no comparece, ante su puerta, desde el alba, un trompeta se presenta para llamarlo al toque del instrumento y los jueces no pueden pronunciar antes su voto. Así de cautos y cuidadosos eran en los juicios.»

Tras soliviantar con estos discursos al pueblo —pues ponía 25 (4)
en su discurso una voz alta y poderosa—, propuso dos leyes: una, que si el pueblo priva del cargo a algún magistrado, éste no pueda obtener uno nuevo; otra, que si un magistrado destierra a un ciudadano sin juicio, pueda el pueblo juzgarlo a él. La pri- 2
mera de estas leyes privaba totalmente de sus derechos a Marco Octavio, que había sido apartado del tribunado por Tiberio; la otra incumbía a Popilio[62]. Éste, efectivamente, siendo cónsul, había desterrado a los compañeros de Tiberio. Popilio, sin espe- 3
rar el juicio, huyó de Italia. La otra ley, el propio Gayo la retiró, alegando que su madre Cornelia le había pedido que perdonara a Octavio. El pueblo se quedó admirado y estuvo de acuerdo, 4
estimando a Cornelia no menos por sus hijos que por su padre. Más adelante, cuando le erigieron una estatua de bronce, escribieron sobre ella: «Cornelia, madre de los Gracos». Se recuer- 5
dan también muchos dichos de Gayo acerca de ella, pronunciados con elocuencia y públicamente contra uno de sus enemigos:

[62] Popilio Lenas, cónsul en el 132 a. C.

«¿Tú —dijo— insultas a Cornelia, la que dio a luz a Tiberio?»,
6 y, como ese que insultaba era acusado de afeminado, añadió, «¿Con qué derecho te comparas con Cornelia?, ¿has parido, como ella? Y, por cierto, que todos los romanos saben que ella ha estado más tiempo sin marido que tú, aunque eres un hombre». Tal era la mordacidad de sus discursos y muchos ejemplos parecidos pueden sacarse de sus escritos.

26 (5) *Reformas*

De las leyes que introdujo para favorecer al pueblo y debilitar al senado, una era agraria, para repartir entre los pobres tierra pública[63]. Otra tenía que ver con el servicio militar, dando orden de que la ropa se costease con dinero público y no se cogiera para ello nada de la paga de los que estaban en campaña; prohibía, además, el reclu-
2 tamiento de menores de diecisiete años. Una tercera, sobre los aliados, concediendo a los italiotas el derecho al voto igual que a los de la ciudad[64]. Una cuarta, sobre el cereal, abaratando su precio para los pobres[65]. Una quinta sobre la justicia, con la que
3 recortó la mayor parte del poder de los senadores: efectivamente, eran ellos los únicos que juzgaban las causas y por ello eran temidos por el pueblo y por el orden ecuestre. Él sumó a los trescientos que ya eran otros trescientos del orden ecuestre e
4 hizo que los juicios estuvieran en manos de esos seiscientos. Se dice que al proponer esta ley tuvo especial cuidado y que, mientras todos los oradores que hubo antes de él miraban hacia el

[63] *Cf.* E. Hermon, «Le programme agraire de Caius Gracchus», *Athenaeum* 60 (1982), 258-272.

[64] Sobre este asunto, *cf.* H. Mouritsen, «Caius Gracchus and the 'cives sine suffragio'», *Historia* 55.4 (2006), 418-425.

[65] Acerca de esta *lex frumentaria*, *cf.* P. Erdkamp, «Feeding Rome, or feeding Mars?: a long-term approach to C. Gracchus' *lex frumentaria*», *Ancient Society* 30 (2000), 53-70.

senado y hacia lo que se llama comicio, él fue el primero que, volviéndose hacia afuera, habló hacia el foro, y, en adelante, después de él, así se hizo, tras haber provocado con esta pequeña inclinación y cambio de postura una gran revolución, trasladando, de alguna manera, el poder político de la aristocracia a la democracia, como que era necesario que los oradores pusieran la mirada en el pueblo y no en el senado.

Una vez que el pueblo no sólo aprobó esta ley, sino que le 27 (6)
confió la elección de los jueces del orden ecuestre, se vio revestido de una especie de poder monárquico, de manera que también el senado aceptaba sus decisiones. Por su parte, él siempre proponía en sus consejos lo que convenía al senado.
Como sucedió con el decreto muy medido y beneficioso acerca 2
del trigo que envió desde Iberia el propretor Fabio: convenció al senado de vender el trigo y enviar a las ciudades el dinero, además de reprochar a Fabio por convertir la dominación romana en algo odioso e insoportable a los hombres. Esto le valió una gran fama acompañada de afecto en las provincias.
Propuso también que se establecieran colonias, que se constru- 3
yeran caminos, que se preparasen graneros, colocándose él mismo al frente de todas estas empresas como jefe y administrador. Y en absoluto se agotó con tantas y tales faenas, sino que las llevó a cabo con una celeridad y esfuerzo admirables, como si cada una de ellas fuera única, de manera que incluso los que más lo aborrecían y temían se quedaron admirados de
que fuese tan eficaz y resolutivo en todo. El pueblo también 4
admiraba el espectáculo de ver pendiente de él a la muchedumbre de trabajadores, obreros, embajadores, magistrados, soldados, hombres de letras. Departiendo con todos ellos de buena gana, conservando su dignidad en medio de la cordialidad y tratando a cada uno como era debido, demostraba la maldad de los que le acusaban diciendo que era un hombre al que había
que temer, grosero y violento. Era, así, más admirable como 5

jefe popular en sus conversaciones y actos que en los discursos desde la tribuna.

28 (7) Se aplicó sobre todo a la construcción de vías, cuidando a la
vez la utilidad, la elegancia y la belleza. Pues hacía que discu-
rrieran rectas, derechas a través de las tierras, y las pavimentaba
con piedra pulida compactada con montones de arena aplasta-
2 da. Rellenando las zanjas y tendiendo puentes en cuantos pun-
tos estaban cortados por torrentes o barrancos, dando una altura
igual y paralela a los dos lados, la obra ofrecía por todas partes
3 un aspecto llano y hermoso. Además, tras medir todo el camino
en millas —una milla mide poco menos de ocho estadios—,
4 colocó columnas de piedra indicando la distancia. Dispuso tam-
bién, a ambos lados del camino y a intervalos más cortos, otras
piedras para que fuera más fácil a los que iban a caballo montar
sin necesidad de ayudante.

29 (8) Por estas cosas el pueblo lo enaltecía y estaba bien dispues-
to a mostrarle de cualquier forma su afecto. Entonces, en un
discurso al pueblo, dijo que iba a pedir un favor que, si lo alcan-
zaba, lo pondría por encima de todo, pero si no lo obtenía, no se
lo reprocharía. Estas palabras se entendieron como que iba a
solicitar el consulado y provocó en todos la sospecha de que
2 optaría a la vez al tribunado y al consulado. Pero, llegado el día
de las elecciones consulares y estando todos expectantes, fue
visto acompañando a Gayo Fannio al Campo de Marte y apo-
yándolo en su candidatura con sus amigos. Esto tuvo para Fan-
nio una influencia decisiva y fue elegido cónsul[66]. Gayo fue
tribuno por segunda vez, sin exigirlo ni optar a ello, sino a ins-
3 tancias del pueblo. Pero una vez que vio al senado completa-
mente en contra y a Fannio flojear en su afecto hacia él, de
nuevo se aseguró al pueblo con otras leyes, decretando que se

[66] C. Fannio, cónsul en el 122 a.C., no parece que sea el mismo Fannio citado en PLUT., *Tiberio* 4, 6.

enviasen colonias a Tarento y Capua y que se invitase a los latinos a los mismos derechos civiles.

Estrategia del senado contra Gayo

El senado, temiendo que se volviese de 4
todo punto invencible, hizo un intento nue-
vo y desacostumbrado para privarlo del fa-
vor del pueblo: ganarse a su vez su favor y
complacerlo al margen del bien público. 5
Había entre los colegas de tribunado de Gayo uno llamado Li-
vio Druso[67], que no era inferior a ningún otro romano ni por
nacimiento ni por educación y por su carácter, elocuencia y ri-
queza rivalizaba con los más considerados y poderosos de ellos.
Los notables recurrieron a él para que se encargara de Gayo 6
uniéndose a ellos en su contra, sin ejercer violencia ni enfren-
tarse al pueblo, sino ejerciendo el cargo para complacer y ha-
ciendo concesiones en asuntos por los cuales incluso hubiera
sido justo ganarse su oposición.

Livio, tras colocar, a este fin, su tribunado al servicio del 30 (9)
senado, propuso leyes sin atender a nada noble ni útil, sino a
una única cosa: superar a Gayo en el gusto y favor del pueblo,
esforzándose y compitiendo como en una comedia[68]. Con esto el 2
senado dejó muy claro que no desaprobaba la actuación política
de Gayo, sino que era a él a quien quería destruir o humillar
absolutamente. A él, que había aprobado dos colonizaciones y 3
había enviado allí a los mejor considerados de los ciudadanos,
lo acusaban de demagogia, y a Livio, que establecía doce colo-

[67] M. Livio Druso, cónsul en el 112 a.C. Sobre su actuación política en estos momentos, *cf.* H. C. Boren, «Livius Drusus, t.p. 122, and his anti-Gracchan program», *Classical Journal* 52 (1956), 27-36.

[68] En este pasaje se ha visto una alusión a Aristófanes, *Los caballeros* 874 ss., donde dos demagogos rivales, Cleón y Agorácrito, disputan ante el pueblo.

4 nias y enviaba a cada una a tres mil pobres, lo apoyaban. A él, que repartía la tierra entre los pobres dándoles la orden de que pagaran un tributo al Estado, lo odiaban como si adulara a la plebe, y Livio, que retiró este tributo a los que habían recibido
5 las tierras, les complacía. Es más, él, concediendo el mismo derecho de voto a los latinos los disgustaba, pero cuando el otro decretó que se prohibiese golpear con varas a alguno de los la-
6 tinos, incluso en campaña, lo apoyaron con la ley. Y ciertamente el propio Livio siempre decía en sus discursos al pueblo que introducía estas leyes con la conformidad del senado, preocupado por el pueblo. Y esto fue lo único que resultó útil de su actividad política, pues el pueblo se mostró más manso con el senado y, aunque antes miraba con desconfianza a los nobles y los odiaba, Livio aflojó y suavizó este rencor y dureza, como que actuaba movido por la opinión de aquéllos cuando se mostraba deferente con el pueblo y lo complacía.

31 (10) A ojos del pueblo, la mayor prueba de la buena fe y justicia de Druso fue que parecía no proponer nada ni por sí mismo ni en su propio favor. Pues enviaba a otros legisladores en la fundación de colonias y no se ocupaba de la administración del dinero, mientras que Gayo se había puesto a sí mismo al frente
2 de la mayoría y de los más importantes de estos asuntos. Cuando Rubrio, uno de sus colegas, propuso establecer una colonia en Cartago, arrasada por Escipión[69], Gayo fue designado por suerte y embarcó hacia Libia para la fundación. Aprovechando Druso su ausencia, seducía al pueblo y se lo ganaba, sobre todo
3 con acusaciones falsas contra Fulvio[70]. Este Fulvio era un amigo

[69] Cartago había sido destruida en el 146 a.C.

[70] M. Fulvio Flaco, cónsul en el 125 a.C. Es el mismo que aparece en *Tiberio* 18, 2. *Cf.* U. Hall, «Notes on M. Fulvius Flaccus», *Athenaeum* 55 (1977), 280-288; W. L Reiter, «M. Fulvius Flaccus and the Gracchan coalition», *Athenaeum* 56 (1978), 125-144.

de Gayo y colega suyo en la magistratura, elegido con él para la
distribución de la tierra. Era un hombre alborotador y odiado
abiertamente por el senado, sospechoso también para los otros,
como que había sublevado a los aliados y animado, a escondi-
das, a los italiotas a hacer defección. Estas habladurías, hechas 4
sin pruebas ni examen, las hacía creíbles el propio Fulvio, al
practicar una política insana y belicosa. Esto, sobre todo, iba
acabando con Gayo, tocado por ese mismo odio. Y cuando Es- 5
cipión el Africano murió, sin encontrarse una causa aparente, y
pareció que cubrían su cadáver unas señales de heridas y vio-
lencia, como se cuenta en su biografía, se lanzó una calumnia
sobre todo contra Fulvio, porque era enemigo suyo y aquel mis-
mo día había estado insultando a Escipión en la tribuna, pero la
sospecha alcanzó también a Gayo. Un hecho tan terrible, que se 6
había osado cometer contra un hombre que era el primero y más
grande de los romanos, no obtuvo justicia ni se abrió una inves-
tigación: se opuso el pueblo y puso fin a las pesquisas, temero-
so por Gayo, no resultase envuelto en la responsabilidad del
crimen investigado. Pero estos hechos fueron anteriores a lo
aquí narrado[71].

En Libia, en la fundación de Cartago, a la que Gayo llamó 32 (11)
Junonia —es decir, ciudad de Hera—, muchos obstáculos se
dice que fueron enviados por la divinidad[72]. La primera enseña 2
fue arrebatada por el viento, pese a los firmes esfuerzos del que
la llevaba, y quedó destrozada; los restos de las víctimas sacri-
ficiales que estaban sobre el altar, un huracán los dispersó y
arrastró más allá de los límites trazados en la nueva ciudad.

---

[71] Habían ocurrido en el 129 a.C.

[72] Escipión, cuando arrasó Cartago, lanzó una maldición sobre esta tierra condenándola a ser por siempre pasto para los animales. APIANO, *Guerras Civiles* I 24, recuerda este hecho al relatar los malos augurios que acompañaron la fundación.

Esos mismos límites los derribaron unos lobos que se acercaron
3 y se fueron llevándolos muy lejos. Sin embargo, tras arreglarlo y
ordenarlo todo, Gayo regresó a Roma después de setenta días
en total, enterado de que Fulvio era hostigado por Druso y de
4 que las circunstancias requerían su presencia. Efectivamente,
Lucio Opimio, un hombre del partido oligárquico y respetado
en el senado, había sido derrotado en una anterior ocasión al
optar al consulado, ya que al apoyar Gayo a Fannio lo había
5 hecho desistir a él; ahora, en cambio, con la mayoría a su favor,
era muy probable que alcanzara el consulado. Una vez nombra-
do cónsul, acabaría con Gayo, cuya fuerza, de alguna manera,
ya se estaba apagando, saciado el pueblo de tales políticas: eran
muchos los que ejercían la demagogia y el senado condescen-
día de buena gana.

33 (12) Lo primero que hizo nada más volver fue mudarse de casa
del Palatino a otro lugar al pie del foro, que era más popular,
donde vivía la mayor parte de la gente humilde y pobre. Des-
2 pués, propuso las restantes leyes, como con la intención de que
se votaran. Como la muchedumbre lo rodeaba por todas partes,
el senado convenció al cónsul Fannio de que expulsara a todos
3 los que no fueran romanos. Como era una proclama desacos-
tumbrada e inaudita, que ninguno de los aliados ni de los ami-
gos aparecieran por Roma aquellos días, Gayo respondió con
un decreto denunciando al cónsul y prometiendo ayuda a los
4 aliados si se quedaban. Pero lo cierto es que no los socorrió,
sino que, viendo a uno de sus huéspedes y amigos arrastrado
violentamente por los servidores de Fannio, pasó de largo y no
lo ayudó, ya fuera por temor a dejar en evidencia que su in-
fluencia estaba menguada, ya que no quisiera, como decía, dar
él mismo a sus enemigos, que lo andaban buscando, la ocasión
5 de un altercado y un enfrentamiento. También irritó a sus cole-
gas por la siguiente causa: iba el pueblo a asistir a un combate
de gladiadores en el foro y la mayor parte de los magistrados

habían colocado alrededor tribunas para arrendarlas. Gayo les 6
ordenó que las retiraran para que los pobres pudieran ver desde allí el espectáculo sin pagar. Nadie le hizo caso y, esperando a la noche anterior al espectáculo, reclutando a cuantos pudo de los obreros que habían trabajado a sus órdenes, retiró los asientos y mostró al día siguiente el lugar libre al pueblo. Por esta 7
razón, al pueblo le pareció un verdadero hombre, pero irritó a sus colegas por osado y violento. Parece que ésta fue la causa de que perdiese su tercer tribunado, que habiendo obtenido la mayor parte de los votos, sus colegas habían hecho el recuento y la proclamación de manera injusta y deshonesta. Pero sobre esto hay controversia. Él no sobrellevó con moderación el fra- 8
caso y, al menos según se cuenta, a sus enemigos que se reían de él les dijo con más insolencia de la debida que reían con risa sardónica[73], sin saber cuánta sombra había esparcido en torno a ellos su política.

La muerte

Tras nombrar a Opimio cónsul comenza- 34 (13)
ron a abolir muchas de las leyes y a cambiar las disposiciones sobre Cartago, provocando a Gayo para que, con su enojo, diera ocasión a que lo mataran. Al principio aguantaba, pero como Fulvio, sobre todo, de entre sus amigos, lo pinchaba, se aplicó de nuevo a reunir a quienes se opusieran al cónsul. En este punto se dice que incluso su madre se le unió en 2

[73] *Sardónion gélōs*, «risa sardónica, amarga», es una variante tardía de la expresión *sardánion gélōs*. P. CHANTRAINE, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque. Histoire des mots*, París, Klincksieck, 1968-1980, propone como etimología más verosímil la que hace derivar *sardánios* de *sésîra*, «mostrar los dientes». Sobre este pasaje en concreto, *cf.* G. MARASCO, «Una battuta di Gaio Gracco sul 'riso sardonio'», en *L'Africa romana: Atti dell' XI convegno di studio, Cartagine, 15-18 dicembre 1994*, K. MUSTAPHA, P. RUGGERI, C. VISMARA, eds., Il Torchietto, Ozieri, 1996, 3 vols., págs. 1.675-1.681 del volumen 3.

la sedición, pagando secretamente a extranjeros y enviándolos a Roma como si fueran segadores. Efectivamente, esto estaba escrito de manera velada en sus propias cartas a su hijo[74]. Otros, en cambio, dicen que todo esto sucedió con la oposición de
3 Cornelia. Sea como sea, el día en que Opimio iba a abolir las leyes, desde la aurora fue ocupado el Capitolio por ambos bandos. Una vez el cónsul ofreció el sacrificio, uno de sus líctores, Quinto Antilio, al retirar las entrañas, dijo a Fulvio y los suyos:
4 «Dejad sitio a los buenos, malos ciudadanos». Algunos cuentan que, al tiempo de decir esto, levantó el brazo desnudo, como en un gesto de insolencia. En todo caso, Antilio muere allí mismo al momento, pinchado con grandes estiletes, se dice que fabri-
5 cados para la ocasión. La muchedumbre se alborotó por el crimen y de los jefes se apoderaron sentimientos diversos. Gayo se disgustó y reprochó a los que lo acompañaban por haber dado a sus enemigos la excusa que necesitaban hacía tiempo contra ellos; Opimio, al contrario, agarrándose a la ocasión que se le ofrecía, excitó al pueblo a la venganza.

35 (14) Comenzó entonces a llover y se disolvieron. Pero nada más amanecer el día siguiente, el cónsul, reuniendo al senado, deliberaba en el interior; otros, tras colocar en una litera el cadáver desnudo de Antilio, lo llevaban a propósito por el foro frente a la curia con lamentos y trenos y Opimio, que conocía lo que pasaba, fingió extrañarse, de modo que los senadores salieron.
2 Colocado el lecho en el medio, se lamentaban como ante una desgracia terrible y enorme; pero el pueblo mostraba su odio y

[74] Sobre las supuestas cartas de Cornelia, *cf.* M. T. d'Errico, «Sull' autenticità delle lettere di Cornelia», *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia dell'Università di Napoli* 10 (1962-1963), 19-32; N. Horsfall, «The Letter of Cornelia. Yet more problems», *Athenaeum* 65 (1987), 231-234. Finalmente, E. A. Hemelrijk, *Matrona docta: educated women in the Roman Elite from Cornelia to Julia Domna*, Londres, Routledge, 1999, discute en el capítulo quinto sobre la autenticidad de las cartas atribuidas a Cornelia.

rechazo a los oligarcas, como que ellos mismos habían matado
a Tiberio Graco en el Capitolio, cuando era tribuno, y habían
arrojado su cadáver, mientras que un líctor, Antilio, que quizás
no había merecido lo que le había pasado, pero que era el prin-
cipal responsable de ello, estaba expuesto en el foro y el senado
romano estaba a su lado en pie, lamentándolo y acompañando a
un mercenario para acabar con el último defensor del pueblo. 3
Después de esto los senadores volvieron a la curia y votaron y
designaron al cónsul Opimio para salvar la ciudad como fuera
y acabar con los tiranos[75]. Él ordenó a los senadores tomar las 4
armas y a los del orden ecuestre les dio mandato de presentarse
al alba con dos servidores armados cada uno. Fulvio, por su
parte, también hacía preparativos y reunía a la multitud. En
cuanto a Gayo, yéndose del foro, se paró ante la estatua de su
padre y, después de mirarlo largo tiempo, no dijo nada, sino que
se fue tras llorar y lamentarse. Esto, a muchos de los que lo 5
vieron, los movió a apiadarse de Gayo y, tras reprocharse a sí
mismos haberlo abandonado y traicionado, fueron a su casa y
velaban a su puerta, aunque no como los que escoltaban a Ful-
vio. Aquéllos, en efecto, bebiendo, con alboroto y gritos de gue- 6
rra, pasaron el tiempo en bravuconadas, siendo el propio Fulvio
el primero que se emborrachó y dijo e hizo muchas groserías
impropias de su edad. Los amigos de Gayo, en cambio, como
ante una desgracia común a la patria, estaban en calma y pen-
sando en el futuro, y pasaron el tiempo vigilando y durmiendo
por turnos.

Al amanecer, tras despertar con gran esfuerzo a Fulvio, dor- **36 (15)**
mido por la bebida, se armaron con el botín que guardaba en su
casa y que había conseguido cuando venció a los galos siendo
cónsul. Después se pusieron en marcha con amenazas y gritos a

[75] Este recurso, el *senatus consultum ultimum*, daba un poder ilimitado a los magistrados en situaciones extremas.

2 tomar la colina del Aventino. Gayo no quiso armarse, sino que
iba con la toga, como si se dirigiera al foro, con un pequeño
puñal en la cintura. Cuando salía, a la puerta, su mujer se arrojó
a sus pies, rodeándolo a él con un brazo y con el otro a su hijo
3 pequeño, y le dijo: «No te despido, Gayo, para ir a la tribuna
como antes, como tribuno de la plebe y legislador, ni a una
guerra gloriosa, donde, si te sucediera alguna de las desgracias
que suelen suceder, me dejarías al menos un duelo honroso; al
contrario, te entregas a los asesinos de Tiberio, sin armas —bien
está, para sufrir un mal más que para cometerlo—, pero morirás
4 sin ningún provecho al bien común. Lo peor ya ha vencido. Por
la fuerza y el hierro se resuelven los procesos. Si tu hermano
hubiera muerto en Numancia, una tregua nos hubiera devuelto
su cadáver: ahora quizás también yo me convertiré en suplican-
te de algún río o mar para que me muestren dónde guardan tu
cadáver. Pues, ¿qué fe hay en las leyes o en los dioses después
5 del asesinato de Tiberio?». Mientras pronunciaba Licinia tales
lamentos, Gayo se liberó suavemente de su abrazo y se fue en
silencio con sus compañeros. Ella, intentando retenerlo del
manto, estuvo un buen rato postrada en el suelo sin habla, hasta
que, desfallecida, sus servidores la levantaron y la llevaron a
casa de su hermano Craso.

37 (16) Fulvio, cuando estaban todos reunidos, convencido por Ga-
yo, envió al menor de sus hijos con un caduceo al foro. Era un
jovencito de hermoso aspecto y, presentándose con modestia y
respeto, llorando, dirigió palabras conciliadoras al cónsul y al
2 senado. La mayoría de los que allí estaban acogieron no sin
agrado la idea de un acuerdo; pero Opimio dijo que no era me-
diante mensajeros como había que persuadir al senado, sino que
los ciudadanos que tenían que rendir cuentas debían presentarse
a juicio y entregarse, apaciguando así la cólera. Al joven le dijo
3 que volviese en esas condiciones o que no volviese. Gayo, en-
tonces, según dicen, quería ir y convencer al senado. Pero como

ninguno de los otros fue de ese parecer, Fulvio envió de nuevo
a su hijo para que dialogara en los mismos términos que la pri-
mera vez. Opimio, buscando con prisas presentar batalla, apre- 4
só rápidamente al muchacho y lo entregó a la guardia; después
marchó contra los de Fulvio con muchos hombres armados y
arqueros cretenses[76]. Sobre todo fueron éstos los que los pusie-
ron en fuga, arrojándoles flechas e hiriéndolos. Tras esta derro- 5
ta, Fulvio se refugió en unos baños abandonados y, descubierto
en seguida, fue degollado con su hijo mayor. En cuanto a Gayo,
nadie lo vio luchar, sino que, no pudiendo sufrir lo que sucedía,
se retiró al santuario de Ártemis. Allí quiso suicidarse, pero se 6
lo impidieron sus amigos más fieles, Pomponio y Licinio: efec-
tivamente, estaban a su lado, le quitaron el puñal y lo animaron
de nuevo a escapar. Allí mismo se dice que, puesto de rodillas y 7
tendiendo las manos a la diosa, le rogó que el pueblo romano,
por su ingratitud y traición, ya nunca dejara de ser esclavo, pues
era evidente que la mayoría, con la proclamación de la amnis-
tía, había cambiado de bando.

A Gayo, en su huida, lo perseguieron los enemigos y se le 38 (17)
echaron encima junto al puente de madera[77]. Sus dos amigos le
ordenaron seguir adelante y ellos hicieron frente a los persegui-
dores: luchando a la entrada del puente, no dejaron pasar a na-
die hasta que cayeron muertos. A Gayo sólo lo acompañaba en 2
su huida un siervo de nombre Filócrates. Todos lo animaban,
como en una competición, pero nadie lo ayudó ni quiso darle,
cuando lo pedía, un caballo, pues los que lo perseguían estaban
muy cerca. Él se adelantó un poco, refugiándose en el bosque 3
sagrado de las Erinias[78], y allí murió a manos de Filócrates, que

[76] Se entiende que no eran cretenses, sino arqueros armados al modo cretense.

[77] El puente Sublicio.

[78] De nuevo aquí, como más arriba con Ártemis, no hemos convertido en

luego se suicidó. Según dicen algunos, los dos fueron encontrados por sus enemigos todavía con vida, abrazando el esclavo al amo de una manera tal que ninguno pudo matar a éste antes de
4 que el otro muriera por los muchos golpes recibidos[79]. Dicen que la cabeza de Gayo fue otro el que se la cortó y se la llevó, pero que se la quitó un amigo de Opimio, un tal Septimuleyo. Efectivamente, al principio de la contienda se había anunciado por medio de un heraldo su peso en oro para los que llevaran las
5 cabezas de Gayo y Fulvio. Fue llevada por Septimuleyo, atravesada con una lanza, ante Opimio, y, puesta en una balanza que se había llevado, pesó diecisiete libras y media. Se portó como un miserable en este punto Septimuleyo, haciendo trampa, ya que, tras sacar el encéfalo, había rellenado la cabeza con plomo. Los que llevaron la de Fulvio —eran gente desconoci-
6 da— no recibieron nada. Los cuerpos, los suyos y los del resto, fueron arrojados al río —tres mil muertos— y sus propiedades se entregaron al erario público. Prohibieron llevar luto a sus mujeres y la esposa de Gayo, Licinia, se vio incluso privada de
7 su dote. Con grandísima crudeza actuaron con el hijo menor de Fulvio, que ni le había levantado la mano a nadie ni estuvo entre los que se enfrentaron en la lucha; aun así, habiendo ido para pedir la tregua antes de la batalla, lo apresaron y lo mata-
8 ron después de la batalla. Sin embargo, más que esto, lo que por encima de todo irritó al pueblo fue la construcción por Opimio

---

romanas las divinidades a las que Plutarco se refiere con sus equivalencias griegas. En este caso, además, parece que Plutarco ha cometido un error en la identificación, ya que el lugar del que habla es probablemente el *lucus Furinae*, bosque sagrado de la ninfa Furina, que Plutarco ha asimilado a las Furias. *Cf.* el mismo error en CICERÓN, *Sobre la naturaleza de los dioses* III 18, 46: «Eumenidum et Athenis fanum est et apud nos, ut ego interpretor, lucus Furinae».

[79] Para este episodio, *cf.* J. L. BENESS y T. W. HILLARD, «The theatricality of the deaths of C. Gracchus and friends», *Classical Quarterly* 51.1 (2001), 135-140.

de un templo de la Concordia. Efectivamente, parecía enorgu-
llecerse, vanagloriarse y, de alguna manera, hacer un triunfo de
semejante matanza de ciudadanos. Por eso, en la noche, bajo la 9
dedicatoria del templo algunos escribieron este verso:

Es obra de la discordia este templo de la concordia.

Además de ser el primero en hacer uso de un poder dictato- 39 (18)
rial siendo cónsul y de hacer matar sin juicio, además de a tres
mil ciudadanos, a Gayo Graco y a Fulvio Flaco, de los que uno
había sido cónsul y había obtenido el triunfo y el otro era el
primero de los de su edad en valor y fama, no se privó de robar:
enviado como embajador ante el númida Yugurta, se dejó co-
rromper por él con dinero. Condenado de manera muy vergon- 2
zosa por venalidad, envejeció privado de derechos, odiado e
insultado por el pueblo, que estaba desalentado y abatido mien-
tras sucedían estos hechos, pero que poco después mostró cuán-
to quería y añoraba a los Gracos. Les dedicaron estatuas eleván- 3
dolas en los sitios públicos y consagraron los lugares en los que
habían muerto; les llevaban los frutos de cada estación y mu-
chos hacían sacrificios cada día y se arrodillaban, como si de
santuarios de dioses se tratara.

Sin embargo, Cornelia se cuenta que soportaba todas sus 40 (19)
desgracias con nobleza y grandeza de ánimo y que, hablando de
aquellos lugares consagrados en los que habían muerto, dijo
que los cadáveres tenían tumbas dignas de ellos. Ella pasó el 2
resto de su vida en el lugar llamado Miseno[80], sin apartarse en
nada de su régimen habitual. Era de muchos amigos y, por su
hospitalidad, tenía una buena mesa; la rodeaban siempre grie-
gos y hombres de letras, y los reyes recibían y le enviaban rega-
los. Era muy agradable con los que la visitaban y contaba a los 3

[80] Antiguo puerto de Campania en el sur de Italia.

que la acompañaban la biografía y modo de vida de su padre, el
Africano; pero el mayor asombro lo causaba recordando a sus
hijos sin lamento ni lágrimas, relatando sus sufrimientos y ha-
zañas a quienes le preguntaban como si se tratara de personajes
4 de tiempos remotos. De ahí que a algunos les pareciera que la
vejez o la enormidad de sus males la había privado de la razón
y la había vuelto insensible a las desgracias, cuando en verdad
eran ellos los que no se daban cuenta de hasta qué punto de un
origen noble y de un buen nacimiento y educación se sigue pro-
vecho para los hombres también en la desdicha, y de que si la
fortuna a menudo triunfa sobre la virtud, que vigila los males,
no la priva, una vez caída, de sufrir la desgracia con sensatez.

COMPARACIÓN DE AGIS Y CLEÓMENES Y LOS GRACOS

41 (1) Llegado este relato a su fin, nos queda atender a la compa-
2 ración de estas vidas. En cuanto a los Gracos, ni los que habla-
ban muy mal de ellos por otras cosas y les tenían odio se atre-
vieron a decir que no habían nacido con la mejor disposición
para el valor de entre todos los romanos y que recibieron una
3 formación y educación excelentes. Pero la naturaleza de Agis y
Cleómenes parece haber sido más fuerte que la suya en cuanto
que, sin disfrutar de una recta educación, criados en costumbres
y comportamientos con los que se habían corrompido hacía ya
mucho sus antepasados, tuvieron que ponerse a sí mismos como
4 guías en la frugalidad y moderación. Es más, aquéllos, en el
momento en el que Roma alcanzó su mayor y más brillante re-
nombre, sintieron pudor de descuidar la emulación de las gran-
des empresas, como si fuese el legado de los valores patrios y
5 ancestrales; éstos, en cambio, nacidos de padres que habían ele-
gido todo lo contrario, heredando una patria dedicada a actos
viles y enferma, en absoluto desfallecieron por ello en su empe-

ño hacia el valor. Y, desde luego, es algo notable en los Gracos 6
el desinterés por el dinero y su continencia ante las riquezas: se mantuvieron, en el desempeño de su política, limpios de ganancias injustas. Pero es que Agis se habría irritado si se le alabase 7
diciendo que no se había apropiado de nada ajeno, él, que entregó a los ciudadanos su propia hacienda, seiscientos talentos en moneda además de otros bienes. ¿Hasta qué punto no juzgaría 8
un gran mal lucrarse injustamente aquel que consideraba avaricia tener más que otro, aunque fuera justamente?

El alcance y la audacia de sus innovaciones fue de una gran- 42 (2)
deza desigual. Unos tomaron medidas para la construcción de caminos y la fundación de colonias; lo más audaz que hizo Tiberio fue repartir tierras del Estado y Gayo formar tribunales mixtos, añadiendo trescientos del orden ecuestre. Pero la refor- 2
ma de Agis y Cleómenes, teniendo en cuenta que sanar y arrancar poco a poco y por partes los defectos del estado era como cortar la cabeza de la hidra, como dice Platón[81], introdujo en la situación un cambio capaz a la vez de apartar todos los males y establecer un orden. Quizás fuera más cierto decir que eliminó 3
el cambio que había traído todos los males, conduciendo y restituyendo la ciudad a su antiguo estado. También alguno podría 4
añadir que a la política de los Gracos se opusieron los principales de los romanos, mientras que las cosas a las que puso mano Agis y culminó Cleómenes se basaban en el más bello y elevado de los ejemplos, las *rhêtras* patrias sobre la moderación y la igualdad, de las que, para algunos, Licurgo era el garante, para aquél, el propio Pitio. Y lo más importante, que con las políti- 5
cas de aquéllos en nada se hizo Roma mayor de lo que ya era, pero a partir de la obra de Cleómenes, en poco tiempo la Hélade vio a Esparta dueña del Peloponeso y disputar con las que entonces eran las mayores potencias una hegemonía cuyo fin era

[81] PLATÓN, *República* IV 426e.

poner de nuevo bajo el mando de los Heraclidas a una Hélade libre de las armas ilirias y galas.

43 (3) Pienso que también sus muertes muestran alguna diferencia en el valor de estos hombres. Pues aquéllos murieron luchando contra sus conciudadanos y huyendo después. De éstos, Agis, para que no muriera ninguno de sus conciudadanos, murió poco menos que voluntariamente; en cuanto a Cleómenes, ultrajado y víctima de la injusticia, quiso vengarse y, no dándosele oca-
2 sión, se quitó la vida valerosamente. De nuevo, para los que buscan diferencias, Agis no realizó ninguna hazaña militar porque murió pronto; con las abundantes y hermosas victorias obtenidas por Cleómenes hay que comparar la toma de los muros de Cartago por Tiberio, gran hazaña, y el tratado en Numancia con el que salvó a veinte mil soldados romanos que no tenían
3 otra esperanza de salvación. Y Gayo dio pruebas de mucho valor en esta campaña y combatiendo en Cerdeña, de manera que estarían rivalizando con los primeros generales romanos si no hubieran muerto antes de tiempo.

44 (4) En cuanto a la política, Agis parece haberse dedicado a ella de manera muy remisa, estorbado por Agesilao, y decepcionó a los ciudadanos con lo del reparto de tierras, dejando, en una palabra, incompleto y sin acabar lo que se había propuesto y anunciado, debido a una falta de audacia propia de su edad.
2 Cleómenes, al contrario, emprendió de manera muy audaz y decidida el cambio de la política, ejecutando al margen de la ley a los éforos, a los cuales hubiera podido ganarse por su superioridad con las armas o expulsarlos con facilidad, como había
3 desterrado de la ciudad a otros muchos. Pues emplear el hierro sin que haya una necesidad extrema no es propio de un médico ni de un político, sino inexperiencia en ambos casos y, en el
4 segundo, añadir a la injusticia crueldad. De los Gracos, ninguno de los dos dio origen a una matanza civil. De Gayo se dice que ni siquiera cuando estaba siendo herido pensó en defenderse,

sino que, siendo el más brillante en las guerras exteriores, fue el
más remiso en el enfrentamiento civil. Salió sin armas y se 5
apartó de los que combatían y, en una palabra, se le vio con más
preocupación por no hacer daño que por no sufrirlo. Por eso, la 6
huida de éstos no fue señal de pusilanimidad sino de prudencia,
pues sólo había dos opciones: o bien ceder ante los que se les
enfrentaban, o, si resistían, defenderse haciendo el mal para
no sufrirlo.

Ciertamente, la mayor de las acusaciones contra Tiberio fue **45** (5)
que expulsara a su colega en el tribunado y que persiguiera él
mismo un segundo mandato. En cuanto a Gayo, se le atribuyó
injustamente y sin verdad el asesinato de Antilio que, en reali-
dad, murió a pesar suyo y causándole indignación. Cleómenes, 2
por no mencionar el asesinato de los éforos, liberó a todos los
esclavos y, de hecho, reinó solo, aunque de nombre había un
segundo rey, ya que había elegido a su hermano Euclidas, de la
misma casa que él. A Arquidamo, que era quien, como miembro
de la otra casa real, tenía que reinar con él, lo convenció para
que volviera de Mesenia. Cuando éste murió y no persiguió a
los asesinos, confirmó la sospecha de que había tenido que ver
en el asesinato. Sin embargo, Licurgo, a quien se jactaba de imi- 3
tar, había entregado por propia voluntad el reinado al hijo de su
hermano, a Carilo[82], y, temiendo que si el muchacho moría de la
manera que fuese se levantase alguna acusación contra él, pasó
mucho tiempo de viaje en el extranjero y no volvió antes de que
Carilo tuviera un hijo para sucederle. Aunque a Licurgo ningún 4
otro griego puede compararsele, las innovaciones en la política
de Cleómenes y las ilegalidades fueron enormes, eso se ha de-
mostrado.

Sin embargo, los que censuran su proceder, a unos los acu- 5
san de haber sido desde el principio tiránicos y belicosos, pero

[82] En Plut., *Licurgo* aparece con el nombre de Carilao.

a la naturaleza de los otros, de exceso de ambición y de nada más pudieron acusarlos los que los odiaban, y reconocían que, arrojados por su propia naturaleza y ardor al combate contra los que se les oponían, se vieron arrastrados como por los vientos a
6 una acción política extrema. Ya que, ¿qué había más hermoso o más justo que su proyecto primero, si los ricos, empeñados con su fuerza y su poder en impedir la ley, no hubieran empujado a ambos al combate, a uno por defenderse a sí mismo, al otro por vengar a su hermano, muerto sin juicio, ni decreto ni por orden de ningún magistrado?

7 Tú mismo[83], a partir de lo narrado, ves las diferencias: si hay que hablar de cada uno en particular, pongo a Tiberio como el primero de todos ellos en valor; al joven Agis como al que menos errores cometió; y a Gayo, por sus empresas y audacia, bastante detrás de Cleómenes.

[83] Con seguridad Plutarco está dirigiéndose a Sosio Seneción, que aparece en otros pasajes de las *Vidas*: *Teseo* 1, 1; *Demóstenes* 1, 1; *Dión* 1, 1.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

Este octavo volumen de *Vidas paralelas* de PLUTARCO
traducido por CARLOS ALCALDE MARTÍN y MARTA GONZÁLEZ
se ha compuesto en Times, con 10,25 puntos
sobre 12,75 de interlineado,
en los talleres de Víctor Igual,
y se ha impreso en Madrid en abril de 2010